



Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: Agronegocios, economías regionales y agroecologías: un análisis antropológico de procesos de transformación socioproductiva en la región pampeana de Córdoba

Autores (en el caso de tesis y directores):

Romina Cravero

Julieta Quirós, dir.

Diego Domínguez, co-dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2022

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





.UBA sociales

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Romina Cravero

**AGRONEGOCIOS, ECONOMÍAS REGIONALES Y
AGROECOLOGÍAS**

**Un análisis antropológico de procesos de transformación socioproductiva
en la región pampeana de Córdoba**

Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Directora: Dra. Julieta Quirós

Co-director Dr. Diego Domínguez

Buenos Aires

Marzo, 2022

RESUMEN

Esta investigación doctoral busca contribuir al conocimiento de procesos de transformación del mundo rural contemporáneo, a través de la reconstrucción y análisis de la trama de relaciones socioprodutivas de una microrregión de la pampa cordobesa. Su argumento es resultado de una investigación etnográfica realizada entre 2017 y 2019, basada en el seguimiento relacional de cuatro actividades que caracterizan a este territorio: la agricultura de *commodities* (soja, trigo, maíz), la producción de leche bovina, la agricultura de maní, y los cultivos agroecológicos. La propuesta de abordar procesos de cambio a través de las relaciones entre distintos procesos socioprodutivos se construyó a partir del siguiente hecho empírico: si actualmente en la zona rural que es objeto de análisis, los alrededores al río Ctalamochita del departamento General San Martín, la producción de soja ocupa más del 45% del suelo agrícola, ¿cómo es posible que encontremos, simultáneamente, récords de producción de maní y leche, como también la creación de establecimientos agroecológicos?

Se ha propuesto aquí que estamos ante una doble dinámica: un acelerado proceso de desplazamiento de familias rurales de actividades que desarrollaron durante generaciones, y al mismo tiempo una profunda reconversión en las formas de hacer tambo y maní, actividades que sostuvieron –y por momentos aumentaron sus niveles de producción durante los últimos 30 años–, a pesar de contar con una menor disponibilidad de tierra.

El enfoque socio-antropológico construido para el abordaje de estas transformaciones se inspira, matiza y diversifica la propuesta de los estudios sociales agrarios críticos, desde una perspectiva relacional interesada en dar cuenta tanto de las condiciones estructurales en que se desarrollan los procesos productivos como de la dimensión generativa de la agencia humana en y sobre los mismos. Esta mirada permitió identificar que estamos ante procesos acaso más complejos y menos lineales que el mero desplazamiento de las economías regionales por sojización: la hipótesis del presente trabajo es que el avance de la producción de soja sobre tierras históricamente destinadas al tambo o el maní, no comportó la desaparición de las actividades regionales, sino más bien ajustes y reconversiones tecno y socioprodutivas, que proponemos entender como un complejo y contradictorio proceso de convivencias e interdependencias morales y práctico-económicas. Por otro lado, esta investigación destaca que, si bien la sojización de las tierras agropecuarias es sin duda una variable dominante para comprender los fenómenos de transformación del mundo rural, el análisis situado permite reponer otros procesos que se encuentran en los pliegues, y con los cuales la soja se complementa, adiciona o contrapone.

Se propone que, en la actualidad, la producción de *commodities* agrícolas, la agricultura de maní, la producción agroecológica y el tambo bovino, conforman, en el sureste de Córdoba, una trama de interdependencias asimétricas sobre las que se apoyan las condiciones de posibilidad de estas complejas convivencias –de actores socioprodutivos, de actividades agropecuarias y de las lógicas que despliegan–, en un contexto de creciente concentración productiva. Mediante esta propuesta, buscamos dar cuenta de las formas autóctonas de hacer agronegocios, agroecologías y economías regionales, recuperando las experiencias y perspectivas de sus protagonistas, y poniendo en relación los horizontes sociales e imágenes de futuro que movilizan.

ABSTRACT

This doctoral research seeks to contribute to the knowledge of the transformation processes of the contemporary rural world through the reconstruction and analysis of the network of socio-productive relations of a micro-region of the Pampas of Córdoba. The argument is the result of an ethnographic investigation carried out between 2017 and 2019, which followed four activities that characterize this territory: commodity agriculture (soy, wheat, and corn), the production of bovine milk, the agriculture of peanuts, and agroecological production. This perspective of approaching transformation processes through the relationships between different socio-productive processes was built from the following empirical fact: if currently in the rural area that is the object of analysis, the surroundings of the Ctlamochita river in the General San Martín department, the production soybean occupies more than 45% of agricultural land, how is it possible that we find, simultaneously, records of peanut and milk production, as well as the creation of agroecological farms?

It has been proposed here that we are facing a double dynamic: an accelerated process of displacement of rural families from activities that they developed for generations, and at the same time a profound reconversion in the ways of making dairy farms and peanuts, activities that sustained –and at times increased its production levels during the last 30 years–, despite having less land availability.

The socio-anthropological approach built to study these transformations is inspired, clarifies and diversifies the critical agrarian social studies, from a relational perspective interested in accounting for both the structural conditions in which the productive processes are developed, as well as the generative dimension of human agency. This viewpoint allowed us to identify that are processes more complex and less linear than the mere displacement of regional economies due to soybeans: the hypothesis of this dissertation is that the advance of soybean production on lands historically destined for dairy farms or peanuts, does not entail a displacement or disappearance of regional activities, but rather adjustments and techno and socio-productive reconversions, which we propose to understand as a complex and contradictory process of coexistence. On the other hand, this research underlines that, although the soybean conversion of agricultural land is undoubtedly a dominant variable to understand the phenomena of transformation of the rural world, the situated analysis allows identifying other processes that are found in the folds, and with the which soy is complemented, added or opposed.

It is proposed that the agricultural commodities, peanut farming, agroecological production and bovine dairying, make up, in the southeast of Córdoba, a network of asymmetrical interdependencies on which the conditions of possibility of these complex coexistences are based –coexistences of socio-productive actors, agricultural activities and the logic they deploy–, in a context of growing productive concentration. This is also a way to observe the native modes of doing agribusiness, agroecologies and regional economies, recovering the experiences and perspectives of their protagonists, and relating the social horizons and images of the future that they mobilize.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	5
INTRODUCCIÓN	6
I. PRODUCIR DESDE LA REGIÓN PAMPEANA, EL CORAZÓN DE UNA NACIÓN AGROEXPORTADORA.....	10
I.I. Del granero del mundo a la República de la soja. Antecedentes de investigación	13
I. II. ¿Qué pasó en otras actividades más allá de la soja?	19
II. LAS TRANSFORMACIONES DEL AGRO EN PERSPECTIVA RELACIONAL Y PROCESUAL.....	23
III. ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS Y ESTRUCTURA DE ESTA TESIS.....	26
III. I. Sobre el trabajo de campo y la recolección de datos	26
III. II. Sobre la escritura etnográfica y la estructura de esta tesis	28
CAPÍTULO 1 COMPLEJIZANDO “EL MODELO” DE AGRONEGOCIOS. OBLIGACIONES E INTERESES ALREDEDOR DE LA PRODUCCIÓN DE SOJA.....	33
I. ¿POR QUÉ HABÍA MANÍ? ADENTRARNOS EN EL PERFIL SOCIOPRODUCTIVO DEL DEPARTAMENTO GENERAL SAN MARTÍN.....	34
II. LA CÚPULA LOCAL. ¿QUIÉNES SON LOS MAYORES PRODUCTORES DE SOJA?	42
II.I. La gran empresa manisera	46
II.II. La gran estancia y la colonia de arrendatarios	51
III. ¿QUÉ ES EL AGRONEGOCIO?.....	64
CAPÍTULO 2 LA RECONVERSIÓN DE LAS ECONOMÍAS REGIONALES: EL MANÍ	69
I. PLANTA NATIVA O “NATIVIZADA”, UN CULTIVO CON ARRAIGO.....	69
II. DE COMMODITY OLEAGINOSO A ECONOMÍA REGIONAL	74
III. EL DESPLAZAMIENTO DE LA SEMILLA CRIOLLA POR LA “MEJORADA”.....	82
IV. EFECTOS DE LAS SEMILLAS.....	85
IV.I. La década de los años 80: la “dormición” de la semilla	86
IV.II. La década de los años 90: la “tecnificación” de la agroindustria.....	89
IV.III. La primera década del 2000: la integración vertical	93
V. EL DESPLAZAMIENTO DEL MANÍ HACIA EL SUR PROVINCIAL: TECNOLOGÍA Y NECESIDAD	99
VI. LA CALIDAD. HACER MANÍ PREMIUM Y CÓRDOBA COMO MARCA	102
VII. LOS PLIEGUES DE LA CONVIVENCIA ENTRE COMMODITIES Y ACTIVIDADES REGIONALES	105
VIII. HACER MANÍ ES PRODUCIR VALOR.....	107
CAPÍTULO 3. LA RECONVERSIÓN DE LAS ECONOMÍAS REGIONALES: EL TAMBO	112
I. EL GUSTO POR LAS VACAS Y LA VIDA RURAL	114
II. SOBRE LAS CONDICIONES DE CONVIVIR CON LA PRODUCCIÓN DE SOJA.....	116
II. I. Más producción de leche y menos establecimientos de tambo	116
II. II. Para convivir con la soja, hay que intensificar	119
III. NO TODO ERA SOJA: SOBRE OTROS PROCESOS EN LOS PLIEGUES	123
III. I. El <i>leit motiv</i> de modernizarse, un proceso de largo plazo	123

III. II. El <i>boom</i> del maní, la soja vino después	128
IV. ¿CÓMO SE PRODUCE UN TAMBO “COMPETITIVO”?	131
IV. I. Del tambo familiar a la empresa familiar y del sistema pastoril al “encierre”	131
IV. II. El ciclo productivo y reproductivo de los establecimientos de tambo	138
IV. III. Un sistema intensivo para humanos y vacas	141
IV.IV. Estrategias “de cobertura”	145
V. RELACIONES MULTIESPECIE. EL VÍNCULO HUMANO-VACA.....	151
VI. LA ARTICULACIÓN TAMBO - INDUSTRIA.....	155
CAPÍTULO 4 OTROS VÍNCULOS E INSERCIÓNES CON LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA.	
CONOCIMIENTOS Y MÁQUINAS.....	163
I. DE PRODUCTORES A CONTRATISTAS	164
I.I. Maniseros y contratistas.....	164
I.II. Tamberos y contratistas.....	174
II. EN EXCLUSIVO CONTRATISTAS.....	179
III. OTROS SERVICIOS EN EL ARTE DE GANARSE LA VIDA	195
IV. OTROS ARREGLOS Y CONFIGURACIONES.....	197
IV. I. El rol del “asesoramiento técnico” y el pequeño productor gerenciador	198
IV. II. La empresa de biotecnología	200
CAPÍTULO 5 AGROECOLOGÍAS. UNA RECONVERSIÓN NO CONVENCIONAL.....	203
I. LA AGROECOLOGÍA COMO OBJETO DE ESTUDIO: UNA MIRADA SOCIO-ANTROPOLÓGICA.....	204
II. DISTINTOS CAMINOS PARA LLEGAR A “HACER AGROECOLOGÍA”.....	206
II.I. La herencia chacarera: el peso de la tradición en la agroecología	206
II.II. Regenerar un vergel donde antes solo había desmonte	210
II.III. Producir vida comunitaria y rural para producir alimentos	216
II.IV. Diseñar la agroecología entre la herencia chacarera y las ciencias agrarias	228
III. RAMA NEGRA. LAS “SUPERMALEZAS” QUE RESISTEN A LA AGRICULTURA CONVENCIONAL.....	238
IV. RESISTIR PARA EXISTIR	241
V. AGROECOLOGÍAS PAMPEANAS EN PLURAL	243
CONSIDERACIONES FINALES. UNA TRAMA DE INTERDEPENDENCIAS Y OBLIGACIONES MORALES	
RECÍPROCAS	246
I. LAS INTERDEPENDENCIAS EN LA FIGURACIÓN SOCIAL.....	249
II. EL CONFLICTO EN LA RELACIÓN AGROECOLOGÍA - AGRONEGOCIO.....	256
III. PERSISTIR COMO ARTICULADOR DE ADAPTACIÓN Y RESISTENCIA	265
IV. LAS MODALIDADES DE MOVILIZAR Y RE-DEFINIR VALORES HEGEMÓNICOS.....	272
V. FORMAS AUTÓCTONAS DE ACTUALIZAR EL PROYECTO DE DESARROLLO	278
V.I. La agroindustria del maní como caso de éxito	278
V.II. ¿Hay otro desarrollo posible?	279
BIBLIOGRAFÍA.....	283

AGRADECIMIENTOS

A quienes formaron parte de esta investigación en los campos en los alrededores del río Ctalamochita, que compartieron conmigo una porción de su tiempo, sus vidas y sus historias. Tengo una gratitud infinita por todo lo que pude vivir, sentir y aprender.

A mis directores, la Dra. Julieta Quirós y el Dr. Diego Domínguez, así como a mi director de beca en Conicet, el Dr. Javier Cristiano, por sus sugerencias, orientaciones, la lectura dedicada y, en particular, por la libertad que tuve para explorar preguntas y ensayar nuevas respuestas. En particular, a Julieta le debo haberme enseñado a hacer etnografía y a construir una mirada antropológica. Y como esta es la tercera (¡y siempre digo última!) tesis que presento a evaluación, quisiera volver a agradecer a mis primeras maestras, que inspiraron y acompañaron amorosamente mis primeros pasos por la tarea de investigar en mi tesina de grado en comunicación social, la Dra. Nidia Abatedaga y Dra. Cristina Siragusa.

A mis compañerxs, profesores del Doctorado en Ciencias Sociales (UBA), colegas y amigxs que leyeron con paciencia distintos fragmentos y “estados” de este texto. O, más aún, se dispusieron en hermosas y contenedoras conversaciones. En particular, a quienes integran los equipos de investigación del Programa de Teoría Social (Ciecs-Conicet, UNC), Antropología de la Política Viva (Idacor-Conicet, UNC) y la cátedra de Etnografía en Contextos Rurales (FFyH, UNC). Muchas de sus sugerencias y devoluciones me permitieron amarrar mis hilos argumentales o volver más consciente aquello que subyacía, y en especial me recordaron una y otra vez que la investigación es una tarea de fuertes compromisos éticos y políticos.

En el último año, el colectivo de investigadoras que conforma la Red Argentina de Estudios Sociales de la Agroecología (RAESA) se volvió otro valioso espacio que habité y al que quiero sumar a estos agradecimientos, por las potentes y generosas lecturas y discusiones, que nos muestran que la producción científica no sólo se trata del *qué* (los contenidos) sino también de los *cómo* (se produce, se comparte, se discute...).

Y, especialmente, a mis amigxs que son mi familia y manada elegida; a mi familia que no dudaría ni un segundo en elegir; a mi compañero de vida que siempre volvería a elegir. Por las carcajadas, las lágrimas, los abrazos, los silencios. Por el apoyo intelectual y afectivo.

Y, doblemente, a las nuevas familias y amigxs que cultivé en estos últimos años en los alrededores del río Ctalamochita, a quienes me siento profundamente unida.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación doctoral busca contribuir al conocimiento de los procesos de transformación del mundo rural contemporáneo, a través de la reconstrucción y análisis de la trama de relaciones socioproductivas de una microrregión de la pampa cordobesa. Su argumento es resultado de una investigación etnográfica centrada en seguir y acompañar las relaciones sociales que producen y reproducen a las cuatro actividades que caracterizan a este territorio: los *commodities* agrícolas (soja, trigo, maíz), la producción de leche bovina, la agricultura de maní y los cultivos agroecológicos. Este enfoque relacional —abordar procesos de transformación a través de las relaciones entre distintos procesos socioproductivos— se construyó a partir de datos que surgieron de mi investigación de maestría y entendí que ameritaban ser indagados en mayor profundidad. Permítanme precisarlo a continuación.

“Esto era una cuenca lechera”, me dijo en una oportunidad un horticultor agroecológico mientras nos desplazábamos por una de las rutas provinciales del departamento General San Martín (en adelante GSM) de la provincia de Córdoba. Era febrero del año 2017 y solo veíamos alrededor campos sembrados de soja. Hacía pocas semanas había iniciado mi trabajo de campo y consideraba a esta escena más que prometedora para mi investigación: la soja sembrada hasta en la banquina ponía en evidencia su avance sobre las tierras de una zona tradicionalmente dedicada al *tambo* —expresión utilizada para referir a los establecimientos agropecuarios orientados a la producción de leche bovina—. Por entonces, me dedicaba a acompañar a productores que hacían agroecología en esta región del agropampeano cordobés, interesada en comprender, lo que por entonces entendía, como “alternativas” al desarrollo y consolidación del modelo de monocultivo orientado a la exportación.

Durante todo ese año, en mi diario de campo fui registrando algunos tambos en funcionamiento, así como algunas familias que habían dejado esta producción porque: “Los números no cerraban”. En algunos casos eso había ocurrido en la década de 1980, en otros ya en los 90 y otro tanto a inicios del presente siglo. Algo similar sucedía con el maní en la trayectoria de las familias que acompañaba y, a medida que más conocía esta zona, más me encontraba con la afirmación de que: “El maní es cordobés”.

Con la intención de hacer una breve caracterización de los “antecedentes” productivos de la zona, en mi segundo año de trabajo de campo empecé a leer informes económicos y estadísticos

sobre la producción de leche cruda y su procesamiento industrial, así como del cultivo de maní. Fue entonces que me encontré con un primer indicador: las transformaciones de las últimas décadas en la producción tambera y manisera lejos de señalar un desplazamiento o desaparición de la actividad, daban cuenta de un fuerte dinamismo, ya que sostuvieron y por momentos aumentaron sus niveles de producción y productividad durante los últimos 30 años. No obstante, al mismo tiempo, el cultivo de soja había colonizado el uso del suelo de GSM, con una participación de más del 45 % en la superficie sembrada tanto en la primera como en la segunda década de este milenio, en base a los datos Dirección de Estimaciones Agrícolas del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación (en adelante MAGyP).

La revisión de esos datos me permitió volver sobre aquello que había tomado como “desplazamiento”, cuando algunos de mis interlocutores me decían que la zona *era* una cuenca lechera. Entendí que debía traducirlo como: “había sido principalmente una cuenca lechera”; y que, en todo caso, debía empezar a indagar qué transformaciones se habían desplegado en las actividades y sus protagonistas, que permitían esta contradictoria convivencia entre las producciones del tambo y el maní junto al gran crecimiento de la superficie cultivada con commodities agrícolas (soja, trigo, maíz). En otras palabras, cabía aquí seguir el presupuesto epistemológico que plantea Eric Wolf (1971:6) en su estudio sobre el campesinado, cuando sintetiza que “La persistencia, al igual que el cambio, no es una causa, sino un efecto”, por lo tanto, debe ser explicado tanto aquello que cambia como lo que persiste y esto es un camino para abandonar las miradas conservadoras sobre el mundo rural.

Ahora bien, si yo había tomado de forma literal la expresión de mi interlocutor fue porque esa imagen social se corresponde con una clave analítica que opera en el grueso de los estudios sociales rurales de Argentina, así como en los discursos de activistas que denuncian el impacto concentrador y monoprodutivo de la expansión del cultivo de soja. Si bien esto pudo desplegarse en esos términos en otras regiones del país, en GSM los datos empíricos demandaban que debía ser complejizado.

En GSM, además de rebosantes actividades regionales, llama la atención la apertura de un conjunto de establecimientos que, muy cercanos entre sí, adscriben a la agroecología. Como señalé, estas experiencias fueron las que llamaron mi atención en un primer momento, y me motivaron a empezar a recorrer esta zona rural del agropampeano cordobés, región en la que se concentró mi trabajo de campo etnográfico durante los años 2017 a 2019. Durante el primer año me orienté a acompañar estas experiencias que se distanciaban, tanto por sus técnicas socioprodutivas como por sus propósitos, de la producción de *commodities* agrícolas como es la soja. Fruto de esa investigación resultó mi tesis de maestría en Antropología (Cravero 2021

[2019]), centrada en el análisis de las *agro-eco-lógicas* de un grupo de establecimientos agropecuarios.

Esta tesis es continuidad de dicho trabajo, y busca comprender cómo es posible la convivencia entre actividades diversas que, en principio, entendemos con imperativos contrapuestos y en competencia por el uso de la tierra y el hábitat rural. ¿Qué tipo de arreglos deben operar para convivir entre sí? ¿Quiénes son sus protagonistas y cuáles son sus trayectorias socioproductivas? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad que hacen que *commodities* agrícolas y actividades regionales, como el tambo y el maní, evidencien simultáneamente crecimientos en el volumen de producción total? Y, respectivamente, ¿cuáles son las condiciones que hacen posible a las experiencias agroecológicas en este contexto? En particular: ¿Qué tipo de relaciones establecen entre sí?, ¿se contraponen y confrontan?, ¿existen apoyos mutuos o solidaridades?, ¿qué comparten y en qué se distancian entre sí? Y, más aún, ¿qué forma adopta la configuración social de esta trama de relaciones socioproductivas? Además, y fiel a una perspectiva etnográfica, ¿cómo esto es *vivido* por quienes habitan, trabajan o hacen “negocios” en estos territorios rurales?

A lo largo de cada capítulo se desagregarán estos interrogantes y se abordarán situadamente. De algún modo, este trabajo busca inscribirse en esta pregunta que ha atravesado más de un siglo de debates alrededor de la “cuestión agraria”. En específico, hay por detrás de indagar las co-existencias y las formas de desplazamiento, una atención puesta a un fenómeno que convocó a autores fundantes de los estudios rurales como A. Chayanov (1974 [1925]), K. Kautsky (2002 [1899]) y V. Lenin (1974 [1899]) que, desde perspectivas distintas, igualmente abordaron las posibilidades y condiciones de la persistencia y la reproducción social de familias agropecuarias (o su tendencia a la desaparición) en un contexto de avance del desarrollo capitalista. Este debate, lejos de clausurado, fue reeditado en distintos momentos a lo largo del siglo XX y su valor no es solamente cognoscitivo sino también político. Como veremos, las reformas neoliberales tuvieron un fuerte impacto en los mundos rurales, por tanto, en la actualidad es posible observar las reconfiguraciones de sus históricos actores sociales y, al mismo tiempo, el despliegue y fortalecimiento de nuevos actores hegemónicos.

Asimismo, la pregunta por las convivencias entre actividades agroproductivas y sus heterogéneos protagonistas es una vía para aportar riqueza empírica y complejidad analítica a una comprensión situada del mundo rural y sus problemáticas. En este sentido, en un nivel analítico, se puede observar que determinados modelos productivos encarnados por sujetos agrarios distintos, la producción familiar o campesina y la capitalista, representan formas

antagónicas en tanto prefiguran horizontes civilizatorios opuestos (Giarraca y Palmisano 2013; Mançano Fernandes 2004). Asimismo, el análisis etnográfico permite ver cómo las prácticas sociales concretas producen formas autóctonas que desafían a los “modelos” rurales y, además, observar la forma en que se hacen y deshacen articulaciones entre actores socioprodutivos en condiciones estructuralmente asimétricas. Como señala la socióloga C. Craviotti (2017:179), el carácter binario de aquella oposición (i.e. la producción familiar y la capitalista) “corre el riesgo de pasar por alto la heterogeneidad presente en varios eslabones de las cadenas agroalimentarias y los territorios en que se asientan, así como la comprensión de las variadas formas de interacción entre los agentes”, que el análisis situado es capaz de reponer.

En las páginas que siguen, se recupera el marco más amplio de las transformaciones que se despliegan en la actividad agropecuaria de GSM, como parte de procesos de escala nacional y global. Luego, se precisará la perspectiva teórica sobre la que se apoya el análisis, así como el trabajo de campo etnográfico y las decisiones metodológicas que fueron guiando el curso de esta investigación. Finalmente, presentaré la estructura del trabajo.



Ilustración 1 Paisaje típico de General San Martín. Cultivo de soja transgénica. Archivo propio

I. PRODUCIR DESDE LA REGIÓN PAMPEANA, EL CORAZÓN DE UNA NACIÓN AGROEXPORTADORA

La zona rural que aquí se analiza está situada alrededor del río Ctalamochita en el departamento GSM, que se ubica en la región centro - sureste de la provincia de Córdoba. Este departamento es el sexto más poblado de la provincia, no obstante, la población se ubica en un 78 % en la ciudad cabecera, Villa María, y la lindera, Villa Nueva, lo cual da cuenta de una significativa concentración urbana.

Poco se conoce de la historia precolombina de esta región de sabanas y monte espinal; su incorporación tardía a la colonia española tuvo un perfil principalmente de camino de paso entre el Alto Perú y el Río de la Plata. En cambio, el origen de los pequeños pueblos, de la ciudad cabecera del departamento, así como de las chacras y estancias agropecuarias que los rodean, tiene su historia visible a finales del siglo XIX, en el proceso de ocupación de tierras por familias migrantes conocido como colonización agraria. Así se forjó una fuerte identidad agropecuaria alrededor de las fértiles llanuras que conforman la región pampeana. Dicho periodo, usualmente conocido en la narrativa histórica como “Modelo Agroexportador”, persiste en la memoria colectiva como “años de bonanza”, anclado en la figura de Argentina como “granero del mundo”, por entonces, uno de los principales países exportadores de trigo y carne del mundo (Giarraca y Teubal 2008; Marrone y Walker 2001).

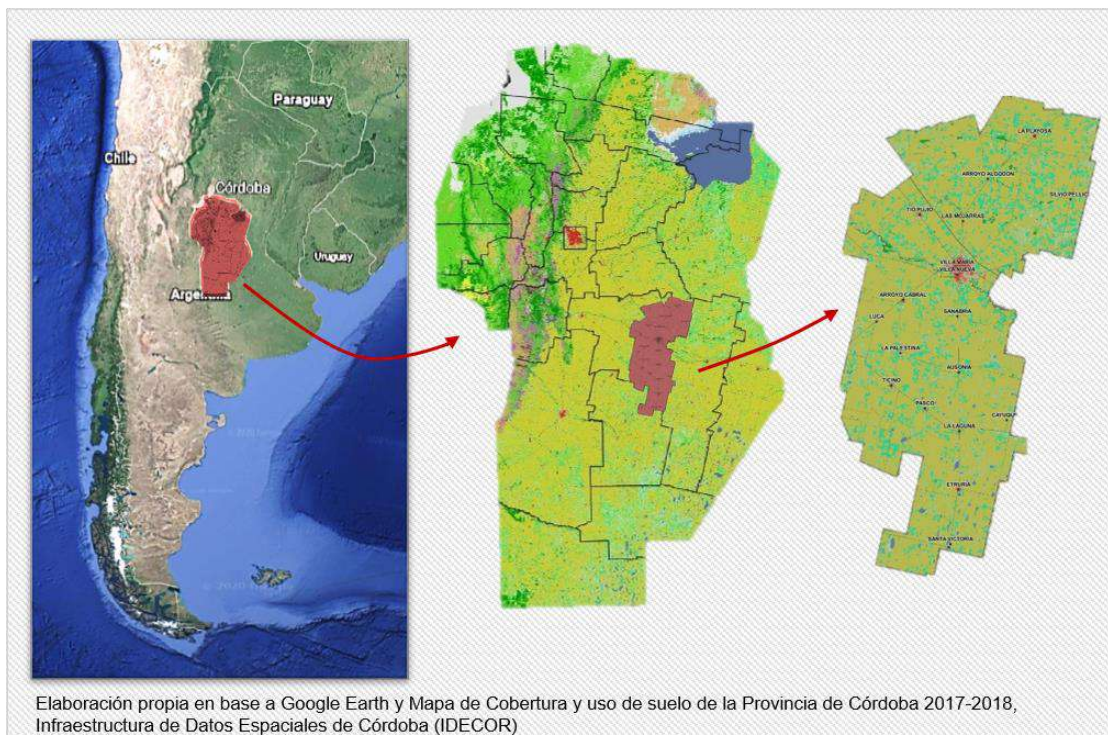


Ilustración 2 Mapa de Argentina, localizadas respectivamente la provincia de Córdoba y el departamento General San Martín.

A inicios del siglo XXI, a través de los cultivos de soja en grandes extensiones que se pierden en el horizonte, “el campo argentino” volvió a recobrar una vitalidad significativa en la estructura macroeconómica nacional. La soja, principalmente, pero también otros granos de exportación que aprendimos a llamar *commodities*, como el trigo, girasol y el maíz, pasaron a ser los cultivos más sembrados, impulsados por un ciclo de precios internacionales altos, que se extendió durante los años 2000 a 2013¹. Esto último, además, promovió el ingreso de fondos globales de inversión privada que convirtieron la inversión en tierra y granos en un “activo financiero” (véase *landgrabbing* en Edelman 2016). En este marco, en Argentina, el valor de mercado de la tierra aumentó aproximadamente un 300 % su precio en dólares en la primera década del siglo XXI (Bisang 2007:236; Cerdá y Muzlera 2015:7). Actualmente, los precios de los *commodities* disminuyeron, en particular entre los años 2015 – 2019: algunos estudios, sin embargo, señalan que estaríamos ante un escenario de ralentización de la dinámica de este proceso, pero no necesariamente de retracción (Gras y Cáceres 2017).

La soja lideró una historia que sus promotores narran en tono épico: el ingreso de divisas gracias a la exportación del gran volumen producido definió la rápida recuperación del país de la mayor crisis socioeconómica que recordara. De este modo, (re)actualizó el imaginario de que “el campo” es *la* fuente de riqueza nacional, como hubiera sucedido a principios del siglo XX.

Esta construcción simbólica que legitima la matriz tecno y socioproductiva de los *commodities* agrícolas se asienta, en parte, en el gran volumen movilizado. Efectivamente, en las cuentas nacionales, en el año 2017, esta agricultura de gran escala y orientada a comercializar *commodities* en mercados en el exterior representó el 43 % de las exportaciones nacionales con granos de soja y maíz y sus subproductos derivados (harinas y aceites). La República Popular de China es la principal compradora de los porotos de soja y otros países asiáticos de la harina y el aceite. El peso de los productos primarios (el total de todos los bienes agropecuarios y manufacturas primarias) en las exportaciones nacionales representa el 64 %, lo cual refleja la primacía de la matriz agroexportadora en la estructura económica del país (Bolsa de Cereales de Córdoba 2019) –véase mapa a continuación–.

En particular y en relación a los intereses de este trabajo, la soja es icono de una serie de transformaciones en las formas de hacer, pensar y sentir la producción agropecuaria. La

¹ Aunque no se profundizara aquí, resulta pertinente recuperar que los precios internacionales de los granos presentaron una marcada aceleración por el fuerte aumento de la demanda de los países asiáticos, en particular China, el estancamiento en la producción en dos de los principales productores mundiales (Brasil y Estados Unidos) y la baja en la tasa de interés de la reserva federal de Estados Unidos que incentivaron la entrada de fondos especulativos en los mercados de los *commodities* (sobre esta dinámica véase Gras y Hernández 2013b:34 y 35; Rossi et al. 2014:141; sobre mercado a futuros y nuevos productos financieros Harvey 2012:25-32). Sobre la acción especuladora de los fondos de inversión en 2020 véase en particular Adreani, (2021).

presente investigación no tiene por objeto a dicha oleaginosa ni a su espectacular expansión, sino a los reacomodamientos y transformaciones que se desencadenaron tras su ingreso y desarrollo en el territorio agropecuario estudiado. Por eso, veremos que la soja será protagonista en cada capítulo, a su manera, porque su presencia es ineludible para quienes producen y/o habitan esta región de la pampa cordobesa.

Gráfico 1 Origen de las exportaciones según regiones económicas. 1º semestre de 2019



Fuente: Extraído de Indec (2019) Informes Técnicos, vol. 3 n° 162, pág. 8. Con modificaciones de estilo.

I.I. Del granero del mundo a la República de la soja. Antecedentes de investigación

La expansión de megaproyectos apalancados en innovaciones tecnológicas y organizativas, tendientes al control, la extracción y la exportación de bienes naturales sin mayor valor agregado, fue un proceso de escala internacional desde finales del siglo XX, que se intensificó en distintas regiones del Sur Global. Esto es caracterizado por algunos autores como una reprimarización de la orientación de las economías nacionales que denominan (neo)extractivismo (Giarracca 2011; Gudynas 2009; Machado y Zibechi 2016; Svampa 2013). Para el caso de América Latina, la demanda se concentró en productos agrícolas (maíz, soja y trigo), así como en hidrocarburos (gas y petróleo), metales y minerales (cobre, oro, plata, estaño, bauxita, zinc, entre otros).

Cabe aquí recuperar un episodio mediático que, en particular, supo señalar la consolidación del proceso de sojización en el año 2003. Una campaña publicitaria en los suplementos rurales de los diarios argentinos de mayor tirada nacional, Clarín y La Nación, difundió el mapa de la “República Unida de la Soja”, confeccionado por Syngenta, una de las mayores empresas transnacionales de producción y comercialización de semillas y agroquímicos. Reflejaba el área de América Latina donde más se había desarrollado el cultivo de soja, que comprende los países de Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia. A la par de esta propaganda, se reforzaron las voces críticas que señalaban al carácter extractivista y neo-colonial de este modelo agrícola (Grain 2004, 2013). Efectivamente el comercio mundial del poroto de soja fue el que más creció desde principios del milenio, acumulando un incremento de 102% en el volumen comercializado internacionalmente entre 1999 y 2008, mientras otros granos como el trigo y el arroz aumentaron un 12% y un 22% respectivamente. Esto responde a un crecimiento sostenido en la superficie cultivada en la región del Cono Sur: “en solo 8 años (entre 2002 y 2010) la superficie sojera aumentó 30% en Brasil, 46% en Argentina y 1000% en Uruguay” y en Paraguay y Bolivia un 80% y 55% respectivamente (Gras 2013a:2).

Dicho mapa puso de manifiesto la *agriculturización* del uso del suelo orientada a producir commodities. Pero la cuestión no es aquí solo para qué sino cómo: hablamos de un tipo de agricultura que diversos analistas caracterizan como *industrial* (Bartra 2008; Domínguez y Barbetta 2006; Pengue 2005a) o también *científica* (Santos 2000), dado que se apoya en una racionalidad de control cuasi fabril de los cultivos y el ecosistema en el que está inserto, a partir de innovaciones biotecnológicas (semillas transgénicas o mejoradas, eliminación de plantas, hongos e insectos con agroquímicos², compensación química de nutrientes con fertilizantes),

² Este rasgo hace que su denominación más acertada sea *biocidas*. En general, se utilizará en este trabajo el término *agroquímico*, dado que es el más usado por mis interlocutores junto con simplemente “líquidos”. Otro sinónimo es *plaguicida*.

de la metalmecánica y las tecnologías digitales (maquinaria de mayor escala, monitoreo satelital de cultivos, ...). A esta forma de producir mis interlocutores de GSM la denominan “convencional” y así la contraponen a las prácticas “tradicionales” que, décadas anteriores, ellos y ellas o sus familiares supieron desarrollar. Pero esta *convencionalización* –más conocida en la esfera pública como “agronegocio” –, forma parte de una serie de transformaciones más amplias que desbordan lo estrictamente agronómico.

El primer desarrollo de la noción de agronegocio se le adjudica a John Davis y Ray Godelberg (1957), dos profesores de economía de la Universidad de Harvard, Estados Unidos, que buscaban mostrar el sistema agroalimentario como una cadena de transacciones con distintos eslabones que van del campo hasta el consumidor final. En la actualidad, *agribusiness* hace referencia a una forma de concebir y organizar la actividad agropecuaria desde una lógica “de los negocios” y orientada a lo que es demandado en el mercado internacional, para lo cual es necesaria una mayor articulación entre agro e industria. Sin ahondar en aspectos sobre los que nos detendremos en su momento, puedo señalar aquí que en la producción primaria esta lógica se traduce en un conjunto de imperativos: un ritmo alto de incorporación de innovaciones tecnológicas, una jerarquización de los saberes del *managment* empresarial por sobre los agropecuarios a la hora de organizar la producción, así como la implementación de nuevas herramientas organizacionales, jurídicas y financieras (Anlló, Bisang, y Campi 2013; Bisang, Salvatierra, y Anlló 2010; Gras y Hernández 2013b, 2016c). Al respecto, hay cierto consenso en que la producción de soja es la que mejor expresa este modelo y es un debate abierto cómo se están modelando otras actividades agropecuarias a partir de estos imperativos.

Al ser un esquema de costos altos –por los insumos biotecnológicos, el gran aumento del valor de la tierra y la nueva maquinaria–, este modelo ha propiciado la profundización de la concentración productiva en escalas hasta el siglo pasado desconocidas (véase “megaempresas” en Gras y Sosa 2013). Para graficar la disparidad en el control de la tierra sirven los datos del Instituto Nacional de Semillas de la República Argentina: según lo declarado por las empresas agrícolas solo el 6,66 % de los productores –un total de 611 empresas– controló el 43,52 % de la superficie total sembrada con soja durante el año 2016 (Inase 2017).

La concentración productiva se complementa con una más dispar en el mercado de insumos y comercialización. Solo 10 corporaciones comercializan el 88 % de las exportaciones de granos y sus derivados en harinas y aceites de Argentina, según datos de 2017 de la Bolsa de

que incluye los herbicidas, fungicidas e insecticidas. Según el contexto de habla, utilizaremos *agrotóxicos*, que es el término usado por los sectores que denuncian la contaminación residual en ecosistemas e individuos que producen estos insumos de la industria química.

Cereales de Rosario (Calzada 2018)³. Otras cuatro son las que controlan a nivel global alrededor del 80 % del mercado de insumos, tanto de semillas como de agroquímicos: Monsanto-Bayer, Dow-Dupont, Syngenta-ChemChina y BASF (Calzada 2017).

En efecto, en un contexto de crisis socioeconómica y una gran cantidad de establecimientos agropecuarios con deudas, quebrados o en riesgo de estarlo, miles de familias agropecuarias debieron, o bien reconvertir sus competencias y modos “de hacer”, o bien cambiar de actividad. La antropóloga argentina Valeria Hernández lo entiende como un cambio “paradigmático” (2007, 2009) en las formas de vivir y trabajar en el agro argentino, que se apoyó en la difusión de la figura del *empresario innovador* como la conducción de este proceso, dejando atrás tanto la imagen social del “atrasado” chacarero así como del “improductivo” terrateniente.

En otras palabras, en el agro argentino el proceso de consolidación del agro-negocio no implicó solo cambios agronómicos y de actividades, sino que reconfiguró las relaciones y los actores sociales de la producción agropecuaria. Ingresaron como figuras dominantes actores no agrarios como es la industria biotecnológica, los fondos de inversión, el fortalecimiento del poder de las grandes empresas agroindustriales y el desplazamiento de productores pequeños y medianos, las familias “chacareras” o “campesinas”. A lo largo de este trabajo observaremos cómo estos procesos se expresan de manera particular en los territorios de GSM.

La reconfiguración de actores sociales y actividades que tomó forma a lo largo de las décadas de 1990 y 2000, también cristalizó una serie de cambios tecno y socioproductivos, cuyo proceso de difusión data de décadas anteriores, conocidos como *Revolución Verde*. Este término fue acuñado en 1968 por William Gaud, titular de la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional (Usaid), para referir al incremento de la producción de granos en países agrícolas a mediados de los años 60, gracias a las semillas “mejoradas” de trigo y arroz.

Para entender cómo este proceso se desarrolló en Argentina es necesario identificar algunas condiciones estructurales de la geopolítica global que se manifestaron, por ejemplo, en las políticas de los organismos transnacionales y de los Estados nacionales y se conjugaron con condiciones propias de los territorios agroganaderos pampeanos. En otras palabras, propongo entender que aquello que llamamos agronegocio, o el desarrollo del capitalismo neoliberal en el agro, se realiza en cada territorio como “fuerzas en fricción” (Tsing 2005). Por un lado, podemos distinguir como *fuerzas globales* aquellos elementos singulares de la etapa actual, tal es la difusión de los productos biotecnológicos, como un paquete tecnológico “cerrado”; así

³ Estas compañías son: Cargill, Cofco –incluye Nidera–, Bunge, Dreyfus, AGD, Vicentin, ADM –incluye Toepfer–, Oleaginosa Moreno, ACA. Valores similares se registraban a comienzo del milenio a nivel global, con seis empresas controlando el 85 % del comercio: Cargill (EE. UU.), Continental (EE. UU.), Mitsui (Japón), Louis Dreyfus (Francia), André/Garnac (Suiza) y Bunge y Born (Brasil) (Teubal 2001:48).

como el rol del capital financiero y de algunas empresas y países sobre la demanda internacional de los productos agropecuarios que en conjunto tienen una influencia decisiva en el sistema de precios internacionales y en el proceso productivo según estándares de “calidad”. Por otro lado, se entiende que las formas de su apropiación en los territorios rurales y el rol de los Estados municipales, provinciales y nacionales operan, como explica la socióloga argentina Carla Gras, no sólo como anclajes de las mencionadas fuerzas sino también le otorgan “dinámicas específicas” (2013a:114). Este interjuego de fuerzas es un eje transversal y observado con detenimiento en este trabajo y se propone, siguiendo a la antropóloga estadounidense Anne Tsing (2005), comprenderlo como *fricciones*. En lugar de apelar al término “global” para dar por explicado un determinado proceso social, la apuesta es identificar cómo se despliega localmente en colaboraciones e interconexiones –incómodas, desiguales, inestables–. Reconstruir estas conexiones, afirma Tsing, permite comprender que la relación entre global y local opera como una rueda que se mueve a partir del contacto con la superficie, *se realiza* en la *fricción* (2005:4). Veamos, a continuación, algunos elementos generales de la Revolución Verde, no obstante, en su momento nos detendremos en otros específicos de GSM.

En Argentina –así como en otros países agropecuarios– en las décadas de los años 60 y 70, aumentaron las superficies sembradas y sus rendimientos sostenidamente (Balsa 2006:133). Aquel crecimiento es comprensible a la luz de la agenda de “modernización” que se desarrolló al interior del territorio nacional, que debe leerse, como señalamos, en conexión a los movimientos en el plano de la geopolítica global, por ejemplo, del accionar de organismos como la USAID que, en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, se planteó como objetivo “solucionar el problema del hambre en el mundo” a través de programas de difusión de innovaciones en la producción agrícola en los países “subdesarrollados”.

Hacia finales de los años 70 se difundió la incorporación de semillas “mejoradas” por institutos de investigación públicos y privados, resultantes de procesos de selección e hibridación de variedades de cultivos a campo abierto. En su difusión fue clave el trabajo del Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y Trigo (CIMMYT) creados por las Fundaciones Ford y Rockefeller. También, desde la Universidad de Florida, Estados Unidos, llegaron a la Argentina las “nuevas” semillas de maní que reemplazarían al autóctono maní colorado. En el ámbito nacional, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) –creado para “modernizar” la producción agropecuaria en el año 1956– tomó un rol activo en la adaptación local de las semillas (Baldessari 2017; Gargano 2013; Obschatko 1989; Perelmuter 2021), así como en la difusión de la mecanización agrícola, las “prácticas de manejo” eficiente

del ganado, de la “mentalidad de empresario” en la gestión del campo y a posterior de los agroquímicos y la siembra directa (Balsa 2006; Iparraguirre 2014; Olivera 2013).

En su conjunto, este proceso de cambios tecno y socioproductivos inicia un proceso paulatino de *agriculturización* del uso del suelo. En una segunda etapa –caracterizada también como Revolución Biotecnológica–, se difundieron las semillas transgénicas –es decir, con un gen de otro orden biológico– en Estados Unidos y Argentina como las dos primeras experiencias en el mundo a mediados de los años 90 (Poth 2013). Siguiendo a la historiadora C. Gárgano (2013:161), para el caso de Argentina, el INTA sostuvo la investigación y creación de cultivares de soja hasta mediados de la década de 1980. El empresariado nacional no incursionaba porque, al ser una especie autógama, podía ser reproducida por los agricultores con solo guardar las semillas de una cosecha a otra y lo hacía un negocio poco atractivo. Esto se interrumpió cuando fue lanzada la semilla transgénica RR de Monsanto y al INTA le fue negada la licencia para su reproducción. Siguiendo a la autora, los primeros 20 años de este proceso, el INTA fue central para garantizar la “factibilidad tecnológica” que hizo posible el desarrollo de la agricultura que, en la actualidad, se convirtió en convencional.

El anclaje local de ambas etapas se conjugó con agresivas políticas neoliberales de desregulación y de apertura del mercado externo instauradas en la década de 1970 durante la última dictadura militar de Argentina y profundizadas durante los años 90 por los gobiernos electos de C. S. Menem (1989-1999). La orientación de estas políticas públicas, siguiendo los análisis de la socióloga Norma Giarraca y el economista Miguel Teubal (2013:27), se presenta unívoca y explícita: “Según funcionarios del gobierno de los noventa debían desaparecer doscientas mil explotaciones agropecuarias (de las cuatrocientas veinte mil registradas en el censo de 1988) consideradas ineficientes”.

Este pasaje de una agricultura *tradicional* a *convencional* implicó una intensificación de la dependencia de los insumos biotecnológicos para garantizar rendimientos altos, así como la incorporación de maquinaria agrícola de cada vez mayor escala y sofisticada tecnológicamente. También exigió reajustes subjetivos, como vimos, al promover el ideal del empresario innovador. Propongo comprender la modernización del sector agropecuario no en el marco de tal o cual programa ejecutado sino como un proceso de largo plazo, en los términos definidos por el sociólogo Norbert Elias (1987, 1998), agenciado multiescalar y multisituadamente, sin poder ser dirigido por un único individuo o grupo. El *leit motiv* de la modernización se sembró tempranamente en las tierras pampeanas y en los capítulos de esta tesis observaremos en detalle su dinámica de lenta maduración y larga duración.

Este proceso de cambios y reconfiguraciones en las formas de hacer agricultura y sus actores protagónicos fue objeto de la mirada atenta de profusas investigaciones, por lo cual, contamos con abundante bibliografía con la que entrar en diálogo a lo largo de este trabajo. Desde la sociología rural argentina han sido ampliamente estudiadas, en particular para la región pampeana, las estrategias para participar que se dieron quienes entraron en la lógica del agronegocio, sea las cúpulas empresariales (Fernández 2012; Gras y Hernández 2016c; Sosa 2019; Sosa y Frederico 2018), así como de los productores de tamaño medio (Balsa 2006; Giarraca, Gras, y Barbeta 2005; Muzlera 2012). Aunque en menor medida, existen también trabajos desde un enfoque etnográfico sobre las empresas dominantes del agronegocio (Hernández 2007). Otros estudios han podido trazar los cambios en las trayectorias de los pequeños y medianos productores familiares, tanto de quienes quedaron desplazados de la producción como de quienes lograron incorporarse como empresarios “exitosos” o subordinados (Bernhold y Palmisano 2017; Cloquell et al. 2007; Gras y Hernández 2008; Manildo 2013). También fue analizada la construcción simbólica que legitima el modelo de los agronegocios (Gras y Hernández 2016c; Liaudat 2015).

Existe cierto consenso en que este proceso de acelerados cambios constituye un afianzamiento del capitalismo agrario a nivel global, que en el plano local observamos a través de la mayor participación de grandes capitales extraagrarios y/o extranjeros, así como novedosas formas de control de la producción y de dependencia tecnológica. Algunos trabajos han analizado el peso creciente y la concentración del poder de las grandes empresas agroindustriales en el sistema agroalimentario (Gutman y Gatto 1990; Gutman y Lavarello 2002; Teubal y Rodríguez 2001); así como en la producción, la estructura agraria y el cambio de escalas productivas (Azcuy Ameghino y Fernandez 2007; Domínguez y Barbeta 2006; Martínez Dougnac 2016). Incluso contamos con investigaciones sobre el rol del Estado argentino para impulsar este proceso de cambios (Martínez Dougnac 2013; Palmisano 2018a; Poth 2013), la transferencia de los desarrollos científicos financiados con fondos públicos al sector privado (Gargano 2013) y del accionar de las empresas de biotecnologías (Perelmuter 2021; Sztulwark 2012). Además, algunos estudios han marcado el carácter de estas transformaciones como un tipo de modernización “excluyente” y “conservadora” (Barbeta y Domínguez 2018; Lattuada 2006). En complemento, se registra toda una bibliografía que estudió el impacto del avance de este modelo socioproductivo en las regiones extrapampeanas a través del desmonte de bosques nativos y desalojos de familias campesinas, así como de la conflictividad desencadenada (Barbeta 2014; Barri 2009; Cáceres 2014; Domínguez y de Estrada 2013; Hocsman y Romano 2018; Lapegna 2019).

Por otra parte, la oposición y crítica social a la agricultura industrial ha sido estudiada, además, en el marco de procesos de rechazo y resistencia a los proyectos extractivistas, también caracterizadas como luchas socioambientales por levantar la denuncia hacia los efectos de contaminación de este sistema agroproductivo (Carrasco, Sánchez, y Tamagno 2012; Svampa y Viale 2014). En la provincia de Córdoba, durante la primera y segunda década de este siglo, se produjeron dos experiencias paradigmáticas que despertaron interés internacional: la lucha del *Grupo de Madres de Barrio Ituzaingó* contra las fumigaciones con agrotóxicos linderas a sus viviendas, en un barrio periférico de la ciudad capital; y la lucha multisectorial contra la instalación de una planta de selección y procesamiento de semillas de Monsanto. En el primer caso, su relevancia radica, en parte, en haber logrado que ser “un barrio fumigado” adquiriera estatus de problema público y las denuncias llegaran a ser juzgadas por la Justicia provincial que condenó a un productor agropecuario y a un aeroplicador de agroquímicos por contaminación (Barri 2013; Carrizo y Berger 2013; Tomasoni 2012). La segunda experiencia mencionada se convirtió en una referencia de la resistencia popular contra la empresa Monsanto, que trascendió las fronteras nacionales; compañía que ya acumulaba denuncias en distintos países por producir y vender productos publicitados como “inocuos”, pero altamente tóxicos (Robin 2012; Shiva 2008; Monsanto Papers s. f.)⁴. Tras cuatro años de conflicto, que incluyó el bloqueo permanente de los accesos a la planta en construcción durante tres años, la empresa desistió de su radicación en la pequeña localidad de Malvinas Argentinas, lindera a la ciudad de Córdoba (Agosto 2015; Barzola 2019).

Este trabajo dialoga con este corpus de discusiones, al que se espera contribuir desde un estudio etnográfico —que es también decir situado— en la región pampeana de Córdoba.

I. II. ¿Qué pasó en otras actividades más allá de la soja?

El proceso de agriculturización implicó una tendencia a la homogeneización en el uso de la tierra y el paisaje. Algunos estudios realizados en la zona núcleo de la región pampeana han mostrado que la soja primero habría avanzado sobre un 70% de tierras dedicadas a la ganadería y luego sobre un 30% de la superficie que se encontraba dedicada a la agricultura de otros

⁴ Para entender el desigual acceso a la información sobre estos productos de la industria química resulta significativo que durante más de treinta años Monsanto comercializó su producto “Round Up” con glifosato asegurando que era biodegradable. El peso de numerosos trabajos científicos que demuestran que “es altamente persistente en el ambiente, en el suelo, en los lechos de los cursos de aguas”, así como la denuncia de los y las afectadas por la contaminación, logró que la empresa Monsanto sea condenada en Francia “a retirar la falsa característica de biodegradabilidad en las etiquetas” en el año 2007 (Rossi, 2018:10). Además, los Tribunales Federales de Estados Unidos declararon culpable a esta empresa por no advertir el riesgo para la salud de su producto y que dicha omisión fue un factor sustancial en las enfermedades de cáncer de sus denunciantes. Se calcula que son nueve mil las demandas contra Monsanto “en espera” solo en Estados Unidos (véase Monsanto Papers, 2018). Respecto al impacto en salud y en lo ambiental se puede consultar en Rossi (2018) la compilación de estudios científicos publicados en revistas académicas que sustenta el pedido en la Justicia Federal de prohibición del glifosato en Argentina.

cultivos (Martínez Dougnac 2008:104-5). Tomando esta matriz analítica como punto de partida, en los estudios rurales abunda la referencia al “desplazamiento” de las economías regionales como una de las consecuencias o efectos del proceso de sojización (algunos de los trabajos de referencia son: Svampa 2019:23; Giarraca y Teubal 2008:154-55; en alusión específica al maní y tambo véase respectivamente Gras y Hernández 2016b:6; Giarraca y Teubal 2013:28).

En el proceso de investigación bibliográfica, pude encontrar otro conjunto de trabajos que, tempranamente, han propuesto una lectura distinta a la del desplazamiento. Resulta interesante notar que estos estudios, producidos principalmente por economistas, ocupan un lugar relativamente marginal en el campo de los estudios sociales agrarios, es decir, no son parte de la bibliografía más recuperada. Sus autores advierten el crecimiento simultáneo de producción total y productividad en distintas actividades que, a priori, compiten por el uso del suelo. Veamos algunos de ellos.

Tomando las estadísticas de los censos nacionales de 1988 y 2002, M. Gallacher encuentra que en las provincias con fértiles praderas pampeanas la superficie destinada a agricultura aumentó en Córdoba un 77%, así como un 30% en Buenos Aires, un 150% en Entre Ríos y un 43% en Santa Fe. No obstante, si bien se puede identificar una reasignación de tierra de la ganadería hacia la agricultura, para el caso de nuestra provincia el stock ganadero cayó sólo un 14% y la caída en la superficie destinada a pasturas perennes un 35% (2010:194-95).

Podemos ver que el significativo aumento de tierras destinadas a la agricultura no es equivalente al retroceso de la ganadería. Por su parte, esta dinámica también fue reconocida en el análisis de O. Barsky y S. Bearzotti (1991:85-86), quienes señalan que entre las décadas de 1920 y 1960, por el carácter extensivo del tipo de agricultura y ganadería que predominaba en la región pampeana, se alternaban “etapas de desarrollo contrapuesto de ambas actividades. Cuando crecía la producción de una, declinaba la del otro subsector y viceversa. En cambio, a partir de 1960 por primera vez se manifiesta un crecimiento conjunto de ambas actividades basado fundamentalmente en el cambio tecnológico”.

Esto también fue señalado por R. Bisang (2007:230) quien en tono optimista pregunta retóricamente respecto del crecimiento de la actividad agropecuaria argentina: “¿Volver a creer?”. Afirmar el autor que: “En el caso de las carnes, aun restándosele un número considerables de hectáreas (volcadas a granos y oleaginosas), creció el stock y principalmente la producción neta (...). En lechería, el esquema se movió en idéntica dirección con menos tierras, mayor escala y mejor productividad”. Afirmar el autor que en ambas actividades: “se aunaron las demandas internas y externas para traccionar niveles de producción que superaron con creces las caídas previas” (Op. Cit:229).

Estos señalamientos invitan a pensar que estamos ante procesos acaso más complejos y menos lineales que el mero desplazamiento de actividades agropecuarias por la sojización del uso del suelo; esto es, en efecto, lo que señalan los datos empíricos de esta investigación etnográfica en la zona rural que es objeto de análisis, los alrededores al río Ctlamochita de GSM. Un profundo proceso de concentración productiva comportó una drástica reducción de establecimientos agropecuarios, en particular, de pequeña y mediana escala (que expresa sí un tipo de desplazamiento), pero, como señalan los estudios de aquellos economistas, se observa un escenario de “intensificación” de los volúmenes de las producciones agropecuarias no sólo de la soja sino de las regionales. Nuestra hipótesis es que el avance de la producción de aquella oleaginosa sobre tierras históricamente destinadas al tambo o el maní, no comportó una desaparición de las economías regionales, sino más bien ajustes y reconversiones en las formas de trabajar, vivir y “hacer negocios”, y lo que proponemos entender como un complejo y contradictorio proceso de convivencias entre actividades, actores y lógicas, que se apoya en una trama de interdependencias asimétricas.

No se intenta aquí invalidar la interpretación del desplazamiento en otras actividades o regiones agropecuarias, pero sí señalar que debemos situarla, no tomarla como dada. Por otro lado, las actividades económicas, y las agropecuarias en particular, a lo largo del tiempo tienen fluctuaciones por estar condicionadas a factores climáticos, variaciones de mercado interno y externo, macroeconómicas, entre otras; que condicionan los procesos de contracción y expansión de la producción. Es decir, efectivamente, tanto en tambo como en maní, se registraron en algunos años caídas en los niveles de producción, pero eso no fue una tendencia sostenida y, además, se conjugaron otras variables junto al proceso de sojización.

Para explicar las transformaciones tecno y socioproductivas en el tambo y el maní, a lo largo de este trabajo articularemos la evidencia etnográfica con datos secundarios y bibliográficos de distintas disciplinas. En comparación a otras actividades agropecuarias de la región pampeana, el complejo lácteo no ha recibido una atención central en los estudios contemporáneos; sin embargo, contamos con un corpus de estudios, con pie en distintas disciplinas, sobre el cual hemos podido apoyar nuestro análisis de la Cuenca Sureste cordobesa, entre los que cabe destacar: los estudios sobre la regulación estatal y las políticas públicas (Nogueira 2011; Olivera 2011); de su complejo agroindustrial (Gutman, Guiguet, y Rebolini 2005); los programas de modernización (Posada 1995); las relaciones laborales (Quaranta 2003); y en particular la persistencia y protagonismo de productores familiares en la estructura socio-productiva del tambo (Craviotti 2017; Olivera 2014; Pardías 2017; Vértiz 2017).

En el caso del cultivo de maní, la bibliografía disponible es mucho más acotada: contamos, por un lado, con algunos informes económicos elaborados por dependencias estatales (Blengino 2013, 2015; Bondolich et al. 2015; Dirección de Cadenas Alimentarias 2019); por otro, la más exhaustiva publicación corresponde a la compilación de M. Fernández y O. Giayetto (2017), en la cual la mayor parte de los trabajos pertenecen a profesionales de la agronomía. No es casual tampoco que haya sido editado por la Universidad Nacional de Río Cuarto: este cultivo se ha expandido en los últimos años en el sur provincial. Veremos en el capítulo 2 que, entre otros motivos, esta producción se concentra entre el centro y sur de la provincia de Córdoba por la aptitud de sus suelos. Su cultivo por supuesto tampoco fue indiferente al proceso de sojización, pero, entre otros factores, logró incluirse en el esquema de rotación de siembras (soja, maní, maíz, soja-trigo,). Algunos estudios sociales que analizaron el sur provincial, como las investigaciones doctorales de G. Carini (2016) y A. Picciani (2019) y el de Maldonado y Bustamente (2019), hacen mención a este proceso de intensificación y superposición de las actividades agropecuarias y al dinamismo del cultivo de maní y su agroindustria, no obstante no ha sido objeto principal de sus análisis.

Estamos ante una doble dinámica: un acelerado proceso de *desplazamiento* de familias rurales de actividades que desarrollaron durante generaciones y también una profunda *reconversión* en las formas de hacer tambo y maní. Estos dos movimientos, se entiende, es necesario leerlos en conjunto. Por un lado, siguiendo los datos estadísticos disponibles de cada Censo Nacional Agropecuario (en adelante CNA), en Argentina, el número de tambos disminuyó un 60% y los establecimientos de agricultura de maní un 26% entre los años 2002 y 2018. En simultáneo, hubo un crecimiento en el volumen de producción, en ambos casos apalancado por un aumento de productividad y de la escala productiva. Es decir, la producción de leche cruda nacional creció un 82 % entre 1990-2020 (DNL) y el aumento de la producción de maní giró en torno al 113% a nivel nacional y un 85% en la provincia de Córdoba entre la campaña 1997/1998 y la de 2018/2019 (MAGyP) –nos detendremos en detalle en su momento–.

Respecto a la agroecología, la otra actividad que integra el universo de indagación de esta investigación, la información disponible es más escasa. Las prácticas agroecológicas fueron registradas por primera vez en la Argentina en el último Censo Nacional Agropecuario (2018), el cual identificó 2.536 establecimientos que declararon realizar agricultura orgánica; otros 408 agricultura biodinámica y 2.309 agroecología. De esos totales, corresponden a establecimientos radicados en la provincia de Córdoba respectivamente el 4 % (108), 7 % (30) y 5% (114).

En cuanto a la literatura sobre agroecología, existe un vasto corpus proveniente de las Ciencias Agronómicas, centrado en dimensiones agroecosistémicas y de manejo de cultivos

(Gliessman 1978; Nicholls, Altieri, y Vázquez 2015, entre otros); que incluye diversos estudios sobre experiencias y su apropiación en Argentina (Sarandón y Marasas 2015; Ottmann et al. 2013; Arqueros, Gallardo Araya, y Souza Casadinho 2014, entre otros).

Mientras tanto, para las ciencias sociales de nuestro país, es un fenómeno de estudio reciente. Hasta donde se pudo relevar, contamos con dos investigaciones etnográficas doctorales situadas en provincia de Buenos Aires que analizan establecimientos que hacen la, denominada, “transición” hacia la agroecología en la producción hortícola y agropecuaria, respectivamente (Kunin 2019; Iturralde 2020) y algunos artículos de relevamiento de experiencias (Domínguez 2019; Palmisano 2018b). Otro trabajo reciente analiza saberes y prácticas tradicionales de familias colonas que abonan experiencias agroecológicas actuales en Misiones (Schiavoni 2020). También, en el análisis de experiencias de la provincia de Córdoba y Argentina, se conocieron estudios que conjugan conocimiento agronómico, de la ecología política y la investigación periodística (Ciancaglini 2021; Sarmiento y Rossi 2020).

Como hemos mostrado en nuestra primera etapa de investigación (Cravero 2021), uno de los principales desafíos de este campo de estudios es poder trascender las miradas normativas o prescriptivas (la agroecología como modelo), que proponen las Ciencias Agronómicas, para estudiar el funcionamiento de las prácticas agroecológicas situadas en cada territorio y en relación a sus condiciones de posibilidad.

II. LAS TRANSFORMACIONES DEL AGRO EN PERSPECTIVA RELACIONAL Y PROCESUAL.

La sojización es sin duda una variable dominante para comprender los fenómenos de transformación del mundo agropecuario, pero el análisis situado permite reponer otras que se encuentran en los pliegues, y con las cuales *la soja* se complementa, adiciona o contrapone. Valiéndome de los aportes que he reseñado, en este trabajo propongo explorar, desde una perspectiva etnográfica, un asunto en menor medida indagado en los estudios agrarios contemporáneos, referido a los procesos de cambio tecno y socioproductivos de distintas actividades agropecuarias y cómo estos se despliegan por medio y desde una trama de interdependencias asimétricas: ¿cómo se produce socialmente la convivencia entre producciones agropecuarias (soja, tambo, maní, agroecologías,...), teniendo en cuenta, además, que en algunos casos las actividades regionales se imbrican en trayectorias familiares, de generación en generación? ¿Cómo aquellos datos macroestructurales que señalan un crecimiento simultáneo de volúmenes de producción se hacen cuerpo y experiencia en territorios y tramas de relaciones específicas?

Como veremos a lo largo de este trabajo, el campo cordobés contemporáneo entraña una relacionalidad compleja que se expresa en múltiples formas de convivencia, que incluyen la interdependencia, la cooperación, el conflicto, la disputa y la negociación entre actores sociales diversos. Además, se produce en solapamientos, es decir superposición donde algunos actores y actividades resultan socialmente visibles y otras no.

La investigación etnográfica permitió identificar que estas convivencias entre diversas y heterogéneas actividades y actores socioproductivos se apoyan y vuelven posibles gracias a una trama de interdependencias asimétricas que analizaremos capítulo a capítulo. Este es también un camino para observar cómo estos procesos y sus protagonistas se distancian, confrontan, adaptan o se reconvierten en relación a las coerciones y/o la hegemonía del agronegocio.

Para abordar esta complejidad, nuestro análisis asume una mirada socio-antropológica centrada en comprender cómo funciona la vida social y productiva en los territorios de GSM que hemos abarcado a través del trabajo de campo etnográfico. Para ello, partimos de tres decisiones analíticas: prestar especial atención al *entramado de relaciones* entre actores sociales y actividades productivas diversas; a las *prácticas cotidianas* que lo configuran; y a la dimensión *procesual* del mismo.

En cuanto a la primera, debemos explicitar que el proceso etnográfico nos instó a valernos de herramientas conceptuales que permitieran hacer inteligible las imbricadas relaciones económicas, sociales, afectivas, históricas que constituyen y hacen posible la convivencia entre commodities agrícolas, actividades regionales y agroecológicas. La sociología *figuracional* de N. Elias (1987, 1998, 2008) y *relacional* de P. Bourdieu (1992, 2004, 2005), fueron las principales guías para conducir una investigación que eludiera los cortes *ex-ante* por tipo de actividad o actor. En este marco, fue necesario trabajar con unidades de análisis relacionales y flexibles, construidas durante el proceso de investigación (Quirós 2006:126).

Si bien buena parte de los trabajos fundantes de los estudios sociales rurales de Argentina se asentaron en el análisis de y la inmersión de las y los investigadores en la vida cotidiana de una porción territorial (Archetti y Stölen 1975; Bartolomé 2001 [1974]; Hermitte y Herrán 1970), la orientación a un abordaje de los entramados sociales implicó desafíos específicos, como también dudas e inseguridades: la apuesta por construir una mirada relacional y relativamente integral u “holística” de la microregión en análisis, significaba, al mismo tiempo, sacrificar la especialización y profundización —en términos de producción de datos y conocimiento— sobre alguna actividad o dimensión en particular. ¿Tenía sentido?, me pregunté innumerables veces. Si bien en diversos momentos del proceso investigativo me vi tentada a “recortar” mi objeto en alguna “rama de actividad” —ello me permitiría, cavilaba,

validar más cómodamente el conocimiento producido y esperado para una instancia de tesis doctoral–, la experiencia pasada y presente de mis interlocutores de campo me indicaba la *insistencia* fáctica –y la pertinencia analítica, por tanto– de seguirlos en sus relaciones y movimientos (Quirós 2011: 25 y ss).

Cabe señalar que el abordaje relacional, no sólo pone la mirada en vínculos e interacciones de o entre humanos, sino que también incorpora a las “cosas”, artefactos, entidades no humanas, plantas y animales que componen la vida social de esta zona rural. Sin la necesidad de inscribir este trabajo en el horizonte de los Estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (Ingold 2010, 2015; Latour 2001, 2008) o en las perspectivas que abordan las relaciones inter-especies (Haraway 2008, 2016; Tsing 2015), esta investigación se nutrió ampliamente de sus fértiles reflexiones. La experiencia etnográfica demandó prestar atención a los modos cotidianos en que mis interlocutores forman distintos colectivos en sus asociaciones (humanos y semillas; humanos y agroquímicos; humanos y vacas; humanos y maquinarias, entre otras), y me animó a no soslayar el tipo de alteraciones sociomateriales y de vinculación multiespecie involucradas en los procesos de cambio tecnológico (i.e. si es soja transgénica o trigo sarraceno, si las vacas pastorean o son encerradas, si se utiliza la vieja cosechadora o las nuevas con piloto automático, entre otras). Esta atención permitió observar que distintos modos de llevar adelante un proceso productivo genera tensiones en los mundos sociomateriales donde un cambio se introduce: aquello que a primera vista puede ser lisa y llanamente considerado como una innovación “tecnológica” u “organizacional”, para quienes allí viven y trabajan puede constituir un profundo cambio o, más aún, poner en riesgo *su* mundo social.

En cuanto a la segunda decisión analítica, este trabajo suscribe a una perspectiva etnográfica que pone en el centro del análisis las *prácticas cotidianas* de quienes protagonizan los procesos socioprodutivos objeto de nuestro estudio, y el modo en que ellas configuran y son configuradas por procesos de escala local, regional y global. En lugar de estudiar “la agroecología”, “el agronegocio” o “las economías regionales” como tipos, proyectos o modelos de actividad, apuntamos a conocerlos y comprenderlos en su “hacer” cotidiano. Esto implica recuperar, entre otras cosas, el “cómo” ese hacer se realiza (Quirós 2011:29 y ss), recuperando tanto las lógicas que organizan y estructuran las prácticas de producción de commodities, de tambo, de maní o agroecológicas, como el modo en que ellas –y sus relaciones– son “vividas” (Peirano 2014, Quirós 2019) por sus protagonistas, es decir, la manera en que entienden, valoran, sienten, imaginan y/o proyectan aquello que hacen. Como veremos, en el universo en análisis constituido por los campos de los alrededores al río Ctalamochita: el *cómo hacer*

agricultura/tambo (o *cómo no hacerlo*) nos acerca al núcleo de algunas de las controversias sociales que estructuran la experiencia agropecuaria en Argentina.

Finalmente, este trabajo ha sido construido desde un enfoque *procesual* orientado a reponer la dinámica temporal intrínseca de las estructuras y los actores sociales, en el marco de una serie de transformaciones estructurales de lo que N. Elias llama “proceso de larga duración”. Así, el análisis *sincrónico* respecto a cómo se organiza la producción y las actividades de las personas que acompañamos etnográficamente, busca articularse con un análisis *diacrónico* orientado a reponer las transformaciones en las formas de trabajar y producir. Para esto último, hemos procurado realizar una articulación analítica entre dos tipos de datos: por un lado, los secundarios recuperados a través de la revisión bibliográfica de diversas disciplinas, investigación de documentos históricos y estadísticos, así como periodísticos; por otro, datos producidos desde el relevamiento y reconstrucción etnográfica de trayectorias familiares, buscando inscribirlas en procesos sociales más amplios de distintas escalas.

III. ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS Y ESTRUCTURA DE ESTA TESIS

III. I. Sobre el trabajo de campo y la recolección de datos

La presente investigación se sustenta en un trabajo de campo intensivo y prolongado a través de sucesivas estancias —que al sumar su duración dan un total de 37 semanas efectivas en campo— que tuvieron lugar entre los años 2017 y 2019, y me permitieron “tomar parte” (Malinowski 1986:24) de las vidas cotidianas de las personas que acompañé en un total de 28 establecimientos agropecuarios en los alrededores del río Ctalamochita. Es decir, el trabajo de recolección de datos se organizó a partir de acompañar parte de sus rutinas diarias y eso implicó, también, hospedarme en algunos de estos campos.

Como ya mencioné, fue la pregunta por las experiencias agroecológicas la que me acercó inicialmente a esta zona rural —situada a unos 150 kilómetros de la ciudad de Córdoba donde resido—. En febrero del año 2017 llegué por primera vez a uno de esos establecimientos, Pueblo Mampa, donde me instalé por un mes y medio. A los pocos días de estar allí comencé a advertir las intensas relaciones que mis interlocutores mantenían con otros establecimientos, también agroecológicos, ubicados a pocos kilómetros de distancia. Así empecé a visitar y acompañar a sus vecinos y vecinas. En esos movimientos pude conocer, además, a muchas otras personas que se dedicaban a la producción *convencional*: eran familiares, amistades, o quienes les prestaban o arrendaban tierras o maquinarias a mis interlocutores productores agroecológicos. Fue recién en el año 2019 que me dediqué sistemáticamente a acompañar a algunos de esos

productores, quienes hacen tambo, maní y commodities agrícolas, incluidas aquí las empresas contratistas. La trama de relaciones me llevó a moverme por un radio de aproximadamente 30 kilómetros, triangulado entre tres localidades. Excepcionalmente, para acompañar alguna actividad puntual, me desplazé más allá de aquella área que denomino “la zona rural alrededor del río Ctalamochita”.

En todos los casos, la producción de datos etnográficos estuvo centrada en la participación-observante (Hermitte 2002) en diversos procesos de acción e interacción que componen la vida cotidiana de quienes fueron mis principales interlocutores de campo. Cabe señalar que, conforme a una perspectiva propiamente etnográfica, se buscó recuperar coherentemente e integrar en el análisis las perspectivas de sus protagonistas (Balbi 2012:493), entendiendo que aquello que en antropología llamamos “perspectiva” no se ciñe al orden de los significados o representaciones sociales, sino que implica reconstruir las experiencias sobre las cuales las personas hacen y crean vida social (Quirós 2019:188). Por eso, requiere sostener una concepción amplia —más paralingüística que logocéntrica— de aquello que puede constituir un dato. En otras palabras, es una operación que le da “estatuto epistemológico” a todo aquello que estamos en condiciones de percibir a partir de lo que vivimos en campo, incluyendo esas “intensidades específicas” (Favret-Saada 1990), afectos y efectos, que se despliegan entre las personas en los procesos sociales.

Restituir las condiciones de sentido del punto de vista de mis interlocutores, aprehenderlas, comprenderlas, no nos remite a operaciones como creer, empatizar o justificar, que no hacen justicia con el quehacer científico. Es un ejercicio orientado a simetrizar la posición de sus palabras en el texto (Goldman 2016:29), a darle valor analítico para comprender cómo funciona ese mundo social. Esto implica, además, poder reponer “las cuestiones” que les preocupan, interesan, motivan, enorgullecen o avergüenzan (Guber 2014:15) a estas personas. Más aún, también requiere volver fuente de interrogación cuando sus palabras y acciones nos incomodan o perturban, e integrarlas cabalmente al análisis (Goldman 2008:9; Hernández 2019:151).

Salvo excepciones, mis conversaciones y encuentros no se situaron en el café del pueblo o algún contexto “neutral”: fueron en el campo, que incluye en la mayoría de los casos sus hogares. La industria manisera me llevó a recorrer algunos pueblos y una planta fabril, así como los contratistas a trasladarme con ellos de un campo a otro. En muy pocas ocasiones realicé entrevistas propiamente dichas y solo dos fueron grabadas. En cada caso, el acto de solicitar o proponer una entrevista se evaluó metodológicamente, en función del tipo de interlocutor y del tipo de relación o vínculo con él. En la mayoría de los casos, al llegar referida por otra persona, bastó con preguntar si podía conocer el establecimiento.

III. II. Sobre la escritura etnográfica y la estructura de esta tesis

Estas decisiones metodológicas y analíticas también se plasman en una estrategia de escritura orientada a una traducción fiel a la dinámica *vivida* (Quirós 2019) de los procesos sociales indagados. De ahí que se optó por organizar el argumento a través de la descripción y análisis de diversas escenas etnográficas. Asimismo, defendiendo el valor del uso operativo y situacional de la teoría social (Quirós 2019) y la relación indisociable y simétrica entre teoría y etnografía (Peirano 2014:37 y 38; Quirós 2011), la construcción textual de esta tesis apuntó a *integrar* herramientas y discusiones conceptuales en y con el análisis empírico y etnográfico.

Es decir, el o la lectora no encontrará en lo que sigue apartados teóricos específicos o “estados del arte”, porque se consideró más oportuno movilizar los conceptos –y explicarlos– en el análisis situado. Asimismo, entendemos que esta apuesta abona a un uso democrático de la teoría, pensando en que esta tesis pueda ser leída también por públicos más amplios que el académico, incluidos, los propios protagonistas del trabajo de campo del cual resulta esta tesis.

En las páginas que siguen encontrarán la reconstrucción de interacciones y diálogos que presencié o fueron narrados durante el trabajo de campo, marcados entre comillas y acompañados de la situación en la que fueron expresados y de los elementos necesarios para su comprensión. A su vez, algunas palabras señaladas en *italicas* corresponden a expresiones significativas de mis interlocutores que en el texto aparecen utilizadas fuera de su contexto original de enunciación. La simetría en el tratamiento de los puntos de vista de las personas que acompañé también se traduce en el estilo del texto, por lo tanto, sus palabras no aparecen ni con otro margen ni con otro tamaño o tipo de letra.

Se han incorporado en la estrategia textual, también, las recomendaciones de lenguaje inclusivo (desarrolladas por la Facultad de Ciencias Sociales –UBA– así por otras casas de estudio) tanto para representar mejor a quienes forman parte de esta investigación, así como en el tratamiento de las fuentes bibliográficas. Algunas de estas operaciones han resultado productivas también para el análisis al poner en relieve quiénes protagonizan los procesos indagados, por ejemplo, las *familias* agropecuarias por sobre *los productores* agropecuarios.

Los nombres propios (protagonistas y organizaciones) que utilizo a lo largo de este trabajo, en su gran mayoría, son ficticios a los fines de preservar la privacidad de mis interlocutores. En algunos casos, adopto estrategias deliberadas en pos de garantizar su anonimato. Son excepción los casos de notoriedad pública, así como de los establecimientos agroecológicos explícitamente interesados en la difusión de sus experiencias.

Tras lo dicho, la pregunta por cómo conviven las distintas actividades agropecuarias, sus actores y sus lógicas, y por la trama social que los sostienen en esta pequeña zona rural alrededor del río Ctalamochita, se organiza en este trabajo en cinco capítulos que describen los procesos socioproductivos de distintas actividades y uno de conclusión que ofrece una lectura transversal que, a modo de síntesis, anuda los núcleos problemáticos.

El *capítulo 1*, presenta el mundo social de los alrededores del río Ctalamochita, dentro del departamento GSM, desde sus singularidades productivas y la especificidad histórica de la estructura agraria. Una situación etnográfica organiza la indagación: ¿por qué en aquellos campos que en el verano habían estado repletos de frondosas plantas de soja, en la primavera siguiente, estaban sembrados de maní? Resultan de este interrogante dos consecuencias. Por un lado, se evalúa el riesgo de volver al concepto de agronegocios un sobrecondicionador (Goldman 2015) de procesos, actores o cosas, que no hace justicia con su densidad analítica. No se propone abandonarlo, sino *explicarlo* situadamente sin dar por hecho sus rasgos. Esto fundamenta la exploración de los tres capítulos que siguen y una propuesta analítica para sostener el valor de ese macroconcepto. Por otro lado, indagar aquellos campos sembrados de maní nos va a llevar a reconstruir quiénes son los principales productores de commodities agrícolas. Contrario a lo que se esperaba, no encontramos exponentes de los *empresarios innovadores* o los *pools de siembra*, desanclados del territorio y defensores acérrimos de la sojización.

En los alrededores al río Ctalamochita, la mayor superficie de tierra sembrada con soja es controlada por: (1) una gran empresa dedicada al procesamiento y exportación de maní que es propiedad de una familia local; (2) una estancia perteneciente a la Iglesia Católica, propietaria de 20 mil hectáreas, que ha sido un freno relativo al avance de la agricultura a gran escala de aquella empresa y que pregonaba el arraigo de la producción familiar en el campo. Inicia así la reconstrucción de lo que propongo entender como la *obligación de hacer soja*: los mayores productores de aquella oleaginosa desarrollan este cultivo en el marco de poder sostener otras actividades y no autoadscriben al marcador “sojeros”.

Los *capítulos 2 y 3* se detienen en específico a comprender cómo se hace maní y leche bovina en un contexto de competencia por el uso de la tierra con la soja. Se recupera que ambas actividades estuvieron atravesadas por un paulatino pero sostenido proceso modernizador en el que se despliega la reconversión de formas de producir, que va de las prácticas “tradicionales” hacia las que en la actualidad se denominan “convencionales”. Se observa que algunos de los rasgos del modelo de agricultura industrial, del cual la soja fue el exponente más logrado en Argentina, se replican en estas actividades.

Ambas, con arraigo en las trayectorias familiares, sostuvieron sus niveles de producción, a pesar del proceso de sojización, a través de sistemas productivos más intensivos en el uso del suelo, el trabajo y el capital (principalmente vía nuevas tecnologías). No obstante, la configuración que adoptan es divergente.

La agroindustria del maní desplazó a la gran mayoría de las familias agricultoras a través de la integración vertical hacia atrás, que fue un común denominador del sector. Por otro lado, las empresas maniseras argentinas, casi en su totalidad son propiedad de familias cordobesas de pequeños pueblos del agropampeano, que también cuentan con largas trayectorias en la actividad y con un vínculo estrecho con el territorio que habitan.

La producción de leche cruda, en cambio, continúa en manos de familias que llevan dos, tres o hasta cuatro generaciones en la actividad. No obstante, el cierre de establecimientos es vivido como una tendencia implacable, que les lleva a adoptar innovaciones socio y tecnoproductivas para obtener más litros de leche por vaca y a desplegar una racionalidad calculadora como una tecnología de gestión a fin de minimizar el riesgo. Por ejemplo, hacen “un poco de soja” para tener una monera de cambio sin fluctuaciones que utilizan para saldar los gastos de la producción de reservas forrajeras y/o autosubsidiarse en épocas de “malos precios”.

En estos dos capítulos se empieza a complejizar la mirada sobre la obligación de hacer soja. Si producir dicho *commodity* oleaginoso es parte de un condicionamiento estructural, al observar para qué lo hacen y las otras cosas que hacen, se puede reconstruir el valor de sus acciones dentro de una totalidad social, para ello, el análisis se apoya en el enfoque de la “creatividad social” del antropólogo D. Graeber (2005, 2018 [2001]). De esta manera, se busca restituir los esfuerzos cotidianos por diferenciarse de la producción de soja a través de indagar el valor social del “valor agregado”. La agroindustria del maní se inserta respondiendo a los intereses de las empresas de golosinas europeas como parte de una plataforma productiva global y eso llena de orgullo a quienes forman parte de esa actividad. Entre otras cosas, porque es una vía para actualizar el ideario de desarrollo esgrimiendo la creación de “fuentes de trabajo” y, en particular, de “una economía regional”. El esfuerzo de las familias tamberas también señala que para mis interlocutores hacer tambo es crear trabajo, movilizar valor económico que se encadena con las usinas lácteas, pero, en particular, es poblar el campo de vacas y personas, de camiones que van y vienen con leche. Adaptarse a las presiones de la agroindustria láctea y la sojización, asimismo, es (cambiar para) sostener un modo de vida y trabajo rural asentado en relaciones interespecies.

En el *capítulo 4* a partir de la trayectoria de personas y familias que se dedican al tambo y a la agricultura de maní –o lo hubieran hecho y se retiraron– se exploran aquellos lugares menos

visibles, en los pliegues de las transformaciones agropecuarias, pero que permiten a mis interlocutores continuar ligados al campo. Así se analizan estrategias diversas: la prestación de servicios agrícolas, como complemento de la producción propia y como actividad exclusiva; el minirentismo, la mecánica de maquinaria, la pluriactividad, el asesoramiento profesional e, incluso, los pequeños arreglos con grandes semilleras que hacen experimentos a campo.

Por otro lado, se reconstruye que estos actores sociales son una apoyatura clave para comprender los procesos de cambios tecno y socioproductivos de los últimos años en la producción de maní y tambo. Si en los capítulos anteriores los granos y plantas de maní, así como las vacas fueron en parte protagonistas; aquí aparece la relación íntima con las máquinas y su impacto en las rutinas diarias y las formas de hacer cada tarea.

El capítulo 5 se detiene en un conjunto de establecimientos que denominan a sus prácticas “agroecología”. Rodeados de soja, maíz o maní, las personas que llevan adelante estos campos no utilizan agroquímicos ni semillas modificadas y producen a escala pequeña para el mercado local. Aquí, “hacer agroecología” deviene en una posibilidad de protagonizar alternativas emancipatorias, de explorar nuevas formas de relacionarse con el ambiente y producir conocimiento, o de tan solo –y no por ello menos importante– continuar viviendo y trabajando en el campo “por gusto”, de forma “tradicional”, “como siempre”. Dentro de ese amplio espectro de experiencias (tamberos desplazados de la producción, agrónomos que “se cansaron” y rechazan continuar haciendo soja, jóvenes de la ciudad con sensibilidad ecologista, entre otras.), la agro-eco-lógica pone en el centro de las decisiones productivas la relación con el ambiente para una co-producción de alimentos. Es decir, las relaciones multiespecies aparecen en primer plano en las formas de hacer agroecología, pero, comparativamente, las vamos a observar también en la producción convencional. Se analiza, también, que la proximidad geográfica, social, cultural y afectiva que estas personas tienen con otras que producen de forma convencional hace que la agroecología, en esta región en análisis, no establezca únicamente relaciones de oposición con el agronegocio, sino también de negociación, intercambio, comprensión, entre otras.

El último capítulo ofrece una mirada transversal y de balance de la trama de relaciones socioproductiva reconstruida en cada capítulo precedente, que se propone entender como constitutiva de la *economía moral* local, recuperando la conceptualización de E. P. Thompson (1963, 1971) a la luz de los desarrollos actuales de esta noción en el campo antropológico contemporáneo de la mano de D. Fassin (2009, 2021). Se entiende que es una clave analítica para observar cómo se organizan y estructuran las relaciones entre mis heterogéneos interlocutores en términos de compromisos y obligaciones recíprocas que orientan sus acciones

a crear valor socialmente significativo; e incluye por tanto “las razones” que operan para regular el conflicto. Esta gramática local hace también inteligible los esfuerzos cotidianos que no sólo producen tal o cual bien agropecuario, sino que asientan las condiciones para la sostenibilidad en la actividad de quienes ocupan posiciones subordinadas en la estructura agroproductiva, actuales e incluso inter generacionalmente.

Finalmente, nos detenemos en dos expresiones contrapuestas que actualizan el debate por el desarrollo. La agroindustria del maní, como caso de “éxito” que reaviva el sueño del progreso para estos pueblos agropampeanos. Y, por otro lado, la agroecología que más bien se orienta a desarticular el ideal productivista y ofrece inspiraciones (y no recetas) para crear soberanías y un campo argentino más plural y diverso.

CAPÍTULO 1 COMPLEJIZANDO “EL MODELO” DE AGRONEGOCIOS. OBLIGACIONES E INTERESES ALREDEDOR DE LA PRODUCCIÓN DE SOJA

“Eso que ves ahí no es soja. Es el maní de ABC”, me contó una de mis primeras interlocutoras cuando empecé a visitar los campos de la zona. Era la primavera del año 2017 y como había sido un invierno “llovedor”, como suele expresarse en la zona, la humedad del suelo y los primeros calores habían hecho brotar rápidamente las primeras plantas que empezaron a pintar de verde el suelo en distintos campos en paralelo al río Ctalamochita. Aquellos que el verano anterior estaban repletos de plantas de soja.

Recién cuando estuve frente al cultivo del maní, mis interlocutores –en este caso, quienes se dedicaban a la agroecología– me lo presentaron como propio de la región y ahondaron en algunas descripciones como que “lo fumigan el doble que a la soja” y “erosiona muchísimo el suelo porque los frutos nacen bajo tierra”. Pero, con afecto, me marcaron que estábamos en “una zona manisera”, que sus padres o abuelos se habían dedicado a su cultivo.

Por entonces yo estaba concentrada en conocer –y comprender– las experiencias agroecológicas, en particular su potencial como alternativa al régimen agroalimentario. En un ademán de pereza intelectual, intenté convencerme que era indistinto si había soja o maní rodeando los campos agroecológicos, si total –me repetía– “todo era agronegocio”. De esa manera, intentaba resguardar el objetivo que había delineado para mi trabajo de investigación y podía continuar presentando “sencillamente” el contraste entre agroecología y agronegocio. Pero las situaciones etnográficas me señalaban que si tornaba al agronegocio un elemento “sobrecodificador” (Goldman 2015) de las prácticas e intenciones de las personas, no iba a poder comprender que allí soja y maní no eran lo mismo. Por lo tanto, me perdería de entender el tipo de relaciones que se tejen entre estas actividades y cómo se producen y reproducen.

A continuación, voy a seguir la pregunta sobre porqué había maní sembrado en la mayoría de los campos alrededor del río Ctalamochita en la segunda campaña estival que acompañé en aquella zona. Esta estrategia permitirá desagregar a través de la descripción –como metodología propia del género textual etnográfico– los elementos que hacen a la pregunta principal que articula la indagación de este capítulo: quiénes son los actores dominantes del espacio social de

la zona de análisis, qué los agrupa como clase y qué los distancia. Esto, además, habilita a indagar sus modalidades de inserción en la producción agropecuaria contemporánea y cómo negocian y se apropian de sus imperativos. Por otro lado, es un objetivo de este primer capítulo presentar el emplazamiento geográfico del departamento General San Martín (GSM), su perfil productivo y el entramado sociocultural “ruralizado” que lo constituye.

En otras palabras, los dos actores sociales que detentan una posición dominante en la configuración de relaciones nos van a permitir complejizar el marcador “sojeros” como imputación sociológica homogeneizante. Además, nos introducirán en la historia agraria local, condición necesaria para comprender las transformaciones sociales en curso. Finalmente, sistematizaré una propuesta de abordaje situado del “agronegocio”, aquel macroconcepto que por momentos parece autoexplicativo de los procesos en curso y nos pone en riesgo de opacar las especificidades locales.



Ilustración 3 Cultivo de maní en primera etapa de desarrollo sobre rastrojos de maíz. Archivo propio

I. ¿POR QUÉ HABÍA MANÍ? ADENTRARNOS EN EL PERFIL SOCIOPRODUCTIVO DEL DEPARTAMENTO GENERAL SAN MARTÍN

Los campos sembrados de maní son expresión de la historia agraria del departamento GSM de la provincia de Córdoba. Una especialización que inició contemporánea a la conformación de la identidad agropecuaria local entre finales del siglo XIX y principios del XX.

GSM está ubicado en el centro meridional de la provincia, pero socialmente reconocido al sureste por su ubicación respecto a la ciudad capital. Lo atraviesa la Autopista Córdoba- Buenos Aires y, en paralelo, el ferrocarril; ambos trayectos son los que conectan históricamente a esta zona con el Gran Rosario, donde están localizados los puertos por donde se despacha entre el 75 y 80 % (Ocvirk 2021) de los *commodities* agrícolas producidos en nuestro país.

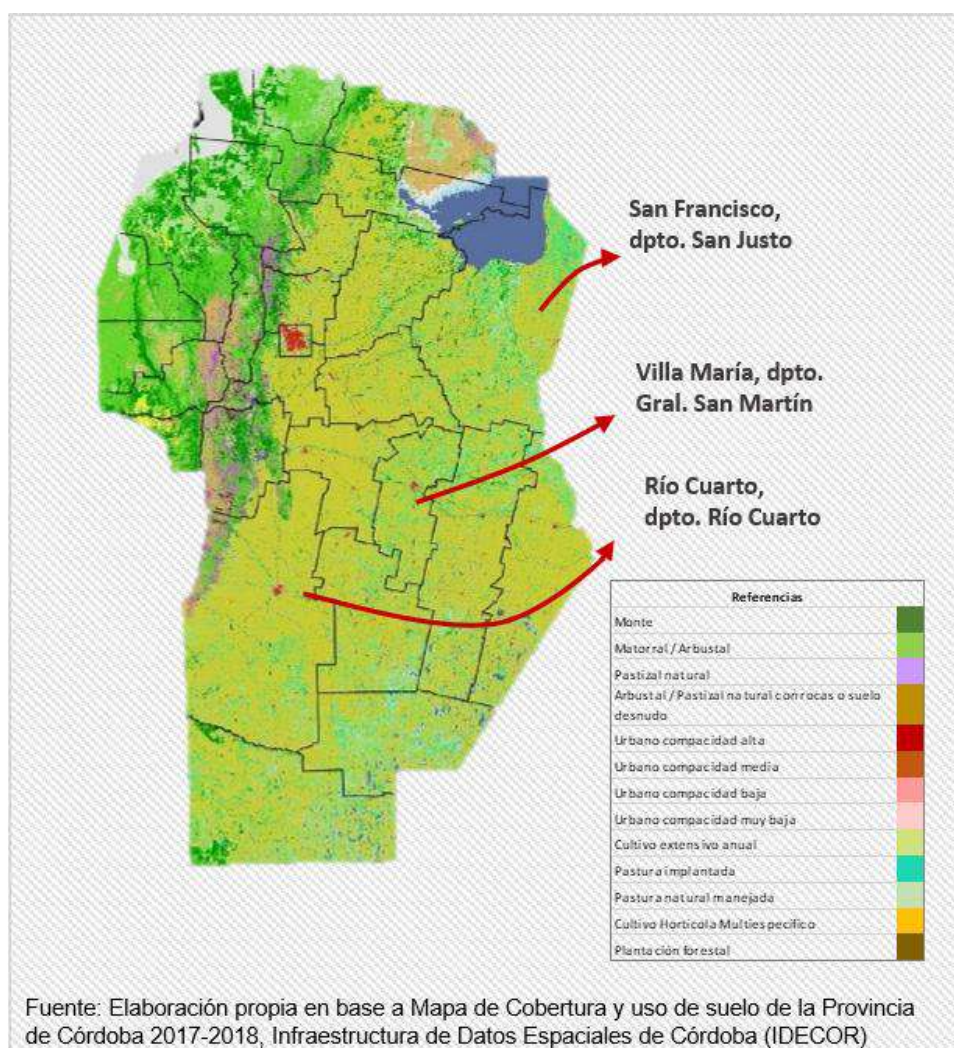


Ilustración 4 Mapa de la provincia de Córdoba con las principales ciudades de la región pampeana

Pero a este departamento del agropampeano de la provincia de Córdoba, distanciado por 150 kilómetros de la capital provincial, también lo atraviesa la Ruta Nacional Nro. 158 que une tres de las ciudades más pobladas del interior provincial: San Francisco, Río Cuarto y Villa María (cabecera departamental de GSM). Estas ciudades intermedias o medianas –así clasificadas por el urbanismo– no solo son importantes por su densidad poblacional, sino también, porque delimitan la región pampeana del territorio cordobés que abarca el área que une el este, sur y centro de la Provincia. La región así constituida es la principal zona de producción agropecuaria de la provincia –sea que lo midamos en las toneladas de producción agroindustrial, así como socialmente reconocida como creadora de valor–.

A los fines de graficar la centralidad en la producción agrícola provincial de este conjunto de departamentos de la región pampeana de Córdoba, podemos observar que, según los datos de los censos nacionales y estadísticas provinciales analizados por el historiador Pablo Iparraguirre (2014), durante el período comprendido entre 1945 y 1965, ya concentraba más

del 95 % del trigo y lino sembrado en la provincia, más del 85 % del maíz, alrededor del 90 % del maní y el girasol. En la actualidad la producción provincial multiplica los volúmenes de aquel periodo, en gran medida gracias a las innovaciones tecno y socioproductivas de las últimas décadas, que implicaron aumentos sustantivos de los rendimientos por hectárea, así como un corrimiento de la frontera agrícola hacia zonas de la provincia antes consideradas “marginales”. No obstante, la región pampeana cordobesa es responsable del 80 % de la producción de *commodities* agrícolas de la provincia y, a su vez, Córdoba representa cerca del 26 % de la producción nacional –si se consideran los promedios de las dos décadas del actual milenio⁵–, según datos de la Dirección de Estimaciones Agrícolas del MAGyP.

La tradición agropecuaria de esta zona se debe, entre otras cosas, a su aptitud geográfica: sus fértiles praderas. Dentro de la provincia de Córdoba se distinguen dos grandes formas de relieve: el de las sierras pampeanas (sierras chicas, sierras grandes y altas cumbres) que, a grandes rasgos, comprenden la franja oeste de norte a sur y el de la llanura. Esta última es extensa y heterogénea en su composición del suelo, humedad y relieve. No obstante, como totalidad, forma parte de la ecorregión conocida como pampeana, que continúa en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y La Pampa, a lo largo de 55 millones de hectáreas.

La región pampeana es caracterizada por su tierra fértil, que según expertos se debe a las cenizas volcánicas de Los Andes que la nutrieron durante milenios (Pengue 2005b:58). Como vimos en la Introducción, una de las condiciones materiales que permitió sostener la narrativa de Argentina como “granero del mundo”, producida y reproducida desde su inserción en el mercado internacional como gran proveedora de trigo y carne –entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX–.

El departamento GSM está ubicado dentro de esta división por compartir aquella cualidad de la tierra, su clima semiárido y subhúmedo y una topografía de llanura. Sin embargo, biológica y geográficamente continúa la sabana propia de la región del Espinal, es decir, pastizales con árboles aislados que recorren la llanura chaco-pampeana. No obstante, las áreas pobladas de monte nativo son pocas a causa de las altas tasas de desmonte que tiene al

⁵ Metodológicamente se optó, en todo este trabajo, por comparar promedios de una serie de años (en algunos casos lustros, en otros décadas) a fin de paliar el efecto de variables coyunturales como son las climáticas (v. g. siembras de invierno resentidas por sequías como el caso del trigo en el año 2020, así como de pérdida de cosecha de verano como en el año 2017/2018), macroeconómicas (v. g. siembras estivales resentidas por la falta de acceso a crédito como en el año 2019 cuando el Banco Central de Argentina dispuso elevadas tasas de interés para desalentar la compra de divisas y desacelerar la inflación); políticas (v. g. aumentos en la siembra de maíz y trigo alentadas por la eliminación de las retenciones por derecho de exportaciones a partir de diciembre de 2015), así como de organización productiva (v. g. esquemas de rotación de cultivos cada vez más estrictos por los efectos de la sobresiembra de monocultivos). No es que estas variables no sean elementos a considerar, sino que la comparación de una sola campaña expone el análisis a sobreestimar algunas y opacar otras.

departamento con solo un 1,5 % de su superficie con cobertura arbórea –similar al de otros departamentos agropecuarios de la provincia– (Agost 2015:115).

En términos demográficos, GSM alcanzó los 127.454 habitantes en el Censo Nacional del año 2010 (Instituto Nacional de Estadísticas (INDEC) 2010), con una variación del 9,77 % con respecto a 2001, que representa un crecimiento poblacional de un ritmo menor que el registrado para todo el país. La ciudad cabecera, Villa María, es principalmente un centro comercial, de acceso a educación y servicios para la población tanto de este departamento como de los que lo rodean. Allí se encuentran, además de una amplia oferta educativa, la Universidad Nacional de Villa María y una regional de la Universidad Tecnológica Nacional.

En la vida cotidiana de sus habitantes, se encuentra anexa la localidad de Villa Nueva, tan solo separadas por el río Ctalamochita, también conocido como Tercero. A pesar de su significativo desarrollo urbanístico, en los bordes del corredor Villa María-Villa Nueva (VM-VN) se encuentran aquellos “espacios fronterizos” que se caracterizan por las granjas avícolas o quintas frutihortícolas, las agronomías que comercializan insumos, talleres mecánicos de vehículos de gran porte, así como un flujo continuo de maquinarias de contratistas movilizándose, camiones trasladando cosechas o camionetas con insumos.

Como adelanté en la Introducción, en el aglomerado VM-VN se concentra la mayor proporción de la población departamental –el 78 % de habitantes–. A su vez, aunque la población rural dispersa solo creció 1,05 % entre 2001 y 2010, si la consideramos en conjunto (sumatoria lineal), luego de estas dos ciudades principales, representa el tercer agregado poblacional, ya que en las restantes 13 localidades la población fluctúa entre 400 y 4100.



*Ilustración 5 Cauce del río Ctalamochita (o también denominado río Tercero) en su paso por GSM.
Archivo propio*

El trabajo de campo etnográfico se concentró en una pequeña zona rural alrededor del río Citalamochita (no en los pueblos o ciudad cabecera) porque se acompañó las actividades agropecuarias en su transcurrir. A veces se siguió las actividades que requerían ir a “la ciudad” o “el pueblo”, pero estas fueron esporádicas y, sin duda, tiene relación con que la mayoría de mis interlocutores residen “en el campo” y si no fuera así, igualmente están todos los días allí.

En línea con lo anterior, vale reponer que en las últimas décadas la clásica dicotomía urbano-rural (Crovetto 2019) ha sido ampliamente criticada por distintas disciplinas de las ciencias sociales, para poner en relieve sus fronteras difusas por la injerencia de actores sociales que operan en ambos y la intensificación de los flujos (Ávila Sánchez 2005; Neiman y Cravioti 2005) y el avance de una lógica urbana o industrial sobre espacios “rurales” (Lefebvre 2013), que también podríamos caracterizar como una profundización de las relaciones capitalistas. Esto es sin duda acertado y es constatable en esta porción de la pampa cordobesa, no obstante, campo-ciudad/pueblo siguen siendo categorías nativas que ordenan el territorio y definen quiénes pertenecen y quiénes no, a pesar de las importantes transformaciones operadas en las últimas décadas. Esto lo podemos comprender mejor, siguiendo a Buttel y Newby (1980), si entendemos a la dicotomía rural-urbano no como una distinción sustantiva sino analítica.

A pesar de este avance de lo urbano, podemos afirmar que GSM es un territorio “ruralizado”. Eso tiene relación con algo que viví durante mis sucesivos viajes de trabajo de campo: en el café del centro, en los almuerzos familiares, en los noticieros locales, se conversa sobre “el campo”. Las personas, estén o no ligadas directamente a actividades agropecuarias, saben si llueve, si hay “seca”, si la cosecha viene “con buen rinde”, si los precios suben o caen.

Aquello tan usual que pasaba desapercibido por mis interlocutores, habla de la primacía de lo rural en la estructura sociocultural de las localidades de GSM, una dimensión que también identificaron algunas investigaciones antropológicas en el interior de la provincia de Buenos Aires (Ratier 1997, 2003; Villa fañe 1994, 2000). Por todo lo anterior, entiendo que el aglomerado VM-VN constituye una “agrociudad”, en los términos que define C. Albaladejo (2013:81-82): es el centro de una red de localidades y establecimientos agropecuarios y agroindustriales en torno al cual se articulan distintas actividad (de insumos, industriales, administrativas, de servicios, etc.). Por eso, quisiera cerrar esta caracterización recuperando algunos datos sociodemográficos y de la estructura económica de GSM.

De acuerdo a los datos del Censo Nacional Agropecuario del año 2018, la estructura agraria en GSM está compuesta por 745 establecimientos agropecuarios, lo que representa una disminución del 5 % respecto a lo relevado en el año 2002. El cambio más abrupto se observa entre la toma de datos de los años 1988-2002, cuando se registró una disminución del 47 % de

las explotaciones agropecuarias (EAP). Si se observan los datos de la tabla 1, está disminución fue más profunda que la registrada para la provincia y el total nacional, pero es significativamente leve en el siguiente periodo respecto a los promedios generales.

Tabla 1 EAPs (cantidad) Argentina, provincia de Córdoba y General San Martín

	Argentina		Córdoba		GSM	
	EAPs Total	Variación (%)	EAPs Total	Variación (%)	EAPs Total	Variación (%)
CNA 1988	421221		40061*		1485	
CNA 2002	332057	-21,17	26226	-34,53	785	-47,14
CNA 2018	227323	-31,54	20631	-21,33	745	-5,10

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos publicados por Indec (CNA 1988, CNA 2002, CNA 2018)

* No coincide la cifra del documento de resultados "Nacional" y el tomo "Córdoba". Se tomó la cifra de este último.

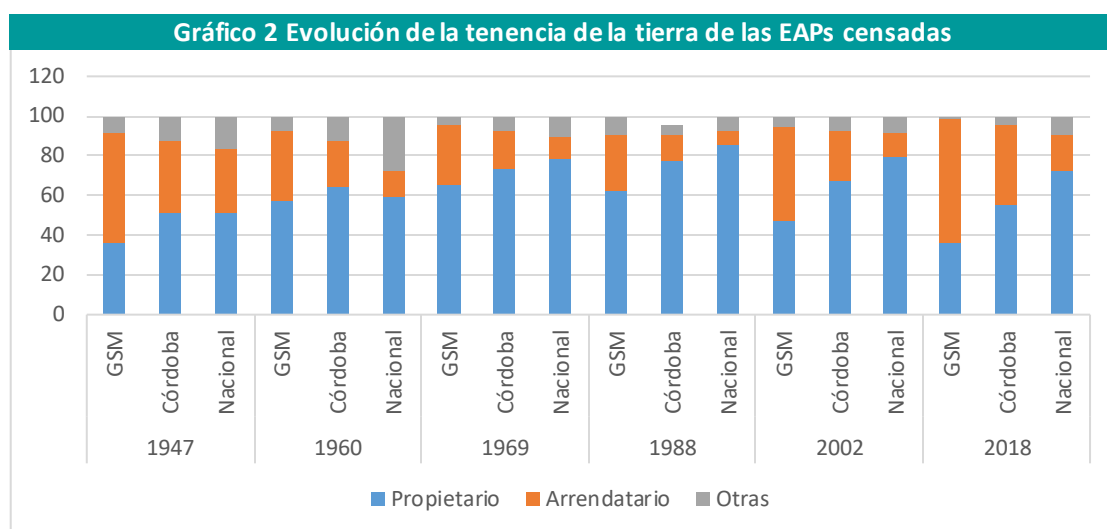
La mayoría de los establecimientos se encuentran en los estratos de hasta 200 hectáreas (39 %) y de 201 a 500 hectáreas (32 %), lo que permite constatar un predominio de las pequeñas y medianas explotaciones. No obstante, el segmento de establecimientos de más de 1000 hectáreas, que representan solo el 10 %, controla más del 46 % de la superficie (ver tabla 2).

Además, si consideramos la forma de tenencia de la tierra, el 36 % de la superficie censada en el año 2018 era operada bajo el régimen de propiedad, cuando en 2002 representaba el 47 % (el gráfico 3 presenta la evolución de la tenencia de la tierra a lo largo de los últimos censos, información sobre la que volveremos en distintos momentos de este trabajo). Por otro lado, según datos de 2002, el 38 % de los establecimientos combinaban la tenencia de tierra propia y arrendada en distintas proporciones, lo cual nos da un indicio de la necesidad de “expansión” de la escala de las unidades productivas –información que no fue relevada en 2018–.

Tabla 2 Cantidad de EAPs y superficie por estrato en GSM.

Estratos en hectáreas	EAPs Cantidad	%	Hectáreas	%
Hasta 200	291	39,06	30573	7,95
200,1 - 500	238	31,95	78629,8	20,45
500,1 - 1.000	137	18,39	95222,5	24,76
1001 - 5000	71	9,53	129465,1	33,67
más de 5001	8	1,07	18910	13,17
Total Pcia. de Córdoba	745	100	384521,3	100

Fuente: Elaboración propia sobre datos del CNA 2018 (Indec)



Elaboración propia en base a: IV Censo general de la Nación. Año 1947. Tomo II: Censo Agropecuario, Censo Nacional Agropecuario 1960, Censo Nacional Agropecuario 1969, Censo Nacional Agropecuario 1988, Censo Nacional Agropecuario 2002, Censo Nacional Agropecuario 2018

Por otro lado, GSM, aunque es el sexto departamento más poblado de los 26 que componen la provincia, es a la vez uno de los de menor tamaño –representando el 3 % del total de la superficie de la provincia—. Por ejemplo, entre los que componen la región pampeana esto adquiere mayor relevancia si consideramos que los departamentos Río Cuarto (homónima ciudad cabecera) y San Justo (cuya ciudad cabecera es San Francisco) cuentan con más del doble de superficie. Sin embargo, GSM representa el 36 % de los tambos bovinos de la provincia y el 41 % de la leche producida, y casi 9 % del maní sembrado a nivel provincial; en promedio, en la última década, información que profundizaremos en su momento.

La relevancia de estas actividades, hacen que en GSM existan más de 40 usinas lácteas dedicadas a la elaboración de quesos, leche en polvo, dulce de leche y manteca; en su mayoría pequeñas y medianas fábricas, pero altamente concentrado, destacándose cuatro empresas que procesan más de 800.000 litros de leche por día (DNL [Dirección Nacional Láctea] 2019:51, OCLA 2021). En lo que respecta a la otra actividad regional, en este departamento hay radicadas cinco de las 25 plantas procesadoras de maní del país, que seleccionan y exportar cerca del 15 % de la producción nacional (cálculo propio sobre datos de Bondolich et al. 2015:10).

Como es de público conocimiento, la producción de soja es la que más puestos de trabajo totales genera en la actividad primaria y agroindustrial de Argentina. El estudio de Lódola y Morra (2019) sobre las cadenas agroalimentarias argentinas señala que, en el periodo 2016-2018, aquel complejo oleaginoso representó el 16 % de todo el empleo generado por las agroindustrias del país. No obstante, al comparar las actividades, se pueden observar otros

aspectos. Para el caso, el complejo lácteo ocupaba al 12 % y el maní el 1 % del total de trabajo registrado –posicionándose respectivamente en 3° y 18° posición a nivel nacional–. Pero, si se observa la relación entre valor agregado y puestos de trabajo, son de mayor intensidad laboral estos últimos, siendo su coeficiente: 2,1 y 1,5 (por millón de valor agregado), mientras que para el caso de la soja es de 1,3 (Op. Cit.:34). Del mismo modo, podemos observar que el “valor agregado” (es decir, la adición de valor en pesos corrientes por unidad de producción) generado por la industria manisera es estimado en el orden del 8 %, siendo el 91 % producido en la actividad primaria y el restante representa el transporte. Respectivamente, en lácteos se genera el 32 % en las usinas y el 69 % en los tambos. Para el caso de la soja, el 12 % se realiza en la agroindustria y el 85 % en los campos (Op. Cit.:19).

No se obtuvo este tipo de datos desagregados para observar su peso en cada región del país, no obstante, cabe señalar que mientras la agroindustria de la soja está aglutinada en el Gran Rosario; como hemos visto, en la región pampeana cordobesa, en particular en GSM, se concentran numerosos establecimientos primarios e industriales de lácteos y maní.

Por otro lado, en el año 2014 en Villa María se instaló ACA Bio –de la Asociación de Cooperativas Argentinas–, una de las cuatro plantas de producción de etanol a base de maíz fermentado que funcionan en Córdoba. Las restantes se ubican hacia el sur provincial: Bio4 en Río Cuarto (inaugurada en el año 2012) y Agroctanos en La Carlota (2013), en ambos casos impulsadas por productores agropecuarios; y ProMaíz S.A. en Alejandro Roca (2013) propiedad de Bunge y AGD. En la actualidad, Córdoba produce cerca del 80 % del etanol a base de maíz del país que se destina a agrocombustible, que representa a su vez el 40 % del etanol total (el restante es a base caña de azúcar) (Redacción Agrovoz 2021)⁶. Como observaremos en este trabajo, la superficie sembrada de maíz en Córdoba creció sostenidamente registrando un aumento del 107 % y del 93 % en GSM, en promedio entre la primera y segunda década de este milenio (Estimaciones agrícolas, MAGyP).

⁶ La promoción a los biocombustibles (Ley nacional N° 27.640) se sancionó en el año 2006 y estableció una mezcla obligatoria del 5 % de bioetanol de caña de azúcar y maíz en naftas y 5 % de biodiesel de soja en gasoil, que a partir de 2010 se incrementó respectivamente hasta el 12 % y 10 %. Tras su vencimiento, se volvió a reglamentar en 2021 (con vigencia hasta 2030) y se mantuvo el corte del 12 % con el aporte en partes iguales de bioetanol de caña y maíz (aunque el gobierno nacional se atribuye la posibilidad de una reducción de 3 puntos en el caso de este último) y el corte con biodiesel de soja se redujo del 10 % al 5 % (con una eventual rebaja adicional al 3 %). Se argumentó que los agrocombustibles de maíz y soja tienen un mercado alternativo en la exportación. De acuerdo a los datos que se pudo recopilar: “En 10 años, la producción de biodiesel se duplicó y el bioetanol se multiplicó por cinco. (...) El sector se compone de 36 empresas que producen biodiesel y 19 empresas de bioetanol. En biodiesel, hay grandes empresas integradas, ligadas a las cerealeras y con perfil exportador, junto con pymes que venden al mercado interno. Más de la mitad de la producción tiene destino de exportación. En bioetanol, las empresas son medianas y están orientadas al mercado doméstico. El sector emplea a unas 4500 personas de forma directa”. (Lewkowicz 2021).

Todo lo anterior explica que las principales radicaciones agroindustriales y agromecánicas de la zona se relacionan con la actividad láctea (ácidos y bases utilizados en la lechería), al procesamiento de granos, a los insumos agrícolas, así como de implementos de agromecánica.

Otra actividad significativa en la zona es la producción hortícola –que hasta donde se pudo conocer– se concentra en el periurbano de VM-VN, ocupando apenas el 2 % de esta superficie, a pesar de tener próximo el tercer Mercado de Abasto de la provincia de Córdoba (Guzmán et al. 2020; Guzmán, Castoldi, y Mizdraje 2019). Por otro lado, la apicultura también es importante, siguiendo los datos del CNA 2018, involucraba a 2.040 colmenas, que representaban el 7,66 % del total provincial. Asimismo, en cada establecimiento donde hay familias viviendo, se observa la cría de cerdos, pollos o gallinas ponedoras, sea como actividad principal, ingreso complementario o para consumo familiar.

Todas estas actividades “conviven” desde finales del siglo XX, como anticipé en la Introducción, con el avance del cultivo icónico del proceso de agriculturización: la producción de soja. En otras palabras, el crecimiento fue constante desde las 1000 hectáreas de soja sembradas en la campaña estival de los años 1973-1974, por primera vez registradas en GSM. Desde finales de la década de los 90 se acelera hasta llegar a su máximo histórico con 232.646 hectáreas cultivadas de dicha oleaginosa en el verano de los años 2015-2016, cuando representó un 69 % de la superficie sembrada con destino de cosecha (MAGyP).

Hasta aquí se identificaron elementos que nos permiten comprender la “pampeanidad” del territorio etnográfico, así como otros rasgos de su perfil productivo que lo constituyen. Como anticipé en la Introducción, el crecimiento del área sembrada con cultivos transgénicos fue más que sustantivo, no obstante, no implicó una desaparición o un retroceso equivalente de las actividades de la economía regional –sobre las que nos detendremos en detalle en los próximos dos capítulos–. Aquel “desierto verde” de soja transgénica que se esperaba encontrar no era un desierto, no era lo único que había en las tierras de GSM. Sí efectivamente había, en pocos años, colonizado las tierras agropecuarias, también, estos datos desafiaban a indagar la complejidad de aquella totalidad que situadamente se nos presenta como “el campo”.

II. LA CÚPULA LOCAL. ¿QUIÉNES SON LOS MAYORES PRODUCTORES DE SOJA?

A continuación, vamos a analizar quiénes ocupan posiciones dominantes en la estructura agraria local y son grandes productores de soja, y esto nos volverá a encontrar con las economías regionales. Durante el periodo que acompañé a los establecimientos de GSM, entre los años 2017 y 2019, la mayor superficie de tierra sembrada con soja no pertenecía ni a *pools* de siembra, ni a aquel estereotipo de “sociedad anónima” sin rostro ni anclajes con el territorio.

Ahora bien, si al iniciar el trabajo de campo lo primero que intenté identificar fue a los cultivos de soja y a aquellos actores, eso tiene relación con que fueron señalados como los protagonistas de las transformaciones socio y tecnoproductivas de las últimas décadas —es decir, de las nuevas dinámicas de acumulación capitalista en el agro—. Si bien en algunos trabajos encontramos asociada la noción de agronegocio a un tipo de actor social —cfr. “grupo de interés” en Caceres (2015) —, la literatura que más se ha detenido en el análisis sistemático de esta categoría ha reiterado que, más bien, describe “a un modelo agrario que no refiere a un tipo de actor o cultivo específico, como la soja” (Gras y Hernández 2013b:25).

No obstante, siendo que la soja y estos grandes e innovadores actores productivos fueron sus exponentes “paradigmáticos”, la bibliografía de los estudios sociales se ha concentrado en gran medida en analizarlos (Caligaris 2017; Fernández 2010; Gras y Sosa 2013; Hernández 2007; Sosa y Frederico 2018, entre otros).

En Argentina referir a “los sojeros” y “el campo” apela a marcadores que tienden a homogeneizar un conjunto de actores y grupos sociales diversos y de prácticas diferenciales. Incluso podríamos decir que esa fue una de las victorias simbólicas de la polarización de posiciones respecto al, denominado mediáticamente, conflicto por “la 125” en el año 2008. Así se aludía a la resolución del Ministerio de Economía con la cual se hubiera intentado establecer alícuotas móviles que iban a aumentar el impuesto —más conocido como “retenciones”— a las exportaciones agrícolas de los principales granos exportables. A partir de un gran despliegue de los medios masivos de comunicación, tanto estatales como comerciales, se alimentó una dicotomía de intereses entre por un lado “el gobierno” que presidía Cristina Fernández de Kirchner y promovía la modificación y, por el otro, “el campo” que lo rechazaba y era presentado y se presentaba sin fisuras como un todo⁷.

De ahí, sostengo que referir a “el campo” opaca la diversidad de los campos de la heterogénea, desigual y diversa Argentina rural. Algo similar sucede con “los sojeros”. Incluso algunos discursos progresistas y críticos al denunciar la concentración de la estructura agraria argentina y la colonización del monocultivo transgénico, tienden a hiperbolizar la asociación entre productor de soja-grandes empresas transnacionales-*pools* de siembra. Más aún, siguiendo esta línea de pensamiento, pareciera que los campos pampeanos (o de otras regiones) estuvieran

⁷ No me detendré al respecto ya que a los fines de este trabajo basta con señalar la producción de imágenes sociales dicotómicas y homogeneizantes. Para personas menos familiarizadas con la política argentina, cabe agregar que el mencionado fue uno de los conflictos más importantes de la historia del sector, que involucró un paro de 129 días en las actividades agropecuarias (con bloqueo de rutas y el consecuente desabastecimiento de mercadería en algunas ciudades), en reclamo por la eliminación de dicha resolución y la reducción o eliminación del impuesto que afirmaban ya era elevado (que técnicamente son “derechos de exportación”). Inéditamente este reclamo aunó a entidades de representación gremial que históricamente habían representado a distintas clases sociales agrarias. Al respecto se puede consultar: (Giarracca y Teubal 2010; Sartelli 2008).

vacíos, administrados “desde la nube” vía las innovaciones de las tecnologías digitales. Esto termina siendo bastante afín al hegemónico discurso de los agronegocios que intenta presentarse como la mejor opción social y productiva, invisibilizando las relaciones desiguales (y violencias) al interior de este modo de producción.

En la zona rural alrededor del río Ctalamochita, que pude abarcar a través de mi trabajo de campo, no se encontraban operando de manera directa ninguna de las megaempresas del agronegocio, en los términos que las definen Gras y Sosa (2013). Es decir, aquellas compañías que manejan escalas productivas desconocidas hasta el siglo XXI, un volumen de hectáreas de más de 100 mil, en distintas regiones agropecuarias, e incluso fuera de las fronteras nacionales, a través de el acaparamiento de tierras y cierta diversificación de actividades y riesgos. Explican Gras y Hernández (2013a:52), para caracterizar su relación con la tierra, que para estos *empresarios globalizados*: “El territorio es solo un recurso funcional a su acumulación”.

Tenemos conocimiento de la injerencia de algunas de las translatinas⁸ en la provincia de Córdoba, como Los Grobo y El Tejar. O de otras exponentes cordobesas de la concentración del complejo agroalimentario argentino como las empresas Arcor y la Aceitera General Deheza (AGD) –con su principal zona de influencia, aunque no única, en el noreste y sur de la provincia de Córdoba, respectivamente–. No obstante, no se encontraban operando de manera directa en la microregión en análisis de GSM. Sin embargo, sí hay una de estas empresas muy próxima: Adecoagro, compañía cuyas acciones cotizan en Wall Street y el directorio está en manos de diversos fondos de inversión como EMS, RouteOne y Brandes.

Es una compañía que nació en 2002, de reciente creación al interior de la cúpula de las grandes empresas del agro, cuyos fundadores fueron un grupo de ingenieros agrónomos y profesionales ligados al mundo financiero que adquirieron una de las empresas agropecuarias del grupo Pérez Companc (Gras y Hernández 2016a:119; Gras y Sosa 2013:222). Esta compañía, además de enormes volúmenes de producción de *commodities*, arroz y producción de etanol en Brasil, compró en el año 2019 la planta de procesamiento de maní que pertenecía a la firma Olam, una empresa trasnacional de capitales indios (que controló esta fábrica durante más de 10 años). Ubicada en el departamento Tercero Arriba, lindero a GSM. Por eso, se puede afirmar que tiene capacidad de influir; del mismo modo con su incursión en la producción de leche cruda con un megatambo en el sur santafesino y la compra de dos plantas industriales de la cooperativa láctea SanCor. Ahora bien, reconociendo su proximidad, desde el “presente

⁸ El término de uso periodístico más que académico se refiere a las megaempresas que operaban u operan en el Cono Sur. Por ejemplo, en el año 2012 entre las empresas Los Grobo, Cresud, El Tejar, MSU y Adecoagro llegaron a controlar alrededor de 1,5 millones de hectáreas en Argentina, además de unas 250 mil hectáreas en países limítrofes (Gras y Sosa 2013:221). A este grupo se puede sumar: Calyx Agro, Arcor, AGD, Unitec Agro y Olmedo Agropecuaria.

etnográfico” (Ortner 2016) se entiende que este tipo de empresas opera fuera del territorio etnográfico analizado –y las razones se deducirán mejor a continuación–. Por supuesto que se lo concibe no solo como espacio “físico”, sino en términos del entramado de las relaciones sociales que se acompañó etnográficamente.

Por otro lado, siguiendo la indagación de aquellos actores dominantes que esperábamos encontrar en este territorio, “los *pools*” de siembra⁹, para mis interlocutores, “se fueron” o “no hay más” a partir de la caída de los precios internacionales entre los años 2009 y 2011; me refiero aquí en particular a los estructurados en figuras como las de fidecomisos y no al mecanismo de asociación para producir entre distintos productores y/o con contratistas locales y/o financiado con dinero prestado por “algún conocido” del pueblo de profesión liberal, es decir, de sus redes de relaciones cercanas. Otras investigaciones han encontrado equivalentes retramientos (véase Intaschi y Hernández 2018 respecto a provincia de Buenos Aires; sobre el sur de la provincia de Córdoba Maldonado y Bustamante 2019:245; sobre el norte de esta provincial Gras y Cáceres 2017). Pero, se pudo reconstruir que tuvieron un gran protagonismo en la competición por el uso del suelo en la década del 90 e inicios del presente siglo.

Ahora bien, que no se hubiera identificado a ese tipo de actores no quiere decir que no estemos ante un escenario concentrador, ni tampoco que no exista influencia indirecta de los mismos, así como la presencia de otros exponentes paradigmáticos de este modelo agroproductivo que fueron señalados en la Introducción (como las empresas proveedoras de insumos químicos, biotecnológicos, de agromecánica, la agroindustria, entre otros).

En la zona en análisis, alrededor del río Ctalamochita, la producción de *commodities* agrícolas se distribuye entre pequeños y medianos productores de genealogía familiar ligada a la actividad agropecuaria, así como grandes empresas, que en distintos grados se apoyan en contratistas de maquinaria para el desarrollo de labores agrícolas; denominados localmente como “los cosecheros”. También participan otros que no la definen como su actividad principal como las empresas maniseras y los establecimientos de tambo. En particular, quienes

⁹ Entiendo que el término “*pools*” de siembra tiene un uso bastante difuso en el habla cotidiana. El trabajo de Murmis y Murmis (2012) señala que son arreglos novedosos para combinar tierra, capital y recursos humanos, en los cuales, un/a socio/a aporta tierra de su propiedad o es arrendada, se contrata servicios agrícolas (fumigación, siembra, cosecha) o son aportados por algún/a socio/a y se define un equipo o una persona especializada –generalmente profesional de la agronomía– para dirigir la producción en base a un modelo de uso intensivo de tecnología. Otro rol clave (que puede ocupar el anterior o no) es el *management* (coordinación de los factores de la producción, así como la comercialización) y conseguir las personas u empresas que aportarán el financiamiento. Este tipo de organización puede consistir, en su versión básica, en una asociación informal entre quien tiene la propiedad o control de la tierra, contratistas de servicios y agrónomos/as, como se dice en la zona en análisis, “particulares”. Versiones más complejas son las llevadas a cabo por empresas que involucran proveedores de insumos, comercializadores e inversores, que aportan capital vía fondos de inversión financieros o fideicomisos. El objetivo a nivel productivo de estos arreglos es alcanzar una mayor escala productiva para optimizar la estructura de costos.

concentran la mayor superficie sembrada no responden a aquella prefiguración de actor económico “desanclado” del territorio, me refiero a (I) la empresa de capitales nacionales ABC y (II) a la Estancia Yucat. En lo que sigue, vamos a indagar a estos actores socioprodutivos en términos de *quiénes* y *cómo* producen soja –sus estrategias empresariales– y, en particular, *por qué* y *para qué* lo hacen.

II.I. La gran empresa manisera

La empresa de capital nacional ABC, propiedad y controlada por una familia de la zona, que se dedica principalmente al procesamiento de maní, se ubica en la cúpula de las 10 más importantes, de las 25 que conforman a este sector. En el pueblo donde está radicada la planta industrializadora emplea a alrededor de 450 personas de forma directa en una localidad que, según estimaciones locales, podría llegar en la actualidad a una población de 3000 habitantes, considerando un aumento poblacional adjudicado a migraciones motivadas por las posibilidades laborales que ofrece la empresa.

Lo primero que resalta a la vista es que esta empresa no es de “tradición agropecuaria”, marcador que suelen utilizar mis interlocutores para distinguir a las familias con varias generaciones en el rubro. Pero, además, su incursión en la actividad primaria no se organiza desde la lógica agropecuaria que siguen las familias de la zona, donde “gusto” y “tradición” se imbrican para constituir una unidad de difícil desagregación, que les lleva a “continuar” haciendo tambo de generación en generación; a ocuparse de la maquinaria el hermano más “fierro”; a tener animales porque “son bicheros”; por mencionar algunos de los rasgos que conectan a personas y tipos de actividades agropecuarias en este universo etnográfico.

Respecto a su trayectoria empresarial nos detendremos en detalle en el capítulo 2, basta aquí señalar que, de dedicarse al acopio y comercialización de granos en general, pasaron a especializarse en el maní. En la década de los 90 invirtieron en maquinaria y mejoraron su capacidad de procesamiento de este grano tanto cuantitativa como cualitativamente; así se fueron convirtiendo en una de las grandes empresas industrializadoras del país y, desde la época del 2000, ingresaron en la producción primaria y cultivan más de 40 mil hectáreas.

En la actualidad, esta empresa produce el 75 % del maní que ingresa a su planta industrial – una integración hacia atrás que fue un rasgo común en las empresas del rubro manisero– bajo un esquema productivo en el cual un 45 % de las tierras son arrendadas y el 100 % de las actividades agrícolas y de logísticas son tercerizadas, controlado bajo la órbita de un equipo de profesionales de la agronomía empleados por la empresa. Es decir, adopta el esquema organizacional que es señalado por la literatura de los agronegocios (Anlló et al. 2013; Gras y

Hernández 2013b). Esto, además, le permite contar con las condiciones para iniciarse, con relativa facilidad, en la producción de soja, maíz o cualquier otro *commodity* agrícola, según los precios lo indiquen y sea funcional a su esquema de rotación de cultivos.

Es la empresa que más creció en el control de la tierra en la zona desde la década de los 90 vía compra o arrendamiento. Aunque sus métodos a veces son puestos en cuestión por algunos de mis interlocutores, por ejemplo, porque las familias agropecuarias se endeudaron con la empresa al empezar esta a proveerles de los insumos biotecnológicos (semillas y agroquímicos), asesoramiento técnico y financiarles. Sin embargo, escuché más de una vez: “Ojo, creció mucho, pero lo que compró lo compró en buena ley y pagó bien”.

Como mencioné, a esta empresa la empecé a conocer a través de las conversaciones con las primeras personas con las que establecí contacto en la zona, es decir, quienes hacen agroecología. Era quien había comprado las tierras familiares de integrantes de dos de los cuatro establecimientos agroecológicos que están ubicados en paralelo al río Ctalamochita, en un caso por la venta directa en pleno auge del aumento del valor del suelo, en el otro tras la quiebra a causa de deudas que se volvieron insalvables. Esta última era una de las familias de productores agropecuarios que más tierra supieron controlar en estos alrededores. También, en la memoria de mis interlocutores, de las primeras en desarrollar cultivos de soja en la zona. Detenernos en esta trayectoria nos permitirá comprender que la actual posición dominante de la empresa ABC es resultado, además, de la recomposición de las relaciones de poder a nivel local.

José María heredó el control de aproximadamente 1000 de las 3000 hectáreas que su abuelo, inmigrante de Italia, supo llegar a manejar en la Estancia La Amistad —una típica estancia agropecuaria pampeana que combinaba la producción tambeira, ganado bobino y ovino, cría de caballos; siguiendo siempre la continuidad y cuidado de las razas para garantizar su “pedigrí”—. Además, como la mayoría en la zona, hacía “algo de agricultura”. Al definirla como una típica estancia se busca señalar principalmente el tipo de actividades, su variedad y su organización apoyado en el trabajo asalariado, a diferencia de las chacras de colonos. No obstante, el origen social de esta familia es la colonización agrícola, sobre la que volveré en el siguiente apartado.

José María fue parte de la primera generación de la familia en obtener títulos universitarios, en este caso como ingeniero agrónomo, graduado en la Universidad Nacional de La Plata. Al concluir sus estudios, volvió a su tierra natal, en la década de los años 70, para implementar todo aquello que en los territorios pampeanos se presentaba como “novedoso”.

Por ejemplo, introdujo el cálculo matemático estricto a la hora de definir los kilos de semillas necesarias para “la densidad de siembra óptima”, en función de la cantidad deseable de plantas por metro cuadrado, en base a los rendimientos esperados; tareas de siembra que hasta entonces

su padre junto a los peones rurales que trabajaban con él hacían “a ojo” y en base a la experiencia. A posterior, incursionó en la Siembra Directa (SD) con agroquímicos frente a una tradición de hacer al desmalezado mecánico y mover la tierra, así como de “curar de palabra” enfermedades en los cultivos o ahuyentar con fuego plagas de insectos.

José María a su vez era un activo integrante de la comunidad involucrado en actividades e instituciones –como el INTA, la Sociedad Rural, el Hipódromo–. En ese marco, pero ya en la década de los 90, fue uno de los primeros en la zona que empezó a sembrar soja y lo hizo en sociedad con la empresa ABC. Esta trayectoria nos permite recuperar los orígenes de la introducción de la agricultura industrial en este territorio y quiénes fueron sus protagonistas, en este caso, la generación de ingenieros agrónomos formados en las innovaciones de la Revolución Verde, proveniente de familias agropecuarias que habían logrado un ascenso social. Esta es también la historia de los inicios de la *convencionalización* de esta forma de producir.

No obstante, al igual que para muchos establecimientos agropecuarios, desde finales de los años 80 y durante la década del 90, la inversión productiva a través del crédito se convirtió en una deuda impagable (Manildo 2013) y José María terminó perdiendo la mayor parte de las tierras que manejaba a inicios de los años del 2000, que quedaron en manos de la empresa ABC.

Podemos observar aquí que un actor extra agrario, aunque de una actividad conexas, ingresó a la producción primaria y a controlar una escala productiva que lo sitúa entre los de mayor tamaño, no solo en los alrededores del río Citalamochita, sino del departamento. Como ha sido señalado en diversos trabajos (Gras y Hernández 2013b:25), el desplazamiento de unidades productivas de la actividad agropecuaria no es exclusivo para las de menor escala, sino que incluye, como acabamos de analizar, también a quienes supieron ocupar posiciones dominantes en la estructura agraria. Por lo cual, como fue recuperado profusamente por los estudios sociales rurales, estamos ante un momento en el que se reestructuran las relaciones de poder. Pero esto no se plasma únicamente en las macro dinámicas entre agentes “nacionales” y “transnacionales” –que por supuesto tienen incidencia–, sino también en microespacios entre los propios actores “locales”. Las implicancias de esto no son pocas. Reconfigura el lugar histórico, material y simbólico de las familias productoras agropecuarias, tanto de las chacareras que organizaban la producción en torno al trabajo familiar, como veremos más adelante, así como de las explotaciones más grandes.

Como ya mencioné ABC y José María, en ambos casos, forman parte de “familias de la zona”; compuestas por personas reconocidas por sus actividades económicas y por su participación en instituciones –como la Sociedad Rural, cámaras empresariales, cooperativas, del Estado, ONG’s, entre otras–. Pero, cuando mis interlocutores dicen “ABC” se entiende que

ya no refieren a una persona en particular, sino a “la empresa”, como un todo paulatinamente autonomizando, que se pierde en la imponente infraestructura fabril de más de seis hectáreas cubiertas o las más de 40 mil hectáreas sembradas.

No obstante, eso no opera como un absoluto porque la familia propietaria de ABC está integrada por personas nacidas y criadas en el pequeño pueblo donde está ubicada la planta procesadora de maní. Esto es a unas decenas de kilómetros del río Ctalamochita, por tanto, el área de mayor influencia de esta empresa, de alguna manera, se superpone (y lo excede) a nuestro territorio etnográfico. Las personas que integran esta familia mantienen su residencia en el pueblo natal porque están ahí “los parientes y amigos”. Por tanto, su relación con el lugar no es el de una “sociedad anónima” desanclada y anonimizada. Permítanme, para clarificarlo aún más, recuperar las dimensiones que hacen a este tipo de agro-localidades.

Inspirada en el trabajo de Christophe Albaladejo (2013:82-83) puedo decir que este pueblo agropampeano, así como cada una de las localidades del departamento que recorrí, están organizados –como tantas otras a lo ancho de la región pampeana de Argentina– en torno a una plaza principal, donde por lo general se encuentra el edificio comunal o municipal, una iglesia y una comisaría, a lo cual se suma en los alrededores, un almacén de ramos generales y un bar-confitería que, si hubiera, está ubicado en la única estación de servicios de combustible. Desde lejos, en la ruta ya se pueden ver los grandes silos de las acopiadoras de granos.

La empresa ABC es marcadamente visible en la localidad donde está emplazada. El uso de grandes vidrios espejados en las edificaciones y el diseño gráfico de la cartelería dan un aspecto “moderno” que resalta por contraste con la fisionomía del pueblo, donde la mayoría de las calles son de tierra y se alternan los “chalecitos” con tejas en el techo y casas antiguas de paredes añejadas por el paso del tiempo. Sería muy difícil encontrar a algún residente que no sea empleado o conozca a alguien que trabaje en la fábrica. Además, el nombre de la compañía se lee por todos lados: en carteles en la vía pública, en las camionetas que van y vienen, así como en la ropa de sus empleados. También, el pueblo se mueve al ritmo de la planta industrial, cobra vida en cada cambio de turno y el tráfico de vehículos es constante en la época de cosecha, entre 100 y 150 camiones lo bordean diariamente para descargar granos en la empresa.

Lo que intento recuperar aquí es el gran interconocimiento entre sus habitantes, el peso sociopolítico de las empresas y familias agroindustriales y agropecuarias en las decisiones locales, así como la relevancia de la institución familiar para la cohesión y la integración social, que configura “la típica forma de sociabilidad” de estos pueblos (Albaladejo 2013:83).

En un mensaje por el aniversario de la localidad, desde la empresa expresaron su deseo en las siguientes palabras: “Sigamos creciendo juntos”. Aunque tenga un halo a “frase hecha”,

hace sentido si consideramos que este pueblo es el clásico asentamiento al lado de las vías férreas hace más de 100 años, su dinamismo socioeconómico siempre estuvo emparentado a la actividad agropecuaria y, desde hace más de 50 años, está también ligado a esta empresa. Por supuesto, algunos de mis interlocutores manifiestan el “discurso oculto” (Scott 2004) que cuestiona el poder de la empresa a través del chiste y el comentario por lo bajo y también están sus detractores. Sin embargo, es significativo que, en general, les reconocen como parte de los que “se quedaron”, “dan trabajo” y/o se “preocupan por el progreso de la zona”. Los empleados de mayor antigüedad de la empresa insisten en recuerdos sobre los orígenes del emprendimiento familiar rescatando el trabajo a la par con los integrantes de la familia ABC, días de semana y fines de semana; e incluso compartiendo eventos familiares. Los más jóvenes –con menor afectividad– no dudan en reconocerles inmersos en la cotidianeidad de la empresa, todos los días puntuales a primera hora de la mañana.

Esta familia empresaria no compone ese actor desanclado que algunos usos del concepto de agronegocio o extractivismo subrayan para quienes ocupan posiciones dominantes en la trama socioprodutiva. El arraigo de la compañía es tal que los directivos de la empresa desfilan, junto a los de la Cooperativa agropecuaria de la zona, en el evento de aniversario del pueblo, atrás de los veteranos de la guerra de Malvinas. En otras palabras, componen un complejo y no poco conflictivo “nosotros” local, por supuesto con desigualdades estructurales y asimetrías de poder, que seguiremos reconstruyendo a lo largo de todo este trabajo.

En el próximo capítulo nos adentraremos de lleno en la reconfiguración de la actividad manisera, por el momento, la caracterización precedente es suficiente para comprender sus rasgos distintivos y quién es este “nuevo” actor social que ingresó en la actividad primaria.



Ilustración 6 Vista aérea de la planta procesadora de maní de ABC y la localidad donde está ubicada. Fuente: ABC

II.II. La gran estancia y la colonia de arrendatarios

En el apartado anterior repusimos que quien controla la mayor superficie de tierra en esta zona no corresponde a aquel supuesto de los *pool* de siembra o las megaempresas translatinas cuyos representantes, además, están más cercanos al estilo *founders & CEOs* del emprendedorismo que al de “tipos de pueblo” del interior profundo del país. Ahora quisiera detenerme en la Estancia Yucat, la cual ha sido un freno relativo al avance de la agricultura de gran escala de ABC. La misma pertenece a la Orden de la Merced, una comunidad religiosa católica, propietaria de más de 20 mil hectáreas en el departamento. Estas dimensiones la hacen territorializada a lo largo de una superficie continua que es tres veces más grande que la correspondiente a la ciudad cabecera, Villa María.

Para comprender el contexto en que una orden eclesiástica se hace poseedora de vastas tierras, vamos a remontarnos al pasado colonial de la actual República Argentina. Si bien nos alejaremos significativamente de nuestro presente etnográfico, será compensado por permitirnos recuperar algunos rasgos de la estructura agraria, necesarios para comprender las condiciones en las que se apoyan las transformaciones en curso en el agro cordobés.

II.II.I La herencia colonial en la estructura agraria

Comencemos este recorrido histórico recordando que el área pampeana era un vasto espacio de sabanas donde la gran propiedad territorial y los latifundios, generados por las políticas de tierras de la corona española, coexistían con comunidades indígenas o, también denominadas, campesinas, relativamente dispersas, que podríamos pensar como los orígenes de la agricultura familiar (Azcuy Ameghino 2010:82-83).

Explica la historiadora Ana Inés Ferreyra (2012) que las órdenes religiosas recibieron tierras en la campaña cordobesa desde el siglo XVII –como ocurrió en otras latitudes del territorio colonial–. No obstante, el acceso a dichas propiedades solo en contadas ocasiones fue producto de operaciones de compras o permutas. En su mayoría fue resultado de dos prácticas difundidas en la época. Por un lado, las fundaciones capellánicas o vinculaciones piadosas, que constituían complejas formas de donación, donde subyacía una intención por parte del donante, a veces más explícitas que otras, de “salvación de su alma”. Por otro lado, las órdenes religiosas contaban con liquidez y ofrecían préstamos de dinero –denominados en la época “censos”– y tomaban como garantía bienes inmuebles (véase también Cánovas 2007).

En el caso de la Orden de la Merced, la posesión de las tierras de la Estancia Yucat llegó a su propiedad a través de la donación del viudo Juan López Fiusa, quien a su vez las había obtenido, en parte, de la herencia de su esposa Lorenza, una de las nietas de Lorenzo Suárez de

Figuerola. Este conquistador español participó de las campañas de exploración de tierras que dirigió el militar Jerónimo Luis de Cabrera, quién fue gobernador de Tucumán y fundador de la Ciudad de Córdoba, dentro del gran Virreinato del Perú.

En reconocimiento por su actuación en la conquista de las tierras de lo que hoy conocemos como la provincia de Córdoba, Suárez de Figuerola solicitó tierras a la corona española. En el año 1585 recibió un vasto territorio a los dos lados del río Ctlamochita (o río Tercero) cuyos límites llegaban hasta el río Xanaes (o río Segundo), que en dicha extensión incluía, por ejemplo, la superficie del territorio que ocupan actualmente las ciudades de Villa María y Villa Nueva. No obstante, en el momento en que se concretó la cesión de las tierras, Suárez de Figuerola ya se desempeñaba como gobernador de Santa Cruz de la Sierra (actual Bolivia) y resulta difícil saber con exactitud su vinculación u ocupación de las mismas. Para algunos historiadores, Suárez de Figuerola podría haber sido quien ordenó construir la capilla más antigua (Furlani 2003:7; Pedernera 1970). No obstante, otras lecturas lo desestiman y afirman que tanto Suárez de Figuerola, así como su hija Juana y su yerno Juan Ávila y Zárate, que heredan a posterior estas tierras, “no pasan de la simple condición de terratenientes del Río Tercero. Ellos no levantan viviendas en dichas comarcas ni se entregan a las faenas agrícolas. Es que a uno y otro les cabe un destino de mayor realce: el Cabildo” (Altamira 1949).

Además, las tierras en cuestión, que tenían como epicentro a la Laguna Honda, un desborde del río Ctlamochita, no eran tierras “vacas y despobladas” sino que eran habitadas por indígenas del pueblo comechingón, a quienes denominaban “yucat” porque –según se comenta– estos se protegían escondiéndose en las barrancas del río, lo que derivó en que fueran nombrados con la palabra quechua yucay, verbo que significa engañar o simular. De su permanencia en la zona hay registros hasta el año 1643 y se presume que la descendencia rebelde se trasladó hacia el sur¹⁰.

Distinta será la historia de Lorenza, nieta de Suárez de Figuerola que, tras enviudar tempranamente, se casa con el capitán portugués Juan López Fiusa en 1640. Según la historiografía local, López Fiusa será reconocido como el “primer colonizador” de esas tierras (Calvo 1983). Caracterizado como un hábil comerciante, su casamiento con Lorenza incrementa su patrimonio. Siguiendo a Altamira (1949), López Fiusa se radicó alrededor de los años de 1650 en la pedanía Yucat y organizó una estancia en torno a la cría de ganado mular.

¹⁰ En la década de 1940 un sacerdote mercedario, Agustín Nimo, realizó un estudio arqueológico en la zona de Laguna Honda, (Nimo 1946). Este trabajo es el primero en encontrar indicios de los antiguos pobladores de la llanura cordobesa (Simonassi 2016:21), que para la mayoría de los autores de la época había estado despoblada. Al respecto, Cattáneo et al. (2013:132) señalan que la actividad agropecuaria y el uso intensivo del suelo no ha facilitado el trabajo arqueológico en la zona, así como tampoco la preservación de material *in situ*. De ahí que Laguna Honda y otro en Villa María sean los dos únicos sitios arqueológicos identificados en GSM.

Las tierras que controlaba se acrecentaron al comprar la herencia de sus cuñados y al conseguir una cesión del gobernador provincial Fernando Mate de Luna, en “los últimos dominios de los indios Yucat”, al argumentar que había mantenido su posesión por más de 40 años, que allí su ganado pastaba y que no había indígenas que lo “contradijeran”.

Aquel capitán portugués, luego de haber enviudado, sin herederos y siendo anciano, ingresó como fraile en el convento de la Orden de la Merced de la ciudad de Córdoba y donó la Estancia a aquella orden religiosa que la administra desde el año 1700 hasta la actualidad (Furlani, 2003).

Reponer la trayectoria de las tierras de la actual Estancia Yucat nos permite recuperar rasgos fundacionales de la estructura agraria que perduraron en la Argentina durante la conformación del Estado nacional y provincial. Como adelanté en la Introducción, los pueblos de GSM forjaron su identidad agropecuaria como parte de la colonización agrícola protagonizada por una importante migración europea, especialmente proveniente de España e Italia –y en esta zona tuvo primacía la de origen piamontés¹¹. Aquel proceso que fuera impulsado por la elite gobernante de Argentina, durante el Modelo Agroexportador, seguía el precepto del jurista Juan B. Alberdi de “gobernar es poblar” y redefinió el uso “correcto” de bastas porciones de tierras, hasta entonces de uso indígena y/o de trashumancia, que no afectó, en general, la gran propiedad de la tierra herederas de la organización colonial.

Por ello, afirma el investigador E. Azcuy Ameghino que no hubo en Argentina un profundo proceso de distribución de la tierra que desarticulara la estructura agraria colonial, en cambio “la ocupación del espacio rural se basó de manera predominante en el patrón latifundista, obstruyendo severamente la posibilidad de un tipo de colonización [agraria] parecido al que tuvo lugar en el oeste de EE.UU. para la misma época” (2010:207-8).

No obstante, con sus límites, se desplegó un importante proceso de creación de colonias agrícolas que, a su vez, podemos entender que inauguraron la conformación de la agricultura familiar que caracterizará a la región pampeana, durante el siglo XX, por la “convivencia” – con sus contradicciones– entre las grandes estancias y numerosas chacras de familias colonas.

En la provincia de Córdoba fue un fenómeno de una escala significativamente menor y tardío respecto al alcance que tuvo en Santa Fe. Por ejemplo, entre los años 1881-1885, en aquella provincia se fundaron 64 colonias agrícolas, en Entre Ríos 26 y en Córdoba solo 6 (Colomé 2009:115). Esto se revirtió con los años, entre 1888 y 1895: “En Santa Fe, el número de colonias

¹¹ El período que va entre 1870 y 1913, a medida que se consolidaba la construcción del Estado argentino, estuvo signado por un gran flujo de capital financiero e inmigrantes provenientes de Europa. En dicho período, Argentina fue el principal país receptor de inmigrantes de América Latina en base a promesas laborales y de posibilidades de desarrollo. Según la visión de las elites locales, la inmigración europea era una condición para el progreso y la modernización, así como para la “consolidación de la influencia civilizatoria europea” (Halperin Donghi 1976:449).

pasó de 236 a 407, la superficie colonizada de 2,5 millones de hectáreas a 4 millones, en tanto, las cultivadas pasaron de 0,6 a 1,7 millones. En Córdoba, las colonias aumentaron de 55 a 188 y las superficies de estas pasaron de 0,62 a 1,82 millones de hectáreas, mientras las cultivadas variaron de 234.000 a 660.000 hectáreas. En Entre Ríos las colonias incrementaron su número de 140 a 354. Asimismo, la superficie abarcada por estas casi se duplicaron de 519.000 hectáreas a 977.000 hectáreas y, finalmente, los cultivos se expandieron de 138.000 a 430.000 hectáreas” (Djenderedjian et al. 2010, en Tognetti 2018:32).

Recordemos que la colonización agraria fue condición necesaria para que Argentina se integrara al mercado internacional como gran productora de carnes y granos producidos en las extensas praderas pampeanas. Por lo tanto, este período conocido como Modelo Agroexportador, es también una etapa de modernización liberal caracterizado por las oleadas de inmigración, el crecimiento de las ciudades, el desarrollo de caminos y de vías férreas y del sistema de educación público. Pero, en particular, como se señaló en la Introducción, recuperado como un periodo de años dorados de crecimiento económico gracias al liderazgo del país en la exportación de productos primarios que le valió el título de “granero del mundo” en la división internacional del trabajo¹². No obstante, fueron protagonistas de ese proceso unas pocas provincias: Santa Fe –que llegó a producir el 50 % del trigo exportado por Argentina (Gallo 1983:157-60)– y en menor medida Córdoba, Buenos Aires y Entre Ríos¹³.

El hecho de que Córdoba se integrara a posterior a aquel esquema productivo “posibilitó que una buena parte de los inmigrantes que llegaron a las tierras cordobesas tuvieran cierta experiencia previa” (Massei 2018:61). Tal como es el caso del abuelo de la familia de José María, así como otros antepasados de mis interlocutores, el paso previo por Santa Fe en tanto arrendatarios, o hasta propietarios si hubieran sido de aquellos que primero llegaron, les permitió contar con un pequeño capital para adquirir las tierras de reciente disponibilidad en Córdoba, que además eran más baratas que en las otras provincias.

Tal como plantea el historiador local, B. Calvo, en la zona de análisis la propiedad de la tierra se encontraba repartida entre pocos dueños. Por un lado, atravesadas por las líneas férreas que concesionaron una legua a cada lado de la vía a la compañía inglesa que construyó el ferrocarril;

¹² Respecto del reparto desigual y concentrado de este modelo socioeconómico agroexportador del centenario de la Nación, por entonces ya controlado por las comercializadoras y los propietarios de las grandes estancias véase: Rapoport (2014); Volkind&Barlaro (2016). Sobre las desigualdades internas entre las provincias, puede consultarse Sánchez (2016).

¹³ Al respecto, cabe aquí ampliar que el historiador G. Sánchez (2016), a partir del análisis de las finanzas provinciales, destaca que el caso de la provincia de Córdoba es paradójico respecto al proceso de la mayoría de las provincias que se habían desarrollado significativamente en el periodo colonial a través de la economía altoperuana, ya que, aunque Córdoba no cuenta con un puerto que la comuniqué al Atlántico (como los casos de Santa Fe y Buenos Aires, donde se reflejó el mayor crecimiento económico), logró recuperarse de la crisis económica en el periodo pos independentista y, gracias a la “pampeanización” de su economía con la expansión cerealera, logró insertarse en el mercado internacional.

otra gran extensión poseía la Orden de la Merced; y otras tantas tenían como propietarios a personas que no residían en el lugar. Para el autor, la propiedad de la tierra permanecerá altamente concentrada y en los siguientes términos lo describió: “Comienzan a operarse algunas subdivisiones de tierras [a inicios del siglo XX], sin afectar aún, las características generales de las décadas anteriores. En estos años la zona que ha sido poblada casi en su totalidad por inmigrantes italianos (y muy pocos argentinos, españoles, suizos, ingleses o rusos) es especialmente agrícola y su explotación, mediante convenio con los grandes propietarios, ajenos al medio, se realiza mediante el régimen de aparcerías, siendo escasos los arrendatarios y virtualmente inexistentes los pequeños propietarios” (Calvo 1983:19)¹⁴. Para Calvo, a pesar de reconocer que una de las primeras colonias agrícolas de la provincia, Marengo, estuvo ubicada al este de Villa María, estas características de la estructura agraria imposibilitaron el surgimiento de un sector significativo de pequeños propietarios rurales (1989:34; véase también Arcondo 1969:42-43).

Lo que no es equivalente a que no hayan existido experiencias de colonización agraria por inmigrantes que accedieron a la propiedad de la tierra a través de precios relativamente bajos y con facilidades para el pago de las mismas. Sino más bien, como explica el investigador E. Azcuy Ameghino, este proceso se dio en particular en las primeras experiencias entre los años 1855 y 1876 y en la provincia de Santa Fe, a posterior primó su reemplazo por las “colonias de arrendatarios” y se desató “una verdadera fiebre de especulación inmobiliaria incrementándose los precios de la tierra” (2010:208, respecto a la especulación sobre el valor de la tierra en la provincia de Córdoba cfr. Arcondo 1969)¹⁵.

Respecto al letargo del proceso de colonización agrícola en Córdoba, cabe señalar que la provincia sancionó en el año 1886 una ley propia de colonias que incluyó una exención impositiva (Colomé 2009:116). El desarrollo de nuevas colonias posterior a la promulgación de la misma da a entender que los grandes propietarios estaban esperando dicho beneficio, dado el significativo despegue de la colonización agraria, que de solo 6 colonias en el año 1877 llegó a 348 entre los años 1905-1906 (Manachino 2009:116 y 117).

¹⁴ La historiadora cordobesa Ana Inés Ferreyra (2018) en su artículo “La circulación de la propiedad rural en Córdoba, 1800 - 1855. ¿Un mercado incipiente?”, da cuenta de un activo mercado de tierras conformado desde las décadas de finales del siglo XIX, a través de un análisis detallado de escrituras y títulos. La autora analiza la circulación de la propiedad rural, sea esta la transferencia de tierras fiscales a privados, así como entre privados. Para nuestro caso de análisis es relevante que la mayor transferencia de tierra fiscal a privados, en las primeras décadas de la pos-independencia, haya sido realizada en el antiguo departamento Río Tercero Abajo (actual GSM), involucrando a más de 60 mil hectáreas (2018:12).

¹⁵ En los últimos años, algunos trabajos han puesto en cuestión premisas sobre las que la literatura argentina ha explicado el desarrollo de la colonización agraria, en particular, cierto “fraude” privado en el fraccionamiento y los supuestos escasos resultados que se obtuvieron respecto al acceso a la propiedad para las familias colonas migrantes. No se encontraron estudios específicos sobre la zona de análisis, respecto a los departamentos de Unión y Marcos Juárez, donde se radicaron el mayor número de colonias de la provincia de Córdoba, se puede consultar Tognetti (2018) y respecto a este tipo de análisis sobre el caso de Santa Fe y Entre Ríos, véase Djenderedjian (2008).

II.II. II. Estancia Yucat y la colonia de arrendatarios en la actualidad

II.II.II.I. Sobre su actividad socio-productiva

En la actualidad, la Estancia Yucat, administrada por la Orden de la Merced, alberga diversas actividades. En una extensión aproximada de 5000 hectáreas desarrollan cultivos propios de soja, maíz, trigo y sorgo, a la par de tambo y ganadería bovina, ovina y caprina, cría de cerdos, conejos y caballos. También administran dos salones de eventos, un hospedaje de turismo rural, un pequeño museo, un cementerio y, además, 315 hectáreas de bosque nativo protegido¹⁶. Un salón de usos múltiples y dos capillas aúnan continuas actividades pastorales. Todo esto involucra a 67 personas empleadas de manera directa por la Estancia, que viven allí junto a sus familias, esto incluye al ingeniero agrónomo que dirige y planifica el total de las operaciones agropecuarias. A lo que hay que sumar las áreas de soporte administrativo y contable –también empleo directo–, que involucran a unas 10 personas. Fuera de las tierras en protección y las de uso directo por la Estancia, las restantes conforman la colonia de arrendatarios San Antonio.

La Estancia es administrada desde el año 2004 por un párroco integrante del grupo de “Curas de Opción por los Pobres” que en la zona es conocido como “Padre Carlos”. Desde que tomó a su cargo la gestión de la Estancia lleva adelante una política de contratar personal o arrendar lotes para familias dispuestas a vivir en el campo, lo cual ha fomentado de modo sostenido la reapertura de “taperas” –es decir, de las viviendas rurales que habían sido abandonadas–.

Esto último implicó una redefinición de la política institucional de la Estancia Yucat, que en los hechos fue posible a partir de dejar de alquilar fracciones de 1000 o 2000 hectáreas a grandes productores –como hubiera sucedido durante anteriores administraciones–, que en general se destinaban al cultivo de *commodities* agrícolas. En cambio, el Padre Carlos opta por arrendar lotes de entre 100 a 300 hectáreas a familias productoras sin tierra propia, priorizando aquellas dedicadas a la actividad tampera. Además, presta atención a “ayudarles” ante los vaivenes de la macroeconomía nacional o de los factores climáticos, por ejemplo, en el año 2018 tras una sequía de 90 días en verano, que generó que la cosecha estival se perdiera en gran medida, dispuso una reducción del 20% en el precio de los alquileres. O, también, durante el año 2019, a través de uno de los ingenieros agrónomos que trabajan en Yucat impulsó la compra colectiva de insumos agropecuarios con el objetivo de lograr una rebaja en el precio de los mismos.

¹⁶ Las zonas protegidas son producto de la Ley nacional de 2007 de Presupuestos Mínimos de Protección Ambiental de los Bosques Nativos, a partir de la cual las provincias debieron realizar mapas de Ordenamiento Territorial con la participación de los sectores interesados, para establecer las zonas de protección y tipo de uso permitido.



Ilustración 7 La Estancia Yucat y su diversidad de actividades, producciones y habitantes. Archivo propio

Esto permite comprender que, en lugar de grandes empresas agrícola que no necesitan tener personal radicado allí, se encuentren 65 establecimientos agropecuarios de “colonos”, de pequeña y mediana escala. En el caso de aquellos dedicados al tambo, esto implica que, según su tamaño, estén viviendo allí entre una a cuatro familias (u otros arreglos como puede ser, dos familias y cinco o seis asalariados).

En el capítulo 3 y 5 nos detendremos en experiencias que están allí radicadas, más vale aquí recuperar algunas características más de esta política institucional porque dialoga —en contraposición— con las tendencias estructurales del agro pampeano contemporáneo. El valor de los alquileres, en el caso de los establecimientos de tambo, es cotizado en litros de leche y

no en quintales de soja (la unidad de medida que se ha generalizado); y suelen explicar mis diversos interlocutores que eso es razonable –aunque no la regla– debido a que “los insumos son en dólares en el tambo, pero la leche se cobra en pesos”. Por eso, estos establecimientos están más expuestos a los vaivenes de la macroeconomía.

Respecto al valor del arriendo, las apreciaciones son más dispares entre mis diversos interlocutores. No obstante, si bien para muchos sigue siendo “caro”, la Estancia se mantiene a la par o ligeramente más bajo que el promedio de la zona. Esto es, de 10 quintales de soja por hectárea (o un equivalente de 750 litros de leche), durante el periodo de trabajo de campo.

Por último, para fomentar que las familias rurales se establezcan y dar garantías de seguridad a los productores, la Estancia se compromete a retribuir todas las mejoras que se hayan realizado al momento de no renovarse la relación contractual –recordemos que la actividad de tambo involucra aún más infraestructura que otras actividades agropecuarias–. Esto ha impulsado a algunas familias a construir sus viviendas o reformar la vieja tapera existente en aquellas tierras que arriendan, así como a construir galpones, salas de ordeño, instalar corrales o silos. Además, hay un compromiso tácito de que al concluirse el contrato este se renovará, por eso escuché en distintas ocasiones: “Acá sabemos que no nos van a echar”.

También pude conocer otros tipos de arreglos que se van construyendo *ad hoc*. Por ejemplo, un matrimonio de productores de tambo me contó que cuando empezaron a alquilar las primeras 72 hectáreas a Yucat, tenían solo 12 vacas, que en la actualidad es muy poco para esta actividad y por eso no lograban “juntar volumen” y las empresas lácteas no les aceptaban esa cantidad de leche. Por ello, el Padre Carlos les prestó 18 vacas de la Estancia que estaban “para secar” (es decir, las que están concluyendo su ciclo de lactancia y producen poca leche), que para esta familia fue más que significativo para elevar su producción en litros y sortear aquellos primeros tiempos. También, cuando algún establecimiento está frente a una inversión importante, por ejemplo, en maquinaria o de infraestructura, se acuerdan plazos flexibles para el pago del alquiler, sea hasta que puedan recuperar la inversión o incluso “en especies” haciendo trabajos con la maquinaria propia para la Estancia.

Estas condiciones hacen que Yucat tenga una demanda constante de solicitudes de alquiler de tierras. A diferencia de las grandes empresas agrícolas, quienes se presentan como candidatos a colonos son personas de la zona, provenientes de familias con trayectoria agropecuaria, en general descendientes de los y las migrantes que protagonizaron la colonización agrícola. Si es el caso que la familia hubiera logrado acceder a la propiedad de la tierra, en general, las perdieron por quiebra, por sucesivas subdivisiones entre generaciones, o por presión para vender por una parte de la familia –volveremos sobre este asunto en los sucesivos capítulos–.

Aunque también en la colonia hay tres familias que datan de cuatro generaciones arrendando allí, incluso una de estas ya cuenta un siglo ahí radicada. Sobre estas familias rurales de la zona, asentadas en Yucat y fuera de sus límites, nos detendremos en particular en el capítulo 3 y 4.

Por otro lado, en una conversación con una persona del área administrativa, intenté indagar hasta qué punto el Padre Carlos había logrado su cometido de arrendar a familias que vivieran y trabajaran en el campo. Al respecto, mi interlocutora me explicó: “No te puedo decir quiénes tienen contratistas o en qué proporción. Pero el otro día vino uno de los colonos y el Padre le hizo un llamado de atención. Pasa que esa persona deriva a terceros todos los servicios, siembra, cosecha, y hace solo agricultura. Si esto fuere una empresa privada a nadie le interesaría. Pero son cuestiones que él las va viendo porque todos vienen y piden que los tengan en cuenta para alquilar un pedacito más de campo cuando se libera algún contrato”.

Lejos está de la actualidad aquel pasado de tierras “improductivas” de sus primeros poseedores durante la época colonial. Compuesta por una gran diversidad de proyectos y experiencias, también es un contraste con la homogeneidad que pregona la agricultura de monocultivos. Tal como señala la historiadora A. Ferreyra (2012:2), a lo largo de la historia “ninguna orden religiosa demostró tener la capacidad de administración e interés por las explotaciones rurales como tuvieron los jesuitas, hábiles y exitosos empresarios rurales”. De allí, que las tierras en manos del clero en la mayoría de las órdenes y congregaciones religiosas fueron, en general, administradas por terceros, arrendadas o, también, abandonadas durante años hasta ser vendidas. En este sentido, la Estancia Yucat de la Orden de la Merced constituye una excepción y, hasta donde se pudo conocer, la única de este tipo en la actualidad.

II.II.II.II. Una impronta propia

Al Padre Carlos lo conocí a través de los campos agroecológicos que acompañé durante mis primeras estancias en la zona. Dos de los cuatro campos que están asentados en los alrededores del río Ctalamochita se encuentran en tierras que pertenecen a Yucat. De hecho, que estén radicados allí tiene relación con que el Padre Carlos había incursionado en cultivos orgánicos certificados durante cinco años, pero me explicó: “No funcionaron, pagaba con la soja transgénica los gastos del cultivo orgánico”. Así me dejó entrever que por más que su gestión tuviera una orientación social, las actividades que administra deben ser rentables.

Esto es particularmente sensible porque la Estancia no funciona desentendida de la estructura de la cual forma parte, es decir, la Orden de la Merced. En una de mis visitas pude conocer al abogado de dicha comunidad religiosa, que viajó desde Buenos Aires porque se tenían que renovar algunos contratos de la Colonia. Ante mi sorpresa sobre su lugar de residencia, una de

las responsables del área administrativa me lo explico en los siguientes términos: “Pasa que acá administramos, pero los ingresos de los alquileres se envían todos a Buenos Aires”.

Por otro lado, este rol como actor económico armoniza con la historia de esta comunidad religiosa. Así como Fiusa era caracterizado como un “hábil comerciante” que finalmente donó sus riquezas para que tengan un “fin social” a la Orden de la Merced; el fundador de esta comunidad religiosa, Pedro Nolasco, se dedicó a salvar cautivos cristianos prisioneros de musulmanes a través de la compra de los mismos. Para ello, invirtió su propio patrimonio y, posteriormente, organizó recaudaciones. Inauguró así un movimiento que, a partir del año 1218, será reconocido como la “Orden Religiosa de la Merced para la redención de cautivos”.

En la actualidad, aquella misión es actualizada por los integrantes de la comunidad mercedaria, que entienden que en los tiempos actuales las personas “cautivas” son quienes viven situaciones de opresión y degradantes y es posible redimirlos, de algún modo, creando oportunidades. Pero, para ello, entienden, es necesario contar con recursos.

El Padre Carlos no tenía experiencia agropecuaria cuando llegó a la Estancia para hacerse cargo de su administración en el año 2004. Oriundo de Mendoza, su trayectoria clerical lo había llevado a residir durante su juventud varios años en Roma y luego en provincia de Buenos Aires. A la ciudad de Córdoba arribó en la década de los 80 a integrarse en las actividades del colegio mercedario León XIII. Buscando información sobre la Orden de la Merced, encontré en la página web de aquel colegio un reconocimiento a su impronta que afirmaba que en dicha institución “la participación del Padre Fr. Carlos marca un nuevo estilo de presencia pastoral”. Entre otras cosas, esto se debe referir a que se involucró en el desarrollo de “proyectos sociales” como un comedor para los niños y niñas de la zona, un hogar para madres solteras y adolescentes en situación de riesgo, así como un centro cultural y de capacitación.

Más allá de su lejanía con el mundo rural y pampeano, hoy se puede decir que el Padre Carlos ya ha adquirido las competencias necesarias para moverse en la zona como “un nativo”, que conjuga con una mirada atenta a pensar lo que él llama “una agricultura familiar con soberanía de gestión”. Permítanme explicitarlo a través de una situación etnográfica.

Comprendí mejor el perfil del Padre Carlos cuando conocí a un grupo de biólogos emprendedores que le estaban ofreciendo una aplicación para georeferenciar zonas donde se acumulan malezas en los campos –es decir, plantas espontáneas que no forman parte de los cultivos sembrados– y que, por tanto, permitía un manejo de las mismas más eficiente (sea por la dosificación selectiva de herbicidas –*weedseeker*– o a través de la eliminación mecánica). Uno de los integrantes de este equipo de biólogos me contó que habían iniciado el vínculo con el Padre varios años antes cuando le habrían acercado un proyecto de control de plantas exóticas

para el área de bosque nativo protegida que está dentro de la Estancia. No obstante, a su pesar, no habían logrado entusiasmarlo en aquel momento. Pero, a continuación, me explicó que, con el pasar del tiempo, lo conocieron mejor y entendieron que al Padre Carlos le interesan las propuestas “que le dan trabajo a la gente, de economía popular, todo eso” –me supo decir aquel día–. Por eso, le volvieron a acercar una propuesta de control de especies exóticas pero que incluía el aprovechamiento de la madera de dichos árboles para la producción de artesanías y leña. Este último sí se implementó y continúa en marcha desde hace un par de años, pero la evaluación –según pude recoger de opiniones de distintas personas que trabajan en la Estancia– es que las personas de la zona no llegaron a apropiarse de la propuesta. Por un lado, porque no hay tradición (y valorización) de la producción de artesanías en madera en la región y, en tanto, un mercado donde volcarlas colectivamente percibido como tal. Pero, también, porque las personas de la zona, en particular quienes podrían aprovecharlo para la generación de un ingreso complementario, no negocian su apreciación: “El mejor asado es con leña de algarrobo” –suelen expresar–. Esto incluye, además, que para algunas de estas personas aquellos biólogos de la capital provincial son observados con suspicacia y *off the record* comentan: “Medio que lo están charlando al Padre con esto de las exóticas”.

La reconstrucción etnográfica que introduje en las líneas precedentes nos permite recuperar algunos elementos que discurrirán transversalmente las páginas de los capítulos que siguen, pero sobre los que no me detendré ahora. A saber, volvimos a situar algunas características de estas localidades ruralizadas, a través de las personas que viven y trabajan en la zona, en su alteridad con “los de la ciudad”, en particular de la capital provincial y la tensa, pero constante, relación con los saberes “expertos”.

Volviendo al relato etnográfico, la sospecha de las personas de la zona con el proyecto de los biólogos encuentra sentido con una dualidad que ven en el Padre Carlos, que pude escuchar de distintas maneras según quién era mi interlocutor. Por un lado, que es una persona generosa y tiende a buscar la forma de dar una oportunidad a quienes se le acercan, a veces más de una oportunidad. Esto último genera miradas contrapuestas en torno a la controversia moral que suscita, en sociedades donde ganó consenso la apelación al mérito como justificación de “logros” percibidos como individuales, pero que invisibilizan trayectorias desiguales. Esto se expresa en frases como “¡Pero fulano se aprovecha de la bondad del Padre!”.

Al mismo tiempo, el cura es también públicamente reconocido como una persona muy “inteligente”, “rápido” o que “no se deja engañar”. Al respecto, esto tiene que ver con cierta polivalencia cognitiva que le permite pasar con elegante agilidad por distintos escenarios e interlocutores. Así fue que lo vi desempeñarse en situaciones diversas como ser cuando un peón

de la Estancia se acercó a contarle sobre alguien que estaba intentando vender una garrafa que era de otra persona y, enseguida, el Padre lo llamó por teléfono para prevenir que “se metiera en problemas”; o cuando recibió a un maestro mayor de obra que le explicó que estaba pasando “un mal momento con falta de trabajo” y le pidió que lo tuviera en cuenta; así como cuando lo acompañé en la presentación del proyecto institucional de la Estancia a un grupo de empresarios y cooperativistas; o incluso lo vi negociar con un investigador de Conicet plazos y condiciones de un desarrollo tecnológico para un producto a base de leche de cabra.

Quizás esto tenga que ver con que es un agudo observador de su realidad. Me refiero a que entiendo al Padre Carlos como uno de esos teóricos nativos que a veces nos encontramos en los territorios que acompañamos. Aquellas personas que tienen una curiosidad propiamente sociológica o antropológica que les lleva a analizar y producir explicaciones sobre el mundo que viven de manera consciente y sistemática. Al Padre lo había cruzado en distintos momentos de mi trabajo de campo, pero fue recién en mi último año que le propuse acompañarlo para conocer la actividad de Yucat, así como a algunas de las familias colonas.

Un día, cuando aún nos estábamos conociendo, me citó en su oficina y me volvió a preguntar qué me interesaba conocer. Le repetí algo similar a lo que le había dicho días antes. Hasta entonces –e incluso a posterior– cada vez que le comenté a alguien que me interesaba acompañarlo o conversar en el marco de mi investigación, siempre recibí una buena predisposición, no obstante, nunca suscitó demasiadas preguntas cuál era mi objetivo o algún otro aspecto de mi trabajo. De hecho, me acostumbré a que las respuestas a posibles preguntas y explicaciones que siempre ensayaba, no llegaran a ser expresadas porque la conversación se bifurcaba antes hacia otros intereses de mis interlocutores.

Aquel día, no obstante, tampoco llegué a ahondar con el padre Carlos sobre detalles de mi investigación. Antes de que terminara de hablar, él se paró y empezó a escribir en un pizarrón que tiene frente a su computadora: “Influjo concentrador en gestiones productivas en desmedro de la agricultura familiar”. Y a continuación me preguntó: “¿Esa sería tu hipótesis?”. En retrospectiva, con claridad puedo afirmar que no era *mi* hipótesis, era (o es) *su* hipótesis, es lo que desvela al Padre Carlos. En lo que siguió de aquella conversación, me explicó –desde el pizarrón– los movimientos que distinguía en el proceso de concentración del control de la tierra y cómo él veía que operaban algunas grandes y megaempresas y me afirmó:

- Nosotros con 20 mil hectáreas dejamos de ser muy grandes.
- Claro, Adecoagro maneja como 100 mil hectáreas.
- ¡Nooo! ¡200 mil! Y sin tener en cuenta las de arroz.

Aquella tarde no solo me demostró estar muy bien informado de las tendencias en curso, sino por dónde pasaban sus preocupaciones. También, en parte, sintetizó lo que yo había tardado casi dos años en comprender haciendo trabajo de campo en la zona y leyendo la literatura especializada. Luego de unas dos horas de álgida conversación, me interpeló a que registrara lo que había escrito en el pizarrón porque no me lo volvería a explicar.

Finalmente, cabe aquí señalar algunos elementos que nos van a permitir comprender que formar parte de la producción de *commodities* y sostener una lectura crítica sobre las transformaciones en el agro no es una tarea sencilla de congeniar para el párroco. Por un lado, porque implica seleccionar con quiénes consagrar acuerdos, pero que no dejan de ser de mercado. Veamos dos situaciones etnográficas que nos permitirán iluminarlo.

La empresa Adecoagro, cuando compró la planta procesadora de maní de Olam, intentó arrendar todas las tierras de la colonia de Yucat, propuesta que por supuesto fue rechazada por el Padre Carlos. No obstante, la sequía de verano que ya se mencionó repercutió en deudas impagas en dólares y ahogo financiero para muchos de los establecimientos de la Colonia de arrendatarios. Esto impulsó al Padre Carlos a suscribir un acuerdo con la empresa ABC para arrendarle un total de 1000 hectáreas para maní, pero a ser repartidas en fracciones de 20 hectáreas. Así, ofreció una alternativa para que las familias de la Colonia que estuvieran con dificultades financieras, dispusieran de la posibilidad de ceder una fracción de tierra, para que se hiciera ese cultivo cuyo arriendo, se paga un valor un 50 % más alto y permite capturar un diferencial importante. Y me lo explicó en los siguientes términos: “No es lo mismo negociar como Estancia con ABC que como un colono”.

No obstante, no es únicamente en las arenas de la producción donde el Padre Carlos intenta compatibilizar sus definiciones y acciones, pero no siempre encuentran eco en sus pares. Tal es el caso de la venta de la producción de trigo de diciembre del año 2012, época del año cuando está recién “levantada” la cosecha.

Él había iniciado las conversaciones para vender la producción de trigo a 900 pesos argentinos la tonelada a una pyme molinera. Pero, a los pocos días, una acopiadora de la zona ofrecía 1200. En ese marco, decidió comunicarse con el comercial de la empresa y le habría dicho: “Subime el precio porque me están ofreciendo 1200 pesos”. Pero no obtuvo una respuesta favorable, según me expresó, le contestaron que no podían pagar ese precio porque no podrían trasladar ese aumento al precio de góndola. Cuando me lo estaba relatando, recordó algo, y me dijo: “Te voy a mostrar la carta que le escribí”. Se dirigió a su computadora y luego de pasearse por distintas carpetas, dio con el archivo de texto que buscaba. No voy a reproducir

aquí aquel intercambio, sí voy a centrarme en dos expresiones que el Padre dejó allí plasmadas y yo conseguí registrar en mi anotador casi de manera textual.

En un momento de su misiva afirmó: “La Orden de la Merced ha optado por relacionarse, dentro de lo posible, a industrias nacionales no trasnacionales. Aun cuando la industria nacional no siempre ha optado por el conjunto del país y no es el caso de ustedes”. Y más adelante añadió: “Consideramos que ustedes son una empresa honesta que tiene su propia lucha con esta agresión comercial de Arcor, lo injusto de la ley de oferta y demanda hace que multinacionales como Arcor hoy pueda seguir creciendo en desmedro del pueblo. Por ello, los acompañamos”.

Ahí pude comprender que detrás del precio que ofrecía aquella acopiadora estaba la empresa Arcor, una de las nueve megaempresas que opera en el país, orgullo de “industria nacional” para algunos sectores, pero también fiel exponente de la concentración del complejo agroalimentario argentino. En esas complejidades se mueve el Padre Carlos, parado en una estructura como la Estancia Yucat, propiedad heredada de la época colonial y en una actividad como la agropecuaria pampeana, que se insertó tempranamente al mercado capitalista.

De ahí que luego de que hubiéramos participado de una actividad cuya temática era la soberanía alimentaria, me expresó unos días después: “No me gusta ser contradictorio. Yo tengo que decir que hago 1500 hectáreas de soja y por eso lo dije. Si alguien conoce una alternativa al glifosato que me cuente porque yo no lo veo, acá lo hemos intentado. Veo el esfuerzo de los que hacen agroecología, los apoyo en lo que puedo, pero no veo una alternativa realista”.

En lo que siguió de mis visitas, las conversaciones con mi interlocutor se fueron desplazando hacia otras temáticas; por momentos y a mi pesar, aunque sus preguntas e interpelaciones eran estimulantes, nos alejaban de mis intereses inmediatos y eso me desconcertaba. Recién en una de mis últimas estancias de trabajo de campo pude comprender que tenían que ver con que, incluso con nuestras diferencias, me había ganado su confianza como una interlocutora válida. Lo mismo me sucedió a mí, acostumbrada a los códigos seculares ciudadanos. El encuentro etnográfico me exigió revisar, aún más de lo que esperaba, mis propios prejuicios.

III. ¿QUÉ ES EL AGRONEGOCIO?

A un cuarto de siglo de introducida la soja transgénica en Argentina, la referencia a “los sojeros” como un todo –como se señaló, quizás la gran victoria pos conflicto del año 2008– tiende a eclipsar la variedad de actores y trayectorias que confluyen en el sistema de producción dominante y hegemónico. En otras palabras, hemos continuado aquí una vía ya iniciada por diversos estudios, de reconstruir la amplia escala cromática que componen aquellos que forman parte de la producción de *commodities* agrícolas (Barsky y Dávila 2008; Gras y Hernández

2008; Hernández, Muzi, y Fossa 2013; Maldonado y Bustamante 2019; Muzlera 2012). A través de la experiencia etnográfica, se apuntó no solo a distinguir su “escala” o capacidad de apropiación de valor –que quizás es sobre lo que más se ha señalado su heterogeneidad–, sino en particular el tipo de relación que entablan con el territorio, sus propósitos y contradicciones.

Aquellas tierras que habían tenido cultivos de soja y en la primavera siguiente brotaban plantas de maní nos llevaron a uno de los mayores productores de soja de la zona, que opera en el radio de kilómetros que compone la zona de análisis e incluso más allá. No obstante, este es ante todo el mayor productor de maní. Es decir, un cultivo destinado al consumo humano, procesado en la región pampeana de Córdoba, y a través del cual la provincia es “reconocida” en el mercado internacional. No es un *commodity* sino un *speciality* y, más allá de los tecnicismos, es un cultivo con arraigo porque, como se dice en la zona, “el maní es cordobés”.

La incursión de esta empresa en la agricultura nos aproximó a entender la profunda modificación de la estructura agraria en el marco del despliegue de los agronegocios, que no solo implica el desplazamiento de miles de pequeños y medianos productores sino también de quienes supieron ocupar posiciones dominantes. Vimos que una de las familias agropecuarias que más tierras hubiera controlado en los alrededores al río Ctalamochita había incursionado en la producción de soja junto a la empresa industrializadora de maní; la primera se fundió y se retiró, la segunda se expandió sobre grandes extensiones de tierra vía compra, arrendamiento o acuerdo de exclusividad con algunos productores. Ser uno de los mayores productores de soja es una consecuencia de uno de sus principales propósitos: contar con producción de maní.

El otro gran actor económico es una estancia propiedad de una orden religiosa, herencia de la estructura colonial y de una colonización agraria que algunos autores caracterizan como “trunca”. No obstante, en la actualidad es administrada por un cura de perfil progresista que, en un contexto de profundización de la concentración de la estructura productiva, promueve un refugio para la agricultura familiar a través de una colonia de arrendatarios, o lo que él llama una “agricultura familiar con soberanía de gestión”.

Indagar los campos que pasaron de soja a maní, permitió empezar a poner en primer plano una mayor diversidad, incluso entre los sectores dominantes de esta zona, y preguntar por el tipo de *obligaciones* que entrama “hacer soja”. Observamos que, quienes se ubican en la cúpula de la producción de *commodities* agrícolas –soja, maíz y trigo–, lo hacen anclados en actividades regionales e, incluso, lo justifican en pos de éstas. Además de que no responder a la figura del actor desacoplado del territorio, es importante no perder de vista que quienes ocupan estas posiciones dominantes en este territorio tampoco “prescinden de su historicidad”, como es analizado para el caso de los *empresarios globalizados* (Gras y Hernández 2013b:37).

Tampoco se puede afirmar aquí que en la reproducción de sus actividades “no depende de las relaciones sociales y económicas localizadas territorialmente”, (Gras y Hernández 2013a:51).

Esto opera de dos maneras, por un lado, porque la producción de soja es justificada como una condición *sine qua non* de poder sostener otras “históricas” y “tradicionales”. Por otro lado, como veremos oportunamente, la lógica del agronegocio también permea las nuevas “formas de hacer” estas actividades regionales —el maní y el tambo—. Ahora bien, esto no se ha agotado en este capítulo: la soja y sus formas, así como el agronegocio y sus formas, seguirán siendo un hilo conductor a lo largo de todo este trabajo.

Este recorrido analítico da pie a explicitar una propuesta que apunta a preservar el valor de la noción de agronegocios, en tanto además de constituir una categoría técnica que señala las nuevas modalidades del capital en el agro, es también es una categoría nativa o social. No obstante, en ocasiones, los referentes empíricos de la noción se tornan difusos o poco claros. Por lo tanto, sus usos, tanto académicos como sociales, nos ponen ante el desafío de resistir a su efecto “autoevidente”, es decir, de movilizarla sin presuponer que “todos sabemos de qué estamos hablando”. Para decirlo en pocas palabras: calificar un proceso como “agronegocio” no es una explicación en sí misma sino, en todo caso, parte de lo que debemos describir y explicar situadamente.

En ese camino, y a riesgo de pecar en lo que podría parecer una obviedad, vale comenzar afirmando que el escenario concentrador no es resultado de la soja o aquello presentado como “novedoso” —el extractivismo, los *pools* y empresarios innovadores, etc.—, sino que es parte del desarrollo del capitalismo (Barbetta y Domínguez 2018; Galafassi 2012; Martínez Dougnac 2014). En todo caso, cuando como analistas observamos “el agronegocio” tenemos la posibilidad de comprender un nuevo patrón de acumulación agraria que organiza de manera sistémica la producción agropecuaria en base a, como ya señalamos, la producción en gran escala, pero desde nuevas modalidades organizacionales; el uso intensivo de innovaciones tecnológicas; los vínculos con el capital financiero y, en especial, está orientada a mercados globales, desacoplándose de las necesidades locales o nacionales. No obstante, tomarlo como un dato dado nos puede llevar a reducirlo a (i) macropolíticas diseñadas por centros imperialistas; y/o (ii) a un análisis centrado en la agencia de los procesos estructurales y globales —y el riesgo de arrastrar conclusiones tautológicas (Gras y Cáceres 2017:194)—.

Para el caso de Argentina, probablemente el análisis más sistemático de su expresión en prácticas y sentidos territorialmente situados ha sido el estudio de Gras y Hernández (2013b, 2016c; Hernández 2009), quienes pusieron en primer plano los rasgos centrales del agronegocio y sus conexiones con los procesos globales del capitalismo neoliberal; además, este estudio

renovó una forma de abordaje de las transformaciones contemporáneas en el agro argentino que inspiró decenas de trabajos posteriores. Como bien señalan estas autoras, es necesario abordar las *traducciones* del agronegocio en otras regiones y actividades, las formas de su apropiación por actores situados, es decir, sus expresiones distintas y distintivas en cada territorio particular. Esto es especialmente apreciable a partir del análisis de la *lógica* que despliega un conjunto de actores sociales materializada en sus prácticas, decisiones, valoraciones y afectos. En esta investigación, por tanto, cuando reafirmamos a la lógica del agronegocio debe leerse “la lógica de hacer negocios” –o también, inspirándonos en la propuesta que formula V. Gago (2014:18) para otro contexto, puede leerse como parte de un “neoliberalismo desde abajo”, entendido como *razón calculadora* que incorpora las prescripciones de tal doctrina, pero no la reproduce ni estrictamente ni de modo total¹⁷.

Veremos, en los capítulos que siguen, que mis interlocutores expresan una racionalidad neoliberal que se ha expandido a nivel molecular y se introyecta en combinaciones con otras racionalidades (o también podríamos decir razonabilidades con Bourdieu 2005:27) que componen “el acervo experiencial” de las personas (Gago Op. Cit.).

Por otro lado, como también es señalado por Gras y Hernández, el agronegocio es aprehensible en su dinámica, a partir de cómo hace *sistema* en tanto la forma concreta en que opera en las relaciones e interdependencias asimétricas de cada trama socioproductiva (que se propone comprender en clave de *figuración*, en los términos de N. Elías, y reconstruiremos capítulo a capítulo para profundizar en el último). Por ello, cuando se utilice esta noción “a secas” debe entenderse esto último: su configuración y funcionamiento efectivo y situado; que distinguiremos de su forma ideal y normativa con los marcadores “paradigma” o “modelo”.

A modo de síntesis, se apunta aquí a analizar el agronegocio no como un modelo compacto, sino como proceso, atendiendo a la multiplicidad de niveles en los que opera, los modos en que se combina y articula, de manera desigual, con otras formas de hacer, pensar y sentir la producción agropecuaria, así como “los negocios”, el trabajo y la vida rural.

¹⁷ Quizás llame la atención esta conexión con el trabajo de V. Gago, dado que la autora ha centrado su producción teórica principalmente a partir de materiales empíricos construidos alrededor del trabajo migrante, la producción textil y las economías populares informales. No obstante, entendemos que su propuesta es fructífera para observar “la razón neoliberal” en el sentido de cómo se despliega situadamente un neoliberalismo “desde abajo”. Esto se comprenderá mejor en los siguientes capítulos.

Repasando nuestro recorrido hasta aquí, en este primer capítulo, hemos abordado una serie de actores que detentan posiciones dominantes en el territorio etnográfico, y hemos postulado que (i) si las dicotomías en el mundo rural resultan insuficientes para abordar la complejidad de lo real, también lo son al interior del agronegocio y su “cúpula”. Aquí, la perspectiva antropológica nos llevó a poner en foco que en la producción sojera no encontramos solo chacareros desplazados y empresas globalizadas desacopladas de lo local. Esto incluso cuando quienes protagonizan este capítulo participan en la trama social local del agronegocio en posiciones dominantes.

En este capítulo se apuntó a complejizar esta heterogeneidad, solapada por el marcador homogeneizante de “los sojeros” o “pueblos sojeros” indagando la cúpula de este sistema socio y agroproductivo dentro de la trama de relaciones sociales de los alrededores al río Ctalamochita. En otras palabras, “tomar en serio” (Goldman 2016:29) los datos etnográficos nos habilitó a abordar la pregunta sobre quiénes producen soja en la zona en análisis, y nos conectó con la mayor empresa de producción de maní de GSM, así como con una experiencia privada y eclesiástica que fomenta la producción agropecuaria familiar.

Por otro lado, (ii) la segunda consecuencia de seguir los datos etnográficos fue identificar que la soja no había “desplazado” sin más a las economías regionales. Al mismo tiempo, si la producción de maní muestra su dinamismo, al igual que el tambo, es necesario indagar cómo eso es posible, qué tipo de transformaciones se vienen operando, temas que serán objeto de los dos próximos capítulos. A su vez, estos dos actores dominantes de la zona en análisis nos mostraron que, operando en y desde la lógica hegemónica de producción de *commodities*, crean condiciones de posibilidad para la reproducción de las actividades históricas y tradicionales.

De este modo, con la descripción etnográfica como medio, empezamos a avanzar en el análisis de la complejidad de los procesos sociales y de las prácticas que se ponen en juego en aquello que coloquialmente denominamos “hacer soja”. La variedad de trayectorias reconstruidas permite relativizar la imputación homogeneizante “sojero” y, más bien, empezar a considerar el tipo de compromisos que envuelve a la obligación de “hacer soja”.

CAPÍTULO 2 LA RECONVERSIÓN DE LAS ECONOMÍAS REGIONALES: EL MANÍ

“Nosotros no los queremos a los sojeros”, me dijo mi interlocutor mientras conversábamos afablemente, luego de que yo hubiera apagado el grabador y con ese acto dado por cerrado el ritual de la entrevista. Creo que no pude evitar abrir los ojos grandes, como un acto involuntario de mi sorpresa: era uno de los propietarios y directores de la empresa ABC, una de las mayores productoras de soja de GSM.

Como vimos, a pesar del crecimiento exponencial de la superficie implantada de soja, esta no habría desplazado a las economías regionales. En este capítulo vamos a recorrer etnográficamente la pregunta sobre cómo es posible la convivencia entre las distintas actividades productivas que son predominantes en la zona de análisis. Si la producción de maní no ha sido desplazada y muestra su dinamismo –al igual que la producción tambara– es necesario indagar qué condiciones lo hacen posible.

Analíticamente, el sentido de la expresión de aquel empresario, productor tanto de maní como de soja, puede apreciarse al restituir la complejidad que compone “hacer maní”. Para ello, a lo largo de este capítulo, la descripción nos va a permitir historizar y situar territorialmente el proceso de restructuración del complejo agroalimentario del maní, en dos dimensiones: vamos a prestar atención a comprender no solo el tipo de actores involucrados sino también el sentido y dirección de sus prácticas y, además, a reconstruir la nueva figuración de relaciones sociales que se teje entre quienes forman parte de todo el ciclo de producción de maní.

I. PLANTA NATIVA O “NATIVIZADA”, UN CULTIVO CON ARRAIGO

Si sembrar soja o maní no es equivalente en los alrededores al río Ctlamochita tiene que ver –entre otras cosas– con que el maní no es una planta exótica, como aquella oleaginosa de origen asiático, sino que es nativa. Según data en las Crónicas de Bibar del año 1558, el conquistador español Capitán Francisco de Villagra pasó a mediados del año 1550 “por la provincia de los comechingones” (actual Córdoba y San Luis) y registró que eran cultivados maíz, frísoles, camote, zapallo y maní (Giayetto 2017:33)¹⁸. Esta última planta, una legumbre, fue denominada

¹⁸ Algunos estudios arqueológicos indican que su origen es el actual territorio de Bolivia y noroeste de Argentina y en el periodo precolombino se distribuyó por Sudamérica (Giayetto 2017:29).

por las ciencias biológicas como *Arachis hypogaea* L. y sus variantes han sido clasificadas por la botánica en dos subespecies y seis variedades, no obstante, en la actualidad su cultivo se concentra solo en una variedad en Argentina.

Durante el auge del Modelo Agroexportador, que forjó el primer periodo “modernizador” del Estado Argentino, se importaron las primeras prensas para la extracción de aceite en la década de 1880. El cultivo y procesamiento de maní había iniciado en Santa Fe y dicha provincia era la principal productora (Lanciotti y Tumini 2013:4). Sin embargo, a partir de la década de 1930, Córdoba se convirtió en la principal productora de maní. Al respecto, el Censo Nacional Agropecuario del año 1937 registró que, de las 128.353 hectáreas sembradas, la provincia de Córdoba era responsable del 80 % del total y la cosecha se destinó en un 62 % a la producción de aceite (Ministerio de Agricultura 1937:XXXIII Tomo I). Por entonces, la provincia de Santa Fe se empezó a concentrar en el cultivo de lino, trigo y maíz —los principales a nivel nacional en aquel periodo—. Es posible que ese paulatino abandono se produjera, en parte, motivado porque era (y aún es) un cultivo de mayor costo, aspecto señalado por el documento que presenta los resultados de dicho censo que al indicar el crecimiento de la producción de maní agrega que eso ocurrió: “a pesar de su elevado costo y de la competencia del algodón, del girasol y de otras de menor valor” (Ibíd.).

Durante la primera mitad del siglo XX, el lino para uso industrial fue la principal oleaginosa procesada en Argentina —acompañado con poco peso por el tártago y el tung— y para la producción de aceites comestibles la materia prima fue primero el maní, luego el girasol (a mediados de los años 30) y tardíamente el maíz (Lanciotti 2013:3, Giayetto 2017:34). Este proceso se consolidó durante las décadas posteriores; el análisis de la historiadora cordobesa Gabriela Olivera (2006:4), a partir de datos de los censos nacionales de los años 1947 y 1960, expone que la producción de maní se concentraba en la región pampeana de la provincia donde “se ubicaban el 82,17 % de las explotaciones dedicadas a este cultivo de la provincia y el 82,90 % de la superficie dedicada a tal tarea”.

Para explicar por qué el cultivo de maní se radica en Córdoba no se suele escuchar referencias ni sobre sus costos ni acerca de que Santa Fe se retiró de su producción. En los alrededores del río Ctalamochita, en cambio, se afirma: “El maní es cordobés porque el suelo es arenoso”, en alusión a la cualidad de la tierra en la zona centro y sureste de Córdoba. Al respecto, el historiador Pablo Iparraguirre (2014) explica que el área de producción de maní se desarrolló en un primer momento principalmente en los departamentos del centro meridional de la provincia de Córdoba, alrededor del río Xanaes (o Segundo) y río Ctalamochita (o Tercero) —que incluye a la zona de análisis—. La región manisera, a pesar de ser parte de la extensa

división pampeana, tiene sus propias cualidades: menores precipitaciones y suelos más áridos y livianos debido a la presencia de un porcentaje importante de arena. Estas características lo hacen propicio para el cultivo del maní, originalmente adaptado al clima cálido y seco. Además, al crecer los frutos bajo tierra, los suelos livianos facilitan su desarrollo y la cosecha.

En la actualidad, el cultivo de maní se expandió, en los últimos años, desde la región centro-este hacia el límite sur de la provincia. La principal zona productora y procesadora del país se encuentra en la porción de la pampa cordobesa que traza una franja entre las localidades de Villa María y Río Cuarto, extendiéndose su cultivo, en los últimos años, hacia la frontera sur de la provincia y de manera incipiente al este de San Luis, oeste de Buenos Aires y norte de La Pampa. De las veinticinco empresas procesadoras de maní del país, salvo una de ellas que opera en Salta y Buenos Aires, todas tienen sus plantas en alguna de las localidades de la región manisera de Córdoba. La compañía más grande es por lejos la Aceitera General Deheza (AGD)¹⁹ que cuenta con seis plantas industriales, de las cuales tres se dedican a procesar maní y una de estas se ubica fuera de Córdoba, en la provincia de San Luis.



Ilustración 8 Mapa de las plantas procesadoras de maní de Argentina. Elaborado por la Cámara Argentina del Maní

¹⁹ Para lectores menos especializados, cabe situar que constituye una de las megaempresas del sistema agroalimentario de Argentina. Es propiedad de la familia Urquía, originaria de la pequeña localidad de General Deheza, en el agropampeano cordobés; lo cual es paradigmático siendo que la mayoría de las grandes empresas agroalimentarias de Argentina fueron vendidas o la familia fundadora perdió el control del capital accionario, en particular durante la década de los 90. El representante más visible de esta familia, Roberto Urquía, fue legislador provincial y senador nacional por el Partido Justicialista y mantiene un perfil de alta visibilidad pública. Esta compañía participa en toda la cadena de valor de las oleaginosas y maní, y otros granos que mayoritariamente exporta, pero, también, tiene una importante participación con sus aceites vegetales en el mercado interno. Su producción agrícola propia es de 200 mil hectáreas y tiene centros de acopio de granos de terceros en nueve provincias. También, constituyen su envergadura que desde el año 1985, en sociedad con Bunge Argentina, controla la “Terminal 6” en el puerto de Rosario y desde el año 1992 tiene la concesión de la operación e infraestructura de cargas del ex Ferrocarril General Bartolomé Mitre, en la actualidad Nuevo Central Argentino (NCA).

Del total de empresas mániseras, solo dos son de capitales extranjeros, pero no tienen una participación mayoritaria o líder en el total de maní operado y esto ha sido estable a lo largo del tiempo. Golden Penaut, estadounidense, inició sus operaciones en Argentina cuando compró una fábrica en la zona mánisera en el año 1990. Luego llegó otra de las más grandes del mundo en materia de maní, la empresa de capitales indios Olam que también incursionó en la provincia con una planta procesadora entre los años 2009 y 2018, que luego vendió a Adecoagro –sobre la que nos detuvimos en el capítulo 1–. Por tanto, a diferencia de lo que ocurre en el complejo oleaginoso de la soja²⁰, el porcentaje mayoritario del procesamiento agroindustrial así como de la comercialización es realizado por empresas de capital nacional que mantienen, en general, el paquete accionario entre miembros de la misma familia –volveremos al respecto–.

El 91 % de la producción agropecuaria de maní es realizada en Córdoba y un 92 % de su industrialización. Por ello, se puede afirmar que esta provincia mediterránea concentra el cultivo, procesamiento y comercialización de maní de Argentina (Bondolich et al. 2015:8-11). El país se ubica en el séptimo puesto en el ranking de productores de maní según el Departamento de Agricultura de Estados Unidos, con una participación del 3 % sobre el total mundial, en base a datos del año 2018 (Dirección de Cadenas Alimentarias 2019). No obstante, el bajo consumo interno de este grano en el país (que se calcula de un kilo promedio por persona al año) hace que pueda disputar con India desde la campaña 2013/2014 el primer lugar como exportador mundial de maní, alternando entre sí dicho podio.

Esto, a su vez, constituye un significativo aporte a la macroeconomía de Córdoba. Por los resultados de la “buena cosecha” del año 2020 se exportó una cifra récord de casi 1.100 millones de dólares, reflejada en el 14 % de las exportaciones provinciales (BAE Negocios 2021). El crecimiento de las ventas de maní de las últimas décadas se explica por dos motivos, según los representantes del sector mánisero nucleados en la Cámara Argentina del Maní (CAM). Por un lado, por el aumento de la demanda global, que podemos constatar en que se incrementaron en un 76 % los envíos de maní al principal comprador, Países Bajos²¹, entre 2007 y 2012 (Blengino 2013:29). Por el otro, a que se amplió la comercialización a nuevas áreas en más de un 26 % (BAE Negocios 2021). Es decir, es una combinación de expansión del mercado y un incremento

²⁰ A saber, por ejemplo, en la producción de biodiesel a base de soja, de las 38 empresas aceiteras solo cinco son de capitales extranjeros pero estas últimas son responsables del 48 % de la producción, según datos de la Bolsa de Comercio de Rosario. Esto se refleja también en las operaciones de granos sin procesar: la empresa de capitales chinos, Cofco, exporta casi el 15 % y las tres estadounidenses que le siguen (Cargill, ADM y Bunge) suman el 39,4 % de las embarcaciones de granos, según datos de la subsecretaría de Mercados agropecuarios del MAGyP de la Nación. Las empresas de capitales nacionales se ubican recién a partir del quinto puesto con la cooperativa ACA (9%) y en el séptimo AGD (6,6%). En los subproductos harina y *expeller* de soja dicha concentración en manos del capital extranjero es menor, no obstante, también se observa.

²¹ El puerto de Róterdam es la principal puerta de entrada a Europa del maní argentino porque está eximido del pago de aranceles.

del volumen demandado en general. Esto se debería, además, al reconocimiento de “la excelencia” del maní argentino.

Tomando los datos sobre la superficie implantada de la Dirección de Estimaciones Agrícolas (MAGyP) se encuentra que, en los últimos cinco años, se cultivaron en promedio casi 400 mil hectáreas de maní en el país (siendo el mínimo 364.191 y el máximo 452.118). En comparación con los *commodities* agrícolas, aquella cifra nos deja un sabor a poco ya que dicho promedio, para igual periodo, es de más de 18.500 millones de hectáreas para soja, casi 8 mil millones para maíz y más de 5.600 millones para trigo. No obstante, al analizar su serie histórica, a diferencia de la caída abrupta de otros cultivos como puede ser el de lino, la producción de maní –con sus propias fluctuaciones– no solo se sostuvo, sino que además creció. Entre la década de 1990 y la primera del siglo XXI, el aumento de la producción nacional (cosecha) giró en torno al 37 % y un 28 % en la provincia de Córdoba. A su vez, la diferencia entre el promedio de producción de las dos primeras décadas del presente milenio es un aumento del 121 % a nivel nacional y un 111 % para la provincia de Córdoba. Distinto es si se analiza la superficie cultivada (siembra), entre el promedio de la década de 1990 y la primera del 2000 hubo una caída del 5 % en la superficie nacional y de casi el 12 % en Córdoba. Aquí podemos suponer el efecto del proceso de sojización en la zona. No obstante, esa superficie se recupera y se ocupan nuevas dado el aumento del 71 % y del 63 %, respectivamente, entre el promedio de hectáreas cultivadas de las dos primeras décadas del siglo XXI. En síntesis, estamos ante un proceso de aumento de la productividad, por un lado, y de disminución y luego aumento de la superficie implantada, por el otro, que se refractan en las curvas de producción y siembra, donde podemos observar el despegue significativo de la primera debido al aumento en los rendimientos.

Gráfico 3 Superficie cultivada de soja y maní en GSM

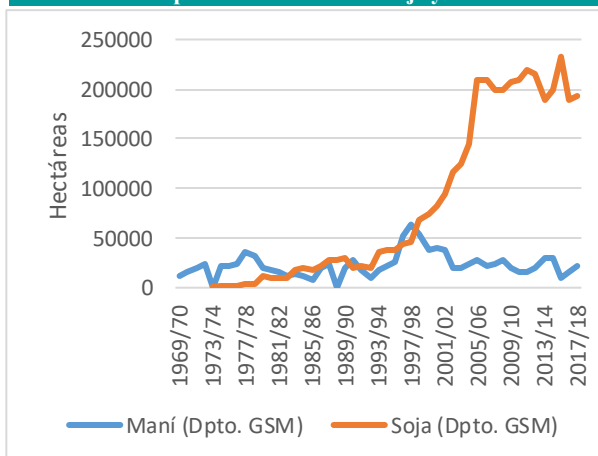
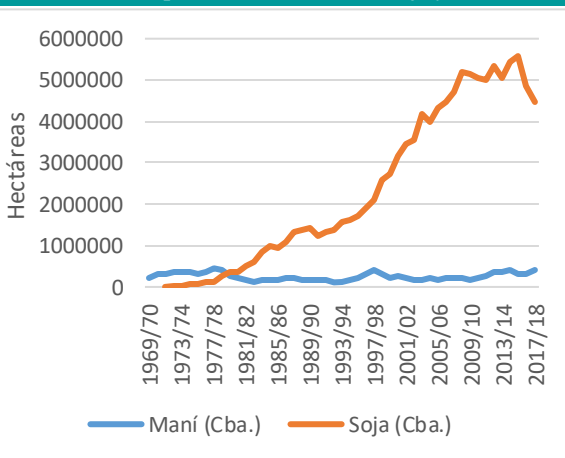
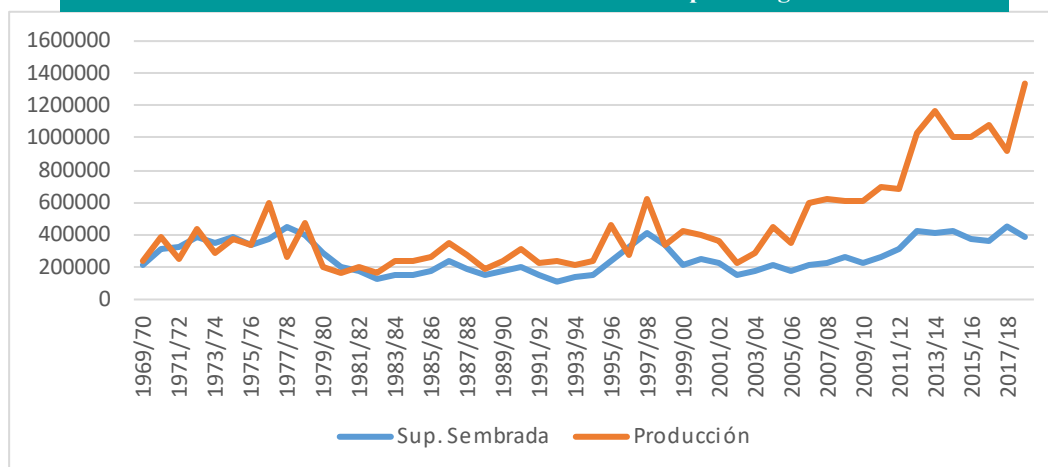


Gráfico 4 Superficie cultivada con soja y maní en



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Estimaciones Agrícolas, MAGyP,

Gráfico 5 Cultivo de maní. Serie histórica para Argentina



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Estimaciones Agrícolas, MAGyP,

Lo anterior nos aporta elementos para comprender que el maní representa uno de los cultivos regionales que no podemos decir que fue “desplazado”, como un absoluto, por la producción sojera. No obstante, el crecimiento de la producción no puede desconocer que se desarrolló a la par del aumento del área implantada con soja tanto en la provincia de Córdoba como en la zona de análisis. ¿Cómo es posible que ambos cultivos muestren significativo crecimiento? ¿Cómo se produce dicha “convivencia” entre actividades agrícolas y qué tipo de arreglos presupone entre los actores sociales? ¿Qué lugar ocupa aquí la agricultura familiar del maní?

II. DE COMMODITY OLEAGINOSO A ECONOMÍA REGIONAL

Si en el apartado anterior pudimos comprender que el cultivo de maní se fue “nativizando” en el territorio provincial, cabe aquí señalar que mis interlocutores insisten, además, en diferenciarlo de los *commodities* agrícolas, que se comercializan en grandes volúmenes estandarizados como granos o con bajo nivel de procesamiento y bajo margen de renta unitaria. Con razón, podría ser definido como un *speciality*, porque a diferencia de los primeros, responde a requisitos específicos, como la variedad de semilla y certificación de procesos, además, su precio es relativamente más alto, aunque los volúmenes comercializados respectivamente más bajos. Similar al caso del garbanzo en la provincia de Córdoba o frutas certificadas como orgánicas en la Patagonia. No obstante, el interés del sector empresarial manisero no pasa por establecer que “el maní es una especialidad” sino, principalmente, por ser reconocidos como “una economía regional, como el azúcar en Tucumán o el vino en Mendoza”.

Sin embargo, para un público poco especializado, si Mendoza es un referente en vinos o el noroeste argentino de las plantaciones de caña, es poco probable que el maní sea un referente

de Córdoba. O a la inversa: Córdoba el referente del maní. En otros términos, resulta ilustrativo que en un texto clásico como el de Mabel Manzanal y Alejandro Rofman, “Las economías regionales de la argentina. Crisis y políticas de desarrollo” (1989), la producción de maní no tenga ninguna consideración y el agudo análisis se estructure en torno a la producción agrícola pampeana “estratégica” y la extrapampeana “marginal”. Si la división geográfica de actividades —que organizó que en Cuyo se cultive vid, en Tucumán la caña de azúcar, el tabaco en Corrientes y Salta, algodón en Chaco y Formosa, arroz en Corrientes y Entre Ríos y yerba mate en Misiones— es también un producto histórico heredado del Modelo Agroexportador; en la actualidad mis interlocutores han sido activos creadores del “Maní de Córdoba”. En otras palabras, cultivadores del reconocimiento de una “nueva” economía regional y, más aún, localizada al interior de la región pampeana. Un contrasentido en el imaginario social que reproduce la organización agraria nacional entre “la rica región pampeana”, productora de granos y carne vacuna, y “las economías regionales” y sus cultivos industriales (i.e. algodón, caña de azúcar, vid) o producciones “tradicionales”. Imagen que el desplazamiento a zonas “extra pampeanas” de la ganadería vacuna y la agricultura de soja ya había puesto en tensión.

La creación del “Maní de Córdoba” se ha desplegado, al menos, en un triple plano. Por un lado, en el económico, ya que en las últimas décadas ha mostrado un dinamismo y crecimiento en el valor de sus ventas más que significativo, que llegó en el año 2016 a ubicarse como la segunda economía regional que más dólares ingresó al país, precedida por los limones y seguida por la viticultura. Hito que fue superado en el año 2020 al avanzar al primer puesto (TodoManí 2017, 2021). Por otro lado, en el internacional, en el cual la calidad está asociada —entre otros factores— al origen de la producción (que incluye también “pruebas” de ello como su trazabilidad, certificaciones internacionales, entre otros aspectos sobre los que nos detendremos en el punto VI). Por último, en el plano nacional, a través de sus instituciones corporativas. La Cámara Argentina del Maní, en lo gremial, y la Fundación Maní Argentino, como referente técnico, han sido quienes pusieron en circulación los argumentos y abrieron espacios de debates y negociación destinados a obtener tal reconocimiento. En la provincia de Córdoba encontró asidero a través de la Ley Provincial N° 10.094, sancionada en el año 2012, que establece la denominación “Maní de Córdoba Certificación de Origen” como un sello que “garantiza calidad *premium*, según los más rigurosos estándares internacionales”, un proyecto impulsado por la CAM desde el año 2007.

Al respecto resulta ilustrativo recuperar el siguiente fragmento de un documento institucional, que afirma: “El Maní Confitería no es un *commodity* como erróneamente suele considerarse, sino un producto alimentario elaborado, una manufactura de origen agrícola con

un extraordinario componente de valor agregado” (CAM 2015:15). La “consideración” a la que alude dicha comunicación de la CAM no es solo una disputa “simbólica” o “representacional”, sino que se materializa en la inclusión del maní como una oleaginosa *commodity* en la legislación vigente (Ley Nacional de Granos N°21.453). Por ejemplo, en el marco de negociaciones realizadas por la CAM con el Gobierno nacional para obtener una reducción en los derechos a las exportaciones en el año 2020, según expresaron a la prensa algunos empresarios de dicha organización gremial, tuvieron que “demostrar” que esta ley había incorporado al maní en el año 1978 como una oleaginosa porque la producción de aceite era su principal destino, pero en la actualidad es un “alimento de consumo humano industrializado”.

A continuación, vamos a recuperar algunas condiciones históricas que explican la trayectoria del grano de maní de *commodity* a *alimento* y de un cultivo pampeano a una *economía regional* cordobesa. Por un lado, el desarrollo del complejo oleaginoso como base del desarrollo de la agroindustria del maní. Por el otro, el afianzamiento de la producción primaria de maní, protagonizada por las familias colonas de la zona.

II.I. El desarrollo de la industria liviana: el complejo oleaginoso

Desde fines del siglo XIX, la producción aceitera se centró en el maní, destinado a la producción de aceite comestible y el lino al uso industrial (Lanciotti y Tumini 2013:16-18). Esto condice con lo que me expresó uno de los propietarios y directivo de la empresa manisera ABC: “El maní se hacía antes únicamente para aceite o en bolsa”. Y a continuación agregó: “En esos años no había mucha producción, o sea, eran producciones de baja escala. Pero sí había muchos productores, muchos colonos en la zona”.

De acuerdo al análisis de Lanciotti y Tumini (Op. Cit.), desde comienzos del siglo XX Argentina contaba con las condiciones para desarrollar una industria aceitera significativa, pero eso no ocurrió por la ausencia tanto de regulaciones gubernamentales que priorizaran el uso de semillas oleaginosas para la industria y no para la exportación (algo que afectaba especialmente a la producción de aceite de lino), como de políticas de protección a la actividad que arancelaran la importación de los productos realizados en el país (y la desmotivaran ya que señalan las autoras que la población se inclinaba por el aceite comestible de maní importado antes que por uno de producción nacional). Esto se observa con claridad cuando se compara el desempeño de otras agroindustrias como la molinera y la lechera, con un temprano desarrollo en el país.

El procesamiento de maní creció en el país, a la par de lo que sucedió con otros cultivos oleaginosos y actividades agroindustriales, a partir de la crisis internacional del año 1929 – conocida como Gran Depresión– que empujó una caída vertical de los precios de los

commodities agrícolas y, de este modo, dejó en evidencia los límites del Modelo Agroexportador. Inició un periodo orientado a promover las industrias que la historiografía nacional denomina “Industrialización por Sustitución de Importaciones” (en adelante ISI), también caracterizado como Estado de Bienestar en gran parte de los países del mundo, que se extendió entre los años 1930 a 1970 (Giarraca y Teubal 2008). En este marco, podemos entender que recién en los años de la Segunda Guerra Mundial se logró abastecer el mercado interno de aceites vegetales (Lanciotti y Tumini 2013:21-22). Para ello, fue condición de posibilidad que el Estado ya hubiera adoptado una política de intervención en la comercialización de granos, con precios sostén a través de la Junta Reguladora de Granos desde el año 1933 y con el monopolio del comercio exterior a través del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) desde el año 1944. Para Lanciotti y Tumini, sin estas condiciones de origen, no es posible comprender el gran desarrollo de la industria aceitera a partir de los años 70, que a posterior dio origen al mayor complejo oleaginoso exportador del país alrededor del Gran Rosario. Para el caso, se puede señalar que mientras Santa Fe se especializó en cereales, como trigo y maíz, y oleaginosas, como girasol y soja; en Córdoba el maní se convirtió en su cultivo distintivo.

Cabe recordar que las décadas de los 30 y 40 es un periodo caracterizado en la historiografía como de “estancamiento”, reflejado en la disminución de la producción de cereales y granos y de su exportación a mercados internacionales. Tal como fuera señalado por Barsky y Bearzotti (1991:338) esa noción “encubre en forma invertida” la tendencia contrapuesta: la recuperación de la ganadería incentivada por el aumento del consumo interno de carne. Es decir, solapa procesos que requieren ser revisados. En sintonía, podemos observar el dinamismo del cultivo del maní. Señala G. Olivera (2006:4), a través de los datos censales de los años 1947 y 1960, que la región pampeana de Córdoba no fue ajena a la disminución de la actividad agrícola nacional: la superficie cultivada con trigo y lino disminuyó significativamente; el maíz y el girasol se mantuvieron relativamente estables, pero “la superficie cultivada con maní se duplicó, ya que se incrementó desde 105.200 a 208.891 hectáreas”. Por tanto, se puede señalar que el cultivo de maní en este periodo reveló una dinámica propia, que iba en un sentido opuesto al de los demás *commodities* agrícolas.

En definitiva, estamos observando una relación directa: no podemos pensar el desarrollo del complejo oleaginoso del maní sin la producción de su “materia prima”, un eje que atravesará todo lo que sigue del capítulo. Por otro lado, los datos recién señalados están anticipando un proceso que se evidenciará poco después: un nuevo ciclo de expansión agrícola en la región pampeana. Como señala el trabajo de Barsky y Gelman (2001), a mediados de la década de 1960 se alcanzaron los máximos de producción históricos a nivel nacional. Para el caso, el área

sembrada con maní en la provincia de Córdoba aumentó significativamente hasta llegar al récord de la época de 383.000 hectáreas en la campaña de 1964/65 (Giayetto 2017:33).

Es en este periodo, el cultivo de maní tuvo su mayor crecimiento en la zona de influencia del río Ctalamochita (perdiendo en parte su centralidad la región del río Segundo o Xanaes) y también un gran proceso de apertura de acopiadoras y plantas procesadoras que se especializan en el maní. Y como no podía ser de otra manera, el inicio de una tradición: la celebración de la Fiesta Nacional del Maní y la elección de su “reina”.

De las empresas que en la actualidad continúan en actividad (o fueron vendidas en las últimas décadas y fue posible rastrear su fundación) se pudo reconstruir, a partir del análisis de documentos institucionales y periodísticos, que ocho de ellas iniciaron sus actividades en el rubro en el periodo reseñado, entre las décadas de los años 40, 50 y 60. Vale aquí ya adelantar una periodización que observaremos en el siguiente apartado, otras siete empresas se crearon entre las décadas de los años 70 y 80. Como veremos, la década de los 90 fue otro momento de auge del sector donde se inician en la actividad ocho nuevas empresas, sea construyendo plantas o comprando alguna ya existente y modernizándola, y las empresas que ya operaban en el sector se expandieron; finalmente, otras seis iniciaron actividades a partir del 2000.

II.II. Modernización agrícola y especialización en maní

Como señaló uno de los empresarios de ABC, en la zona, “había muchos colonos”. Esto es una manera de decir, también, que fueron las familias agropecuarias las que protagonizaron este gran crecimiento de la producción primaria de maní.

Las familias que fueron “maniseras” recuerdan que su cultivo era una actividad que se complementaba, en general, con el tambo y que en la economía familiar fueron significativos los años de “buena cosecha”. Permítanme ilustrarlo a través de la experiencia de una de estas: “El campo de mi nono era de 183 hectáreas, pero lo fue comprando de a pedacitos. Por las últimas 42 hectáreas entregó una parte en dinero y pidió dos años para poder terminar de pagar. Y ese año sembró maní y le fue tan bien que pagó el campo, puso el molino e hizo el galpón”.

En otras palabras, es un cultivo recordado con afecto en la zona y refleja una estrategia distintiva de las familias agropecuarias pampeanas, señalada por la literatura especializada, su capacidad y orientación a capitalizarse (Archetti y Stölen 1975).

En el periodo de desarrollo del complejo oleaginoso manisero, la producción agrícola se concentraba en establecimientos de escala pequeña y mediana organizados en torno al trabajo familiar, que solían contratar mano de obra para la cosecha. Además, en aquella época los establecimientos agropecuarios hacían la limpieza, el descascarado o pelado (que implica abrir

las vainas para obtener los granos), una preclasificación de frutos y su embolsado. Es decir, “tranquera adentro”, como suele expresarse en la zona. Desde el campo, en bolsas de 50 kilos, salía la producción hacia las acopiadoras o aceiteras.

Hasta aquí hemos reconstruido que el maní es cordobés porque requiere suelos “arenosos”, se desarrolló a la par de la agroindustria oleaginosa y tiene arraigo en las historias familiares de la zona. Además, se suele señalar que no es un cultivo “fácil” ya que demanda conocimientos y trabajos específicos. Al crecer el fruto bajo tierra requiere buenas condiciones en el suelo, herramientas específicas y más trabajo (o mano de obra) que otros cultivos más difundidos (tanto de la época que estamos reseñando como en la actualidad). Esto nos ayuda a entender por qué los resultados del Censo del año 1937 hacían énfasis en que era comparativamente más costoso. Asimismo, la cosecha es caracterizada como “muy sucia” porque levanta tierra al arrancarse la planta para obtener los frutos, así como “riesgosa” porque, incluso luego de un buen ciclo de cultivo, puede haber significativas pérdidas si no se realiza cuidadosamente (véase en Archetti y Stölen 1975:185 y ss. las dificultades y riesgos que los colonos del norte de Santa Fe narran en relación al cultivo de maní y su paulatino abandono).

Aunque el proceso modernizador en el agro podría ser descripto como un *continuum* que ha atravesado todo el siglo XX, desde la posguerra adopta algunos rasgos sistemáticos que lo intensifican y direccionan hacia una mayor productividad, enmarcado en la orientación desarrollista de la época (Giarraca y Teubal 2008:150) y la geopolítica global de difusión de innovaciones que se señaló en la Introducción –sobre el vínculo entre Argentina y la “Alianza para el Progreso” impulsada desde Estados Unidos véase: Carsen y García-Bossio (2020)–.

El historiador P. Iparraguirre en su investigación sobre la agricultura de maní en las décadas de los 50 y 60 observó que existió una importante introducción y adopción de nueva tecnología. Este proceso fue impulsado y difundido con dispositivos didácticos específicos. Por un lado, Agronales fue un boletín informativo, publicado entre los años 1959 y 1964, por la Estación Experimental de Manfredi, luego integrada al INTA, –cuya área de influencia incluye a la zona de análisis–. Por otro lado, desde 1965 comenzó a difundirse el Boletín Informativo Manisero (BIM), que fue un emprendimiento del INTA y el Instituto Agroindustrial de Oleaginosos (IADO), una entidad financiada por industriales aceiteros. En ambas publicaciones los ejes editoriales fueron la difusión de tecnología, así como de los principios de organización de la actividad “como una empresa”. Más aún, el BIM, primer periódico dedicado exclusivamente a un único cultivo, se definía: “(...) destinado a reseñar los adelantos que se operan en la investigación y la experimentación, con relación al maní, así como el asesoramiento directo a los productores de todo el país” (BIM 1965 en Iparraguirre 2014).

En dicha investigación, Iparraguirre mostró que aquellos establecimientos que poseían entre 100 y 200 hectáreas se orientaron a incorporar nueva maquinaria y reforzaron su estrategia de trabajo familiar. De acuerdo a datos estadísticos, en la campaña agrícola de los años 1951-1952, solo el 10 % de los productores utilizaban el método de cosecha en hilera, que implicaba contar con recolectoras-trilladoras-descapotadoras, un parque de maquinarias más eficiente pero más costoso. Un 30 % lo realizaba con arrancadoras y emparvinadoras, que era más accesible ya que no exigía grandes erogaciones de dinero y la inversión se recuperaba rápidamente por el ahorro en mano de obra y tiempo. Mientras que el resto de los establecimientos cosechaba con el método “clásico” (arado sin vertedera y una cuadrilla de horquilleros). En cambio, el BIM publicó en el año 1966 los resultados de una encuesta realizada a 843 productores de la provincia de Córdoba, que arrojaron que el 85 % ya utilizaba la cosecha en hilera.

Por tanto, el autor concluye que el gran crecimiento de la producción de maní estuvo asociado a la consolidación de un sector de productores de escala pequeña y mediana. La mano de obra asalariada era principalmente transitoria, en el momento de la cosecha, lo que muestra, en coincidencia con los clásicos estudios rurales (Archetti y Stölen 1975), que la contratación de trabajo y la incorporación de tecnologías en estas unidades productivas pampeanas, se definía en relación a la capacidad y disponibilidad del trabajo aportado por la familia.

Por otro lado, para terminar de comprender este periodo en relación a este actor social que son las familias agropecuarias de la zona de análisis, debemos observar la relación con la tierra. En el capítulo anterior se analizó que la familia agropecuaria que más tierra llegó a controlar se ubicó en las 3 mil hectáreas para la primera generación (el abuelo migrante de Italia, que primero se radicó en Santa Fe) y que su descendencia, tras la división de la herencia, controló algo así como 1000 hectáreas. En cambio, las chacras familiares se ubicaban en escalas que iban de las 80 a las 350 hectáreas aproximadamente. En todos los casos, no implicaba en general la propiedad de toda la tierra que manejaban, por los rasgos de la colonización agraria que se observaron en el capítulo anterior.

En este periodo de desarrollo del complejo oleaginoso de maní (que veremos en el capítulo siguiente, coincide con el desarrollo de las usinas lácteas), si se toman los datos censales disponibles (Censo Agropecuario del año 1947 en el marco del Cuarto Censo General de la Nación; Censo Agropecuario 1960 y Censo Agropecuario 1969), se observa que las unidades agrarias registraron un aumento en la superficie utilizada bajo el régimen de propiedad con fines agropecuarios, así como en el tamaño de las unidades productivas tanto en la provincia de Córdoba como en GSM (véase gráfico 2, presentado en el capítulo 1).

El esquema que había funcionado, desde fines de siglo XIX, para las familias productoras que no accedieron a la tierra en el marco del proceso de colonización agraria se basaba principalmente en el arriendo y/o aparcería. Tras la caída de las exportaciones, en la década de 1930, los grandes propietarios de la tierra intensificaron su actividad hacia la ganadería e inició un periodo de numerosos desalojos a familias arrendatarias. Con objeto de detenerlos, desde el año 1942, se adoptaron las primeras medidas desde el Estado, como la prórroga de los contratos y el congelamiento de los valores de mercado de los arrendamientos (Giarraca y Teubal 2008:150-51). Aunque es un debate abierto en la literatura argentina la pregunta por los efectos en la estructura agraria de estas medidas de regulación estatal de las décadas de 1940 y 1950, hay cierto consenso en que se produjo una desvalorización de la renta de la tierra y su venta a precios relativamente más bajos (Barsky y Gelman 2001; Forni y Tort 1992).

Si detenemos la mirada en la estructura de la tierra de GSM, se observa que cambia la relación entre la superficie bajo control de propietarios y arrendatarios. Mientras en el año 1947 la superficie de las explotaciones bajo propiedad representaba casi el 30 %, en 1960 era del 57 % y en 1969 del 65 % (esto puede ser levemente matizado si se considera que también hubo una disminución de la cantidad de establecimientos entre cada periodo censado del 9,17 % y 0,42 % respectivamente). Por tanto, entre 1947 y 1969 disminuye del 45 % al 30 % la superficie de suelo bajo la modalidad de arrendamiento (en contraposición, recortemos que en el capítulo 1, cuando presentamos la estructura agraria del departamento, observamos que esa tendencia se revirtió y en la actualidad sólo el 36 % de la tierra es operada por propietarios).

Esto es de interés porque, como veremos en particular en el próximo capítulo, las familias agropecuarias de los alrededores al río Ctalamochita, que lograron acceder a la propiedad de la tierra, lo hicieron algunas a principios del siglo XX y la mayoría a mitad del siglo, sea comprando un campo o adicionando superficie como vimos en el testimonio con el que inició este apartado. Estas familias no solo se narran herederas de la colonización agrícola, sino también del trabajo sacrificado y deseo de progreso. En este relato de origen, la agricultura de maní y el tambo, ambas intensivas en trabajo, aparecen como la base de ascenso a lo que podríamos llamar la “clase media rural” o a ser “productores familiares capitalizados” –veremos también en el próximo capítulo que es un estatus que están en constante riesgo de perder–.

Siguiendo la literatura especializada, este proceso tiene una dirección similar en la región pampeana, donde distintos estudios han señalado que creció la proporción de productores propietarios durante el periodo. De ahí que sea caracterizado como base de la “farmerización” de una proporción de chacareros arrendatarios (Barsky y Gelman 2001; Forni y Tort 1992). Esto se conjugó con las políticas crediticias que apoyaron las inversiones en maquinaria (para el caso

de Córdoba véase Olivera 2006) y, como se mencionó, el control de los precios agrícolas que mejoraron la rentabilidad de las unidades productivas familiares (Lattuada 1986). No obstante, esto último no fue constante dada la inestabilidad macroeconómica que empezó a caracterizar a la economía nacional desde la segunda mitad del siglo XX.



Ilustración 9 Cultivo y cosecha de maní. Fotografías de arriba de CAM y de abajo. Archivo propio

III. EL DESPLAZAMIENTO DE LA SEMILLA CRIOLLA POR LA “MEJORADA”

Como vimos en el capítulo 1, la empresa ABC actualmente controla un porcentaje mayoritario de las tierras en los alrededores al río Ctalamochita y es una de las grandes procesadoras de maní de Córdoba. Esta empresa fue fundada dentro aquel periodo que acabamos de revisar (entre 1940-1960) y su planta fabril se ubica en una pequeña localidad, a una distancia de algunas decenas de kilómetros respecto a donde se concentra la mayoría de los campos que acompañé durante los años 2017 a 2019.

Sus fundadores eran parientes entre sí y les vamos a llamar aquí la generación A. Al momento de crear la compañía, tenían experiencia en el trabajo administrativo de la cooperativa de servicios del pueblo, uno de ellos, y el otro en clasificación de granos, aunque su oficio anterior había sido albañil, y ambos contaban solo con estudios de nivel primario.

En aquellos primeros años compraban y vendían, fundamentalmente, trigo y sorgo, que acopiaban en el fondo de la casa familiar donde levantaron el primer silo y en una de las habitaciones de la vivienda funcionaba la administración. También vendían las nuevas semillas “híbridas” que se empezaron a difundir en la zona.

En la década de 1970 ya se habían consolidado en la actividad de acopio de granos, por lo cual compraron un terreno y mudaron la operación allí. Por aquella época la demanda de maní estaba en expansión a nivel mundial por lo cual se empezaron a orientar a este grano, aunque nunca dejaron de comercializar cereales y oleaginosas. En las siguientes palabras me lo explicó uno de los integrantes de la familia fundadora de la empresa ABC, pero segunda generación – que vamos a llamar B–: “Fue creciendo la demanda de maní y empieza a demandarse lo que se llama maní confitería, se empieza a comercializar para consumirlo como un fruto”.

Según recuerda mi interlocutor entre los años 1978 y 1980 se hicieron los primeros embarques a Europa de maní seleccionado por la empresa como “confitería”, es decir los de mejor calidad. Y el “defectuoso” –partido o manchado– se continuó vendiendo a las aceiteras bajo la denominación “maní industria”. Las memorias del empresario se remontan a la época de sus 20 años. El pequeño pueblo, donde nacieron él y sus hermanos y primos, así como dicha compañía, aún tenía todas sus calles de tierra y las viviendas representaban menos de la mitad de las que hay en la actualidad. Era el epicentro de los establecimientos “mixtos” de la zona, donde la mayoría de las familias productoras “hacia tambo y algo de agricultura”.

Por entonces, él ya trabajaba en la compañía que había fundado la generación A, junto a la cual había crecido a la par, escuchando las conversaciones familiares o ayudando en alguna tarea desde que era adolescente. Hoy, con más de 60 años, pasó toda su vida en la empresa.

En coincidencia con las palabras del empresario agroindustrial, la bibliografía especializada señala que las primeras exportaciones de maní seleccionado para consumo humano se realizaron en la campaña de los años 1974/1975 (Giayetto 2017:36), aunque es a fines de dicha década que adquiere importancia por el volumen exportado, constituyéndose en un mercado diferencial el tipo “confitería”. El empresario industrial, me lo explicó junto al jefe del equipo de ingenieros agrónomos de la empresa, en los siguientes términos:

Empresario: –Lo que le dio el impulso para lograr los volúmenes de producción fueron las nuevas variedades, las raner [*runner*]²² que tienen la ventaja de ser semillas con dormición.

Ingeniero: –Antes se hacía la variedad “colorado”. Se hacía sin tanto conocimiento y mucho más rústico, por eso había mucha pérdida en la cosecha y en las plantas de procesamiento.

Empresario: –Y era un maní que había que hacerlo de una manera más artesanal. Lo que permitió industrializar el volumen fue la semilla.

²² En adelante se utilizará la expresión de habla cada vez que se recupere una situación de oralidad de mis interlocutores.

El ingeniero, a diferencia del empresario y los empleados jerárquicos de mayor antigüedad de la empresa ABC, que en su mayoría no tienen estudios universitarios, no nació en aquel pueblito ni en alguno de los campos de la zona sino en la ciudad cabecera del departamento. Allí, también, hizo sus estudios universitarios, pero se lamenta que no tuvo formación específica en maní porque, según me expresó, “en esa época, todo era soja o cereales”. Se especializó en la empresa, al ingresar a los pocos años de graduado, hace casi 20 años.

Lo que me explicaron aquel empresario y el ingeniero no es aislado. Como vimos en la Introducción de este trabajo, en aquel momento histórico se habían empezado a difundir a nivel global distintas semillas “mejoradas”, en particular de trigo y maíz, que ingresaron a Argentina en el marco de las políticas de modernización agraria. Por eso les pregunté cómo habían accedido a esta nueva variedad:

Empresario: –Y en el mundo... acá se fue adoptando lo que hacía Estados Unidos. Allá hacían todo maní raner y nos fuimos espejando en las variedades, las arrancadoras, las cosechadoras.

Yo: –Ah, ¿en la maquinaria también?

Empresario: –Sí, tanto las maquinarias como las semillas para la agricultura se fueron...

Ingeniero: –Copiando.

En coincidencia con las palabras de mis interlocutores, el análisis de R. Benencia y E. M. Fernández (2017:391) identifica que a fines de la década de los 70 las empresas industrializadoras instalaron la necesidad de cambiar la variedad de semilla que era utilizada en el cultivo por una “de la calidad” que demandaba el mercado internacional para el maní “confitería” (es decir, para el consumo como fruto), dejando de lado el autóctono “colorado”.

El ingeniero agrónomo Jorge Baldessari, que desde el año 2003 está a cargo del programa de mejora genética de maní en el INTA Manfredi, en una entrevista periodística recuperó el derrotero de la semilla de maní y sus palabras nos permiten comprender tanto la diversidad de germoplasma, así como la activa acción estatal sobre la misma: “(...) se usaban dos variedades: el maní colorado de Córdoba y el blanco de Río Segundo. Después había uno más genérico que iba de Río Segundo hasta [General] Cabrera. Y también estaba el maní colorado de Manfredi. Sobre ese colorado de Manfredi se hizo una selección, después se sacó el colorado irradiado con rayos X en INTA Castelar” (TodoManí 2016). En su artículo académico “Mejoramiento genético”, Baldessari (2017) agrega otro dato: este proceso de largo aliento de selección e hibridación de las semillas de maní inicia en el año 1944 en la Estación Experimental Manfredi y esas variedades se empezaron a liberar en la década de 1950 y fueron rápidamente adoptadas.

No obstante, a finales de los años 70, el Programa de Mejoramiento Genético de la Universidad de Florida de Estados Unidos obtuvo una variedad *runner* con un contenido de ácido oleico superior al conocido hasta ese momento y semejante al aceite de oliva. A partir de ese momento, se introdujo en el país esa semilla, reemplazando paulatinamente al tradicional maní colorado. Según recuperan algunos testimonios en un documental audiovisual de la CAM, fueron algunos empresarios “pioneros” que viajaron a Estados Unidos quienes trajeron entre su equipaje las primeras semillas de la variedad *florunner*.

Esto nos aporta luz para comprender por qué distintos ingenieros agrónomos o empresarios afirman que Estados Unidos es “la capital del maní”. No es solo porque es el país productor más importante en volumen sino, también, porque es donde nacen la mayoría de las innovaciones que se introducen tanto en el cultivo como en su procesamiento industrial. Mis interlocutores están allí mirando, en general, para decidir sus siguientes acciones.

Por otro lado, en los establecimientos que se consultó en la zona de análisis no continuaban implantado maní colorado y se referían a este en pasado. No obstante, quien desde hace 38 años se ocupa de la recepción de granos en la empresa ABC me aseguró que de aquel maní colorado: “Aún sigue llegando algo, pero muy poquito”. Y a continuación lo lamentó porque “es mucho más rico. Pero, bueno, el mundo quiso este maní más grande”. En este caso, el mundo está representado por las empresas que son clientes de ABC, por ello, me explicó que: “Nosotros hacemos el maní a gusto de PepsiCo o M&M, entonces se empezó a desarrollar las raner”.

Hemos recorrido hasta aquí algunos de los cambios que atravesó la agricultura de maní para dejar de ser “rústico” y evitar “muchas pérdidas”, tal como nos explicaba el ingeniero agrónomo de la empresa. La incorporación de las semillas mejoradas, que desplazaron a la autóctona “colorada”, así como la inversión en maquinaria para mecanizar las tareas agrícolas, se desplegó bajo el *leitmotiv* de la necesidad de modernizarse. En el próximo apartado vamos a comprender cómo este proceso se conecta con el siguiente “eslabón”, la producción industrial.

IV. EFECTOS DE LAS SEMILLAS

En lo que sigue, se seguirán etnográficamente los acontecimientos que se encadenaron al ingreso de las nuevas semillas *runner* que, según mis interlocutores de la empresa industrial, su introducción fue una condición que permitió poder “manejar volumen” y el puntapié de un cambio de escala y tecnológico. Lo analizaremos en tres apartados periodizados en décadas, a riesgo de saber que los procesos sociales se resisten a ese tipo de estrictos cortes temporales.

IV.I. La década de los años 80: la “dormición” de la semilla

En la década del 80, la empresa ABC vio crecer sus operaciones en el marco de la expansión de la agricultura en la región pampeana y en la zona en particular. Los hijos varones de la primera generación, como habían terminado el secundario y no continuaron estudios posteriores, ya estaban trabajando en la empresa. En cambio, las mujeres no se involucraron en la operación; que así fuera para las personas con las que conversé al respecto resultaba una consecuencia lógica, podríamos decir, de la organización sexo-genérica del trabajo –cuestión que en la actualidad se revirtió para la tercera generación de esta empresa–.

Volviendo al punto, en los años de 1980, el desarrollo de la empresa estuvo marcado por su crecimiento. Este aumento del volumen de operaciones y sus buenos resultados, para algunos de mis interlocutores de la compañía (directivos y empleados), fue resultado de la conjugación de juventud y visión empresarial de los jóvenes de la generación B. Pero, aquellas cosechas cada vez mayores no solo requerían y justificaban inversión en maquinaria industrial y ampliación de las celdas de acopio. Eran necesarias ciertas condiciones para poder “manejar volumen” y eso lo aportaron las nuevas semillas.

En una conversación previa que había tenido con el ingeniero me había explicado que, en la actualidad, la cosecha de maní puede estar hasta un mes “en el suelo”, antes de ser llevada a la planta para su procesamiento. No obstante, uno de los empresarios de la familia ABC fue quién puso el acento en que ese tiempo prolongado, entre la cosecha y su traslado a la fábrica, fue posible gracias a las semillas mejoradas que tienen “dormición”. Me aseguró: “Eso cambió todo”, porque antes los granos, como son semillas, empezaban a brotar al poco tiempo y ya no podían venderse como alimento.

Aquí podemos observar lo que señalan quienes denominan a esta agricultura como industrial, como vimos en la Introducción. Para el caso, nos ayuda a comprenderlo el antropólogo mexicano Armando Bartra cuando compara la producción industrial y la agropecuaria, poniendo de manifiesto sus contrapuntos. Afirma el autor que el capitalismo es industrial “por antonomasia” y por lo tanto encuentra su realización más perfecta en la monotonía en la que “brotan millares de productos idénticos por la línea de montaje (...), goza cronometrando y reglamentando los tiempos y los movimientos”. Mientras que la uniformidad reina en la fábrica, la agricultura es “el reino de la diversidad” y por eso a esta razón instrumental, “los misterios socioambientales” le son esquivos, escurridizos (Bartra 2008:113 y 146). De ahí que podamos entender el valor que mis interlocutores le asignan a estas semillas “mejoradas”. En su necesidad de control, la lógica industrial, necesita impedir que los granos de maní agencien su capacidad de brotar antes de ser procesadas y comercializadas.

Al indagar sobre cómo había sido ese proceso de introducción de las semillas mejoradas, me encontré nuevamente con las particularidades de un “cultivo regional”. Le pregunté al empresario y el ingeniero si en la adopción de dicha semilla habían tenido acompañamiento del INTA o articulación con alguno de los espacios político-técnicos que se destacaron por su rol de difusores de las innovaciones tecno-productivas en el agro, como los grupos CREA – agrupaciones entre productores de una misma zona geográfica con el objeto de intercambiar conocimientos técnicos y compartir capacitación tecnológica y empresarial, en tanto miembros de la Asociación Argentina de Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola (AACREA) véase al respecto Gras y Hernández (2016c:39 y ss)–; me respondieron lo siguiente: Empresario: –¡Noooo! Los grupos CREA no porque estaban más enfocados en defender la agricultura de labranza cero, la siembra directa. Y como el maní mueve la tierra...

Ingeniero: –Era mala palabra.

Empresario: –Como se mueve la tierra para arrancarlo, como la papa, ¡éramos enemigos! (Risas).

No obstante, eso no implica que no hubo otras alianzas. La participación del INTA ya se observó. La Cámara Argentina del Maní se creó en el año 1975 y nuclea a las empresas procesadoras y exportadoras. Según expresan en uno de sus documentos (CAM 2015:11), entre sus propósitos estaba: “Incentivar la producción del maní, promoviendo especialmente las variedades que resulten más aptas y de mayor calidad para la obtención de maní confitería”.

A los fines de dimensionar la magnitud de la incorporación de la nueva semilla, se puede señalar que en la campaña de los años 1982/83 solo un 5 % de la superficie cultivada correspondía a maní tipo *runner*; porcentaje que en 1996/97 era ya del 95 % (Giayetto 2017:36). También los rendimientos casi se duplicaron en los últimos 30 años, pasando en la campaña 1970/71 de 1044 por hectárea a 1803 para 2005/06 (Benencia y Fernandez 2017:399). En la actualidad la característica “alto oleico” se encuentra en la mayoría de las semillas registradas en los países productores y en Argentina el tipo *runner* granoleico, registrada en 2003 por el Criadero “El Carmen”, la empresa privada argentina de referencia en la temática y principal proveedora de semillas de las empresas maniseras, representó el 89 % de las semillas fiscalizadas en la campaña 2010/11 (Baldessari 2017:47-48).

Este proceso para la agroindustria implicó un mayor control del proceso productivo y del producto, pero no fue percibido como un beneficio directo para los establecimientos agrícolas. Históricamente fue conflictiva la relación entre productores agropecuarios y las empresas acopiadoras y procesadoras porque el precio era definido unilateralmente por estas últimas y

“en los años de buenas cosechas” rechazaban granos o bajaban su cotización por motivo del tamaño (calibre) o color (que refleja la maduración del grano), pero en aquellos años de escasez, aceptaban la cosecha “sin tantas vueltas”; esto me fue relatado por distintas familias que se dedicaron a su cultivo y reconocen que se intensificó con el debilitamiento de la Junta Nacional de Granos y su posterior eliminación en el año 1991²³.

Por otro lado, aparece con recurrencia en las conversaciones con las familias agricultoras de maní que las exigencias fueron aumentando cada vez más y hacer maní se volvió “demasiado complicado”, en particular expresado por quienes se retiraron de su producción.

Para el agrónomo O. Giayetto (2017:36) este periodo se caracteriza por “una serie de problemas asociados al desconocimiento del nuevo material genético”. Es decir, si bien las variedades *runner* triplicaron los rendimientos, esto no fue inmediato. Fue necesario un periodo de aprendizaje y adaptación en la producción primaria. Por ejemplo, en las primeras siembras, las semillas tuvieron menor germinación respecto a las anteriores y esto generó lotes con menor cantidad de plantas (densidad) y, por tanto, impactó en el resultado global de la cosecha. Además, su cultivo requiere más tiempo (entre 10 y 20 días más) y por su porte rastrero tiene más propensión a contraer enfermedades como hongos.

Por otro lado, el parque de herramientas que las familias habían adquirido para el cultivo del maní colorado no era completamente compatible con la nueva variedad ya que las semillas eran de distinto tamaño, tenían mayor rendimiento, pero, a la vez, era más débil su “clavo” (especie de raíz donde se desarrolla las cajas que contienen los granos) y eso requería nuevos cuidados en la cosecha. Una “solución técnica” que planteó la industria a las familias productoras, ante las dificultades que se presentaron, fue volver a separar las operaciones de descapotado (separación de la planta y los frutos) y descascarado (romper la caja y obtener los frutos). Pero eso fue percibido como un “retroceso” en la mecanización de tareas que habían alcanzado los establecimientos agropecuarios. Más aún, implicó que comenzaran a perder el control de su producción porque “cosechar en caja” generó que, paulatinamente, empezaron a enviarla a las plantas procesadoras sin limpiar ni pelar, un aspecto que marcará la década que sigue porque la industria adquirió equipamiento para automatizar esa tarea en sus plantas.

También, en este periodo inició el uso masivo de agroquímicos, (Benencia y Fernandez 2017:399) en particular de herbicidas y fungicidas. Por ejemplo, por su propensión a la viruela –un gran problema de esta etapa– se comenzó a fumigar el cultivo preventivamente (esto

²³ La IAPI fue reemplazada a partir del año 1963 por la Junta Nacional de Granos, que pierde paulatinamente su rol fuerte de regulación del mercado de granos, en el marco de las políticas de desregulación, hasta que finalmente es eliminada en el año 1991.

implica hasta cuatro fumigaciones más que la soja); cuestión que también impacta en los costos de producción –en la actualidad el gasto en agroquímicos representa, sobre el costo total, entre un 11 a 17% y un 7 a 16% la compra de semillas (Bongiovanni, Giletta, Barberis, et al. 2008)–.

Para el agrónomo O. Giayetto (2017:36), “paulatinamente los productores se convencieron de las ventajas y los beneficios” de cultivar *runner*. No obstante, los datos etnográficos recogidos en la zona más bien coinciden con lo señalado por R. Benencia y E. M. Fernández: las innovaciones tecnológicas del periodo condicionaron a que aquel establecimiento que no consiguió afrontar “los costos (en insumos, básicamente) que implicaba la nueva forma de producir y que no pudo resistir el período de prueba que demandaba el cambio de variedad, optó por retirarse de la producción” (2017:399).

En la zona en análisis se pudo identificar a solo dos establecimientos de maní, a pesar de que numerosas familias recuerdan haber incursionado en la actividad; y nos detendremos en la experiencia de uno de estos en el capítulo 4. En general, las familias que fueron agriculturas de maní se retiraron entre la década de los 80 y 90 y recuperaremos sus experiencias a través de sus inserciones actuales en los próximos capítulos.

IV.II. La década de los años 90: la “tecnificación” de la agroindustria

Para los directivos de la empresa ABC y algunos empleados jerárquicos con los que conversé, el crecimiento significativo del volumen procesado se dio con la “tecnificación de la industria” durante la década de los años 90. Uno de los empresarios me explicó que, tras la incorporación de las semillas, “una cosa fue llevando a la otra”. Como vimos, la cosecha se empezó a trasladar a las plantas procesadoras a granel con cáscara y a secar en carros, para reducir la humedad de los granos y garantizar una mejor conservación no solo mientras está almacenado, sino para que llegue a destino sin alteraciones en su calidad (sea esto por hongos o germinación) tras un viaje marítimo de 20 días.

Luego siguieron las descascaradoras automatizadas, me explicó uno de los empresarios de la generación B: “La nuestra fue la cuarta peladora [para descascarar] que se instaló en Argentina. La primera fue la de AGD, luego una en [General] Cabrera que no trabajó mucho tiempo y, después, se fabricaron en Argentina dos líneas de descascarado y una de esas las compramos nosotros. Máquinas fabricadas acá con licencia americana. Para nosotros era más factible comprarlas, va, ¿era posible comprarlas!”.

No obstante, para mis interlocutores agroindustriales, uno de los mayores hitos del periodo fue la incorporación, en los últimos años de la década, de la “tecnología de última generación” para hacer el maní blandeado (*blanched*), que consiste en sacar la piel del grano.



Ilustración 10 Línea de producción de maní sin piel y almacenamiento en "big bag" listo para exportación. Fuente: Una empresa manisera de Córdoba

De este modo, la empresa ABC y Argentina, si consideramos que fue un proceso de incorporación tecnológica relativamente homogéneo entre las empresas del sector, sumó un eslabón en el procesamiento del maní para consumo humano. En otras palabras, implicó “agregar valor” en este producto alimenticio exportable y obtener un “mejor precio”.

Desde entonces, el procesamiento agroindustrial se organizó en mayor proporción alrededor de la producción de maní confitería, tendiendo a una mayor automatización y el cumplimiento de los requisitos de “calidad internacional”. La década de los 90 es un momento de auge del sector manisero de Argentina, caracterizado como el “boom del maní”, por el crecimiento del área de siembra y las ventas, con un record del volumen de exportación en el año 1998 (Bongiovanni, Giletta, y Barberis 2008a:51). También, se abrieron nuevas empresas y plantas de procesamiento y se terminó de redefinir el área manisera: perdió participación la zona de Río Segundo (que fue el primer epicentro) y creció el área entre los departamentos Río Cuarto y Juárez Celman. Es decir, al sur del río Ctalamochita. La principal empresa del sector manisero, AGD, ubicada en este último departamento, ya era una de las agroindustrias más importantes del país y a su alrededor se emplazó un gran polo de procesamiento de cereales y oleaginosas.

Para entonces, la generación B ya tenían roles divididos. Uno se ocupaba del aprovisionamiento de la materia prima y del vínculo con los establecimientos agropecuarios. Otro quedó al frente de la planta procesadora de maní en el pueblo natal. Mientras que otro más fue quien “vivió arriba de un avión” y se orientó principalmente a desarrollar las relaciones comerciales. En esta década, la empresa ABC empezó a hacer sus primeras ventas directas, pudiendo evitar a esos “tres o cuatro compradores de Holanda” que oficiaban de *brokers* y eran quienes dominaban la comercialización. Estas empresas compraban y distribuía a Europa y los países asiáticos porque, según mis interlocutores: “En aquella época, en los 80, es como que Sudamérica quedaba muy lejos”. Sobre cómo lograron eludir a esos intermediarios, recuerdan

que “con la mayor apertura de las comunicaciones también se comenzó a viajar a distintas ferias internacionales y se empezó a entablar el contacto para comercializar directo con el consumidor, con los industriales de cada país. Fue muy difícil al principio porque conseguir un cliente o venta, tomaba meses, ¡hasta años!”.

Para uno de los empleados de mayor trayectoria en la empresa, el crecimiento de la compañía es fácil de explicar: “No hay ningún secreto, es trabajo, trabajo y trabajo. Hasta el día de hoy. Y la visión comercial. Siempre estuvieron a la altura de las circunstancias. Jamás esperaron”. Mi interlocutor refiere a un aspecto que se puede desagregar etnográficamente si atendemos a cómo desarrollaron, en este periodo, nuevas unidades de negocios. Resulta que tanto la maquinaria para hacer el “blancheado” como la fábrica aceitera (en la que se produce harinas y *pellets* de maní además del aceite) se construyeron años después de que la empresa ya vendía esos productos de manera directa en el mercado europeo.

Antes de hacer la inversión para ampliar la planta de procesamiento de maní y comprar la maquinaria específica, la generación B decidió “probar suerte” ofreciendo maní *blanched* a sus clientes. Previamente, iniciaron tratativas con el dueño de una pequeña planta que tenía dos blancheadoras “chicas”, para enviar allí la producción si lograban concretar ventas. Con esa base, “se salió a vender por Europa”. La estrategia funcionó y tres años después la empresa inauguró su propia área de blandeado. Algo similar sucedió unos años después: “¿Cómo que van a vender *expellet*? ¿y la aceitera?”—le habría dicho uno de sus empleados jerárquicos—. A lo que el empresario le contestó: “Vos no te preocupes, ya vamos a ver. Si funciona, la vamos a poner”. El mecanismo fue el mismo, primero vendieron, luego, al saber que contaban con un volumen de demanda, alquilaron una aceitera que “se estaba fundiendo” en otro pueblo y dejaron de venderle a AGD y a Bunge el “maní industria” (el “defectuoso” que no califica para confitería). Unos años después inauguraron la aceitera propia en el pueblo natal²⁴.

Lo anterior también nos permite detenernos a indagar cómo funciona esta relación entre demanda y oferta en el mercado de maní. El agrónomo de la empresa me señaló en varias ocasiones, cuando me explicaba la manera en que planificaban la actividad agropecuaria, que

²⁴ No se cuenta con datos que permitan analizar exhaustivamente los instrumentos financieros que hicieron posible este emplazamiento económico. Se tiene conocimiento de que en la década de los 90 las inversiones se hicieron, al menos en parte, con financiamiento de la banca nacional en pesos y esa condición fue significativa a la hora de sortear la crisis socioeconómica y financiera de Argentina en los años 2001 y 2002. Como dicen mis interlocutores en la zona, “los que se endeudaron en pesos, pudieron licuar la deuda”. También ha sido señalado el apoyo de sus clientes, las empresas europeas, que decidieron “desarrollar” la producción de Argentina, se entiende que, a través de los compromisos de compra, pero es un punto que amerita nuevas indagaciones. Se pudo conocer que durante los años de precios en alza de los *commodities* agrícolas, la empresa recurrió a la figura de Fideicomiso para financiar sus siembras, pero esa práctica se concentró en los años 2005 a 2007 y, hasta donde se pudo conocer, no tuvo continuidad. Finalmente, en los últimos años recibieron un subsidio (aporte no reembolsable) para un proyecto ligado al tratamiento sustentable de los desechos industriales, así como un préstamo de Nación “BICE” (Banco de Inversión y Comercio Exterior).

“uno siembra en función de lo que vendió, no siembra para vender”. Esto refiere a que las empresas agroindustriales argentinas realizan los acuerdos de venta con sus pares extranjeras antes de la siembra. Si bien me supieron explicar que eso puede tener alguna variación le da una importante estabilidad a la proyección de las operaciones en ciclos anuales.

Otro rasgo que lo distingue del mercado de *commodities* agrícolas es la transparencia en la formación de los precios ya que para el maní no existe cotización pública ni tampoco las coberturas de precios, como existe en aquel mercado (i.e. Mercado a Término de Buenos Aires (MATBA) o el ROFEX en el Chicago Board of Trade (CBOT))²⁵.

Para entender las relaciones de poder entre estas empresas oferentes y demandantes de maní, cabe señalar, que este mercado internacional es pequeño en comparación al de *commodities*. En el maní blanchado y “confitería” de calidad *premium*, rubro en el que se destacan las empresas argentinas y estadounidense (Calzada y Rozadilla 2018:4), existen unas 15 grandes empresas procesadoras y exportadoras a nivel mundial, un pequeño grupo de *brokers* que gestionan las operaciones de compraventa y entre cinco y seis grandes compradores a nivel mundial.

Al respecto, un empresario de ABC me explicó su dinámica en los siguientes términos:

“Argentina tiene plantas competitivas. Por ejemplo, hace 30 años atrás [el periodo en análisis], vendíamos el maní argentino un quince por ciento más bajo que el americano. Y cinco años atrás ya lo vendíamos un ocho por ciento más que el americano. Y en estos últimos años nos está apareciendo la competencia de Brasil. Pasa que Brasil lo tiene antes, cosecha dos meses antes que nosotros. No tiene cámaras de frío, así que cosecha y lo vende rápido. Y entonces hoy estamos vendiendo igual que el americano. Porque el mercado está tratando de desarrollar Brasil. Y el que compra es así... te entretiene, cuando ya creciste, va y desarrolla otro. Para que vos no te pongas tan fuerte y no lo domines. Él te tiene que dominar a vos”.

Las palabras de mi interlocutor dejan entrever el peso del “consumidor global”, como ellos lo denominan. Al cual le podemos dar rostro recuperando la explicación de aquel empleado que me señaló que, aunque el maní “colorado” sea más sabroso, qué es calidad lo definen M&M y PepsiCo. La eliminación de la semilla nativa por la que “el mundo quiere” es una expresión de la agricultura industrial y su afán por homogenizar y estandarizar la producción agrícola que responde a satisfacer las estrategias globales de abastecimiento de las grandes corporaciones. Esto que mis interlocutores explican afirmando que las empresas europeas “desarrollaron” a

²⁵ Para una referencia sobre los precios de compra y venta existen dos vías de acceso a información. Por un lado, los precios C&F que ofrece el puerto de Róterdam en Holanda y los precios de maní *runner* calibre 40/50 en el mercado de Estados Unidos publicados por la consultora especializadas Oil World o por el Departamento de Agricultura de dicho país. También, esporádicamente, la Bolsa de Cereales de Córdoba publica el precio de algunas operaciones realizadas, no obstante, al ser aisladas no llegan a constituir una fiel referencia (García 2005).

Argentina como productor de maní y en la actualidad hacen lo mismo con Brasil, es parte de lo que autores como P. McMichael señalan como la constitución de “plataformas productivas” en los países del sur. Esta configuración, que intensificó la división internacional del trabajo agrícola, es conceptualizada como un nuevo régimen agroalimentario de carácter global (McMichael 2005; Pechlaner y Otero 2010) para referir al mayor peso de las corporaciones en los mercados mundiales de productos primarios y alimentos y a un desplazamiento de los Estados-nación respecto al rol que supieron tener. En otras palabras, es una expresión del capitalismo neoliberal en el agro y la producción de alimentos.

IV.III. La primera década del 2000: la integración vertical

IV.III.I Integración vertical hacia atrás

Como sigue de los apartados precedentes, los cambios ocurridos en la producción de maní en la Argentina forman parte de un complejo proceso de reestructuración de la actividad apoyado en transformaciones tecno y socioproductivas, impulsadas desde el sector agroindustrial hacia la producción primaria pero que surgen de su conexión con “el consumidor global”. Las empresas procesadoras empezaron a tener más poder sobre la producción, pero, a diferencia de otros rubros como el tambo, en el maní implicó su ingreso de manera directa en la actividad primaria. Desde su lugar, los empresarios me explicaron cómo decidieron incursionar en la agricultura: “Los comienzos fueron por la competencia de la soja. Cuando vos viajabas y hacías un cliente en el exterior, que te llevaba mucho tiempo hacerlo, necesitabas continuarlo. Y para continuarlo tenías que tener oferta, tener producción. En esa época, el productor entre sembrar soja o maní, elegía la soja. Era más fácil y muy grande la diferencia de costos. Y ya habíamos armado la planta para procesar maní así que salimos a desarrollar siembras”.

En esta empresa el desarrollo de cultivos propios tomó cuerpo entre los años 1998 y 2000. Para el ingeniero agrónomo que ingresó a la compañía en el año 2003, el crecimiento del área sembrada “fue exponencial” y me explicó: “En esa época, las políticas del gobierno hicieron que desapareciera una buena cantidad de productores. No por el maní sino por las políticas”.

Esta incursión –una integración hacia atrás– fue un rasgo común en las empresas del rubro. Al respecto, Benencia y Fernández (2017:396) estiman que las empresas que procesan y comercializan maní controlaron –bajo la modalidad de asociación contractual o de integración vertical directa– alrededor del 75 % del área sembrada de maní en la campaña 2002/2003.

En el caso de la empresa ABC, su siembra propia representa entre el 65 y el 75 % del total de maní que procesa, según mis interlocutores y documentos institucionales. La realiza en unas

40 a 43 mil hectáreas por año en las cuales: 20 mil destina a la producción de maní; entre 10 y 12 mil al cultivo de soja; entre 8 y 10 mil al de maíz y entre 2 y 3 mil a trigo. De aquel total de tierra, entre 15 y 18 mil hectáreas son arrendadas y el resto propiedad de la empresa.

Desde el punto de vista de los directivos de esta empresa agroindustrial, necesitaron incursionar en producción primaria “por la competencia de la soja”. Pero esa competencia hay que leerla, en ese momento histórico, en el seno de los establecimientos agropecuarios: la soja empezó a ser una alternativa atractiva en la década de los 1990 y en la primera del 2000 porque es un cultivo “sencillo”, como se dice en la zona, al requerir menos labores agrícolas e involucrar menos mano de obra y gasto en insumos, en comparación a lo relativamente costoso y “complicado” que es hacer maní. Y, además, sin las exigencias de la industria manisera.

Para las empresas maniseras, el primer efecto de la competencia de la soja fue no contar con suficiente materia prima para cumplir con sus preventas y decidieron empezar a hacer sus propios cultivos, en un contexto en el que se habían logrado volúmenes record de producción y se habían endeudado para modernizar las plantas de procesamiento. A través de las palabras de uno de los empleados jerárquicos y responsable de logística, podemos identificar las particularidades de esta necesidad: “Se han hecho tan grandes estas moles —señala las celdas de acopio— que no nos alcanza, por ser regionales, con lo que nos hace el productor. Totalmente diferente de lo que pasa con la soja que hay en todos lados. El maní lo sembras en Córdoba, un poquito en Salta. Si acá nos dedicáramos a la soja, capaz no habría necesidad de sembrar. Soja va a haber, la voy a conseguir, aunque tenga que comprarla en Jujuy. Maní, no”.

Por otro lado, no debemos perder de vista que el periodo en análisis (años 1998 - 2000) no solo es convulsionado a nivel sectorial, también a nivel nacional, tras sucesivos años de recesión económica, crecimiento de los índices de desocupación y pobreza. Es decir, los previos a la expresión de la crisis socioeconómica más profunda que recuerde el país (2000 - 2002). Recordemos que en el Capítulo 1 se señaló que la reducción de establecimientos en GSM fue de 47 %, entre los años 1988 y 2002. En el Censo Nacional Agropecuario de 2018 se relevaron en Córdoba 744 establecimientos de maní respecto a los de 2797 y 999 registrados respectivamente en los años 1988 y 2002; lo que implica una reducción del 73 % de las unidades productivas en los últimos 30 años. En paralelo, el tamaño medio de las explotaciones pasó entre 1988 y 2002 de 340 a 918 hectáreas, que equivale a un aumento del promedio de escala de 63,4 % y un proceso importante de disminución de establecimientos de menos de 200 hectáreas (Benencia y Fernandez 2017:395). Por otro lado, Benencia y Fernández, señalan una caída de la mano de obra total, familiar y/o asalariada, del 71 % en dicho periodo (Op.Cit.:397).

La integración vertical de las empresas madereras se suma a este proceso –que excede a la sojización–, aunque podamos leer a estos movimientos en el marco del despliegue del capitalismo neoliberal en el agro. El ingeniero agrónomo tiene razón, este proceso de exclusión fue “por las políticas”. En Argentina, como vimos, se había iniciado la desregulación de los mercados con el golpe de Estado del año 1976 y en la década de los 90 se terminó por desarmar el andamiaje político-institucional de la ISI, respecto a lo cual Giarraca y Teubal (2008:153) afirman: “El sector agropecuario argentino se transformó en uno de los más desregulados y abiertos del mundo”. Como observamos en la Introducción, lejos de un “vacío” estatal, primó un activo rol desregulador, por un lado, y neoregulador, por el otro. Es decir, se eliminó la Junta Nacional de Granos y se puso fin a los precios mínimos o “sostén”, el mismo año que se creó la Comisión Nacional de Biotecnología (Conabia) encargada de autorizar las semillas transgénicas y modificadas, entre otras acciones estatales.

Es decir, esta nueva configuración del complejo del maní nos está señalando el fin del horizonte “integrador” que había caracterizado al desarrollo agroindustrial en el modelo de la ISI; incluso sin desconocer, como señalan Giarraca y Teubal (Op.Cit.), que era un sistema de articulación donde el excedente era apropiado de modo desigual entre las partes (industrias, agricultores, distribuidores...). Así y todo, familias productoras, chacareras o campesinas, lograban coexistir produciendo alimentos en superficies pequeñas o medianas. En la actualidad ese tipo de explotación es considerada “inviable”.

Por otro lado, de los establecimientos de agricultura que lograron continuar en actividad, son alrededor de 65 los que entregan sus granos a la empresa ABC, de estos un porcentaje hacen maní. Pero este no es el único vínculo que establece esta compañía con los productores, también, empezó a venderles los insumos, agroquímicos y semillas, así como servicios de análisis de suelo y laboratorio, asesoramiento técnico-productivo y, además, les financia. Es decir, se convirtió en proveedor y estos en sus clientes, invirtiendo el esquema de relación tradicional –un rasgo común a este tipo de empresas–. Estas condiciones y múltiples formas de captación de ganancias acentúan la concentración de capital y su posición dominante en la trama de relaciones local, aspecto que quedará más claro en el siguiente apartado.

Para el caso de quienes continúan en la producción, cultivando maní y vendiéndolo a la empresa maderera, deben aceptar los condicionamientos productivos y utilizar los insumos que les provee la empresa (semillas, aplicación de agroquímicos...) a fin de cumplir con los “estándares de calidad”. Si para analizar este caso seguimos la distinción sobre las articulaciones entre actividad agropecuaria y agroindustrial que propone la socióloga argentina Norma Giarraca (1985), se observa que en la actualidad la agricultura de maní se ubica en uno

de los extremos: totalmente integrada (o subordinada) al capital agroindustrial. Esto se contrapone analíticamente con aquellas unidades productivas independientes que se relacionan con las empresas agroindustriales al momento de la venta y guardan para sí la posibilidad de vender su producción en algún mercado alternativo. El segundo escenario descrito por Giarraca es equivalente, en alguna medida, al de la agricultura de maní antes de este último proceso modernizador. Incluso, sin desconocer, que las articulaciones que caracterizan a las cadenas agroalimentarias, en términos generales²⁶, se dan en un marco de relaciones asimétricas entre los actores sociales tanto intrasectoriales (la diferenciación social entre productores), como intersectoriales (entre los diferentes eslabones que la componen) (Tsakoumagkos 2006).

Por último, quisiera aquí sintetizar que, como vimos en el Capítulo 1, la producción de *commodities* se presenta para mis interlocutores como una condición “ineludible”. Aquí pudimos comprender que argumentan su ingreso en la actividad primaria por su necesidad de contar con producción de maní ante la competencia de la soja. Pero, la necesidad de sostener un esquema de rotación de cultivos les condujo a empezar a “hacer soja y maíz”. Granos que, de todos modos, ya se dedicaban a acopiar y comercializar. Así, esta empresa se convierte en una de las mayores productoras de *commodities* de GSM.

IV.III.II. Integración vertical hacia adelante y desagregación

En el inicio del presente milenio se incorporó la tercera generación de la familia: algunos de los hijos e hijas de la generación B que es, a su vez, la primera con estudios universitarios. En esta etapa, la empresa creció en “profesionalizar” su estructura organizativa que, según mis interlocutores, mantenía rasgos (y para otros aún los mantiene) de “informal”, “horizontal” y/o “muy familiar”.

Para entender la estrategia de esta familia empresaria, no basta con suponer que adiciona “negocios”. La integración vertical no fue solo un proceso hacia atrás, sino que comprende toda la cadena de valor del maní, que abarcan la *siembra y venta de insumos y servicios*; el *procesamiento* del maní para obtener maní confitería o blanchado y aceite y sus derivados; la *elaboración de productos terminados* (como ser: pasta y manteca de maní, maní tostado, frito, salado, granulado, crocante de maní, entre otros), tanto envasados para el consumidor final con la marca de sus clientes en el *packaging* o, también, destinados a otras industrias alimenticias; y finalmente su *comercialización*, que la mayor parte es destinada a exportación.

²⁶ La organización de productores a través de cooperativas para procesar y/o comercializar la producción tendería a crear condiciones de simetría (Tsakoumagkos 2006:53 y 54).



Ilustración 11 De izquierda a derecha, arriba: maní pelado, maní en caja y maní con piel y aceite. Abajo: certificación de maní de Córdoba y expellet de maní. Elaboración propia en base a fotografías de la CAM

El grueso de sus ventas se concentra en el maní confitería y blanchado, así como de toda la agroindustria manisera argentina (alrededor del 70 %). Por lo cual, como hemos visto, el procesamiento industrial es relativamente bajo (consta en secar, abrir las cajas de maní, seleccionar los granos y, si corresponde, quitar la piel). Mis interlocutores saben que “lo ideal” sería vender productos terminados, de hecho, esta empresa y muchas de las otras maniseras, han invertido en infraestructura industrial para poder hacerlo. Pero a sus clientes mayoritarios eso no les interesa y es marginal lo que venden listo para consumir.

Esto se refleja en los datos que vimos en el capítulo anterior, donde se señaló que de acuerdo al estudio de Lódola y Morra (2019:19), el valor agregado –medido en términos monetarios y los precios vigentes– generado por la industria manisera representa un aporte del 8 % y, por tanto, es el eslabón primario el que más valor produce.

Ahora bien, desagregada en distintas unidades de negocio esta empresa se especializa y se volvió cada vez más “un gigante” –como la llaman algunos interlocutores–. Participa en toda la cadena de valor del maní y es de esperar que, los efectos materiales de esta estrategia de desagregación en unidades de negocios, le permita al grupo empresario yuxtaponer múltiples fuentes de ganancia: productiva, comercial y financiera.

Uno de los empleados jerárquicos de más de 30 años de antigüedad, en una conversación reflexionó sobre ese pasaje desde una empresa “chica y familiar” donde cada quien hacía “un poco de todo” hacia una gran empresa y profesionalizada: “Antes, esto era otra cosa. [La

generación B] trabajaba al lado mío, enganchando los carros de secado. Los días que llovía era un solo barro. Cuando en la logística éramos más chicos, yo pesaba, yo mandaba los camiones al campo, yo atendía el teléfono. Hoy cada uno hace lo suyo y yo no tengo ni idea cómo se hacen las otras cosas. Si me preguntás cómo se hace una carta de porte, no tengo ni idea”.

Las palabras de este empleado se reflejan en la cantidad de personas que trabajan en la empresa. Mientras que en la planta procesadora trabajan de manera directa 450 personas, entre las empresas que componen el grupo ABC suman unas 600, siendo en un 80 % oriundas de los pueblos de la zona y el restante 20 % de la ciudad cabecera, Villa María. A este número se le puede adicionar la mano de obra indirecta del circuito productivo del maní, donde tenemos, por un lado, el tráfico y comercialización de los productos y, por el otro, la producción primaria. Pero, también, es señalado por mis interlocutores y por la bibliografía especializada (Hermida 2006:538), el complejo manisero se extiende a la industria de fabricantes de maquinaria agrícola (en lo que se destacan implementos específicos como arrancadoras y descapotadoras), así como de maquinaria industrial para las plantas procesadoras, en esto último se destacan en particular tres empresas establecidas en la región manisera.

Por último, vale aquí situar a estos actores empresariales en relación entre sí. Entre las pocas y grandes empresas procesadoras de maní confitería, las más importantes son las compañías de Estados Unidos, Bridson, American Blanching y Golden Penaut. Como vimos, solo esta última tiene participación en Argentina y, con la retirada de la empresa india, ingresó Adecoagro. En lo que respecta a las empresas de capitales nacionales, la firma más importante es –la ya mencionada– AGD, a lo que siguen a continuación otras grandes empresas, pero de una escala mucho menor. Para graficar la posición de las empresas que operan en Argentina contamos con los datos del volumen comercializado por las 15 principales exportadoras de Argentina, durante los años 2013 a 2015. Si se analiza en términos porcentuales, se observa que AGD controló alrededor del 25 % de dichas exportaciones. Las empresas que le siguen se pueden organizar en tres escalafones: unas tres en un estrato cercano a un 8 % de participación en el total exportado, otras tres cerca de un 6 % y finalmente las tres siguientes alrededor de un 4 %. En esta cúpula de las 10 mayores exportadoras se ubica la empresa ABC y se consideran suficientes estos datos para el propósito de situar la estructura agroindustrial argentina a la par de continuar preservando el anonimato de la familia empresaria en cuestión.

Comparativamente, la infraestructura y el control de mercado de ABC en Argentina es significativamente menor a la empresa líder. No obstante, llega con sus productos a más de 30 países y afirman que se debe al reconocimiento de la calidad de su producto.

V. EL DESPLAZAMIENTO DEL MANÍ HACIA EL SUR PROVINCIAL: TECNOLOGÍA Y NECESIDAD

Como se puede ver en la información presentada en la tabla 3, los departamentos que constituían el límite sur de la región manisera, Río Cuarto, Juárez Celman y Unión, empezaron a crecer en producción ya en los años 80, pero a partir de las dos primeras décadas de este milenio adquirieron una participación de casi el 50 % sobre la producción provincial. A su vez, zonas donde no había cultivos, como son los dos últimos del sur provincial, Pte. Roque Sáenz Peña y Gral. Roca, alcanzaron en la última década de este siglo una participación del 37 %.

Por lo tanto, los cultivos de maní en la provincia de Córdoba experimentaron un desplazamiento en su ubicación geográfica y se redefinieron los límites de la “zona manisera”. Si consideramos los datos consignados en el cuadro, se observa que la producción se desplazó paulatinamente hacia el sur: las localidades cercanas a las orillas del río Xanaes (o Segundo), en la década de 1960 concentraban el 42 % de la superficie cultivada; en la década de los años 70 y 80 la zona centro concentró el 48 % y 51 %, en las localidades cercanas al río Ctalamochita (o Tercero); desde la década de los 90 las localidades cercanas al río Chocancharava (o Cuarto) concentraron el 39 % de la superficie y, desde el nuevo milenio, empezaron a crecer en las tierras de los extensos departamentos del límite sur de la provincia de Córdoba, que representaron el 20 % y 37 % en estas dos primeras décadas.

Tabla 3 Distribución territorial de la superficie sembrada con maní en la provincia de Córdoba entre las décadas de 1960-1990 (datos en porcentaje)

Zonas de cultivo*	Décadas					
	1960	1970	1980	1990	2000	2010
Departamentos del Norte						
Santa María, Río Primero, Río Segundo, San Justo**	42	38	24	14	7	4
Departamentos del Centro						
Calamuchita, Tercero Arriba, Gral. San Martín***	44	48	51	47	26	12
Departamentos del Sur						
Río Cuarto, Juárez Celman, Unión	14	14	25	39	47	47
Departamentos del Límite sur****						
Pte. Roque Sáenz Peña y Gral. Roca					20	37

Fuente: Elaboración propia en base a Giayetto 2017:38, la información de las dos últimas décadas se tomó de Estimaciones Agrarias (MAGyP) * Las categorías norte, centro y sur no se corresponden con el territorio provincial sino con la región pampeana de Córdoba. ** La participación de San Justo es marginal en algunos años y nula en la mayoría. El cultivo en Río Primero desaparece a finales de la década de los años 90 *** La participación de Calamuchita es decreciente durante la década del 80 hasta desaparecer a finales de la misma. Volvió a tener participación en las últimas tres campañas **** Se tomó las categorías del cuadro de Giayetto que decidimos mantener porque reflejan la organización espacial de una época, por ello, los dos departamentos del sur provincial donde se empezó a cultivar en el presente siglo fueron añadidos con otra categoría.

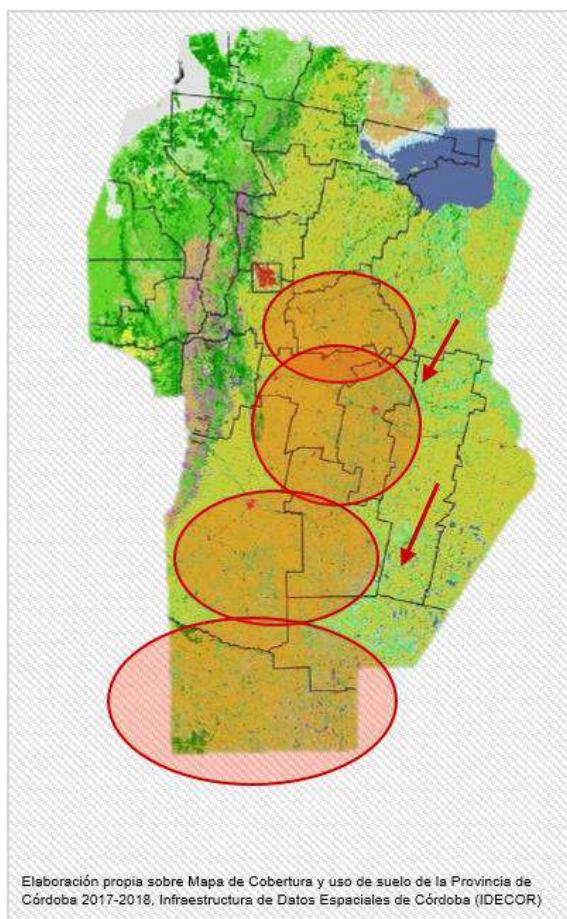


Ilustración 12 Desplazamiento hacia el sur del cultivo y redefinición de la “región manisera” de Córdoba, Argentina

Cabe aquí señalar que la extensión de los departamentos de la zona sur de la provincia, en términos de superficie, es mucho más amplia (la mayoría de dichos departamentos son casi del doble de tamaño y en algunos casos aún mucho más respecto a los de la zona centro manisera²⁷) y, por lo tanto, la comparación porcentual oscurece que en términos absolutos la superficie cultivada en la zona de análisis, en algunos años, se mantuvo constante y en otros incluso creció. No obstante, se observa una reducción de la participación de la zona centro de la región manisera hacia un 12 % en la última década y marginal para la zona de Río Segundo. Para comprender este desplazamiento (porque se desconcentra la producción de la zona centro hacia la sur) y de expansión (porque aumenta la producción en ambas zonas), resulta necesario considerar distintas condiciones y posibilidades que se conjugaron.

Como las y los lectores especializados estarán anticipando, el proceso de agriculturización, que ya hemos señalado, inició un ciclo de competencia por la tierra en el cual los *commodities* agrícolas —soja, trigo y maíz— avanzaron sobre las tierras agropecuarias. No obstante, eso no

²⁷ En cuanto a las superficies en km², encontramos que: Río Cuarto cuenta con 18394, General Roca con 12659, Unión con 11182, Juárez Celman con 8902, Pte. Roque Sáenz Peña con 8228. Mientras que los departamentos de la zona centro manisera tienen una superficie de: Tercero Arriba 5187, Gral. San Martín 5006 y Calamuchita 4642.

fue unívocamente un problema para la producción primaria de maní. Por un lado, mis interlocutores me supieron explicar: “Se había cultivado maní durante muchos años y había que dejar descansar la tierra porque estábamos sembrando maní y cosechando carbón”—en alusión a una de las enfermedades más difíciles de controlar y que afecta directamente la producción cuyo nombre científico es *Thecaphora frezii*—. Como vimos, la planta de maní es propensa a contraer enfermedades y esto se agudizó con la incorporación de las *runner* que son más rastreras, algo que es relatado por mis interlocutores, así como por la bibliografía especializada (Marinelli, March, y Oddino 2017:285 y ss.).

Así, la cuestión fitosanitaria es señalada por mis interlocutores y distintos estudios (Bongiovanni, Giletta, y Barberis 2008b:45) como el origen del desplazamiento de los cultivos hacia las tierras del sur provincial. Al respecto, el ingeniero agrónomo de la empresa ABC me relató: “Antes se rotaba menos porque no había productos químicos. Entonces cuando vos conseguías un campo y lo limpiabas [se refiere a desmalezar de forma mecánica], como que le hacías dos o tres años seguidos maní. Porque daba mucho trabajo limpiarlo. Y el maní tiene que ser una cosa que se hace sobre un lote que tiene que estar limpio porque después, cuando tenés que arrancar, si tenés maleza, te llevás mucha tierra”.

De este modo, aunque la competencia en la ocupación de los suelos por el cultivo de soja constituye una variable de peso en el desplazamiento geográfico del maní, no es un fenómeno que refracta en una única dirección. Me refiero a que en el esquema de rotación del maní (una legumbre) mantiene una sinergia positiva en combinación con la soja (una oleaginosa) y los cereales de invierno (trigo) y verano (maíz). Si consideramos el imperativo de la rotación agrícola, que se hizo evidente en los últimos años para todos los monocultivos, dicho esquema explicativo sobre la competencia (de la soja, para el caso) y el desplazamiento (de las producciones regionales) merece ser complejizada; incluso si reconocemos que dicha oleaginosa es la gran “ganadora” de las últimas décadas.

Por otro lado, las innovaciones que trajo consigo la Revolución Verde y su posterior fase de desarrollos denominados “biotecnológicos” fueron determinante para que el cultivo pudiera trasladarse —como dicen mis interlocutores— “al límite del frío”. Esto es: hacia el sur provincial y, en los últimos años, hacia zonas limítrofes como el este de San Luis, norte de La Pampa y oeste de Buenos Aires. Recordemos que el maní es considerado un cultivo de clima subtropical y los alrededores del río Ctalamochita era la región más austral donde se podía sembrar. El ingeniero agrónomo de la empresa ABC me afirmó: “El clic que hizo la zona del sur fue la tecnología del inoculado del cultivo”.

Me explicó que empezaron a sembrar inoculando previamente las semillas con una cepa de bacterias cuya función es fijar nitrógeno en el suelo y eso les permite cultivar en temperaturas más bajas. Las tierras del sur provincial supieron tener un uso ganadero porque eran consideradas no aptas para agricultura. En términos de un empresario de ABC: “Esos campos del sur donde no se podía hacer agricultura, porque una vez que se lograba arraigar una pastura se dejaban ahí como seminaturales, bueno, ahí apareció la tecnología”.

Se observa que se conjugaron distintas variables: el agotamiento del suelo por monocultivo de maní y en consecuencia la recurrencia de enfermedades; los desarrollos biotecnológicos que permitieron volver “agriculturizables” suelos que históricamente habían sido destinadas a la ganadería extensiva por “poco fértiles” o “inviabiles”; y, como ya ha sido señalado, la competencia con el avance de la soja en las tierras agroganaderas. Para mis interlocutores, “el clic” fue la tecnología que modificó las condiciones agronómicas de partida; la llave de acceso a nuevas prácticas, uso de la tierra y actores productivos en las tierras del sur de Córdoba, que vieron la expansión tanto de la soja como del maní. Como ha sido señalado en trabajos especializados (Gras y Hernández 2013b), la tecnología se convirtió en un factor de producción central para las innovaciones agroproductivas de las últimas décadas,.

VI. LA CALIDAD. HACER MANÍ PREMIUM Y CÓRDOBA COMO MARCA

El momento de fuerte inversión en tecnología en las plantas de procesamiento fue la década de los 90, en respuesta a una creciente demanda de maní por parte del “consumidor global”. El estudio de R. Hermida (2006:541) estima que la industria manisera (desde Pymes y cooperativas a las grandes compañías de capitales nacionales y extranjeros) invirtió entre los años 1996-2006 cerca de US\$ 70 millones en infraestructura y tecnología. Explica Giayetto que en aquel periodo se comenzaron a intensificar los controles de calidad, en las diferentes etapas del proceso de industrialización (2017:37). Las empresas argentinas interesadas en ser proveedoras de la Unión Europea (UE) debieron realizar crecientes esfuerzos para cumplir con los elevados estándares de calidad y salubridad exigidos (Blengino 2013:29).

Mis interlocutores se jactan de que han logrado ser reconocidos a nivel internacional por un producto de “alta calidad”, que distingue al maní de Córdoba en el mundo. Por ejemplo, China o India, a pesar de ser grandes productores por su volumen, no representan un competidor directo en el rubro de maní confitería para el clúster manisero local porque su producción está prohibida en la Unión Europea por su “baja calidad” (Blengino 2013).

Mis interlocutores suelen mencionar que el maní de Córdoba se destaca por la baja incidencia de aflatoxina, además de ser “más dulce y oleico”. Ser más oleico garantiza más durabilidad

del grano en buenas condiciones y su contenido de azúcares define valores nutricionales apreciados como positivos. La aflatoxina es una toxina producida por un hongo, específicamente contralada por la UE, ya que destinan el maní a la elaboración *snacks* y golosinas. Pero también es calidad para M&M que el maní sea “más redondo y grande”.

Aquí llegamos a un punto en el que es necesario detenernos para desmenuzar qué es la “calidad”. Atendiendo a la propuesta del sociólogo Guillermo Neiman (2003:292) resulta ajustado entender que dicha noción se carga de “múltiples significados” que conectan la producción primaria, la industria y la demanda. Propongo aquí comprenderla como una cualidad a *crear*, donde se ponen en juego tanto las condiciones locales como las tendencias globales, la producción simbólica de distinción, así como los materiales que componen el maní y se plasman en el color, tamaño, carga de aceite o sabor. En este sentido, hacer “maní de calidad” puede ser pensado como un nudo que vincula actores históricos y nuevos en el marco de un proceso de restructuración de la figuración del complejo agroindustrial.

Es posible observar distintas estrategias de control de esta calidad, en particular para la empresa que es objeto de este análisis podemos señalar:

- A nivel agrícola: se utiliza la variedad *runner* granoleico, como vimos, la desarrollada por la empresa Criadero El Carmen y que cuidan de no reproducir más de dos campañas (es decir, sembrar semillas de la cosecha anterior) para que no pierda cualidades. Además, se mantiene un estandarizado esquema de cultivo con agroquímicos (para desmalezamiento, preventivo de viruela, etc.), se trabaja con maquinaria y tecnología propia de la “agricultura de precisión” en la planificación, seguimiento y labores agrícolas –por ejemplo, como mínimo y requisito excluyente la maquinaria agrícola debe contar con piloto automático–. Al intervenir de manera directa en la producción tiene capacidad de control sobre la misma y con los productores a quienes compra la cosecha mantiene estrechos lazos comerciales, al proveerle los insumos, financiarles y brindar asesoramiento a través de “visitas periódicas con el fin de verificar sus prácticas agropecuarias”.

- En la producción agroindustrial: la empresa cuenta con un laboratorio físico y de microbiología que realiza el análisis de las variables que definen y condicionan la calidad. La planta ha recibido auditorías externas y resultado de eso son las certificaciones de cumplimiento de las Normas ISO 9001, FSCC 22000, Kosher (que respeta los preceptos judíos) y Halal (que respeta los preceptos islámicos). Para lo cual fue necesario la incorporación de protocolos de Buenas Prácticas Agrícolas (BPA) y Buenas Prácticas de Manufactura (BPM) y sistemas de control de puntos críticos (HACCP, por sus siglas en inglés).

Estas condiciones son las que permiten que ABC pueda ofrecer la trazabilidad completa de cada lote elaborado a sus clientes. En otras palabras, puede explicar las condiciones de siembra y cuál fue su recorrido durante todo el procesamiento en la fábrica. La última pieza de la estrategia empresarial es haber creado “el puerto del maní en la fábrica”, como suelen expresar mis interlocutores. Como parte de una acción que lideró la CAM, las empresas maniseras exportadoras de Argentina lograron que agentes estatales de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) y del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (Senasa) se trasladen a las plantas procesadoras maniseras para certificar las condiciones en las que son cerrados y despachados los contenedores (*containers*) con los productos que salen directo para el puerto y ya no serán abiertos hasta arribar a destino. Esto con el fin de dar solución a los recurrentes conflictos comerciales que la medición de la calidad abría entre las empresas maniseras argentinas y las industrializadoras de *snacks* y golosinas europeas.

Otro componente de esta estrategia empresarial de crear calidad, como vimos, es el sello “Maní de Córdoba”, presentado en el año 2007 por la CAM. Los productos maniseros se empezaron a exportar con dicha identificación como denominación de origen. Además, para crear dicha calidad, la Fundación Maní Argentino, creada en el 2001 por las empresas nucleadas en la CAM, resultó ser una pieza clave. Según supo explicar en diálogo con la prensa, el actual director ejecutivo, Martín Frigerio (BAE Negocios 2021), la Fundación está “abocada exclusivamente a la investigación” para dar respuesta a “la alta exigencia de mercados como el de la UE en términos fitosanitarios y de controles de calidad”. De hecho, es posible encontrar en la página web de dicha institución la comunicación pública de sus investigaciones referidas a, por ejemplo, la huella de carbono de la industria manisera o los beneficios de las coberturas de suelo en el cultivo de maní; trabajos en general realizados junto al INTA, las Universidades Nacionales de Córdoba y Río Cuarto, entre otros.

En línea con lo observado por Gorenstein et al. (2005:233) en las empresas del complejo oleaginoso, la estrategia que despliega la empresa ABC apunta a “descomoditificar” el producto agrícola añadiendo procesos para crear “valor agregado”. No obstante, en este caso el consumidor global, representado principalmente por las industrializadoras de golosinas y *snacks* de Europa, opera un control sobre el proceso productivo en su totalidad como si fuera un observador omnisciente. La calidad es una política de disciplinamiento productivo.

En sintonía con lo que observó Neiman (2003, véase también Neiman y Bocco 2005) en la vitivinicultura argentina, en la producción del maní *premium*, el control de la calidad es la punta de lanza que impulsa la estrategia de reconversión tecno y socioproductiva, que incluye en este caso –al igual que en la fruticultura norpatagónica (Bendini, Mónica y Steimbregger 2005)– la

integración vertical hacia atrás y el consecuente desplazamiento de las familias productoras tradicionales. En otras palabras, así como identificamos la agricultura de maní subordinada a las exigencias de la industria, al ampliar la escala podemos observar que la agroindustria local –la empresa ABC, para el caso–, se insertan subordinadamente en las relaciones comerciales internacionales que organizan la división del trabajo agroindustrial. Como señalamos, algunos autores como P. McMichael (2005) entienden a esta configuración en términos de una gobernanza global organizada alrededor de las estrategias de abastecimiento de las grandes corporaciones. Es decir, un régimen agroalimentario “corporativo”.

VII. LOS PLIEGUES DE LA CONVIVENCIA ENTRE *COMMODITIES* Y ACTIVIDADES REGIONALES

Hasta aquí hemos reconstruido la reconversión de la actividad manisera y la configuración que empezó a adoptar el complejo agroindustrial. Hemos observado que el esquema de rotación de cultivos es una de las condiciones a partir de las que se expandieron, al mismo tiempo, el cultivo de maní y de *commodities* –principalmente representado por la soja en este periodo, pero que cada vez más empieza a ceder o compartir liderazgo con el maíz como vimos en el capítulo 1–. Además, contar con un esquema de rotación de cultivos se convirtió en una necesidad para la calidad del maní. No obstante, eso no agota las formas y aristas de las convivencias entre *commodities*, maní y tambo; así como los arreglos que establecen los distintos actores agroproductivos. Veamos algunas situaciones a continuación.

“Dar en arriendo un lote para maní”, es decir, una fracción pequeña de campo (por ejemplo 20 o 50 hectáreas), es una estrategia movilizadora por establecimientos agropecuarios, en particular tamberos en la zona de análisis, pero también ganaderos en la región de Río Cuarto. A los establecimientos agropecuarios esto les permite “hacer caja”, es decir, contar con liquidez para afrontar los costos de sus siembras destinadas a las reservas forrajeras, para alimentar a sus animales o aliviar algún ahogo financiero. Esto se debe a que el suelo que se destina a maní se paga en efectivo antes de que empiece la campaña de siembra estival y a un valor de un 50 % más alto, aunque en épocas de escasez de tierra pueden llegar a ofrecer un 100 % más, respecto a los arrendamientos que se destinan a la producción de soja y otras actividades. En otros términos, si entre los años que acompañé a los establecimientos de la zona (2017-2019) el arrendamiento se mantuvo entre 10 a 11 quintales de soja, si era alquilado para maní ese valor aumentaba encontrándose alrededor de los 15 a 17 quintales de soja, incluso se pudo relevar un caso de 22 quintales de soja por hectárea. Esto se debe a que el maní es un grano con un precio de venta más alto y, también, a que su cosecha mueve la tierra por estar los frutos en la raíz, eso hace que para algunos sea considerado un cultivo que erosiona el suelo.

Otro arreglo es intercambiar lotes con los productores de tambo, en este caso mantienen la paridad respecto al valor monetario. Por ejemplo, si el establecimiento ofrece 50 hectáreas, la empresa manisera le cede algún lote, relativamente cerca, por 100 hectáreas. De esta manera, ambas partes obtienen lo que necesitan, por un lado, tierras para el cultivo de alimentación para los animales, por el otro, tierras para sembrar maní.

Estos casos, a las empresas maniseras les permite –aunque sea engorroso arrendar lotes pequeños– contar con suelos “aptos” (i.e. no degradados o con enfermedades a causa del monocultivo) y sumar más hectáreas para expandirse. Esto último tiene su razón de ser en que, a pesar de poder ingresar en el esquema de rotación, sigue siendo una tarea minuciosa la búsqueda de campos para sembrar maní.

Otra situación recurrente es el caso de aquel productor que se retira de la producción, en general, por problemas económicos-financiero y decide arrendar el campo en su totalidad a las empresas maniseras. Pero, es contratado por estas para prestar servicios. Esto último tiene su razón de ser en que las empresas industriales tercerizan el 100 % de las labores agrícolas (fumigación, siembra, cosecha y transporte) manteniendo como empleados directos solo a un equipo de 17 profesionales agrónomos que se ocupan de planificar y dirigir sus cultivos.

Este aspecto es significativo de la configuración del complejo del maní: la producción agropecuaria se apoya en contratistas, de distintas escalas productivas y generalmente de la zona, que se ocupan de las tareas agrícolas. Esta modalidad señala el paso desde una forma de organizar la producción centrada en la figura social del productor agropecuario (o la familia) hacia otra en la cual son prescindibles, reemplazados por los profesionales de la agronomía. Así y todo, en el contexto de cierre masivo de establecimientos, tanto el contratismo de servicios agropecuarios como el rentismo, han sido sostén para muchas familias que perdieron el control de las tierras que supieron trabajar (nos detendremos en detalle al respecto en el capítulo 4).

Trabajos recientes han marcado que la modalidad actual de empresa flexible, que es posible identificar entre las grandes y mega productoras agropecuarias, supera lo comprendido en el concepto de tercerización de procesos, propio de la literatura del *management* empresarial que se generalizó durante la década de los años 90. Más bien se trata aquí de una modalidad de gestión empresarial donde la empresa agrícola se configura alrededor de una “red” de proveedores, colaboradores, aliados estratégicos, inversores; y dicha gestión es el centro de su operación y no la producción agropecuaria en sí misma (Gras y Hernández 2013b). Los datos reconstruidos en este capítulo permiten identificar a la producción agropecuaria de ABC en esta modalidad organizativa para su actividad primaria. No obstante, es importante no perder de vista que es producción, como dicen mis interlocutores, “para alimentar” la planta.

VIII. HACER MANÍ ES PRODUCIR VALOR.

En este capítulo nos hemos propuesto dos objetivos, situar la convivencia entre distintas actividades agropecuarias, así como las reconversiones en el complejo agroindustrial del maní. Si bien los hemos alcanzado, aun no agotamos la comprensión de la afirmación del empresario manisero con la que abrimos estas páginas: “Nosotros”, había dicho, “no los queremos a los sojeros”. Es decir, uno de los mayores productores de soja de esta zona rural no adscribe a la identidad de “sojero”. Este “desajuste” es relevante porque, de distintas formas, pone en manifiesto qué es lo *importante* para mis interlocutores de campo.

Vimos que la cuantificación del “valor agregado” industrial en el maní es relativamente baja; su valor mayoritario se realiza en la agricultura. También fue señalado que este grano es tipificado como oleaginoso en la legislación vigente, lo cual lo incluye en el gravamen impositivo de los *commodities*, los que más tributan el derecho a exportación –popularmente conocido como “retenciones”–. Desde una lectura economicista, quizás concluiríamos que la apelación a ser reconocida como una “economía regional” está orientada a librarse de tal impuesto. Quisiera proponer un enfoque alternativo, abrevando en una perspectiva antropológica del valor.

En cualquier contexto de la vida social, las personas están produciendo y relacionándose con “cosas”, obras de cualquier tipo, que aquí podemos pensar en clave de maní, leche, *commodities*, granos u hortalizas agroecológicas; también “cosas” inmateriales, cuyo reconocimiento, en uno u otro caso, pone en juego tanto criterios prácticos, necesidades, expectativas, así como conexiones entre pasado y futuro. En una propuesta que anuda la teoría del valor-trabajo de K. Marx y la teoría del don sobre la producción de derechos y obligaciones de M. Mauss, el antropólogo contemporáneo David Graeber (2005, 2018 [2001]) formula que las cosas adquieren valor al ser inscriptas en un contexto específico, es decir, en el marco de totalidades sociales.

Más precisamente, propone que son las acciones las que crean valor, en la medida que forman parte de un proceso total o totalidad social más amplia que reconoce su significado, es decir, su *importancia*, como propone la antropóloga argentina Julieta Gaztañaga (2018) en su lectura y traducción de Graeber al español (véase también Fernández Álvarez, Gaztañaga, y Quirós 2017). Desde esta perspectiva, y poniendo en primer plano la dimensión creativa de la vida social, el autor busca tomar distancia tanto de visiones mecanicistas de la dominación cultural, como del individualismo metodológico de la acción racional (Graeber 2005).

La propuesta de Graeber puede iluminar la cuestión con la que abrí este último apartado. Para mis interlocutores de la empresa manisera, la competencia por el uso de la tierra que impuso la sojización representa un problema que bien podríamos definir como de índole “social”: hacer maní es crear “trabajo” y “valor agregado”. Permítanme ilustrarlo a través de las palabras de uno de los empresarios de ABC, cuando le pregunté si habían sufrido la presión de la soja: “Sí, sí. Pero lo que veíamos es que el maní nos daba la oportunidad de realizarle más mano de obra, ponerle más valor agregado. La soja al ser la RR quitaba mucha mano de obra”.

Quizás mis lectores y lectoras consideren apropiado entender el punto de vista de los empresarios maniseros desde la perspectiva de las justificaciones que propone la sociología “de la crítica” de Luc Boltanski (2000), es decir, el análisis de dichas operaciones como argumentos que orientan la acción. Esto es acertado, pero no agota el problema. En esta zona rural y sus localidades las personas adscriben al calificativo de “pueblo”, son “pueblerinos”, son “tipos de pueblo”. Y esto no solo significa un lugar chico, de baja densidad poblacional o una geografía marcada por el interconocimiento, sino también una comunidad que comparte historia y anhelos. En esta dirección, entiendo que la perspectiva graeberiana nos permite pensar algo más: que la “cosa” y su “valor” incorporado actualizan y recrean la producción de la totalidad social de la cual forman parte.

Hacer maní es una pragmática que entrama a las personas en compromisos y obligaciones, porque, siguiendo el punto de vista que los empresarios maniseros ponen en juego para explicar sus decisiones, se involucran en actividades que crean valores: “dan trabajo” y, por tanto, hacen “prósperos” a estos pueblos cordobeses. La soja, al ser “más sencilla”, implica menos trabajo y, además, se la llevan *otros*, que no son de aquí, que no forman parte de esta comunidad. Esto sin duda tiene relación con un rasgo de los proyectos de extracción de materia prima que ha sido ampliamente destacado; para el caso de la soja, podemos recuperar el estudio de Intaschi y Hernández (2010), en un partido del sudeste de provincia de Buenos Aires, que señala que a pesar del significativo movimiento de capital que genera la agricultura de esta oleaginosa, persistió estancada la economía local donde operaron algunas de las megaempresas agrícolas.

Volvemos aquí a una diferencia significativa y es que las empresas del clúster manisero, en su gran mayoría, continúan siendo de capitales familiares y nacionales. Familias y agroindustria continúan arraigadas a sus pueblos de origen. Esto parece ser una tendencia estable: a lo largo de la historia hubo como máximo dos empresas extranjeras procesadoras de maní confitería, a las que hay que sumar a Bunge en la producción de aceite. Además, la participación del capital extranjero en el mercado de maní argentino no es dominante, en contraste con lo que sucede en el complejo oleaginoso de la soja. Esto también es una diferencia con otras actividades que

atravesaron procesos de reestructuración en equivalente dirección, pero donde el ingreso del capital extranjero, como inversor o a través de la compra directa de las compañías, fue un rasgo relevante de la nueva configuración agroindustrial (véase por ejemplo Neiman 2003 para el caso de la vitivinicultura; Gorestein et al., 2005 para la industria oleaginosa; Bendini y Steimbregger 2005 para la fruticultura norpatagónica; Ramírez 2017 para la forestal).

Esta no es una condición menor, a pesar de que estemos analizando la profundización de las relaciones capitalistas y su especificidad neoliberal. Estos no solo son capitales nacionales sino locales, es decir, estos “gigantes” agroindustriales tienen rostro y nombre propio para quienes *pueblan* estos pueblos. Esto repone una tensión que este trabajo intenta reconstruir y que refiere a que quienes ocupan posiciones dominantes en la estructura agroindustrial local habitan el territorio —discusión que abrimos en el capítulo 1—.

Tomando el sentido que le ha dado al término la geografía crítica, se puede afirmar que la agroindustria del maní se territorializa (Mançano Fernandes 2009, 2012) desde un fuerte arraigo local y promesas de progreso. En otras palabras, produce territorio no solo mirando hacia aquel “consumidor global”, sino también poniendo el foco en producir “valor agregado local”. Esto sin dejar de reconocer que este proceso implicó desterritorialización para las familias agricultoras de la zona y para la forma de vida chacarera. Incluso cuando, en algunos casos, el despliegue de la agricultura desde la lógica de “los negocios” permitió a una parte de los pequeños y medianos propietarios no perder sus campos, “salvarse de los remates”, a través del minirentismo; o reconvertirse a través de la figura del contratista.

No obstante, en el contexto de sojización o commoditificación, que se presenta en distintos territorios como inexorable, mis interlocutores no solo están justificando su posición: están señalando lo que es *importante*, dignatario de atención y cuidado, a partir de crearlo. Aquello que vale, en este contexto, refiere a la posibilidad de estos pueblos agropampeanos de reinscribirse en el imaginario del desarrollo que, en un contexto de políticas neoliberales y éxodo urbano, parecía haberse desvanecido.

Permítanme ilustrarlo a través de las palabras de un comunicado del Consorcio de Intendentes de la Región Manisera Argentina (Cirma), conformado por localidades del suelo cordobés. Afirma este grupo de intendentes que: “El complejo manisero reúne a cientos de puestos de trabajos (...) [y] triplica en ingreso de divisas a las que generan por las exportaciones de vehículos producidos en Córdoba. Representa cerca del 14 por ciento del total de las exportaciones de la provincia. (...) Nuestro país, nuestra provincia y nuestras ciudades, podrían ser una gran potencia” (Agrovoz 2021).

Este comunicado expresa un punto fuerte del imaginario provincial. Para quienes conocen en menor detalle este rasgo de Córdoba, vale situar que la industria metalmecánica, en particular la automotriz, ha sido durante más de medio siglo un emblema de las aspiraciones progreso. Un tupido aglomerado industrial se ubica en particular alrededor de la ciudad de Córdoba, pero también en el agropampeano con importantes empresas de metalmecánica agrícola y autopartistas. Para clarificar, para algunos estudiosos, Córdoba en los años 60 era comparable a Detroit –la cuna automotriz estadounidense–. Pero, en particular, esos motores construidos en territorio cordobés, el camioncito Rastrojero, el tractor Pampa, el automóvil Institec, la moto Puma, entre otros, fueron emblemas del “proyecto de país” que dejaba atrás el Modelo Agroexportador (Brennan y Gordillo 2008; Ortiz 2012).

Al recuperar este derrotero podemos comprender más cabalmente por qué las empresas que más soja producen en este territorio, no se consideran sojeras. El maní se inserta para actualizar las promesas de desarrollo, incluso desplazando la antítesis agro-industria que reinscriben en una continuidad lógica, necesaria –tal como es planteado por las y los promotores del paradigma de los agronegocio (Gras y Hernández 2013b)–. Situar la creación de la economía regional del maní es reconocer el valor social que se le atribuye al “valor agregado” y al “trabajo”, cada vez que sus protagonistas enaltecen la producción de este grano en oposición a la soja. Una forma de hacer agronegocios, que incluye un proyecto de desarrollo para estos pueblos agropampeanos.

En este capítulo se propuso reponer la complejidad que constituye hacer maní en un contexto de hegemonía de la producción de los *commodities*, pero también en el marco de un proceso de profunda reestructuración productiva en la actividad agropecuaria y agroindustrial.

La empresa que fue objeto del análisis fue protagonista junto a otras 20 del desarrollo de un complejo agroalimentario con marcado perfil regional. Se buscó reconstruir lo que hemos llamado el proceso de creación de una economía regional, en este caso, al interior de la región pampeana argentina. Además, la trayectoria de esta legumbre que de *commodity* oleaginoso pasó a comercializarse como un fruto seco, un alimento, nos permitió identificar que es un cultivo con gran dinamismo, que incluso, en algunos periodos, se desarrolló en sentido opuesto a las tendencias dominantes.

La visión empresarial, la inversión en innovación y el ímpetu de trabajo son los marcadores de este “relato de éxito” que tiene como protagonista a una empresa familiar de un pequeño pueblito del agropampeano cordobés, pero que hace sentido como un rasgo propio del sector

manisero, caracterizado por grandes empresas familiares y el orgullo de ser “el motor” de estos “prósperos” pueblos de la provincia de Córdoba.

A la luz de lo expuesto, se observaron las condiciones de la convivencia entre la producción manisera y el avance de la producción de soja sobre las tierras tradicionalmente destinadas a las actividades regionales. Aunque la agricultura de maní en la zona aumentó los niveles de cosecha y productividad, fueron desplazados los modos de producción y sus protagonistas “tradicionales” a través de una reconversión que desestructuró el modo histórico de organización social y establece las bases de uno nuevo, que prescinde de la agricultura familiar, cuya finalidad es el desarrollo de “maní de calidad para el consumidor global”.

Como analizan Gras y Hernández (2013b:24-26), si tanto la noción de complejo agroindustrial como la de agronegocio ilustran la tendencia del capitalismo global, también encarnan concepciones distintas de “orden mundial”. La primera se desplegó en nuestro país en el marco del modelo ISI en la órbita del Estado-Nación. La segunda, por otro lado, da cuenta de una marca de época caracterizada por la consolidación de formas de gobernanza globales, a través de una lógica de producción que trasciende las fronteras agropecuarias para articularse en torno a “los negocios”. En este contexto, que para mis interlocutores se presenta como inexorable, pudimos analizar cómo la agroindustria del maní se modela en relación a esta lógica de los agronegocios con rasgos propios que permiten, así y todo, crear “valor” local, es decir, cosas que localmente importan.

CAPÍTULO 3. LA RECONVERSIÓN DE LAS ECONOMÍAS REGIONALES:

EL TAMBO

Era media mañana cuando sonó el celular de Juan, un productor de tambo bovino que tiene su establecimiento en los alrededores del río Ctalamochita. No pudo atenderlo. Como cada día, desde las cuatro de la mañana había movimiento en el campo. A las cinco había iniciado el primer ordeño y para eso habían tenido que ir a buscar las vacas y arrearlas. A esa hora, a pesar de que aún reina la oscuridad de la noche, pueden verse a lo lejos las luces de tractores, motos o cuadriciclos que, en los distintos establecimientos de la zona, movilizan las personas que van de un potrero a otro para llevar o traer las vacas o llenar las piletas de alimentación. A veces hasta se puede ver cómo se saludan entre ellos haciendo juegos de luces.

Cuando sonó el celular, las vacas ya estaban echadas después de haber comido a campo, es decir, un lote de alfalfa. Ese era, entonces, el horario de llevar la comida a la ternera. Cuando Juan revisó su teléfono vio que había llegado un mensaje de voz del ingeniero de la empresa láctea a la cual este tambo de gestión y trabajo familiar le entrega su producción de leche cruda: “¿¡Cómo andás Juan!? –se escuchaba con marcada tonada cordobesa–. Te mando los resultados de la semana pasada, tenés 3,9 de grasa y 3,21 de proteína. Bajaste bastante las proteínas, probablemente sea por la alimentación que estás dando”, concluía el mensaje.

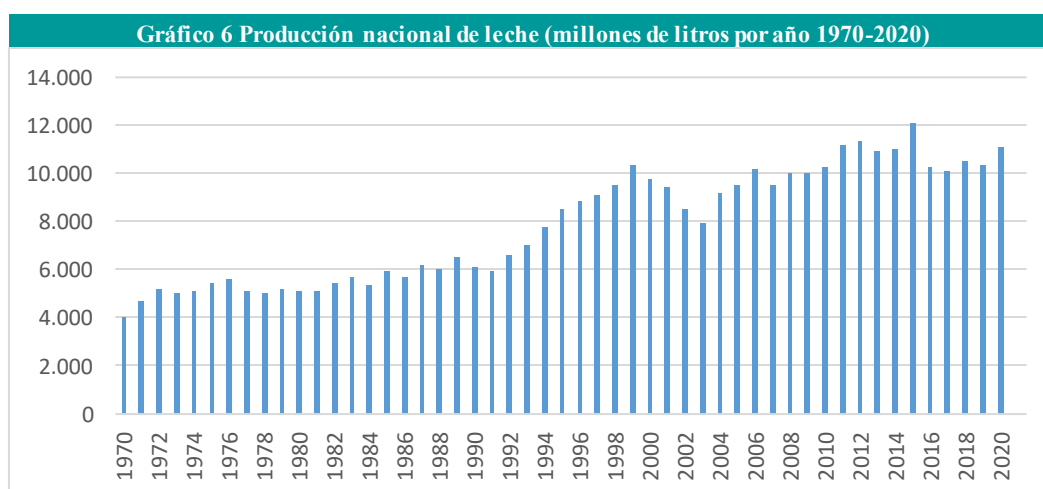
Juan se agarró la frente en señal de fastidio, esperó unos segundos y le respondió también con un mensaje de audio: “Gracias cabeza, lo voy a revisar”. Y así concluyó la conversación. No lo sorprendió la noticia, aunque había esperado que no “saltara” en los resultados de los análisis que realiza esta pyme láctea rutinariamente a la leche que los tambos de la zona le entregan diariamente. Efectivamente, habían cambiado la alimentación de las vacas en el tambo que lleva adelante Juan junto a su familia: hacía dos semanas se habían quedado sin granos de maíz y no quisieron comprar porque aún no habían podido terminar de pagar el que hubieran comprado el año anterior, una deuda en dólares que todavía estaba generando intereses. Decidieron reemplazarlo con los granos de sorgo que ellos habían cultivado y esperar hasta cosechar un lote de maíz de producción propia.

Los estrechos márgenes de acción de los establecimientos de tambo, así como los múltiples frentes que les constriñen serán un hilo conductor del presente capítulo. En la Introducción de este trabajo situamos a la zona en análisis dentro de una histórica cuenca lechera, a pesar de que

en verano pareciera que solo vemos campos sembrados de soja. Allí vimos que un indicador de la convivencia entre distintas actividades agroproductivas, recogido en distintos estudios, señala que el significativo aumento de tierras destinadas a la agricultura no fue acompañado por un retroceso equivalente en la actividad ganadera.

A los fines de graficar este estado de situación vale aquí poner en relación la información estadística disponible. Si consideramos que el número de vacas lecheras en producción en el año 2020 a nivel nacional se estimó, en base a datos de Senasa, en 1.586.903 cabezas, esto “representa una disminución del 2,2% respecto al año anterior y una tasa histórica de disminución del rodeo de vacas, del 1,1% anual en los últimos 15 años” (OCLA 2020). No obstante, como veremos a lo largo de este capítulo, la producción nacional de leche no cayó y se mantiene estable en torno a los niveles más altos de la historia láctea del país: la producción pasó de 5.937 millones de litros a 10.329 millones entre los años 1991 y 1999. Luego de la crisis socioeconómica de nuestro país y otros factores sobre los que nos detendremos más adelante, a partir del año 2003 comenzó una recuperación de la producción y desde el año 2006 se ha mantenido por encima de los 10.000 millones (DNL [Dirección Nacional de Lechería]).

Tal como se propuso en el capítulo anterior con el cultivo de maní, vamos a indagar cómo es posible la convivencia entre actividades productivas que compiten entre sí por el uso de la tierra y son predominantes en la zona en análisis. Bajo la pregunta por las condiciones que hacen posible el dinamismo de la producción tambara se analizaran los procesos de reconversión socioproductiva que se desplegaron en las últimas décadas. En otras palabras, en este capítulo se recorrerá la pregunta respecto a cómo hacen las familias productoras un tambo “competitivo”, en un contexto de profundización de la concentración productiva.



Fuente: Elaboración propia sobre datos de la Dirección Nacional Lechería de la Nación Argentina

Por los rasgos propios de “hacer tambo”, este capítulo tiene una lógica de exposición diferente a los anteriores. Si bien el objetivo se organiza entorno a preguntas equivalentes y transversales, se observará más heterogeneidad y multiplicidad de unidades productivas interviniendo en el proceso que es analizado. Durante mi trabajo de campo compartí jornadas de trabajo y conversaciones con personas de 16 establecimientos de producción de leche cruda. En tres de ellos sus propietarios no estaban involucrados en la gestión operativa. En los restantes, solo uno se apoyaba en el trabajo familiar y otros 12 se organizaban alrededor de este y, además, contrataban mano de obra asalariada. Este conjunto de 13 establecimientos serán el principal referente empírico. Además, la familia propietaria del establecimiento y las y los asalariados viven allí, salvo en tres casos donde los primeros residen en el pueblo más cercano y todos los días van a trabajar al tambo. Asimismo, acompañé y conversé con ex productores que se retiraron de la actividad, así como con veterinarios e ingenieros agrónomos que asesoran a establecimientos de tambo y a la industria. Respecto a las escalas, si bien se atiende a esa dimensión (y se ha sintetizado una caracterización de los mismos en la tabla 5), siguiendo el trabajo de Buttel y La Ramée (1991), se considera que la escala económico-productiva nos aporta una dimensión a poner en relación, pero no es un concepto teórico en sí mismo. Se busca comprender, en todo caso, las relaciones sociales y la lógica que atraviesa a estos establecimientos de tambo. Por ello, el primer apartado retoma un marcador que satura en este universo social: el *gusto* por los animales y la *vida de campo*.

I. EL GUSTO POR LAS VACAS Y LA VIDA RURAL

“El tambo no es como la agricultura”, escuché infinidad de veces. Una primera y rápida descripción tiene que ver con el trabajo que involucra, que mis interlocutores explican en los siguientes términos: “El cosechero siembra, viene dos o tres veces y vuelve ya para cosechar” o también que: “Para hacer agricultura solo necesitás una buena chata y un celular”.

En contraste, suelen afirmar que: “El tambo no es para cualquiera, te tiene que gustar”. Indagaremos paulatinamente a lo largo de este capítulo este *gusto* como categoría nativa que explica para mis interlocutores sus adscripciones y trayectorias. No obstante, quisiera comenzar precisando que, en primera instancia, responde tanto a una i) afinidad con los animales, en este caso las vacas, como también ii) al trabajo como un valor personal, familiar y social.

Respecto al primer punto i), en mis convivencias etnográficas con las familias que se dedican al tambo pude comprender que en las vidas de estas personas se entrecruzan *gusto*, *tradición* y un *saber técnico* específico sobre la perspectiva de las vacas y las formas más adecuadas de relacionarse con ellas, que es adquirido en las tempranas experiencias de socialización familiar.

En algunos casos, configura formas de vivir que se imaginan unidas a sus animales: “Nosotros no sabemos vivir sin las vacas”, me dijo una mujer que es nieta e hija de productores tamberos y su marido también cuenta con esa misma trayectoria familiar. Ese tipo de expresiones las pude observar en distintos interlocutores y creo que la mejor forma de reponerlo es a través de personas que no continúan en la actividad tambera. Por ejemplo, un apicultor de más de 45 años y casi 30 en aquel rubro, su actividad principal y fuente de ingreso, me contó que empezó a tener una vaca con terneros cuando su madre enviudó: “Mi padre fue tambero toda la vida y a ella le gustaba ver las vacas en el campo. Entonces le di con el gusto”. No obstante, su madre había fallecido hacía varios años cuando yo visité su casa y, sin embargo, seguía la vaca y su ternero integrados a la vida familiar. “Nos acostumbramos”, me explicó.

Este gusto, a su vez, construye sentido con un valor que empezamos a explorar en el capítulo precedente, pero aquí adquiere un lugar central como organizador y estructurador de las decisiones y acciones de mis interlocutores: ii) el “trabajo sacrificado”. Un marcador que les permite inscribirse como parte de una genealogía conformada por aquellos migrantes europeos, principalmente piamonteses de Italia, que llegaron a Argentina a finales del siglo XIX e hicieron “del campo” la fuente de progreso familiar y regional.

En la producción de tambo aquel marcador tiene fuertes implicancias por la intensidad de trabajo involucrada, rutinario e inflexible, aún mayor respecto a otras actividades agropecuarias, sean estas la agricultura como también la ganadería para carne. Respecto a la primera, ya me referí al punto de vista de las personas que acompañé. Sobre otras actividades de cría de animales, cabe aquí mencionar que el trabajo diario de cuidados no se reduce a la alimentación y salud, sino que implica además el acompañamiento en la preñez, partos y cría de terneros y terneras y, el corazón de la actividad, el ordeño diario durante el ciclo de lactancia de la vaca. Además, mientras en la ganadería bovina para carne es usual la fragmentación del ciclo productivo (en cría, recria e invernada), en la lechería, independientemente de la escala, los establecimientos que acompañé realizan el “ciclo completo” –es decir, ordeñan las vacas y crían a sus terneras hasta que ingresan al sistema productivo–.

Esta intensidad de trabajo implica que, por ejemplo, en un tambo pequeño sea necesario al menos a tres personas adultas trabajando cada día. Además, el grueso de los establecimientos continúa en manos de familias productoras que, incluso incorporando mano de obra contratada, nunca dejaron de estar involucradas y, en su mayoría, viviendo en el campo.

Permítanme expresarlo en otros términos, estas familias productoras, en general, no conocieron con sus padres y buena parte de su vida adulta la experiencia de “tomarse vacaciones” y si salían de paseo, durante el día o por algunos días, no solían ir mucho más lejos

que hasta alguna localidad serrana de la provincia. Algunas familias suelen recordar con exactitud algunos periodos “malos” con frases como: “Pasamos tantos años sin tomarnos ni siquiera un domingo para ir a ver a un pariente”. Contextualizar estas experiencias me permitió comprender la distinción que en este universo social me señalaron dos interlocutores, cuando me contaron con énfasis que se habían tomado vacaciones familiares en playas fuera del país.

En síntesis, para mis interlocutores, el *gusto* por la actividad rural hace que vivan y se imaginen ligados al campo en un doble sentido. Por un lado, como afectivamente elegido, una actividad que les apasiona e, incluso, comparan con un ámbito de libertad. Por otro lado, sujetos a un destino, que algunos de ellos supieron expresar en largas conversaciones, que no sabían si había sido realmente elegido o simplemente “lo único que sabían hacer”. De este modo, *gusto* y *tradición* se imbrican para constituir una lógica agropecuaria que siguen las familias de la zona, que les lleva a “continuar” haciendo tambo de generación en generación.

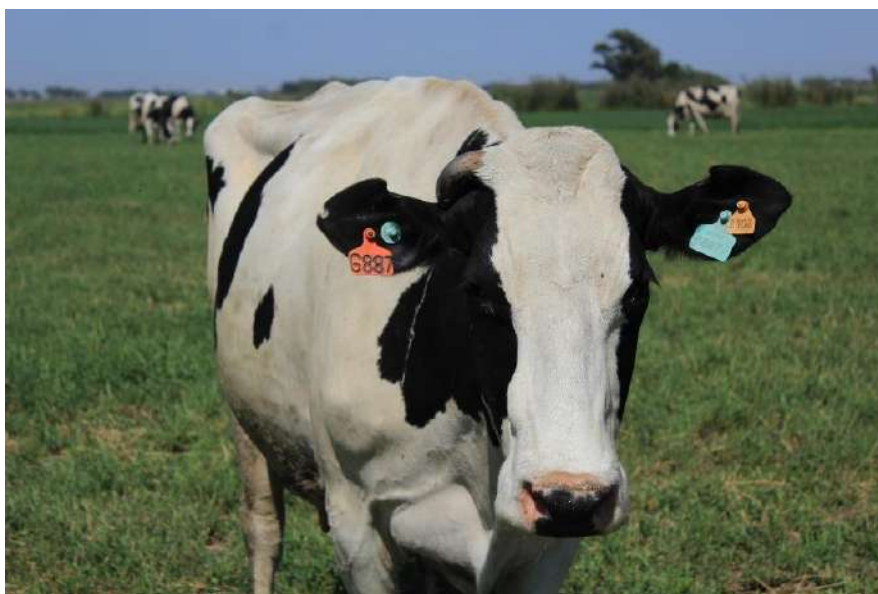


Ilustración 13 Vaquillona en ordeñe pastoreando un lote de alfalfa. Archivo propio

II. SOBRE LAS CONDICIONES DE CONVIVIR CON LA PRODUCCIÓN DE SOJA

II. I. Más producción de leche y menos establecimientos de tambo

Como vimos, en nuestro país se registró en las últimas décadas un importante cierre de establecimientos de tambo, en particular en el segmento de pequeña y mediana escala. En mi trabajo de campo, reiteradas veces y distintas personas me señalaron —más que un porcentaje de desplazados— la menor cantidad de luces que se perciben al oscurecer o el silencio producto de destinarse más campo a la agricultura que al pastoreo de animales.

En otro tipo de registro, los datos del Censo Nacional Agropecuario de 2018, señalan que a lo largo del territorio nacional existen 7.069 tambos pertenecientes a 5.960 establecimientos agropecuarios en Argentina. La disminución es abrupta si se tiene en cuenta que en el año 2002 se relevaron 15.250 tambos y más de 30.000 en el año 1988. Según el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Alimentos de Córdoba, en la provincia existían en el año 1999 9.343 tambos, en el año 2003 habían descendido a 3.208 (Rossi *et al.*, 2014: 155). De acuerdo al Registro de Productores Lácteos (en adelante: RPL) creado por dicho Ministerio, en la provincia existían 2800 tambos en el año 2018²⁸. Por tanto, estamos ante una reducción del 54% de los tambos a nivel nacional entre los años 2002-2018 y del 70% en la provincia en el periodo 1999-2018.

La siguiente conversación con un productor tambero refleja la orientación de estos cambios:

–No sé si se está produciendo más leche. Lo que pasa es que se concentró más. Antes no había tambos mayores a 1000 litros, 1500 eran los súper tambos. Hoy no hay de menos de 1500 litros.

–Claro, se concentró la producción...

–Sí. Usted dice “fui de acá a Río Cuarto y no vi ni una vaca a la orilla de la ruta”. Y no ve ni una vaca. Están todas concentradas, están todas encerradas en corrales apretados.

En aquel momento, mi intervención dejó entrever una atención más interesada en la reconfiguración de la estructura productiva. Pero, mi interlocutor me agregó algo más: *cómo* eso estaba sucediendo. Me describió el tipo de cambios operados en el proceso productivo, donde –al igual que en la agricultura– primó la incorporación de nuevas prácticas y tecnologías. Me estaba marcando una transformación signada por un paulatino abandono de un tipo de producción que mis interlocutores denominan “tradicional” o “pastoril”, caracterizado por vacas que comían “a campo”, es decir, alimentándose con pasturas implantadas, y ordeñadas a mano o con máquinas que permitían mecanizarlo desde la década de los 80. En cambio, el modelo en boga, promete a los establecimientos de tambo hacer frente a los bajos precios que paga la industria láctea por la leche cruda, así como el alto precio del suelo por la presión de las empresas agrícolas, a través de un importante aumento de la productividad.

²⁸ Los datos del Censo Nacional Agropecuario de 2018 registraron en la provincia de Córdoba 1.559 establecimientos con rodeo de tambo y 1.900 tambos. Ante la disparidad de datos y teniendo en cuenta que el relevamiento se realizó prácticamente en el mismo periodo de tiempo (otoño-invierno del año 2018), hemos optado por usar los del Registro de Productores Lácteos (MAyG 2018) por tres motivos. Según informa la Provincia, es resultado de un cruzamiento de datos de Senasa que permitió establecer un primer listado de establecimientos de tambo y, en un segundo momento, un relevamiento en terreno con un equipo de 60 personas. Por otro lado, ante la duda se optó por un criterio de precaución y se tomó el dato más alto para no sobreestimar la reducción de establecimientos, que de todas maneras es ya significativa. Finalmente, se tuvo en cuenta las críticas metodológicas al CNA 2018 que son recogidas en Soverna (2021), en particular para el caso de Córdoba se destaca que la superficie agropecuaria total se habría reducido en alrededor de medio millón de hectáreas, un dato que no encuentra explicación ni correlación con ningún trabajo de investigación en curso y lleva a deducir que no fueron relevadas.

Este proceso de concentración de la producción en un menor número de establecimientos se reflejó en el aumento de la escala productiva. En promedio los tambos, a nivel nacional, pasaron de 62 a 154 vacas totales y tuvieron un aumento de la productividad por vaca de 8,9 a 15,3 litros diarios promedio en el período de los años 1989-2008 (Garzón y Torre 2010:16). Según los datos del RPL de la provincia de Córdoba, para el año 2018 la escala promedio ya se ubicaba en 199 vacas totales y los litros promedio por vaca en 20,62.

La producción lechera nacional se realiza principalmente en cuatro provincias “pampeanas”: Santa Fe, Entre Ríos, Buenos Aires y Córdoba. Allí se concentra el 95% de los establecimientos, el 96% del ganado bovino lechero y el 97% de la producción nacional (Gastaldi et al. 2015), aunque también existen cuencas lecheras de cierta envergadura en las provincias de La Pampa, Santiago del Estero, Tucumán y Corrientes. De acuerdo a los datos provinciales del RPL, en Córdoba se producen 3400 millones de litros anuales y así se ubica como la principal productora nacional²⁹. La reducción de establecimientos afectó de modo equivalente a las tres cuencas lecheras provinciales, pero se mantuvo estable su participación relativa en el total provincial. De este modo, se observa que la Cuenca Noreste (zona de influencia San Francisco, departamento San Justo) es la más importante con 1469 tambos (el 52% del total provincial) y casi el 49% de la producción de leche cruda. La Cuenca Sureste (zona de influencia Villa María, departamento GSM) tiene 995 tambos (36%) y genera casi el 41% de la producción primaria. Finalmente, la Cuenca Sur (zona de influencia Río Cuarto, departamento homónimo) con 331 tambos (12%) es responsable del 10%.

Por último, como se observa en la tabla 4, la producción de los establecimientos de escala chica a mediana, continúa teniendo peso productivo: son responsables de más del 50 % de la leche; una diferencia significativa con respecto a la participación que tienen los establecimientos de menor escala en la producción de commodities.

Tabla 4 Participación según estrato de los tambos de la provincia de Córdoba (datos 2018 del RPL)

Estrato según litros diarios producidos	EAP	Participación del estrato (%)	Participación en la producción (litros)	Hectáreas promedio dedicadas al tambo
0 - 1000	423	15,11 %	2,8 %	98,90
1001 - 2000	736	26,29 %	12,19 %	142,85
2001 - 5000	1187	42,39 %	41,22 %	187,34
5001 - 10000	350	12,50 %	25,25 %	276,01
Más de 10000	104	3,71 %	18,54 %	554,31
Total	2800	100 %	100 %	

²⁹ Si el mayor número de establecimientos de tambos se ubica en Córdoba o Santa Fe difiere si se consulta el RPL u otras fuentes como Senasa o el CNA – Indec. Lo que sí es ratificado tanto por Senasa (2020), OCLA (2020) y RPL es que la provincia de Córdoba mantiene el mayor rodeo lechero y la mayor producción de leche cruda en litros.

En síntesis, aquella disminución de los establecimientos lácteos y del stock ganadero se dio a la par de un crecimiento en la producción, apalancado por un aumento de la productividad y de la escala productiva. Además, en la zona de análisis los tambos son en promedio más grandes y, veremos más adelante, es en la actualidad la principal industrializadora de leche en la provincia (importando materia prima de otras cuencas).

II. II. Para convivir con la soja, hay que intensificar

A continuación quisiera recuperar una situación protagonizada por un establecimiento que a lo largo de su historia organizó su producción en base a “un manejo pastoril” y, en el año 2018, decidió “probar con lo que hacen todos para empezar a sacar más leche”. Así, la familia Bianchi, que lleva adelante este tambo, llegó por recomendación a un ingeniero agrónomo – especializado en nutrición bovina– que les empezó a armar “el plan de dietas” para las vacas.

Ahora bien, sobre la manipulación de la alimentación de los animales es posible encontrar antecedentes desde finales de la década de 1880, véase por ejemplo los requisitos de pasturas artificiales que fueron impuestos en la alimentación del ganado vacuno “para mejorar los estándares” requeridos para su exportación (Giberti 1985:179; Pucciarelli 1996:32). Como animal herbívoro y rumiante, las vacas se alimentaron históricamente con pasturas, sean estas naturales o implantadas. De ahí que pueda escucharse a las y los abuelos de la zona decir: “Antes la leche tenía gusto a pasto”. Esto sin desconocer que el grano de maíz molido es un suplemento que se empezó a difundir desde la década de los años 1960 en las dietas de las vacas pero se generalizó en las prácticas productivas en la década de 1980 (Ferrero y Cravero 2017). Veamos lo siguiente, el personal técnico y extensionista consideraba que el tambo que utilizaba menos granos para alimentar a su rodeo era más eficiente, ya que las pasturas eran el recurso más barato. Este debate se revirtió cuando algunos estudios demostraron que, por cada kilo de maíz que se agregaba a la dieta de la vaca, se elevaba en un litro más su producción. Bajo esta lógica comenzó “la suplementación” en la alimentación, que se entiende en este trabajo como un proceso de “intensificación” de largo aliento.

El establecimiento de la familia Bianchi se ubica en un estrato de pequeño a mediano (con 1500 litros promedio, pero habiendo llegado a picos de 4200 años antes). La producción se organiza con el trabajo de integrantes de la familia que viven en el campo, Caty –Catalina–, una joven de 28 años, y Antonio, su padre, están en la dirección y se encargan de los animales, de la agricultura para alimentación y de las maquinarias. Ninguno cuenta con estudios especializados, ella completó la escuela secundaria y él el primario. Por su parte, su madre Mónica se ocupa de tareas administrativas y, a veces, de algunos terneros que están “delicados

de salud”. A ese esquema se suma el tambero mediero, Alfredo, un hombre que pisa los 40 años y es de un pueblito de la zona, que está a cargo de los ordeños y de la alimentación del rodeo y cobra el 10% de los ingresos (es decir, sobre el valor bruto) de la venta de la leche. La mediería es un sistema aún vigente en gran parte de los establecimientos de tambo que recorrí y volveremos al respecto más adelante³⁰.

Caty es la cuarta generación en la actividad tanto por su línea materna como paterna, además de las pocas mujeres que pude conocer en la dirección de un establecimiento. Ella fue quien se puso en contacto con el “dietista” —como lo llaman mis interlocutores—, quién empezó a ir una vez por mes al campo. En la mesa de diario de la casa familiar, instalaba su computadora portátil y hacía los cálculos de la alimentación para las siguientes semanas. A Mónica, acostumbrada a que la cocina comedor sea su área de trabajo, esas horas que él se instalaba ahí la incomodaban, pero como ninguno de los tres conocía en detalle qué era lo que allí él hacía, lo tomaron como “normal”. Como no salía a ver a las vacas, recuerda Caty que “preguntaba cómo estaba el pasto, cómo estaban las vacas. Y yo a las vacas las veía bien y le decía eso”. Sin embargo, Antonio al poco tiempo empezó a desconfiar, algo que es bastante habitual en la relación entre productores y el “saber experto” de profesionales de la agronomía y veterinaria. Así, repetía una y otra vez: “Están muy gordas estas vacas, esto no va a andar”.

La primera confirmación de que las sospechas de Antonio eran fundadas fue cuando las vacas empezaron a no quedar preñadas, luego entendieron que era porque estaban demasiado gordas. Por si hiciera falta aclarar, la base de la producción de leche en el tambo depende del ciclo de lactancia de las vacas que se produce tras su embarazo y parto. No obstante, la situación más dramática fue la que vivieron junto a las que ya estaban embarazadas. Fueron 12 las vacas que murieron súbitamente: “Venían caminando y caían muertas. Es como que estaban pasadas de energía”, me supieron explicar. En ese marco, cuando observaron que las vacas no sobrevivían, lograron salvar a algunos terneros porque Caty atinó a abrirles la panza con un cuchillo y sacarles las crías cuando una vaca caía moribunda. Luego, Mónica fue la encargada de “criar a los tres guachines” que así nacieron y sobrevivieron.

Mientras tanto, el dietista ya les había avisado que justo ese mes, en el que se desencadenaron estos hechos, iba a estar de vacaciones y, por tanto, no contestaba sus llamadas. Cuando finalmente volvió, Caty le habría dicho que no fuera más al campo: “Mi papá y Alfredo estaban

³⁰ Cabe precisar que es una relación contractual con orígenes en explotaciones que no se basaban en el trabajo familiar. Es decir, entre el propietario de la tierra y la hacienda, por un lado, y por el otro quién ponía la fuerza de trabajo (en general, una familia). Bajo estas condiciones, al tambero-mediero le correspondía como retribución el 50% de la producción. En la actualidad, la mediería se incorpora también en establecimientos donde la familia propietaria trabaja. Respecto de esta figura contractual en tambos en GSM véase Schaigorodsky y Grasso (2017); una referencia en esta temática en tambo es Quaranta (2003).

tan enojados que no sé qué iban a hacer si lo veían”. Finalmente, vendieron, como si fueran vacas de engorde, un total de 75 de aquellas vacas que no podían quedar preñadas, “estaban arruinadas” califican mis interlocutores. Según otro nutricionista al que consultaron a posterior, les habían hecho una dieta para engorde, “de *feedlot*” y no una “de proteína de leche”. Efectivamente, las vacas que vendieron pesaban entre 700 y 720 kilogramos, cuando una vaca lechera suele alcanzar un peso de entre 600 y 650.

Aquel escenario les impulsó a “volver todo a como estaba antes”, a retroceder sobre sus decisiones. “Las vacas están más que nada a pasto [i.e. alfalfa o verdeos] y les damos un poco de silo y maíz molido en el ordeño. Hasta sacamos el balanceado”. Me explicó Caty que la cuestión no es solo saber preparar dietas, sino comprender a las vacas: “Hay que recorrer el campo, ver las vacas. Lo agarré yo al tema y más o menos lo llevo, me guio por el bosteo, si veo algo mal, cambio algo”. Y a continuación empezó a mostrarme la bosta de vaca que nos rodeaba: “Si la vaca está bien, tiene que ser así, bien redondita y con un punto en el centro”.

En la actualidad la dieta de las vacas lecheras se organiza en base a la combinación de algunos de estos componentes. Las i) pasturas forrajeras y verdeos (alfalfa, avena, raigrás, centeno, moha, mijo verde, entre otros) y las reservas de estas denominadas ii) “henos”, es decir, pasto seco que se acopian en fardos o rollos y iii) el forraje “ensilado”. El silaje constituye un método que garantiza una mejor conservación del alimento porque, en lugar de quedar expuesto al aire libre, se almacena en condiciones de ausencia de oxígeno que generan una fermentación microbiana benéfica. Principalmente se realiza de maíz o sorgo y se denomina “henolaje” cuando es a base de una pastura, en general alfalfa, (pero mis interlocutores lo denominan igualmente “silo”). Por último, los (iv) “concentrados” que puede referir a los balanceados comerciales, granos de maíz o sorgo, harina y/o *expeller* (en general aquí se usa de soja o maní). También puede referir a suplementos como los núcleos de minerales y vitamínicos, así como aminoácidos específicos o permeado de suero (concentrado de lactosa).

Estos últimos son algunos de los que conocí, utilizados por mis interlocutores, y conforman un listado entre muchos otros posibles que forman parte de un mercado de insumos en crecimiento, en particular en lo que respecta a subproductos derivados de otras industrias (cervecera, aceitera, la misma láctea, entre otras). Su combinación en las dietas se realiza en base a un minucioso cálculo según estándares de ingesta ideal de fuentes de energía, proteína, vitaminas y minerales; que como vimos debe ser cuidadosamente equilibrado.

La convivencia con la producción de soja para la actividad tampera implicó la necesidad de resignar superficie y esta fue, principalmente, la destinada al pastoreo de las vacas. Es decir, se

traduce en una presión por producir más en menos tierra. El sistema pastoril constituye un saber estabilizado en las familias productoras de tambo, transmitido cuidadosamente de generación en generación. En cambio, para aumentar la producción de leche por vaca y armar dietas para el rodeo, es necesario contar con “los asesores”, como expresan mis interlocutores.

En general, a medida que el tamaño del tambo es mayor, más injerencia tienen los profesionales de la medicina veterinaria y la agronomía. En el primer caso, controlan la salud del rodeo (sanidad, genética, ginecología y obstetricia); en el segundo, preparan las dietas y diseñan las áreas de cultivo destinadas a la alimentación animal.

Lo observado en nuestro territorio etnográfico condice con lo relevado por un trabajo del INTA (Gastaldi et al 2015:5) que señala que en los establecimientos de tambo, la superficie destinada a pasturas, en promedio, disminuyó del 55 % de la superficie total en el periodo 2001-2004 al 47 % en el 2012-2013, mientras que aumentaron los cultivos destinados a granos y silajes (del 10 % al 18 % en el mismo periodo)³¹.

De este modo, cada establecimiento de tambo pone en juego su capacidad de producción de forraje y granos y, también, de comprar insumos externos. No es menor ya que, como señala otro estudio del INTA, el costo total de la alimentación puede impactar en el 35 a 50 % de la facturación de acuerdo al sistema o estrategia de alimentación utilizada (más o menos intensiva) y a los niveles de producción logrados (Centeno 2015); volveré al respecto.

Esto nos da pie a comprender mejor por qué Juan, ahogado financieramente, había decidido “darles el sorgo que tenía” para no comprar más maíz y esperar a trillar el de producción propia. La estructura de costos de los establecimientos de tambo crece por una doble vía, por un lado, por el aumento del valor de la tierra y por tanto de los arrendamientos. Por otro lado, por la mayor incorporación de insumos externos y cotizados en dólares destinados a la alimentación de las vacas –sean estos totalmente comprados o sean los utilizados para hacer cultivos propios–. Esto se puede apreciar mejor si consideramos que en el esquema pastoril, la alfalfa –la pastura más utilizada– una vez sembrada llega a durar entre tres a cinco años –según las circunstancias ambientales y condiciones de cuidado–. En algunos casos mis interlocutores relatan haber logrado mantener “la alfa” hasta siete y nueve años.

Esta tensión entre el conocimiento “tradicional” de las familias productoras de tambo y el “saber experto” presentado como “tecnologías de manejo” –es decir, de *mejor* gestión del rodeo– tiene una larga historia. Los “casos de éxito” conviven con experiencias frustrantes y que en ocasiones deja a los establecimientos en riesgo de quiebra, como acabamos de analizar.

³¹ Si bien se basa en una muestra de tambos de la región pampeana, cabe señalar que lleva ya cinco relevamientos sobre la misma, lo cual aporta una interesante serie histórica de datos sobre dicho grupo desde el año 2000.

III. NO TODO ERA SOJA: SOBRE OTROS PROCESOS EN LOS PLIEGUES

En los dos siguientes apartados (IV y V) nos detendremos en específico en las estrategias que desarrollan las familias productoras para adaptarse y persistir en la actividad, así como en (VI) la relación con la industria láctea que compra cada día la producción de los tambos. Por ello, aquí vamos a recuperar elementos que nos van a permitir asir que la competencia de la soja tiene otros antecedentes. Se pondrá atención a no reducir los ciclos de expansión y contracción de la actividad a una única variable explicativa, para no dejar en los pliegues otras tendencias de largo plazo que se complementan u oponen para igualmente constituir esta figuración que es el complejo agroindustrial lácteo. En lo que sigue, vamos a seguir (I) los procesos de modernización de la actividad, así como (II) el de agriculturización.

III. I. El *leit motiv* de modernizarse, un proceso de largo plazo

Comenzaré apuntando algunos datos históricos de la actividad láctea en nuestro país. No hay registros de consumo de leche fluida o derivados lácteos en el periodo precolombino e, incluso, en la época colonial fue escaso su desarrollo y para autoconsumo (Ferrero y Cravero 2017).

Las migraciones vascas y escocesas durante la primera mitad del siglo XIX, a lo que se suma durante la colonización agraria las suizas, italianas y escandinavas, fueron las que difundieron las prácticas productivas y hábitos alimenticios lácteos. En aquella etapa los estancieros se orientaban a la producción ganadera para carne con fines de exportación y la lechería argentina inició con el trabajo de familias productoras que crearon las primeras cremerías en los pueblos pampeanos o vendían la leche fluida a caballo en los radios urbanos³². Incluso la antropóloga S. Pardías (2017) sostiene que fue una actividad principalmente desarrollada por mujeres en sus comienzos, integrada al trabajo de la esfera reproductiva.

Las décadas de 1920 a 1940 fueron de expansión de la industria láctea orientada principalmente al mercado interno. Este desarrollo en gran parte fue de la mano del movimiento cooperativo, que podemos dimensionar en las 400 cooperativas lecheras que se habrían creado para el año 1951, de las cuales 192 se encontraban en Santa Fe y 143 en Córdoba (Ferrari y Cravero 2017:142). El caso más emblemático es SanCor creada en el año 1937, resultado de la

³² Las primeras fábricas modernas -con maquinaria importada y criterios higienistas de producción- implicó el ingreso del capital en la última década del siglo XIX. La primera de ellas fue La Martona, fundada por el estanciero bonaerense Vicente L. Casares en 1889. Le sucedieron otras usinas lácteas en asociación entre capitales locales, ingleses y escandinavos (Ferrero y Cravero 2017; Gómez y Zubizarreta 2013). Con el ingreso de estas empresas y un mercado interno pequeño, comenzó la exportación de manteca y caseína. No obstante, a los pocos años se volvió inestable el acceso a estos mercados como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y las posteriores medidas proteccionistas, y este sector priorizó la producción de carne y se retrotrajo en la actividad lechera.

unión de 16 cooperativas de productores de Santa Fe y Córdoba, que desparramó rápidamente fábricas en pequeños pueblos del agropampeano.

Cabe aquí no perder de vista, como explica la historiadora G. Olivera, que el movimiento agrario cooperativo surgió “entrelazado al movimiento reivindicativo chacarero”. En otras palabras, reconstruye la investigadora que el debate de la época giraba en torno a la pregunta respecto a si “para beneficiar a los productores, ¿había que formar una asociación gremial, una cooperativa o una empresa?”. La opción por la vía cooperativa fue la que en gran medida predominó en la región pampeana de Argentina (Olivera 2020).

Como señala la investigación de G. Gutman y P. Lavarello (2002:67-69) es un periodo en el que se alcanza un importante autoabastecimiento del mercado interno y mayores niveles de productividad. Por otro lado, aunque persistían miles de pequeñas y medianas usinas, el procesamiento empezó a concentrarse en su mayor proporción en tres grandes firmas: la ya mencionada SanCor, la empresa suiza que ingresó al país en el año 1930, Nestlé, y una empresa de –por entonces– capital familiar de provincia de Buenos Aires, La Serenísima.

Por otro lado, a partir de la década del 50 se empezaron a difundir nuevas prácticas productivas que hacían hincapié en la sanidad e higiene de la producción primaria, foco de controversias por las condiciones de ordeño (al aire libre y a mano) y básicas de conservación de la leche hasta su ingreso en las usinas lácteas (se refrescaba en agua). Aunque había habido intentos previos de generalizar la pasteurización, no se había logrado (por ejemplo, Ordenanza Sommer, 1907). A partir de 1957 la provincia de Buenos Aires dictó la obligatoriedad de pasteurizar, que se replicó en otras legislaciones provinciales y, en el año 1963, el gobierno nacional hizo lo mismo con el decreto N° 6640 de “Tipificación de la Leche”. Además estableció estándares de calidad que incrementaban el pago que recibían los tambos, un 2,5% más si el rodeo certificaba estar libre de brucelosis y tuberculosis³³ o por las instalaciones, como ser tinglado para realizar el ordeño, piso de material, acceso a agua, equipo de frío.

Como vimos en el capítulo precedente, en un contexto de políticas desarrollistas que impulsaron la modernización de la actividad agropecuaria, la acción estatal predicaba la necesidad de una orientación empresarial en la misma. Por ejemplo, en el fundamento de aquel decreto establecía: “Procurar no sólo una garantía para la salud del pueblo sino también un estímulo para el productor progresista que invierta su capital y comprometa su esfuerzo”. Este aliento a un “cambio de mentalidad” en la gestión agropecuaria lo podemos encontrar también en materiales del INTA, como el que recupera G. Olivera, que afirmaba: “Todo el conjunto del

³³ La brucelosis y tuberculosis son enfermedades bacterianas en mamíferos que se puede controlar con vacunación. En caso de presentarse, ambas requieren sacrificar los animales enfermos.

negocio del tambo debe ser atendido y manejado con habilidad de empresario” (Maubecin 1972 en Olivera 2013:212).

No obstante, luego del primer ciclo de crecimiento de la producción de leche cruda y a pesar de la creación de usinas lácteas, continuó un desarrollo definido como “lento”. La producción lechera creció a una tasa sostenida del 9% anual desde 1915 a 1924, pero para los periodos 1950-1954 y 1973-1977 será inferior al 1% anual (Ferrero y Cravero 2017:158).

Como señala M. Posadas (1995:92), el proceso modernizador en el sector lácteo se puede dividir en dos etapas y que la segunda comienza en la década del 80, cuando los programas de transferencia tecnológica pasan a estar dirigidos y financiados por las tres grandes empresas lácteas interesadas en impulsar una mayor producción primaria. Así, el INTA pasó a ocuparse de la investigación aplicada y sobre dicha base la difusión fue implementada por Nestlé, SanCor y La Serenísima³⁴.

En la zona de análisis, hasta donde se pudo reconstruir, la empresa que lo implementó de modo sistemático fue la trasnacional Nestlé, con un programa que aplicaba en las distintas latitudes donde estaba emplazada. Para el caso de la cuenca lechera de Villa María, donde tenía –y mantiene hasta la actualidad– una de sus plantas de producción de Argentina, conformó un equipo de profesionales de la agronomía, veterinaria, la psicología y la comunicación.

Este proceso me fue relatado en primera persona por uno de estos técnicos, cuya trayectoria quisiera situar institucionalmente como parte de un proceso general del sector. El ingeniero Fonzi se graduó en agronomía en la Universidad de Buenos Aires en la década de los 70, profesión que eligió –según me explicó– preocupado “por el hambre en el mundo”. En un primer momento se insertó laboralmente en la sede del INTA de la cuenca láctea del centro santafesino, luego, en los años 80 se incorporó al equipo de técnicos de Nestlé en Villa María. Se dedicó a la “comunicación tecnológica”, siguiendo la categoría que él utiliza para definir su quehacer “de toda la vida”. Me supo explicar que el equipo de técnicos era “fogoneado” por Nestlé para organizar capacitaciones y asistencia técnica; buscaban incentivar la adopción de cambios mediante la comprobación del aumento efectivo de sus ingresos.

En aquella época, las familias de la zona recuerdan que en su mayoría los establecimientos ordeñaban a mano y la producción diaria no superaba, según el caso, los 100 a 500 litros. En particular, que no había grandes diferencias tecnológicas entre los tambos grandes y los más chicos y, en parte, la envergadura dependía de la mano de obra familiar disponible.

³⁴Al respecto se puede consultar Ferrero y Cravero (2017) que reseñan los acuerdos de investigación entre el INTA Rafaela y SanCor, Posadas (1995:110) describe los programas desplegados por La Serenísima en la provincia de Buenos Aires.

Mi interlocutor me enfatizó en distintas ocasiones que el objetivo no era solo que el establecimiento tuviera que comprar equipamiento (para mecanizar el ordeño o enfriar la leche). Modernizarse implicaba también “prácticas de manejo” y su incorporación impactaba tanto a corto como mediano plazo sin una gran inversión. Entre las prácticas que se difundieron se puede mencionar: los dos ordeños diarios y sin la participación de terneros; el uso de boyero eléctrico para el aprovechamiento eficiente de las praderas de pasturas; la producción de reservas de alimento para la época invernal –silaje y heno–; la provisión de suplementos dietarios como el maíz molido. A todas estas prácticas que apuntaban a la producción diaria, se debe incluir las dirigidas a “la proyección a futuro”. Sobre ese eje se hizo hincapié en que debían conocer la cantidad y calidad de la producción de sus vacas para “apuntalar la genética”. Esto refiere a descartar los animales de escaso rendimiento y orientarse a reproducir “los mejores ejemplares”. Para ello, se insistía en la incorporación del “control lechero”, una medición que realiza un inspector que se traslada al establecimiento durante un día³⁵ –más adelante veremos que si bien el “control lechero oficial”, como lo denominan mis interlocutores, no se generalizó en los establecimientos principalmente por su costo, sí se incorporó como práctica la selección de “las mejores vacas” para hacer “la genética propia”–.

De aquel proceso de difusión e incentivo de modernización quisiera destacar dos situaciones que permiten ponderar la magnitud de las transformaciones impulsadas. Por un lado, para aquel ingeniero, una de las prácticas de “más difícil adopción” por parte de los establecimientos de tambo fue “sacarle el ternero a la vaca”. En los siguientes términos me lo explicó: “¿Qué era lo que pasaba? Los terneros tomaban toda la leche que querían. Después, para ordeñar primero le hacían mamar al ternero para empezar a sacar leche. ¡Era un quilombo! Tomaba una barbaridad de tiempo. ¿Qué le explicábamos? Que no era necesario hacerle mamar y que el ternero se puede criar con mamadera y balde; y sabés mejor cuánto come. ¡Hay un protocolo comprobado de que funciona! ¡Pero costó una barbaridad!”. Sobre estas controversias volveré más adelante, aquí el punto es señalar la orientación de las políticas de modernización y que implicaron para las familias productoras replanteos de sus relaciones con los animales y los saberes que venían construyendo sobre cómo hacer o no el tambo. En este sentido, quisiera cerrar esta caracterización recuperando otra situación que Fonzi sintetizó como “una satisfacción”. Me supo contar que un extensionista del INTA cada vez que lo encontraba le decía: “¡No puedo

³⁵En el año 1977 el Estado argentino asumió la responsabilidad de fiscalizar y certificar la producción del ganado lechero, con miras a su mejoramiento genético, así se crearon entidades responsables de realizar las pruebas de control lechero “oficial” que permitían el cobro de la bonificación extra en el precio de la leche. A partir del año 1981, la actividad de fiscalización y certificación del Control Lechero fue delegada a la “Asociación de Criadores de Holando Argentino” (Acha) y en el año 2019 algunas regionales de Control Lechero se desvincularon de Acha pero continuaron realizando siendo entes de control oficial.

creer lo que lograste en una multinacional como Nestlé!”. Se refería a que, a partir de estos programas de modernización, en el término de cinco años, con apoyo crediticio y capacitación, habían conseguido que un grupo de 12 tambos que inicialmente en conjunto producían 1200 litros pasaron a ordeñar más de 1400 litros.

La experiencia narrada por nuestro interlocutor encuentra asidero si observamos que el aumento en la producción de leche entre los años 1991 y 1999 fue de casi el 74% —datos de la DNL—. Este incremento de la producción se orientó a la exportación, principalmente a Brasil en el marco de las relaciones de apertura entre los países del Mercosur, pero tuvo un corte abrupto a partir de la crisis socioeconómica de dicho país en el año 1999. En consecuencia, hubo una sobreoferta en el mercado interno, los precios en góndola bajaron y la industria lo trasladó a los establecimientos de tambo. Esto a su vez se conjugó con la crisis socioeconómica que se agudizaba en Argentina en aquel periodo, que bajó aún más el precio real percibido por los establecimientos de tambo, y con condiciones climáticas adversas en las principales cuencas lecheras (Mancuso y Terán 2008). En efecto, al final de esta etapa “modernizadora” el saldo fue una mayor producción y posterior caída y el cierre de numerosos tambos.

Pasada la década de los 90, “Nestlé se dedicó a comprar leche y nada más” y aquel ingeniero se abocó a la docencia universitaria y continuó asesorando al sector lácteo.

Hasta donde pudimos constatar, en la actualidad, el rol de difusión de innovaciones es realizado por las empresas que comercializan insumos (sea en el ámbito de la reproducción animal, genética, tecnología para el ordeño o el control informático de animales, concentrados, entre otros). Dichas empresas, en general, se contactan con profesionales de la agronomía y veterinaria que trabajan como asesores de varios tambos o como empleados exclusivos en los grandes establecimientos. Este personal es el encargado de sugerir o decidir la compra y son el eslabón directo de difusión “tranquera adentro” de las novedades tecnológicas. Cuando están ligados a grandes explotaciones viajan al exterior (a países de referencia como Estados Unidos, Israel o Nueva Zelanda) en “tours” organizados para conocer casos emblemáticos; en la escala mediana a grande, conectan a las y los productores para que conozcan establecimientos locales de los cuales pueden replicar “innovaciones”.

Respecto al rol del Estado no se pudo constatar entre mis interlocutores vínculos sistemáticos con extensionistas del INTA u otro organismo afín, aunque sí el conocimiento de la oferta de capacitaciones específicas. Por otro lado, sí se identificó la existencia de programas de Cambio Rural³⁶, en particular en el segmento de pequeña escala, y en general “inactivos” —según

³⁶ El “Programa Federal de Reconversión Productiva para la Pequeña y Mediana Empresa Agropecuaria, Cambio Rural”, más conocido como Cambio Rural, es un programa del MAGyP que ejecuta el INTA, creado en el año 1993, orientado a conformar

calificaban los y las productores— y en algunos casos me explicaron que a causa de la falta de pago a sus coordinadores durante el periodo de mi trabajo de campo. Esto encuentra una correlación en datos del CNA 2018, que señalan en GSM una baja vinculación con programas estatales, nacionales y provinciales, significativamente menor respecto a otros departamentos.

De igual modo, no se identificó la participación del grupo de establecimientos que se acompañó en espacios gremiales como Federación Agraria, Sociedad Rural o sectoriales. De hecho, resulta sugestivo que la Cámara de Productores Lecheros de la Provincia de Córdoba, que supo tener un rol protagónico a inicios del milenio en los reclamos del sector, anunció su disolución a finales de 2021, tras varios años de baja participación y haber quedado con sólo seis socios activos. Tampoco de otros técnico – políticos como, por ejemplo, los grupos CREA Tambero. Recién en el año 2012 se conformó el primero en la cuenca sureste (presentado públicamente en el año 2018) y, hasta donde pudimos indagar, son de una escala productiva superior a los establecimientos analizados en este capítulo y más dispersos territorialmente.

III. II. El *boom* del maní, la soja vino después

La familia Rojas, como tantas en la zona, fue tambera y manisera y actualmente se encuentra cercana a que la cuarta generación se involucre en la actividad porque a los dos varones adolescentes “les gusta el campo”.

No obstante, en la actualidad Don Rojas es propietario de sólo 70 hectáreas del campo familiar que su padre pudo comprar en el año 1954, ya que la herencia se repartió entre hermanas y sobrinos. De ahí que para “trabajar el campo” –tomando prestada una expresión de mis interlocutores— les paga un alquiler a sus parientes y así usufructúa junto a sus hijos el total de las tierras familiares que se extienden por 200 hectáreas. Además, como él ya está cerca de los 75 años, se fue alejando de la operación diaria y se dedica a tareas administrativas, como las bancarias y los pagos a proveedores. Son sus dos hijos varones, Jorge y Sergio, que cuentan

grupos de pequeños y medianos establecimientos que, mediante la metodología del trabajo grupal y el intercambio de experiencias, mejoren sus sistemas productivos y de gestión. Cada grupo es coordinado por un profesional de la agronomía cuyos honorarios son subsidiados por el estado. Este tipo de programas es parte de lo que la investigadora Manzanal (2000) denomina “Política por Programas”, que caracterizó la política estatal en los años de la década de 1990. Algunos trabajos (Nogueira, Urcola, y Lattuada 2017; Nogueira 2020) señalan que durante los periodos 2004 – 2008 y 2009 – 2014, aunque con diferencias entre sí, representaron una jerarquización de las dependencias estatales y de la política agropecuaria y agroindustrial y de las problemáticas de la producción familiar. No obstante, a partir del año 2015 el gobierno nacional se orientó a cerrar programas o subejecutor sus presupuestos, así como despidió a una importante cantidad de trabajadores, en particular vinculados a agricultura familiar y extensionistas. Posiblemente la baja interacción con agentes del estado o sus programas, que registré en mi trabajo de campo, se deba a la coincidencia con el periodo de achicamiento estatal. Otra hipótesis a contrastar es si esto puede deberse a que estos establecimientos se ubican en su mayoría en un estrato de mediana escala, sin poder ser beneficiarios de políticas destinadas a la agricultura familiar pero tampoco de los beneficios para los grandes establecimientos. Un aspecto que amerita ser indagado con mayor profundidad.

45 y 47 años, quienes están al frente del establecimiento. El primero se encarga de las tareas de siembra, cosecha y fumigación de los cultivos para alimentación y de todo lo relativo al mantenimiento de la maquinaria. A Sergio “le gustan más las vacas” así que desde el año 2000 “se metió de lleno con los animales”. Por aquellos años con los ingresos que generaba el tambo y la agricultura “no daban los números”, me supo explicar Jorge:

–Muchos tambos que a lo largo de la zona han ido desapareciendo. En el 97, 98 fue el boom...

–De la soja – interrumpí compenetrada en el relato de mi interlocutor.

–No, el *boom* del maní –corrigió rápido y ante mi desconcierto aclaró– La soja vino después.

Mirá, para que te des una idea, un arrendamiento costaba 52 dólares en el año 92, 93 y para hacer maní ya se pagaba 100 dólares. Y entonces vos con la hacienda, ¡cómo hacías!

Como vimos, el valor del arriendo de la tierra es mayor cuando se destina a maní; mi interlocutor está señalando que los tambos no podían competir con esos valores. Antes que la soja, a la producción de leche le disputó el uso del suelo la agricultura de maní.

La experiencia de la familia Rojas, de algún modo, nos muestra un contrasentido respecto a lo que a *prima facie* resaltan los estudios agrarios. Si el avance de la agricultura sobre las tierras ganaderas nos mostró que una significativa cantidad de establecimientos que se dedicaban a la ganadería se orientaron hacia la agricultura o, siguiendo las palabras de mis interlocutores, “desaparecieron”, en cambio, esta familia decidió concentrar esfuerzos en el tambo:

–Ya a partir del 2000 nos dimos cuenta que había que poner las fichas en el tambo, pero sembramos maní hasta el año 2007. Hacíamos pocas hectáreas, pero era un lindo negocio. Buscábamos venderlo bien. Yo lo cosechaba bien prolijito, sin tierra, sin palitos.

–¿Y no continuaron porque las empresas maniseras ahora lo siembran ellas? ¿no?

–Sí y te ponen el precio ellos, no hay, como en la soja o el maíz, un precio de mercado. Y para hacer maní hay que poner toda la guita que ponen esas empresas. Si te descuidás, no cubrís los costos: un año llegó a un costo de 32 quintales, cuando un rinde normal es de 30.

Lo anterior nos permite seguir recuperando la manera en que se entrecruzan estas dos actividades características de la zona en las trayectorias de las familias. Aquello que Jorge presentaba en los términos de “un lindo negocio”, refiere a lo que se señaló en el capítulo anterior respecto a que, en la economía familiar, los años de “buena cosecha” fueron significativos. Por ejemplo, para la familia Bianchi esos años representaron una “salvación”, pero, luego, un riesgo demasiado grande que así relatan: “Empezó a ir mal y tuvimos que vender vacas para pagar los gastos”. Por ello, abandonaron la agricultura de maní.

La familia Rojas entendió, cuando decidió retirarse de la agricultura de maní, que “poner las fichas” en el tambo implicaba crecer en escala productiva, por eso se dedicaron a mejorar y agrandar las instalaciones ubicadas en el campo familiar, por ejemplo, ampliando la sala de ordeño de ocho a catorce bajadas³⁷, compraron un equipo de frío de mayor capacidad y procuraron crecer en cantidad de vacas a través de la cría y recría de las terneras propias. Además, hacía varios años que alquilaban las tierras que rodean al campo familiar, “a gente de la zona, conocida de toda la vida”, para sembrar las reservas de alimento para las vacas.

Esos planes se truncaron cuando la Cooperativa agropecuaria de la zona ofreció un precio un 50% más alto para alquilar aquellas tierras para cultivar maní y, por tanto, se quedó con los campos que rodean al establecimiento de los Rojas. Nos referimos a la cooperativa de productores a la cual está asociada esta familia, como señalan, “desde hace 35 años”, porque cuenta con una usina láctea a la cual entregaban la leche cruda. Pero, sucede que esta institución acopia y comercializa granos y desde los años 2000 también desarrolla cultivos propios³⁸.

Esta situación impulsó a la familia Rojas a empezar a alquilar un campo en Yucat con el objetivo de, paulatinamente, concentrar todo el tambo en este (que en la actualidad tienen dividido, una parte en el campo familiar y otra ahí): “Empezamos alquilando un campito al Padre Carlos con la seguridad de que podemos invertir en instalaciones para el tambo sin que nos vayan a correr y de poder expandirnos ahí a medida que se liberen otros lotes”.

Para mis interlocutores, esta cooperativa había quebrantado un compromiso: “Que venga un privado de otra zona, ponele que viniera Grobocopatel. Y, bueno, viene y paga más. Qué se yo qué hace ese tipo. Me molestaría quedarme sin el campo, pero bueno es un tipo que no me conoce, no sabe quién soy. Pero, ¡que lo haga la empresa que vos sos socio!”.

Esto, también, nos aporta elementos para comprender el dolor que estas situaciones producen en las familias productoras y, quizás, lo desconfiadas que se muestran frente a la posibilidad de desarrollar estrategias colectivas para mejorar sus condiciones de producción y/o ingresos (volveré al respecto). Sobre dicha cooperativa, durante mi trabajo de campo, recogí diversos reproches: sobre el precio que pagaba o críticas a la política o acciones de sus representantes en el Consejo de Administración. Más, en general, compartían esta idea que da por sentado que si lo hiciera “un privado” es parte de las reglas del juego, no así una cooperativa de productores.

³⁷ Refiere a la cantidad de vacas que la maquinaria puede ordeñar en simultáneo. Cada “bajada” cuenta con las pezoneras correspondientes para un animal. A mayor número de bajadas, el tiempo total del ordeño disminuye.

³⁸ La producción agrícola directa por parte de cooperativas agropecuarias fue relevada también en otros trabajos en el sur de Santa Fe y de la provincia de Buenos Aires, caracterizado como parte de las transformaciones que atravesaron dichos espacios político-productivo en el contexto de sojización, véase Hernández, Muzi y Fossa (2013:152-54).

En este marco podemos comprender que la familia Rojas llegó a un acuerdo con la empresa ABC. En los últimos dos años, empezaron a cederle pequeñas fracciones del campo familiar, por ejemplo, me explicaron: “Les dimos 25 hectáreas, que hace como 20 años que no se hace maní, y ellos nos dieron 50 para que hagamos el maíz para el silo de los animales”. Un mecanismo que, se señaló en el capítulo anterior, permite cumplir con la rotación de cultivos en la tierra y a ambas partes expandirse (una en el maní y la otra en la producción de forraje). En estas imbricadas relaciones entre actividades y actores, el maní volvió a aparecer en la trayectoria de esta familia, ahora no como una amenaza sino como una estrategia de expansión.

IV. ¿CÓMO SE PRODUCE UN TAMBO “COMPETITIVO”?

Como he precisado, la producción de tambo no se encuentra organizada solo alrededor del trabajo familiar y sus necesidades. No obstante, lo predominante es la unidad productiva familiar, que en general contrata una proporción de trabajo asalariado y, por supuesto, se observan distintos grados de capitalización y de empresarización.

En lo que sigue vamos a analizar dos experiencias “de encierre”, no porque sea lo que predomina sino porque es a donde mis interlocutores están mirando. Es decir, el sistema de manejo del rodeo que se podría generalizar a mediano plazo y es constantemente difundido en eventos del sector así como en la prensa. La opción por sistemas de confinamiento no es un debate estabilizado entre mis interlocutores y especialistas que les asesoran, sino una acalorada controversia que pone en el centro la pregunta sobre cómo se produce y reproduce un establecimiento de tambo “eficiente” y “competitivo”. Teniendo en mente que el territorio ganadero se encuentra atravesado por este debate, nos dedicaremos a comprender la forma en que medianos establecimientos de trabajo y gestión familiar emulan estos modelos productivos intensivos, en este caso el sistema de “corrales secos” o *dry lot*.

IV. I. Del tambo familiar a la empresa familiar y del sistema pastoril al “encierre”

Los dos establecimientos en los que me detendré pertenecen a la familia Piccio y la familia Favi. En ambos casos, la actividad tampera está inscripta en la historia familiar ya que son segunda y tercera generación, respectivamente. En los primeros años de matrimonio, decidieron “largarse solos”, es decir, dejar de trabajar en el establecimiento de sus padres³⁹.

³⁹ En general, en la región pampeana de Argentina estamos ante familias patrilineales: cuando una mujer se casa, se va a vivir a la casa o al campo de la familia de su marido. Las hijas mujeres no heredaban las tierras del campo familiar y, en algunos casos, recibían alguna otra compensación. Estas reglas sociales han ido cambiando para las actuales generaciones, vimos en el apartado anterior que la hija mujer de la familia Rojas, hermana de Don Rojas, sí heredó. También, se observan cambios en función de las oportunidades de trabajo que puede ofrecer cada establecimiento familiar, así algunos maridos se han integrado

Empezaron alquilando “pocas hectáreas” y ordeñando “algunas vacas”, pero conociendo en profundidad la actividad. En ambos casos, si bien al frente de la producción, con una experticia específica en el rubro, están los hombres, sus esposas trabajan a la par y participan, no tanto en las decisiones operativas, pero sí en las “importantes”. Estos hombres cuentan con estudios de nivel secundario y no heredaron tierras porque sus padres supieron tener un “campo chico”.

Aunque aquí se puede hacer una distinción, Blanca trabajó a la par de Bartolo Favi durante toda la primera etapa, cuando no habían aún contratado mano de obra asalariada, y en la actualidad “ayuda” en tareas administrativas. En el caso de la familia Piccio, donde la pareja es una década más joven, con 45 años cada uno, Celeste se desempeñaba como maestra en los primeros años de la empresa familiar y, como iba a la ciudad, se encargaba de tareas administrativas y bancarias, pero renunció a su cargo docente cuando el establecimiento empezó a ser cada vez más grande porque la operatoria lo demandaba. También, hay un movimiento de residencia distinto. La familia Favi vivió siempre en el campo hasta que la movilidad de sus tres hijos adolescentes que estudiaban en el pueblo y/o tenían actividades extraescolares empezó “a complicar todo” y se trasladaron a vivir a la localidad más cercana (a 14 kilómetros del establecimiento). En cambio, durante los primeros años de matrimonio de la familia Piccio, Santiago vivía y trabajaba en el tambo de su padre y en la ciudad estaban su esposa, Celeste, y su pequeño hijo. Cuando se “abrieron solos” armaron el tambo y se mudaron juntos a una casa que acondicionaron en un campo que alquilaron en Yucat. En lo que sigue, no me detendré en sus diferencias, salvo que sea relevante al análisis.

Estamos ante establecimientos que están ante aquel límite poroso entre aquello que los estudios rurales separan como “lógica de producción familiar” y “empresa capitalista”. Se tomó aquí el criterio planteado por la historiadora cordobesa G. Olivera (2014) de, en lugar de excluir a priori aquella capa de productores que se ha capitalizado a punto tal que su perfil se acerca más a una empresa familiar, vamos a indagar “la densidad y el contenido de estas líneas fronterizas” (véase en la tabla 5 la comparación entre los tambos estudiados).

Permítanme empezar a recuperar este proceso de cambios con las palabras de Bartolo Favi: –Con mi señora hemos trabajado muchísimo. Mirá cómo tengo las manos y rodillas. ¡Estoy hecho percha! Pero la luchamos. Hoy tenemos un tambo de 250 vacas y sacamos 7000 litros con un promedio de 30 litros por vaca al año. Es más, el último control lechero dio 31 litros. –Ah, un muy buen promedio. Más que varios tambos de la zona.

al establecimiento de su suegro, así como el caso de Micky, una mujer a la dirección, algo que décadas atrás era improbable, con excepción de las viudas. Al respecto se puede consultar Stölen (2004).

–Sí, toda genética propia. Hace muchísimos años que no metemos ni un animal de afuera. Y no largamos las vacas a pastorear. Están encerradas y les llevamos la comida ahí.

Los valores de la familia Piccio, con poca diferencia, son aún más elevados. Para el mismo periodo, ordeñaban 35 litros promedio por vaca en tres ordeñes diarios y llegan a picos de entre 38 y 40 a fines del invierno, pero con una caída promedio del 40% en el verano⁴⁰. Ambos establecimientos sobresalen, siendo que la mayoría de los tambos que recorrí, para el mismo periodo, se encontraban entre 20 y 25 litros promedio, e incluso están significativamente por encima de los promedios que registró el RPL, que vimos en el apartado II. No obstante, tampoco encuadran en la escala grande, ya que estos se ubican por encima de los 10 mil litros diarios. En esta zona la gente señala con facilidad y nombre propio cuáles son esos tambos, en particular los que superan los 25 mil litros diarios, unos seis establecimientos en la cuenca sureste.

Para el caso, estos niveles de producción son resultado de, como explicó Bartolo, “encerrar” el rodeo. Un cambio en el sistema de manejo de los animales que empezaron a ensayar hace unos cuatro años atrás, en uno, y hace cinco años en el otro. Para lo cual, participaron en eventos donde visitaron otros tambos y toman las decisiones junto a sus “asesores”, el ingeniero agrónomo y el veterinario que les visitan una vez al mes.

Las vacas también duermen en corrales en el sistema pastoril o “mixto”. La diferencia principal es tanto la cantidad de “subcategorías” en las que es organizado el rodeo y que no salen de los corrales. En el sistema pastoril las vacas están unas 10 horas en promedio pastoreando, lo que implica que ellas recogen el alimento y también se desplazan en su búsqueda, por tanto, caminan varios kilómetros por día. En cambio, en los sistemas de encierre las vacas solo salen del corral para ser ordeñadas.

Lo predominante en los establecimientos de la zona es lo que denominan un sistema “mixto”. Esto es que el pastoreo se complementa con una ración mezclada que preparan y disponen en las “piletas” o “comederos” de alimentación, como el caso del tambo de las familias de Juan y los Rojas. Además, incluso en las experiencias “pastoriles” que conocí –sin ración mezclada–, durante el ordeño las vacas comen una porción de balanceado y/o granos de maíz molido y silo.

Cabe aquí hacer una distinción entre los sistemas “de encierre”. Por un lado, el “estabulado” es un modelo de manejo donde las vacas permanecen en “galpones” –tomando la expresión de

⁴⁰ Esto es así en la mayoría de los establecimientos, aunque en algunos la caída sea menos abrupta. Antes la estacionalidad en la producción se concentraba en el verano, porque era la época de mayor desarrollo de pasturas. En la actualidad se desbalanceo hacia el invierno-primavera, mis interlocutores suelen explicar que se debe a que las vacas son poco tolerantes al calor: “El calor te mata el ternero recién nacido o te pincha una lactancia”. Pero, también, tiene relación a que la industria se ocupó de incentivar una mayor producción en invierno y pagaba una bonificación durante el periodo modernizador de los años ’80.

mis interlocutores, que también podríamos traducir como “establos”-. Estos son denominados por la literatura especializada como *free stall* (es decir, con camas individuales) o *compost bedded pack* (con camas comunitarias). Requieren de una inversión en infraestructura que está fuera de las posibilidades de los pequeños y medianos tambos porque exige disponer de maquinaria específica y en constante uso para acondicionar diariamente las camas –ya que de lo contrario las condiciones serían propicias para que proliferen enfermedades– y para preparar y trasladar el alimento hacia la “pista de alimentación”.

En Córdoba habría unos 500 establecimientos con sistemas de “encierre” de animales, pero solo 36 serían estabulados (Iachetta 2019). Los casos que estamos analizando se ubican en una opción “intermedia” –de menor inversión– denominado *dry lot*. Consiste en el “encierre” de las vacas en corrales con comederos para su alimentación (también denominado ensenadas móviles). El *dry lot* fue desarrollado en la región ganadera de Arizona, Estados Unidos, caracterizada por un clima seco, con precipitaciones menores a 500 milímetros (Frossasco et al. 2015). Esto se ha replicado en nuestro país y, en particular, en la región de análisis donde el promedio histórico anual es de 801 milímetros –concentrados entre noviembre a febrero–. No obstante, para mis interlocutores se ve compensado por la gran diferencia entre estaciones, ya que el periodo “seco” se extiende entre finales del otoño e inicios de la primavera. A pesar de ello, reconocen que en el verano “es un asco de cómo están embarradas las vacas”.

Esto explica, además, que las vacas en este sistema estén más expuestas a enfermedades e infecciones como mastitis, al quedar sus ubres embarradas en tierra mezclada de heces y orina.



Ilustración 14 Vacas comiendo en piletas (arriba) la mezcla preparada con el mixer a partir del forraje ensilado (abajo).
Archivo propio

En función de ello, el mantenimiento de los corrales implica correr las piletas de alimentación de un lugar a otro cada dos o tres días (porque allí se concentra también la materia fecal), emparejar el suelo y juntar la bosta seca. A su vez, una vez al año, toda el área que se utiliza para los corrales –un área de entre 10 a 15 hectáreas en estos establecimientos– se reubica en otro sector –siempre priorizando no alejarse demasiado de la sala de ordeño–. En otras palabras, la menor inversión en infraestructura es reemplazada por una mayor cantidad de trabajo involucrado en el mantenimiento de los corrales y cuidado de los animales



Ilustración 15 Tambo pastoril. Vacas en ordeño pastoreando un lote de alfalfa. Archivo propio



Ilustración 16 Tambo drylot: a la izquierda "recria" en corrales. A la derecha vacas en pileta en tambo drylot. Archivo



Ilustración 17 Tambo estabulado con "camas calientes" o comunitarias. Archivo propio

Tabla 5 Caracterización de tambos estudiados

Nº	Seudónimo	GESTIÓN - DIRECCIÓN					Sist. Productivo *	Tenencia de la tierra **	MANO DE OBRA			ESCALA PRODUCTIVA		
		¿Propietario/a está involucrado en la gestión y operación diaria?	¿Quién está en la dirección del establecimiento?	¿Propietario/a vive en el campo?	¿Nivel de estudios alcanzado?	Edad			Familiar	Asalariada (p = pareja)	Vínculo entre familiares	Rodeo total ***	Vacas en ordeño	Litros promedio
1		No	Gerente	No	Ingeniero agrónomo	-	P	P	-	6	-	480	230	5000
2		Si	Matrimonio cabeza de familia	Si	Secundario	44	M	A	3	2	Una pareja y su hijo	330	171	3000
3	Familia Favi	Si	Matrimonio cabeza de familia	No	Secundario	55	D	A	3	7 (3 p)	Una pareja y su hijo	600	250	7500
4		Si	Unipersonal (Hombre cabeza de familia)	Si	Primario	61	M	A	1	3 (1 p)	-	340	185	4000
5	Familia Bianchi	Si	Integrantes de la familia propietaria	Si	Secundario	27 y 55	M	A	3	1	Una pareja y su hija	300	90	1500
6	Familia Piccio	Si	Matrimonio cabeza de familia	Si	Secundario y Profesorado	45	D	A	2	10	Una pareja	610	220	7500
7	Familia Rojas	Si	Integrantes de la familia propietaria	No	Secundario	73, 43 y 45	M	A+P	3	9 (3 p)	Padre y dos hijos varones	720	450	10000
8		Si	Gerente	No	Ingeniero agrónomo	-	M	P	-	6	-	680	335	8000
9		Si	Matrimonio cabeza de familia	Si	Secundario	38 y 41	P	A	3	1	Una pareja y su hijo	300	100	2100
10		Si	Unipersonal (Hombre cabeza de familia)	No	Médico veterinario	40	M	A	1	5	-	360	210	5600
11		No	Propietario y Gerente	No	Secundario	más de 70	E	A+P	-	25	-	2000	800	24000
12		Si	Integrantes de la familia propietaria	Si	Secundario	60, 32 y 35	M	A+P	3	-	Padre y sus dos hijos varones	120	79	1500
13		Si	Integrantes de la familia propietaria	No	Secundario (padre) e ingeniero agrónomo (hijo)	55 y 31	P	A+P	2	3	Padre e hijo	340	175	3500
14	Familia Ronci ****	Si	Integrantes de la familia propietaria	Si	Secundario y uno con estudios universitarios en curso	50, 25 y 23	M	A+P	3	10 (2p)	Padre y sus dos hijos varones	680	400	11000
15		Si	Integrantes de la familia propietaria	Si	Secundario e ingeniero agrónomo	54 y 29	M	A+P	3	4	Padre y su hijo	390	190	4700
16		Si	Integrantes de la familia propietaria	Si	Secundario	32, 51 y 72	M	A+P	10	4 (2 p)	Abuelo, su hijo y su yerno, nietos/as	520	300	7200

* M = Mixto, P = Pastoril, D = Dryloy, E = Estabulado

** Tierra propia = P, A = Arriendo, Arriendo + Tierra propia = A + P

*** Incluye terneros y terneras

**** Se analizará en el siguiente capítulo

Los datos son parcialmente comparables, fueron tomados entre julio y noviembre del año 2019. Por tanto, algunos establecimientos estaban en pico de pariciones (y por tanto de vacas en ordeño) y otros ya entrando al periodo de descenso de la producción diaria de leche, que en el verano llega a su piso anual.

Nº	ESCALA PRODUCTIVA			AGRICULTURA Y FORRAJES					COMERCIALIZACIÓN				
	Litros prom. por vaca	Ordenes por día	Hectáreas	¿Produce su forraje?	¿Tercerizan labores forrajeras?	¿Hace agricultura?	Si hace agricultura, ¿en qué proporción?	¿Hizo maní en algún momento?	Destino de la producción	Estrategias de valorización de la producción	Generaciones en la actividad	Continuidad intergeneracional	¿La generación anterior fue propietaria de tierra?
1	22	2	250	Si	Parcialmente	Si	Si. Otra unidad de negocio (+1500 ha.)	Si	Cooperativa de productores tamberos	Asociado a cooperativa	NS/NC	NS/NC	Si
2	18	2	180	Si	Totalmente	No	Un lote de soja para la rotación de cultivos	No	Pyme de capital nacional	Un porcentaje de su producción la cobra con queso a fazón que revende	3ra.	Hijo continúa	No
3	30	2	360	Si	Totalmente	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	No	Gran empresa de capital extranjero	-	3ra.	Hijo continúa	Si
4	22	2	300	Si	Parcialmente	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	Si	Gran empresa de capital nacional	-	3ra.	No continúa	No
5	18	2	350	Si	Parcialmente	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	Si	Pyme de capital nacional	En el pasado estuvo asociado a cooperativa	4ta.	Hija continúa	No
6	35	3	400	Si	Totalmente	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	Si	Gran empresa de capital nacional	En el pasado estuvo asociado a cooperativa	3ra.	Hijos/as en edad escolar	Si
7	22	2	520	Si	Parcialmente	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	Si	Gran empresa de capital nacional		3ra.	Hijos/as en edad escolar	Si
8	24	2	480	Si	Parcialmente	Si	Otra unidad de negocio (+1000 ha.)	Si	Cooperativa de productores tamberos	Asociado a cooperativa	NS/NC		Si
9	21	2	170	Si	Parcialmente	No	-	No	Pyme de capital nacional	En el pasado estuvo asociado a cooperativa	2da.	Hijo continúa	No
10	27	3	205	Si	Parcialmente	No	-	No	Cooperativa de productores tamberos	Asociado a cooperativa	1era.	Hijos/as en edad escolar	No
11	30	3	1100	Si	Totalmente	Si	Si. Otra unidad de negocio	Si	Gran empresa de capital nacional	-	2da.	No continúa (sí en otras actividades del agro)	Si
12	19	2	150	Si	Parcialmente	No	-	Si	No vende a la industria	Procesamiento propio y estuvo asociado a cooperativa	3ra.	Hijos continúan	Si
13	20	2	220	Si	Parcialmente	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	Si	Gran empresa de capital extranjero	En el pasado estuvo asociado a cooperativa	3ra.	Hijo continúa	Si
14	27	2	750	Si	No (y ofrecen ese servicio a otros tambos)	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	Si	3 grandes empresa de capital nacional	Pool de leche	3ra.	Hijos continúan	Si
15	25	2	350	Si	Parcialmente	Si	Otra unidad de negocio (+200 ha.)	Si	Cooperativa de productores tamberos	Asociado a cooperativa	3ra.	Hijo continúa	Si
16	24	2	600	Si	Parcialmente	Si	Un lote de soja para la rotación de cultivos	No	No vende a la industria	Procesamiento propio y estuvo asociado a cooperativa	3ra.	Hijo y nieto continúa	Si

IV. II. El ciclo productivo y reproductivo de los establecimientos de tambo

Si bien la subdivisión en categorías no es exclusiva de los sistemas de confinamiento, sino que es una de las “prácticas de manejo” del periodo modernizador, sí podemos afirmar que optar por “encerrar” los animales supone organizarlos en agrupaciones. A continuación, vamos a repasar esta disposición en base a dos grandes categorías que, también, implican dos ciclos temporales distintos: I) la guachera y la recría y II) el ordeño y la preñez.

IV. II. I. La guachera y la recría

El ordeño, en torno al cual gira el ciclo productivo, inicia a partir del parto de la vaca, por eso vamos a comenzar por allí. En la actualidad es una regularidad que los terneros son separados de las madres al nacer. Así inicia la “crianza artificial”, como la denomina la literatura especializada. En los establecimientos que aquí se analizan implica que apenas nacen quedan atados a una estaca y son alimentados a mamadera y luego con un balde (véase ilustración 18). Esto implica tareas de cuidado específicas, de alimentación y prestar atención a indicadores de salud (como el crecimiento en tamaño y masa muscular o las manifestaciones de malestar, como diarreas o la no ingesta total de sus raciones, secreciones nasales u oculares).

En el momento pico de pariciones en estos establecimientos llegan a tener entre 90 y 100 terneros en la guachera y quedan allí alojados durante 60 días. “Ahí está el futuro”, afirman mis interlocutores porque su buen desarrollo define la capacidad del establecimiento de incorporar vaquillonas al sistema productivo y, con ello, la reposición de los animales que “salen” a causa de vejez o enfermedad. La diferencia entre las que ingresan y salen explica si el rodeo disminuye, se mantiene o crece, y puede implicar, según sea positivo o negativo ese resultado, una necesidad de inversión (comprar vaquillonas), o un excedente (vender vaquillonas).



Ilustración 18 Terneras y terneros en la guachera. Archivo propio

Una vez que pasan los primeros dos meses de vida, empiezan a vivir en los corrales y como explican mis interlocutores pasan “de la estaca al campo”. Esta etapa es denominada “recreía”. Las terneras pasan de un corral a otro incorporando pasturas secas de alfalfa, maíz molido y silo, abandonan paulatinamente el balanceado comercial y la leche. “Así se acostumbran a la comida”, dicen mis interlocutores, porque la dieta es cada vez más parecida a la de las vacas y se van trasladando de un corral a otro según su tiempo de vida y crecimiento.

Por su parte, los machos son separados y criados hasta que alcanzan, como mínimo, 140 o 150 kilos para poder ser vendidos. Esto equivale a aproximadamente seis meses y se venderán antes o después según la necesidad financiera porque también son un capital o ahorro.

IV. II. II. El ordeño y la preñez

Las terneras cumplen el ciclo de crianza entre sus 13 y 15 meses y pasan a considerarse “vaquillona para inseminar”. En estos establecimientos las vacas “no son entoradas”, como suelen expresar mis interlocutores para referir a la copulación entre animales bovinos, y no hay toros en el rodeo. En otros establecimientos que recorrí, la inseminación se reserva para las vaquillonas y las vacas son preñadas por el toro, en general, uno o dos para todo el rodeo.

La inseminación artificial, en general, fue incorporada en los años 90, el productor al frente del establecimiento realiza un curso específico y empieza a realizarla él mismo. Recién cuando el establecimiento crece en volumen de vacas y tareas, es una actividad que delegan a alguien de su confianza (el tambero-mediero o un familiar). En los dos establecimientos en análisis, el semen que compran es “sexado”, es decir, que garantiza en un 90% que los nacimientos serán hembras. Lo utilizan en vaquillonas y vacas seleccionadas, ya que es tres veces más caro.

Al momento de comprar semen, me explicaron en distintos establecimientos, revisan el catálogo y seleccionan algunas características en particular, siendo las más frecuentes: la facilidad de parto, las ubres cortas, “patas fuertes”. Todos mantienen un rodeo de la raza Holando-argentina (derivada de Holstein) y en un solo establecimiento de los que visité optaban por comprar semen de raza Jersey. Me explicaron que querían probarlo en las vaquillonas —que son Holando-argentina— porque la leche tiene más concentración de grasa. Para el resto de mis interlocutores, la Holando-argentina es una raza probada y no les interesa experimentar con otras. Más bien, apuntan a “mejorar” su rodeo.

La práctica de hacer “genética propia” es una regularidad en los tambos que recorrí, aunque en cada uno se despliega según sus propias condiciones. Sin embargo, está lejos de las genealogías certificadas en términos de pedigrí e incluso la mayoría hace “control lechero común” —es decir, que no está avalado por una entidad reconocida como “oficial”, en general

más baratos y esporádicos—. Con diversa rigurosidad según cada establecimiento, el linaje del rodeo se registra en planillas y hay un cierto conocimiento sistematizado —ascendencia y descendencia, fechas de servicio, productividad en el ciclo de lactancia, enfermedades...—. Pero la “presión de selección” —como llaman a esta práctica los y las médicos veterinarios— tiene un límite en las condiciones de cada establecimiento de poder “sacar una vaca fea” del sistema productivo. Para el caso, me supo explicar un productor: “Yo cuando logre llegar a un nivel de 200 vacas en ordeño, voy a tener la posibilidad de esa vaca —señala una renga— haberla sacado hace seis meses atrás. O esa otra porque tiene las ubres colgadas”.

Aquí tenemos que, aunque el rodeo lechero se ha concentrado en Holando-argentina, el eje de la producción y reproducción del rodeo “propio” se basa en un valor pragmático —más que en el valor simbólico y biocomercial que hace a la lógica del pedigrí—. Hacer “genética propia” es *hacer vacas*, en los términos que lo explican M. de la Cadena y S. Medina (2020; véase también Grasseni 2007). Son vacas adaptadas a *su* campo, no solo en sus dimensiones físicas de suelo y clima, sino también en términos de las necesidades del sistema productivo. En otras palabras, si como afirma la bióloga y filósofa D. Haraway la “reproducción científica” (Haraway 2008:52-53) introdujo una serie de prácticas tecnocientíficas, eugenésicas y reproductivas, que convirtieron en mercancía a algunos animales, aquí encontramos una apropiación que permite a estos tambos hacer vacas adaptadas a sus formas de hacer tambo.

Tal como señala Cristina Grasseni (2005, 2007) en su trabajo con granjas europeas, la visión es una habilidad de mucha relevancia para el trabajo con el ganado vacuno. Mis interlocutores observan para interpretar problemas de salud o la inminencia de un trabajo de parto, así también detectan si una vaca está en celo. Para ello, le pintan la parte trasera a las que están en fecha para ser inseminadas y esperan a que sea “despintada”. Según me explicaron, “cuando la vaca está en celo, las otras la montan y así avisan”. Luego, observan el comportamiento en los corrales de las “despintadas” para confirmar el celo⁴¹.

Finalmente, en estos establecimientos en análisis, las vacas en periodo de ordeño se dividen en dos grupos: el rodeo 1 o “de punta” y el rodeo 2 o “de cola”. Las primeras son las que están

⁴¹ Existe una tecnología que fue observada en un establecimiento de mayor envergadura que consiste en un parche que se coloca sobre el lomo de la vaca y que señala su celo cambiando de color. Incluso existen cámaras que escanean los parches durante el ordeño y automatiza así la lectura de los mismos. También, se venden hormonas para sincronizar celos de un grupo de vacas, no obstante, tampoco es utilizado en ninguno de los establecimientos que acompañamos. En un gran establecimiento se pudo observar a las vacas con collares con microchip que recogen parámetros de salud monitoreados por el personal del establecimiento desde una computadora. No se identificó ningún tambo “robot” (es decir, con ordeño totalmente automático) en los alrededores, pero sí mayor tecnología a medida que el establecimiento era de mayor escala. Por ejemplo, el retiro automático de las pezoneras cuando el flujo de leche es bajo y el conteo de litros por vaca. Se decidió no detenernos en estos aspectos, aunque vale aquí volver a señalar la gran oferta de tecnologías y que es un mercado en expansión.

en su pico de lactancia, que implica en algunas vacas ordeñes de 60 a 70 litros por día. En el rodeo “de cola” están las que empiezan a producir una cantidad decreciente de leche.

El ciclo de lactancia está estimado en 11 meses, pero eso tiene márgenes propios según cada animal. La literatura especializada define como óptimo volver a preñar a partir de los 45 días hasta los 120 después del parto y que el pico de lactancia se encuentra a los tres meses. Nos obstante, para mis interlocutores: “No hay que apurarse a dar servicio a una vaca que después tenés que sacar de la producción porque ya está próxima a parir, pero está dando 35 litros por día”. Por ello me explicaron: “Se preñan después del pico de lactancia”. Esto sin dejar de reconocer la importancia de mantener una tasa de preñez tal que las vacas no estén por largos periodos “secas”. Un intervalo “ideal” es que tengan cría todos los años, pero en estos establecimientos el plazo es de alrededor de dos años y medio.

Finalmente, la última etapa es parte del inicio de un nuevo ciclo. La vaca vuelve a quedar preñada durante su ciclo de lactancia y se empieza a “secar” según si la cantidad de leche que produce es poca o para que “descanse”, alrededor de 60 a 70 días antes del nuevo parto.

IV. III. Un sistema intensivo para humanos y vacas

A lo largo de este capítulo se observó cómo se “intensifica” la actividad tambera en los sistemas “de encierre”, sea en corrales como es el caso de los establecimientos que estamos analizando y vale también para los estabulados. Ahora bien, ¿exactamente “qué” sería aquello que se intensifica? ¿En qué consistiría o residiría “lo intensivo” de una producción considerada intensiva? La producción global y la productividad crecen en estos sistemas por distintas vías. Por una mayor escala, que implica también la necesidad de incorporar más capital en infraestructura, maquinaria e instalaciones. Son intensivos en el uso del suelo y en una mayor proporción de insumos externos, en particular en la alimentación de los animales, que es la que eleva la producción por vaca. También, es intensivo porque incorpora más trabajo a una actividad que históricamente ya sobresalía al respecto.

Permítanme recuperar dos fragmentos de conversaciones con personas de la zona que nos ayudaran a identificar la orientación empresarial de estos sistemas productivos, así como la controversia que se plasma en cómo hacer tambo en este universo social. Un veterinario que asesora varios establecimientos, pero en particular tambos intensivos con *dry lot* o estabulado, me supo expresar su punto de vista en los siguientes términos: “El colono normal, en los tambos de por acá, vos ves y no entendés por qué sacan 15 litros promedio. ¡Es un desmanejo! ¿Qué pasa? No hacen control reproductivo, se quedan sin comida y se quedan sin comida, le

preguntás cómo saben si están siendo rentables y te dicen ‘cuando me quedo sin plata’. Imaginate, cuando te quedás sin plata, ¡ya estás al horno!’.”

Estas alocuciones no son aisladas y, por tanto, no son indiferentes para quienes son señalados, se podrían haber dado por aludidas la familia de Juan que decidió no comprar maíz o la familia Bianchi que “volvió todo a como estaba antes”. Al respecto, un productor de tambo con manejo tradicional me supo explicitar en una conversación sobre los establecimientos intensivos: “¡Esos tipos están locos! Explotan a las vacas y a las personas”. Con dicha controversia en mente, vamos a revisar la rutina diaria de uno de los establecimientos que nos permitirá identificar cómo la “intensificación” se despliega.

Cerca de las cuatro de la mañana llega al tambo “el planchero”, la persona contratada por la empresa láctea que retira la leche ordeñada el día anterior. Ingresar sin que nadie lo reciba porque “ya conoce”. Un día normal inicia con el primer ordeño entre tres personas. Mientras uno lava el tanque de refrigeración de leche vacío, los otros van a buscar al rodeo 1. Las vacas se acercan a la “pista de espera” —una explanada de cemento— para ingresar a la sala de ordeño en grupos de 14, por la cantidad de bajadas. Mientras tanto, “el mixero” revisa que en los corrales tengan agua disponible y empieza a “preparar la comida” para luego llevar a los distintos corrales y en su orden (por ejemplo: el rodeo “de cola” come después que el rodeo “de punta”, las vacas secas comen el remanente de los rodeos en ordeño, las preñadas en parto comen últimas).

El sustantivo que da nombre al oficio deriva de la maquinaria que utiliza: el “mixer” (véase ilustración 14). Allí se cargan y mezclan los ingredientes que toma principalmente de las silos bolsas tendidas en el piso, en las proporciones detalladas en las distintas dietas diseñadas para cada rodeo y categoría. Para los establecimientos en análisis representa entre 9.800 y 10.000 kilos mezclados por día. En síntesis, armar y distribuir las dietas involucra una cantidad de trabajo, tanto en los sistemas de encierre como mixtos, que requiere a una persona abocada.

Por otro lado, tanto en la actividad de ordeño como en la guachera, es usual que sea un matrimonio quien está a cargo. De ahí que en los distintos establecimientos de tambo que recorrí tienden a describir el trabajo involucrado, antes que en términos de “tantos” empleados/as, más bien en función de “cuántas” familias están viviendo y trabajando en el campo. Por ejemplo, en el caso del tambo de Favi afirman: “Somos cuatro familias viviendo y cinco trabajando”. A saber: el tambero-mediero y su esposa (que cobra el 10% de la producción) que subcontratan a otro matrimonio con el cual se dividen el trabajo del ordeño y manejo del rodeo; el mixero, si bien trabaja solo, vive allí con su familia; de la guachera se ocupa un matrimonio; a lo que se suman Bartolo y Blanca y a veces la colaboración de sus hijos, que aún están estudiando.



Ilustración 19 Sala de ordeño. Archivo propio

En el caso del tambo de Piccio, son 10 empleados: “el guachero” y su esposa (que viven en una casa allí con sus hijos), seis ordeñadores y un reemplazo que viven en otra casa porque “son solteros” y el mixero que vive en el pueblo más cercano. Esquema al que se suman Celeste, en lo administrativo y Santiago en la dirección de la operación diaria y compartiendo parte del trabajo manual. Este último aspecto no es menor, porque incluso en estos dos establecimientos que podemos identificar “empresarializados”, los productores están involucrados en la tarea diaria y eso les acerca socialmente en la relación patrón-empleado con vínculos personales.

En este último establecimiento, en la contratación de mano de obra, hay un pasaje desde la figura del tambero mediero a empleados directos, veamos en qué marco lo decidieron. Santiago hacía el tambo, es decir ordeñaba, en el establecimiento de su padre y cuando “se abrieron solos” continuó haciéndolo él. Comenzaron con 60 vacas y crecieron sostenidamente “con el rodeo propio” —es decir, con la cría de las terneras—, pero un día los asesores le habrían dicho: “Basta, dejá de querer hacer todo y contratá un tambero. Focalizate porque estás llegando tarde a inseminar o a sembrar”. Así incorporaron un tambero-mediero: “Era él y su señora y cuando empezamos a crecer se encargaba de traer a sus empleados. Y estuvimos bien unos años, pero después dos años seguidos la guachera fue desastrosa, un 30 o 40% de mortalidad. Entonces vimos que había que separar las actividades”. Empezaron a contratar ordeñadores y un guachero aparte: “El costo es igual o mayor, pero se logra más eficiencia”, me aseguraron.

Dos aspectos no son aislados en lo que se observa aquí. Por un lado, entre los establecimientos que recorrí hay una correlación entre los pequeños a medianos y la adopción del régimen de mediería (a porcentaje) y, por otro lado, los medianos a grandes y la contratación directa de empleados. Tampoco es aislado encontrar tal cantidad de personas involucradas en el proceso de trabajo y, por parte de quienes son propietarios del establecimiento, una preocupación específica porque sus empleados/as estén dispuestos a vivir en el campo y se

“arraiguen”. También, la contratación de mano de obra es una regularidad en los establecimientos que acompañé, principalmente, por la presión al aumento de escala que venimos identificando que conlleva un volumen de operatoria mayor. De ahí que entre los proyectos de inversión de mis interlocutores siempre aparece alguna mención a construir o mejorar las viviendas en términos de, por ejemplo, “construimos una casa más para el mixero” o “refaccionamos la tapera para que pueda traer a la familia y dejamos la otra para los solteros”.

Sin dudas, la intensidad y condiciones de trabajo que exige la actividad es una de las causas que genera que mis interlocutores afirmen que les resulta difícil encontrar personas de la zona para incorporarse como mano de obra asalariada o, en sus palabras: “Gente que quiera laburar”. Esto a pesar de que la remuneración, por ejemplo, del tambero mediero se encuentra entre las más altas para los trabajadores rurales. De acuerdo a los datos que pudimos recopilar (del año 2019 y sin desconocer que están atravesados por el sesgo patronal), el salario era de 50 mil pesos argentinos (solo ordeñador) y entre 100 y 150 mil pesos el ingreso de un tambero mediero (a porcentaje) que en general incluía el trabajo de una pareja; en una época en la cual el salario mínimo vital y móvil era de 16.875 pesos argentinos y de 33 mil la canasta básica total familiar. No obstante, amerita un análisis más profundo, que excede al objetivo de este trabajo; no solo en su dimensión económica, sino desde una lectura integral de las condiciones de trabajo y vida, ya que la actividad demanda radicarse en el campo y exigentes jornadas. Además, debe ser leído a la luz de la apropiación de plusvalor de toda la trama del complejo agroindustrial.

Por otro lado, la mayor parte del personal contratado en los establecimientos de la zona proviene de provincias del noroeste (Formosa o Chaco) y del litoral (Entre Ríos y Corrientes); y, solo casos excepcionales, de pequeños pueblos de la zona. De hecho, mis interlocutores no se han dedicado a ser tamberos remunerados en otro establecimiento que no sea el familiar —en el próximo capítulo recuperaré la única excepción que conocí—. Es una actividad que se realiza en el seno del trabajo familiar hasta que sumar mano de obra asalariada se vuelve “necesario” para crecer o sostener el ritmo de producción (por ejemplo, cuando la mujer está con un embarazo avanzado o el hijo queda pupilo en la escuela agrotécnica). Considero explicativa la condición de clase y racial de las familias tamberas de la zona. Tal como señala el estudio de Archetti y Stølen (1975:217), las familias algodoneras del norte de Santa Fe, eran “colonos/gringos/blancos” y se (auto)distinguían de los “cosecheros/criollos/negros”. Por ello: “Ningún gringo conforma el mercado rural asalariado. Si se viese forzado a esa situación, ante la imposibilidad de convertirse en chacarero, suele abandonar el área rural” (Stølen 2019).

Por último, cabe aquí señalar la reducción de la cantidad de integrantes de las familias nucleares (que pasaron de 10 a 13 hijos/as, a entre 2 y 6 y en la actualidad a entre 1 y 3) y el

interés por que las generaciones más jóvenes estudien (ambas dimensiones señaladas también por Balsa 2006:170 y ss.). Esto repercute en una menor cantidad de mano de obra familiar disponible. También es recurrente que padre-hijo (en general, es patrilineal la organización familiar, véase nota 39) que deciden no continuar trabajando juntos. Esto último ocurre en particular por: discrepancias en la distribución de las remuneraciones, la insuficiente generación de ingresos o, también, diferencias sobre cómo manejar el establecimiento.

IV.IV. Estrategias “de cobertura”

Si se observa la estructura de costos de los establecimientos de tambo en sus grandes ítems (energía, sueldos, alquiler de tierra –si corresponde–, impuestos, insumos, amortizaciones de maquinarias), una variable de peso y sensible de accionar es la alimentación del rodeo. Aquí volvemos a un debate en cuyas arenas se despliega la controversia que adelanté, respecto a la tendencia “al encierre” y su supuesta eficiencia y mayor rentabilidad. Sucede que un establecimiento basado principalmente en el pastoreo supone costos de alimentación bajos; no obstante, desde principios del presente siglo, el factor tierra es el que más se ha encarecido. Por otro lado, una dieta con raciones mezcladas implica un establecimiento más dependiente de insumos externos y cotizados en dólares, movilizar maquinaria e involucrar más trabajo. Este esquema productivo supone que los costos globales más altos son compensados por un aumento de la productividad que redunde en una mejor rentabilidad respecto al manejo pastoril (donde costos bajos irían acompañados de una producción global menor). Sobre estos supuestos se mueven mis interlocutores.

De ahí que la llave de acceso para accionar sobre el costo de la alimentación es la agricultura, me explicó Santiago: “Aunque movilizás maquinaria y elevás el costo, aprovechás el 100% de la planta. Eso en el pastoreo no pasa, si sos muy eficiente pastoreando levantás el 50%”. Esa eficiencia en el sistema pastoril estaría dada por la organización óptima de las parcelas con boyeros para guiar a las vacas a que “levanten” (coman) todo el pasto. Permítanme recuperar nuevamente sus palabras para comprender qué posibilita producir las reservas forrajeras:

“Nosotros intentamos lograr al año 15 mil litros de leche por hectárea para saber que estamos siendo eficientes. También medimos que con un litro de leche tenemos que comprar 1.200 gramos de harina de soja. Pero, el año pasado [2018] comprábamos solo 700 gramos. Los tamberos decimos: el precio de la soja va por el ascensor y la leche por la escalera”.

Esto que mi interlocutor expresa también es repuesto, de algún modo, por los datos producidos desde la IFCN (International Farm Comparison Network) y presentados por el agrónomo H. Quattrochi (2019) como la “alta volatilidad” de precios relativos de Argentina,

que definen la rentabilidad del sistema pastoril y el intensivo en dietas con raciones mezcladas. Esto refiere a que cambian entre un año a otro o cada dos o tres años, en tasas que invierten la relación de positiva a negativa y viceversa. Algo que no sucede en estas proporciones en otros países lecheros como Estados Unidos (con relación de precios desfavorable al pastoreo) o Nueva Zelanda (con relación de precios favorable al pastoreo).

En ese marco, a mis interlocutores, la agricultura –aunque también sus insumos cotizan en dólares– les permite estabilizar los costos de alimentación porque una vez que cosechan, saben que tienen alimento suficiente para casi todo el año. Producen principalmente reservas de maíz –tanto para silo como grano–, alfalfa y sorgo y quizás avena o centeno en invierno. Además: “Siempre algún lote de soja”. Esta última, me supieron explicar, la necesitan para “la rotación” de cultivos, un argumento que fue recurrente en todos los establecimientos donde el tambo es la actividad principal, pero además siembran alguna fracción con dicha oleaginosa.

Podemos ver que la presión por ser “competitivos” frente a aquella agricultura convencional que avanza sobre suelos ganaderos, se traduce en la adopción de un esquema que se asienta en la matriz tecnoproductiva de esta. En otras palabras, replican la agricultura industrial.

Es prácticamente indistinto hacer maíz “para cosecha” o para usarlo en la alimentación del rodeo, por eso suele denominársele a este tipo de *commodities* –al igual que la soja o la caña de azúcar– como *flex crops* (Borras et al. 2016). En esto radica una dimensión de un enfoque productivo que es rígido en términos de que exige una proporción significativa de insumos externos al establecimiento, semillas y agroquímicos y, en general, asesoramiento agronómico, así como contratación de labores agrícolas (volveré al respecto en el próximo capítulo); pero que es versátil en los modos en que los establecimientos pueden apropiarse de esta agricultura.

Como vimos, en las dietas del rodeo, la soja es importante en la alimentación de los animales, aunque no de manera directa. Por otro lado, la cosecha de soja es también una “moneda de cambio”. Cultivarla porque es necesaria “para la rotación” les permite, a posterior, canjearla en el local donde compran semillas, agroquímicos o los concentrados como la harina de soja. O si la cosecha es buena y “sobra” maíz o alfalfa, respecto a lo que necesitan guardar, entregan el excedente en forma de pago por los gastos. Además, explican mis interlocutores, “un poquito de soja ayuda porque nunca es malo el precio para la soja y la leche al mismo tiempo”. Esta práctica, que observé en la mayoría de los establecimientos que acompañé, se ajusta a las posibilidades estructurales de cada unidad productiva y las coyunturales de cada año, pero a los fines de situarlo aproximadamente, “un lote de soja” pueden ser entre 20 a 80 hectáreas y en ningún caso superó más del 20% de la superficie controlada.

Podemos identificar aquí una estrategia económica que estos establecimientos despliegan para garantizar márgenes de estabilidad financiera. Permítanme reponerlo a través de otra situación, coyuntural, pero que habla de las condiciones de posibilidad de estas experiencias:

Santiago: –El tambo siempre tuvo los mismos vaivenes. Nosotros decimos que es el colador que pasa cada tantos años y hace “suc”, saca un porcentaje de tamberos, los quiebra.

Celeste: –Así fue cuando estuvo muy fuerte la soja. Nosotros nos habíamos largado solos, pero estábamos construyendo las instalaciones, durante dos años estuvimos armando, no ordeñábamos todavía. Y él seguía haciendo el tambo [ordeñaba] en el campo de su padre. Y acá sembramos y nos fue muy bien con la cosecha. Terminamos las instalaciones, ¡gracias a la soja!

Vemos aquí cómo se imbrican las actividades. La sojización que fuera una amenaza para la actividad tambera, de hecho, parte del contexto de la quiebra y venta de las tierras familiares en distintos establecimientos de la zona, reaparece como condición de posibilidad para que pudieran comenzar “el tambo propio”. Lo que mis interlocutores nos están mostrando, a través de esta experiencia bifronte, es otra expresión de la obligación de hacer soja.

Vale aquí señalar que esta familia –al igual que las otras tamberas que acompañé– no se percibe como “sojeros” o “cosecheros”, por más de que todos los años hagan “un lote de soja”. Es más, cuando les pregunté por primera vez si hacían agricultura me dijeron: “Solo para alimentación”. Los datos etnográficos permiten observar que no había ni inexactitud ni ocultamiento en lo que me expresaron, sino que para esta familia cultivar un lote de soja no les convierte en “cosecheros”, significa, más bien, participar de la obligación de hacer soja.

Si bien esto tiene relación con el rasgo de “chacra mixta”, es decir, con cierta diversificación que es propia de la herencia chacarera de este territorio y actores sociales, quisiera aquí complejizar esta cuestión.

En los capítulos previos entendimos que para mis interlocutores hacer soja era parte de las condiciones ineludibles para “hacer negocios” y que se entramaba en las condiciones de posibilidad de desarrollar las actividades tradicionales: hacer maní –en el caso de ABC– y fomentar la producción agropecuaria familiar –para el Padre Carlos–. En las familias tamberas esta obligación es acuciante dado que cuentan con una diversificación de actividades e ingresos mucho menor. Hacer soja para obtener una moneda de cambio “estable” implica para mis interlocutores ejercitar una razón calculadora, en los términos que plantea V. Gago (2014).

Como señala Natascha van der Zwan (2014), los estudios sobre procesos de financiarización (si bien en un primer momento se centraron en comprender los cambios en el régimen de

acumulación capitalista y, por otro lado, en las grandes empresas) han señalado que las prácticas financieras se han expandido en la vida cotidiana de miles de familias (sobre estudios en Argentina véase Koberwein 2012; Roig 2017; Wilkis 2014).

Estos trabajos lo explican en el marco del giro conservador que instauraron las reformas neoliberales (desregulación de mercados, flexibilización laboral, privatización de los sistemas de seguridad social y salud, entre otras). Explica Van der Zwan (Op. Cit.) que las personas se ven empujadas a diseñar estrategias de protección o garantías que antes estuvieron provistas por el Estado (o para nuestro caso, podríamos pensar también por estrategias colectivas como las cooperativas, que no solo se dedicaban a obtener mejores precios de venta de los bienes agrícolas sino también para el crédito, consumo, vivienda, servicios públicos, etc.). La práctica y pensamiento financiero es, desde esta perspectiva, la contracara del ocaso del Estado de Bienestar e inaugura formas individualistas de sortear los desafíos del capitalismo neoliberal.

En este sentido “hacer un poco de soja” es parte de las estrategias económico-financieras de estas familias tamberas. Pero, a pesar de estar orientada por el cálculo de transacciones no deberíamos leer a mis interlocutores como agentes maximizadores de ganancias. Más bien, intentan minimizar el riesgo de estar siempre al borde de que “los números no cierren”. Como me expresó un interlocutor: “Trabajaba todos los días y todo el día pero veía que me fundía”.

Además, lo anterior nos permite pensar que la soja es equivalente a lo que es el dólar para ciertos sectores de la Argentina contemporánea. Proponen Luzzi y Wilkis (2019) que la afección por la moneda extranjera en este país va más allá de una economía inflacionaria o una cultura “irracional” que corre tras las divisas. Entienden que es un “artefacto de interpretación y cálculo” (Op. Cit. 84 y 303) que excede al negocio cambiario porque permite leer una realidad política y económica. Es una brújula en un contexto de inestabilidad, pero también para la acción porque orienta y ofrece una posible salida. Para nuestro caso, esta “salida” es la soja que una vez cosechada, funciona como una caja de ahorros en dólares.

Otra situación nos va a aportar más claridad sobre cómo “el lote de soja” es vivido como una condición ineludible para continuar en la producción. En el año 2018 el efecto de la devaluación de la moneda nacional se agudizó por una gran sequía, tras la cual se perdió la mayor parte de las cosechas estivales y por tanto de las reservas. Recuerdan mis interlocutores: “Llegamos a gastar en comida casi 20 litros, 21 litros por vaca por día. Una cosa insostenible, hoy debemos estar alrededor de los 13 o 14 litros de leche en costo de alimentación”. Muchos productores de la zona que tenían sistemas de encierre o mixtos decidieron “largar los animales” y disminuir o eliminar la ración de balanceado. La familia Piccio también se lo preguntó:

Celeste: –Yo siempre que pasan esas cosas empiezo a decirle: tenés que dar menos, no podés dar tanto, ¡no dan los costos! Y ahí llamamos a los asesores para hacer las cuentas.

Santiago: –Dimos vuelta los números, pero no nos dio para cambiar el sistema.

Celeste: –Hicimos números a ver cuánto íbamos a ahorrar si sacábamos un ordeño.

Santiago: –Podríamos haber sacado tres empleados. ¡Pero ni loco saco tres empleados que ya funcionan por una época de crisis que no sabés cuánto va a durar!

Celeste: –O largar los animales. Pero, mirá hoy no se recuperaron esos tambos que largaron las vacas o cambiaron la dieta. Es muy difícil levantarse si le cambiás el sistema a la vaca.

Santiago: –Y ahora se están perdiendo este veranito de la leche.

Ese “veranito” refería a que los precios estaban altos a causa de que había menos oferta de leche. Este razonamiento lógico lo observé en la mayoría de los establecimientos, aunque no sea para todos posible sostenerlo en el tiempo, a saber: la industria plantea que necesita más leche y alienta con los precios, luego, sobreviene un momento de sobreoferta (“los tamberos no paramos de sacar leche”, supe escuchar) y los precios bajan. Antes o después, hay un acontecimiento climático que afecta aún más a las explotaciones y, en general, se suma la repercusión en la actividad de la inestabilidad macroeconómica del país. Esto que aquí describo como si fuera una lista de ítems, es lo que ocurrió tras el gran aumento de la producción nacional a finales de los años 90, que se analizó en el apartado II. Pero, también, volvió a suceder hace pocos años. Como vimos, la producción nacional se reactivó a partir del 2003 y recientemente sufrió el impacto de la denominada “crisis mundial” de la lechería con repercusiones en todos los países productores, cuando al bajar los precios internacionales de los *commodities*, arrastró también al de la leche en polvo. El precio pasó de USD 5300 la tonelada a USD 1500 entre los años 2014 y 2015. También, importantes inundaciones azotaron las cuencas centrales en los años 2015 y 2016 y luego la sequía del año 2018. Además, este análisis no puede desconocer las condiciones macroeconómicas de los últimos años (alta inflación, un tipo de cambio inestable y altas tasas de interés). En síntesis, el razonamiento lógico de mis interlocutores es que “hay que aguantar” los años malos, algunos productores van a quebrar y quedarán excluidos de la producción y, luego, llegará “el veranito” de buenos precios. Así el “pedacito de soja” es un apoyo frente a tanta incertidumbre.

De algún modo, esto refiere a lo que el análisis de G. Gutman et al. (2005) explica como el carácter cíclico del comportamiento de expansión y contracción del mercado lácteo.

Santiago: –Cuando nosotros agarramos este campo, ¿cuál era la meta? 120 vacas en ordeño, un pedacito de soja y basta, ¿para qué vamos a renegar con más? Y llegamos a las 120 vacas y dijimos con esto no alcanza. Y nos viene corriendo la economía. Y hoy vos decís, tenemos que tener 250 vacas de punta. Si vos apuntás a progresar, no te podés quedar, te van corriendo. Mirá hay una empresa, la Adecoagro, que tiene un mega tambo, compró dos plantas de la SanCor. ¿¡Cómo le peleamos nosotros a esas empresas!?. Creo que con un sistema así, eficiente, que cuando ellos esperan que nos caigamos, nosotros podamos autosubsidiarnos con algo, ahora será la soja. Pero, si algo creo, es que las grandes empresas no pueden lograr la eficiencia que podemos lograr los tamberos que estamos acá, ¡que vivimos en el campo!

Lo dicho hasta aquí nos permite observar que estas familias tamberas se adaptan respondiendo a los imperativos del paradigma de los agronegocios para persistir en la producción. Este no es un asunto nuevo, las familias agropecuarias históricamente han ejercitado la construcción de equilibrios entre las exigencias externas, los desafíos del capitalismo, y las necesidades internas, de la unidad domestica – productiva (véase, para otros contextos, el dilema del campesino en Wolf 1971:23 y ss.; el balance producción y reproducción en van der Ploeg 2016:80-1).

No obstante, estos establecimientos de tambo, que incluso se han “empresarializado”, continúan anudando la organización familiar alrededor del establecimiento. Por la intensidad de trabajo que exige vivir en el establecimiento o muy cerca. Y, además, por un ciclo productivo que acopla el mediano y largo plazo (la cría y recría) con producción diaria (el ordeño), que habilita la posibilidad de crecer en escala productiva con la descendencia del propio rodeo. Las últimas palabras que recuperé de Piccio, sus reflexiones, dan cuenta de una compleja lectura de contexto y de las relaciones de poder. También, de un tipo de práctica que en ciencias sociales solemos calificar de “resistencia”, ante el predominio de la tendencia a la disminución de los tambos. Mas, para resistir se vislumbra como único horizonte posible “intensificar”, “ser eficientes”, “encerrar”; incluso a pesar de que reconozcan que “el pastoril es hermoso” o incluso les “encanta”. Aquel “colador” que cada tantos años quiebra a algunos tambos produce una pedagogía –que al menos provisoriamente llamaré– de la resignación. También porque las familias tamberas que aún se encuentran en la producción son capaces de reconstruir las consecuencias de “no escuchar a los asesores” por parte de sus vecinas y sus propios padres, que quebraron y/o terminaron por salir de la producción.

Así lo recuerda también la familia Piccio: “Mi viejo no quería saber nada con el asesoramiento, los sacaba cagando. Pero cuando empezamos con asesores nos dimos cuenta que hacíamos muchas cosas mal. Y con poco veías resultados, pocos cambios rendían”.

Asegura Z. Bauman que el miedo es más temible cuando “flota libre”. Propongo aquí que la efectividad con la que se adoptan los nuevos parámetros sobre cómo hacer tambo se asienta sobre el miedo a la exclusión, que opera a partir de lo que el sociólogo polaco denomina *síndrome Titanic*: “El temor a ser arrojado del interior de un vehículo (o por la borda de un barco) que no cesa de acelerar, mientras el resto de viajeros –con sus cinturones de seguridad bien abrochados– no dejan de disfrutar cada vez más del viaje” (2007:31).

Estas condiciones de aliento al individualismo son hostiles a la acción solidaria –sobre lo que volveré en el último apartado– y exige algo así como “héroes” siempre dispuestos a adaptarse al entorno cambiante. En definitiva, bajo el mandato de la “flexibilidad” y ser “competitivos” se esconden dolorosas rupturas con prácticas y saberes tradicionales; se disimula la violencia con las que se imponen formas de vivir y trabajar, incluso en la región pampeana, siempre autopresentada como predispuesta a la innovación.

V. RELACIONES MULTIESPECIE. EL VÍNCULO HUMANO-VACA

Si en el apartado anterior observamos que la presión de la agriculturización del suelo abrió la controversia respecto a cómo construir un tambo competitivo, sus implicancias no son ajenas a los sentimientos morales que se movilizan sobre las relaciones con las vacas. En otras palabras, las posiciones no solo se argumentan en función de la supuesta rentabilidad, también se ponen en juego criterios sobre cómo se debe tratar a la vaca. Como bien señalan los estudios críticos sobre los procesos de mercantilización de la vida, la objetivación o cosificación de la vaca está representada en su concepción como mera proveedora del recurso leche.

En la siguiente conversación con un interlocutor esto se puede asir con claridad:

–¿Cómo deciden la dieta de las vacas?

–La cosa es que tantos kilos de materia seca que come la vaca se transformen en litros de leche.

–¿Y cuántos litros sacan en promedio?

–Y hace un tiempo que no podemos decir que estamos bien en litros. Más de 22 litros en promedio no sacamos. Hace un año estábamos en 32 litros promedio.

–Pero ¿por qué? ¿está fallando la alimentación?

–Es por los precios. El año pasado la leche valía cuatro mangos, pero un kilo de balanceado valía tres. Entonces le dábamos seis kilos y ahí tenías seis litros más, de 22 pasabas a 28. Y le dábamos dos kilos de *expellet* de soja, cuando una soja estaba en \$ 300, tenías dos litros de

leche por vaca. Y ahí ya ibas a los 30 litros, le metías tres kilos de maíz, lógicamente balanceada la dieta, lo que dice el veterinario, y ya estabas en 32 litros.

Podemos observar aquí que este proceso productivo (y la actividad agropecuaria en general) puede ser pensado en términos de intervenciones técnicas sobre “lo viviente”. Pero con el término *prácticas biocapitalistas* (Franklin 2006; Helmreich 2008) algunos autores intentan enfatizar las transformaciones –en particular a partir de los desarrollos biotecnológicos a finales del siglo XX– que se producen para optimizar y reproducir células, órganos o cuerpos. En estos términos, cabe entender las operaciones sobre la vida de las vacas para aumentar su producción durante la lactancia, sometidas a generar un tipo biovalor llamado “leche”.

Como hemos visto hasta aquí la orientación dominante en los establecimientos de tambo es hacia el esquema de la “granja industrial”, que a su vez se asienta en la matriz productiva de la agricultura industrial. No obstante, esa no es la única experiencia en la relación con las vacas que mis interlocutores construyen en sus convivencias cotidianas. La conversación que repuse respecto a la relación alimento y cantidad de litros de leche podría haberla entablado con (casi) cualquiera de mis interlocutores –con algunos matices sin duda–. Esto no quita que, al mismo tiempo, la relación con las vacas tenga dimensiones afectivas y constitutivas de su “ser en el mundo” en términos de su propia identidad, veamos la siguiente conversación:

–Y, bueno, muchos dijeron: ¡A la miércole’! Vendieron todos los animales y se dedicaron a la cosecha. El tema es que nosotros sin las vacas no sabemos vivir –me contó la mamá de Caty.
–¡Ese es el drama! –expresó enfático su marido que había hablado muy poco aquella tarde.
–Nosotros no nos imaginamos sin una vaca. Y mi hija apenas mencionamos la posibilidad me dice “me muero si hacen eso”. Entonces, nos quedamos, qué vamos a hacer.

Tal como señalan M. de la Cadena y S. Martínez Medina (2020:379) a partir de su trabajo etnográfico con ganaderos de Colombia, considero que la convivencia –referido como “crianza” en dicho trabajo– “conecta a animales y humanos en prácticas de cuidado que comprenden la intimidad y el *cariño*, un profundo sentimiento de apego y generosidad, que el 'afecto' solo traduce superficialmente” (Traducción propia).

Estas convivencias, propongo, se inscriben en diversas formas de unión multiespecie a partir de las cuales, se plasma la relación humano-vaca pero que la experiencia etnográfica nos muestra atravesada por una tensión en dos direcciones, o más bien equilibrios dinámicos, que se van renegociando. La vaca proveedora de la mercancía leche (objeto) es también la vaca que

conocen y reconocen y son reconocidos por estas, las vacas con las cuales tienen un vínculo (sujeto) construido a partir del vivir y trabajar *juntas/os* en el tambo.

Estas familias componen parte de su identidad en relación a su actividad agroproductiva y, de algún modo, están unidas a sus animales. Poder ser productores de tambo implica, en primera instancia, armar colectivo entre humanos y vacas. Más aún, vacas y personas trabajan juntas para mantener sus vidas mutuamente dependientes –sobre colaboración y trabajo entre productores y animales, véase Porcher y Schmitt (2012)–.

Como mencioné, en el mundo social tambero, el primer divisor de aguas es si te gustan o no las vacas. En el grueso de los establecimientos que acompañé –incluso en aquellos que calificarían como propiamente empresariales, como los recién analizados– conviven todo el día con las vacas. Y, en general, se las conoce y distingue, a pesar de que son rodeos de gran número de animales (de entre 200 a 600). Saben cuáles son las que dan más leche, cuántos partos tuvieron, cuáles son las que renguean y siempre tienen alguna “preferida”.

Eso no quita que el cuerpo de las vacas es fuertemente controlado, medicalizado, sus pariciones están cada vez más planificadas y sus vidas están entregadas a la producción de leche. También, hemos repuesto que es estrechamente controlado el margen de acción de los tamberos, mientras observan a otros productores de tambo cerrar sus establecimientos. Los que “se quedan” trabajando y viviendo en el campo saben que “ya no se puede producir como se hacía antes”. Justamente ahí es donde mejor se observan las controversias.

Tal como nos adelantó el ingeniero que trabajaba para Nestlé respecto al destete de las terneras, aquello que para el equipo de ingenieros constituía una práctica técnicamente comprobada y sin necesidad de inversión, “costó muchísimo” que las y los productores de tambo lo incorporaran. Sostengo que eso fue así porque –entre otras cosas, como el mayor trabajo que demanda– pone en evidencia la controversia moral respecto a lo que le gusta o no a la vaca. Tras décadas desde la implementación de los programas de modernización, efectivamente, en todos los tambos que recorrí los terneros son separados de las madres y hay consenso en que “hay que hacerlo”. En la actualidad, la controversia se presenta respecto a cuánto tiempo dejar que transcurra desde el parto. Para algunas personas, con una o dos horas para que la madre limpie la cría con su lengua es suficiente; en cambio, para otras, es necesario que estén al menos un día o una semana. Y, aunque cada quien tiene sus argumentos sobre qué es lo mejor, al final, están de acuerdo en que “es más lindo” que estén con las madres.

Solo una excepción conocí, el caso de una vaca que habían dejado con su ternero en el rodeo en ordeño. Cuando pregunté por qué estaba allí el ternero, al distinguir que no era un recién nacido, me explicaron: “Los tuvimos que dejar juntos porque la vaca se volvía loca cuando los

separaban, ya rompió dos alambrados”. También podría mencionar, entre otros, los argumentos a favor o en contra de hacer tres ordeños. Para el caso:

–Dos ordeños está bien. Es algo natural.

–Pero, tengo entendido que antes se ordeñaba solo a la mañana. ¿Puede ser?

–Sí. Es así. Pero, en realidad, antes había un solo ordeño porque las vacas comían yuyos y nada más. Pero tres ordeños es una barbaridad, es explotar a la vaca.

En todo caso, podríamos pensar que dos ordeños es natural porque efectivamente está ya estabilizado como “necesario”, al menos para que “los números cierren”. En otras palabras, cada incorporación de nuevas prácticas “de manejo” les enfrenta a quienes conviven todos los días con las vacas en la divisoria de aguas respecto a si están (mal) “explotando”.

Quisiera aquí destacar algunas características propias de estos animales, que pude conocer a partir de mis visitas a los corrales y lotes de pastoreo, así como escuchando con atención a mis interlocutores. Una es el sentido de comunidad de las vacas: optan siempre por estar amuchadas antes que desparramadas e incluso con relativa sincronía comen todas juntas, luego descansan todas juntas y se mueven de igual manera. Cuando una vaca ingresa a un nuevo rodeo durante un tiempo es empujada por las demás: “Es porque es nueva acá”, suelen explicar. Tras siglos de domesticación son amistosas y “mansitas”, califican mis interlocutores. Eso no quita que sean curiosas, algo que hace que muchas veces “se vayan” o “escapen”.

Con todas estas cualidades subjetivas, no es de sorprender la emoción que manifiestan las vacas lecheras en Suecia cuando son “liberadas” al iniciar la primavera, tras pasar el invierno en un establo. Se las puede observar saltar, correr, jugar entre ellas y frotarse contra los pastos⁴². Todo eso parece indicar que les *gusta*. Así, el *kosläpp* (liberación de vacas) es una actividad que hace siglos se desarrolla, pero, a inicios del actual se convirtió en un evento concurrente.

Respecto a este evento en aquel país nórdico, no voy a perder de vista las críticas que proponen algunos autores respecto a que el espectáculo de las vacas felices (*happy cows*) es utilizado por la industria láctea con fines comerciales. Mas, quisiera recuperar que la legislación sueca sobre bienestar animal obliga a los productores ganaderos a que sus vacas pasten diariamente, por lo menos, durante dos a cuatro meses al año, dependiendo la región de Suecia donde se encuentren (Linné y Pedersen 2016:113). En este marco, quisiera aportar otro ejemplo que, aunque limitado, señala horizontes. Friesland Campina, una empresa láctea de Holanda,

⁴² Aquí se pueden observar algunos videos al respecto: <https://www.youtube.com/watch?v=cvOBpzB2Lcs>; <https://www.youtube.com/watch?v=igi9zm54gUw>; <https://www.youtube.com/watch?v=PCAxHWeEmEQ>

empezó a pagar una bonificación extra a los establecimientos cuyas vacas pastan al aire libre a raíz de las críticas ciudadanas y ecologistas ante el encierro de las mismas (Quattrochi, 2019).

¿Qué intento señalar? Que existe una co-relación entre las condiciones de vida de las vacas y de quienes viven y trabajan con ellas y, además, estos establecimientos de tambo están lejos de poder constituirse como espacios de acción autónomos.

Por otro lado, el apego a las vacas nos permite observar, en este universo tambero, dónde está el *valor* –entendido, como analizamos en el capítulo anterior, como aquello definido como importante en el seno de alguna totalidad social– y, por tanto, cuáles son los compromisos y obligaciones que entran a las personas. Como vimos, trabajo y valor agregado no solo justificaban las acciones y decisiones de los empresarios del maní, sino que producir la agroindustria manisera es crear la reincorporación de esos pueblos en la historia del progreso.

En el tambo también se observa en juego a estos dos valores, dado que el ordeño diario genera más trabajo y la leche, al ser muy perecedera, obliga a su procesamiento y, por tanto, a otros encadenamientos productivos (e incluso con más valor agregado industrial y fuentes de trabajo, como vimos). Pero, en el caso del maní, al prescindir de las familias agropecuarias en la producción primaria también prescinde de la vida chacarera o rural. En cambio, en la producción tambera los productores *deben* vivir en el campo porque están las vacas, lo cual significa, entre otros valores, poblar el campo. Las vacas y el trabajo sacrificado les llevan a recrear la vida y trabajo rural.

En un contexto que impone imperativos que desafían las posibilidades de adaptación tanto productiva como subjetiva de las familias tamberas, su continuidad en la actividad depende de lograr articular y hacer convivir estos diversos tipos de valor, como de su capacidad para hacerlos reconocibles a otros interlocutores en las tramas socioproductivas de las que participan. Es decir, las estrategias de producción de valor económico –que permiten su sostenibilidad económica en la actividad– se imbrican, en complejas relaciones de cooperación y oposición, con el valor de un *modo de vida rural* –vivir en el campo, poblarlo– asentado en relaciones interespecies.

VI. LA ARTICULACIÓN TAMBO - INDUSTRIA

En este último apartado vamos a observar las articulaciones con las usinas lácteas que son las que compran diariamente la leche cruda de los tambos. El complejo agroindustrial lechero se caracteriza, al igual que vimos para el caso del maní, por tres eslabones principales: la producción primaria, la industrialización y la comercialización-distribución.

Aquí dos diferencias sustantivas son que el mercado interno es el principal destino de la producción –el volumen exportado se ubica en los últimos años entre un 20 a 25 %– y, además, las fábricas se orientan al desarrollo de productos terminados –a diferencia de la cadena manisera que exporta productos principalmente semiacabados–. Por otro lado, como vimos, el avance de formas capital intensivas de producir y la concentración de la producción no implicó el ingreso de los actores industriales en la producción como se observó en el caso del maní – aunque no se desconoce que podría ser una tendencia a futuro⁴³–.

Aunque persiste una relación de subordinación estructural, los establecimientos aún tienen cierto control sobre su producción. Aquí vamos a explorar algunas de las aristas de esta relación, ya que es una cuestión que excede el objetivo de este trabajo y hay otras profusas investigaciones de referencia (Nogueira 2011; Vértiz 2017).

VI.I. La configuración de la agroindustria láctea nacional y local

Las dos grandes empresas del país nunca lograron hacer pie firme en la cuenca sureste de Córdoba. SanCor se desarrolló en la cuenca noreste y sur de Córdoba. Por su parte, la empresa La Serenísima –con epicentro en Buenos Aires– se instaló en Villa María en los años 80, pero al poco tiempo su fábrica fue comprada por Nestlé.

En la actualidad, la cuenca Villa María es la que más leche procesa en Córdoba, tras que la cooperativa SanCor, ahogada financieramente, achicó su estructura al vender algunas fábricas⁴⁴. Esto habilitó una reconfiguración entre los actores industriales. Por un lado, la empresa La Serenísima se consolidó como la principal procesadora de leche nacional desde hace 10 años; aunque también vendió parte de su capital accionario en medio de una crisis financiera.

Por otro lado, algunas empresas con fábricas en la cuenca sureste de Córdoba crecieron significativamente en sus niveles de producción captando tambos que antes entregaban a SanCor. Así, llegó a la segunda posición, del ranking de compañías que más leche procesan del

⁴³ Sin duda, la empresa Adecoagro es paradigmática con dos fábricas y el tambo más grandes de Sudamérica en el sur de Santa Fe (13 mil vacas y una producción de 260 mil litros diarios, según ha informado la firma a distintos medios periodísticos). Al respecto, pude identificar que algunas empresas de la zona poseen a su vez tambos propios, en general ubicados en una escala mediana (esto es de 7 mil a 10 mil). Esta estrategia ha sido recogida en algunos trabajos, pero con baja incidencia sobre el total de casos analizados (sobre Córdoba véase Agencia ProCórdoba 2016; sobre Entre Ríos véase Craviotti 2019:781-82). Además, es necesario diferenciar, entre la pequeña fábrica láctea que se autoprovee de materia prima, respecto a experiencias diametralmente opuestas como el caso de Adecoagro. Un informe reciente de la DNL (2019:31) identificó que el 95 % de la leche industrializada es recibida de tambos que pertenecen a terceros (es decir, establecimientos independientes) y solo el 5 % proviene de tambos propios de las empresas elaboradoras. Esto último, se da en particular en el estrato de empresas lácteas que procesan menos de 1.000 litros por día, revirtiéndose gradualmente en los estratos de mayor tamaño.

⁴⁴ De sus 15 fábricas que llegó a tener en pueblos agropampeanos, actualmente posee seis. Algunas cerraron, una reabrió como cooperativas de trabajo (Brickman, Córdoba) y otras fueron compradas por grandes empresas del agro como son el Grupo Vicentín (que adquirió con financiamiento del Banco Nación el Centro de Distribución y fábrica en Córdoba Capital y las marcas comerciales de yogures, flanes y postres) y Adecoagro (compró las plantas de procesamiento en Chivilcoy, Buenos Aires y Morteros, Córdoba, así como dos marcas “Las Tres Niñas” y “Angelita”). Tras tal desarmé, de las 70 cooperativas que la conformaban y más de 1600 tamberos, actualmente está integrada por 294 productores de leche y 50 cooperativas.

país (OCLA 2021), Saputo, la empresa canadiense que ingresó al mercado local cuando compró las fábricas y marcas de Molino y La Paulina en el año 2003⁴⁵. Otras tres empresas de la cuenca completan posiciones entre las seis primeras: Punta del Agua de capital nacional y familiar; Nestlé –sobre la que ya nos detuvimos– y, finalmente, otra empresa de capital nacional que nuclea a dos familias, Noal. Estas empresas procesan más de 800 mil litros de leche por día. Otras cinco usinas lácteas de la zona, de menor envergadura que las anteriores, procesan alrededor de 100 mil litros diarios y, a continuación, pequeñas y medianas empresas conforma las más de 40 usinas lácteas de la cuenca sureste.

Los estudios sectoriales miden el nivel de concentración industrial a través del índice Cr4, que resulta de la sumatoria de la participación en el mercado de las cuatro principales empresas. Según datos de OCLA (2021), en Argentina el Cr1 (participación de la empresa líder) es del 12 % para La Serenísima y el Cr4, que engloba a las cuatro principales, representa el 32 %.

Este valor es leído por la literatura especializada como evidencia de una importante atomización en el procesamiento de leche. Esto quiere decir que hay muchas empresas con participación relativamente distribuida. En contraste, el Cr4 a nivel global –que representa la participación de las cuatro empresas más grandes– se ubica en un valor de más del 75 %. Lo anterior puede ser matizado si consideramos que, según datos de OCLA (2018), “casi el 50 % de la leche procesada en los principales países lecheros del mundo es por medio de cooperativas”⁴⁶. Este porcentaje en la actualidad es del 5 % en Argentina, mientras que las cooperativas controlaban el 25 % del total de leche producida en la década del 90. Así, a pesar de un índice Cr4 del 50 % en aquel periodo, una mayor participación del sistema cooperativo supone un mayor control de las y los productores tamberos.

En síntesis, en las usinas lácteas se observa más concentración productiva y el debilitamiento de las cooperativas, con mayor participación de empresas privadas, nacionales y extranjeras.

VI.II. Integración subordinada

Como nos enseñó la literatura de las ciencias económicas, una configuración de una demanda oligopsónica, de muchos oferentes y pocos demandantes, habilita mayor poder relativo a estos últimos a la hora de definir condiciones. Los establecimientos de tambo entregan su producción

⁴⁵ Para esta época, La Paulina –bajo la razón social Abolio y Rubio– había sido comprada por el fondo de inversión AVP. Dos años después fue vendida al grupo Pérez Companc que se convirtió en el principal grupo agroalimentario de Argentina, que ya había adquirido la empresa láctea santafesina Molino Hermanos S.A., que contaban con una planta en Rafaela –epicentro de la cuenca lechera de Santa Fe–. Luego, ambas fábricas y marcas comerciales, fueron vendidas a Saputo.

⁴⁶ Según datos de OCLA (2018), la mayor procesadora mundial fue la cooperativa Dairy Farmers of América (USA), luego le siguió otra cooperativa, Fonterra de Nueva Zelanda, después de la empresa privada francesa Groupe Lactalis, en el cuarto lugar se encuentra otra cooperativa que es Arla Foods de Dinamarca y Suecia.

desconociendo el valor que cobrarán y son notificados de este a mes vencido. Luego, según el caso, cobran entre 10 a 20 días después. Es decir, el ciclo de cobro es de un mes o 40 días desde la entrega del producto, a un precio fijado por la industria.

Un productor que me subrayó que entrega su producción a una multinacional porque le garantiza un cobro estable: “La plata llega siempre el día establecido”; también me explicó que “al que tiene mucha leche le pagan más. Por la calidad te hacen diferencia: si el frío no es a cinco grados y fue a ocho, 'tac', un descuentito; o también si hay muchas células somáticas⁴⁷”.

A través de estos criterios de calidad, la industria interpela “el manejo” del ganado lechero a través de precios diferenciales. Las empresas más grandes, como son Saputo (La Paulina) o Nestlé, envían semanalmente a los establecimientos un “informe de entregas” con una planilla que detalla volumen y los resultados del análisis de la leche recibida. Algo que las más chicas comunican oralmente, como vimos a través del audio que recibió Juan.

INFORME DE ENTREGAS DE TAMBOS

P.A.L.: Fecha: 05/06/2019

Resultado: NEGATIVO

Desde: 24/06/2019 Hasta: 30/06/2019

VTO. Certificado Brucelosis: 28/05/2019

RENSPAN: [REDACTED]

Gr. Recolección: 1006 JAMES CRAIK (1006)

VTO. Certificado Tuberculosis: 28/05/2019

Tambo: [REDACTED]

Fecha.	Turno	Litros	% GB	K.G. GB	% Proteínas	K.G. Prot.	Valor Crioscóp.	Inhibidores	T. (° C.)	CS. (en miles)	UFC. (en miles)
24/06/2019	Mañana	7082	3.46	245.04	3.26	230.87		☐	5	461	19
25/06/2019	Mañana	6836	3.46	236.53	3.26	222.85		☐	6	461	19
26/06/2019	Mañana	7127	3.81	271.54	3.41	243.03		☐	10	461	18
27/06/2019	Mañana	6968	3.83	266.87	3.35	233.43		☐	6	461	18
28/06/2019	Mañana	7144	3.83	273.62	3.35	239.32		☐	7	461	18
29/06/2019	Mañana	6902	3.84	265.04	3.29	227.08		☐	7	461	18
30/06/2019	Mañana	7030	3.84	269.95	3.29	231.29		☐	8	461	18
Total:		49089	3.73	1,828.58	3.32	1,627.87		☐			

Ilustración 20 Informe semanal de análisis de leche entregado por una de las grandes empresas de la zona. Archivo propio

No obstante, estos criterios y valores de calidad forman parte del sistema de liquidación única en base a la calidad de la leche que estableció el Estado nacional en el año 2011, justamente para arbitrar los recurrentes conflictos, en particular los reclamos de los establecimientos de tambo, por el bajo precio percibido por litro de leche.

Además, es muy disparar el control sobre esta información. Una familia tampera de un establecimiento de escala pequeña me explicó que, hace unos años, la empresa láctea a la que entregaba su producción algunos días del mes no les retiraba la leche bajo el pretexto de que “estaba mala, que iba con muchas somáticas” –me supieron comentar–. No obstante, al continuar repitiéndose la situación, empezaron a sospechar que “el planchero pasaba lleno por

⁴⁷ Son las células que se desprenden de la ubre naturalmente y que deben ser menores a 100 mil por mililitros y las unidades formadoras de colonias (UFC) son las bacterias indeseables en la leche y deben mantenerse debajo de las 10 mil por mililitros.

acá y no quería volver a hacer el viaje para buscar nuestro tambito”. Por eso, en una ocasión en que no les retiraron la producción, se contactaron con otra empresa que sabían que necesitaba leche y acordaron que la buscaría, pero si no estaba en condiciones, simplemente se descartaría. Para sorpresa de mis interlocutores, cuando se comunicaron de la firma para avisarles los resultados les habrían asegurado: “Esta leche está mejor que la que tenemos en la fábrica”.

Un viejo reclamo de los establecimientos, en gran medida incumplido, es que los análisis se realicen en laboratorios independientes; a pesar de que fue suscripto por las usinas lácteas y funcionarios del Estado, en el marco de la mesa de negociación conocida como Acta Acuerdo de San Francisco del año 2002, y, además, obligatorio en el sistema de liquidación única.

Esta familia no era la primera vez que sufría un trato diferencial por su “bajo” volumen de producción. Diez años antes, cuando recién “se largaron solos” y ordeñaban solamente 200 litros, debían llevar la producción hasta la calle por donde pasaba el planchero porque no la quería retirar. De hecho, habían logrado que la empresa les recibiera su “poquita leche” porque tenían un contacto cercano en la misma que les “hizo el favor y dio la orden”.

La gran mayoría de mis interlocutores recuerda en algún momento haber entregado su producción a Nestlé, a alguna de las cooperativas locales o a algunas de las pequeñas pero muchas fábricas de quesos de la zona, como lo fue en algún momento La Paulina. Estas últimas hicieron conocida a la cuenca sureste en las grandes ciudades del país (Córdoba, Rosario, CABA) por su especialidad en quesos blandos. No obstante, la competencia y concentración que empezaba a caracterizar a la industria láctea, un proceso que se enfatiza desde la década de los 80, generó que paulatinamente muchas fueran absorbidas o cerraran sus puertas.

Lo anterior nos permite recuperar una constante en las explicaciones que mis interlocutores ofrecen al justificar la elección de la empresa láctea a la que entregan su producción. Si bien el margen de acción de los tambos para negociar precios es limitado, buscan a quien consideran un pago “seguro”. Lo ilustran las palabras de un productor que entrega su producción a una de las grandes empresas de la zona, propiedad de una familia local:

—Cualquier cosa nos pega fuerte. Imaginate que hago un cambio de empresa porque me ofrecen unos centavos más, pero cuando empiezo a entregar me dicen que van a pagar con un cheque a 30 días más. ¡Olvidate! Nosotros tenemos todos los pagos programados.

—¿Y ustedes tienen contacto con los dueños?

—En general no necesitamos, pero te recibe si le pedís una reunión. Pero también lo vas a encontrar en el café con algún amigo, al hijo en las carreras de cuadriciclo, al otro hijo caminando por la calle. Lo peor que les podría pasar es no poder salir a la calle en la ciudad donde viven. No es alguien que pusieron en una casa central en algún lugar.

Para los tambos más pequeños, que además cuentan con menos recursos financieros, la empresa láctea puede ser, incluso a pesar de las condiciones de cobro, un aliado, por ejemplo, al proveerle cheques a distintos plazos para que los establecimientos puedan entregar a sus proveedores, de alimento o para comprar herramientas. Estos tambos, en el universo de experiencias que recorrí, pude identificar que, además, entregan su producción a empresas de escala entre pequeña a mediana. Esto para la zona de análisis implica empresas que procesan por día entre 50 mil y 70 mil litros de leche.

VI.III. Otras estrategias comerciales y productivas

En términos de estrategias para mejorar el ingreso generado por la venta de la producción, se pudo observar cuatro tipos, que no son predominantes sino, más bien, marginales.

Dos de ellas estaban orientadas a obtener un mejor precio. En un caso, una familia canjeaba una parte de la leche que entregaba a la usina láctea por queso fresco que luego vendía al menudeo en una red de contactos propia, me aseguraron, para “rebuscar un mejor precio”. Otra experiencia es la de un *pool* de leche (un caso a 20 kilómetros de la zona en análisis). Consiste en la venta colectiva de leche entre cinco establecimientos cercanos entre sí (dos de ellos con parentesco) que, en conjunto, ordeñaban por día el equivalente a un camión de leche, es decir, 30 mil litros –que es lo que producen los más chicos dentro de los grandes tambos de la zona–. Su sistema se basa en negociar a principio de mes el precio y la cantidad de leche a entregar con, por lo general, tres empresas. Conseguían entre 5 y 10 centavos más sobre el precio promedio por litro de leche (en aquella época rondaba los 15 pesos argentinos).

El otro tipo de experiencias es el “valor agregado en origen”. Es decir, el procesamiento “tranquera adentro” que se pudo identificar en dos familias, ambas con tres generaciones en la actividad tambera. Un caso en la zona en análisis y el otro a 40 kilómetros (que me acerqué a conocer a través de un contratista). Procesaban leche de producción propia (mil y 5 mil litros, respectivamente) para la producción de quesos, con el trabajo de dos generaciones de la misma familia. Manifestaban dificultades para acceder a financiamiento para equipamiento y tecnología, y no contaban con todas las habilitaciones para comercializar en el mercado formal. La familia que menos leche procesaba estaba volviendo a la actividad, luego de que hubiera cerrado el tambo en los albores del año 2000. Este tipo de acciones es identificado por el investigador P. Vértiz (2017:246-47) como parte de las estrategias de pluriactividad de establecimientos de tambo.

La otra forma de procesar la producción de leche es a través de cooperativas. Este tipo de estrategias es la vía que quizás más han explorado las familias agropecuarias. Quisiera volver aquí sobre la experiencia de la familia Rojas. Luego de su frustración con la que he denominado en este trabajo la “Cooperativa agropecuaria de la zona”, los hermanos Rojas, el Padre Carlos y otros productores se involucraron en una pequeña cooperativa que estaba en quiebra y a punto de cerrar y dejar sin empleo a las 22 personas que trabajaban en su fábrica. “La vaciaron”, “la manejaban unos delincuentes”, escuché en distintas conversaciones sobre la gestión anterior. Esta pequeña fábrica en la actualidad se encuentra en funcionamiento y aún a esperanzas entre mis interlocutores que participan de esta experiencia, no obstante, no dejan de destacar “lo difícil” que es involucrar a otras/os productores. Además, les preocupa que, por la capacidad de procesamiento y tecnología de la fábrica, sus costos operativos son elevados. Esto es observado en general por la mayoría de mis interlocutores: que las empresas cada vez procesan más leche con menos empleados.

Frente a condiciones tan desiguales en la articulación con la agroindustria resulta sorprendente que en los establecimientos que recorrí —ponderando que además son principalmente de gestión familiar y de escala pequeña y mediana— tengan una baja predisposición a organizarse en pos de mecanismos de mejora de las mismas. Una dimensión explicativa, sin duda significativa pero no suficiente, son las experiencias a partir de las cuales mis interlocutores afirman sentirse “decepcionados”, “defraudados” o “traicionados” por distintas instituciones cooperativas a lo largo de las trayectorias familiares. Por otro lado, reproducen performativamente figuraciones sobre “los gringos de campo”, con finas pinceladas describen: “¿¡Poner de acuerdo a tres productores!? ¡Tres no más! Ni lo intentes, yo no logré ponerme de acuerdo con mi papá para comprar insumos”; “¿Querés saber cuál es la mentalidad que hay acá? El clásico chiste es: ¿te llovió en el campo? Sí, pero a mi vecino también”.

Estas interpretaciones que curiosamente describen una propensión a la competencia y el individualismo, en realidad confrontan con una importantísima tradición cooperativa que se desarrolló con fuerza durante el siglo XX a lo largo y a lo ancho de la región pampeana. Al respecto, cabe preguntarnos por los efectos de aquella pedagogía “de la resignación” —una dimensión que amerita ser indagada con mayor profundidad—.

A lo largo de este capítulo nos adentramos en la pregunta sobre las condiciones en las que se asienta la producción y reproducción del tambo como economía regional. O, en otras

palabras, cómo convive con otras actividades de gran dinamismo, como la soja y el maní. La trayectoria de las familias tamberas es un mojón que nos permitió reconocer las contradicciones estructurales y la profundización de relaciones capitalistas en el agro.

Se buscó no opacar dos dimensiones de análisis. Por un lado, al inicio de este trabajo se reconoció un proceso de sojización en la zona en análisis, no obstante, la reasignación de tierra hacia la agricultura fue liderada décadas antes por el cultivo de maní y, luego, profundizada por la soja. De algún modo, se observó la dinámica que R. Bisang sintetizó en tono optimista para la lechería en: “Menos tierras, mayor escala y mejor productividad” (2007:230).

Como fue señalado en diversos trabajos, la noción de modelo de agronegocios es porosa por fuera de actividades ligadas a los cultivos anuales y de fuerte orientación exportadora. La “flexibilidad” que pregonaba esta concepción del negocio en el agro encuentra desajustes en su capacidad explicativa en las economías regionales, como el tambo, que requieren inmovilizar capital en infraestructura y rodeo, con altos costos fijos y variables y que presentan largos ciclos productivos y reproductivos y, además, están ligadas a agroindustrias orientadas al mercado interno (cuestiones también señaladas en Craviotti 2014). La expresión más clara de la incursión de esta lógica de producción neoliberal es a través de dos de sus elementos centrales. Me refiero a la intensificación del papel del capital en el proceso productivo, que se expresa en este caso en una estructura de costos más elevada y la necesidad de un pensamiento y puesta en práctica de esquemas de financiación con proveedores en ciclos continuos de deuda y deuda, que son interiorizados por mis interlocutores como una tecnología de gestión. Y, por otro lado, en la estandarización de las tecnologías utilizadas en una actividad que estuvo caracterizada por el *know how* familiar y el aprovechamiento de las ventajas comparativas que ofrecía la disponibilidad de suelo para una ganadería extensiva. Esto se ve revertido por la creciente injerencia de “los asesores” y la orientación hacia el modelo de granja industrial.

El imperativo de tener que convivir con las agriculturas es lo que, en primer lugar, empuja a las familias productoras a ser “eficientes”. Pero, también, en los pliegues observamos arreglos a través de los cuales crean posibilidades de reproducción del establecimiento. Lo que estoy señalando aquí es que apropiarse de la “obligación de hacer soja” es también una forma de crear condiciones para “luchar contra su extinción”, tomando prestadas las palabras de H. Ratier (2003:236), de preservar una forma de vida ligada al trabajo rural y el apego a los animales.

CAPÍTULO 4 OTROS VÍNCULOS E INSERCIONES CON LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA. CONOCIMIENTOS Y MÁQUINAS

“Yo soy manisero de 50 años de los 63 que tengo” –me dijo JB, el único productor agropecuario que aún continúa en la producción de maní, entre los más de 28 establecimientos que visité y/o acompañé durante mi trabajo de campo. Luego agregó: “Hago lo mío y presto servicios como contratista en otros campos”.

En este capítulo, a partir de la trayectoria de, principalmente, tamberos y maniseros, vamos a analizar algunas de las estrategias y formas de continuar vinculados a la producción agropecuaria que fueron apuntaladas en el marco de los cambios tecno y socioprodutivos que se configuraron en las últimas décadas. Nos detendremos en particular en las empresas “contratistas de maquinaria agrícola”, tal como fuera definido por María Isabel Tort (1983:112), como una forma específica de contratación de fuerza de trabajo rural. La relación de las empresas prestadoras de servicios con el resto de los actores sociales de la trama socioprodutiva es una problemática que ha sido profusamente investigada por los estudios rurales de Argentina en los últimos años, por tanto, contamos con diversa bibliografía con la cual dialogar. En menor medida ha sido estudiada su adopción en las actividades regionales y a ese objetivo nos abocaremos porque, además, es condición de posibilidad de las transformaciones que se analizaron en los capítulos precedentes.

Si bien la prestación de servicios agropecuarios es parte de la historia rural argentina, al menos, desde finales del siglo XIX, no constituía un actor productivo protagónico (Barsky y Gelman 2001). Esto comenzó a cambiar con el desarrollo del proceso de agriculturización de los suelos pampeanos. Tomando los datos disponibles en cada Censo Nacional Agropecuario (Indec), se observa que fueron trabajadas por contratistas menos de 20 millones de hectáreas en el año 1988 y la superficie se elevó a 35 millones en el relevamiento censal de 2002. Según los resultados del último Censo, durante el año 2018, la superficie total laboreada por terceros superó las 68 millones de hectáreas, si se suman todas las tareas realizadas.

Un proceso que nos habla –entre otras cosas– de nuevos regímenes laborales y de las formas organizativas que adopta el capital en la etapa actual. Como señala la investigación de Neiman et al. (2020:3), esta es una dinámica presente a nivel internacional en la agricultura desde los

años 80 y en crecimiento. No obstante, en Argentina se desarrolló con rasgos propios y vamos a dar cuenta de ello en las páginas que siguen.

El contratismo fue históricamente un sector signado por su heterogeneidad (Barsky y Dávila 2008; Lódola 2008; Tort 1983), por tanto, existen diversas tipologías para diferenciar a quienes lo componen: si presta servicios a terceros o es “tomador” de tierras (que en este último caso a veces es denominado “contratista tantero”), si tiene una especialización productiva o desarrolla distintos tipos de labores agropecuarias, según su inserción territorial o el volumen de trabajo movilizado y, también, su grado de apoyatura en el trabajo familiar y/o asalariado. En las últimas décadas, esa heterogeneidad se ha ampliado por la expansión del sector “servicios” (Hernández 2009), pasando a ser clave la incorporación constante de nuevas tecnologías, por lo cual no podemos solo reducirlo al trabajo con maquinaria agrícola.

En este capítulo nos vamos a centrar, primero, en comprender dos modalidades y sus relaciones con las actividades regionales: aquellos que en exclusiva se dedican a prestar servicio con maquinaria y quienes lo combinan con la producción agropecuaria propia, es decir “productores contratistas”. Luego se recuperarán algunas trayectorias que nos permiten comprender la inestabilidad temporal que en algunos casos presentan estas inserciones socioproductivas. Así también que puede ser una vía para quienes quedan desplazados de la producción para volver a incluirse de dos maneras: como productores mediante el recurso a la tercerización de (todas o casi todas) las labores agrícolas o, en cambio, como prestadores de servicios. Además, nos detendremos a reconstruir otras modalidades de integrar o sostener vínculos con la producción agropecuaria en la trama local, como los asesores profesionales, la mecánica de maquinaria, el minirentismo, los emprendedores digitales, la pluriactividad e, incluso, la inserción de los “ensayos a campo” de una empresa de biotecnología trasnacional.

I. DE PRODUCTORES A CONTRATISTAS

I.I. Maniseros y contratistas

Las palabras iniciales de este capítulo pertenecen a JB, uno de los dos productores históricos de maní que continúan en la actividad en la zona de análisis. Es decir, no fue desplazado por las empresas industrializadoras. Además, el establecimiento de JB se encuentra al frente y al lado de otros dos que supieron pertenecer a familias que tuvieron tambo y perdieron la mayor proporción de las tierras familiares en manos de la empresa ABC, como vimos, la que más creció en el control de la tierra en los alrededores al río Ctalamochita.

Estas precisiones aportan elementos para comprender el contexto en el que se constituye JB como el único manisero que pude conocer en estas tierras agropecuarias. Como vimos, si bien las familias de la zona pueden dar cuenta de haberse dedicado a la agricultura de maní, en la actualidad la modalidad que prevalece es dar en alquiler el campo completo o una fracción para que sea controlado agronómicamente por las empresas industrializadoras.

Hemos analizado en el capítulo 2 el proceso de integración vertical hacia atrás de la agroindustria de maní. Para la zona de análisis, la empresa ABC produce de manera directa entre el 65 y 75 % del maní que procesa cada año, por tanto, el restante está representado por 5 a 10 mil hectáreas que son cultivadas por productores que la empresa ABC denomina “aliados”. JB es uno de estos, y a continuación vamos a detenernos en su trayectoria para entender su excepcionalidad como agricultor de maní de pequeña escala.

JB tenía un tambo y lo cerró en el año 1983, luego de un ciclo de precios bajos que lo dejó al borde de la quiebra y una macroeconomía cada vez más recesiva e inflacionaria. Vendió los animales para salvar deudas y al tiempo compró una nueva arrancadora de maní tomando crédito. Al arrendar la tierra en la que vive y trabaja, encontró en la prestación de servicios de siembra, fumigación y cosecha una actividad con la que generar un ingreso complementario para el sostén de su economía familiar; que puede realizar porque siempre se orientó a contar con “la herramienta propia”. En este marco, constituye parte de aquellos perfiles fundacionales del contratismo, las y los productores agropecuarios que, alentados por las políticas de difusión de la mecanización agraria y las líneas crediticias, accedieron a maquinaria que en algunos casos excedía sus propias necesidades.

Como anticipé, JB no se presenta como “contratista”. Es productor agropecuario, en particular, manisero, e infla el pecho cuando relata: “A mí me dieron el primer premio en calidad de maní en el año 86, era el maní colorado. ¡El gobernador de Córdoba me entregó el premio!”.

El campo de sus padres era “chico” y JB tiene cinco hermanas, como era el único varón, decidió alquilar en otro lugar cuando contrajo matrimonio: “Porque no alcanzaba para una familia más”. De las 2700 hectáreas que en la zona supieron manejar los siete hermanos Culazo, que migraron del norte de Italia durante la colonización agrícola, al padre de JB le correspondieron solo 80, luego de que la tierra heredada se repartiera entre dos generaciones.

Arrienda el mismo campo de 140 hectáreas desde hace 40 años a “gente de la ciudad”. En la actualidad, a ese total le suma fracciones de campos de la zona que mi interlocutor denomina “otros puchos”, para referir a que son dimensiones pequeñas que van de entre 10 a 20 hectáreas. Así me lo explicó una tarde que lo acompañé a trillar uno de aquellos: “Junta pucho' me dicen a mí (risas). Las empresas se pelean por un lote de 100 hectáreas para arriba. Pelearse a pagar

locuras, yo he visto. Estos lotes chicos no les interesan. Son fracciones chicas de profesionales que las fueron heredando o compraron para tener una casa de fin de semana”.

De hecho, aquellos campos pequeños habían llamado mi atención porque mis interlocutores se referían a estos –en general para indicar alguna dirección– como de “la profesora de la universidad”, “el cardiólogo” o “el de la joyería”. Personas que residían en la ciudad cabecera del departamento y que no se dedicaban a la actividad agropecuaria.

De este modo, JB consigue controlar un total de alrededor de 300 hectáreas de tierra que destina a la agricultura y que trabaja junto a su hijo mayor. A su vez, esto lo complementa con una cantidad similar de hectáreas en las que realiza labores agrícolas como contratista –y aclara– para “la gente de la zona”, es decir, que no se desplaza grandes distancias. “Si yo te tengo que decir la verdad, hoy conviene más ofrecer servicios que alquilar el campo y sembrar porque no hay riesgo. Lo que sí se ha hecho inalcanzable comprar una máquina nueva. A mí me agarró con todo renovado, de 10 años, salvo los tractores que son de cinco y seis años” –me contó durante mi trabajo de campo en el año 2019–. Por entonces, el parque de equipamiento de JB estaba formado por dos tractores, sembradora para grano fino y grano grueso, una cosechadora, una pulverizadora de arrastre y una arrancadora de maní. Además de otras viejas maquinarias e implementos herrumbrándose a un costado de su casa.

Su producción agrícola la organiza en un esquema de rotación de cultivos de trigo-soja, maíz, soja, maní. Pero, cada año, el 40 % de la superficie es sembrada con soja, otro 40 % con maíz y el restante con maní. Desde mediados de los años 80, entrega la totalidad de su producción a la empresa ABC, tras “tener diferencias” con quienes administraban la Cooperativa agropecuaria de la zona, el otro gran comprador de la producción de granos en los alrededores al río Ctlamochita.

Esas “diferencias” concuerdan con las relatadas por otras familias que supieron hacer agricultura de maní, pero no aluden en exclusiva a dicha cooperativa, sino que valen, en general, para las acopiadoras e industrializadoras; a saber: el dispar control sobre el precio que es fijado por la industria, cuestión que ya fue señalada en el capítulo 2, y se intensificó desde la completa desregulación del mercado de granos. Además, otro asunto de desacuerdo que me expresó JB, coinciden con lo que nos presentó la experiencia de la familia Rojas en el capítulo anterior: “Dejemos de lado una empresa como ABC, que es un particular. La cooperativa se queda con los campos que podríamos trabajar los productores, antes tenía más política de ayudar a los productores. Mirá vos, ABC es más gente que la cooperativa porque alquila, pero no pone equipos. Entonces da trabajo”.

En este marco JB aún es un productor que podríamos definir como independiente (porque trabaja y gestiona sus propios cultivos, aunque lo hace subordinado a criterios de calidad y condiciones de venta que le son impuestos) y considerado uno de los “aliados” de ABC, a quien le entrega desde hace más de 35 años su producción. Además, se ocupó de explicarme que le “conviene” trabajar con esta empresa porque le provee y financia insumos agrícolas o le ofrece algún trabajo como contratista. Pude observar también que recibe asesoramiento de los ingenieros de la empresa y conversa con estos dudas específicas, ya que JB tiene una experticia cimentada en décadas de trabajo agropecuario, pero en su educación formal alcanzó hasta el nivel primario y es reacio a participar de capacitaciones y eventos del rubro.

1.1.1. La conveniencia de ser aliados del agronegocio de maní

El día que me explicó que le “conviene” trabajar con ABC, en un momento me pidió que lo esperara porque iba a buscar algo para mostrarme. Volvió un rato después con una caja, que desempolvaba con un trapo mientras se acercaba y al abrir descubrió una placa plateada: “Esto me lo dio la empresa ABC cuando cumplieron los 50 años”. Tenía inscripto su nombre y expresaba un agradecimiento: “Por su trayectoria y confianza”.

Aquella placa hace referencia a un aspecto que se enfatizó en el capítulo 1 y 2 respecto a los actores dominantes de la región de análisis: su forma de territorializarse no está desanclada a nivel local. Son activos cultivadores de múltiples vínculos apelando a que es *su* lugar de origen y a los valores morales de progreso económico y trabajo sacrificado que organiza el imaginario de desarrollo regional. En este sentido, la empresa ABC marca sus diferencias con algunas de las modalidades de relacionamiento con el territorio que establecen otras grandes y megaempresas. Por ejemplo, la investigación doctoral de A. Picciani (2019) realiza un análisis comparativo de localidades del agropampeano del sur de la provincia de Córdoba que muestra diferencias sustantivas en la economía local según el grado de desarrollo de agroindustrias y/o la voluntad de las grandes empresas de establecer relaciones comerciales con actores económicos del territorio (en lugar de operar con otros extra-locales), incluso cuando señala la autora que subyace un control cada vez mayor de lo que denomina las “corporaciones del agronegocio”. El estudio de Intaschi y Hernández (2010:2) en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, arriba a similares conclusiones y explica que dos de las tres megaempresas que operaron grandes extensiones de tierra mantuvieron vínculos desanclados del contexto local: “No solo no tuvieron presencia de técnicos en la localidad, sino que tampoco realizaron acciones que tengan que ver con la Responsabilidad Social Empresaria (RSE) y, además, en muchos casos, las labores fueron realizadas por contratistas extralocales”. Más aún, una

investigación posterior (Intaschi y Hernández 2018) señala que en los últimos años estas empresas se retiraron al bajar los precios internacionales.

Por otro lado, la placa de reconocimiento a JB como “aliado” da cuenta de los hilos de las relaciones que se busca reponer: cómo se entran distintas inserciones socioproductivas en esta etapa del desarrollo agrario caracterizada por la concentración productiva.

En otras palabras, como explican Gras y Hernández (2013b), no debemos suponer un “retorno al sistema latifundista-terrateniente del modelo agroexportador” cuando observamos el aumento de las escalas productivas en la producción agrícola de las últimas décadas. Como vimos en el capítulo 2, la empresa ABC organiza la producción agropecuaria tercerizando en un 100 % los procesos productivos y arrendando alrededor del 40 % de la tierra que controla. Esto le habilita una organización socioproductiva que se centra en la gestión de “una red de contratos” (Anlló et al. 2013) que le permite desplegar vínculos con una diversidad de actores: desde aquellos productores que perdieron el control de sus tierras pero que con su maquinaria pueden hacer alguna labor agrícola para la empresa; los productores agropecuarios “aliados” en sus diversas escalas socio-productivas; las empresas contratistas altamente especializadas y también las de menor escala de “productores contratistas”; diversos tipos de rentistas tanto de pequeñas fracciones como de campos completos; con empresas de transporte de carga; las biotecnológicas con sus semillas e insumos químicos; así como otros servicios décadas anteriores prácticamente desconocidos en el agro como las tecnologías digitales para la gestión informática y remota, el *consulting* financiero, de servicios climáticos, entre otras.

Recapitulando, el despliegue de la organización de la producción entorno a una “red” de contratos se asentó sobre un rasgo preexistente en la producción agropecuaria pampeana: la prestación de servicios era una forma de amortización de la maquinaria adquirida por los establecimientos agropecuarios que se capitalizaban. Lo cierto es que a partir de inicios de milenio se expandió y amplió la gama de servicios ofrecidos, así como las modalidades de contratación y de pago. Además, se desplegó con capacidad de “incluir” a viejos y nuevos actores productivos caracterizados por una amplia heterogeneidad social y económica.

Esta forma en la que se despliega la lógica de los negocios para el caso de Argentina, Gras y Hernández (2013b:13) la caracterizan en términos de una organización de la producción que fragmenta “por abajo” y concentra “por arriba”. En otras palabras, la noción de “red” no hace referencia a una estructura horizontal sino a su *flexibilidad*: el control del capital y de la decisión empresarial se encuentran concentrados a nivel de la cúpula, pero el proceso productivo se encuentra fragmentado, asumido por actores distintos que son convocados para prestar “servicios” específicos —como nodos de una red que se pueden adicionar o restar—. En esta clave

es que podemos entender que se estimuló el desarrollo de empresas prestadoras de servicio incluso para sectores sin experiencia en lo agrario –al respecto, cabe recordar que en el capítulo 1 observamos a un equipo biólogos emprendedores que ofrecían una aplicación para georeferenciar zonas donde se acumulan malezas–.

Esto “ayuda”, como explicó JB, dado que permite que distintos actores continúen vinculados a la producción u obtengan una renta por sus tierras. Como vimos, en el cálculo de mis interlocutores, siempre está la posibilidad latente de quedar expulsados, víctimas de la concentración productiva. Así, aunque incluirse como contratista o productor “aliado” de ABC implique perder márgenes de autonomía, es una manera de persistir en la actividad rural.

Por otro lado, hay otra dimensión a no perder de vista y es el aporte determinante del contratismo en las transformaciones recientes. En el desarrollo de la siembra de soja y la generalización del doble cultivo anual de trigo-soja, gracias a las innovaciones biotecnológicas (semillas y agroquímicos), suele señalarse que los establecimientos agropecuarios tradicionales, en general, optaron por continuar dedicados al cultivo de trigo e incorporaron la soja, pero tercerizaron las labores culturales de esta oleaginosa. De este modo, el crecimiento de la superficie implantada en “segunda ocupación” entre los años 1988 y 2002 se duplicó y tuvo como actor protagónico al contratista (Lódola 2008). Para el caso, se puede señalar que la incursión de la empresa ABC, así como gran parte de las empresas maniseras en la actividad agrícola, se apoyó en esta figura fundamental que además contaba con una experticia en la producción de dicho grano, así como maquinaria específica. No se puede comprender el rápido crecimiento en la producción agrícola de estas empresas sin esta figura socioproductiva –agricultores reconvertidos en contratistas– que había cimentado desde décadas anteriores el conocimiento sobre un cultivo que –como vimos– es “costoso” y “delicado”.

En este sentido, estas empresas no solo “ayudan”, sino que son las principales interesadas en que la “red” funcione. Son las impulsoras de aquel discurso que plantea “alianzas” en las que todas las partes se benefician, tal como fuera estudiado por Andrea Sosa (2019) para el caso de las megaempresas, que instala la idea de un modelo en el que “todos ganan” (*win-win*). Así, es opacada la distribución desigual de los beneficios (ver también Bernhold y Palmisano 2017).

En otras palabras, se intenta señalar aquí la complejidad de las relaciones sociales que se modelan alrededor de los intereses de las empresas de la cúpula, en este caso la empresa ABC. A través de la tercerización de procesos se externaliza la contratación de personal de forma directa y no se inmoviliza capital en maquinaria agrícola, también se desliga de la responsabilidad de su mantenimiento y renovación constante. Junto al arriendo de tierras,

consigue no “hundir” capital en activos físicos. Pero igualmente, puede con facilidad aumentar o disminuir la escala de producción de un año a otro.

I.I.II. El sacrificio

El vínculo de esta gran empresa con JB permite identificar, al mismo tiempo, que la prestación de servicios constituye una estrategia defensiva para la producción familiar capitalizada tal como ha sido señalado en otros trabajos previos (Barsky y Dávila 2008; Cloquell et al. 2007; Muzlera 2010a). Apelar a “trabajar para la gente de la zona”, “hacerle algún trabajo a ABC”, es parte de la generación de ingresos extraprediales que le permiten la sostenibilidad de la vida familiar, que su hijo menor pueda llevar adelante estudios de nivel superior en el Instituto de Renault en Córdoba y su hijo mayor, que nació con un solo brazo y no completó el secundario, tenga una inserción laboral. Además, esta pluriactividad se complementa con la cría de animales (chanchos, gallinas y ovejas) para autoconsumo y la venta “de alguno que otro”, que tiene en corrales linderos a la vivienda familiar y que me aseguró: “Tener tres hectáreas para 10 madres no es rentable. Pero, bueno, uno está en el campo y cómo no va tener”. También, venden “al menudeo” maíz partido en bolsas de 50 kilos. Me explicó que es “una pequeña ayuda en invierno que no hay mucho trabajo”. Pero, además, le sirve a quienes tienen pocos animales porque: “nadie vende poca cantidad de granos, de la silobolsa va directo al camión”.

JB forma parte de aquellos productores que desafiaron mi capacidad de abrirme a la escucha porque, por momentos, manifestaba mucho de lo que está o estaba más allá de mis marcos normativos o de tolerancia. Es un ferviente detractor de los gobiernos progresistas, cuando va a la ciudad suele discutir y enojarse con jóvenes que limpian vidrios en las esquinas a los que acusa de “vagos”. En otras palabras, su personalidad enérgica y verborragia contrasta con las disposiciones urbanas progresistas o de izquierda.

Luego de que nos hubiéramos visto un par de veces, la primera vez que fui a su casa a conversar con él en calidad de antropóloga, se sentó al lado mío y sin que yo pudiera introducir algo así como una entrevista, comenzó a hablar y me dijo: “Tenemos un problema muy grave acá. No sé a dónde vamos a irnos nosotros si esto sigue así”. Estaba preocupado por las restricciones para fumigar con agroquímicos que establecen distancias mínimas respecto a poblados, así como por el crecimiento urbano que entiende que cada vez se acerca más a las tierras agropecuarias, por ello, suele expresar retóricamente: “Decime vos cómo vamos a hacer para producir”. Entiéndase: producir sin agroquímicos. De hecho, por entonces, uno de esos

“puchos” que él solía cultivar quedó afectado por nuevas normativas de una localidad de la zona que amplió el área de resguardo donde no se puede fumigar⁴⁸.

En otra ocasión me comentó ofuscado otra preocupación que entiendo forma parte de una misma problemática en más de un sentido, me supo decir: “¿Cuántos montes han topado para sembrar? ¡Y ahora hay que plantar no sé qué cantidad de árboles por hectárea! —en referencia a la Ley Agroforestal provincial que, por entonces, se estaba difundiendo, y continuo— ¡Estamos todos locos! ¿Por qué no se lo hacen poner a los políticos y los grandes empresarios que se robaron todo? Yo alquilo hace 40 años, vivo acá y lo cuido”. Entiendo que, más que una “defensa acrítica” de los agroquímicos o la agricultura convencional, JB me señalaba las fuerzas a las que está expuesto su artesanal modo de “ganarse la vida”.

De algún modo, entiendo que aquel valor moral del “trabajo sacrificado” que este tipo de productores heredaron y transmiten de sus ancestros que protagonizaron el proceso de colonización agrícola incluye, en la actualidad, correr el riesgo de que los agroquímicos contaminen y afecten la salud de la población aledaña que, siendo que el grueso de quienes acompañé viven y trabajan en el campo, es también la salud propia y de su familia.

De este modo, las “zonas de sacrificio” (Svampa y Viale 2014:86)⁴⁹ adquieren complejos sentidos en la vida de quienes viven y trabajan en la agricultura convencional y experimentan la obligación de sacrificarse. Este concepto ha tenido una gran visibilidad en los últimos años como eje de la denuncia de intelectuales y activistas que señalan territorios y poblaciones afectadas por actividades contaminantes que dañan la salud, el ambiente y sus modos de vida.

Al compromiso con el sacrificio que atraviesa socioculturalmente a la tradición chacarera, tampoco lo podemos llegar a comprender en toda su dimensión si no atendemos a la “cultura del aguante” y los mandatos patriarcales que atraviesan a las masculinidades del agro argentino que, tal como señalan Kunin y Lucero (2020:77), “penaliza socialmente si 'se cuidan' y no 'asumen riesgos' al tiempo que son puestos en situaciones de certero peligro”. Atendiendo a estas dimensiones podremos comprender que cuando le pregunté, en otra conversación, quiénes eran las personas que se habían quejado por una fumigación que él había realizado me dijo:

⁴⁸ Las zonas de resguardo ambiental (también llamada de preservación o de exclusión) son franjas alrededor del área poblada donde está prohibido fumigar con algunos o todos los agroquímicos. La Ley provincial vigente N° 9.164 regula desde el año 2004 aquellas actividades que implique el manejo de agroquímicos. Prohíbe toda fumigación aérea a menos de 1500 metros de zonas pobladas con agroquímicos clase I y II y a menos de 500 con los clase III y IV. En cuanto a las fumigaciones terrestres restringe a los 500 metros los que son clase I y II, pero permite los clase III y IV hasta el límite de la zona urbana. Entre estos se incluyen, por ejemplo, el que tiene el principio activo del glifosato, el más utilizado en Argentina —volveremos en el próximo capítulo—. Esta débil reglamentación impulsó la creación de ordenanzas comunales o municipales que amplían las restricciones en 25 localidades de Córdoba (Alsina, Corradi, y Filippi 2016; Lerussi et al. 2017; Locati 2020).

⁴⁹ El término parece haber sido utilizado por primera vez para señalar a la población afectada por la contaminación nuclear en el periodo de Guerra Fría en la Unión Soviética. A posterior, recuperado por la academia y activistas que señalan que afecta en particular a los sectores más pobres y racialmente segregados. Para una revisión de la genealogía del concepto véase Holifield y Day (2017), Tzoumis (2020:445-47).

- Una gente de Villa María, compró acá un campito con una casa para alquilar al turismo.
- Ah, no es gente de la zona.
- No, por supuesto. ¡Entre productores nos entendemos!

Más que una postura “antiecológica” o “cegada” por el lucro, entiendo que JB nos muestra su vulnerabilidad ante los cambios de las políticas estatales y empresariales y las condiciones subordinadas en las que se inserta en la producción. Este es un aspecto que suele quedar invisibilizado en las discusiones que atienden a las –sin lugar a duda– necesarias y urgentes regulaciones ambientales y sanitarias de un sistema de producción que utiliza dosis en constante crecimiento de químicos contaminantes. Es decir, queda opacado cuáles son los actores socioprodutivos que tienen mayor capacidad de adaptación a esas nuevas regulaciones, luego de haberse beneficiado durante décadas de su vacío y, por otro lado, aquellos otros productores que trabajan en los “puchos” de tierra que no interesan a las grandes empresas y, además, lo hacen sin protección con los agroquímicos –en su doble sentido–.

No es un tema menor la construcción de consensos con los actores agroproductivos si consideramos la posibilidad de éxito de las políticas de creación de zonas de exclusión de uso de agroquímicos. Para el caso, la investigación doctoral de R. Iturralde (2020) analiza la creación de una zona de resguardo ambiental en el partido de Trenque Lauquen de la provincia de Buenos Aires, pero a pesar de las interesantes experiencias de transición a la agroecología presentadas, de un total de 60 campos afectados por la normativa, solo cuatro estarían produciendo de esta manera –los otros dejaron de utilizarse para actividades agropecuarias o prefieren pagar la multa por infringir la ley y continuar aplicando biocidas–. En contraposición, resulta paradigmático el caso de Guaminí, a pocos kilómetros del anterior, donde el propio municipio convocó a productores agropecuarios a hacer una transición hacia la agroecología y a posterior –en el marco de un proceso de paulatina adhesión y construcción de acuerdos– se establecieron zonas de resguardo (una reconstrucción de este proceso en Moraga 2021).

Para el caso de GSM, se pudo reconstruir que, tras una fumigación en el periurbano de Villa María en el año 2015, se inició un conflicto entre huerteros y productores agrícolas porque los primeros vieron afectada su producción. Según se recuperó a partir de la investigación de una docente de la Universidad de Villa María, A. Camperchioli (2017), la respuesta del Estado municipal a este conflicto fue constituir una “mesa de trabajo interinstitucional” y destaca la autora la ausencia de productores en las reuniones. Otra investigación de esa misma casa de estudios también ha señalado que la planificación municipal de Villa María, al orientarse a lo habitacional, dejaba a los productores en condición de vulnerabilidad frente al avance de loteos

sin contemplar las repercusiones o una mirada integral de la planificación (Guzmán et al. 2020:91). Finalmente, en relación, se puede mencionar que del total de 25 localidades de la provincia de Córdoba que establecieron zonas de resguardo ambiental o prohibición total de agroquímicos, solo en dos localidades se dieron procesos de debates ciudadano convocados con este fin: Marcos Juárez y Huinca Renancó (véase Lerussi et al 2017, Locati 2020, Alsina et al 2016). Volveremos sobre el conflicto que suscita la fumigación en los siguientes capítulos.

Este sin dudas es un tema controversial y complejo, en el que quizás el mayor desafío es conjugar la urgencia y la factibilidad. Intento señalar la importancia de atender a que es un problema de salud pública, pero que su “solución” no debería desconocer los rasgos de la estructura agraria y los imperativos del paradigma de los agronegocios (o neoliberalismo) que se despliegan afectando desigualmente a la población urbana y rural.

En otro orden de cosas, quisiera cerrar este apartado señalando que el establecimiento familiar de JB, llevado adelante con el trabajo de él y su hijo, da cuenta del contradictorio proceso de desarrollo del capitalismo en el agro. Así como ha sido ampliamente debatido el impacto de la capitalización de los establecimientos chacareros (Azcuy Ameghino y Martínez Dougnac 2014; Balsa 2006; Murmis 1994; Muzlera 2010b), podemos observar aquí que no es un proceso lineal que el acceso a la maquinaria propia se corresponda con un tipo ideal de descomposición hacia “arriba”, es decir, aburguesamiento y el reemplazo del trabajo familiar por formas de trabajo asalariado. O, en el otro vértice, de reproducción incompleta y descomposición hacia “abajo”. Al menos por ahora, se puede señalar que la capitalización en maquinaria agrícola afianza en su carácter de productores familiares a JB y su hijo, con el soporte de Teresa –su esposa– en el trabajo de la esfera doméstica. La mecanización que ahorra fuerza de trabajo, en esta experiencia, les permite persistir como productores directos combinado con una compleja estrategia pluriactiva.



Ilustración 21 El hijo mayor de JB fumigando un lote chico (barbecho) para luego sembrar soja. A la derecha, viejas herramientas de maní al costado de la vivienda de JB. Archivo propio

I.II. Tamberos y contratistas

I.II.I. Especialistas en forrajes

En el capítulo anterior, se analizó la trayectoria de la familia Rojas, que abandonó la agricultura de maní y se dedica solo al tambo. Lo que no señalé es que Jorge, cuando los números no cerraban en el tambo, en los difíciles años de la década del 90, ofrecía servicios con las herramientas del establecimiento familiar. Ahora el tambo familiar les mantiene ocupados, pero si fuera necesario generar un ingreso monetario extra, Jorge tiene en claro que lo primero que haría sería ofrecer servicios. Al no ser una empresa especializada –es decir, dedicada en exclusividad y armada con un parque de las más nuevas maquinarias–, el diferencial que puede ofrecer es su experticia. “Yo lo cosechaba bien prolijito” –cualificaba su trabajo con el maní–.

La “prolijidad” como descriptor positivo fue una categoría recurrente entre mis interlocutores “tractoristas”, “fierros” y productores, que da cuenta de un conocimiento específico. Por ejemplo, cuando consulté los requisitos que exigía la empresa ABC a sus contratistas me explicaron que no excluían por no contar con un parque de maquinarias de “última generación”, de hecho, las maquinarias de JB no son ni de gran escala ni “nuevas”:

–Si es un tractor viejo y tiene piloto automático, funciona –me dijo uno de los agrónomos.

–¿Y eso por qué es una exigencia?

–No hay más nadie en el campo a quien contratar y se termina tomando gente que no es 100 % idónea. Es una forma de suplir el error humano. Fijate, cuando yo era chico se hacían las competencias de quién sembraba más derecho. Hoy eso no existe.

Esa idoneidad es la que pueden ofrecer quienes son productores y brindan servicios con sus maquinarias a terceros y su propio establecimiento es la muestra palpable de la vara de calidad. Una situación de experticia específica es la que presenta la producción de reservas forrajeras y eso es lo que ofrece la familia Ronci que son contratistas y productores de leche. Lorenzo es nieto de tamberos tanto por línea materna como paterna. Al terminar la escuela secundaria –hace cinco años atrás– decidió no continuar estudiando, aunque su hermano, con el cual tiene una diferencia de dos años, ya estaba cursando Ingeniería Agronómica. A Lorenzo le gustan “los fierros” así que se dedica a todo lo que tiene relación con maquinaria en el tambo familiar, tareas en las que empezó a incursionar en su adolescencia.

“Nosotros empezamos con una máquina chica haciendo lo nuestro y algunos trabajos. Y yo le insistí a mi viejo para que compráramos esta más grande y empezamos a hacer cada vez más

trabajos afuera”, me explicó el día que lo acompañé en una jornada de trabajo en uno de los establecimientos en los alrededores al río Ctalamochita.

La confección de reservas de alimento, sea en rollo o fardo –heno seco– o el ensilado, es específico para establecimientos de tambo o ganadería y les convierte a quienes prestan el servicio en “contratistas forrajeros”. Además, esta familia es el único tipo de servicio que ofrecen a terceros, a pesar de que cuentan con todo el parque de maquinaria.

Se iniciaron en la producción de silo en el año 2013 cuando compraron una picadora “usada”, es decir, de segunda mano, una Jaguar 850, de la marca alemana Claas, relativamente pequeña. En el año 2018 decidieron comprar una picadora nueva, con mayor capacidad, pero sin llegar a un equipo de gran porte, la Jaguar 940. De ese modo, casi sin variar el tamaño de la maquinaria (por tanto, velocidad y gasto de gasoil) consiguieron un 30 % de aumento de productividad en la tarea de la producción de silo, de acuerdo a mis interlocutores. Adquisición que concretaron con un crédito de la banca privada en dólares a pagar en cinco años.

Tomando una categoría de la literatura especializada, con la nueva picadora se convirtieron en “productores sobre-capitalizados”. El alto costo de la maquinaria agrícola, en este caso una picadora que rondaba los 400 mil dólares, hace imposible a los establecimientos de tambo o ganaderos de mediana escala afrontar su pago sino es a través de un uso intensivo por fuera de las necesidades de la explotación. Ofrecer servicios es una manera de generar un ingreso complementario, capitalizarse y un rubro de especialización para Lorenzo. El parque de herramientas de esta familia de productores tamberos y contratistas se completa con: una segadora, dos tractores, dos casillas, tres camiones, una batea y dos embolsadoras.

La familia Ronci, con un tambo emplazado en tierras propias, que arrienda solo el 25 % del total de superficie que controla y capitalizándose con la adquisición de la maquinaria propia, de algún modo se expresa a contramano de la tendencia a “achicar la estructura” que la literatura del agronegocio pregona para el modelo de producción desagregado en una red de prestadores.

En cuanto al volumen de trabajo, producen anualmente forraje sobre 500 hectáreas de alfalfa y unas 800 de maíz, siendo la mitad destinada al tambo propio y la restante corresponde al trabajo que realizan como contratistas para otros establecimientos lecheros. Una habilidad que cimentaron no solo con la experiencia familiar en el rubro, sino también de la mano de la misma empresa a la que compraron la maquinaria, a través de eventos que organizan como es la “Experiencia Forrajera”, espacios que valoran porque les permiten “estar actualizados”.

Aquel día que acompañé a Lorenzo en su labor, como las ventanas estaban cerradas herméticamente casi no se percibía el calor del verano ni el ruido de la picadora que recogía del

suelo la alfalfa, que había sido cortada una hora antes con una segadora. La trituraba y arrojaba en un camión que se desplazaba a la par. Luego, ese pasto cortado ingresaba a la silo bolsa.

Al costado de Lorenzo una pantalla digital presentaba números: velocidad, rendimiento, humedad, entre otros. Sucede que en los últimos años la nueva maquinaria agrícola –y el parque automotor en general– empezó a incorporar hardware y software específico que, gracias a los desarrollos de la microelectrónica y tecnologías digitales y satelitales, producen y transmiten, entre otras cosas, datos. Por ejemplo, para este caso, permite reconocer el mapa productivo de cada lote registrando parámetros como el rendimiento medido en producción de materia verde. Estas innovaciones tecnológicas son parte de lo que se conoce como “agricultura de precisión”.

Pero, cada vez que terminábamos de hacer un largo del lote (es decir, una línea recta de una punta a la otra), Lorenzo agarraba su anotador y con una lapicera registraba “la pasada” a mano. En ese momento, también, debía girar manualmente la maquinaria hasta ubicarla en la posición para que nuevamente el piloto automático la condujera en línea recta hacia el final del potrero. Efectivamente había una economía de datos disponibles (inclusive podríamos pensar en el “historial” de cada lote) pero mis interlocutores no lo utilizaban. Lo que valoran de estas nuevas maquinarias es lo que ofrecen a las condiciones de trabajo: el piloto automático en cuanto a la precisión, la velocidad de la maquinaria y la comodidad de la cabina que hace menos tedioso un trabajo repetitivo y de muchas (¡muchas!) horas diarias.

Aquellos dos días produjeron 110 hectáreas de silo de alfalfa que involucraron a seis trabajadores. Si hubieran estado confeccionando rollos de pastura seca, luego de cortarla, no la pican y queda alrededor de dos o tres días tendida en el suelo perdiendo humedad para poder ser arrollada. En cambio, para picarla y guardarla en una silobolsa se espera, por ejemplo, un día de calor y poca humedad, aproximadamente una hora.

Tanto el productor de aquel tambo como su asesor ingeniero agrónomo estaban en el potrero controlando el trabajo que se estaba realizando. Luego de que la alfalfa era cortada, eran ellos quienes confirmaban cuándo era el momento para picar y ensilar. En uno de esos momentos que esperábamos que dieran la orden para continuar, con Lorenzo observamos la pastura tendida en el suelo. Él agarró un puñado y la empezó a frotar entre sus dedos y me dijo: “Esta ya está porque ves que no te pinta la mano de verde. Si te mancha es que está muy jugosa. Y si fuera para hacer rollo tenés que mirar el palito principal de la planta, que esté seco. Cuando es para rollo podés hacerlo más a ojo, pero con el silo tiene que ser exacto porque te cambia la calidad del alimento”. El productor usaba otro método: recogía un puñado de pastura y la controlaba con un microondas de uso doméstico y una balanza que, según mis interlocutores,

“es lo más preciso para saber cuánto tenés de materia seca cada 100 gramos porque el silo⁵⁰ hay que hacerlo al 35 % de humedad”. Volveré sobre el asunto de la calidad, por el momento, lo dicho basta para situar las técnicas y experticias movilizadas por mis interlocutores.

I.II.II. La tercerización de labores en los tambos

Señalé que para la familia Ronci prestar servicios hace posible amortizar la picadora y es una inserción laboral para Lorenzo. Por otro lado, para los establecimientos de tambo que lo contratan hace posible emular los esquemas socioprodutivos intensivos en alimentación sin invertir capital en maquinaria y sin la contratación directa de trabajo asalariado.

Recordemos que tanto la alimentación con pastoreo, así como las reservas de henos siguen siendo predominantes en la alimentación del ganado vacuno. Sin embargo, la utilización de silaje se encuentra en crecimiento en la dieta de las vacas, en el marco del imperativo de obtener mayor producción, es decir: más litros de leche por hectárea.

Es decir, la tercerización de la confección de las reservas forrajeras es, en algún punto, la posibilidad de acceder a la producción propia de reservas de alimento para el rodeo en la mayoría de los establecimientos de tambo que acompañé —en particular para el caso del silaje, dado que la producción de heno es una tecnología más accesible en capital y conocimiento para el dominio de las familias—. Esto es así incluso cuando algunos de mis interlocutores cuentan con parte de la maquinaria y trabajan a la par de quienes prestan servicios. Por tanto, aquí podemos observar un aspecto resaltado en gran parte de los trabajos específicos: el rol del contratismo como vehículo para la incorporación de tecnología agropecuaria.

Esto último es bastante evidente al analizar a las grandes empresas que organizan su producción de granos a través de la “red de contratos”, más opaco es cómo engarza con la producción de escala media o pequeña, en muchos casos, organizadas alrededor del trabajo familiar. Al respecto, me interesa situar dos discusiones que atraviesan a los estudios agrarios.

i) Algunos autores han intentado medir los “beneficios” de optar por esta forma de organizar la producción. Tal es el caso del trabajo de los economistas A. Lódola y R. Fossati (2004:21) quienes a través de un estudio de tipo econométrico sobre cultivos de cereales y oleaginosas (trigo, maíz, soja y girasol) estimaron que los productores que contratan servicios obtienen un 18 % más de ingreso que quienes no contratan. Así, inferen que la tercerización de tareas genera “un positivo efecto social, ya que la existencia de los contratistas rurales pone límites a la concentración de la propiedad, haciendo rentables a pequeños productores”. Un argumento

⁵⁰ En el capítulo anterior vimos que la denominación técnica es henolaje, no obstante, mis interlocutores utilizan la expresión silo indistintamente.

similar es planteado en otros trabajos (Azcuy Ameghino y Martínez Dougnac 2014:49; Barsky y Dávila 2008:88; Cloquell et al. 2007:129) que entienden que la existencia de prestadores de servicios con maquinaria contribuyó a que accedan a innovaciones tecnológicas establecimientos pequeños y medianos como apoyatura para su sostenibilidad económica.

ii) Esto último es sin duda un punto de controversia, dado que la tercerización de procesos abre la puerta de entrada a la explotación indirecta del trabajo ajeno y es una adaptación al imperativo de establecimientos de mayor escala y dependencia. Por tanto, algunos autores explican que según “la proporción de las labores tercerizadas queda abierta una vía para la transformación de la producción de base familiar en específicamente capitalista” (Azcuy Ameghino y Martínez Dougnac 2014:48). En este sentido, Villulla y Amarilla plantean que la contratación de labores agropecuarias es resultado de la concentración de la producción que refiere para el caso de la región pampeana a “la descomposición del mundo chacarero clásico” (2011:75). En otras palabras, es una figura que desempeñó un rol sustantivo para que fuera posible la operación de grandes superficies, incluso en algunos casos trabajando para un único cliente, una de las grandes o megaempresas (Gras 2013b:83; Muzlera 2010b:17).

Para el caso de los establecimientos de tambo que hemos acompañado –de escala pequeña a mediana–, donde prevalece el trabajo familiar conjugado con el asalariado no familiar, no podría avanzar en otra afirmación más allá de lo que fue señalado: que el contratismo es una posibilidad de acceder a emular estas nuevas formas de organización de la producción, en particular, en la confección de reservas de alimento para el rodeo, que se volvieron necesarias para aumentar la producción global y ser “más eficientes”. No es posible asegurar si habilita o no un aumento de la productividad comparativamente, en primer lugar, porque no ha sido medido por el tipo de abordaje realizado y, por otro lado, porque ese tipo de análisis presupone estabilizadas todas las otras variables en juego (compara productividad en condiciones de contratación o no de servicios, *ceteris paribus*). Al contrario, en lo que respecta a los datos etnográficos, se observan divergencias en el acceso a los servicios según el tamaño del establecimiento o los vínculos personales que pueden movilizar –y aquí no me refiero únicamente a los establecimientos de tambo–. Lo veremos en detalle en el siguiente apartado desde la perspectiva de una empresa contratista, pero vale aquí adelantar que a menor escala del establecimiento también son menores las posibilidades de conseguir quién le realice un trabajo o que lo haga en el momento “óptimo”. En otras palabras, presuponer que el “mercado de servicios” es un espacio donde se encuentran demandantes y oferentes en iguales condiciones es, al menos, un efecto de teoría que opaca las relaciones de poder y otras dimensiones en juego (este aspecto es también señalado en Moreno 2017).

Respecto a la segunda discusión, es interesante observar que los procesos que se tercerizan en el tambo, a diferencia de los establecimientos de agricultura, no constituyen el corazón del sistema productivo. No se identificó ningún establecimiento que subcontrate empresas para el manejo de los animales, solo aparece en relación a la producción del alimento del rodeo (cuestión también señalada en el estudio de Vértiz 2017:245). Entre la producción propia de reservas forrajeras y su compra como un insumo más, la tercerización habilita un punto intermedio, con aún mayor control sobre esta variable de peso en la estructura de costos. Esta es una diferencia significativa en relación a aquellas empresas que tercerizan la mayor parte o el total de las actividades de lo que se supone es su principal actividad.

II. EN EXCLUSIVO CONTRATISTAS

Como vimos en la experiencia de la familia Rojas, el contratismo puede ser un recurso temporal en función de situaciones familiares o coyunturas macroeconómicas, que inclinan a expandirse en la producción propia o en los servicios a terceros. También, algunos interlocutores ofrecieron servicios con la “vieja” maquinaria que poseían cuando perdieron el control sobre las tierras familiares, actividad que luego abandonaron cuando se insertaron en otras. Incluso, uno de ellos al ser despedido en su trabajo en la ciudad, 15 años después, volvió a recurrir al contratismo “con los fierros viejos” para “conocidos y parientes”. En cambio, la situación es más estable en el caso de quienes se dedican únicamente a la oferta de servicios y no están abocados a la producción agropecuaria propia.

Tal es el caso de la familia Zappa. Con su perra Quimba en la caja de la camioneta, Miguel se pasa las horas de un lado para otro. En una de las jornadas que lo acompañé, empezó el día en un tambo donde fueron a prestar servicio de confección de silo, saludó al productor y charlaron un rato de “la seca” y antes de irse les dijo a los jóvenes que trabajan en su empresa: “Vamos a hacer todo bien prolijo y le dan bola a lo que les dice el dueño del campo”.

A continuación, me explicó: “Este es un tambo donde el productor está muy presente. Hay que tener paciencia, este tipo se juega la comida de todo el año”. Luego me contó que hacía unos tres años que había comenzado a trabajar con aquel establecimiento: “Este trabajo se lo hacía uno de los dos contratistas grandes de la zona. Pero se cansó porque es muy rompe bolas, así que lo dejó y lo agarramos nosotros. Como somos una empresa familiar, venimos al campo, si el productor tiene algún problema me dice a mí. A estos tipos les gusta verte”.

Su jornada continuó en un pueblo cercano, a 15 kilómetros, donde buscó un repuesto. Luego, pasó por un local a pagar una cuota que adeudaba del tractor. Por último, buscó unas viandas en la rotisería de su hijo mayor para llevar a otro campo donde estaban cortando un lote de

alfalfa. Miguel reemplazó al mediodía a su empleado en la máquina para que pudiera almorzar y descansar una hora a la sombra. Uno de los días que lo acompañé me afirmó: “A veces me descuido y ya hice 300 kilómetros en un día”.

Oriundo de un pequeño pueblito de la zona, que en la actualidad no supera los 600 habitantes, a sus 60 años se describe “metido con las maquinas toda la vida”. Cuando estudiaba en la escuela técnica, empezó a arreglar motos que “estaban hechas pelota y las dejaba impecables”. En total armó cinco que le permitieron, al venderlas, poder comprar herramientas y abrir un taller mecánico en el pueblo. Pero, pocos años después, ingresó a trabajar en EPEC (Empresa Provincial de Energía de Córdoba) y continuó allí durante 14 años: “Un trabajo con buen sueldo, conquistas sociales, pero cuando dieron el retiro voluntario aproveché y me fui. Y no estoy arrepentido porque crecimos bien económicamente y esto a mí: ¡me encanta!”.

Miguel se refería al mecanismo por el cual muchas empresas –tanto estatales como privadas– redujeron la planta de personal, en particular a fines de la década del 90, sin recurrir a la figura legal del despido y al pago de la indemnización correspondiente, sino a un arreglo entre partes por un monto más bajo. En medio de una macroeconomía recesiva, no es un caso aislado que se utilizara el dinero recibido para iniciar “un emprendimiento”⁵¹.

Mientras Miguel era empleado de la empresa de energía eléctrica, igualmente, continuó ligado “a las máquinas”. Ofrecía el servicio de confección de reservas de pasturas en forma de rollos fuera de su horario laboral y con la ayuda de sus hijos adolescentes. Cuando dejó de trabajar en EPEC compró otra rotoenfardadora y armó un equipo de trabajo con dos empleados. Al poco tiempo un empresario rural, oriundo de la ciudad de Rosario, pero propietario de una estancia cercana a su pueblo, le habría dicho en los albores del año 2000: “Miguel: ¡asociate al campo que el campo tiene futuro!”. Así lo alentó a que empiece a prestar servicios de fumigación y le ayudó a comprar su primera pulverizadora.

Para el caso, a aquel empresario rosarino le afectaba que no hubiera un contratista fumigador cercano a su establecimiento y, por lo tanto, dependía de que terminaran trabajos en sus correspondientes “zonas”. Por ello, “ayudar” a Miguel era una forma de resolverlo, que excluía otra alternativa: comprar la maquinaria y contratar un empleado.

Mis interlocutores delimitan un radio en el que se mueven al referir a la “zona”, tomando por lo general como epicentro el pueblo o lugar de emplazamiento de la empresa contratista. Vimos para el caso de JB y la familia Ronci que superponen la ubicación del establecimiento

⁵¹ Es lo que la Ley de Contrato de Trabajo de Argentina define como extinción de la relación laboral por mutuo acuerdo, sin establecer un monto en dinero a favor del empleado/a, por eso, al depender de la negociación siempre es menor que el correspondiente por una indemnización. Esta modalidad es utilizada también por las empresas cuando está prohibido el despido.

con el área donde prestan servicios como contratistas, ya que trabajan “para la gente de la zona”, un radio aproximado de 20 kilómetros. En cambio, Miguel y sus hijos, en la actualidad operan a entre 100 y 150 kilómetros a la redonda. Esta es una de las diferencias, los “contratistas puros” al contar con un parque de maquinaria de mayor escala, requieren más volumen de trabajo para amortizarlo: “Si nos conviene, vamos. Se nos amplió la zona con estas máquinas más grandes”, me explicó uno de los hijos de Miguel.

En la actualidad, Miguel trabaja con dos de sus tres hijos: Jerónimo, es ingeniero agrónomo, y se ocupa del servicio de pulverización (para lo cual tienen dos mosquitos terrestres) junto a dos maquinistas empleados asalariados permanentes; su hijo menor, Marcos, el “más herrero” –y sin estudios de nivel superior– se ocupa del servicio de ensilado de forraje (para lo cual cuentan con dos segadoras, una picadora, dos embolsadoras, dos tolvas, un tractor, un camión y cinco casillas) e involucra a cuatro empleados permanentes. Esta estructura conformada por Miguel y sus dos hijos, más seis empleados “fijos y en blanco” –según me explicaron– se amplía en el verano, por el mayor volumen de trabajo, a 20 personas, sumando empleados eventuales, así como “choferes con sus camiones que nos brindan el servicio a nosotros”.

Vemos aquí otro rasgo sobre las relaciones de trabajo señalado por la literatura especializada. Entre los productores que son además contratistas es habitual emplear la mano de obra familiar reforzada ocasionalmente por asalariada, sea permanente o eventual. En cambio, en las empresas prestadoras de servicios es mayor el componente de trabajo asalariado.

II.I. Clientes

En su momento, JB me supo expresar su punto de vista sobre cómo entiende la mirada de otros –en particular personas urbanas–: “Nos ven en la chata y nos odian, se creen que estamos de joda. Pero la chata es un tractorcito, cargamos de todo, hasta por ahí enganchás un implemento. Además, las pagamos a cinco años, no es que compras porque te sobra”. Con Miguel pude entender que, también, es una oficina. Se traslada, se comunica con clientes con su celular conectado al equipo de sonido del vehículo, se informa con la radio encendida todo el día, almuerza, duerme la siesta o, también, recibe a una antropóloga en su camioneta.

Así pude observar la manera en que seleccionan y gestionan tareas y clientes en esta empresa de contratistas. Por ejemplo, en una ocasión una productora de un tambo “chico” le llamó para solicitar la fumigación de “un potrero de unas 15 hectáreas”. Él le explicó que su hijo debía fijarse cómo iba a estar el viento y que era obligatorio contar con la receta fitosanitaria porque

había controles y las multas eran “carísimas”⁵². Cuando cortó la comunicación me dijo: “No sé si vamos a ir, si me sale un trabajo más grande, yo le tengo que poner una excusa, una mentira piadosa”. Y a continuación me dio un ejemplo: “Si me llama Fulano, que tiene 300 hectáreas, yo con una tancada [un tanque lleno] hago 100 hectáreas en 2 horas. En cambio, si voy a estos más chicos, hago un lotecito de 10 hectáreas con unos líquidos porque es para maíz, después tengo que lavar toda la maquinaria, cargar otros líquidos para otro lote de 10 de alfá. Entonces si voy a uno, estuve 6 horas e hice 300 hectáreas y me voy con 90 mil pesos en bruto. Si voy al chico, hago 20 hectáreas por 6 mil pesos, renegué más y me tuve que ir”.

Aquella dinámica la pude comprender mejor en otra ocasión que se comunicó telefónicamente su hijo Marcos: “Viejo, me paró recién Mengano y me dice que le corte el alfá. Así que cuando termine me voy para allá así aprovecho el día. Son 50 hectáreas”:

Aquel día el hijo menor de Miguel había salido del pueblo a las cinco de la mañana y había recorrido 60 kilómetros con la maquinaria en la ruta hasta el campo donde estaban trabajando. “Aprovechar el día”, en ese caso, redundaba también en la economía de tiempo de traslado. Al cortar la comunicación con su hijo, Miguel me explicó: “Yo le digo siempre a mis hijos, sale un trabajo, van y lo hacen rápido. Porque esto es así: te llama Juan Pérez cuando vas a la mitad del lote y te dice ‘che, ¿podés venir?’, pero si vos porque estabas boludeando no terminaste, te perdés el siguiente trabajo porque ahí llama a otro”.

Los clientes de Miguel y sus hijos son principalmente establecimientos de tambo y ganaderos. Además, comparten la mirada respecto a que el tambo, moviliza más trabajo, o como me supo afirmar Lorenzo: “Nosotros apostamos al tambo. Se gana un poco menos que en la cosecha, pero es todo el año”. Si lo anterior es esperable desde la perspectiva de productores que como complemento son contratistas, en cambio no esperaba este punto de vista en una empresa dedicada únicamente al contratismo, dado que el volumen movilizado en la cosecha de granos es por demás superior. A pesar de eso, me supo expresar Miguel: “Somos los satélites que giramos alrededor del tambo, acá hay más trabajo”.

Al respecto, se exployó en tiempos y tipos de tareas: “En la pulverización sí tenemos muchos cosecheros y esos son más, pero es un trabajo más estacional porque vos fumigás para sembrar, después hacés un control de plagas y se terminó. En el tambo hay pequeñas variaciones, pero se trabaja todo el año. En el invierno baja, pero nosotros nos metemos en el taller a arreglar las

⁵² La ley provincial ya mencionada, N° 9.164, establece que para realizar aplicaciones con agroquímicos se debe contar con carnet habilitante por parte del maquinista y el equipo de pulverización debe estar matriculado. A su vez, para realizar la aplicación se debe contar con una receta fitosanitaria emitida por un ingeniero agrónomo matriculado, utilizar los agroquímicos autorizados y contar con condiciones climatológicas adecuadas.

máquinas, hacemos algún control de malezas al alfá o de pulgones a la moha. Y después, de septiembre, octubre hasta mayo estamos a full haciendo silos”.

Además del tamaño y priorizar la actividad de tambo o ganadera, otro criterio para seleccionar clientes es la forma de pago. Por ejemplo, respecto a uno de los establecimientos de tambo que yo acompañé y donde nos conocimos me dijo: “Yo sé que a acá tengo que venir y hacerle el trabajo cuando me pide porque él te paga pegadito, entonces también le hago una atención en el precio. Pero, por ejemplo, si voy al tambo de su papá, ¡no le podés cobrar nunca! Es una cruz, así que no voy más”. A dicho perfil de clientes, Miguel les denomina “los crónicos” porque según mi interlocutor: “Siempre les pasa algo: hoy tiene un problema, mañana tiene otro. Así que a esos no les trabajo, si voy alguna vez es porque quiero o somos amigos”.

Miguel nos muestra algo más con su criterio. Sus primeros clientes, así como es el caso de los correspondientes a JB y los Ronci, fueron aquellos establecimientos con los cuales tenía algún tipo de lazo previo, conocidos, parientes y/o amigos. A medida que se fue convirtiendo en una empresa contratista más grande, su cartera de clientes creció y empezó a establecer criterios mercantiles de selección de los mismos; aunque eso no implique necesariamente excluir formas de intercambio más solidarias “si un amigo lo necesita”, pero no estarán en el primer orden. A su vez, me explicó que entre los contratistas de la zona se comunican a través de un grupo de mensajería de la aplicación WhatsApp en el cual se ponen de acuerdo para mantener una paridad de precios y avisar cuáles establecimientos “no pagan”.

Por otro lado, en el cobro del trabajo también se observan diferencias según el perfil de la empresa. Esta empresa cotiza las labores en pesos por hectárea (para la fumigación o por tareas parciales como solo cortar o solo picar) o por metro de silo (para la labor forrajera completa). Por su parte, la familia Ronci utiliza como unidad de medida el precio de la leche (por ejemplo, 200 litros de leche el metro de silo). Mientras que JB mantiene un criterio menos estable: a veces acuerda un precio en pesos por hectárea y en su mayoría por un porcentaje de la cosecha.

En todos los casos, era de su preferencia el pago por hectárea o metro de silo en desmedro del pago a porcentaje que implica quedar atados a los riesgos de la actividad agropecuaria. A su vez, mientras la familia Ronci y JB tendían a guiarse por los precios vigentes en el mercado, Miguel fue quien más se mostró atento a las distintas variables en su estructura de costo (salarios, amortización de maquinarias, combustible) así como a la escala de precios de la Cámara Argentina de Contratistas Forrajeros (CACF).

Por último, en términos de la planificación del volumen de trabajo, pude observar la manera en que lo organiza, por ejemplo: en uno de los establecimientos de sus clientes prioritarios, mientras cortaban la alfalfa en primavera, compartió unos mates con el productor y le preguntó

la variedad y fecha de siembra de los maíces. Al final de la charla le dijo: “Así que estaremos haciendo el silo a finales de enero, yo te voy guardando un lugar en la agenda”. Un mecanismo similar le escuché indicarle por teléfono a su hijo: “Che, ya que estás cerca, date una vuelta a saludar por el campo de Fulano para ver cuándo quiere cortar el alfa”.

Cabe aquí hacer mención a que tanto la empresa de Miguel como de la familia Ronci se encuentran afiliadas a la CACF, una expresión organizativa que no se encontró entre las familias agropecuarias que acompañé –como vimos en el capítulo anterior–. Según me contaron era más con un fin comercial –dado que sus datos quedan disponibles– que con uno gremial. Para mis interlocutores, no existen “grandes desacuerdos” con sus contrapartes clientes o empresas que les proveen insumos. Es posible que esto se deba a que se relacionan con establecimientos de tamaño económico relativamente equivalente (por supuesto, que a veces más pequeños o más grandes) pero sin las significativas asimetrías que son señaladas por algunos autores para el caso de las grandes y megaempresas y sus contratistas. Por otro lado, aquellos espacios informales como el grupo de mensajería de WhatsApp para el intercambio de información sobre clientes y tarifas, nos muestran una modalidad local y adaptada para la construcción de consensos sectoriales. Como espacio de diálogo, el hecho de que sea virtual no debería opacar ni su potencial eficacia ni que es un lugar para el encuentro y articulación.



Ilustración 22 Maquinaria cortando alfalfa durante todo el día y la noche en el mismo campo. Archivo propio

II.II. Maquinaria

A la familia Zappa la volví a encontrar en otros establecimientos de la zona. Uno de estos era de gran escala en la zona, cuyo gerente ingeniero agrónomo me había explicado que el propietario había dado la orden de contratar solo servicios con máquinas nuevas, y al respecto me explicó: “Con una máquina más o menos tenés mucho riesgo de perder una parte y, aunque sea un 1 o un 2 % en el volumen total, igual se siente en los números”.

Allí había ido Marcos con uno de los empleados de la empresa: “Nosotros siempre tratamos de estar renovados porque si te ven con una máquina nueva es otra vista. Capaz hace el mismo trabajo que una vieja, pero lo hacés más rápido y no parás”. De hecho, en ese momento noté que efectivamente la maquinaria agrícola no paraba, salvo para el caso específico de que las pasturas necesitaran perder humedad antes de ser embolsadas. Por ello se turnan para descansar a fin de que la maquinaria continúe funcionando.

Miguel ya me lo había señalado: “El que elige el servicio dice, a ver, este tipo tiene una maquina toda rota, le pone cinco días para hacer lo que otro hace en un día o dos. Con esta máquina picadora abarcamos siete metros y medio de ancho y hacemos 50 hectáreas de silo de maíz por día, con plantas grandes, de buen rinde. Pero, vos ves, trabajamos con dos embolsadoras a la vez y si la distancia de los lotes es larga llegamos a meter hasta 14 camiones”.

Como vimos, Miguel había empezado a prestar servicios para la confección de reservas forrajeras desde la época en que aún trabajaba en EPEC: “Antes todo el mundo hacia fardo y después se empezó con el rollo”. A los años empezaron a sentir una caída en la demanda: “Era la época de diciembre y nosotros todavía no habíamos trabajado y andaban otros contratistas por la zona nuestra”. Era el año 2011, por entonces, los equipos más usados en la producción de reservas eran aún la rotoenfardadora junto a la corta-hileradoras con hélice.

No obstante, empezó a crecer el uso de la segadora con acondicionador para cortar las pasturas. Este tipo de maquinaria estaba disponible en el país desde mediados de la década de los 90, pero su costo de adquisición era cinco veces mayor al de una cortadora tipo hélice. El punto de quiebre fue la difusión de la diferencia de productividad entre ambas maquinarias en términos de la cantidad de pasturas efectivamente almacenadas, comunicación que encararon principalmente las empresas que las comercializaban junto a medios de información especializados en temas agropecuarios y organismos públicos como el INTA. Para el caso, se puede mencionar un estudio (Módulo Nacional Tecnologías de Forrajes Conservados 2016) que presenta resultados comparativos entre el uso de segadora y cortadora con hélice, a partir de un ensayo a campo abierto sobre el cultivo de alfalfa. Al respecto, encontraron que: i) la segadora realizó un corte más prolijo que incrementó el 8 % la productividad de la pastura; ii) logró mínimas pérdidas, iii) disminuyó el tiempo de espera hasta la pérdida de humedad óptima.

En otras palabras, implica un aumento de la productividad que mis interlocutores sintetizan afirmando: “Ganás superficie”, porque se almacena más alimento.

En este contexto, Miguel y sus hijos decidieron comprar una acondicionadora. Para ello, vendieron una de las dos rotoenfardadoras y pidieron un crédito bancario, en una línea específica para agro que tenía una baja tasa de interés, que les pre-aprobaron por 1 millón de

pesos argentinos. Pero unas semanas después recibieron un llamado del empleado para avisarles que la oficina central se los rechazó y les habría dicho: “Les voy a pedir una reconsideración por 500 mil, eso seguro sale. Pero más no”.

Después de pensarlo unos días, Miguel le pidió a Marcos que lo acompañara a visitar a sus clientes: “Era un salto muy grande para nosotros y se estaba por vencer el plazo de tiempo que nos guardaban la segadora en la agencia”, me supo explicar. El primero que visitaron fue a un productor de tambo “conocido de toda la vida y cliente”. Miguel le habría propuesto:

“Me pasa esto: necesito 1 millón y me dan 500 mil en el banco. Si podés, ¿me prestás algo? Yo te ofrezco que coticemos esa plata en hectáreas de servicio y te hago un descuento por ayudarme. Sea el precio que sea mañana, te respeto las hectáreas que te tengo que hacer”.

Este productor aceptó y le prestó 160 mil pesos en cuatro cheques. Luego, fue a visitar a otro, que le ofreció 120 mil pesos mitad en efectivo y la otra parte en cheques, otros dos más le ofrecieron 80 y 50 mil pesos. Al anochecer, ya en su casa, lo visitó un primo, profesor de la Universidad Tecnológica Nacional, que “tiene un campito y hace algo de soja”. Sin conocer la situación que estaban atravesando en la empresa, su primo le contó lo que le había sucedido:

—¡No sabés lo que me pasó! Vengo de la cooperativa del pueblo, ¿¡podés creer que tenía una soja hace dos años y me la hicieron vender!?! No sé dónde carajo voy a meter la plata.

—¿Sabés qué tenés que hacer? Prestársela a tu primo —le habría interpelado— Dame tiempo, pero yo te voy a devolver todos los quintales de soja que te hicieron vender.

Para Miguel haber conseguido el dinero que necesitaba tan rápido era una muestra de su buena reputación o en sus términos “consecuencia de la conducta”. Una vez que pudieron concretar la operación de compra, estimaron que necesitaban conseguir trabajo por unas 3000 hectáreas para que la segadora “se autopagara”, pero al final de la campaña habían logrado hacer 5400 hectáreas. Eso los animó a seguir ese camino y al año siguiente vendieron la otra rotoenfardadora y compraron otra segadora más. Esta decisión implicó cambiar el servicio que prestaban. Cortar las pasturas con segadora o con las viejas cortadoras con hélice es un paso necesario para producir reservas forrajeras, indistintamente de su conservación como heno o en silo bolsa. Pero, al vender todas las rotoenfardadoras, el giro se orientó al silo.

Miguel suele asistir a distintas jornadas de capacitación técnica para el sector, en general, organizadas por las empresas que ofrecen maquinaria o también las de insumos, como las que organiza una importante semillera, Don Mario: “A veces se habla varias horas, pero en una oración vos sacás la conclusión de algo, te aparece un negocio en la cabeza”. En esos espacios Miguel comprendió dos cosas. Por un lado, que la tendencia era que creciera la conservación

de alimentos en las silos bolsas porque “conserva la calidad del alimento”. Pero para eso, el contratista tiene que trabajar en el momento “óptimo”. En una de esas jornadas de capacitación, el ingeniero agrónomo que estaba a cargo de la disertación les habría dicho: “Muchachos ustedes preparan las máquinas. Venimos nosotros y vendemos las semillas, tal variedad que le va a dar tanto rendimiento, los productores alquilan el campo, compran el fertilizante, los plaguicidas, hacen todo. Pero cuando lo tienen que meter en la bolsa ustedes no van, ¡llegan tarde! Entonces, no arman el silo en el momento óptimo, cuando más nutrientes tiene la planta. Y esa es la alimentación para todo el año”.

Así fue que a Miguel le “cayó la ficha” de la importancia del trabajo del contratista forrajero y de que debía que orientarse al silaje porque el tambo y la ganadería necesitan “alimento de calidad”. De hecho, la tendencia que él observaba “en la zona”, puede ser corroborada con datos del INTA que señalan que “en la campaña 1993/94 se ensilaron unas 80 mil hectáreas de maíz y sorgo, de las cuales el 90 % era picado grueso. Veinte años después, en la campaña 2012/13 se destinaron a silaje más de 1,5 millones de hectáreas” (Módulo Tecnologías de Forrajes Conservados 2015:2). Este dato lo podemos actualizar con la estimación de la Cámara Argentina de Contratistas Forrajeros que afirma se cultivaron 2.126.023 hectáreas destinadas a silo de maíz, de sorgo y pasturas en la campaña de 2020-2021.

Volviendo a la experiencia de la familia Zappa, habiendo comprado dos segadoras, el siguiente paso que debían dar era la compra de “la picadora”, es decir, la maquinaria agrícola autopropulsada que corta las plantas en pequeñas partes para la producción de silo. Pero, nuevamente, era un “salto importante” tanto económico como financiero.

Durante dos años intentaron concretar la compra con posibles “socios” (productores que eran sus clientes) y no resultó porque “se echaron para atrás”. Por eso, Miguel les habría dicho a sus hijos: “No reneguemos más, lo hagamos solos”. Decidieron comprar una picadora de segunda mano a uno de los dos contratistas grandes de la zona. Les tomó un tiempo convencerlo, pero consiguieron que se las vendiera con solo el 20 % en efectivo y el resto financiado en cheques, lo cual les dio tiempo a “hacerla trabajar”.

Ese año picaron forraje en 1200 hectáreas: “Muy buena campaña por ser nuevos. Un volumen que hacía un tipo con una buena máquina y años de experiencia. Ya estábamos echando cuerpo y hablamos con las agencias para comprarnos la nueva”.

Como se observa, el camino de incursión a través de un equipo de segunda mano coincide con el caso de la familia Ronci, pero podemos observar que el proceso es más acelerado: mientras que en el otro caso esperaron cinco años, la familia Zappa al año siguiente estrenaba una picadora. Me explicó Miguel: “Acá había dos marcas muy fuertes: las Claas y las John

Deere [empresa alemana y estadounidense respectivamente]. Nos calificaron bien, pero era muy grande el interés y la entrega, no llegábamos. Y aparece la gente de New Holland que querían entrar en esta zona que es tambera, que vean la máquina trabajar”.

En el año 2013 Fiat Industrial se fusionó con el grupo italiano Case New Holland, que se convirtió en su unidad de negocio destinada a la producción de maquinaria agrícola, a lo cual se abocó también su fábrica emplazada en el cordón automotriz de la ciudad de Córdoba (Donato Laborde y Astegiano 2018).

En este marco, la familia Zappa fue de las primeras en adquirir una de esas maquinarias. Como la producción de reservas forrajeras comienza con el corte y preparación de las pasturas en la primavera y es recién a partir de mediados de enero que inicia la producción de silo de maíz o sorgo, la agencia les ofreció facturar y entregarles primero la picadora y el accesorio que se utiliza para las pasturas –el recolector– y dos meses después el cabezal para los cereales: “Ponele que eran 380 mil dólares y el cabezal 160 mil dólares. Todo era 500 mil. Se achicaron las primeras dos cuotas y nos dio tiempo a trabajar y así fuimos pagando”.

Nuevamente se observa que recrean esquemas financieros para seguir creciendo en maquinaria “de punta”. Durante el periodo que les acompañé (2019), mis interlocutores me aseguraron que estaban “mejor” financieramente porque habían logrado terminar de pagar algunos créditos: “En un momento todas las máquinas que teníamos, todas las estábamos pagando”. En cambio, por entonces, solo les quedaba terminar de pagar la picadora y una segadora. Pero sabían que la segadora del año 2016 ya estaba pronta a ser reemplazada, lo mismo que una de las camionetas y “siempre aparece algo”.

El perfil de empresa que están construyendo mis interlocutores requiere un ciclo de compra y deuda continuo. Necesitan renovar cada uno de sus equipos en un lapso de alrededor de cinco años, mientras que las deudas que contraen son de entre dos a cinco años, de este modo apuntan a amortizar la maquinaria y venderla cuando aún es bien cotizada: “Es muy difícil llegar a la primera. Pero cuando llegás, armas una rueda. Entregás una y te llevás otra. La primer segadora era una cosa de que no podíamos parar de trabajar un segundo porque no la pagábamos. Cuando entregamos la primera segadora como usada para comprar otra, ya fue otra cosa”.

Como fuera señalado en Neiman et al. (2020:14) se produjo un pasaje de un actor clásico que estaba sobredimensionado en maquinaria y encontraba en el contratismo un espacio de amortización de sus equipos hacia “agentes con una constante actualización de su equipamiento y una creciente incorporación de conocimiento de las tecnologías ofertadas”.

De acuerdo a una publicación del INTA (Módulo Tecnologías de Forrajes Conservados 2015:3), son los establecimientos agropecuarios de mediana o pequeña escala quienes compran

la maquinaria que usan y descartan las empresas contratistas y así acceden a equipamiento “que tiene un nivel de tecnología todavía vigente”, que de otra manera no podrían amortizar. La tendencia, por tanto, no es a aumentar el parque de maquinaria de cada empresa sino a reemplazar las herramientas de trabajo por otras de mayor capacidad.

Por lo tanto, la figura del contratista en el agro contemporáneo se produce profundizando el rasgo que fue identificado en el capítulo anterior: la necesidad de un pensamiento financiero. Sin embargo, es significativo que el grado de deuda que están dispuestos a adquirir, y el riesgo a correr, es mucho más grande. Los establecimientos de tambo que analizamos financian con proveedores capital de trabajo (principalmente el costo de producción de forraje y/o alimento) e intentan capitalizarse invirtiendo el excedente de “los años buenos”, recurriendo lo menos posible al crédito bancario (principalmente en los últimos años) y asumiendo el menor riesgo posible. Además, la cría de las terneras, les permite crecer en escala productiva a un ritmo constante pero paulatino, sin grandes saltos como se observa en esta experiencia.

“Si tengo 200 mil dólares, no me los vas a sacar ni a palos para comprar un fierro de estos. Pero si a mí me reciben una máquina vieja y me dan financiación, yo con trabajo la pago. ¡Me da vida! Me da de comer y es un capital”, me supo afirmar Miguel. Así llevan adelante su actividad económica en ciclos continuos de deuda, interiorizados como una tecnología de gestión, algo impensado en la otrora lógica chacarera de las familias agropecuarias pampeanas, si bien dispuestas a incorporar tecnología, al mismo tiempo adversas al riesgo.

Al respecto, el trabajo de Barsky y Dávila, señala que en Argentina entre los años 1996 y 1999 “el crédito bancario creció un 8 % para los productores y un 66 %, para los contratistas” (2008:88). Del mismo modo que vimos para la producción tampera, mis interlocutores crecen en términos económicos y movilizan un flujo monetario más que significativo, más si observamos a nivel financiero, el grado de deuda es grande por tanto el patrimonio real es menor y, en definitiva, aún menor la capacidad de apropiarse de valor económico.

Si bien se observa que la tendencia a la tercerización de labores es parte de un proceso global y no únicamente del agro, no se desplegó de la misma manera en distintos países. De hecho, es específico de Argentina la envergadura que adquirió que no se observa tal cual en Estados Unidos o Australia ante condiciones agronómicas y tecnológicas similares (Lódola 2008:40; Villulla y Amarilla 2011:78). Tampoco en los países del Cono Sur, tanto es así que las megaempresas de origen argentino que se expandieron más allá de las fronteras nacionales no encontraron equivalentes condiciones de apoyatura para el desarrollo del esquema organizacional de la empresa “red” de contratos y por tanto tuvieron que redefinir su modelo de negocio (Muzlera y Hernández 2016:3).

Esto deja abierta la pregunta por los rasgos específicos de los actores socioproductivos del agro pampeano. En este sentido, Villulla y Amarilla (*Ibíd.*) plantean que el “efecto de sobremecanización” de explotaciones medianas y pequeñas en el período desarrollista no puede comprenderse por fuera de la problemática de la pequeña producción familiar que, si conseguía la propiedad del campo, era sobre superficies más pequeñas de las que antes arrendaba. Además, la compra de herramientas era más factible que el acceso a la tierra por eso, “el destino de los excedentes de la producción se concentró casi forzosamente en la adquisición de maquinarias, disociadas de las verdaderas necesidades del proceso de trabajo en los predios”.

En este marco de tendencias generales hacia la concentración productiva y expulsión de familias rurales, se puede plantear la hipótesis de que una macroeconomía nacional caracterizada por cíclicos cambios en las reglas de juego propicia aún más comportamientos especulativos y el desarrollo de figuras socioproductivas “flexibles” como el contratismo, que engarzan con la razón calculadora que fomenta la experiencia neoliberal “desde abajo”.



Ilustración 23 Picado, traslado y confección de silo. Archivo propio

II.III. Tecnología y trabajo

“Sumar tecnología no significa dejar gente sin trabajo sino adecuar las tareas. Las personas que trabajan ganan calidad de vida, horarios más normales de sueño, jornadas menos cansadoras”

—me explicó Miguel durante una conversación sobre los cambios tecnológicos que atraviesa la producción agropecuaria en Argentina.

Miguel en los años 80 y principios de los 90 trillaba maíz y sorgo para la confección de silo. En aquella época, las plantas se cortaban en tramos de 10 centímetros, de ahí su denominación como *grueso* —ver en los datos presentados en el punto precedente que era el tipo de silo que predominaba en la década de los 90—. Por entonces, en el tambo, era el momento de una mayor adopción de la producción de reservas forrajeras. Para ello dos empresas nacionales de maquinaria agrícola, radicadas en pequeños pueblos del agropampeano (Folguera y Marani), ya habían empezado a desarrollar equipos —nótese en contraste que las mencionadas en el apartado anterior son todas empresas extranjeras—.

Me explicó Miguel: “Con un primo teníamos la máquina de picado grueso, un cajón cuadrado que iba cortando y cuando se llenaba te ibas a descargar y volvías a empezar a cortar. Se llenaba de nuevo e ibas a descargar. Así todo el día”. Como la confección de las reservas en rollo o fardo requiere que la pastura esté alrededor de tres días en el suelo reduciendo su humedad y, por tanto, queda sometida al riesgo de lluvia y pérdidas, el silaje era una alternativa apreciada porque se corta y guarda. No obstante, era engorroso en la cantidad de tiempo que tomaba, me aseguró: “Un lote como este, de 20 hectáreas que hoy hacemos en medio día, a lo mejor le ponías una semana para hacerlo”.

En este contexto, la producción de pasturas seca continuó siendo lo predominante y en los años 90, alentado por la desregulación de las importaciones, que impulsó que ingresara maquinaria de origen extranjero con nuevas tecnologías y a precios más accesibles, se introdujeron las rotoenfardadoras con mayor automatización de procesos. Estas máquinas armaban los rollos en una línea de trabajo continuo y empezaron a hacer el trabajo “más fácil”. En este marco, Miguel pasó a dedicarse a la producción de rollos de pasturas.

Las condiciones de trabajo para mis interlocutores se transformaron positivamente a partir de los nuevos desarrollos tecnológicos en un rubro, como es el agropecuario, caracterizado por la exposición al aire libre, largas jornadas, el desgaste físico, así como una organización del trabajo en función del calendario anual y la coyuntura climática. Uno de los aspectos más destacados es la disminución del tiempo destinado a cada tarea, pero también las comodidades. Para el caso, Marcos me contó que había vendido su primer tractor a un cliente y cada tanto lo ve en uso: “No sé si volvería a eso. No tiene vidrio, entrás de costado porque es todo chiquitito, hace un ruido terrible, sin aire acondicionado, no tiene embrague. ¡Son muchas horas! Con estas máquinas es otra cosa: embrague, piloto automático, aire acondicionado, butacas neumáticas”.

En el capítulo anterior observamos cierta “sospecha” de mis interlocutores tamberos en relación a las propuestas modernizadoras –las anteriores y las actuales–. Quizás vale aquí situar que esa desconfianza no es con las tecnologías en sí, sino más bien con quienes las acercan, es decir, las empresas de agroinsumos y los asesores y sus saberes expertos que les proponen planteos agropecuarios que involucran, en general, más trabajo, costos más altos y además redefinen sus relaciones con las vacas (una resistencia a adoptar acríticamente el paquete tecnológico es señalada también por López Castro (2017:278) para la producción familiar bonaerense). En la actividad agropecuaria, entiendo que se observa con claridad un rasgo que el sociólogo Daniel Cabrera (2006) señala como propio del imaginario tecnológico: a diferencia de otras instituciones sociales (como la política y la religión), las nuevas tecnologías constantemente hacen promesas de sorprendentes cambios y siempre las cumplen (i.e. mayor velocidad, confort, piloto automático, monitores de rendimientos, entre otros). Considero que esto –las sospechas sobre el conocimiento experto y el reconocimiento de que las nuevas tecnologías “cumplen sus promesas” – nos obliga a ir más lento en la lectura de los datos y no adelantar conclusiones respecto a que estamos ante actores acríticos en su relación con las innovaciones. En todo caso nos desafía a abordajes más complejos. Por supuesto, sin descuidar el rol de las empresas que desarrollan dichas novedades tecnológicas que, en general, operan con criterios privativos del conocimiento (patentes y licencias) y orientado por la obsolescencia programada que se desengancha de las reales necesidades agroproductivas y sociales.

Veamos otra dimensión de esto. Mis interlocutores destacan que es un rubro en la que les resulta dificultoso contratar personal y en particular formado o capacitado. En general, las personas que emplean son jóvenes de la zona, que recién terminaron la escuela secundaria o están aún cursando sus estudios (de 14 o 16 años), por ejemplo, hijos de peones rurales. También, migrantes de otras provincias, en particular del noreste o litoral del país, que llegan a la zona a través de algún pariente o conocido ya radicado en la provincia.

Tal es el caso de Oscar, que llegó desde Chaco al pueblo de Miguel buscando trabajo en los albores del 2000 y lo contrataron como “banderillero humano” para la pulverización terrestre, una tarea habitual por entonces. Consistía en señalar los límites a fumigar parándose en las puntas de cada lote con alguna bandera o ropa de color para guiar al maquinista. Pero, al poco tiempo compraron un mosquito que contaba con la tecnología de “banderillero satelital” a través de GPS y se prescindió de esa tarea, hecho que mis interlocutores consideran adecuado ya que

“por más de que se tengan todos los cuidados, es una tarea insalubre” –me comentaron sin que yo hiciera mención a la peligrosidad de los agroquímicos—⁵³.

Por tanto, a Oscar le enseñaron a utilizar la rotoenfardadora: “Era un buen chico, trabajador, no lo queríamos dejar sin trabajo”, me contó Miguel. Varios años después pasó a manejar la pulverizadora y mis interlocutores lo describen orgullosos como: “Un señor maquinista”.

Es probable que la historia de movilidad social ascendente de Oscar no sea la regla porque como es de público conocimiento –en la Academia, así como para mis interlocutores– las y los trabajadores rurales menos especializados son quienes sufren peores condiciones laborales. Además, me supieron contar durante mi trabajo de campo, distintos tipos de violación a derechos laborales o humanos, siempre refiriéndose a “otros contratistas”, por ejemplo, que no tenían a sus empleados en blanco, que ofrecían salarios más bajos o que sus trabajadores vivían en condiciones sumamente precarias –dimensión que amerita próximas indagaciones; sobre trabajadores en distintas actividades agropecuarias argentinas: Benencia y Aparicio (2014)–.

Ahora bien, hasta aquí se identificaron tres cambios que fueron habilitados por el desarrollo tecnológico, siguiendo siempre la perspectiva de mis interlocutores. El menor tiempo empleado en el desarrollo de cada tarea; la mayor comodidad en las jornadas de trabajo y la precisión que permiten estas tecnologías como la satelital que elimina tareas riesgosas como la de “banderillero humano”, así como el “error humano” a través del piloto automático.

Estos rasgos en realidad no reducen notablemente las jornadas laborales ni tampoco la inestabilidad laboral al requerir menos trabajadores. Al contrario, se puede decir que mis interlocutores incrementaron su productividad ya que trabajan cada vez mayor superficie, pero no disminuyeron el tiempo efectivo de trabajo –a una conclusión similar arriba Villulla (2014)–. Una condición *sine qua non* para poder pagar la deuda por la maquinaria adquirida.

Como adelanté, el momento “pico” de confección de silos de maíz puede llegar a involucrar a 15 personas en simultáneo en el caso de la empresa de Miguel Zappa. La jornada de trabajo inicia a las seis de la mañana cuando se encienden los motores. El equipo de trabajo duerme en las casillas durante los días que dura la trilla con un cocinero que les prepara las comidas a fin de que el equipo de trabajo mantenga los motores en marcha durante jornadas de 12 o 14 horas⁵⁴. En ocasiones, cuando terminan de trabajar en un establecimiento se van directamente a otro. En este grupo se encuentra Marcos y si no tuviera otro trabajo, también se incorpora su hermano

⁵³ Cabe aquí señalar, para atender a la magnitud de la problemática de la relación con los agroquímicos, que distintos interlocutores que hoy promedian los 30 a 45 años, tanto hijos de productores como de asalariados rurales, recuerdan haber hecho esta tarea cuando eran niños y/o adolescentes, en un contexto de baja percepción social de su riesgo y comunicación oficial que aseguraba que eran productos “seguros” de manipular. Volveremos al respecto en el próximo capítulo.

⁵⁴ No es una generalidad entre estas empresas que haya un cocinero en el equipo de trabajo, de hecho, Lorenzo y su equipo de trabajo compran comida o asan carne en el momento.

Jerónimo. Aquella dinámica se ve interrumpida cuando llueve: “No hay sábado y no hay domingo, pero si llueve podés estar 2 o 3 días al vicio”.

Marcos, integrado al equipo de trabajo y manejando la maquinaria a la par, reduce la distancia entre patrón-empleado y me supo explicar al respecto: “Vivimos todos en un pueblo de 600 personas, yo intento que me vean más como un amigo que como un jefe”. Trabajando a la par y con una forma empática de relacionarse y poca o nula diferencia de edad, efectivamente Marcos parece “uno más”, complejizando la relación capital-trabajo.

En este apartado, se apuntó a recuperar tres dimensiones.

(i) Por un lado, poner en el centro que cuando se afirma que no es posible pensar los extraordinarios aumentos de la producción pampeana, de las últimas décadas, sin recuperar el rol de las empresas contratistas, no se debe perder de vista que se trata no solo de desarrollos tecnológicos o nuevas modalidades de organización empresarial, sino que siempre se apoya en la fuerza de trabajo. Por lo tanto, vale resaltar que la tercerización de procesos es, en definitiva, como explica el historiador J. M. Villulla: “Una modalidad de intermediación laboral en el contexto específico de una producción altamente capitalizada” (2016:66). Como tal, desplaza de los establecimientos agropecuarios potenciales conflictos y responsabilidades en torno a los derechos laborales, desde los más clásicos –en relación a la puja redistributiva–, así como respecto a tareas insalubres y la exposición prolongada a agroquímicos.

(ii) Por otro lado, además de no invisibilizar el trabajo como fuente de la creación de valor, también, es interesante volver a poner en tensión la imagen del “campo vacío”. La experiencia etnográfica muestra gran cantidad de trabajo y trabajadores y esto se debe, en parte, a los rasgos de actividades regionales que así lo demandan –sobre lo cual ya nos detuvimos–.

Respecto a la discusión sobre la disminución del empleo rural, algunos autores plantean hipótesis de que una mirada panorámica permite identificar que la reducción de mano de obra en algunas actividades opaca que en la actualidad estamos ante una mayor producción global (debido a la intensificación de los sistemas productivos). Por ejemplo, Barsky y Davila (2008:106) para el caso del doble cultivo trigo-soja afirman que, aunque los desarrollos tecnológicos ocupan menos personas por hectárea, el doble cultivo en la provincia de Buenos Aires implicó un aumento de casi un 43 % de la demanda de empleo en las empresas contratistas de maquinarias entre los años 2001 y 2004.

Aquel tipo de conclusiones escapan a los datos con los que se cuenta, pero, al menos, permite dejar abierta la pregunta respecto a qué sucede con el empleo con contextos específicos de superposición de diversas actividades socioproductivas. No obstante, cabe aquí no opacar que

ni mantener la cantidad de empleo rural ni la elevación del nivel tecnológico en las tareas nos lleva necesariamente a una mejoría de la calidad de vida de sus trabajadores.

III. OTROS SERVICIOS EN EL ARTE DE GANARSE LA VIDA

Felipe es nieto de productores tamberos y maniseros, y nació y creció en el campo familiar. Allí vivieron durante más de dos décadas juntas tres generaciones. Actualmente, en aquel campo Felipe tiene un taller mecánico de maquinaria agropecuaria y ofrece el servicio de reparación y mantenimiento. También hay un gran gallinero con ponedoras que salen a pastorear cada día y cajones de apicultura que, aunque él colabora, es la principal actividad de su esposa, Paula. Años antes, cuando cerró el tambo, se “rebuscó” como contratista con la maquinaria “vieja” que tenía y, también, fue tambero-mediero en un establecimiento de la zona.

Felipe, que está pronto a pisar los 45 años, decidió quedarse porque a él le gusta el campo, “los animales” y “los fierros” y no se imagina viviendo en otro lugar. Pero recuerda con gran nitidez el quiebre que fue cuando su padre enfermó y la familia decidió trasladarse a la ciudad: “Un día me quedé solo acá. Primero falleció mi nono, 11 años después se enfermó mi viejo y ya no pudo volver al campo. Así que se llevaron a mi nona a Villa María y se quedaron todos allá. ¡Acá siempre estuvo lleno de gente! Y un día digo, bueno, voy a ver cómo está todo por allá. Y bajé las persianas de las ventanas y empecé a buscar la llave de la casa y no la encontré. Me fui y dejé la casa sin llave. ¡No te puedo decir cuántos años hacía que a la casa no se le ponía una vuelta de llave! Me dio una tristeza”.

Su madre, que actualmente vive en la ciudad, es quien heredó aquel campo de 44 hectáreas de las 180 que el abuelo de Felipe supo manejar. La familia se dedicaba a la agricultura y al tambo, pero no incursionaron en gran parte de las prácticas de modernización de los años 80. Los y las terneras eran vendidas porque utilizaban un toro “para carne” por lo cual no tenían reposición propia de vaquillonas. Las reservas de pasturas eran insuficientes en el invierno “y las vacas quedaban muy flacas”. Además, como no contaban con luz eléctrica, no incorporaron el ordeño mecánico ni equipo de frío. En este contexto: “El tambo se vino abajo y mi papá ya estaba cansado de ordeñar a mano, así que nos metimos más en la agricultura”, recuerda Felipe, que ya estaba incorporado a la actividad agropecuaria desde adolescente.

Además, la agricultura de maní estaba en crecimiento: “Nos fue bien, pero se hicieron malas inversiones. Nosotros en ese momento pensábamos que si vos tenías tu herramienta para hacer todo, te ahorrabas un montón de plata. Pero para nuestro tamaño no era tan así. Si bien la prestación de servicio no era algo tan común, sí había”. Por eso, después de cada campaña, con el excedente que les quedaba compraban alguna herramienta, para lo cual también tomaron

créditos: “El año que vino malo: ¡sonamos! Y lo que íbamos teniendo empezaba a quedar obsoleto. Y ahí volvimos al tambo, pero pudimos comprar 10 o 15 vacas no más”.

En esa época, mediados de los 90, fue una sequía la que definió aquel año “malo” y les dejó con deudas que se fueron acumulando durante varios años. Afirmo Felipe que, por entonces, “¡la tierra no valía nada!”. Mi interlocutor entiende que las condiciones actuales, para quienes tienen tierra propia, son distintas a la hora de “recuperarse” de un periodo de malos resultados económicos: “Este campo que quedó para mi mamá, yo me ocupo de que se alquile y se cobra 10 quintales y si es para maní: ¡te pagan más! Antes no sabías cuánto ibas a sacar porque se alquilaba a porcentaje. No existía esto de dame 10 y jodete si te va bien o mal”.

Durante los cuatro años que trabajó como tambero mediero, ahorró para comprar las herramientas para el taller: “Los animales me encantan, pero no volvería a armar un tambo. Me di cuenta de todas las cosas que hacíamos mal nosotros y creo que no podría hacerlo como tiene que ser”. En la actualidad, Felipe y Paula están hace más de 10 años en pareja y viviendo en aquel campo junto a corderos, codornices, una burra, caballos y varios perros. La miel que obtienen la venden a un gran apicultor de la zona que cuenta con las habilitaciones para extracción, fraccionamiento y venta. Y los huevos sí los venden de manera directa a comercios minoristas de la ciudad.

Esa actividad, recuerda Felipe, la iniciaron como “un hobby”: “Un día vi que vendían unos pollitos y se los llevé a mi mamá para que se entretenga en la ciudad, que no extrañe. Y así empezamos, ella los criaba y a los 60 días yo me las traía al campo y después le llevaba los huevos para la familia. Pero las vecinas empezaron a pedirle huevos y mi mamá empezó a vender. Un hobby que varias veces nos salvó”.

Por otro lado, el taller mecánico ofrece servicios principalmente para los establecimientos agropecuarios de la zona. Un oficio que Felipe aprendió no solo trabajando con su familia sino también en su formación de nivel medio, en la escuela agrotécnica de la zona. En general, las empresas contratistas hacen el mantenimiento y reparación de su propia maquinaria ya que tienen sus talleres. En cambio, son clientes de Felipe los establecimientos de tambo con su parque de herramientas, diverso en tamaño y antigüedad. “Esto es así: el que te da trabajo acá es el tambo. El cosechero no te da trabajo, olvidate. El 90 % de los que hacen cosecha tiene un montón de meses al cuete, por eso arreglan ellos”.

En aquella época en que Felipe se encontró solo en el campo familiar, también observaba que empezaba a quedarse solo en la zona, pues coincide con el periodo de mayor cierre de establecimientos agropecuarios. “Acá en pleno invierno a las seis de la tarde no volaba ni un pájaro. Hoy en día pasan tres o cuatro camiones de leche. Aunque desacuerdo en un montón de

cosas, reconozco que esto cambió por al Padre Carlos. Él impulsó un movimiento digno de esta zona. Y yo tengo mucho trabajo por ese cambio”, me expresó la tarde que me mostró su taller.

No me sorprendió la aclaración de Felipe en relación al cura que dirige la Estancia Yucat. Esa metáfora ya la había escuchado de distintos modos, en ocasiones más matizada. Hacía referencia a la distancia que marcan muchos de mis interlocutores con las afinidades político-partidarias del párroco. Pero, al mismo tiempo, la apreciación de Felipe es más que reconocida: fomentar los establecimientos de tambo por sobre la agricultura de gran escala condicionó la transformación de la fisonomía productiva de esta pequeña región. Puso un freno relativo a lo que parecía inexorable: el avance de los monocultivos y el éxodo de las familias rurales.

Para Felipe ese cambio es palpable porque me explicó que es “una cadena” alrededor de los establecimientos agropecuarios se organiza “un montón de gente” que trabaja en función de sus necesidades: “Tenés la gomería, los repuestos, el taller, los camiones. Y con más familias, tenés el comercio de menudeo, la escuela, los partidos de fútbol. Es una cadena”.

Como ha sido señalado en distintos trabajos (Barsky y Dávila 2008:101; Hernández et al. 2013) el rentismo es un proceso que aúna a una heterogeneidad de trayectorias y posiciones sociales en el agro argentino contemporáneo. El mini-rentismo ha sido caracterizado como un soporte e ingreso alternativo para las familias que no pudieron continuar en la producción. Para el caso de Felipe, encargarse de alquilar el campo de su madre genera un ingreso para ella y garantiza, para él y Paula, continuar viviendo y trabajando en las menos de dos hectáreas que rodean a la vivienda familiar. Por otro lado, la pluriactividad que presenta la economía familiar de Felipe y Paula (compuesta por el taller mecánico + apicultura + producción de huevos), coincide con aquello que ha sido descripto desde distintos estudios (Ratier 2002; Villa fa ñe 2000; Wanderley 2001), más que diversificar riesgos o ser un rasgo actual, pone en primer plano una práctica que ya se desarrollaba en la economía familiar para garantizar la permanencia en el medio rural, que en algunos periodos puede intensificarse para generar ingresos complementarios. “Empezó como un hobby” es una forma de decir que tener gallinas ponedoras no inició con un objetivo comercial. En definitiva, estamos ante un repertorio de conocimientos y habilidades, propio del patrimonio chacarero (o de las familias rurales) que incluye, entre otros, los específicos para la producción de autoconsumo. Y que el análisis diacrónico permite reponer que permitieron a Felipe insertarse en distintas actividades.

IV. OTROS ARREGLOS Y CONFIGURACIONES

En este capítulo se buscó reponer otros actores y modalidades de relaciones en la trama socioproductiva de la región de análisis. Así, nos enfocamos en las empresas contratistas, tanto

“puros” como “productores” y nos aproximamos tangencialmente a otros: el minirentismo de “los profesionales de la ciudad” así como de Felipe y su familia, las agencias de maquinaria, los trabajadores rurales asalariados, los “nuevos servicios” al recordar a los biólogos y su aplicación para detectar malezas, pero también los que ofrece ABC (análisis de laboratorio, asesoramiento, ...), los talleres mecánicos, así como diversas formas de pluriactividad. Del mismo modo intentamos reponer los tipos de relaciones que se establecen entre estos actores.

Quisiera aquí situar brevemente dos actores que sin duda no son los predominantes en términos de “cantidad” pero que aportan a seguir mostrando la heterogeneidad de la trama social en la que se producen socialmente las actividades regionales y de *comomodities*, así como las trayectorias de quienes protagonizan los procesos de transformación agraria. Además, entiendo que han sido poco explorados desde el enfoque que aquí veremos.

IV. I. El rol del “asesoramiento técnico” y el pequeño productor gerenciador

En los bordes de la producción agrícola de gran escala se observa la pequeña agricultura de JB y el hacer “un poco de soja” de los establecimientos de tambo. Análogamente, existen experiencias de poca escala cuya intención es la generación de un ingreso “extra”.

Tal es el caso de Román, hijo de una familia tambera y primera generación con estudios universitarios, en este caso, como ingeniero agrónomo. Sus padres supieron manejar un “campo chico” de 50 hectáreas propias y otras en arriendo, que en la actualidad controla su hermano que hace ganadería vacuna para carne y agricultura convencional. Él, cuando los números no cerraban en el tambo y su familia quedó al borde de la quiebra, decidió enfocarse en el asesoramiento agronómico, aunque en distintos momentos hizo “algo” de producción propia. En este marco, a sus casi 60 años, desde hace unos ocho realiza “un poco de agricultura para tener algo más para la jubilación”, me explicó. Es decir, intenta generar un ingreso complementario cultivando alrededor de 100 hectáreas de soja y maíz, donde la única labor agrícola que realiza él de manera directa es, a veces, la siembra con una vieja sembradora.

Antes de avanzar, quisiera aquí precisar algunas cuestiones respecto a esta figura socioproductiva: el asesoramiento profesional. Como fue señalado, en la actualidad es una pieza clave dentro del esquema de producción de los establecimientos: difusores del conocimiento especializado y de las innovaciones socioproductivas (véase sobre este asunto: Grosso y Albaladejo 2009). Por tanto, fundamentales para movilizar este factor productivo central que es el conocimiento experto y las nuevas tecnologías, que Gras y Hernández (2013b) identifican como distintivo en la producción agropecuaria contemporánea.

En el tambo, el asesoramiento agronómico y veterinario está presente en todos los establecimientos, aunque los de menor escala intentan recurrir lo menos posible (o directamente prescindir del primero). En general estos profesionales cobran un porcentaje de la producción cuando se incorporan a la estructura de trabajo del establecimiento con visitas mensuales.

La mayoría de los asesores que conocí, no solo se desempeñaban como tales, sino que tenían alguna producción propia de poca escala o se asociaban con contratistas para desarrollar algún cultivo en determinados periodos. O, por ejemplo, un veterinario asesor de varios establecimientos de la zona se inició en la ganadería vacuna cuando cobró una deuda “en animales”. Él lo analizó como una oportunidad para diversificarse, y así me lo explicó: “Si yo un día me quiebro una pata no puedo salir a trabajar y mi familia no va a comer. Algunos clientes me esperarán, pero otros van a levantar el teléfono y llamarán a otro”.

Como señala el trabajo de Neiman et al. (2020:14), estos asesores se orientan a poner en juego su conocimiento en el diseño de esquemas productivos y, en algunos casos, constituyen “un agente sin capital pero que adquiere un dominio clave sobre el conjunto del proceso de producción”. No obstante, su rol es puesto a prueba constantemente y negociado, en particular en los establecimientos con fuerte presencia de las y los productores y en menor medida en aquellos empresarializados que les delegan todas las decisiones sobre el proceso productivo. Es decir, su valor debe demostrarse en el tiempo a través de resultados económicos.

Como vimos, con el fin del periodo “desarrollista” o del modelo ISI, el rol del Estado como impulsor de la orientación modernizadora se reconfiguró alejándose de una participación activa con agenda propia. Vimos un protagonismo en aquel periodo en el mejoramiento de semillas, en la difusión orientada a la incorporación de maquinaria agrícola, así como de conceptos empresariales de gestión del establecimiento agropecuario a través de flamantes extensionistas del INTA (en los capítulos 2 y 3). Luego, sin retirarse por completo (y con sus propias disputas al interior de sus dependencias y organismos), dejaron de estar en primer plano y fueron las empresas agroindustriales, proveedoras de agroinsumos y de maquinaria agrícola quienes lideraron la difusión directa a través de las y los asesores profesionales y sus eventos (como vimos en particular en el capítulo 3 y en el actual).

Román, por lo tanto, condensa varias de estas facetas: poseedor de un saber experto y un agente sin capital, que realiza una pequeña producción y asesora a otros establecimientos. Según mi interlocutor cambió “muchísimo” la forma de producir en el agro: “No existía esto de conseguir un tipo que haga todos los trabajos”. En la actualidad, este esquema organizacional le permite insertarse en la producción de granos arrendando tierras y contratando labores.

No obstante, mantiene una mirada comparativa con su experiencia familiar y como asesor en el tambo: “El riesgo de la cosecha es terrible. Yo te diría que la producción de leche continúa porque están más resguardados”. Se refería en primer lugar al climático porque “un año malo quedás en negativo y uno regular no sacás nada, en cambio con el tambo, seguí sacando leche, si necesitás, vendés algún animal”. Eso se debe a la estructura de costos rígida de la agricultura que, como vimos, es en gran proporción dependiente de insumos externos y dolarizados.

“La agricultura es menos trabajo, menos gente. ¡Pero el riesgo es altísimo! Y no tenemos seguro multiriesgo”. Al respecto, lo ejemplificó a partir de la mala cosecha por la sequía del año 2018: “Si sacás la cuenta del gasto, tenés unos 20 quintales por hectárea. Me quedé 17 quintales abajo”. Pero, además, me explicó que hay otro riesgo: “Un sistema de comercialización que es una porquería, siempre pierde el productor mediano o pequeño. Yo antes hacía los números multiplicando el precio de Rosario, entonces vos decías: ¡estos tipos se están llenando de plata! Pero no es ese el número, no para los chicos”.

Observemos estas relaciones desiguales entre productores y compradores de granos en la siguiente situación: Román sembró un trigo que resultó con buen rinde porque fue un invierno “llovedor”. Antes de entregar la cosecha a la acopiadora, llevó a analizar una muestra a un laboratorio del pueblo que le arrojó una buena calidad y entregó su cosecha a una acopiadora: “Cuando llegó a Rosario me informan que me iban a pagar con un 13 % de descuento por panza blanca y no sé qué otra cosa. Era un trigo que no tenía 28 de gluten, tenía 24. Pero para exportación andaba muy bien: ¡Me comieron medio camión! Y me pagaron a los dos meses”.

Cuando le pregunté si no tenía posibilidad de reclamarlo me volvió a comparar con su actividad anterior: “Con la leche, si tenés que pelear el precio, te vas a la fábrica, incluso si entregás a Nestlé o Saputo. Acá yo le cargo a alguien que vino una vez en representación de tal firma, pero allá no conozco ni al entregador, al calador, al que da el turno al camión, ¡a nadie!”.

En este contexto, pude comprender mejor que para la familia Ronci, que hace un lote de soja equivalente a lo que necesitan de *expeller* para la alimentación de las vacas, era importante contar con un camión para llevar la cosecha “al que ofrezca mejor precio”.

IV. II. La empresa de biotecnología

Vamos a detenernos aquí en un actor que en los estudios agrarios solemos ver en sus laboratorios o en su inserción en las cadenas globales, pero en menor medida en los territorios.

Como fue caracterizado, el pluriactivismo de JB hace que tienda diversos puentes. En este caso no sería una actividad propiamente dicha sino un “arreglo”. Resulta que en las tierras que maneja, desde hace tres años, cede una fracción a una empresa semillera que experimenta a

campo con distintas variedades: “Ellos lo hacen a su manera, siembran, trillan, le ponen todo lo que hay que ponerle. Hacen 1200 variedades de maíz y sacan las muestras que necesitan y el grano queda para mí. Así me pagan, ellos ponen todo, yo pongo un lote”.

Se trata de la empresa Advanta, que se dedica a la producción de semillas híbridas en maíz, sorgo y girasol y está relación con las empresas biotecnológicas no es aislada para JB: “Antes venía también una empresa por intermedio de Bayer, hacía seis o siete variedades de soja”.

Nos detengamos en esta empresa que no es de las más visibles en los estudios agrarios de Argentina –salvo Chudnovsky et al. (2002:29) no encontramos menciones–, pero su trayectoria muestra rasgos de las tendencias estructurales del desarrollo capitalista en el agro.

La creación de Advanta se remonta al año 1996 a partir de la fusión de la empresa holandesa Royal Vanderhave y Zeneca Seeds. Posteriormente fue comprada por Syngenta y luego por el grupo estadounidense Fox Paine & Co., a través de Paine Schwartz partners, uno de los mayores fondos de inversión ligados al agro. En ese mismo año se conformó Advanta Argentina y dos importantes programas de investigación sobre semillas de sorgo y girasol quedaron bajo la órbita de esta empresa, es decir, una amplia base de germoplasma para obtener semillas híbridas. En 2006 Advanta fue adquirida por el Grupo UPL, la empresa de agro insumos más grande de India y quinta a nivel mundial. Un año antes habían comprado “Reposo”, una formuladora de agroquímicos con planta en Buenos Aires, otras compañías que incorporaron a su patrimonio son Ag Value en 2006 y Arysta LifeScience en 2018. Así se posicionó entre las más grandes del mundo, después de Monsanto-Bayer, DuPont, Syngenta y BASF⁵⁵.

En Argentina esta gran empresa, tiene plantas y oficinas en distintos puntos del país: Venado Tuerto y Murphy (Santa Fe), Olivos (C.A.B.A.) Orán (Salta) y en Balcarce (Buenos Aires). Francisco Cinque, su gerente comercial, expresó en la edición 2021 de Expoagro Argentina: “Estamos llevando genética al mundo” para explicar que el trabajo desarrollado en los laboratorios en Argentina es exportado a distintos puntos, en particular “el material” de sorgo a Europa. Para dimensionar el tipo de trabajo que realizan afirmó: “Cuando el productor dice 'bueno voy a sembrar esta bolsa', hay por detrás unos 10 o 12 años de investigación, desarrollo y proceso”. Los cultivos en el campo de JB forman parte de esto.

Nótese aquí que es la segunda vez que identificamos al capital indio interviniendo en la región de análisis –en el capítulo 1 y 2 vimos que Olam tuvo una planta de procesamiento de maní y cultivos propios en un departamento limítrofe, que fuera vendida en 2018 a Adecoagro–. Lo cual permite complejizar el rol de estos capitales en las transformaciones agropecuarias,

⁵⁵ Para realizar esta reconstrucción se realizó un relevamiento en medios periodísticos nacionales y extranjeros, así como de la comunicación institucional de la empresa (véase Advanta s. f.; Agrositio 2019; Infocampo 2006, entre otros).

generalmente situados en el tramo final como consumidores. En cambio, aquí se pudo identificarles en la producción de maní por más de 10 años y, como en el caso recién reseñado, en el desarrollo y comercialización de agroinsumos biotecnológicos.

En este capítulo identificamos el desarrollo del contratismo más allá de la expansión sojera. Si bien a través de esta última se cristalizó y modeló una específica lógica organizacional que fue adoptada en actividades regionales, hemos visto que los actores sociales alrededor de las actividades regionales son diferentes y tienen fines socioproductivos distintos. Así y todo, a pesar de la heterogeneidad de actores e intereses, estamos ante un significativo proceso de homogeneización tecnológica y agronómica, que se traduce en una relación de exterioridad con esos nuevos conocimientos y tecnologías, que adoptan con poco margen de acción. Al mismo tiempo del despliegue de nuevos regímenes laborales en el agro.

La organización de la producción en red conecta a estos heterogéneos actores en un esquema que no deja de ser piramidal, que concentra la mayor parte de las decisiones y la apropiación de valor en un reducido número de empresas. Así y todo, pudimos observar una gran capacidad de respuesta para permanecer en la trama socio productiva y recrear formas de apropiación de dicha lógica en las actividades regionales y otras en sus bordes.

Desde una perspectiva local pudimos observar que mis interlocutores entran en campos y potreros donde otras empresas contratistas de mayor escala u orientadas a la “cosecha” no ingresan por distintos motivos. Prestan servicios a establecimientos que por escala o tipo de producción no son interesantes para las grandes empresas y de este modo segmentan su porción de mercado. O van a aquellos establecimientos que otros prestadores de servicios no lo hacen porque no los conocen o no saben que existen, “allá en el fondo de tal camino rural”. Y, también, atienden a esos productores que conocen “de toda la vida” y ese interconocimiento define – entre otras cosas– posibilidades de “hacer negocios” juntos. Movilizan una red de relaciones histórica y dinámica, incluso para autogestionar esquemas de financiación.

Finalmente, fue señalado que estos contratistas no son los únicos que consiguen “llegar” a los establecimientos, lo hacen las empresas de agroinsumos y maquinaria agrícola, con sus “eventos” y “charlas”, así como las semilleras y sus experimentos “a campo” y, por supuesto, como vimos en distintos pasajes de este trabajo, las y los asesores.

CAPÍTULO 5 AGROECOLOGÍAS. UNA RECONVERSIÓN NO CONVENCIONAL

Las experiencias que se autodenominan “agroecológicas” fueron las que me impulsaron a acercarme por primera vez a los alrededores del río Ctalamochita. En aquella zona rural donde la agricultura convencional es dominante, constatar que algunos establecimientos no utilizaban agroquímicos, priorizaban semillas criollas y producían en pequeña escala para el mercado local, me llevó a preguntarme qué tipo de fenómeno estaba observando. En particular, cuáles eran sus condiciones de posibilidad y cómo se desplegaba. Acompañé estas experiencias en la primera parte de mi trabajo de campo y fueron las que, en su hacer y relaciones, me mostraron el universo social de esta porción de GSM. Buena parte de las reflexiones que se presentan aquí forman parte de un trabajo de maestría presentado en 2019 (Cravero 2021) y recuperar estos resultados se entendió que era significativo para profundizar la complejidad de la trama socioprodutiva local, incluidas las relaciones de oposición y solidaridad que la configuración.

En las últimas décadas, la agroecología –como forma de producir, de alimentación y sus protagonistas– ha ganado visibilidad a escala mundial. Este fenómeno es más reciente en Argentina y se presenta como una alternativa al hegemónico régimen agroalimentario que fue descripto paulatinamente en cada capítulo de este trabajo. En otras palabras, configura un modo de producir sustentable ambientalmente (principalmente por la no utilización de agroquímicos y propiciar diversidad de producciones), así como de soberanía en la producción y acceso a alimentos de calidad para la población, que se asienta en criterios de un comercio justo.

Da cuenta de su visibilidad creciente la especial atención que le han dado organismos internacionales (véase por ejemplo FAO, 2018) o la reciente creación de la Dirección de Agroecología, dentro del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca en Argentina. También se destaca la multiplicación de ferias agroecológicas y la organización de compras directas entre consumidores y productores en distintos territorios. En esa línea es considerable la adhesión de municipios que se han comprometido a apoyar y difundir proyectos agroecológicos –en la actualidad, al menos son 40– nucleados y/o movilizados alrededor de RENAMA, la “Red Nacional de Municipios y Comunidades que Fomentan la Agroecología” de Argentina, conformada por agricultores, asesores técnicos, organismos académicos y científicos, y organizaciones de base. A la par, se observa el crecimiento de la oferta cada vez más recurrente

y selecta en góndolas o tiendas gourmet de productos orgánicos distinguidos como “saludables” o “naturales” aunque elitizados.

Como las y los lectores especializados estarán anticipando, a pesar de su reconocimiento en los últimos años, es un fenómeno de larga data. Al respecto, se pueden señalar las conferencias de Rudolf Steiner en el año 1924 (véase 2017) sobre agricultura ecológica más conocida como “biodinámica”, que combina conocimientos biológicos y astronómicos. Más cercano en el tiempo, en las últimas décadas del siglo XX, algunos trabajos pioneros argumentaron a favor de una agricultura sustentable que denominaron “agroecología”, así como empezaron a desarrollarse experiencias de producción hoy consideradas icónicas como son para el caso de Argentina los establecimientos Naturaleza Viva, una granja biodinámica en Santa Fe, o La Aurora, de agricultura extensiva en Buenos Aires.

En diálogo con el vasto trabajo de agrónomos y activistas, que desde hace décadas sistematizan las bases científicas y agronómicas de este modo ecológico de producir alimentos agropecuarios y agroforestales, aquí se propone explorar la pregunta antropológica sobre cómo se produce agroecología desde la perspectiva de las y los actores sociales. Observaremos aquí la variabilidad de experiencias y relaciones que compone aquello que denominan “agroecología”, al mismo tiempo de prestar atención a cómo, con sus acciones, movilizan una lógica que pone en el centro de sus decisiones productivas las relaciones multiespecies en la actividad primaria. Finalmente, siguiendo al objetivo transversal de este trabajo, se identifican relaciones que hacen a la agroecología en los alrededores del río Ctalamochita y la incluyen en aquella más amplia trama de actividades agroproductivas.

I. LA AGROECOLOGÍA COMO OBJETO DE ESTUDIO: UNA MIRADA SOCIO-ANTROPOLÓGICA

En el proceso de investigación, lo agroecológico se presentó como un campo de prácticas y procesos ubicuo: un tipo de agricultura, una disciplina científica, un movimiento social por la soberanía alimentaria, una –incipiente– área de trabajo de organismos públicos como el INTA o de cátedras universitarias. A veces, un producto de consumo elitizado y otras de producción y acceso popular. En ocasiones la agroecología era definida por sus impulsores –agricultores, académicos, militantes– como una alternativa productiva y de organización contrahegemónica del trabajo. Así, aparecía revestida como una actualización de utopías emancipadoras, ligada a la soberanía alimentaria y a los movimientos campesinos.

Por otro lado, la literatura que aborda lo agroecológico como objeto de estudio se inscribe en su mayoría en las ciencias agrarias, desarrollada principalmente por agrónomos y técnicos de instituciones que la promueven y tiende a adoptar un enfoque de análisis normativo. Centra

su atención en discutir qué es y qué debe ser la agroecología o en los aspectos agronómicos de los cultivos (suelos, combinación de siembras, rendimientos, etc.).

Entre las décadas del 70 y el 80, los agrónomos Stephen Gliessman (1978) y Miguel Altieri (1987) y el sociólogo Eduardo Sevilla Guzmán (1991) dieron los primeros pasos para trazar las bases disciplinares de lo que se popularizó como “agroecología”. Como campo de estudios es reciente y heterogéneo y, por lo tanto, aún están en disputa sus definiciones legítimas. No obstante, hay consenso en que se inscribe en la necesidad de un cambio del modo de producción agrícola dominante hacia esquemas productivos ecológica y socialmente más sustentables y justos (Altieri 2015; Sarandón 2011).

Sobre experiencias de Argentina, existe una importante sistematización de casos, contextos y sus dimensiones agrosistémicas desde las ciencias agrarias (veáse Sarandón y Marasas 2015; Barchuk, Suez, Locati, et al. 2017 sobre Córdoba; Ottmann et al. 2013 para Santa Fe; Arqueros et al. 2014 para Buenos Aires).

Aunque E. Sevilla Guzmán (2002; Sevilla Guzmán y González de Molina 1993) ha sentado las bases de una perspectiva sociológica y programática de la agroecología en España, no contamos con esfuerzos similares desde la sociología de América Latina. Cuando inicié esta investigación en el año 2016, la agroecología era un área de aún escasa indagación en las ciencias sociales de nuestro país, algo que no ocurría en Brasil, donde fue un estudio temprano (Luzzi 2007; Oliveira 2014; Sauer y Balestro 2009; Schmitt 2010).

Frente a aquel escenario y a los fines de una investigación etnográfica construí una propuesta analítica a fin de abrigar la heterogeneidad de experiencias y la ubicuidad que presentaba la categoría “agroecología” en el campo de prácticas y procesos que indagaba.

A partir de la perspectiva relacional y procesual, sobre la que se apoya este trabajo, me propuse conducir una indagación al ras de lo que las personas *hacen* sin anticipar una grilla clasificatoria. Dicho de otro modo, se realizó el trabajo de campo y luego el análisis sin preasumir la existencia de la agroecología –como modelo o identidad– a fin de evitar que se tornara un elemento “sobrecodificador” (Goldman, 2015:646) de mis interlocutores y sus prácticas. Es decir, se apuntó a reconstruir las *prácticas* y, a partir de estas, las *eco-lógicas* que ponían en juego las personas para hacer agroecología. Esta estrategia resultó un puntapié para abrimos a la complejidad del universo social de esta microrregión y resultó sumamente fértil, dado que permitió, luego, conocer y analizar las experiencias que anteceden a este capítulo.

Como adelanté en la Introducción, un creciente interés desde las ciencias sociales de Argentina ha resultado en la publicación de algunos estudios en los últimos años, con los que entrare en diálogo; entre los que se destacan dos tesis doctorales (Iturralde 2020; Kunin 2019).

Seguramente se preguntarán por qué presento estos resultados casi al final de este manuscrito y no en el orden cronológico en que fueron producidos –porque además son resultado principalmente de las campañas de trabajo de campo del año 2017 y primera mitad de 2018—. Luego de probar otras posibilidades se consideró que esta era la más productiva porque las experiencias agroecológicas se constituyen y definen relacionalmente con las transformaciones que, en detalle, analizamos en las páginas precedentes y, como veremos, se movilizan con la fuerza de una imagen sentida de un futuro deseable que les da dirección a sus acciones.

En síntesis, más que definiciones taxativas sobre qué es la agroecología o identidades sustantivas de un nuevo o viejo tipo de agricultores, en las páginas que siguen vamos a mostrar los modos específicos en que las personas producen alimentos que califican como “sanos”, “orgánicos”, “medicinales” o “agroecológicos”. Claro está, cada una de estas formas de producir da cuenta de un repertorio de prácticas que sientan posiciones dentro de las tramas de relaciones sociales e históricas, que se apunta a incorporar en el análisis.

II. DISTINTOS CAMINOS PARA LLEGAR A “HACER AGROECOLOGÍA”

En lo que sigue, vamos a analizar cómo hacen para producir cuatro establecimientos de pequeña escala que comercializan, en el mercado local, granos, cereales, hortalizas y productos manufacturados en base a estos (harinas, conservas dulces y saladas, panificados, entre otros). Sus protagonistas comenzaron a hacer agroecología –o denominar así a sus prácticas– durante las últimas décadas y cuentan con diversas trayectorias: tamberos desplazados de la producción; hijos/as de trabajadores rurales y chacareros que se iniciaron en la producción de soja y luego la abandonaron por razones éticas y ambientales; jóvenes de la ciudad que migraron al campo “para trabajar la tierra”; así como una mujer movilizada por su sensibilidad ecológica y social en un contexto conservador. Buscaremos reconstruir sus *agro-eco-lógicas*.

II.I. La herencia chacarera: el peso de la tradición en la agroecología

Un camino de tierra angosto se abre en dirección al río Ctalamochita, no es público sino de paso y se dirige al campo de Elvio, más conocido como “Elvito”, un hombre de más de 60 años que nació y vivió siempre allí. Vecino y amigo de toda la vida de JB, que hace contraste por su personalidad tranquila y el habla pausado.

Al lado de su casa, dos de sus cuatro hijos construyeron sus hogares y viven con sus parejas e hijos. Al fallecer su madre, los hermanos de Elvito y su padre optaron por vender sus partes de la herencia, en pleno auge del crecimiento de los cultivos de soja a inicios de este milenio. Él decidió quedarse, pero pasó a manejar solo 10 de las 80 hectáreas del campo familiar.

Desde la ruta hasta la casa de Elvito solo se ve alrededor llanura y campos sembrados de verdes radiantes o con rastros de un amarillo pálido, según la época del año. Son los cultivos de la empresa ABC, la cual compró la herencia de sus hermanos y padre. A 300 metros por detrás está su granja, “en el bajo”, la denominación refiere a la pendiente del suelo en dirección al río. Allí, en cambio, tiene más presencia el monte que lo rodea formando paredes que cierran la visual, el suelo está húmedo y por zonas, barroso.

A Elvito lo llaman “chacarero” sus vecinos y vecinas. Como vimos, esta noción propia del espacio social rural argentino configura lo que la sociología denomina un *farmer* pampeano (Archetti y Stölen 1975). Los debates al interior de las ciencias sociales ubican su origen como clase social en la constitución de la agricultura familiar capitalizada, ligado a la colonización agrícola y las luchas por el acceso a la tierra. Pero, para mis interlocutores tiene su propia especificidad definir a Elvito como “chacarero”. O más aún “chacarero chacarero”, donde la redundancia aporta una afirmación de una estricta correspondencia ante los cambios recientes en el ámbito rural que hacen que algunos productores ya no sean considerados como tales. Esta noción les habla de una trayectoria familiar rural, un manejo de superficies que se cultiva con movimientos de suelo y haciendas que “se largan al campo” para que se alimenten. Es decir, una forma de producir que denominan “tradicional” y distinguen de la “convencional”.

Como chacarero de esta zona –cuenca lechera–, la actividad principal de Elvito fue el tambo hasta que perdió el control sobre lo que eran las tierras familiares. En la actualidad, organiza sus jornadas diarias en un marco de lo que la literatura de estudios rurales y campesinado caracteriza como “pluriactividad”. Tiene animales y aunque no prima la cantidad, sí la diversidad. Durante el periodo que duró mi trabajo de campo –2017 y 2019– mantuvo en promedio una hacienda de cuatro madres para cría de chanchos, de 50 cabezas de ovejas y un par de vacas con sus terneros. Los alimenta con las pasturas que siembra de avena, cebada y alfalfa. La otra actividad que lleva adelante es la reproducción y cría de gallinas y patos que es usual ver sueltas alrededor de su casa, destacándose la diversidad de colores.

Las siembras las desarrolla en un potrero que divide en tres lotes contiguos que tienen cerca de dos hectáreas cada uno. En dos de ellos siembra las pasturas para los animales y en el tercero, durante el ciclo de primavera-verano, cucurbitáceas: sandías, melones y zapallos. Cultiva para cosechar solo estas plantas que no necesitan tantos cuidados porque cuenta con pocas herramientas para mecanizar el trabajo y la ocasional ayuda de alguno de sus hijos o de integrantes de los otros campos agroecológicos. Por ejemplo, hace un par de años, sembró ajo que luego no pudo cosechar porque no llegó a tiempo para hacerlo de manera manual. Estas

condiciones de producción hacen que Elvito reconozca las bondades de un agroquímico que mate las malezas por el trabajo que “ahorra”, a pesar de que no los utilice.

Esta combinación de actividades genera un ingreso global que complementa con el salario de su esposa, que atiende una despensa en el periurbano, y una huerta para autoconsumo a la cual le dedica tiempo solo cuando puede con la ayuda de dos de sus nietos. A veces, en invierno se aboca a la producción de plantas de hojas para la venta (acelga, espinaca, rúcula, lechugas). Su hijo y yerno, que también viven en el campo, durante el periodo que les visité, se emplearon como asalariados en distintos trabajos agropecuarios o en la agroindustria y su hija en el servicio de limpieza de casas particulares.

Cuando su familia decidió vender el campo, a principio de este siglo, su experiencia en el manejo *tradicional* de un establecimiento de tambo le decía que “ochenta hectáreas era para vivir una familia”. Lo anterior nos permite entender por qué Elvito cuando pasó a tener solo 10 hectáreas se encontró “medio con miedo”. Quedarse en el campo no era una decisión fácil porque entendía que su porción de tierra heredada no era suficiente para sustentar los ingresos necesarios de una familia con hijos adolescentes. En aquella época, Elvito veía a los chacareros de la zona dejar el campo, vendiendo, arrendándolo o incorporándose como contratistas: “Porque para la soja no hacía falta vivir en el campo”.

Mientras la mayoría desistía, Elvito fue uno de los que decidió quedarse porque a él le *gusta* vivir y trabajar allí, porque considera que está en una zona “privilegiada” por su cercanía a la ruta y el río, incluso desde hace tres décadas cuenta con luz eléctrica y en los últimos años con señal de telefonía móvil. Conversando una vez me dijo: “La gente no tiene que amontonarse tanto en la ciudad”. Lo vi pensar unos segundos como si se estuviera retractando y agregó: “Yo siempre digo que te tiene que gustar para poderlo hacer. Si vos tenés que hacer un trabajo que días de viento, de lluvia, tenés que ir igual. O te tenés que ir de a pie. Vivir en el campo si no te gusta te parece que es muy sacrificado”.

Ese *gusto* le llevó a plantear a uno de los propietarios de la empresa ABC que su parte de la herencia no la podía vender: “No es que yo no te quiera vender —le habría dicho—, pero a mí me gusta esto. Si vos me conseguís por acá cerca 10 hectáreas como las que yo heredo, yo te vendo”. Cuando me relató esto, Elvito me aclaró que tuvo que mantener su posición “porque no es como ir a la agencia y buscar otro auto”. Esta analogía que me planteaba se ajusta a dos entidades que, aunque transables en el mercado, tienen una constitución social distinta, la cual no puede entenderse solo desde la distinción de bien de uso y de cambio.

Nos ayudan a analizarlo algunas investigaciones sobre aquel proceso en el cual muchos establecimientos cerraron y sus protagonistas fueron desplazados de la producción.. En su

trabajo con productores y empresas familiares que incursionaron en las transformaciones que impulsó la producción de soja, Gras y Hernández (2008:237) mostraron que si algo quedaba de la lógica chacarera es que para esos productores el campo familiar tenía “una función de reproducción simbólica de la familia en sentido amplio (ascendentes y descendientes)”. Esas tierras (no así otras que arrendaban para expandirse), eran únicas no por sus cualidades agronómicas y geográficas, sino por las memorias y afectividades que ponían en juego. Una dimensión también recuperada como central por el historiador J. Balsa (2006) para las generaciones chacareras de la provincia de Buenos Aires, previo a las transformaciones de la modernización agraria. También, en esta línea de reflexión, la antropóloga A. Villa fañe (1994:39) expresa en su análisis sobre familias productoras bonaerenses, también en aquella provincia, que al “percibir su destino unido o ligado al de su explotación no solo transmiten un patrimonio económico a sus miembros sino también un patrimonio cultural, constituido por valores, normas, conocimientos y en general la necesidad de conservar un modo de vida que se caracteriza por el arraigo a la tierra y su amor por el trabajo rural”.

Elvito llegó a un acuerdo con la familia empresaria de ABC para quedarse con la vivienda familiar —que quedó rodeada de la agricultura de la empresa— y las 10 hectáreas en el fondo del campo donde armó su granja. Continuó trabajando con un “manejo tradicional”, con sus ovejas y terneros, con sus gallinas y patos que picotean alrededor de su casa, los chanchos que carnea con sus hijos y nietos, y los melones, sandías y zapallos que ofrece en el cruce de rutas en el verano. Su manejo de la producción *tradicional* le dejó sin contacto con los agroquímicos o las innovaciones de la biotecnología porque “en los tambos, los químicos no existían. Eran para los que hacían cosecha”. Aunque su producción no los incorporaba, hace pocos años escuchó por primera vez la palabra agroecología, cuando entró en contacto con los establecimientos



Ilustración 24 Elvito junto a sus ovejas en su granja. Archivo propio

Pueblo Mampa y Sol y Luna, que se instalaron a pocos kilómetros de su casa. Hoy Elvito sabe que su “manejo tradicional” es agroecológico para sus consumidores, y no le preocupa ahondar en conceptualizaciones, continúa produciendo “como se hacía antes”.

II.II. Regenerar un vergel donde antes solo había desmonte

A pocos kilómetros de la granja de Elvito se encuentra “Los pioneros”, un establecimiento llevado adelante por Alicia, una vital mujer de 68 años, que denominó así a su campo por su abuelo y el de su ex marido, migrantes europeos que “con esfuerzo y desde abajo” crearon las condiciones para la reproducción familiar. Para las personas de esta zona agropampeana, ella es “una pionera” que le dio a la palabra agroecología un referente concreto con su campo.

En la década del 70, Alicia descubrió su gusto por la vida rural al casarse con un hombre de la zona, José María, integrante de una familia de tradición agropecuaria y una de las que más tierras manejaban en la zona –tal como vimos en el Capítulo 1, véase II.I.–. Cuando él se recibió de ingeniero agrónomo, se fueron a vivir al casco de la estancia familiar que estaba deshabitado. Alicia, por entonces con 25 años, aunque había crecido en la ciudad de Córdoba, empezó a descubrir su afinidad con el campo. Durante la crianza de sus tres hijos e hija, se dedicó también a la horticultura para autoconsumo y la apicultura, mientras su marido y suegro se ocupaban de los animales y la agricultura.

Como vimos, José María fue de los primeros en la zona en incursionar en las novedades de la “Revolución verde” y en la producción de soja, no obstante, la inversión productiva a través del crédito se convirtió en una deuda impagable. Perdió la mayor parte de las tierras que manejaba, que quedaron en manos de ABC, y se retiró.

Mediando el año 2000, Alicia y José María se separaron y ella inició un proceso de rearmar su proyecto de vida. Estaba próxima a cobrar una herencia de su familia y sabía que era con lo que contaba para poder acceder a un lugar donde vivir y un vehículo para su movilidad. Pero incluso siendo heredera, la posibilidad de acceder a la tierra estuvo signada por la incertidumbre producto de los rasgos estructurales del capitalismo neoliberal, que hasta aquí hemos rastreado principalmente en la actividad agropecuaria, pero que vale no perder de vista que atraviesan todas las esferas de la vida.

Cuando Alicia cobró su herencia, Argentina atravesaba una de sus más profundas crisis socioeconómicas, en gran medida, saldo de una dirección del Estado con políticas de corte neoliberal, como vimos, iniciadas durante el último gobierno de facto y profundizadas en la década del 90. En este marco, una de las medidas para frenar las “corridas bancarias” –es decir, el retiro masivo del dinero depositado en los bancos– fue el denominado “corralito”. Una

restricción de la libre disposición del dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorros por un año desde diciembre de 2001. Además, el Banco Suquía, donde estaba el dinero de la herencia que cobró Alicia, era reconocido en Córdoba porque había sido fundado por familias de la capital provincial en 1960, pero desde el año 2000 estaba en manos de una empresa financiera francesa que, en medio de la crisis, retiró sus operaciones del país y este banco tuvo que ser “rescatado” por el Banco Central de la República Argentina.

Alicia llegó temprano al Banco Suquía, una mañana de 2002, cuando corría el rumor de que el banco estaba por quebrar y cientos de personas se agolparon en el local. Antes de llegar la media mañana, los empleados cerraron las puertas y ya no pudo ingresar nadie más, a pesar de que la fila afuera era de más de dos cuadras. Alicia se quedó adentro del banco, mientras sus hijos buscaban y preguntaban por alguien que vendiera un vehículo. Previamente, consultando a sus conocidos, ella había encontrado una fracción de cinco hectáreas de campo en venta. Aunque sus hijos le habían sugerido que comprara una casa en la ciudad porque “ya era una mujer grande”, no había razón que valiera porque a ella le *gusta* vivir en el campo.

Cerca del mediodía de aquel día, uno de sus hijos le avisó a través del vidrio de la sucursal bancaria que habían encontrado una camioneta Partner Peugeot y que le alcanzaba el dinero para comprar las dos cosas. Desde adentro del banco, Alicia pudo girar el dinero a sus vendedores y cerró con alegría una jornada signada por la incertidumbre.

Como en sus primeros años de matrimonio, aunque 25 años después, su nuevo hogar contaba con cocina y ducha a leña y no estaba conectado a la red eléctrica por lo que Alicia ahorró hasta poder instalar paneles solares. A su campo lo rodean otros destinados a la agricultura *convencional*, por eso lo primero que hizo fue empezar a plantar y germinar árboles, con un primer cometido de crear un cordón forestal para protegerse de los fuertes vientos que caracterizan a la zona y en consecuencia la deriva de las fumigaciones linderas.

Estaba decidida a probar otros métodos. Se inscribió en la licenciatura en Desarrollo Regional de la Universidad Nacional de Villa María y también investigó por su cuenta. Así llegó a la obra de Masanobu Fukuoka, o mejor dicho al “método Fukuoka”. Siguiendo las enseñanzas del filósofo japonés empezó a ensayar su propuesta de “agricultura natural”, Alicia diseñó su campo por áreas: una de monte leñero, de monte autóctono, otra de frutales, otra hortícola, un estanque, así como algunos espacios para la contemplación de la naturaleza. Y aunque el estado de desarrollo de las especies plantadas es muy disperso, en conjunto le dan una gran diversidad y frondosidad al establecimiento. Este diseño ella lo organiza con un principio rector que repite a menudo afirmando: “Como dice Fukuoka, hagamos un manejo mínimo. Si la planta ya tiene su estructura, ya sabe lo que tiene que hacer”. No obstante, en un

terreno que estaba sin más que unos árboles aislados y pastizales, para Alicia fue necesario primero recrear las condiciones propicias a través de la siembra y trasplante de especies. *Dar* a la tierra lo que necesita para *regenerarse*.

Esa “ayuda” —como suele calificar Alicia— al ecosistema es el rol que se predispone a ocupar. Por ejemplo, en abril de 2018, tras una inusual sequía en verano de 90 días, en los campos que nos rodeaban, donde desarrollan agricultura convencional, se veían rastros de maizales secos que solo llegaron a crecer 20 centímetros o plantas de soja totalmente quemadas. Si bien no podríamos decir que Los Pioneros no se vio afectado por la sequía de verano, si se puede afirmar su rápida recomposición al comenzar las lluvias en marzo.

Empero, su campo nunca fue “productivo” en los términos que miden los rendimientos las ciencias agrarias. Alicia siembra plantas de hortalizas, frutales y aromáticas a las que les cuesta sobrevivir porque están expuestas a fuertes vientos y la deriva de las fumigaciones. Tanto es el impacto de los químicos que una vez, cansada de plantar árboles para el cordón forestal y protección de su campo, decidió labrar un acta con una escribana para asentar que, al ser alcanzados por la deriva de los agroquímicos, sus plantas no resistían y morían.

Es palpable la angustia y frustración que le produce ver a sus plantas enfermar, no obstante, aunque ahora una reconversión productiva en el agro, más de una vez la escuché sostener una mirada comprensiva con sus vecinos y familiares que hacen agricultura convencional. Una tarde, luego de quejarse sobre las fumigaciones de los campos linderos, con la mirada penetrante que la caracteriza, me dijo: “Igual, los entiendo. Si sos productor y tenés 100 hectáreas, sos un miserable en este sistema”.

A lo largo de estos más de 15 años, Alicia se enfocó en reforestar y sanar el suelo dañado por la agricultura convencional. Al vivir de su jubilación no precisa grandes cosechas y su foco está en regenerar su campo como ecosistema y abastecer su autoconsumo. Alicia es pionera en la zona en una lógica centrada en el *dar* para regenerar los ecosistemas.

II.III.I. Tejiendo la Red de agroecología

Además de ser la primera en la zona en explorar técnicas regenerativas, por su carisma produce otras cosas. Es una aunadora, que incentiva, que alienta; y que le recuerda a quienes hacen agroecología la importancia de lo que hacen.

Hace varios años atrás, durante un almuerzo entre colegas, uno de los hijos de Alicia —que trabaja en la agricultura convencional— contó que su madre estaba haciendo “un campo orgánico”. Allí estaba Germán, que al escucharlo le pidió conocerla. Después de una primera

visita, siguieron muchas más y largas charlas sobre cavilaciones y proyectos porque, si bien él quería dejar la producción convencional, era su fuente de ingresos para vivir.

Alentado por Alicia fue a hablar con el Padre Carlos y así empezó a realizar cultivos orgánicos certificados para la estancia. Pero el cura entiende que “no funcionaron”, como vimos, me explicó: “Pagaba con la soja transgénica los gastos del cultivo orgánico”. Por eso, decidió no continuarlos, pero le ofreció a Germán siete hectáreas cerca del río por un periodo de gracia de tres años para que pudiera comenzar un proyecto de agricultura ecológica.

Nacido en un pequeño pueblo de la zona, para Germán “el campo” forma parte de una continuidad con un mundo con el cual tuvo contacto temprano. Pero al estar sin tierra propia y sin capital, el camino más seguro en la profesión de agrónomo es el de la agricultura convencional, asesorando productores, desarrollando cultivos o vendiendo los insumos.

Uno de esos días en los que sentía que estaba en el límite de abandonar el proyecto de cultivar agroecológicamente, en un taller al que asistió con Alicia conoció a un grupo de jóvenes de Villa María que estaban haciendo huertas en tierras fiscales en una isla del río Ctlamochita. Si bien habían nacido en la zona, la mayoría estaba de regreso tras viajar por largos periodos por América Latina o algún rincón del planeta. Era un grupo de reciente formación, de personas que vendían panes, yuyos o artesanías en la costanera del río, hacían música, yoga, teatro, se interesaban por las culturas indígenas y ceremonias espirituales.

Leandro, Marianela y Sergio son las tres personas que junto a Germán formaron parte de la etapa inicial y continúan en la actualidad en el proyecto que denominaron “Pueblo Mampa”, que desde sus orígenes lo definieron sin fines de lucro y de trabajo colectivo. Esto les permitió iniciar con la certeza de que no buscaban una sustitución de técnicas e insumos para cultivar la tierra, sino formar parte de una “cultura en transición” que involucra no solo transformar cómo producir alimentos, sino también generar sociedades ecológica y socialmente sustentables.

Estas primeras decisiones les alejaron de lo que actualmente se conoce como producción orgánica, con la cual coinciden en algunos criterios como la no utilización de insumos químicos, pero no designa –en general– ni las mismas prácticas de diseño productivo ni la misma lógica de producción. En los últimos años en Argentina y con anterioridad en otros países, asistimos a una creciente demanda de productos libres de agrotóxicos, que llevó a la conformación de un mercado de productos orgánicos con certificaciones internacionales. Varios estudios indican que certificar la calidad a través de empresas trasnacionales exige rendimientos altos para ser rentable porque es costoso, así como es común que tienda al monocultivo y la concentración productiva (Glover y Resnick 2003; Meirelles 2000). A esos costos se refería el Padre Carlos

cuando me dijo que “no funcionaron”. Además, ingresan al mercado doméstico como productos “elitizados”, es decir, con precios por encima de sus equivalentes sin el sello.

En contraste, aunque especialistas y agrónomos argumentan sus diferencias, bajo el rótulo de “agroecología”, en la práctica se suele englobar un heterogéneo campo de experiencias – agricultura biodinámica, permacultural, regenerativa, campesina, orgánica–. En general, apelar a este marcador resalta un aspecto específico que refiere a que no solo apuntan a reducir el impacto ecológico y a la calidad de los alimentos, sino también a que el intercambio debe ser un “comercio justo” para todas las personas involucradas y cimentar la “soberanía alimentaria” de los pueblos (Sevilla Guzmán y Soler Montiel 2009:195).

Volviendo sobre nuestro relato, en diciembre del año 2013 nació Pueblo Mampa y el Padre Carlos decidió cederles 65 hectáreas en comodato por 99 años, de las cuales más de la mitad son monte nativo en protección⁵⁶. Al poco tiempo, el río Ctlamochita creció fuera de lo normal, en consecuencia, tanto la hectárea y media que había sembrado Germán “para probar”, así como la isla donde estaba la huerta en tierras fiscales, las tapó el agua y se las llevó la fuerza de la creciente del río. Pero la organización del “territorio mampero” ya estaba en marcha: huertas, cultivos agrícolas y un lugar donde instalar carpas.

Al año siguiente, invitada por Germán, se integró por un tiempo una agrónoma, Mabel, que había renunciado a la empresa para la cual trabajaba haciendo agricultura convencional. Estaba buscando tierras para alquilar y hacer cultivos agroecológicos. Después de buscar por más de un año, en 2015, llegó a un acuerdo con el Padre Carlos para arrendar las primeras cinco hectáreas a un valor más bajo que los precios vigentes en el mercado y con un periodo de gracia de dos años por la inversión inicial. Así comenzó la Ecogranja Sol y Luna.

“Así es la vida, una red que se va entretejiendo”, me dijo Alicia el día que me contó cómo comenzó su campo Pioneros. Pero esa red de relaciones que artesanalmente Alicia teje es más amplia de lo que ella me contaba aquel día, porque no se reduce a lo que sucede en su campo. Como vimos, Alicia, por su pertenencia al mundo chacarero y sus búsquedas *new age*, fue una condición de posibilidad para que se encontraran *hippies* y agrónomos que comparten la misma inquietud: hacer alimentos sanos. Con los años, esto pasó a ser algo más concreto: trigo, avena, arvejas, lino, lentejas, hortalizas, harinas de trigo y otras alternativas sin gluten, conservas dulces y saladas, entre otras.

En febrero de 2017 crearon la Red de granjas agroecológicas Abya Yala “formalmente”, como dicen mis interlocutores para aludir a que le dieron entidad bajo un nombre a

⁵⁶ Véase nota 16 capítulo 1.

articulaciones que previamente estaban realizando entre sí. Recuerdo que el día que decidieron conformar la Red, alguien dijo que seguramente era algo inédito “tantos proyectos agroecológicos tan cerca entre sí”. Más bien, creo que llama la atención el contexto sociohistórico en el que emergen y se producen, siendo la agricultura industrial una *convención*.

Entre los campos de la Red abarcan cerca de 100 hectáreas entre nueve proyectos que involucran a más de 30 personas. A los ya mencionados se suman tres hortícolas, una consultora agronómica y una escuela granja. Además, forman parte de Nueva Semilla, un grupo que inició hace más de 10 años como un programa de Cambio Rural⁵⁷ que aglutina a proyectos agroecológicos de toda la provincia.

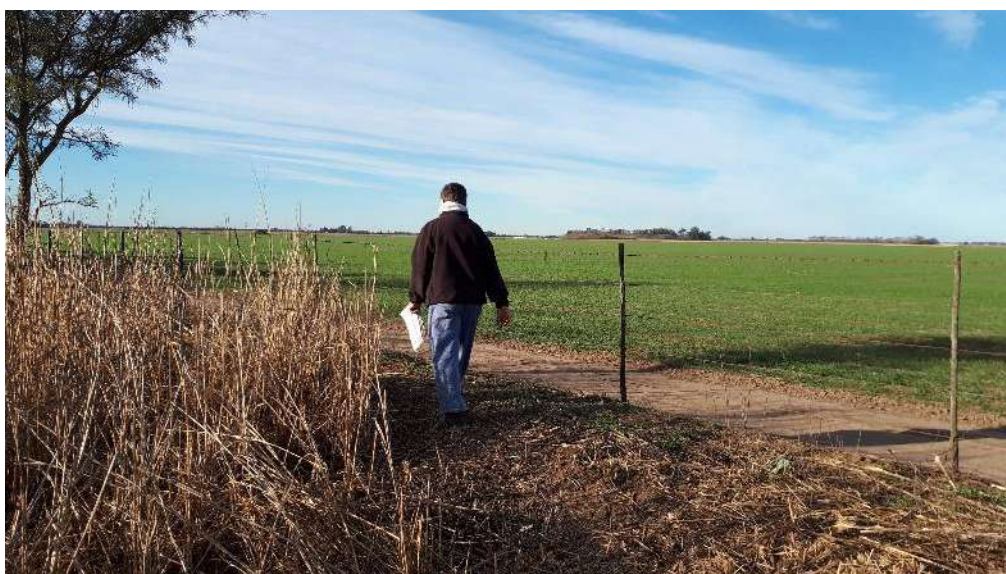


Ilustración 25 Alicia en uno de los laterales de su campo. Del otro lado se realiza agricultura convencional. Archivo propio



Ilustración 26 A la izquierda el ingreso al campo Pioneros. A la derecha agricultura convencional de maíz. Archivo propio

⁵⁷ Véase nota 39 en el Capítulo 3

II.III. Producir vida comunitaria y rural para producir alimentos

Pueblo Mampa, a pocos kilómetros de Elvito y Alicia, es protagonizado por jóvenes que hacen justicia a la categoría *neorural* (Chevallier 1981; Nogué 1988) acuñada por las ciencias sociales para referir a los procesos migratorios protagonizados por personas con trayectorias urbanas y de clase media, en general, sensibilizados por los discursos ecologistas. Siguiendo al antropólogo H. Ratier, las y los “nuevos rurales” manifiestan que no quieren trabajar en profesiones urbanas y elogian las bondades de una vida agreste, que contraponen a las ciudades “degradadas y degradantes” (Ratier 2002:238). Los primeros antecedentes datan de las décadas de 1960 y 1970, en Europa y Estados Unidos, ligados a los movimientos contraculturales (Nogué, 1988:147). En Argentina podemos señalar, en la misma época, los desplazamientos de *hippies* hacia El Bolsón (Río Negro) y San Marcos Sierras (Córdoba) como parte del ideario de experiencias de vida comunitaria en la naturaleza⁵⁸.

En las tierras cedidas por Yucat construyeron una aldea ecológica y hacen horticultura y agricultura. En la actualidad está conformado por tres familias con hijos e hijas (en total cuatro niños y niñas), una pareja y tres jóvenes, que hacen un total 10 personas adultas de entre 25 a 37 años. A su vez, voluntarios y voluntarias que viajan de distintos lugares del país y, a veces, del extranjero adicionan entre seis y diez personas en algunos momentos del año.

Para caracterizar a Pueblo Mampa, quisiera comenzar recordando una mañana de diciembre del año 2016 cuando se preparaban para cosechar el lote de trigo que, con un dorado intenso, prometía un rendimiento similar al del año anterior (2015), mejor que el de otros campos de la zona que utilizan insumos químicos. Pero este trigo no había crecido al amparo de dichos productos que son rociados sobre la vegetación que crece de manera espontánea o los insectos que intentan alimentarse de él. Creció sin ningún aditivo sintético, acompañado por otras plantas que se desarrollaban a su alrededor y la mirada atenta de estos jóvenes que se fueron a vivir al campo para “guardanear” el monte nativo y los alimentos que cultivan –tomando la expresión nativa que convierte el sustantivo *guardián* en verbo–.

Estaba nublado el cielo cuando la vieja cosechadora ingresó al campo para iniciar las labores. Avanzaba lenta entre el aire cargado de humedad. Era un aviso de que la tormenta estaba en camino y eso no era bueno. La cosechadora comenzó a trabajar y a los minutos se abrió paso una tormenta de granizo que cayó al suelo como piedras arrojadas desde las nubes. El cielo se

⁵⁸ Para el caso argentino, la continuidad del proceso, desde las primeras experiencias de migración de la ciudad al campo, no ha sido un área de estudio sistemático. No obstante, en los últimos años, diversos trabajos registran procesos migratorios durante el siglo XXI de personas con trayectorias de vida urbana hacia las serranías de la provincia de Córdoba (Quirós 2014; Trimano 2015); a la costa atlántica (Noel 2011) y la Patagonia (González 2003), entre otros.

cerró. Después siguió la lluvia y el trigo quedó allí tendido. No se pudo cosechar y con el pasar de los días se descompuso sobre la tierra.

Leandro, uno de los huerteros de este proyecto era quien me relataba la historia del día que no pudieron cosechar el trigo: “No lo podíamos creer, quien manejaba la cosechadora no apagó el motor porque no aguantó escuchar el impacto de la piedra cuando caía”, recordaba. Por mi parte, era la tercera vez que yo escuchaba la anécdota y me seguía anudando la garganta de angustia imaginar cómo había sido ese día. El trigo estaba listo para cosecharse, pero la tormenta llegó antes. Allí quedaron los 130 kilos de semillas de trigo cultivadas en seis hectáreas. “Perdieron todo” registré en mi diario de campo.

Progresivamente entendí, al volver sobre mis registros y conectarlos con lo que sucedía en la aldea permacultural, que sus habitantes no vivían como si hubieran “perdido todo”. Incluso nunca se expresaron en esos términos. Más bien afirmaban que “quedó para la pacha”, “ahora es abono verde”, “es un aporte de nutrientes a una tierra muy dañada”. Con esto último referían a que en aquellas tierras se había realizado durante años agricultura convencional con grandes dosis de químicos y de extracción de nutrientes.

En cambio, cada día se dedicaban a las tareas hortícolas, a la construcción de sus viviendas ecológicas, a la producción de alimentos que califican como “sanos” y “medicinales” y a su comercialización directa con consumidores “de la ciudad” a través de ferias y bolsones de productos a pedido. Ahora bien, que no lo vivieran en términos absolutos como pérdida, no quita que en términos relativos sí lo fuera. El trigo que no fue recibido por las y los agricultores lo tomó otra entidad, la tierra. Tuvieron que reacomodar sus actividades productivas porque la comercialización de este era una de sus principales fuentes de ingresos, además el granizo había dañado también las huertas. En fin, acumularon deudas con proveedores y familiares, así como organizaron otras actividades para recaudar dinero como cenas en el campo.

Aquel trigo que no cosecharon nos permite asir una lógica que ponen en movimiento, quienes conforman Pueblo Mampa, para hacer agroecología, que articula un principio de dar a la tierra para regenerar los ecosistemas, en aquellas tierras que durante años estuvieron destinadas a cultivos convencionales. Esta lógica se puede comprender organizada entorno a “fuerzas vinculantes” entre humanos y no-humanos en “cadenas de servicios mutuos, un dar y tomar que se extiende sobre largos periodos de tiempo” –tomando prestada una expresión del antropólogo B. Malinowski (1985:46)–. Hacer agroecología en Pueblo Mampa implica *dar* para regenerar los ecosistemas y aprender a esperar para *recibir*.

El principio de *dar* –que ya nos había presentado Alicia– implica para mis interlocutores una reparación en la vinculación interespecies e intergeneracional que el egoísmo y arrogancia

humana quebrantó. Entiendo que es un principio, en tanto opera como un ordenador o estructurador de las decisiones, valoraciones y acciones, que insta a no reprochar una sequía o una tormenta de granizo que no permite cosechar o por insectos que se comen los cultivos. En contraposición, intentan compensar el impacto de no cosechar a partir de lo que denominan la “abundancia disponible”. Más que un concepto, entiendo que refiere al ejercicio de una gramática creativa que se construye a partir de lo que el antropólogo Tim Ingold (2015) denomina “habitar los ambientes de la vida”. En ese involucramiento del *habitar* descubren y encuentran alimentos no convencionales (frutos de árboles como es la algarroba, hojas, hongos y flores comestibles no convencionales, ...), reutilizan y recuperan materiales para producir energía, construir sus viviendas, herramientas y ropa. O incluso, reciben diversas donaciones a través de personas que buscan “colaborar” o “apoyar” este proyecto social y ecológico.

Construir, vivir y trabajar en una aldea ecológica que definen de “sistemas cerrados” apunta a evitar el “derroche” de materiales y energía que entienden es propio de la vida urbana. Por ejemplo, construyen sus viviendas con materiales disponibles en el monte como barro, estiércol y troncos; con descartes de la ciudad como son viejas ventanas y puertas. De ahí que el gasto monetario de dos de las casas que construyeron durante mi trabajo de campo haya sido de aproximadamente 200 pesos argentinos (15 USD) e implicado alrededor de tres semanas de trabajo por unidad habitacional. Este tipo de experiencias les permite a quienes integran Pueblo Mampa reafirmar que no es necesario “producir más” como presupone el paradigma del desarrollo industrial porque: “No existe escasez”. En cambio, sostienen mis interlocutores que hay que aprovechar la “abundancia disponible” en la naturaleza o los descartes de la ciudad, en el marco de lo que entienden como “una transformación cultural”. De este modo, podemos observar que exploran formas que tensionan pragmáticamente los *a priori* productivistas del “crecimiento económico” –volveremos al respecto–.

Para ello una de sus principales inspiraciones es la permacultura que, en la actualidad, constituye tanto un movimiento descentralizado y de carácter global, al mismo tiempo que un pensamiento sistémico que tiene como primeros impulsores a dos ecologistas australianos, Bill Mollison y David Holmgren. Durante la década de los años 70, preocupados por generar una alternativa al sistema agroindustrial que se estaba imponiendo pos Segunda Guerra Mundial, propusieron una serie de principios de diseño agrícola y social, que buscaban la simulación o integración de los patrones y características del ecosistema natural. Según la Ecovilla GAIA, ubicada en la provincia de Buenos Aires y caso referente de permacultura a nivel mundial: “Se

basan en el uso armonioso de la tierra y de los flujos de energía, el buen diseño de las construcciones naturales y una organización social y económica comunitaria”⁵⁹.

Si bien Pueblo Mampa como proyecto se define permacultural, desde mis primeros días en la aldea me aclararon que no seguían ningún método “estrictamente”, sino más bien los probaban y ajustaban a sus necesidades. La construcción de las casas de barro fue una de esas situaciones en las que pude entender cómo se apropian de esos postulados para la creación de sistemas, sea de vivienda o de agricultura, e idean sus propias soluciones. Porque, además, estas viviendas recuperan una técnica del pueblo indígena comechingón –originario de lo que hoy conocemos como Córdoba y San Luis–: las “cazas pozo”. Es decir, construcciones por debajo del nivel del piso para aprovechar el microclima del suelo. Así, algunas casas de Pueblo Mampa tienen su base a 0.70, o, incluso, a 1.70 metros por debajo del nivel de suelo.

Por otro lado, trabajar en la huerta o la construcción de las casas de barro en Pueblo Mampa implica agacharse, tener el cuerpo más cerca del suelo, tocar la tierra, materiales y plantas. Así, inicia un proceso de relacionamiento singular donde las texturas, colores y olores informan y orientan las acciones. Un tipo de vinculación que para quienes integran este proyecto es condición *sine qua non* de procesos de cambio individuales y colectivos para la construcción de un mundo que entienden será “más consciente” y “menos egoísta”. En otras palabras, si para el pensamiento moderno occidental la distancia con la “naturaleza” era una precondition para el desarrollo del potencial de la humanidad, al contrario, aquí es un *medio* para el autoconocimiento, la exploración y la transformación.

Además, en Pueblo Mampa, sus integrantes entienden su quehacer cotidiano como un “servicio”, un término que recorre las más variadas manifestaciones espirituales y que da cuenta de una práctica de entrega o donación. No obstante, estas renunciaciones, que configuran un tipo de experiencia de despojo, no están libres de angustias y contradicciones –propias de lo que va a contrapelo de la socialización capitalista y occidentalizada– que se puede expresar en “extrañar comer una golosina” o ir a la ciudad a “ver un poco de gente” o, también, explica la rotación en el grupo estable de integrantes en Pueblo Mampa. De ahí que una de las cuestiones que llamó mi atención cuando llegué a la aldea fue encontrarme con personas que, antes que hablar sobre técnicas de agricultura, me contaban de los cambios que estaban viviendo a nivel subjetivo, lo que “soltaban” de su vida anterior y la importancia de “despertar la conciencia”.

Propongo que si la aldea permacultural, sin luz eléctrica, con energía a fuego, con provisión de agua con un molino de viento, con casas construidas de barro, rodeada de hermosas huertas,

⁵⁹ A saber: www.gaiia.org.ar

podría ser caracterizado como una economía de carencia desde los parámetros convencionales, para quienes allí habitan –parafraseando a P. Clastres– constituye un “rechazo a un exceso inútil” (2008:166). Me detendré a continuación en dos rasgos a través de los cuales ahondaremos la comprensión de esta experiencia.



Ilustración 27 Trigo agroecológico en uno de los lotes de agricultura de Pueblo Mampa. Una de las yeguas, que vive libre en el monte, en un lote sembrado de maíz luego de que allí mismo el trigo no llegara a ser cosechado por la lluvia de granizo. Archivo propio

II.III. I. El trabajo productivo y la agro-eco-lógica en sus relaciones con las plantas alimenticias

El área de huertas en Pueblo Mampa suma casi dos hectáreas de extensión. La que denominan “circular” está compuesta por círculos concéntricos de un diámetro de 30 metros. Las otras dos bordean el “corazón de la aldea” –es decir el área donde están ubicadas las viviendas y los espacios de uso comunitario–. Se diferencian en forma entre sí: “la principal” –que es casi cuadrada con canteros que forman líneas rectas paralelas– y “la oriental” –con canteros dispuestos en distintas orientaciones sin seguir un orden aparente–. Optar por distintas disposiciones y formas de las huertas inició como una experimentación que les permite, en última instancia, ratificar que la producción de hortalizas no necesita tener organizadas las plantas en líneas rectas y paralelas de plantas homogéneas –como es usual observar en la horticultura periurbana–. Las huertas de Pueblo Mampa contemplan el espacio para que las personas puedan recorrerlas y trabajar cómodamente o para mostrarlas a quienes les visitan asiduamente (en las ferias de comercialización de sus productos los días domingo o recorridos pautados con escuelas o instituciones de la zona).

En las ciudades grandes y medianas de las provincias de Santa Fe, Buenos Aires⁶⁰ y Córdoba⁶¹, como es el caso de Villa María-Villa Nueva, los establecimientos de menos de cinco hectáreas se concentran en productores familiares que trabajan tierras que arriendan y cuentan con muy bajo poder de negociación de precios de venta de la producción que entregan a los intermediarios que luego las venden en los Mercados Centrales —en ocasiones— sin saber cuánto cobrarán (Ciancaglini 2019). Por ello, con la pequeña escala y volumen de cosecha que producen en Pueblo Mampa, sumado a otros elementos de cómo cultivan que vamos a recuperar a continuación, la comercialización la realizan de manera directa.

Leandro es quien coordina el trabajo en las huertas tanto de voluntarios y voluntarias, como de los y las integrantes del proyecto. Con sus 37 años, es una actividad que comenzó a realizar hace más de 10. La horticultura es un tipo de trabajo que requiere habilidad y conocimiento que los jóvenes neorurales que protagonizan esta experiencia no heredaron de la temprana socialización familiar y comenzaron a construir en huertas urbanas o espacios de formación no formales y/o autodidactas (en talleres, charlas, libros o videos). En Pueblo Mampa, organizan el trabajo hortícola propiciando diversidad de plantas y producen sus propios almácigos⁶² con el fin de poder realizar re-siembras cada 15 días para reponer las plantas ya cosechadas así como las que, por algún factor climático o ambiental, quedaron trucas. Para ello, en gran medida se autoabastecen de semillas que aprendieron a guardar y cuidar. No obstante, también suelen utilizar las que provee el Estado a través del programa Pro Huerta⁶³. Las “semillas del INTA” son un aporte significativo para la actividad que permite producir sin depender únicamente del aprovisionamiento propio y sin incurrir en un costo inicial elevado como es la compra.

Para hacer agroecología, quienes integran Pueblo Mampa indagan las relaciones que se establecen en el ambiente a partir de la observación de cómo se manifiestan las plantas y su entorno. Esto les permite identificar qué lugar “le gusta más” a una planta por cómo se

⁶⁰ Sobre el proceso de diferenciación de productores familiares en el área periurbana de La Plata véase Attademo, Waisman, Rispoli y Lucero (2013); sobre la organización social de la producción y de los mercados de trabajo de las zonas productivas del cinturón hortícola de la Ciudad de Buenos Aires véase Benencia (2005)

⁶¹ Para un análisis del retroceso del número de productores y hectáreas del cinturón verde de ciudad de Córdoba ver: Giobellina y Quinteros (2015); para un análisis de la estructura actual del área periurbana de ciudad de Córdoba y la pérdida de los cinturones verdes relacionada con la urbanización y agriculturización véase Barchuk, Suez, y Locati (2017).

⁶² Siembra en bandejas con cavidades pequeñas para que el primer desarrollo de la planta sea en condiciones controladas.

⁶³ El programa “Pro Huerta” es una política pública que inició en 1990, que actualmente, se enmarca en el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria. Es coordinado por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Consiste en la entrega sin costo de un combo de semillas de estación para la temporada otoño-invierno y primavera-verano, para una huerta de 152 metros cuadrados aproximadamente. En sus orígenes el programa fue creado para que familias en situación de pobreza garanticen su autoconsumo. Aunque aquí no se profundizará, resulta de interés que en los últimos años algunos estudios (Bengoa 2003; Paz 2008; Ramos Berrondo 2013) han señalado que, mientras en la primera etapa de la “Revolución Verde” las familias rurales eran un sujeto a modernizar e integrar, en la actual, intensificada la dependencia con la industria biotecnológica y la gran escala productiva, quienes no logran insertarse en producción convencional y son desplazados pasaron a ser caracterizados como “pobres rurales” por las políticas públicas y destinatarios de programas paliativos como el que encarna el Pro Huerta en Argentina.

desarrolló: sea por la tierra, exposición al sol, las otras plantas e insectos a su alrededor. Observando, también, corroboran la validez de recomendaciones que llegan de otras personas horticultoras o de los manuales. Por ejemplo, afirma Leandro que han constatado que la albahaca y el tomate, “se llevan muy bien entre sí”. Refiere a una relación recíproca entre las plantas, cada una toma algo de la otra y generan así un sistema de beneficio mutuo –que en las ciencias biológicas denominan “simbiosis”, sobre lo que profundizaremos en el siguiente apartado–. Una mañana, mientras sembrábamos canteros para los cultivos de otoño, Leandro nos explicó a dos voluntarios y a mí que algunas plantas “se dañan entre sí”. Nos contó que “los zapallos, sandías, pepinos por tener un tallo con pelitos, al tomate lo honguea si está cerca”. Y agregó: “Pero no hay reglas exactas, hay que ser muy contemplativo”.

Cuando vieron por primera vez que algunos árboles frutales que plantaron cerca de la huerta circular, aún muy pequeños y soportados por palos guías, generaron que algunos pájaros se acerquen y reposen, lo comentaban entusiasmados. Leandro explicó que “los pájaros son muy importantes porque activan el ciclo de vida”. Esto es que defecan y abonan el suelo, con eso atraen insectos y microorganismos, que a su vez atraen a otros insectos y así podríamos continuar. Reflexionaba en voz alta, sin disimular su alegría, como quien estaba develando algo: “¡Con tan poco logramos que vengan!”.

Estos conocimientos que emergen y se constituyen en el hacer, remiten a aquello que Tim Ingold (2015:42) denominó los “procesos de involucramiento de las personas con su medio”. Este ejercicio contemplativo requiere una convivencia, que se puede entender mejor si recuperamos lo que en antropología entendemos por observación –siguiendo a Ingold– como “una actividad ambientalmente situada”. Observar no es una mera expectación, más bien es una forma de producir verdad inmanente al mundo.

Esta relación de las plantas entre sí y el ambiente nos permite dar un paso más para entender el lugar determinante del vínculo multiespecie en la agro-eco-lógica de Pueblo Mampa. Ante una sequía, granizo, el “buen” o “mal” desarrollo de una planta, las personas que integran Pueblo Mampa –así como quienes conforman las ecogranjas de la Red Abya Yala y muchas de las personas socializadas en la vida rural– expresan sus puntos de vista sobre las causas posibles y estas remiten generalmente a la intencionalidad de seres que solemos calificar como entidades sin agencia: microorganismos, especies vegetales, insectos, el “estado” de la tierra, el clima. Es decir, reconocen la relacionalidad y agencia inmanente de cada quien en el ambiente que cohabitan. En las huertas de verano de Pueblo Mampa, las plantas de melisa y albahaca suelen cumplir la función de alimento para las hormigas y otros insectos. En una ocasión que apareció una gran cantidad de isocas –un tipo de gusano– en las plantas de zapallito verde, fueron

retiradas a mano y se cosechó lo que estaba en condiciones. En los siguientes días, Leandro observó cómo se comportaban sin volver a intervenir. Al ver que no avanzaban sobre otras especies decidió dejar que se comieran esas plantas.

Hacer agroecología en Pueblo Mampa implica aceptar que algunas plantas serán alimento de otras especies. Y considerarlo, permite resguardar que otras sí puedan ser cosechadas porque hay que *dar* para *recibir* y saber esperar para cosechar.



Ilustración 28 Casa de barro y trabajo en la huerta principal. Archivo Propio

II.III.II. El trabajo reproductivo y la dinámica de la abundancia

Hacer agricultura y vivir en el campo requiere coordinar actividades que en las ciudades suelen estar resueltas como servicios del Estado o de privados, como es el aprovisionamiento del agua —que en la aldea es a través de un molino de viento—, la disposición de los residuos —que aquí son incorporados como abono o reutilizados— y el suministro de energía —que dentro de la aldea solo se utiliza la combustión de maderas y en casos especiales una cocina a gas—. En este marco, toman mayor peso actividades del ámbito doméstico que en las urbes las clases medias y altas suelen resolver comprando o contratando —parcial o totalmente— servicios y/o recursos para su resolución como es la preparación de alimentos, la limpieza, el cuidado de personas, entre otras.

Como vimos, los estudios sobre campesinado y *farmers* señalaron tempranamente que, en estas unidades de producción, la esfera productiva y reproductiva se pisan. Por otro lado, el peso e importancia del trabajo en la esfera doméstica ha sido observado tempranamente por autoras del feminismo marxista. Si entendemos que en las sociedades actuales el trabajo gratuito de la mujer en los cuidados y servicios domésticos está añadido a la producción general, pero invisibilizado al no ser monetizado ni remunerado (Delphy 1985:13-15), podemos preguntarnos qué sucede cuando las esferas de la producción y reproducción se insertan en un ámbito de resolución colectivo. En Pueblo Mampa, no hay monetización individual por la labor de sus

integrantes ni tampoco una clase propietaria que demande el trabajo. Los ingresos monetarios del proyecto –por la venta de los alimentos de la huerta, los granos o los procesados– entran a un fondo común y se utilizan para los gastos productivos del proyecto –herramientas de trabajo, insumos, combustible para el transporte– y reproductivos del colectivo y de cada quién. Aunque esos ingresos se obtienen a partir de la venta de los alimentos, en la distribución de las tareas diarias están presentes explícitamente tanto aquellas del ámbito productivo como el reproductivo y se vuelve evidente su condición de no solo necesarias, sino imprescindibles. Un saber pragmático plasmado en la pizarra que lista tareas a resolver cada día para el sustento colectivo, revisadas diariamente durante el desayuno, y que pone en igualdad las concernientes a la producción como aquellas del ámbito doméstico.

En Pueblo Mampa las actividades domésticas reposan la mayoría de las veces sobre el trabajo de las mujeres. Pero, aquí me interesa resaltar –antes que entre quiénes se distribuyen, – que cobran visibilidad y valorización las tareas de la esfera reproductiva, al evidenciarse su cuantía y primacía. A su vez conecta esta experiencia con un rasgo histórico de la reproducción de las familias rurales: una importante capacidad de autosuficiencia que les habilita una menor dependencia del mercado –al menos en términos relativos–. A continuación, vamos a detenernos en elementos que complementan lo anterior y permiten comprender que la dinámica de la “abundancia disponible” en Pueblo Mampa no está despegada de la capacidad re-creativa de la esfera doméstica.

En general, coordinando la preparación de los alimentos para autoconsumo o venta solemos encontrar en el corazón de la aldea a Marianela, integrante de Pueblo Mampa desde los inicios del proyecto y, además, la pareja de Leandro. Mari aborda con mucha pericia las producciones mamperas de conservas dulces y saladas, panificados y los platos del menú diario de la aldea o aquellos destinados a los bolsones de productos agroecológicos, porque al terminar sus estudios en una escuela secundaria de Villa María se trasladó a la ciudad de Córdoba a cursar la carrera de chef. Aunque, a posterior, debió investigar y experimentar mucho, porque no son los alimentos más usuales en las dietas convencionales aquellos que son ofrecidos en Pueblo Mampa. Tampoco los de ella en aquellos años de vida citadina en una de las ciudades más grandes de Argentina. No obstante, cuando Mari volvió a radicarse en Villa María para que su primer hijo naciera allí, volvió siendo *hippie*. Vendía panes en la orilla del río y coordinaba “círculos de mujeres” para sanar vínculos y empezó a hacer huerta junto a un grupo de amigos y amigas, que derivó en la conformación de Pueblo Mampa.

Cuando tras la lluvia de granizo, en diciembre de 2016, no pudieron cosechar el trigo, necesitaron explorar otras alternativas para generar ingresos y alimentos. Las algarrobas

cobraron una relevancia cada vez más importante. Conocido como “taku” en lengua camiare o “tako” en quechua, es un árbol nativo de esta ecorregión del espinal que llega hasta el sur de Paraguay y Bolivia atravesando el norte de Argentina.

“Lo estamos conociendo”, “estamos investigando su fruto”, suele contar Mari cada vez que convida café de algarroba en las ferias de comercialización que realizan en el campo. Cada año las cosechas son más grandes y el último verano fue de media tonelada. Con la chaucha hacen varios productos, algunos que comercializan y otros que son para autoconsumo. Por ejemplo, entre estos últimos está la “añapa”, una bebida a base de la chaucha fermentada. Cuando se prolonga el tiempo de estacionamiento se obtiene otra bebida alcohólica llamada “aloja”. Ambas son consideradas ancestrales, consumidas por los y las habitantes precolombinos de estas tierras. Además, obtienen dos cosas a partir de tostarla y molerla: harina que utilizan para panificados dulces como ser budines, galletas, o tortas; y un torrado, también conocido como café, por el color oscuro de su infusión.

Estos conocimientos sobre las formas de consumirlo en las provincias del norte de Argentina se encuentran aún cimentadas en las prácticas culinarias de algunas familias, tanto para autoconsumo –como es la “aloja”– o en productos destinados a la venta para turistas –como es el “patay”–. Pero en la provincia de Córdoba no tuvo continuidad, al menos como práctica visible. Recién en los últimos años se tornó un producto ofrecido en las ferias *hippies* o “agroecológicas” de las serranías de la provincia.

Para recolectar las chauchas viajan a localidades cercanas que, previamente averiguan, estén sus árboles dando frutos. En los pueblos más pequeños aún hay ejemplares a la vera de la ruta, en las plazas, veredas y hogares. Algo que es más difícil en las ciudades grandes y medianas, como Córdoba Capital y Villa María, donde fueron reemplazados por otras especies que el diseño urbanístico consideró “mejores”. En las primeras cosechas les sorprendía encontrar las vainas en tanta cantidad. Pero en ocasiones, también, las encontraban recolectadas y arrojadas con la basura porque para los habitantes de muchas de esas localidades no representan algo comestible. O, en el mejor de los casos, es comida para los animales. Por eso, suele insistir Mari que “es un alimento que no se reconoce a pesar de estar disponible y en abundancia”.

El día que Mari me invitó a degustar un arrope de algarroba, al probarlo me invadió un sabor concentrado, dulce al principio, pero con un dejo amargo. Cuando le pregunté quién le había enseñado a hacerlo, me miró y cerró los ojos con una sonrisa. Entendí que no había alguien que habiéndolo hecho antes le haya compartido la receta. Me dijo: “Es investigar y probar, con lo que alguien te contó, lo que una abuela se acordó”.



Ilustración 29 Panificados en harina de algarroba. Cosecha de vainas de algarroba. Archivo Propio.

En Pueblo Mampa detectan que hay un traspaso de información que se perdió con la algarroba, así como con el cultivo de la tierra o la capacidad medicinal de muchas plantas. El procedimiento artesanal con el que arman un rompecabezas de datos, teje un conocimiento sobre cómo trabajar esos materiales en las constantes conversaciones con las personas que visitan el campo, las que se cruzan en las ferias, las que conocen en las cosechas de algarrobas, lo que leen en libros o ven en videos en internet. Lo cual pasan por el tamiz de la experiencia, la puesta en práctica, que es en última instancia la forma que encuentran para validarlos.

Aquel día que me convidó un poco de arropé, la olla estaba en el fuego hacía tres días, espesando su contenido con el calor de la leña. Mari se había quedado en silencio, pensativa, hasta que levantó la mirada y me dijo: “Nosotros tenemos que poder decirle a la gente, ‘miren que con este alimento que ustedes tiran podemos hacer estas delicias: budines, galletas, infusiones, arropé’”. Observó el contenido de la olla y agregó: “La algarroba nos enseña a reeducarnos”. En ese momento pensé que se refería a la alimentación. Pero, el vínculo con los alimentos que me señalaba Mari no se reducía a una simple alternancia de dieta o técnicas para producir. A continuación, se refirió a la importancia de relacionarse con el alimento “como medicina”, algo que yo había escuchado antes en la aldea. Esta relación que establecen resiste a una concepción de salud que, a través de la industria farmacéutica, promueve la constante medicalización de las personas desde una lógica equivalente a la implementada por la agricultura industrial al recetar biocidas para matar plagas –volveremos al respecto–. Mari me dijo: “Es una medicina que viene de un árbol que hace muchísimos años está en la tierra. Y cada árbol tiene una raíz muy larga, profunda –y con sus manos dibujaba una línea imaginaria– que nos trae esa sabiduría del centro de la tierra. La pone a disposición para alimentarnos”.

Si hasta entonces yo entendía que, para quienes integran Pueblo Mampa, la producción y control sobre los propios alimentos posibilita las condiciones para un cuerpo saludable; aquel día, Mari me permitió comprender que no se reduce a un reemplazo de un alimento por otro

que es “mejor”. Un tipo de decisión que podríamos enmarcar en el plano de la argumentación de las ideas y los cálculos. Esto lo pude comprender a partir del trabajo del antropólogo brasileiro Eduardo Viveiro de Castro (2013:286) cuando trae a colación que en la perspectiva indígena amazónica “no son las ideas las que cambian, es el cuerpo”. Mientras nuestra tradición occidental nos lleva a imaginar “el cambio cultural o social como un proceso espiritual, mental, una conversión, porque nuestro modelo de cambio es la conversión religiosa”; en la perspectiva amazónica sucede al revés. Afirma el autor que “el indio deja de ser indio cuando comienza a comer la comida del blanco, a tener relaciones sexuales con los blancos, a usar la ropa del blanco. Cambian cuando comienzan a comportarse como blancos”. El perspectivismo amazónico nos habilita a entender que, quienes integran Pueblo Mampa, más que cambiar su alimentación, se transforman a sí mismos a través de experimentar con sus cuerpos, la producción y el consumo de sus alimentos, la construcción de sus viviendas, involucrándose con los materiales y el ambiente.

En contraste, la abundancia a la que refieren en Pueblo Mampa pone en discusión cómo y cuánto hay que producir y trabajar. Si en el paradigma agroindustrial para “luchar contra el hambre” hay que producir más; en la perspectiva de Pueblo Mampa “hay que aprovechar lo que está disponible”. Algunos datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO 2011) nos permitirán complejizar este análisis: cada año se pierde un tercio de los alimentos producidos, casi la mitad del desperdicio ocurre en regiones industrializadas que descartan comida en condiciones de ser consumida.

La “abundancia que está disponible” opera como una gramática a la hora de organizar las actividades productivas y reproductivas, que se articula en la agro-eco-lógica de las personas que integran Pueblo Mampa, con el principio de *dar* para regenerar los ecosistemas (como sucedió con el trigo que quedó para la tierra o las plantas de zapallitos, melisa y albahaca que fueron alimento de insectos). *Tomar* a partir de la abundancia disponible en Pueblo Mampa se distancia de la mera “extracción de recursos naturales” porque precisa contemplar el derecho de las otras especies, así como aprender a esperar para cosechar.

Optar por vivir donde cultivan sus alimentos, construir una aldea ecológica en tierras que no les pertenecen como propiedad privada, vestirse con ropa de donaciones –que algunas incluso llegan con sus etiquetas que evidencian que nunca fueron usadas–, requiere numerosos quiebres subjetivos sobre los estándares de vida “exitosos”. Sus protagonistas, aunque con trayectorias de vida disímiles, cuentan con ciertos capitales sociales, culturales, familiares o económicos, que les permitan posicionarse con relativo éxito en el haz de vidas posibles dentro de la lógica

hegemónica. Pero, invierten en una estrategia heterodoxa de lo que consideran la mejor forma de vivir y cambiar el mundo.

II.IV. Diseñar la agroecología entre la herencia chacarera y las ciencias agrarias

“El otro día encontré una lombriz”, me contó Mabel, ingeniera agrónoma y productora de Sol y Luna, con un entusiasmo que desbordaba alegría. Hacía medio año que había iniciado mis visitas a los campos de la zona y sabía que para mis interlocutores la tierra que se cultiva muestra su “buen estado” cuando tiene “muchacha vida”. Es decir, cuando está habitada en la superficie y adentro, no sólo con pasturas y plantas sino, también, por muchos microorganismos, insectos, hongos y cualquier otra especie. Por ello, podía entender la alegría de Mabel, pero me faltaba algo más para ponderar el anuncio. Aquella lombriz fue la primera que encontró en las tierras que cultivaban agroecológicamente desde hacía tres ciclos.

Mabel junto a su pareja Mauricio son dos jóvenes profesionales que se iniciaron en la agroecología en el año 2015, tras dejar atrás experiencias laborales haciendo principalmente soja transgénica. Sol y Luna nació como un proyecto para experimentar otra forma de producción agropecuaria que, sin estar planificado, les conectó con los saberes chacareros entre los que crecieron en su niñez y adolescencia, con sus familias siempre dedicadas a la actividad rural, tanto como asalariados rurales, así como productores directos. Actualmente alquilan 15 hectáreas donde producen granos sin gluten (trigo sarraceno, lentejas, arvejas, mijo, maíz, entre otros) y en esas pocas hectáreas pudieron experimentar con más diversidad de cultivos que en sus más de 10 años en la convencional.

Además, desde febrero de 2017, abrieron un local propio, ubicado en la ciudad de Villa María, que atienden dos veces por semana al público en general. Allí comercializan los productos de la Ecogranja Sol y Luna, los de la Red Abya Yala, y los de otras y otros productores agroecológicos del país de alimentos que no se realizan en la región (por ejemplo: yerba mate, aceites y vinos, entre otros). La apertura del local comercial, además, se conjugó con la noticia de que Mauricio había quedado desempleado. Aunque él estaba convencido desde el comienzo del proyecto que Mabel impulsaba y trabajaba a la par en su horario extra laboral, había continuado como empleado de la empresa de agricultura convencional porque eso les garantizaba el ingreso monetario fijo y mensual. Desde enero de 2017, Mauricio se avocó plenamente a Sol y Luna, y entrar en la actividad de comercialización de productos agroecológicos lo evaluaron como la mejor opción para dar a conocer sus producciones y generar ingresos regulares porque la actividad agrícola aún no generaba los suficientes para

cubrir sus gastos. Estos no refieren solo a los costos de producción sino, principalmente, a los de inversión en herramientas, maquinarias e implementos.

Como vimos en el apartado II, Germán fue el agrónomo que sembró por primera vez las tierras que hoy conforman Pueblo Mampa, aunque es un integrante fundacional del proyecto, su rol siempre estuvo en torno a las actividades agrícolas —y como vimos en el apartado anterior, hacer agroecología en la aldea implica un montón de otras cosas además de cultivar la tierra—. De ahí que en el otoño de 2017 creó una consultora de asesoramiento agronómico, junto a Fernando, para acompañar a productores que quieran hacer, como suelen explicar: “La transición hacia la agroecología”. Si bien nunca se había dedicado en exclusividad a Pueblo Mampa (porque continuó trabajando como asesor de campos orgánicos certificados), cuando las y los mamperos decidieron vivir en el campo de modo comunitario, Germán mantuvo su vínculo con el proyecto encargándose de los cultivos extensivos y, luego, encontró su lugar en Ubuntu. Fernando fue compañero de Mauricio en la escuela técnica de Villa María, ambos, oriundos de localidades cercanas, migraron para hacer los estudios de nivel medio allí y volvían los fines de semana “al pueblo”, a la casa familiar. Pero, a diferencia de Germán y Mabel, que estudiaron Agronomía en Villa María, Fernando migró a la capital provincial a formarse en la Universidad Nacional de Córdoba. Una vez graduado regresó en busca de trabajo y lo más redituable fue emplearse en una agronomía. Es decir, en un local comercial de insumos para el agro donde su actividad principal fue la venta de agroquímicos. En paralelo, entre el año 2015 y 2016 estudió Agroecología en el posgrado de la Universidad Nacional de La Matanza, buscando alternativas para salir de la actividad que desarrollaba.

Al igual que para Mabel, Germán y Mauricio, dejar la agricultura convencional no resultó una decisión ni fácil ni rápida. Fernando renunció a su trabajo cuando terminó el posgrado y conformó con Germán la consultora, la cual aún no representa una fuente de ingresos estable, por lo cual, consiguió trabajo como docente en una escuela agrotécnica. Para ninguno fue una opción “salir” de la agricultura convencional sin evaluar alternativas.

Elvito y Alicia nos mostraron que debieron, al igual que las actividades tampera y manisera de la economía regional, reconfigurar sus actividades y con ello sus vidas para permanecer en el mundo rural ante el auge de la sojización. Para los y las voluntarias que pasan por Pueblo Mampa, así como para la mayoría de sus integrantes, viajar como mochileros o con un destino “abierto” fue la forma para salir del modo de vida que buscaban cambiar, la agroecología los y las encontró “en el camino”. Mabel, Mauricio, Germán y Fernando son oriundos de pequeñas localidades de la zona, de tradición agropecuaria y de familias de generaciones trabajando “en

el campo”. Más que viajar para “descubrir” nuevos lugares, volvieron a un territorio “familiar”, aunque extraño tras sus experiencias recientes.

A partir del año 2017, comenzaron a trabajar de manera colaborativa los lotes de agricultura de Sol y Luna y Pueblo Mampa: definir cuáles, diseñarlos, compartir las herramientas de trabajo, conseguir semillas, hacer insumos biológicos, preparar la tierra, sembrar, cosechar, acopiar. Después de la lluvia con granizo, los y las mamperas decidieron enfocarse en la actividad hortícola –es decir, los cultivos intensivos en superficies reducidas– y dejar en manos de Sol y Luna y Ubuntu los agrícolas o “extensivos” que demandan el manejo de maquinaria pesada y criterios agronómicos específicos para el cultivo de superficies más grandes, en el marco de una división de tareas. Entre la superficie de Pueblo Mampa y Sol y Luna, durante 2017 y 2018, Mauricio, que es quién maneja la maquinaria, sembró 37 hectáreas agroecológicas. Permítanme a continuación recuperar dos dimensiones de esta experiencia con las que profundizaremos la comprensión del quehacer agroecológico.



Ilustración 30 Mabel entre las plantas de trigo sarraceno en flor (fuente: Sol y Luna). Harinas de la molienda de Sol y Luna, de izquierda a derecha: trigo sarraceno, arroz, garbanzo, algarroba, soja y maíz (archivo propio)

II.IV.I. Estrategias regresivas. La tradición de mover la tierra

Cuando recorrí por primera vez los lotes de Sol y Luna, en marzo del año 2017, Mabel recordó su experiencia anterior como agrónoma de la empresa agropecuaria en la cual producían, principalmente, soja transgénica. Buscaba explicarme el deterioro del estado de la tierra del campo que alquilan –que también se destinó durante los años anteriores a ese tipo de cultivos–. Recordó que en aquella empresa hicieron dos análisis del suelo donde medían la cantidad de fósforo que, como me explicó Mabel, es uno de los nutrientes principales. En el primer estudio, encontraron que la tierra “contenía 60 partes por millón de fósforo, que es muchísimo”. Después de 15 años, que coincide con el momento en que ella renunció, estaba en 12 partes por millón. Su sentencia fue tajante: “Dicen que piensan en el suelo. Y no piensan nada. Es todo extractivo.

Todo se suplanta químicamente”. Mabel, aquel día, me hablaba de un tipo de agricultura que *extrae* nutrientes de la tierra, que *toma* su fertilidad sistemáticamente para obtener cosechas que utilizan cientos de miles de hectáreas y litros de agroquímicos.

Al iniciar este apartado, recuperamos el día que Mabel encontró la primera lombriz. Eso fue en un sector del campo donde están ubicadas las primeras cinco hectáreas que hubieran empezado a alquilar, que trabajaban “con movimientos de suelo” desde hacía tres ciclos, intercalando sarraceno, arveja y maíz criollo, sin ningún aditivo, ni químico ni biológico. Aseguraba Mabel que era “notable la diferencia” en el estado de la tierra respecto a los otros lotes que habían incorporado a posterior (las otras 10 hectáreas). A continuación, vamos a precisar algunos elementos que permitirán explorar analíticamente aquella transformación.

El día que Mabel encontró la lombriz era singular por otro motivo. Estaba mostrándole a una estudiante de Agronomía la diferencia en el suelo de distintos sectores del campo. La joven estudiante se había contactado con Mabel luego de leer una entrevista que le realizaron en el diario local, en la que contó lo que hacían en Sol y Luna. Alentada porque la agroecología no es tema del currículo de la formación profesional, la joven le pidió hacer su práctica profesional con ella. Mabel estaba muy entusiasmada y, como siempre, explicaba con paciencia.

Aquel día, Mabel clavó la pala en la tierra en dos lugares. Por un lado, mostró el suelo manejado agroecológicamente y, por otro, las nuevas hectáreas que habían empezado a alquilar a la Estancia Yucat que hasta unos meses antes habían estado cultivadas de soja transgénica. Mientras que en aquellas primeras hectáreas la pala entró con facilidad en la tierra, estaba blanda, con textura y un color más oscuro. En el otro sector que, además, se cultivaba con Siembra Directa (SD) —es decir, siembra sin movimiento de suelo—, Mabel recordaba: “No había forma de clavar la pala a pesar de que aún había una humedad bastante buena en el suelo”. El contraste se evidenciaba, también, en el rendimiento de los cultivos. En aquel lote que Mabel mostró primero a la estudiante, las plantas se desarrollaban con mejores condiciones porque sus raíces requerían un menor esfuerzo para penetrar la tierra.

Aquella “mejora del suelo”, que refería Mabel, fue lograda con un manejo tradicional de laboreo —movimiento de suelo— y el aporte de materia orgánica de los propios cultivos para cosecha y otros que denominan “de cobertura”. Estas últimas son siembras que hacen con el objeto de nutrir el suelo y sin intención de cosechar. Incluso las combinaciones de cultivos se orientan según qué aportes de nutrientes quedan en la tierra. Por ejemplo, en una ocasión sembraron trébol rojo (*Trifolium pratense* L.) porque “fija nitrógeno” o también vicia (*Vicia villosa*) para aportar “estructura al suelo”.

En el primer punto vimos algunas características que para mis interlocutores configuran el mundo chacarero, una de ellas es la labranza de la tierra. Se recuperó, entre otras cosas, que Elvito es chacarero para sus vecinos y vecinas porque está “acostumbrado a mover el suelo”. Invirtiendo la afirmación podemos decir que no utiliza la SD, que fue el método promovido desde fines de los 80 y que es uno de los marcadores de las transformaciones en el agro pampeano de la "Revolución Verde". Mover el suelo implica pasar en la tierra el arado o una rastra previamente a sembrar, una de las labores históricas y características de la agricultura. Constituye un corte en el suelo e invertir total o parcialmente los primeros centímetros de tierra para que quede más blanda, se airee y mezcle. De este modo, se arrancan las plantas espontáneas que quedan incorporadas al suelo como abono verde. Es un proceso lento que –si los tiempos climáticos y del calendario de siembra lo permiten– requiere repetir el procedimiento varias veces con algunos días de diferencia entre sí para que, siguiendo a mis interlocutores, se creen mejores condiciones para que “la vida trabaje”. En otras palabras, que se active la microbiología del suelo. Luego de este proceso, que tradicionalmente fue hecho a tracción a sangre por animales y después con tractores, la tierra queda lista para sembrar.

Mabel, para el caso de la Red Abya Yala, es la única que dirigió durante más de 10 años cultivos convencionales. Si es una constante entre quienes hacen agroecología que contrasten lo que hacen con aquella otra forma de producir, para Mabel implica desandar una relación con “el campo” que su práctica en la empresa estructuró. Pero, esa relación no inició allí porque incluso su tesis para graduarse de ingeniera agrónoma versó sobre la SD y sus bondades.

La SD se difundió bajo el argumento de que era un método superador para evitar la pérdida de humedad por la erosión del suelo que causa la labranza. Los primeros ensayos se hicieron durante la década del 60 en Estados Unidos y casi en continuidad se introdujo en Brasil. A mediados de los años 70, los “pioneros” de Argentina hicieron las primeras experimentaciones. Esto, nos permite traer a colación un rasgo de la lógica chacarera que, recurrentemente, marca la literatura de los estudios sociales agrarios: su predisposición a la incorporación de innovaciones tecnológicas. Recordemos, a partir del trabajo de Archetti y Stölen (1975:222) que “el trabajo en la chacra, la pasión por la agricultura y el sentimiento de que su producción es fuente de ocupación y progreso en la zona” constituyen un *leitmotiv* del mundo chacarero. Estos “pioneros” crearon una institución de referencia, que no litiga intereses gremiales como la Federación Agraria o la Sociedad Rural, sino que se presenta como de referencia “técnica”. Es la Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (Aapresid) creada en 1989⁶⁴.

⁶⁴ Los “pioneros” afirman que fundaron Aapresid ante “el vacío de la acción estatal” (Clarín Rural 2014). Esto contrasta con algunos hechos como, por ejemplo, que la SD de soja de segunda sobre trigo fue introducida en el país por técnicos de la

Este método de siembra es una pieza clave para entender las transformaciones tecno y socioproductivas de la “Revolución Verde” porque para aplicar la SD sin “correr riesgos” por no remover la vegetación o rastrojos previos (que pudieran competir o afectar negativamente el cultivo), aplicar herbicidas para “matar todo” fue la condición de garantía. En la actualidad, la maquinaria para SD siembra y dosifica fertilizante al mismo tiempo a través de un corte vertical de pocos centímetros. Previamente el suelo es pulverizado con biocidas –conocido como barbecho químico– para matar y secar la vegetación que allí está radicada.

Lo paradójico es que la SD fue difundida como ecológica porque permite que la tierra no pierda humedad –un problema que genera mover el suelo–, pero resultó altamente nociva porque se desarrolló de la mano de agroquímicos (Pengue 2005b). De hecho, en posteriores siembras mis interlocutores ensayaron cultivos con SD, por supuesto, sin utilizar biocidas.

Ahora bien, cabe preguntarnos: ¿por qué al iniciar los primeros cultivos agroecológicos de Sol y Luna, lo primero que hicieron Mabel y Mauricio para poder sembrar fue apelar a aquella práctica de “mover la tierra” y abandonaron la SD? El antropólogo H. Ratier (2003) en su trabajo con chacareros de la provincia de Buenos Aires pone en evidencia que no es un fenómeno aislado el recurso a prácticas que anteriormente habían sido abandonadas. Siguiendo al antropólogo esto “puede leerse como el regreso deliberado al patrimonio social de las poblaciones afectadas por la globalización, en un intento de mantener su forma de vida y luchar contra su extinción”. La decisión de Mabel y Mauricio de “mover la tierra” para empezar a hacer agroecología en las tierras de Sol y Luna hace justicia con lo que Ratier (Op. Cit:236) propone comprender como “estrategias regresivas”. Entendidas literalmente como “lo que hace retroceder”, pero no como atraso o vuelta atrás, sino como recurso táctico, temporario y defensivo. La agro-eco-lógica que ponen en marcha en Sol y Luna y Ubuntu combina estrategias regresivas con otras propias de la improvisación o la creatividad, que les permite producir y reproducir agroecología pampeana.

Estación Experimental Agronómica Marcos Juárez, Córdoba, en 1976 (Gargano y Souza 2013:133) y que dicha institución convocó a “la primera reunión de cultivos sin labranza” en 1977 (Alapin 2009:10). Al respecto, la socióloga H. Alapin afirma que “la colaboración entre estos actores fue intensa” y que ni Aapresid, los grupos CREA o el INTA por sí solos podían encarar la tarea de introducir y difundir la SD en el país.

II.IV.II. La lombriz. Encontrar especies compañeras para coproducir alimentos

Al igual que en el punto anterior, vamos a seguir la lombriz que encontró Mabel y las decisiones y acciones que fueron encausando. Cuando empezaron a producir agroecológicamente en Sol y Luna, así como junto a Ubuntu, decidieron diseñar sus cultivos de forma tal de contemplar la interacción entre distintas especies. Por eso, subdividieron los lotes de agricultura en parcelas de una hectárea y dejaron un espacio que las rodea para que sean “corredores biológicos”. Este consiste en un área linder a cada lado de la parcela cultivada de un tamaño de dos metros de ancho y 90 de largo⁶⁵. Es decir, siembran una hectárea y alrededor dejan un espacio que no se cultiva y su fin es que se desarrolle y asiente vegetación espontánea e insectos (aquellos que en la agricultura convencional son consideradas “plagas” que deben eliminarse). Allí, empezaron a plantar árboles y especies con flores y nectarios, las cuales no forman parte de la siembra y quedan ahí para fomentar el “autocontrol entre las especies”. Es decir, se observa una acción deliberada que contempla un lugar para que puedan habitar otras especies.



Ilustración 31 Recorrido por los campos y análisis del desarrollo de los cultivos. De izquierda a derecha: Mabel (Sol y Luna), Germán (Ubuntu), Mauricio (Sol y Luna), Fernando (Ubuntu) y Leandro (Pueblo Mampa). A la derecha: dos lotes separados por el “corredor biológico”, que se observa en el centro de la imagen.

El énfasis de mis interlocutores en la necesidad de que la tierra vuelva a estar habitada por variedad y cantidad de especies y entidades (con la no utilización de químicos, el diseño de una agricultura de diversidad de cultivos, la creación de corredores biológicos), entiende que la interdependencia entre especies es condición necesaria para la producción de alimentos.

El trabajo de la antropóloga estadounidense Anne Tsing (2015:182) nos permite comprender otras dimensiones de aquella primera lombriz en las tierras que cultivan. A partir del hecho de que ciertos hongos son compañeros vitalicios de algunos árboles, recupera el concepto de “simbiosis”, que refiere a la “convivencia interespecies mutuamente benéfica”. Tsing nos

⁶⁵ La relación del cordón biológico con la parcela surge de cálculos a partir del conocimiento de las ciencias biológicas que define que los insectos caminadores se mueven 25 metros y los voladores 50.

propone que la simbiosis es un fenómeno más habitual de lo que creemos, que hace al compañerismo entre especies, como el caso de algunas orquídeas que no germinan sin la asistencia de hongos. Relaciones que podemos encontrar también en la “flora intestinal” de animales mamíferos (humanos incluidos) que refiere al conjunto de bacterias que viven en el intestino y garantizan su funcionamiento.

La perspectiva de quienes llevan adelante Sol y Luna, atravesada por sus trayectorias en familias chacareras y su profesionalización en las ciencias agropecuarias, permite recuperar otra dimensión de su agro-eco-lógica. Aquellas cadenas de dar y tomar a lo largo del tiempo –que analizamos a través de la experiencia de Pueblo Mampa– se pueden entender mejor en los términos de la filósofa y bióloga Donna Haraway (2016:101) como hacer florecer ricos “arreglos” o “ensambles” multispecies (*multispeciesassemblages*) en tanto acciones deliberadas que contemplan como activos interactuantes de un sistema de vida a las especies y entidades que habitan el mundo rural. Con sus decisiones y prácticas exploran alternativas para obtener sus alimentos, a la par de poder cohabitar el mundo con otras especies.

Contemplar zonas como “corredores biológicos” en el diseño de sus siembras busca garantizar un lugar a las otras especies que no son parte del cultivo en cuestión. Esperar a las lombrices y celebrar su aparición, registrar y aprender de las relaciones que se establecen entre las plantas sembradas y las que nacen espontáneamente o sobre cómo actúan los insectos, les reubica en un plano distinto respecto al intento de control y dominación que está implícito en la lógica de la agricultura convencional, heredera de la racionalidad instrumental. Quienes hacen agroecología en los alrededores del río Ctalamochita optaron por un camino que busca la “armonía” –siguiendo sus palabras– en el vínculo con las especies que cohabitan el ambiente. Asumen sus prácticas agrícolas reconociendo que las plantas que cultivan son entidades sintientes y activas interlocutoras de un sistema ecológico, de un “sistema de vida” donde la interdependencia se vive immanente a la rutina cotidiana. Pero esa interdependencia no es vista como opresiva, sino necesaria y posibilitadora de la obtención de cosechas.

Siguiendo el pensamiento de T. Ingold sobre los ambientes de la vida, podemos analizar lo que se produce en los campos agroecológicos. Las y los agricultores no parten de una sistemática represión de las facultades de acción autónoma de las otras especies y entidades en la producción de sus alimentos para autoconsumo y comercializar. Aunque sus acciones están guiadas por la expectativa de poder cosechar (y la agricultura es un tipo de intervención), mis interlocutores asumen que eso depende de cómo las relaciones entre especies y entidades se desenvuelven. Aquí el principio organizador es que cualquier intento de limitar la autonomía de las otras especies es potencialmente contraproducente. Comprendemos mejor la relación de

mis interlocutores con las plantas, el ambiente y otros seres no humanos, antes que sobre la base de la dominación, siguiendo el argumento de Ingold (1990:8), sobre la construcción de vínculos de “confianza” entre las entidades que cohabitan el mundo; lo que “implica aceptación del otro del cual uno depende”. Así, propongo entender se realiza una coproducción de alimentos que, en este caso, es equiparable a la coproducción de (las condiciones para) la vida.

Sobre este núcleo de la perspectiva agroecológica que reconoce la autonomía de las otras especies, así como las tramas de dependencia mutua, cabe preguntarnos: ¿Cómo entienden que es posible producir alimentos sin imponer su voluntad de cosechar por sobre las otras especies? ¿Presupone inhabilitar cualquier intento de evitar que otras especies se apropien de lo que sería –si se cosecha– el alimento para humanos? ¿No les deja en una posición de fragilidad el desamparo de certezas respecto a la cosecha de los alimentos?

La respuesta –seguramente provisoria– a estos interrogantes la resumió Fernando en la conversación con una productora agropecuaria que les visita asiduamente interesada en empezar a hacer agroecología. Aquella tarde él le explicó: “Si logramos producir imitando lo más posible la naturaleza podemos generar equilibrios biológicos, equilibrios naturales”.

Inspirándonos nuevamente en el trabajo de Ingold, este hacer agroecológico se entiende mejor si atendemos a que no vivimos en un ambiente de materiales sino de “materia en movimiento” (*matter in flux*). La imagen que mejor representa el mundo que habitamos no es la de un museo gigante o una gran tienda sino la de una gran cocina. Explica el antropólogo que allí “las sustancias se mezclan en diversas combinaciones, generando nuevos materiales en el proceso (...). Frente a las tendencias anárquicas de sus materiales, el/la cocinero/a de hecho ha tenido que luchar para conservar cierta apariencia de control sobre lo que está pasando” (Ingold 2010:8). En esta línea, podemos pensar que mis interlocutores mezclan ingredientes y dejan que los materiales se expresen, sin certeza sobre el resultado, sí con intuiciones, conocimientos y expectativas de cosechar. Orientan y acompañan, pero dejan que las otras entidades “hagan su parte” en una co-producción de alimentos.

Tratemos de acercarnos un poco más con otra situación etnográfica. En Sol y Luna durante el ciclo de otoño-invierno de 2017, el cultivo de trigo sarraceno creció a la par de gran cantidad de “chamico” (*Datura*). Esta crece espontáneamente y es considerada una “maleza” en la producción convencional. Pero, en lugar de competir y asfixiar el desarrollo del sarraceno, más bien lo acompañó y generó un efecto alelopático –un fenómeno de inhibición directa de una especie por otra – para otras especies que sí podrían haberlo afectado.

Algo equivalente sucedió en un cultivo de trigo y centeno en las tierras de Pueblo Mampa en el mismo periodo. Fernando llegó al corazón de la aldea y le preguntó a Leandro si había

pasado en los últimos días por “el bajo”, donde estaban las siembras en cuestión, y le dijo: “Hace unos días era un tapiz de nabo”, mientras sacaba su teléfono celular para mostrar una foto. Se refería a una planta que crece de manera espontánea y la novedad era que ese día ya no estaban. Se reía y decía asombrado: “Es impresionante la limpieza que pegaron las hormigas”. Leandro escuchaba con atención y recordaba como tratando de encontrar una regularidad: “El año pasado había muchísimo nabo, estaba todo cubierto de un amarillo medio rosado”.

Fernando volvía a reafirmar su teoría de que no hay que intervenir en las interacciones entre las especies, menos aún sin conocerlas en profundidad: “No sabemos un montón de cosas que suceden. Si aplicábamos químicos nos perdíamos que las hormigas se lleven el nabo”. Esta “ignorancia” habla de una producción de verdad immanente, Fernando —como el resto de quienes hacen agricultura en los campos de los alrededores del río Ctlamochita— se sitúa en su experiencia previa: “Es algo que nunca le presté atención porque nunca había estado en un campo de trigo en el que haya otra cosa más que trigo”.

Hacen agroecología con un explícito carácter experimental que se rearma entre los saberes de sus experiencias en la tradicional y chacarera, la convencional que confrontan, lo que estudian e investigan de otros y otras que están en las mismas búsquedas y lo que aprenden de la confrontación directa con los materiales. Aquí podría sintetizar que un primer criterio que ponen en juego en esta eco-lógica consiste en propiciar reencuentros multiespecies y un segundo criterio es diseñar los cultivos imitando a la naturaleza —que implica, entre otras cosas, biodiversidad en lugar de monocultivo—. Esto conlleva a una mayor autonomía de las otras especies y entidades no humanas y requiere la construcción de lazos de confianza con estas —en términos de aceptación del otro del cual uno depende—. Un tercer criterio que se desprende del análisis es una declaración de ignorancia: mis interlocutores asumen que desconocen más que aquello que conocen sobre el funcionamiento de los ecosistemas, de lo que se genera a partir de las relaciones interespecies, de cómo operan, se arman y recrean las tramas que se tejen en estos arreglos. Por ello, prefieren dejar que actúen y soltar la pretensión de control. Aprenden de la observación directa, de la implicación con los materiales y fuerzas del ambiente, que les permite construir confianza y (re)hacerse en esos conocimientos.

Mabel y Mauricio de Sol y Luna, así como Germán y Fernando de Ubuntu, confían en sus conocimientos de las ciencias agronómicas que, en buena medida, sistematizaron en sus experiencias de profesionalización a través de espacios de formación institucionales o laborales. Por ello, no pierden la oportunidad de aclarar que no se trata de tan solo “volver a lo que se hacía antes”, no intentan un regreso lineal al pasado. Más bien, parten de ese “patrimonio” de prácticas y conocimientos tradicionales que les permite desplegar las estrategias, tácticas, que

describe Ratier —que como vimos también con la experiencia de Elvito—, sientan la posibilidad de la propia existencia. Con sus decisiones y prácticas exploran alternativas para obtener alimentos y habitar el mundo con otras especies.

III. RAMA NEGRA. LAS “SUPERMALEZAS” QUE RESISTEN A LA AGRICULTURA CONVENCIONAL

A 10 meses de iniciado mi trabajo de campo, recorrí las últimas hectáreas que incorporaron a su manejo Pueblo Mampa y Sol y Luna con una productora agropecuaria que visita asiduamente los establecimientos porque le gustaría producir de otro modo.

Al llegar a los lotes, la productora quedó sorprendida. O, para ser más precisa, perturbada por lo que veía. Yo que los había recorrido en distintos momentos no lograba hacerme una idea clara de qué era lo que mostraban a mis interlocutores. Era noviembre de 2017, el sol y el calor fuerte ya quemaban y secaban, y en ese sector la tierra se mostraba bien desnuda. De manera desordenada se podía percibir una gran cantidad de plantas de una especie que empecé a reconocer en ese momento, la “rama negra” (*Conyza bonariensis*). No había nada más que esta planta, una de las “malezas” que se hicieron resistentes al glifosato y otros químicos. El asombro de esa productora, casi un estupor, señalaba que esta planta condensaba el resultado de años de agricultura convencional e indicaba que algo estaba mal. Tiempo después aprendí que algunos productores y periodistas las llaman “supermalezas”.

En los lotes que Pueblo Mampa utiliza para agricultura hay un “gran banco de semillas”, bajo tierra, de rama negra y sorgo de alepo (*Shorgum halepensis*), que permite que rebroten cada año y sean las plantas dominantes en la época del verano —que se combinan con otras como “la quinoa silvestre”, “el yuyo colorado”, “el chamico”, “verdolaga”, entre otras—. Por ello, en Pueblo Mampa deciden hacer, principalmente, cultivos de invierno —trigo, avena, centeno, arvejas— porque la vegetación espontánea de verano no les permite cosechar. En las tierras de Sol y Luna también rebrotan estas plantas, no obstante, con menor intensidad.

Luego del recorrido con la productora, nos encontramos con Fernando y Germán. Ella, sabiendo que manejaban un lenguaje común, no tardó en mencionar la invasión de rama negra. Fernando, entrenado en las explicaciones que contrastan lo que ellos hacen con la agricultura convencional, le afirmó: “En los últimos 20 años han seleccionado rama negra con una capacidad fantástica de adaptación”. Era una broma, una ironía propia del humor cordobés, con la cual él desnudaba que la “selección” era evidencia de la paradoja fundamental de esta forma de agricultura. Es un modo de producción dependiente, en escalada, del suministro de biocidas: la selección es química. Lo que es equivalente a productores agropecuarios en dependencia con

las empresas de biotecnología, como ya observamos en este trabajo. Eso Fernando lo conoce en detalle porque durante años se dedicó a la venta de esos insumos y sabe que para mantener los rendimientos de los cultivos es necesario aumentar constantemente las dosis.

El agroquímico con el principio activo del glifosato acapara más del 60 % de lo que es vertido en los campos de Argentina y el cultivo de soja es su principal destino. Lo que mis interlocutores relatan del aumento constante de las dosis de agroquímicos que se aplican en la agricultura convencional, coincide con los datos publicados por el Observatorio Socioambiental de la Soja (OSAS 2015:29-30), que estima que en Argentina en el periodo 2012-2013 se utilizaron en promedio 12 kilos de glifosato por hectárea y en muchos casos “potenciados” con otros herbicidas como graminicidas u hormonales, que contrasta con los tres kilos por hectárea de la campaña del periodo 1996-1997. El rendimiento de la cosecha, en promedio para el país, no muestra un aumento equivalente, al contrario, llega a un punto en los últimos años en que se vuelve decreciente en términos relativos.

La convencionalización de esta forma de producir en el agro argentino, como vimos en el capítulo anterior, derivó en una relación con los productos químicos cotidiana y, en algunos casos, íntima para quienes trabajan y viven en las tierras agrícolas o bordes de los pueblos y ciudades. Mabel reconoce cuándo están usando el principio activo “del glifosato genérico, que es más fuerte” porque su nariz se irrita como si le quemara. En Argentina, se comercializan más de 410 productos alternativos al glifosato RoundUp de Monsanto, a partir de que en el año 2000 dicha empresa perdió la exclusividad. Estos son de menor costo y, en algunos casos, fraccionados en las agronomías locales.

Una tarde en medio de una cosecha de trigo sarraceno de verano, Mabel me contó por qué ella afirmaba que “todo es químico” en la agricultura convencional: “Aplicás químico antes de sembrar para matar las malezas, cuando estás sembrando se aplica la semilla con fertilizante para que el rendimiento sea mayor, aunque algunos eso no lo hacen por los costos. Luego, se hacen las fumigaciones durante el cultivo, que es principalmente de herbicidas, pero puede ir también con un insecticida o fungicida. Luego, para secar la planta y cosechar también tiran químico. Eso es para acelerar un secado homogéneo y poder cosechar antes”. Después de este proceso de cultivo y cosecha con químicos, los granos pasan a representar su peso en dólares. En función de la necesidad de liquidez del productor o la empresa se decide vender o esperar. Hasta que esto sucede hay una distancia temporal, a veces de más de un año. Por eso, Mabel continuaba su explicación afirmando: “¿Sabes qué hacen? Como en la silobolsa o en los silos,

el grano genera olor porque se fermenta siempre un poco, le tiran nafta o Poet⁶⁶ para sacarle el olor del estacionado. Así y todo, nos seguían diciendo que no hacía nada... Y en los últimos años yo empecé a dudar y, al último, ya no aguantaba, no podía estar haciendo eso yo. Pensaba en mis sobrinos y me decía, ¿eso tienen que comer? ¡Estos no son alimentos!”.

Sin embargo, no es sencillo “dudar” desde adentro de la agricultura industrial. Aquella tarde, Mabel me contó, además, que cuando había intentado conversar sobre el tema con otros colegas, sus inquietudes eran minimizadas o ridiculizadas. Por eso, esos “últimos años”, antes de renunciar a la empresa, fueron tres años de incertidumbre y contradicciones, en los que había empezado a desconfiar de la “inocuidad” de los agroquímicos.

Reconstruir las etapas en las que los químicos son utilizados durante todo el proceso de cultivo, acopio y comercialización nos permite comprender mejor la dependencia con las empresas proveedoras de estos insumos, así como la magnitud de su aplicación. Además, aporta claridad para entender, por ejemplo, que dos camioneros fallecieron a causa de la inhalación de tóxicos mientras esperaban a despachar granos en la zona portuaria del Gran Rosario y un número no declarado de trabajadores de ese rubro intoxicados en los últimos años (Página 12 2010). Más aún, las decenas de denuncias públicas y/o judicializadas de personas que viven en barrios y/o pueblos fumigados que experimentaron diversas manifestaciones en su salud, desde afecciones respiratorias, epidérmicas o digestivas hasta leucemia y distintos tipos de cáncer (Carrizo y Berger 2013; Rulli 2009; Tomasoni 2012; Verzeñassi 2014, entre otros).

Volvamos ahora a las “malezas”, o vegetación espontánea, y cómo se proponen relacionarse con estas las y los agricultores. Una conversación entre Germán y Fernando durante un recorrido por los lotes que estaban recientemente sembrados en agosto de 2017, nos va a permitir indagar otros elementos. En dicha charla, Germán recuperó un conocimiento que construyó en sus experiencias y contactos entre campos de cultivo convencional y los agroecológicos. Afirmó que los alambrados de los campos que fueron fumigados sistemáticamente, en la actualidad, se encuentran invadidos de especies resistentes a los químicos (rama negra, yuyo colorado, sorgo de alepo, entre otras). En cambio, identificaba que alrededor de los alambrados donde no se aplicaban agroquímicos no brota esa sobrepoblación, mantienen un “equilibrio natural” y nacen especies nativas como espinillos, talas, duraznillo...

Publicaciones recientes sobre el comportamiento de las especies sometidas a los agroquímicos dieron a conocer que ya se conocen 21 especies de plantas silvestres resistentes

⁶⁶Marca comercial de un producto químico de limpieza para el hogar.

al glifosato –según el último informe de la Red de Manejo de Plagas (REM) de Aapresid (2019)– en comparación a las cinco que había en 2004 (Greenpeace 2016).

Cabe aquí recordar que el principal argumento para el uso de biocidas en la agricultura es su capacidad de control de “plagas” que aseguraría mejores rendimientos. La comparación de la vegetación alrededor de los alambrados nos permite seguir comprendiendo aquella materia en movimiento a la que refiere Ingold. La rama negra, el yuyo colorado o el sorgo de alepo se están fugando de la homogeneidad y el orden milimétrico que pretende la agricultura convencional, o de los laboratorios de la industria biotecnológica; “descargándose siempre a través de las superficies que se forman temporalmente a su alrededor” (Ingold 2010:8).

IV. RESISTIR PARA EXISTIR

Las perspectivas sobre los conflictos ontológicos (Almeida 2003), política ontológica (Blaser 2009) o diferencia ontológica (de la Cadena 2009) han inspirado la mirada sobre las relaciones sociomateriales e interespecies que se presentan en los campos agroecológicos, abonando a un análisis que vaya más allá de un relativismo de distintos “sentidos” o “interpretaciones” asignados a un ya dado estrato “natural” (Viveiros de Castro 2010, 2013).

No obstante, pensar en ontologías enfrentadas resulta inicialmente forzado para lo que acontece en estos territorios pampeanos, tempranamente occidentalizados, en contacto con los mercados internacionales y predispuestos a la incorporación de innovaciones. Como se desprende de los datos etnográficos, no se considera que hay una alteridad ontológica radical entre quienes producen agroecológicamente y quienes lo hacen desde la agricultura industrial, como identifican los mencionados estudios con poblaciones indígenas amazónicas y andinas⁶⁷.

Más bien se entiende que en *proceso* y en *situación* mis interlocutores se hacen y se des-hacen en las relaciones con los materiales y la vinculación interespecies que se produce al optar por la agricultura (o granja) industrial o la agroecología. Se afectan por estas experiencias de modo tal que no solo producen conocimientos o cambian de “técnicas”, se transforman a sí mismos y producen sus mundos en estas imbricadas relaciones.

⁶⁷ Si bien este trabajo comparte una mirada analítica muy cercana a la propuesta de la investigación doctoral de Iturralde (2020), en este punto hay una distancia. La autora, que analiza la transición hacia la agroecología de productores afectados por el área de exclusión de fumigaciones en Trenque Lauquen (provincia de Buenos Aires), sí considera que es un cambio ontológico en la relación con la naturaleza el que experimentan las personas que ella acompañó. Entiendo que esto podría ser así para la agroecología como paradigma científico, como sub-rama de la agronomía o incluso transdisciplinaria, en tanto efectivamente promueve una revisión de presupuestos ontológicos y epistemológicos. Por su parte, la antropóloga G. Schiavoni plantea que es factible pensar a la agroecología como “nuevo analogismo” en los términos que lo define Descola en tanto “el valor antes acordado a la interioridad humana se dispersaría en una gama más amplia de seres, aunque manteniendo en este caso la vigencia del método científico fundado sobre la universalidad de las leyes de la materia” (2020:180).

Ahora bien, que entienda que no hay una discontinuidad ontológica no quiere decir que en otros planos no haya diferencias radicales. Esto lo pude comprender mejor luego de leer el artículo periodístico que se cita a continuación, que consigue capturar la lógica depredatoria de la agricultura industrial. Por ello, entendiendo que lo que está en juego entre la lógica que promueven los agronegocios y las agroecologías, es la existencia de (sus) mundos para quienes están involucrados:

Todos los años, agrónomos, investigadores y empresarios agrícolas encaran una batalla contra un conjunto cada vez más extenso y agresivo de malezas tolerantes y resistentes a diferentes principios activos. Lo que está en juego no es poca cosa: la principal fuente de divisas genuinas con las que cuenta la economía argentina. La buena noticia es que en toda la extensión del territorio productivo argentino los encargados de hacerle frente al problema están cada vez mejor organizados (Valor Soja 2018).

La lógica que opera la agricultura convencional podemos hacerla inteligible a partir de lo que A. Tsing sintetiza en términos de que el “excepcionalísimo humano nos ciega”. La antropóloga argumenta que la ciencia heredó de las grandes religiones monoteístas la narrativa sobre la superioridad humana: “Esas historias alimentan presupuestos sobre la autonomía humana y levantan cuestiones relacionadas al control” (2015:184, traducción propia). Siguiendo a Tsing, es posible trazar una línea divisoria en el pensamiento moderno hegemónico que deja de un lado a lo humano y del otro a lo salvaje; como un compromiso ideológico con la superioridad humana y así “las especies domésticas son condenadas a la prisión perpetua y la homogenización genética” (Ibíd.).

Como vimos, las corporaciones que dominan el mercado de insumos biotecnológicos fomentan que intensificando las dosis la rentabilidad “para todos” ganará la guerra a las “supermalezas”. En contraste, los y las agroecólogos intentan remediar ese vínculo interespecies dañado y entienden que la dependencia opresiva la encarnan quienes ocupan las posiciones dominantes en los agronegocios (las empresas de biotecnología, las megaempresas productoras que acaparan tierras y los *brokers* que comercializan en el exterior). Es decir, aquellos que mueven los hilos en la cadena de interdependencias del agronegocio global, que son, en definitiva, quienes ponen en riesgo las posibilidades de recreación de la vida para todas las especies –o al menos ya las condicionan–.

A pesar de esa tendencia, nunca el control humano es total, como vimos a través de las “supermalezas” que se multiplican en las tierras pampeanas. En realidad, la interdependencia

entre especies es un hecho que supera la voluntad individual o humana. Así, estas experiencias agroecológicas nos permiten comprender que resistir es una precondition para existir.

V. AGROECOLOGÍAS PAMPEANAS EN PLURAL

Cuando inicié mi trabajo de campo, llegué primero a Pueblo Mampa, porque un estudioso y militante de la soberanía alimentaria me aseguró: “Tenés que conocerlo”. Este establecimiento parecía ser un excelente “modelo” de agroecología y podría haber agotado allí mi exploración. No obstante, la perspectiva relacional y procesual sobre la que se apoya este trabajo me incentivó a seguir los hilos de sus relaciones y eso me puso en contacto con las otras diversas experiencias agroecológicas de la zona, todas cercanas entre sí. Más aún, este enfoque me instó a no analizar los pequeños campos ecológicos asilados de lo que les rodeaba: inmensos monocultivos.

La experiencia etnográfica nos permitió comprender que no solo los establecimientos vecinos hacían soja, sino también algunos de mis interlocutores de la agroecología habían incursionado previamente. La agro-eco-lógica se construye relacionalmente con la distancia que entablan con sus experiencias (directas o mediadas) con la agricultura industrial, lo que recuperan del patrimonio cultural chacarero, lo que aprenden de distintas expresiones del conocimiento ecologista, así como de sus interacciones directas con las especies y materiales.

A lo largo de este capítulo, se intentó mostrar cómo, aunque constreñidas por condiciones estructurales que tendían a expulsarles de la vida y trabajo en el campo, en los alrededores del río Ctalamochita hacer agroecología es también una manera de existir en el mundo agropampeano cordobés. Observamos aquí que Elvito, así como Alicia y su exmarido, incluso con sus distintas posiciones de clase, coexistían en el mundo chacarero. Para continuar habitando las tierras pampeanas debieron, al igual que las economías regionales, reconfigurar sus actividades y con ello sus vidas. Mientras que para la mayoría de los chacareros la disyuntiva se planteaba entre incorporarse en la agricultura convencional o “dejar todo e ir a la ciudad”, Elvito y Alicia, no sin miedos y frustraciones, decidieron quedarse por su gusto por la vida rural. A ellos, producir de un modo *tradicional* y *regenerar* un campo orgánico, les permitió existir en la hegemonía de la agricultura convencional.

A partir de las experiencias de Pueblo Mampa, Sol y Luna y Ubuntu pudimos comprender cómo operan agro-eco-lógicas que suponen un vínculo entre especies que reconoce la interrelacionalidad y la agencia inmanente de cada quien en esa relación. En definitiva, no aplicar venenos cuando plantas, insectos, hongos se presentan en los cultivos, apunta a respetar la autonomía de las otras especies y confiar en la malla que se teje entre las entidades vivas,

incluso cuando hay “pérdidas” (como el caso del trigo, entre muchos otros). De este modo, pueden coproducir alimentos, así como vida y trabajo rural. Tiempo después de escritas estas primeras reflexiones, encontré una rica coincidencia con el trabajo de J. D. van der Ploeg (2016:73) que comprende, inspirado en la perspectiva chayanoviana, es un rasgo de la producción campesina la co-producción entre agricultor y naturaleza. De hecho, da un paso más: entiende que existe una *co-evolución* entre granja/ambiente y la familia productora, una dimensión que es observable en particular en estas experiencias agroecológicas.

Pero no es lo único que producen. Observamos una mayor visibilidad y protagonismo de las mujeres y de su trabajo, tanto productivo como reproductivo (dimensión analizada en detalle en la investigación de Kunin 2019)⁶⁸. También, comprendimos que es una condición necesaria, para estas experiencias que abonan la soberanía alimentaria, la reapropiación de saberes y habilidades técnicas (dimensión señalada también en Iturralde 2020).

Otro aspecto que se destaca es que es condición de posibilidad de estas experiencias distintos tipos de “ayudas” o “apoyos”: les cedan tierras o se las arrienden más barato, heredan o negocian para quedarse en el campo; les presten maquinarias o les vendan “baratos” algunos viejos implementos en desuso; del compromiso de consumidores de la ciudad que compran sus productos, de las semillas del INTA, entre otras. Por lo tanto, podemos ver un contraste aquí: en la producción convencional la tendencia se mueve en dirección a que las tramas de dependencia sean con empresas que comercializan agroinsumos o compran los granos/leche, en cadenas cada vez más largas y ajenas al control de mis interlocutores. A diferencia, en la agroecología la dependencia persiste, pero las cadenas son más próximas, tienen capacidad de intervenir y en particular hacen jugar otros criterios más allá de lo mercantil, como la solidaridad, el afecto o la justicia –volveremos al respecto en el próximo capítulo–.

Por otro lado, el análisis aquí presentado está en gran medida en deuda con la perspectiva del antropólogo inglés Tim Ingold que nos permitió comprender que debíamos extender la trama de relaciones que se etnografiaba cuando entendimos que habitamos, más que un mundo de “objetos”, un mundo de “cosas” que están “vivas” (Ingold 2015:42). Un año después de iniciado mi trabajo de campo, al volver sobre mis registros comprendí que las relaciones multiespecies en los campos agroecológicos eran vividas como relaciones reales (y hasta cruciales) entre distintas entidades immanentes al mundo. Incluso existen situaciones en las

⁶⁸ La investigación doctoral de Kunin (2019) analiza desde los estudios de géneros distintos espacios de participación de mujeres en un pueblo sojero de la provincia de Buenos Aires. La autora estudia mecanismos que habilitan la visibilidad de mujeres en contextos conservadores y argumenta que afianzarse desde el rol asignado de “cuidadoras” les permite ganar capacidad de agencia. Entre los espacios que observa, se encuentra la producción hortícola agroecológica, en este caso, sería un tipo de cuidado de la salud y el ambiente. Mi investigación en GSM verifica una notable visibilidad de cuerpos feminizados en la producción agroecológica respecto a lo predominante en la actividad agropecuaria y amerita próximas indagaciones.

cuales los vínculos con plantas, fenómenos climáticos y otras especies dejan entrever la centralidad de estas relaciones en sus vidas. Esto entiendo que es un rasgo histórico de las actividades y vida en el medio rural (incluso la chacarera) que la agricultura industrial y la racionalidad instrumental intenta desconocer⁶⁹.

Finalmente, estas prácticas agroecológicas que hacen “florecer” aquellos productivos “arreglos multiespecie”, pueden leerse también como la “creación de refugios”, reponiendo la noción de Donna Haraway (2016). Me refiero a aquellos espacios para la reconstitución –parcial y compleja– de diversos grupos de especies, en un planeta dañado, en el marco de la actual crisis ecológica y civilizatoria. Acciones que expanden la capacidad de crear alternativas, en la incertidumbre, para “vivir y morir bien”.

Este capítulo plasma situadamente que la agroecología constituye uno de los caminos posibles del mundo rural que, además, se bifurca en variadas formas de producir alimentos sanos y de ponderar el gusto por la vida rural.

En “pocas hectáreas” –desde los criterios de la agroindustria– mis interlocutores experimentan con una gran diversidad de especies de cultivos, animales y entidades que habitan el medio rural. En los campos agroecológicos ponen en juego una lógica específica de co-producir alimentos en las relaciones multiespecie, desde tramas de confianza e interdependencia entre humanos y no-humanos.

Las lombrices, hormigas, rama negra, cultivos con y sin gluten, su procesamiento, así como la venta directa a consumidores de la zona, nos permitieron ver en movimiento una trama de interdependencias recíprocas. Y nos llevaron a reparar en que si bien el dualismo moderno naturaleza-cultura plantea que la libertad se construye en oposición a la naturaleza; aquí se produce en tramas de confianza en los ambientes que habitan. Aprenden de la observación, de la implicación con los materiales y fuerzas del ambiente, que les permite (re)hacerse en esos conocimientos. La agroecología es un camino que habilita existencias diversas en la ruralidad.

⁶⁹ De hecho, cabe mencionar que G. Schiavoni (2020) historiza un compañerismo entre especies de largo aliento entre los colonos asentados en la provincia de Misiones, que hizo posible que las siguientes generaciones den cuerpo a formas de producir agroecológicas que combinan saberes expertos con aquellos conocimientos fruto de la convivencia en el monte.

CONSIDERACIONES FINALES. UNA TRAMA DE INTERDEPENDENCIAS Y OBLIGACIONES MORALES RECÍPROCAS

“Entre productores nos entendemos”, me dijo JB para explicarme que él nunca había tenido problemas para fumigar en la zona hasta que algunos empresarios de la ciudad compraron un campo con fines turísticos en los alrededores al río Ctalamochita.

JB me presentó una clave explicativa para tornar inteligible la dinámica de las relaciones entre distintos actores de esta figuración social. Esta comprensión mutua nos habla de cierto consenso y legitimidad, pero también de la dinámica de dependencias y obligaciones recíprocas que se producen y ponen en movimiento, la cual puede entenderse desde la apropiación que el antropólogo D. Fassin (2009, 2012) hace del concepto thompsoniano de economía moral. En otras palabras, a modo de cierre de este trabajo, propongo recuperar distintas dimensiones de análisis que observamos en los capítulos precedentes a través de una clave de lectura centrada en las interdependencias y las obligaciones recíprocas que, entiendo, permite iluminar mejor el tipo de convivencias y relaciones de poder que hacen a esta trama socioproductiva.

El avance de formas de producir capital intensivas y de mayor escala constituye la base del agronegocio como lógica de acumulación que coloniza los territorios rurales. Como hemos visto a lo largo de este trabajo, ha sido caracterizada como un proceso de reprimarización de la orientación de la economía nacional, que algunos autores denominan extractivismo (Giarraca 2017; Gudynas 2009; Machado y Zibechi 2016; Svampa 2013) para referir a la expansión de megaproyectos tendientes al control, extracción y exportación de bienes naturales con poco o ningún procesamiento en distintas regiones del Sur Global.

Esto no es una novedad para los países latinoamericanos que se insertaron al mundo moderno-colonial con un papel predominante de dadores de materias primas, tal como señala el investigador G. Galafassi (2016:50). No obstante, marcar el carácter extractivista no pretende desconocer el pasado de la región, sino que apunta a reponer rasgos específicos de su modalidad, es decir, la sobre-explotación de recursos naturales como eje del actual patrón de acumulación. En sintonía, resulta clarificador lo que propone N. Giarraca (2017:1040-1041) que, si bien anticipa que “sería exagerado asimilar estas nuevas actividades extractivas a los modelos de enclave exportadores de la colonia, aislados de la sociedad”, señala la autora que existen dos rasgos que comparten. Por un lado, la generación de abultadas rentas diferenciales

o sobreganancias que son trasladadas a los países donde están radicadas las empresas que realizan las explotaciones y además que, al igual que en el periodo colonial, en la actualidad dichas compañías “adquieren los instrumentos necesarios para constituirse como un Estado dentro del Estado” produciendo un efecto de desterritorialización.

Siguiendo esta clave analítica, cabe preguntar por la especificidad del extractivismo en el agro, a priori con diferencias respecto a otras actividades de gran envergadura como la megaminería o el fracking, donde se registra principalmente (aunque no en exclusiva) al capital extranjero en un control casi absoluto y configuraciones monopolistas de extracción.

Como ya observamos para los territorios de GSM, encontramos a la producción de leche cimentada en trayectorias familiares y encadenada con otras de tipo industrial que deriva en un producto alimenticio de consumo humano. Esto mismo lo observamos en el maní, aunque cada vez más reducida la participación de las familias tradicionales. Pero, también, aunque con sustantivas diferencias, eso se observa en la producción de soja y maíz, que en su mayor proporción tiene un subproceso antes de ser exportada o integrada a otra cadena agroindustrial como insumo. Esto último se concentra en la zona portuaria del Gran Rosario, pero en la segunda década de este siglo el desarrollo de plantas de agrocombustible en la provincia de Córdoba la convirtió, como vimos, en la principal productora de etanol a base de maíz; además de constituir, este grano, un insumo clave de la producción ganadera de leche y carne.

Aquí es necesario distinguir que se trata de producciones primarias con un fuerte anclaje regional que encadena empleo directo rural, agroindustrial, de metalmecánica, a las agronomías locales que comercializan los agroinsumos y a las agencias de venta de maquinarias, a los profesionales asesores y contratistas de servicios. Como vimos, todo esto es aún más intensivo en mano de obra en la producción de maní y leche que en los *commodities* agrícolas.

A este rasgo de la actividad económica que habilita la participación y apropiación de valor en un relativamente amplio espectro de actores, aunque sin duda con profundas desigualdades multiescalares, aquí debemos sumar los dispositivos discursivos que enlazan pasado y presente con una identidad agropecuaria. Expresiones como el “arraigo a las raíces” o la confianza en “el campo” como fuente de riqueza de la Nación, manifiestas de distintos modos por nuestros interlocutores de a pie, así como reforzados por las instituciones locales y sus ritos (actos escolares, celebraciones de aniversario del pueblo, la Fiesta Nacional del maní, la propaganda de las empresas, o el enfoque de los medios masivos de comunicación).

Estos diversos elementos nos permiten plantear una distancia con la caracterización de economía de enclave que el concepto de extractivismo supone y que suele ser ratificado en los análisis respecto a mega emprendimientos como puede ser la minería a cielo abierto (Machado

Aráoz y Rossi 2017). Aun cuando hayamos marcado que la configuración agropecuaria de GSM sigue un patrón concentrador en crecimiento, la expulsión de establecimientos agropecuarios y familias rurales y una menor demanda de mano de obra agraria e industrial respecto a décadas anteriores. Este rasgo también fue señalado por C. Gras y V. Hernández (2015:85), cuando han explicado que no todas las modalidades del agronegocio responden a la lógica de economías de enclave y por ello “logran construir una base social, legitimando así en cierto sector social el modelo agroproductivo”.

Sin duda este rasgo tiene valor explicativo para comprender el conflicto y, por tanto, que no encontremos expresiones amplias y contundentes de rechazo en el agro pampeano que sí es posible encontrar en las resistencias a los proyectos de megaminería (Svampa y Antonelli 2009; Wagner 2016), contra la explotación de hidrocarburos por fractura hidráulica (*fracking*) en las tierras mapuches (Hadad, Palmisano, y Wahren 2021) y, más reciente, la oposición a la cría industrial de salmón en Tierra del Fuego o a la explotación petrolera offshore en mar argentino.

Como ya hemos señalado, las expresiones más visibles de rechazo a las transformaciones agroproductivas ligadas al agronegocio de commodities fueron protagonizadas por organizaciones campesino-indígenas que sufrieron de distintas maneras la expansión de la frontera agrícola –desalojos, desmonte, contaminación– (Barri 2009; Barbetta 2014; Domínguez y de Estrada 2013; Cáceres 2014; Hocsman y Romano 2018; Lapegna 2019, entre otros). Otra parte, por las asambleas de pueblos y barrios fumigados (a fin de mencionar los primeros antecedentes Joensen 2007; Rulli 2009; Carrasco et al. 2012; Tomasoni 2012; Ávila Vázquez y Nota 2011; Carrizo y Berger 2013, entre otros) protagonizado, en general, por personas de actividades no agropecuarias (aunque con menor visibilidad se puede identificar reclamos de apicultores, criadores de animales a corral u horticultores que padecen daños por la deriva de los agrotóxicos). Si bien las expresiones organizativas contra los remates en la región pampeana, en particular a mediados de los años 90 y los primeros del 2000, visibilizaron el proceso concentrador en el marco de la expulsión de numerosas explotaciones agropecuarias (Bidaseca 2000; Giarraca 2001), en general, no pusieron en cuestión el patrón tecnoproductivo que se estaba desplegando .

Siguiendo las ideas planteadas en los párrafos precedentes, este capítulo persigue el objetivo de profundizar la comprensión de la trama de relaciones etnografiada a lo largo de este trabajo con el fin de acercarnos a los rasgos centrales del funcionamiento de este universo social. En lo que sigue vamos a ahondar en cinco ejes de análisis: i) la trama de relaciones como cadenas de inter-dependencias; ii) las modalidades de expresión del conflicto y la contradicción; iii) las formas de enlazar persistencia, adaptación y resistencia, iv) las modalidades de movilizar y

apropiarse de valores hegemónicos para definir sus problemas y, finalmente, v) el proyecto de desarrollo que encarnan algunas expresiones autóctonas del agronegocio y la agroecología.

I. LAS INTERDEPENDENCIAS EN LA FIGURACIÓN SOCIAL

Esta investigación se ha centrado en transformaciones y vinculaciones que hacen (es decir, la constituyen y producen) a la actividad agropecuaria en una pequeña porción territorial de la región pampeana cordobesa. Como fue señalado, el supuesto de que el proceso de sojización había desplazado numerosas familias y economías regionales era un axioma fuerte al iniciar la investigación. Si bien no es inexacto, como se desprende de las páginas precedentes, es insuficiente para comprender la complejidad de las transformaciones en curso que la experiencia etnográfica nos presentó.

Se ha propuesto aquí que estamos ante una doble dinámica: un acelerado proceso de *desplazamiento* de familias rurales de actividades que desarrollaron durante generaciones y también una profunda *reconversión* en las formas de hacer tambo y maní.

Por otro lado, también nos hemos detenido en las *reconversiones* de mis interlocutores de tamberos a agricultores; de productores a minirentistas, de un tambo familiar a empresa; de acopiadores de granos a empresarios de la agroindustrial global; de esposa de un gran productor a pionera en la agroecología; de ingenieros, maquinistas o proveedores de insumos biotecnológicos a agricultores ecológicos; de ciudadanos de vidas convencionales a permacultores, entre otras. No podría haber traducido estos múltiples cambios sin reponer la perspectiva procesual del *transcurrir* en los términos que lo definen las antropólogas Fernández Álvarez, Gaztañaga, y Quirós (2017:287 y 294); es decir, seguir el concurso de acciones, así como de aquello que es importante para mis interlocutores. Tomando prestadas palabras de las autoras, se pudo no tanto “ver las cosas de otra manera” sino más bien “ver cosas” creándose en el hacer cotidiano, ahí donde parecía todo ya dado.

Para ello, fue necesario suspender sobre-codificadores, como propone M. Goldman (2015), como podían ser *agronegocio*, *chacarero*, *economía regional* o *agroecología*, para ponderar las prácticas de las personas que cotidianamente construyen y deconstruyen a estos macroconceptos y, más aún, la manera en que los entrelazan y hacen difusas sus fronteras. O, como afirman Gras y Cáceres (2017:188), prestar atención a las prácticas y estrategias de distintos actores sociales permite observar el modo en que “traducen, declinan y dan anclaje a los factores y tendencias globales”. En otras palabras, se pudo analizar situadamente *formas de hacer* agronegocios, actividades regionales, agroecologías y vidas rurales (o por qué no, recreaciones del modo de vida chacarero).

Se argumentó que las transformaciones de las últimas décadas –que algunos denominan Revolución Biotecnológica– profundizaron el sendero de la industrialización en la agricultura y el tambo, mediante esquemas productivos estandarizados y de mayor escala, agroinsumos controlados por grandes empresas trasnacionales, así como plataformas productivas globales que restringen el campo de acción de quienes pretenden incluirse en las actividades agropecuarias. En otras palabras, quienes persisten en la producción lo hacen inmersos en relaciones de poder que les constriñe aún más si se compara con las dinámicas de articulación durante gran parte del siglo XX.

No obstante, también se señaló que estamos ante un proceso de cambios de largo plazo, en los términos de N. Elias (1987, 1998), que incluso va más allá del proceso generalmente reconocido como “modernizador”, es decir, enmarcado en las políticas desarrollistas en el agro, así como por la difusión a nivel global de las innovaciones de la Revolución Verde (mecanización de las labores agrícolas, incorporación de semillas mejoradas y agroquímicos, el cambio hacia una “mentalidad” empresaria, entre otros). Mucho antes, la colonización agraria que transformó la fisonomía de las tierras pampeanas convirtiéndolas en “productivas”, en el marco del modelo agroexportador, también persiguió el objetivo civilizatorio de la modernización. Agenciado multiescalar y multisituadamente, sin poder ser dirigido por un único individuo o grupo, el *leitmotiv* de la modernización se sembró tempranamente en las tierras pampeanas y se observa su dinámica de lenta maduración y larga duración.

Ahora bien, a aquel sociólogo alemán cabe reconocerle otra inspiración para este trabajo porque aquellas reconversiones de los distintos actores socioproductivos y las formas de desenvolver las actividades agropecuarias, las pudimos observar a partir de situar la trama relacional que componen entre sí. En cada capítulo se ha reconstruido una red dinámica de interdependencias que constituyen lo que este autor denomina *figuración* –también traducido como *composición* o *configuración*–. La propuesta elisiana nos permitió poner foco en los macro y microprocesos simultáneamente, observar cómo operan las dimensiones estructurales sin perder de vista la experiencia y agencia de las personas. Es decir, observar cómo se inscriben y cobran sentido en las vidas de las personas estas dinámicas de largo aliento.

Al respecto, la etnografía contemporánea ha sido profusa en demostrar que restituir la experiencia *vivida* (Peirano 2014; Quirós 2019) aporta riqueza, complejidad y humanidad a aquellos “relatos abstractos sobre ‘reestructuración económica’ y ‘polarización de la riqueza’” (Ortner 2015:130). Desde esta perspectiva, se pudo restituir la dinámica de las transformaciones agropecuarias –o de los complejos agroindustriales– a partir de la reconfiguración del

entramado social que se despliega como procesos de largo plazo, que hacen al curso de la historia en el que se desenvuelve el capitalismo en el agro.

Las relaciones de la trama socioproductiva etnografiadas se inscriben en una figuración en tanto constituyen lazos de dependencia recíproca y cooperación tácita que ligán actores en múltiples direcciones, en el seno asimetrías de poder o “desequilibrios”, en términos de Elias. En otras palabras, permiten observar que cada actor social forma parte de múltiples figuraciones y se constituye en esas relaciones desiguales. Según el recorte que se opere analíticamente se puede observar la cadena de eslabones que unen a un agricultor de pequeña escala como JB con las empresas de golosinas europeas, las empresas de agroinsumos de capitales indios o los compradores de commodities, sea su destino para alimentar animales en Asia, producir harinas de trigo en Brasil o hacer agrocombustibles en Argentina.

Del mismo modo, esta perspectiva permite identificar articulaciones entre actores de distintas actividades. Gran parte de mis interlocutores dedicados al tambo mantenían relaciones con la agricultura de soja o maní porque, a pesar de que dichas actividades les acorralaron en la competencia por el uso de la tierra, asimismo les posibilita resguardarse económico-financieramente: ceden un lote para el cultivo de maní y reciben el doble de superficie para sembrar las reservas forrajeras o hacen “un poco” de soja para tener una moneda de cambio sin fluctuaciones. De este modo, vimos que la intensificación del tambo se asentó sobre el esquema de agricultura industrial para la producción de forraje, por lo tanto, se integra también con esa cadena de dependencias. Incluso, analizamos en el capítulo 1 que tanto el Padre Carlos y su política de fomento a la producción familiar, así como la empresa ABC y su agroindustria regional de maní, se apoyan –aunque de modos distintos– en este modelo de producción de commodities. Así empezamos a identificar un eje transversal y propusimos entender estas múltiples formas de insertarse en la producción de *commodities* en clave de una “obligación de hacer soja” que se modelaba situacionalmente para cada uno de mis interlocutores.

En este capítulo final apuntamos a dar un paso más en el análisis de estas obligaciones: al reconstruir la urdimbre de relaciones que hacen a la trama agroproductiva local, podemos comprender que estas múltiples inter-dependencias hablan, además, de las condiciones de posibilidad de estas distintas actividades y actores. Permiten comprender la producción social y reproducción de las distintas economías agropecuarias de nuestra región de análisis.

Dos aspectos más es importante aquí clarificar. Por un lado, como señalamos en relación al modelo de organización de la producción en “Red”, la dependencia es *mutua* y no unilateral, por tanto, todas las partes trabajan en pos de mantener la relación, a pesar de sus condiciones asimétricas. Por otro lado, estas relaciones que vinculan a las personas y grupos no se limita a

las cadenas de interdependencias que experimentan de manera directa –vínculos interpersonales– y/o consiguen percibir plenamente (Elias 2008:156). Es probable que JB perciba principalmente su relación con ABC y no necesariamente la que le une a las empresas de golosinas europeas. Incluso es probable que nunca se encuentre en una interacción cara a cara con un representante comercial o inversor de estas grandes empresas extranjeras, no obstante, forman parte de esta trama y hemos identificado los efectos de su poder.

Por tanto, si bien hemos dado cuenta de la manera en que se conectan heterogéneos actores en una trama de relaciones, no obstante, esta no deja de ser piramidal ya que concentra la mayor parte de las decisiones y apropiación de valor en un reducido número de empresas. Esto no es otra cosa que la ampliación del papel del capital en la producción agropecuaria, largamente señalado por la literatura especializada (Murmis y Murmis 2012; Azcuy Ameghino y Martínez Dougnac 2014, entre otros). Es decir, la producción tampera familiar, la pequeña agricultura o la oferta de servicios con maquinarias agrícolas por parte de propietarios de las mismas que son también trabajadores directos, son excepcionales para observar en la región pampeana aquellos mecanismos por medio de los cuales el capital, sin la necesidad de tomar el control directo de una unidad productiva e instaurar relaciones asalariadas, igualmente, les subordina.

Esto último, tal como fuera descrito por Elias (1998:185-86), es también parte de las dinámicas de largo aliento de la especialización o división de funciones que modela las interrelaciones de manera “funcionalmente dependiente”. Esto lo hemos observado en particular en el capítulo 4, aunque es una dimensión transversal de las transformaciones en el agro pampeano que reseñamos en cada capítulo. El alto grado de división social del trabajo y una creciente hiper-especialización es un rasgo sistémico del sendero de la industrialización de la producción de commodities, tambo o maní. Tomando prestadas palabras del Elias, podemos pensar que se verifica aquí que en: “Las cadenas de interdependencia se diferencian y se prolongan, lo que hace que resulten, por consiguiente, menos transparentes y susceptibles de control por cada individuo y para cada grupo en particular” (2008:81).

Vimos que las distintas reconversiones socioproductivas de la producción convencional –sea leche, maní o granos commodities– avanzaron en la dirección a un aumento de la dependencia respecto de las grandes empresas proveedoras de agroinsumos, de la maquinaria agropecuaria, de las compradoras de la producción sea la agroindustria o las acopiadoras, así como de los esquemas de financiación que les ofrece cualquiera de las mencionadas. Más aún –y a riesgo de ser redundante–, para quienes se identificaron históricamente con las actividades regionales, incluye la *obligación* del desarrollo de esta agricultura de commodities.

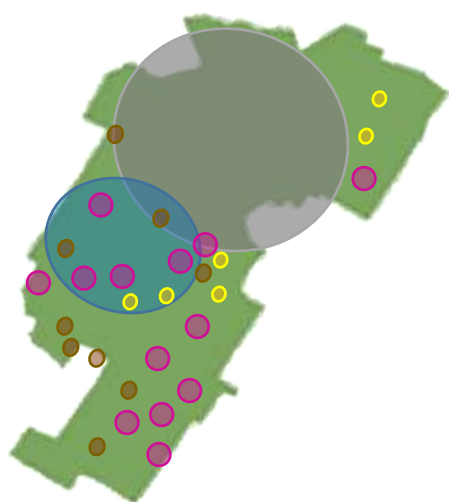
Esta compleja trama de relaciones la hemos identificado también en la agroecología. Como vimos en el capítulo anterior, las tramas de interdependencia no desaparecen en la producción ecológica, sino más bien, se acortan las cadenas, son más transparentes y están más distribuidas las posibilidades de ejercicio de poder y control, por supuesto, solo parcialmente. Algunos comentarios adicionales nos van a permitir comprenderlo mejor.

“Veíamos pasar todas las máquinas por la ruta, pero nadie venía”, me supo contar Mabel el día que recordó que no pudo ser cosechado el primer cultivo de arvejas que hicieron en Sol y Luna porque no consiguieron que ningún contratista fuera al campo a hacerles ese trabajo. Era plena época de cosecha e ir a trillar una hectárea y media no era rentable para quienes ofrecen ese servicio. Por eso entendieron que era imprescindible, para continuar cultivando, contar con sus propias herramientas. Consiguieron una cosechadora marca Vasali del año 1979 que pagaron a precio de chatarra porque estaba camino a la “chacarita” –predio de descarte automotriz que cotiza el valor de la herramienta en función de su peso en kilos–.

Mauricio de Sol y Luna, el más “fierro” entre mis interlocutores de la agroecología, se aboca a adaptar y arreglar, desarmar y rearmar, las herramientas de trabajo –aunque siempre hay alguien en cada establecimiento que se destaca por esa destreza, que es parte del patrimonio cultural chacarero–. Además de arreglar y adaptar la vieja cosechadora para hacerla funcional a los cultivos de Sol y Luna y Pueblo Mampa, Mauricio convirtió tanques de agua en silos de acopio de cosecha; adaptó molinos para alimento de gallinas en unos que les permiten moler sus propias harinas sin gluten; con una batería de auto consiguió bombear agua con energía solar; a partir de una aspiradora de uso doméstico desarrolló un sistema para que la harina circule desde el molino hasta el recipiente donde se acopia; con aceite usado de cocina que obtiene de un restaurant empezó a experimentar para reemplazar el uso de gasoil en las herramientas y maquinarias agrícolas... y así podríamos seguir enumerando. Del mismo modo, Leandro de Pueblo Mampa y Germán y Fernando de Ubuntu desarrollan bioinsumos para los cultivos, en su mayoría, utilizando materiales naturales (plantas, minerales, estiércol de animales herbívoros, residuos de poda o de cocina) que empezaron a aplicar en los últimos años y en determinadas ocasiones, por ejemplo, para ahuyentar insectos –caldo de ortiga– o para abonar la tierra –té de compost–. Además, a partir de 2017 empezaron a armar un “parque de herramientas” de uso compartido de la Red Abya, en su mayoría compradas de segunda mano o prestadas por familiares y/o vecinos que las tenían en desuso, que les permitió contar con los implementos y herramientas necesarias para hacer las labores agropecuarias ellos mismos.

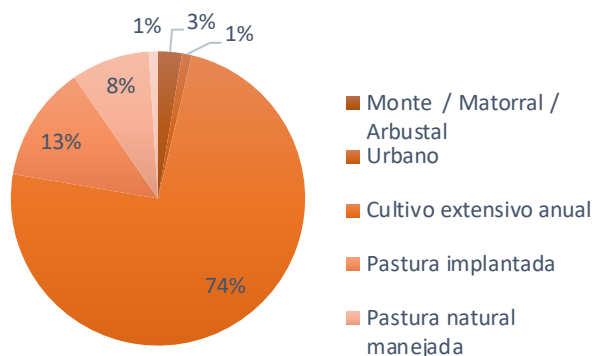
Gráfico 7 Comparación entre casos analizados

ACTORES AGROPRODUCTIVOS



Representación gráfica no a escala ni de geolocalización

USO DEL SUELO EN GSM



Fuente: Elaboración propia sobre datos del Mapa de Cobertura y uso de suelo de la Provincia de Córdoba 2017-2018. Infraestructura de Datos Espaciales de Córdoba (Idecor)

+ empresas proveedoras de biotecnología + grandes comercializadoras y compradoras de escala global

CASOS ANALIZADOS	ESCALA (HA.)	PRODUCCIÓN PRINCIPAL	ACTORES SOCIALES	DESTINO	ENCADENAMIENTOS	RELACIÓN CON IMPERATIVOS DEL AGRONEGOCIO
ABC	+ 40.000 40 % es tierra arrendada 100 % de la labores tercerizadas	Maní, soja, maíz, trigo	Empresa agroindustrial	Exportación	Agroindustria (bajo procesamiento)	Fuerte adopción. Modelación paradigmática
Estancia Yucat	5.000 producción propia 15.000 colonia de arrendatarios	Maní, soja, maíz, trigo, ganadería y tambo bovino, caprino y ovino	Orden religiosa (herencia colonial)	Exportación y Mercado interno	Agroindustria	Fuerte adopción y, a su vez, acciones contrapuestas
Tambos	100 a 700	Leche bovina	Familias agropecuarias capitalizadas	Mercado interno	Agroindustria (productos de consumo masivo)	Adopción en crecimiento
Agroecologías	5 a 15 (en producción)	Trigo, arvejas, lentejas, maíz y soja criolla, hortalizas, huevos	Neorurales e históricas familias agropecuarias	Comercio de cercanía directo	En algunos productos procesamiento propio de harinas y conservas	Rechazo
Otras producciones de pequeña escala	2 a 300	Apicultura, huevos, animales de corral, agricultura de pequeña escala	Familias agropecuarias pluriactivas (en especial ex tamberas)	Acopiadoras, mercado interno y comercio de cercanía	En algunos productos	Adopción funcional a su integración subordinada

+ asesores + empresas contratistas y productores contratistas



Ilustración 32 Mabel y Mauricio (adentro) preparando la cosechadora Vasali modelo 1979 para una jornada de cosecha en Sol y Luna. Archivo Propio

Esa búsqueda de una autonomía relativa pero apoyada en relaciones de ayuda mutua, también se puede observar en las actividades de procesamiento y comercialización de su propia producción que les conecta de manera directa con las y los consumidores que se acercan a las ferias, al campo o al local de Sol y Luna en la ciudad. Por ejemplo, Mabel y Mauricio, con más de una década de trabajo en la agricultura convencional nunca habían entrado en contacto con consumidores —o comensales— o con el procesamiento de la cosecha. Es decir, empezar a comercializar de manera directa los granos sin gluten, o su molienda como harina, les conectó con las personas que se alimentan de sus cosechas, sus motivaciones y necesidades, y así con el ciclo completo de la producción de alimentos.

Asimismo, realizando el reparto de los bolsones agroecológicos de Pueblo Mampa, recibí abrazos y agradecimientos de personas que no conocía y me tomaron por sorpresa. A posterior, pude entender una dimensión específica de estos intercambios de mercado: muchas de las personas que compran sus productos, colaboran con donaciones —de ropa, vajilla, muebles, plantas, libros, dinero—, que siguen y comparten sus publicaciones en redes virtuales, buscan formar parte de los cambios productivos, ecológicos y sociales que la agroecología promueve.

Estas condiciones hacen que la figuración en la que se despliegan las experiencias agroecológicas no elimine las relaciones de interdependencias, porque son también su apoyatura, sino más bien mis interlocutores intentan construir articulaciones que hagan de la producción agropecuaria espacios más soberanos tecnológica, productiva y comercialmente.

Pero, las relaciones de quienes hacen agroecología no solo les conecta con las personas que “adhieren”. Los establecimientos que les rodean hacen commodities, también los hacen

familiares o ex colegas de estudios o trabajo, así como quienes les prestan tierras o maquinarias. Es decir, las relaciones entre agroecología y agronegocio no son unívocamente de oposición entre modelos productivos o clases sociales. Si bien existe dependencia material, y no es menos importante, mis interlocutores están entrelazados también por vínculos afectivos signados por los lazos de parentesco, vecindad y amistad, lo que permite empezar a reponer otras figuraciones de las que forman parte. A esto habría que sumar un inter-reconocimiento de pertenencia local entre quienes cuentan trayectorias rurales. En los alrededores del río Ctalamochita las personas saben muy bien quiénes aún viven y trabajan en el campo, vuelven o llegan para cultivar la tierra. Eso no es un dato menor en un contexto de éxodo rural sostenido. Entiendo que estas condiciones son las que permiten a mis interlocutores, sin contradicción, hacer agroecología y sostener una mirada comprensiva con quienes producen de manera convencional. Esto último nos introduce en el nudo del siguiente apartado.



Ilustración 33 Producciones agroecológicas de los distintos establecimientos en los alrededores al río Ctalamochita. Archivo propio

II. EL CONFLICTO EN LA RELACIÓN AGROECOLOGÍA - AGRONEGOCIO

Como vimos, lejos de ser un episodio aislado, mis interlocutores de la agroecología sostienen una mirada tolerante hacia quienes producen commodities agrícolas. Durante largo tiempo me desconcertaba cómo integrar esa mirada al análisis, en tanto el conflicto es un supuesto fuerte sobre la constitución de lo social, en buena parte de los paradigmas de las ciencias sociales, y en particular en relación aquellos fenómenos que, como la agroecología, plantean diversas formas de resistencia hacia prácticas y modelos socialmente hegemónicos.

Como vimos en el capítulo anterior, entre quienes hacen agroecología, los reclamos se centran en las fumigaciones, pero especialmente refuerzan su crítica (o expresan su desazón)

hacia las y los productores de la zona por su “falta de voluntad” de cambio. Sin embargo, mis interlocutores, hasta el momento, nunca denunciaron una fumigación y no parece estar dentro de sus cálculos hacerlo. Incluso cuando algunos pueden reconocer cuáles son los “líquidos” utilizados durante una pulverización por su olor, como por ejemplo el 2,4D, que está prohibido en determinada época del año en la provincia de Córdoba⁷⁰, así como es factible deducir quiénes probablemente no cuenten con la correspondiente receta fitosanitaria ya que en la zona “todos se conocen”. Además, recordemos que la mayoría de mis interlocutores que hacen agroecologías tienen la capacidad de movilizar capitales sociales y culturales que les hubieran permitido hacer una denuncia formal o diseñar estrategias de confrontación pública.

Al ser explícita la falta de consenso con este modelo agroproductivo, eso podría llevarnos a interpretar que mis interlocutores actúan en base a cálculos sobre posibles represalias. Hay lazos de dependencia material –de distintos grados– y, se entiende aquí que, en determinadas ocasiones tiene valor pragmático no oponerse a quienes ocupan posiciones dominantes en la trama agroproductiva local. Sin embargo, considero que constituye una lectura incompleta reducir la cuestión únicamente a los efectos del poder coercitivo. Ese esquema analítico ilumina una dimensión significativa que refiere a que los actores sociales forman parte y se constituyen en el marco de relaciones estructuralmente asimétricas. No obstante, es insuficiente para comprender cómo es *vivida* la contradicción entre formas de producir y trabajar contrapuestas en un contexto de interconocimiento. Tampoco es capaz de explicar aquellos “conflictos que no siempre se expresan de manera manifiesta”, tal como señala C. Craviotti (2017:179).

Para presentar un prisma alternativo, a continuación, voy a reconstruir una situación etnográfica: una fumigación lindera a una de las escuelas rurales, analizando las acciones y posiciones que suscitó este acontecimiento.

Un día de julio de 2018, la maestra de una de las tres escuelas rurales de la zona en análisis avisó a las familias que suspendía la clase del viernes siguiente porque la empresa ABC le había informado que iba a fumigar un campo atrás del establecimiento educativo –en rigor se trataba de uno de sus contratistas–. Al tomar conocimiento de esto, el padre de uno de los niños, que vive y trabaja en la ciudad, indignado porque la escuela suspendiera un día de clases por la fumigación de campos privados, decidió denunciarlo con la prensa local, la cual lo entrevistó y publicó la noticia en su portal web, ilustrada con la foto de la fachada de la escuela.

⁷⁰ En la provincia de Córdoba está prohibido el uso del herbicida ácido 2,4 D (diclorofenoxiacético) entre el 1 de agosto al 31 de marzo de cada año debido a la gran volatilidad del mismo que ha afectado a otras actividades económicas como las hortalizas, frutales y la vid.

Con el antecedente del primer juicio de Argentina que condenó por contaminación a un productor y a un aeroaplicador por fumigaciones ilegales en Córdoba en el año 2012 y el primer juicio por fumigar una escuela rural en la provincia de Entre Ríos hacía menos de un año, no es de sorprender que fuera inmediata la reacción de la familia ABC. Según fue *vox populi*, uno de sus representantes llamó al intendente de la localidad más cercana y le amenazó con suspender las donaciones que su empresa realizaba a la comuna; el intendente se habría comunicado luego con la inspectora zonal del Ministerio de Educación, y ésta anoticiado a la maestra de la escuela. Aparentemente, no esperaban una explicación por parte de ella, sino más bien que supiera que la familia de la empresa ABC había visto la noticia en el portal digital de noticias. Rápidamente entre padres y madres operó el miedo ante la posibilidad de que “ABC cerrara la escuela”, a pesar de que es provincial, se sustenta con recursos del Estado y el aporte de madres y padres que arreglan desperfectos edilicios, se turnan para preparar la merienda o cortan el césped. No obstante, es constantemente actualizada la importancia crucial del aporte del Padre de la Estancia Yucat y de la empresa ABC para la existencia de las escuelas rurales de la zona. También circuló el comentario de que podrían trasladar a la “seño”, la única maestra del pluricurso, muy apreciada por las familias. Finalmente, ninguna de aquellas situaciones sucedió, tampoco podemos dar precisión sobre “la objetividad” de cada uno de estos datos recolectados, más bien vale aquí reponer la controversia que generó. Solo la fachada de la escuela cambió, a las pocas semanas el frente pasó de tener sus característicos murales a un homogéneo color mostaza y la nota periodística dejó de estar disponible en la web.

A las tres escuelas primarias rurales de esta zona asisten, en mayor proporción, hijos e hijas de asalariados rurales o de productores de establecimientos de pequeña escala. A pesar de que la mayoría de mis interlocutores asistieron a alguno de estos establecimientos educativos, en la actualidad si tienen la posibilidad económica optan porque su hijo/a asista a la escuela del pueblo o de la ciudad cabecera del departamento –con la consecuencia, como vimos en el capítulo 3, de que eso puede implicar que dejen de vivir en el campo—. Con esta información en mente, es más explicable el temor que operó entre la mayoría de las diez familias cuyos hijos e hijas asisten a esta escuela: en general dependen de los empleos que genera la agricultura convencional, sea la manejada por la empresa ABC, el Padre Carlos o de los tambos que, como vimos, cada vez más se asienta en la agricultura industrial. De ahí que algunos hicieron explícito su descontento con quien hizo la denuncia o incluso su incompreensión de por qué lo había hecho. Además, las historias que narraron niños y niñas sobre los mareos o desmayos después de las fumigaciones, ya no quisieron volver a expresarlas.

Entre mis interlocutores que hacen agroecología, Mari y Leandro de Pueblo Mampa son quienes están más en contacto con la escuela por la escolarización de su hijo. Ante este acontecimiento decidieron interiorizarse del amparo legal existente para saber cómo actuar ante otras eventuales situaciones de fumigación. Pero, en particular, se propusieron esperar a que “los ánimos se calmen” y “de a poco” socializar información entre padres y madres.

¿Por qué quienes integran Pueblo Mampa, o cualquiera de mis interlocutores de la agroecología, no intentaron impedir la fumigación con una acción directa de bloqueo o corte de ruta, como suele acontecer en otras latitudes de la provincia de Córdoba? ¿Adolecían mis interlocutores de la agroecología de mayores dosis de “politicidad”? O, al contrario, ¿eran audaces estrategias porque, aunque mantenían una postura crítica no lo expresaban y lo que operaba era el miedo a posibles represalias?, tal como sugiere la clave analítica de J. Scott (2004 y 2014). O, más bien, ¿mis interlocutores no conseguían transgredir la formación sociohistórica interiorizada cotidianamente y su “estructura de sentimientos” (Williams 2009), en lo que terminaba reproduciendo y avalando el orden establecido?

Propongo que, más que optar por una perspectiva o la otra, nos permite ganar mayor capacidad explicativa explorar sus cruces, o como propone Sherry Ortner (2016:77) “rellenar el agujero negro” que dejan los estudios, etnográficamente delgados, de las resistencias y la dominación, revelando las ambivalencias y ambigüedades de las intrincadas redes de articulaciones y desarticulaciones que siempre hay entre quienes ocupan posiciones dominantes y subalternas. En palabras de la autora: “solo es posible apreciar las formas en que la resistencia puede extenderse más allá de la oposición y ser verdaderamente creativa y transformadora, si se valora la multiplicidad de proyectos en los que siempre participan los seres sociales y las múltiples maneras en que esos proyectos se nutren mutuamente y chocan entre sí” (Op. Cit).

A este nudo problemático propongo desagregarlo en dos ejes de análisis en lo que sigue: i) la disposición a eludir la confrontación por parte de quienes hacen agroecología, ii) y el interconocimiento y los compromisos recíprocos como base de una comprensión y tolerancia mutua que propongo explorar en términos de una economía moral local.

(i) Por un lado, entiendo que las experiencias políticas que constituyen proyectos colectivos como Pueblo Mampa o, de alguna manera, la articulación entre establecimientos como Red Abya Yala, convergen con formas y estilos de concebir la transformación social que pone énfasis en la importancia de los pequeños actos, y los modos en que su confluencia puede desencadenar grandes cambios. Además, a diferencia de otras modalidades que las personas se

dan para “cambiar el mundo”, aquí la confrontación directa se escurre, pero no por ello es menos concreto su modo de construir alternativas para alterar el estado de cosas.

Orientadas sus acciones a hacer en el campo, el contrapunto con la agricultura convencional es *producir agroecología y vida comunitaria*. Como expresa Julieta Quirós respecto a las familias criollas en las sierras de Córdoba, esto también es habilitar creativamente posibilidades de “vidas plurales” (Quirós 2021 Ep. 6). Por eso, entiendo que la tensión con la agricultura convencional se sostiene no solo en el *qué* de sus acciones, sino también en el *cómo*: ofrecer alimentos saludables para el consumo directo de la gente de la zona.

En estos términos, podemos analizar estas experiencias a partir de la amplia noción de lo que Jonh Holloway (2002) denomina “cambiar el mundo sin tomar el poder”, expresión con que el autor busca dar cuenta de una gran cantidad de experiencias políticas acontecidas en particular entre finales de la década del 90 y el inicio del siglo XXI, para las cuales la conquista del poder estatal no configura un horizonte normativo ni organizador de sus prácticas y propósitos.

(ii) Por otro lado, como vimos en el capítulo precedente, al indagar la urdimbre de relaciones que componen la producción agroecológica nos abrimos a la complejidad del entramado social que nos permitió comprender que en el hacer agroecología de las personas se presentaban no solo relaciones de oposición con el agronegocio, sino también relaciones de vecindad, negociación, tolerancia, indiferencia, afecto, entre otras. Los datos señalan, más que “polos antagónicos”, una compleja urdimbre de interacciones que incluyen relaciones de confrontación y también compromisos y obligaciones recíprocas. Permítanme desenvolver esta idea de a poco.

Como vimos, quienes hacen agroecología, aunque condenan con sus juicios a la producción convencional, no condenan necesariamente a las y los productores que la llevaban adelante, ni denuncian o intentan detener las fumigaciones con agroquímicos en los campos linderos a sus establecimientos o la escuela. Más aún, aunque podrían mantener una mayor indiferencia, mis interlocutores sostienen una mirada *comprensiva* con aquellos productores. “No le queda otra. El productor está atrapado, tiene que fumigar, tiene que hacer soja”, me explicaba Alicia, la mujer que inició el primer campo agroecológico de la zona. Y ese productor era el del campo lindero al suyo, como también podía ser su hijo, sus sobrinas, su cuñado.

Insisto, que para mis interlocutores la convivencia entre sistemas productivos no es una opción deseable a largo plazo. Pero, así proyecten un cambio social y productivo, no están en guerra con quienes hacen agricultura “convencional”, sencillamente, porque son sus vecinos y vecinas. El tiempo compartido me permitió constatar que con esas personas que hacen soja, en

algunos casos, habían compartido parte de sus vidas, conocían a sus hijas, nietos, hermanas. Pude reconstruir esa trama de relaciones de a poco, conviviendo con ellas y ellos.

Además, como vimos, algunas personas que hoy hacen agroecología participaron de la producción convencional hasta hace poco tiempo atrás, cambio que operaron en complejas transiciones socioproductivas, a saber: porque necesitaban ese ingreso monetario, durante un año más, Mauricio continuó trabajando como tractorista en la empresa de commodities, además, Mabel, su esposa, había sido la ingeniera que dirigió cultivos de soja durante diez años antes de empezar a hacer agroecología. Análogamente, durante dos años Fernando vendió agroquímicos a la par de que se formaba en agroecología.

Propongo que tolerar fumigaciones opera como un compromiso moral, un tipo de coerción, asentado en el conocimiento interpersonal entre quienes trabajan y viven en esta zona. “Entre productores nos entendemos”, incluye a quienes hacen agroecología, que *comprenden* las ataduras de la producción convencional para quienes se insertan en posiciones subordinadas.

Inspirada en los estudios de la antropóloga brasilera Lygia Sigvad (1996, 2005) –que a su vez recuperan el esquema clásico de la economía del don (Mauss 2009 [1923-1924]) anclado en las obligaciones morales, véase también F. Weber (2008)– propongo observar las relaciones sociales para comprender, en este caso, la decisión de denunciar o no una fumigación. En la perspectiva de mis interlocutores, hacerlo –en ese aquí y ahora local– no generaría cambios ni en la estructura agraria ni en las relaciones de poder que se plasman en la trama social etnografiada. Al contrario, podrían poner en riesgo a quienes no podrían justificar “con papeles” (por ejemplo, la receta fitosanitaria firmada por un ingeniero agrónomo) que son los establecimientos de menor escala, de tambo o contratistas “chicos”; podría afectar a la política de arraigo rural que impulsa el Padre Carlos que generó nuevas fuentes de trabajo y la reapertura de establecimientos, incluidos los agroecológicos; o a la agroindustria del maní, exponente de orgullo, generadora de “valor agregado local” y empleos. Es decir, denunciar una fumigación implicaría “no entender” –tomando las palabras de JB– las imbricadas relaciones de la trama socioproductiva y los respectivos esfuerzos con los que las personas las crean cotidianamente.

Si en párrafos precedentes se analizó cómo construyen sus caminos de acción mis interlocutores de la agroecología –y se afirmó que, aunque eluden la confrontación, su acción principal es producir de manera ecológica, viviendo y trabajando estas tierras– aquí podemos dar un paso más para comprenderlo inserto en este compromiso y obligaciones morales.

Sigvad (1996) estudió las formas de mediación de los derechos laborales de trabajadores rurales en un municipio al norte de Brasil. Comparó dos ingenios azucareros, el que tenía más casos de judicialización de incumplimientos de la legislación laboral y el que menos tenía. En

el primero encontró que la acción judicial no se debía a que conocían “mejor” sus derechos sino a que los trabajadores se sentían en obligación con el sindicato para iniciar acciones y, además, no tenían vínculo directo con los dueños de la plantación —tan solo con un encargado de bajo rango—. En cambio, en el otro caso, los patrones vivían en la plantación cañera, mediaban “cara a cara” los conflictos y existía toda una serie de intercambios “no formales” que sostenían la relación laboral y eran percibidos como formas de protección por los trabajadores (en salud, educación, economía doméstica, eventos sociales, entre otros). Estos trabajadores se sentían en deuda con la familia propietaria del ingenio azucarero y por tanto no iniciaban demandas judiciales, pero movilizaban mecanismos interpersonales para hacer cumplir sus derechos.

Afirma la antropóloga que, reconstruir obligaciones morales recíprocas que median las acciones de las personas, requiere integrar en el análisis las relaciones de intercambios, dependencias e intereses, y los grados de asimetría que expresan. Esto permite reponer la perspectiva de las personas, que en muchas ocasiones puede no coincidir con “una visión comprometida con los interesados en el orden jurídico, como son los abogados, los que detentan el poder político, periodistas, activistas y científicos sociales” (1996:380, traducción propia).

La reconstrucción de la única denuncia pública (mediática y no judicial) a una fumigación ocurrida durante mi trabajo de campo, nos permite observar una ruptura. La denuncia había sido realizada por una persona que no vive ni trabaja en la zona rural, “un hombre de la ciudad, su hijo va a la escuela rural porque la madre vive acá”, me supieron explicar. Para esta persona, la denuncia no comporta los costos implicados en faltar a un sistema de obligaciones interpersonales.

Adicionalmente, podemos reconstruir algunas “reglas” que operan en esos sistemas de obligaciones. La fumigación lindera a la escuela ocurrió un día viernes. El criterio de mis interlocutores es que se puede fumigar en los alrededores de la escuela cuando no hay clases, por tanto, ese contratista debería haber esperado al día sábado o viernes a la noche. Pero, como tenía un trabajo en otra zona, “necesitaba” hacerlo antes. Por otro lado, como vimos, JB hace agricultura en “campos chicos”, muchos de estos en propiedad de “gente de la ciudad” a quienes les arrienda y estas personas *entienden* la necesidad de fumigar; sin embargo, me explicó, no los pulverizan los fines de semana atendiendo a que varias de esas tierras tienen una vivienda que sus propietarios utilizan como casa de descanso esos días.

Fue una novedad, en mis últimas visitas a la zona, encontrar que “gente de la ciudad” había comprado un “campo chico” con una casa que pretendía ofrecer turísticamente, expresando de diversas maneras reclamos o impugnaciones a las fumigaciones. Esas personas *no entendían*

estas reglas de funcionamiento local, entre otras, la obligación de hacer soja (entiéndase también agricultura industrial) que acarrea tener que fumigar.

Esto no quiere decir que las normativas jurídicas no entren en juego. Así como es señalado por Sigaud (Op. Cit.) sobre los derechos laborales de los trabajadores de la caña de azúcar, también en los territorios de GSM podemos observar que la existencia de normativas, así como denuncias insistentes sobre la peligrosidad de los agroquímicos por parte de organizaciones socioambientales, tienen efectos en la orientación de la conducta de las personas –como se recuperó en el capítulo 4–. Además, el incumplimiento de estos acuerdos tácitos podría desarticular este *compromiso* y habilitar otras acciones –como denuncias formales o la exigencia de mayores restricciones, entre otras–. Por lo tanto, es de interés continuar observando esta cuestión en el tiempo. Por otro lado, para continuar indagándolo, podría ser fértil abrir la pregunta respecto a cómo esta forma de regulación local de la fumigación genera “inmunidad social” frente a algunos ilegalismos, en el sentido que ha sido estudiado por la socióloga A. Comba (2018) para la evasión impositiva en la actividad agrícola. Y señalo algunos porque, en gran medida, las pulverizaciones se desarrollan en el marco legal vigente dado la poca extensión de las zonas de resguardo y la autorización del uso, con nulas o muy pocas restricciones, de la mayoría de los agroquímicos más utilizados.

Ahora bien, intento aquí reponer una gramática de funcionamiento local apoyada en el interconocimiento e interreconocimiento que, vale señalar, no debe entenderse reducida a la fumigación con agroquímicos. Propongo que aquí subyace una dimensión que hemos indagado en los capítulos precedentes: el valor social del valor agregado local. Vimos que mis interlocutores enaltecen las actividades regionales en la medida que se encadenan a actividades industriales y “agregan” valor económico que se distribuye *más* (que el generado por la soja, por ejemplo), crean fuentes de trabajo y, en particular, que el tambo permite mantener poblado el campo. En ese sentido, propuse que la perspectiva graeberiana nos permite identificar no solo la “cosa” y su “valor” incorporado, sino las acciones que, al crearlas, actualizan y recrean la producción de la totalidad social de la cual sus protagonistas –mis interlocutores de campo– forman parte. Las acciones orientadas a las actividades regionales recrean las condiciones de existencia de estos pueblos agro pampeanos, su vida y trabajo rural.

Por eso entiendo que este recorrido nos permite aproximarnos a la comprensión de la *economía moral* de la zona rural en análisis, en los términos definidos por el antropólogo Didier Fassin, esto es: “la producción, distribución, circulación y uso de sentimientos, emociones y valores morales, normas y obligaciones en el espacio social” (2009:1257, traducción propia). Es decir, la forma en que se producen y movilizan obligaciones y sentimientos morales sobre

una determinada cuestión social en un contexto sociohistórico específico. El antropólogo francés se apoya y reformula el concepto de economía moral en los términos que fuera definido por E. P. Thompson (1963, 1971) y J. Scott (1976). Del trabajo del historiador británico recupera la referencia a una economía tradicional basada en obligaciones recíprocas entre clases sociales de sus trabajos sobre la clase obrera inglesa del siglo XIX y sobre los motines de subsistencias del siglo XVIII. El trabajo posterior del politólogo estadounidense continúa dicha línea de análisis y produce una doble ampliación de su alcance que va de las revueltas hacia las resistencias cotidianas y del sistema de normas a los valores morales. La propuesta de Fassin (2009, 2012, 2021) nos invita a explorar heurísticamente el concepto de economía moral sin restringirlo a obreros y campesinos y, tampoco, a disturbios y resistencia popular. Esta perspectiva nos permite analizar el entramado de valores y afectos que subyace a las prácticas y las relaciones de interdependencias estructuralmente asimétricas, a través del cual las personas discriminan entre lo justo y lo injusto, lo tolerable y lo intolerable.

Sucintamente quisiera señalar otras expresiones de esta economía moral que aportarán mayor claridad a la clave de lectura propuesta. En un contexto de éxodo rural sostenido, las personas de la región de GSM bajo estudio experimentan un sentimiento de reconocimiento y en cierto modo de deuda con quienes representan frenos relativos (aunque contradictorios), sea a la concentración o la sojización, como son el Padre Carlos y la empresa ABC. No estoy afirmando aquí que sean distinguidas como equivalentes las acciones de estos dos actores locales ni tampoco que sean percibidos homogéneamente por todas las personas de la zona, pero sí que es necesario tomar en cuenta la extensión de ese reconocimiento como un hecho social a ser observado.

A la vez, es a partir de esta trama de relaciones que es posible comprender determinadas “concesiones” que, si bien no ponen en cuestión las relaciones de poder, expresan para quienes ocupan posiciones subalternas algo así como “logros”. Tal es el caso de Elvito que “negoció” con la familia ABC para quedarse en la casa familiar y “el fondo” del campo, cuando les planteó: “Yo no me puedo ir de acá”. También JB “negocia” para continuar siendo “productor independiente” y “hacer negocios” con dicha empresa. Sin dudas, Elvito y JB se encuentran en profundas condiciones de desigualdad al negociar y ambos establecimientos serían rápidamente calificados de “inviabiles” por algunos “asesores” o “expertos”. Asimismo, es un tipo de negociación para los establecimientos agroecológicos, Pueblo Mampa y Sol y Luna, haber accedido a tierras, respectivamente cedidas y arrendadas, aunque eso implique estar rodeados de la agricultura convencional.

En síntesis, en el contexto de concentración productiva, observamos una gramática local que se asienta sobre las condiciones estructurales y organiza criterios y acciones. Esto nos permite reconocer lealtades entre los actores locales, que también son las formas autóctonas de hacer agronegocios, agroecología o economías regionales.

Finalmente, a modo de reflexión metodológica, quisiera señalar que fue una llave de acceso indagar aquella comprensión de quienes hacen agroecología hacia la posición que ocupan sus vecinas, familiares y amigos de la producción convencional. Este camino relacional me enseñó que, en ese universo, los propósitos y proyectos de vida rural se entrecruzan con otros compromisos en tanto las personas forman parte de distintas figuraciones en simultáneo; incluso cuando sus prácticas y discursos les diferencien, y esas diferencias sean vividas en ocasiones con tensiones, conflictos o angustias. Ante la presión de las fuerzas globales del capital que aceleran cambios en los territorios rurales, que concentran aún más el poder en pocas empresas y desplazan a productores directos, resistir al agronegocio se compone no solo de oposición para mis interlocutores. Como señalé, lo alternativo de aquellas experiencias agroecológicas no es solamente hacer alimentos de otro modo, para que sean más sanos y ambientalmente sustentables. Hay también una dimensión existencial: crear formas de vivir y trabajar en el mundo rural, en los márgenes de la hegemonía del agronegocio; algo que JB también hace con mucho esfuerzo, así como las familias tamberas. Esto nos conduce a las preocupaciones del siguiente apartado.

III. PERSISTIR COMO ARTICULADOR DE ADAPTACIÓN Y RESISTENCIA

Las trayectorias de quienes producen o producían leche, maní, commodities o agroecología nos permitieron analizar las transformaciones socioproductivas de la región. Así, en diálogo con investigaciones recientes, se indagó cómo se desplegaron las reconversiones de las actividades tradicionales y regionales, así como de sus protagonistas. Si el destino ideal de los chacareros era convertirse en “empresarios innovadores” y para los que no lo lograran quedaba retirarse; para algunos de mis interlocutores producir de un modo tradicional y agroecológico, “hacerse contratista” u orientarse a “un tambo eficiente”, les permite existir en el mundo rural.

Lo que me interesa recuperar aquí es que, frente a la reconfiguración del espacio social rural pampeano que les presiona a abandonar la actividad, mis interlocutores despliegan estrategias para continuar viviendo y trabajando en el campo. Esto, sin desconocer, que se dé a costa de la sobreexplotación del trabajo familiar, donde la intensidad del trabajo es una variable de ajuste cuando los ingresos disminuyen, tal como fue tempranamente señalado por los estudios campesinos y *farmers*, pero, también y cada vez más, incluye la explotación del trabajo ajeno.

En otras palabras, si en los capítulos precedentes se reconstruyó, para quienes participan de las actividades regionales o de commodities agrícolas, una subordinación estructural en sus inserciones, aquí vamos a recuperar la agencia de las personas puesta creativamente en movimiento para lo que definen como su decisión de no abandonar “el campo”. Es decir, sin ánimo de romantizar experiencias atravesadas por el dolor y la formas en las que el capital no solo se impone materialmente, sino que violenta de distintas formas a nivel subjetivo (impugnando saberes, deseos y modos de vivir), apunto aquí a no asfixiar la capacidad de las personas de interpretar situaciones, de elaborar proyectos y tratar de concretarlos.

Esto es más que “un mejor retrato” (Ortner 2016:75) porque a la luz de las tramas de relaciones analizadas, podemos iluminar el modo en que el contexto local configura escenarios de disputa, pero en particular delimita las modalidades y lenguajes dentro de los cuales son posibles determinados cursos de acción, en el marco más amplio de sus condiciones de vida. Vamos a desagregarlo etnográficamente a continuación.

Un día que acompañaba a Miguel en una de sus jornadas, paramos en un local de John Deere, donde tenía que “pagar una facturita”. Era la primera vez que pisaba un local comercial de maquinaria agrícola, por lo cual, aproveché para leer y fotografiar con la cámara de mi teléfono celular toda la propaganda sobre la maquinaria agrícola que, principalmente, hacía énfasis en la “agricultura de precisión”. Pero, en realidad, lo que fue más significativo a mi comprensión en esa visita fue la vitrina que presentaba pequeños tractores, camiones y otras maquinarias. Si la oferta de sofisticada tecnología era algo que esperaba encontrar, los juguetes fueron una sorpresa. Cuando Miguel me vio embelesada, observando las miniaturas, me dijo: “¿Viste lo que son? Ya le voy a regalar uno a mi nieto”.

En la mayoría de los establecimientos que recorrí la herencia es más inmaterial que material. Antes que tierra que, vimos, es lo más escaso, más bien mis interlocutores heredan un oficio cuidadosamente transmitido a través de una larga socialización familiar. Eso implica infancias atravesadas por experiencias, por ejemplo, de “acompañar en el tractor”, “ayudar en el ordeño” o “cuidar las terneras” en la guachera. Y aquí vale señalar, frente a un sentido común dominante de que son prácticas de un pasado de antaño, es un espectro de vivencias vigentes para las familias que aún viven y trabajan en el campo, como en el caso de la joven Caty que empezó a manejar el tractor a los nueve años de edad, así como para hijos e hijas en edad escolar de mis interlocutores tamberos. Lo mismo para quienes son contratistas de maquinaria: “Cuando yo iba al colegio, en el verano era hacer esto”, me contó Marcos, pero podría haber sido cualquiera de mis interlocutores maquinistas y nos habla de experiencias que calan hondo en el cultivo de

un oficio y performan un “gusto”. Por supuesto que no está determinado, el hermano mayor de Marcos estudió la carrera de chef y ahora tiene su propia rotisería.

Permítanme recuperar una conversación con un productor de tambo, para seguir indagando aquella herencia y las condiciones para la continuidad generacional en la actividad:

—Ves esa que está allá, la que tiene una mancha grande en la pata. Se la regalé a mi hija.

—Ah, ¿le regalaste una vaquillona al parir?

—No, una ternera. Ella me pidió: “Papi regalame una ternerita”. Y qué le voy a decir, le elegí una linda. En el primer parto nos dio de promedio 35 litros. ¡Muy lindo animal!

Esto no es un caso aislado, es una práctica entre mis interlocutores tamberos regalar animales a sus hijos e hijas cuando están saliendo de la adolescencia, aunque en los establecimientos de menor escala lo observé a través de chanchos —cuyo costo es menor y su valorización es más rápida para generar un ingreso complementario—. Aunque las vacas continúan dentro del rodeo se sabe que “son de los hijos”. Esto, además de su carga afectiva, implica un capital de ahorro, que se reproduce en descendencia y una forma de crear otro vínculo con el establecimiento. La antropología clásica ha sido profusa en explicar que todo obsequio engendra obligaciones, por lo cual no me extenderé en ese aspecto.

Estos elementos que estamos aquí observando permiten comprender no solo de qué tipo es la herencia que entrama a las personas que son miembros de las familias que viven y trabajan en los alrededores del río Ctalamochita sino la orientación a la reproducción de la trayectoria familiar ligada al “campo”. Como registran distintas investigaciones actuales, para las siguientes generaciones es cada vez más difícil continuar trabajando en la actividad que desarrollaron como chacareros sus padres, tíos, abuelos (Cerdá y Muzlera 2015; Urcola 2012). Pero, si bien algunos establecimientos cierran porque quiebran o se encuentran acorralados por los bajos márgenes de rentabilidad, en otros esto ocurre porque no encuentran quién los herede.

Diversos trabajos han señalado que, en este tipo de unidades productivas de trabajo familiar, la continuidad y expansión se planificaba históricamente en función de la cantidad de hijos varones y la ausencia de herederos conducía al fin de la misma (Archetti y Stølen, 1975). En distintas ocasiones escuché “en esa tapera vivía un matrimonio grande que se fue al pueblo, pasa que los hijos no quisieron seguir en el campo”. En la misma dirección, sin que yo les preguntara, en algún momento de nuestras charlas, mis interlocutores —en particular quienes habían superado los 50 años de edad— me decían: “Y no sé si alguno de mis hijos va a continuar” o “Yo tengo hijas mujeres y no les gusta el campo”. El productor que le regaló a su hija una ternera, me había contado que a su hijo mayor no le gusta el campo:

- Empezó a estudiar comunicación social y dejó. Como no está trabajando, viene y me ayuda.
- Pero a tu hija sí le gusta. Ese año que estuvo sin estudiar venía todos los días con vos, ¿no?
- Sí, a ella sí. Pero ahora está estudiando, la mamá la tiene cortita con que estudie.
- Capaz tu hija siga...
- Estuvo de novia con un chico que le gustaba el campo. Me estaba haciendo la idea de que podían quedarse ellos, pero se pelearon. Si en 10 años no agarran mis hijos, tengo que vender.

Al contrario, cuando las y los herederos potenciales lo manifiestan o están en edad de incorporarse plenamente al trabajo, se diseñan estrategias de expansión para incluirlos, como vimos en la familia Rojas: la decisión de aumentar la escala del tambo incluyó el cálculo de que a los hijos adolescentes de Sergio “les gusta el campo”. De igual modo, se observa una dinámica de continuidad generacional entre quienes están ligados al trabajo con la maquinaria agrícola. Miguel y sus hijos, JB y su hijo, Lorenzo y su familia e incluso Felipe me mostraron un patrón equivalente: hijos varones que crecieron participando en las actividades agropecuarias con sus familias, solo uno de los dos hermanos continuó estudios de nivel superior y “el más herrero” se formó entre el campo y el taller. Marcos insistió para comprar otra máquina, Lorenzo hizo lo propio para convertirse en “maquinista”, así pudimos ver que crecer en capitalización en maquinaria es crear ingresos y fuentes de trabajos para sus hijos, los que estudian y los que se quedan a trabajar en el campo.

Asimismo, como experiencia opuesta, Felipe nos mostró que esa dinámica se quebró cuando –tomando sus palabras– quedó “solo”, incluso habiendo podido conservar la propiedad de la tierra, no fue suficiente con sus conocimientos “tradicionales”. De ahí que redunda en valoraciones que sobre-culpabilizan a él y su familia: “Hicimos malas inversiones”, “No escuché a la gente correcta”. En la actualidad, y ya en pareja, consigue hacerse un lugar en los bordes del modelo agropecuario hegemónico a través del mini-rentismo y la pluriactividad.

La trayectoria de Felipe nos permite identificar otro rasgo: un heredero solitario –de tierras y oficio–, sin otros capitales económicos, así como los culturales y sociales necesarios para desarrollar una explotación agropecuaria desde una lógica propiamente empresarial, tampoco son suficientes. La herencia de Felipe era funcional a una organización agropecuario de tipo familiar. Por otro lado, Román es un contrapunto, con condiciones similares –una herencia de tierra insuficiente, hijo de productores tamberos–, aunque no equivalente en trayectoria tras su paso por la universidad y su trabajo como asesor agrónomo. Al final de su carrera profesional, Román consiguió insertarse como “productor”, aunque de forma subordinada, en el estrato inferior de la producción convencional y en ocasiones sin alcanzar rentabilidad.

Ahora bien, estas aristas que estamos indagando, que hacen a los procesos de continuidad y persistencia, ha sido un tópico estudiado profusamente por los estudios sociales agrarios de nuestro país. Las transformaciones en el agro acontecidas a finales del siglo XX y principios del XXI, con la creciente reducción de establecimiento agropecuarios, encendieron el debate acerca de los cambios en la naturaleza de este actor social que conforman las familias que viven y trabajan en la producción agropecuaria –y sus distintas caracterizaciones como chacareras, *farmers* o productoras familiares, para el caso de la región pampeana–. Estas transformaciones se indagaron en términos de la acentuación de los procesos de diferenciación social al interior del estrato de explotaciones familiares (Azcuy Ameghino y Fernandez 2007), de la “descomposición” del mundo chacarero en términos de su modo de vida (Balsa 2006), de las reconfiguraciones en las formas de organizar el trabajo (Cloquell et al. 2007; Cravioti 2012), así como las dinámicas de desplazamiento y ajustes subjetivos de quienes lograron adaptarse o debieron retirarse (Manildo 2013; Muzlera 2012) o incluso de quienes emprendieron con éxito su inclusión en el paradigma de los agronegocios (Gras y Hernández 2008).

Poner el acento en el proceso de exclusión de numerosas unidades productivas no implica la extinción total de sus formas culturales y raíces históricas, sino más bien que las familias productoras se reconvierten e insertan en un heterogéneo entramado de actores sociales que componen el agro. El contexto de profundización de las relaciones capitalistas les exige re-articular elementos de distinto orden: globales y locales, históricos y las “innovaciones”, los determinantes estructurales del capital y las dinámicas reproductivas de la lógica familiar.

Si entendemos que el rasgo distintivo de este actor social no está determinado por su estrato socioeconómico, cuantificable, sino más bien en su base sociocultural –sin perder de vista que no estamos ante una realidad inmutable sino confrontada cotidianamente con los cambios estructurales–, entonces debemos prestar atención no solo a qué hacen sino *para qué* lo hacen.

¿Qué queda del carácter familiar de aquellos establecimientos donde resultaba predominante el aporte de la mano de obra doméstica y en la actualidad recurren a la tercerización de labores o a un mayor aporte de trabajo asalariado? En el capítulo 3 en particular se analizaron algunas experiencias de establecimientos que habían realizado el pasaje de la producción basada únicamente en el trabajo familiar a una organización de empresa familiar con una mayor proporción de trabajo asalariado. Vale aquí tomar esos casos (los que se orientaron al encierre de animales), que son los más claramente empresarializados, para observar que estos productores se afirman cada vez más en funciones de dirección y gestión y delegan tareas manuales (en particular, las más pesadas como el ordeño diario) aunque no se desvinculan por completo de estas. Podemos observar, incluso en estas experiencias, que la intersección entre

bienestar familiar y acumulación de capital sigue siendo la lógica predominante a la hora de tomar decisiones y encausar acciones; que la unidad de reproducción y unidad de producción se encuentran imbricadas y, en particular, que el trabajo y la tierra/el campo, no son “factores productivos” –es decir, medios para la acumulación–: son el objetivo en sí mismo para estas familias tamberas. Así, la reproducción familiar está anudada a la reproducción del establecimiento, incluso intergeneracionalmente.

Por supuesto no es menor, como fuera señalado por diversos autores y lo hemos discutido en el capítulo 4, que a medida que los establecimientos familiares empiezan a contratar cada vez más mano de obra asalariada y/o labores agropecuarias estamos ante la pequeña o mediana producción capitalista, en tanto se basa en la explotación del trabajo ajeno.

Así y todo, al prestar atención no solo a qué hacen sino *para qué* encontramos un prisma que permite identificar la orientación de sus acciones, deseos y miedos. Como hemos reconstruido en los capítulos previos, “el campo familiar” sigue teniendo un valor afectivo como ha sido señalado por distintos autores (Gras y Hernández 2008:237; Villaña 1994:39, entre otros), pero gran parte de las personas que acompañé perdieron las tierras familiares de distintas maneras en los albores del milenio. O, también, quienes heredan aquellas tierras que sus padres o abuelos lograron titularizar o comprar a principios del siglo XX y, gran parte, recién a mediados de aquel siglo, generalmente ese “pedacito de campo” que reciben suele ser insuficiente para el tamaño de una explotación agropecuaria pampeana, debido a las sucesivas divisiones de la tierra entre generaciones herederas, así como del aumento de la escala “ideal” para una explotación “rentable”.

Por tanto, como hemos visto, gran parte de mis interlocutores trabajan y hasta construyen sus viviendas en tierras que arriendan, lo cual nos invita a repensar cómo, en situación, la relación afectiva con la tierra permanece vigente, aunque las referencias hayan cambiado. Como nos enseñó Marshall Sahlins (2008:140-41), los significados culturales corren riesgo en las prácticas y en el proceso histórico porque no siempre los “acontecimientos” se adecuan a lo que esperan las personas. Sin embargo, en los re-ajustes o cambios de significados es posible observar una tendencia predominantemente “conservadora”, que busca preservarlos.

Esta dinámica es lo que el antropólogo estadounidense denomina “revalorización funcional” donde viejos nombres adquieren nuevas connotaciones para adecuarse a las circunstancias porque “la transformación de la cultura es uno de los modos de su reproducción” (Op.Cit. 130). Así podemos pensar que “el campo” –no en abstracto sino la tierra que se trabaja– persistiría significando “lo mismo”, en su eficacia reproductiva, pero de distinto modo para las actuales generaciones que no heredan “el campo familiar”.

Entiendo que esto no va necesariamente en contradicción con el análisis del historiador J. Balsa (2006:216 y ss.) que identificó que las generaciones más jóvenes sostenían un vínculo afectivamente más desapegado con el campo y a la par una tendencia clara de migración al pueblo/ciudad, en su estudio sobre las familias chacareras de provincia de Buenos Aires entre la décadas de los años 30 a 80. Más bien aquí lo que intentamos comprender es cómo funciona en estas experiencias donde se realiza la vida y el trabajo en el campo, en un marco de acelerados cambios y donde efectivamente –como bien señala el autor– se modificaron en las últimas décadas los modos de vida, las dinámicas familiares y las expectativas vitales de la sociedad argentina, tanto urbana como rural.

Si las tendencias globales parecen indicar a nuestros interlocutores que deberían retirarse y dejar la producción en manos de sectores propiamente capitalizados, las grandes y megaempresas, ¿por qué continúan creando condiciones para seguir trabajando y viviendo en el campo? Propongo aquí que, si no le damos lugar a esta dimensión en el análisis de las transformaciones en curso, es probable que solo veamos un eslabón subordinado a los intereses del capital que en su “adaptación” reproduce mecánicamente las condiciones de su dominación o, por qué no, una mera lucha por las libertades capitalistas. Si es claro que estamos ante una época de profundización en los modos de penetración del capital en la actividad agropecuaria, más opaco es cómo estas fuerzas globales interactúan en situación y que no conducen inexorablemente a una única forma, como un *continuum* que va de la lógica familiar a la empresarial. En este sentido he propuesto que la razón calculadora que despliegan mis interlocutores, responde tanto al ideario neoliberal, como al mismo tiempo no es reductible a este. Como vimos, se comprende mejor las formas de la resistencia si se consideran los múltiples proyectos en los que están insertas las personas.

Es decir, poner en contexto las acciones de un agricultor de pequeña escala como JB, de las familias tamberas –incluso con sus diferencias–, las que incursionan en la contratación u oferta de servicios con maquinaria agrícola, nos permitieron comprender las múltiples estrategias que las personas despliegan para crease la fuente de trabajo, para permanecer en la actividad agropecuaria e incluso para que sus hijos no tengan que migrar a la ciudad a buscar trabajo. Esto también nos habla de las obligaciones morales o, como afirma la antropóloga Susana Narotzky (2015:76), “los estímulos reales de la actividad económica”.

En el ajuste de sus formas, *gusto* y *tradición* continúa organizando la historia de estas familias, refractando el haz de trayectorias posibles. Si recordamos que en el espectro de experiencias analizadas, a pesar de la variable dotación de capital, la familia propietaria trabaja y –en la mayoría de los casos– vive allí, de algún modo, estos intentos de mantener su forma

de vida y luchar contra su exclusión, nos hablan de una lógica que hace pie en la reproducción familiar en y desde el campo.

IV. LAS MODALIDADES DE MOVILIZAR Y RE-DEFINIR VALORES HEGEMÓNICOS

En la introducción de este capítulo recuperé el argumento de que el agronegocio no opera como una economía de enclave en los alrededores al río Citalamochita y que ahí había una clave analítica para comprender su legitimidad. Los puntos precedentes nos han aportado suficientes elementos para no volver a este planteo de manera lineal sino recursiva.

Antes de avanzar quiero precisar, a riesgo de ser redundante, que para comprender la consolidación de las transformaciones del paradigma de los agronegocios es preciso observar su correlación con la hegemonía del neoliberalismo a nivel global y sus respectivos anclajes nacionales. Como vimos, se desplegó apoyado en la liberalización de los mercados y el mayor peso del capital financiero, la necesidad constante de incorporación de (siempre nuevas) tecnologías, como marca de época y factor determinante de la producción, la cual a su vez está orientada por los imperativos de crecimiento y productividad.

En algún punto, la placa de reconocimiento a JB como “aliado” de la empresa ABC es una gran manifestación del anudamiento material y simbólico en que se entran trayectorias en esta etapa del desarrollo agrario argentino y se alejan del modelo de enclave exportador –aunque no como un absoluto—. Esta es una de las apoyaturas de la construcción de legitimidad de los agronegocios, que observamos en distintos momentos de este trabajo y refiere a esta urdimbre de relaciones que profundiza la interdependencia entre distintos actores. Es decir, que a pesar de su patrón concentrador que expulsa a muchos y muchas, igualmente habilita distintas formas de inclusión socioproductiva para otros y otras (una dinámica de exclusión-inclusión).

Como supo explicar A. Gramsci, al interrogar el desarrollo industrial estadounidense y la estrategia fordista de “salarios altos”, la construcción hegemónica se asienta no solo en el par consenso-coerción, sino que su equilibrio dinámico requiere “ceder” espacios y retribuciones (Gramsci 1980:314) para sostenerse en el tiempo. Aunque en otros términos, esta cuestión fue recuperada por V. Hernández (2009:49) para comprender la “solidaridad de facto” entre distintas clases sociales agrarias durante el ya mencionado conflicto del año 2008, que posicionó a entidades de representación gremial de pequeños y medianos productores pampeanos junto a las de aquellos más grandes. En otras palabras, no estamos ante un mapa de actores caracterizado por su polarización. No se configura únicamente entre dos polos, las pocas grandes empresas por un lado y la pequeña producción familiar o campesina. Aunque sí se pueda observar grandes desigualdades en la capacidad de apropiación de valor de cada quien.

A nivel de la producción de sentido, Gras y Hernández (2016c:168-71) argumentan que la construcción del ideal del “empresario innovador”, como síntesis superadora del tradicional chacarero y del privilegiado terrateniente, así como también de la antítesis entre actividad agropecuaria e industrial, se apoyó en un ideario de “proyecto de desarrollo nacional”, que actualizó valores morales como el progreso y lo moderno en el siglo XXI.

Como observamos en distintos momentos de este trabajo, el grueso de mis interlocutores no hace justicia a esta imagen del hombre de campo modernizado e hipertecnologizado (“chacarero 3.0”), que prefigura esta concepción paradigmática del agronegocio que define que hay que concebir a la actividad agropecuaria como un negocio más, es decir, como cualquier negocio. Ni siquiera en la familia ABC encontramos esa correspondencia —a pesar de que se aproximen mucho más— porque, como vimos, aunque apelan a ser reconocidos también como innovadores, se muestran y son señalados como “tipos de pueblo” antes que como *CEO's*.

Además, mis interlocutores están afectivamente involucrados con sus actividades económicas, por más de que se orienten a la rentabilidad y adopten el lenguaje de los “negocios”. Aquí maní o soja, vacas o soja, alfalfa o maíz, no son equivalentes en función de tal o cual rentabilidad esperada. No se observa que dejen de pensar en términos de la producción, para analizar el negocio según las “transacciones”, ni en las familias productoras de tambo, tampoco entre quienes hacen agricultura en pequeña escala y ofrecen servicios de maquinaria agrícola y, menos aún, quienes hacen agroecología. Tampoco han abandonado la referencia material de la “explotación” como suele caracterizarse para aquellos empresarios innovadores del agro, donde lo que importa es la cantidad de hectáreas y no dónde están localizadas. Menos aún han abandonado la distinción campo-ciudad, que opera para trazar un “nosotros”, incluso cuando los flujos y relaciones se han intensificado.

Así y todo, los imperativos del agronegocio tienen sus anclajes y performan las prácticas cognitiva y afectivamente. Hemos observado cómo se adaptan, incorporando artefactos para interpretar y actuar sobre una realidad que se presenta, en general, incierta (la obligación de hacer soja es un claro ejemplo que nos acerca a la evaluación por “transacciones”) así como el despliegue de una razón calculadora (observable en particular en un pensamiento financiero) que les orienta a ser “eficientes” en la producción convencional (sea maní, leche, commodities o al hacer labores como contratistas).

Sin dudas, nadie quedó exento de esta presión y, me animo a arriesgar, que las familias productoras de tambo, así como de la agricultura convencional, tienen grabado a fuego el mandato de modernizarse para que no te pase como a fulano que “tuvo que dejar el campo” o por no ampliarse “sus hijos tuvieron que irse a la ciudad”. Son expertos en decir lo que hay que

hacer, ese “deber ser” que en ocasiones es caracterizado como una “confianza acrítica” en el saber tecno científico. No obstante, una atenta mirada etnográfica es capaz de reponer que, en general, cumplen solo parcialmente con “lo que hay hacer” para modernizarse y lo negocian con sus propios criterios —como vimos en particular en el capítulo 3—.

En cada capítulo, al reconstruir los procesos de reconversiones de las actividades regionales, observamos que se alimentaban y orientaban en consonancia con los criterios hegemónicos de rendimiento, utilidad y productividad. Pero, eso que se presenta en relieve no es lo único que se produce en las fricciones en las que se realizan los imperativos del capitalismo global.

De por sí la perspectiva gramsciana entiende a la hegemonía como una construcción que está lejos de ser concebida como un todo coherente y estabilizado. O en términos de R. Williams (2009:158), es un “proceso activo” en el que se configuran las relaciones de poder en el marco de “contradicciones y de conflictos no resueltos” (2009:162). No obstante, como señala S. Ortner, antes que ser incorporado en el análisis como una dimensión constitutiva, en general, queda en los márgenes, como un sub-producto “defectuoso”. La antropóloga estadounidense, a través de la noción de hegemonías “incompletas” (2016:19), nos invita a ponerlo en el centro del análisis como la forma en que se realizan. Para el caso, nos permite dar lugar a todo aquello que desborda y no es reducible ni al ideario neoliberal ni al *homo economicus*.

Siguiendo esta propuesta podemos observar que las personas internalizan valores hegemónicos que viven como propios —es decir, como no impuestos—, pero también que se apropian de estos para definir *sus* propios problemas y enmarcar sus acciones. Me voy a detener en tres expresiones que entiendo permiten continuar aprehendiendo el espesor de la economía moral que, en los alrededores al río Ctalamochita y apoyada en las condiciones estructurales, organiza las relaciones de la trama de interdependencias.

En diferentes momentos, interlocutores de distintas actividades y escalas productivas me señalaron que buscaban ser *eficientes*. Por ejemplo, cuando reconstruimos la experiencia de los tambos que empezaron a encerrar las vacas a través del *dry lot*, Santiago Piccio recurrentemente señaló que su producción la organiza buscando la “eficiencia”. Este productor, que vive y trabaja en el campo, uno de los más grandes de los tambos familiares que analizamos en este trabajo, llegó a asegurar que las grandes empresas no podrían ser tan eficientes como las familias tamberas que viven en el campo. Piccio me compartió esas palabras mientras tomábamos mates en el comedor de su casa, a 500 metros se podía escuchar a las vacas balar. Con el puño cerrado golpeaba la mesa cuando terminaba alguna de esas frases categóricas, era más que un argumento racional, era también un anhelo, una esperanza. La apropiación del discurso de la eficiencia le permite a esta familia inscribirse entre quienes *pueden* quedarse,

resistir al proceso concentrador. En esta clave, podemos pensar que “intensificar” el tambo es una forma de *producir el derecho* a continuar en la producción para estas familias productoras.

Otro valor hegemónico a partir del cual se negocian derechos y obligaciones es, como vimos en distintos momentos, el *trabajo*. Aquí nos encontramos con un fenómeno que trasciende esta micro-región en análisis, tal como fue señalado por el estudio de J. Rebón et al. (2015), trabajar o defender el derecho a trabajar cuenta con una amplia legitimidad en Argentina. Pero, su expresión hegemónica tiende a opacar un rasgo señalado tempranamente por el marxista Paul Lafargue (2005 [1883]), que refiere a que la clase obrera es esencializada en el trabajo cada vez que su dignidad se reduce y asocia al trabajo sacrificado. La “ética del trabajo”, señala el autor, funcionaba, ya en el temprano capitalismo industrial, para afirmar la superioridad moral y, por tanto, legitimar la entrega cotidiana de la energía vital al trabajo productivo, aunque sin cuestionar las condiciones del mismo (véase también Bauman 1999).

Veamos cómo esto opera a nivel local en las relaciones entre distintos actores socioproductivos. En este contexto de ruralidad pampeana, dentro de las experiencias agroecológicas, la que encarna Pueblo Mampa articula referencias en general alejadas de las experiencias de vida de las personas de esta zona rural, por sus cruces con expresiones de las nuevas espiritualidades, sus edificaciones permaculturales, la organización de ferias y encuentros artísticos. En estas relaciones de alteridad, fue para mí una sorpresa que alguien como JB, que se había mostrado un acérrimo defensor de los agroquímicos, me expresara sobre dicho establecimiento agroecológico: “Yo creo que está bueno porque se largaron a hacer algo, no son vagos. Yo veo cómo laburan con esas herramientas viejas. Yo sé lo que es eso”.

En esta clave, escuché recurrentemente el reclamo de tamberos que adjudican a los que hacen soja que “siembran, cierran la tranquera y vuelven al mes”. Si bien suelen señalar su responsabilidad en formar parte de quienes empujaron el valor de la tierra al alza –por ende, de los arrendamientos y la estructura de costos del resto de las actividades–, en un territorio de amplia aceptación de las reglas del mercado capitalista, no parece ser eso suficiente para señalar la deslealtad de quienes incursionaron en la sojización. En cambio, da la impresión que el mayor agravio del que disponen es afirmar que los sojeros son unos “vagos” que “no quieren laburar”. Pero, como ya recuperé, fue a partir de mi conversación con uno de los integrantes de la familia ABC que pude comprender que estos sentidos circulaban interclasial y transectorialmente, cuando me afirmó –como orgulloso manisero–: “Nosotros no los queremos a los sojeros”, a pesar de producir unas 10 mil hectáreas por año de dicha oleaginosa.

Una lectura transversal de los datos etnográficos nos permite recoger que las personas que acompañé durante mi trabajo de campo –que ya señalé, la gran mayoría cultivaba soja– parecían

estar afirmando una y otra vez: “Nosotros no somos los sojeros”. Así fue que empecé a entender y a reconstruir las dimensiones de esto que he denominado “la obligación de hacer soja”.

Al menos en este territorio etnográfico, hacer soja no es “hacer patria”, como se desprende de las publicidades de las grandes empresas que se volvieron íconos paradigmáticos del modelo de agronegocios o de los discursos públicos de sus referentes académicos o empresariales. Hacer soja, pudimos reconstruir, es vivido como una imposición y con lo que nadie quería ser identificado. Son tamberos, maniseros, gente de campo, es decir, *de trabajo*.

Como vimos, incluso los actores locales que ocupan posiciones dominantes en la trama de relaciones en los alrededores del río Ctalamochita, mostraron preocupaciones y acciones dirigidas al desarrollo de actividades que afirmaban críticas al monocultivo de soja. Por ejemplo, que eliminaba fuentes de trabajo y generaba menor valor porque “se cosecha, se carga en el camión y se va”. Pero, en particular, al inscribir a las actividades regionales en el marco de lo “local” y las “tradiciones”, aparecía también la sojización como lo foráneo. Esto nos conecta con otro valor hegemónico que es localmente redefinido: el ideario del *desarrollo*. El trabajo será más legítimo si muestra sus resultados positivos. Pero, como vimos, no todos los “productos” tienen la misma estima social más allá de su traducción en bienes agrícolas, monetaria o en fuentes de trabajo.

Para quienes se ubican en la producción convencional, las expresiones que se pudieron recuperar en general no cuestionan el ideal de crecimiento económico y, por tanto, reproducen esta visión, largamente debatida en las ciencias sociales (Escobar 2014; Svampa 2016), como estrecha o economicista. Lo que es interesante recuperar aquí es que cuando invocan la imagen del desarrollo o progreso como orientación de sus acciones, mis interlocutores más diversos y heterogéneos, lo delimitan apelando al “amor por las raíces” o al “valor agregado en origen”. Una insistente reafirmación local en un contexto de acelerado achicamiento del mundo y circulación de referencias globales.

Así argumentan una demanda de legitimidad tanto las experiencias agroecológicas, las familias tambeas y quienes desde los bordes extienden estrategias para incluirse, como contratistas, la pequeña producción agrícola, apícola o de animales de corral. Paradójicamente, la empresa ABC también lo exclama en sus discursos institucionales, propagandas o en las conversaciones interpersonales de sus integrantes. No es exclusivo, la agroindustria del maní lo ejerce en sus pronunciamientos públicos que expresa una doble pertenencia aparentemente contradictoria: fieles a lo local, a la vez que empresa global e innovadora. O también la exaltación del maní como parte de la herencia de las generaciones pioneras que forjaron la historia agropecuaria de estas tierras, a la par de que su producción se ajusta a las necesidades

del “consumidor global”. Esta doble vía, como vimos, les permite hablar a sus distintos auditorios (su pueblo y sus clientes).

Ahora bien, hasta aquí hemos observado dos operaciones que vale diferenciar. Por un lado, la comparación recurrente entre las actividades regionales o agroecológicas y la sojera (incluso cuando no la mencionaran explícitamente). Además, para quienes integran la producción convencional, hay una labor de distanciarse del marcador “sojeros” a pesar de producir tal oleaginosa. Considero que esto se puede entender en términos de los ejercicios de acusación y justificación que atraviesan la arena pública local. Como supo señalar L. Boltanski (2000), las personas someten cotidianamente su mundo a interrogación y producen explicaciones sobre su validez o justeza. Y, en este caso, pudimos observar un ejercicio argumental que busca delimitar cuáles actividades son reconocidas como productoras de valor.

En el capítulo 2, nos detuvimos en observar qué es lo importante (lo que vale) para mis interlocutores y vimos que crear “valor agregado” es un medio para generar las condiciones de existencia de esta zona agropecuaria y los pueblos que la rodean, que mantiene vivo el ideario del progreso. Para el caso, la preocupación de mis interlocutores por la creación de “valor agregado” y “local” –que en general tiende a traducírsele monetariamente– nos está señalando una controversia respecto a que no toda producción de valor encarna el bien común. En otras palabras, anudar la producción de “valor agregado” al arraigo local enarbola un “principio de justicia” –siguiendo la perspectiva de Boltanski– respecto a *quién* le pertenece ese valor en términos de un derecho al desarrollo y a la lucha contra la extinción –sin necesitar cuestionar las relaciones de clase capitalistas ni extractivistas–.

Con esto en mente, podemos identificar que en el acto de “cargan la cosecha y se van” hay un sentimiento de injusticia que nos permite observar dos cuestiones. Por un lado, que el valor (es decir, aquello que vale) no se mide solo en términos monetarios o toneladas, sino que moviliza sentimientos morales respecto a la justicia. Por otro lado, para aquellos que han adherido a las reglas del capitalismo, saben que la sojización de las tierras agropampeanas tiene sus “razones válidas”, pero –tomando prestadas las palabras de Boltanski y Chiapello (2002:93)– estas son “poco aceptables, pues hace de ellos simples juguetes”. Es decir, entiendo que este *sentimiento de injusticia* hace referencia también a esa violencia trivializada que refiere a que, incluso aceptando las reglas de incluirse en las sucesivas olas modernizadoras, de orientar las actividades hacia los imperativos de la agroindustria o los agronegocios, no cesa la incertidumbre de poder ser las próximas víctimas de la concentración productiva.

De este modo, el “amor por nuestra tierra” o el “arraigo a las raíces” –más aún, si incluye vivir en el campo–, son gramáticas de interreconocimiento a nivel local que funcionan para

producir un complejo y contradictorio “nosotros” que va de Pueblo Mampa a JB; de las familias tamberas a ABC; de la Estancia Yucat a los contratistas, apicultores, criadores de animales de corral, las y los asalariados rurales y los y las pluriactivas. A punto tal, que permite a el Padre Carlos o las familias tamberas, discernir y optar por arrendar a ABC una fracción de campo para que cultive maní, antes que a empresas extra-locales, porque “es más gente” y “da trabajo”.

V. FORMAS AUTÓCTONAS DE ACTUALIZAR EL PROYECTO DE DESARROLLO

Aquella apelación a su fuerte arraigo local es una de las dimensiones que más llamaron mi atención de la agroindustria del maní, sin dudas la actividad que, entre las que se analizaron, más se aproxima a la caracterización ideal del agronegocio en los términos definidos por sus analistas y por eso quisiera referirme a esta por última vez. Por otro lado, la agroecología hemos observado también se construye relacionamente con aquel modelo de los agronegocios, en general, en sentido opuesto. A modo de cierre, en este capítulo vamos a analizar las formas en que se expresan proyectos de *desarrollo*, en tanto entiendo que nos permiten identificar la fuerza movilizadora de imágenes de futuro deseadas y deseables, que fundamentan la dirección política de sus acciones.

V.I. La agroindustria del maní como caso de éxito

El pequeño pueblo donde está radicada ABC, como tantos pueblos de Argentina, se emplazó allí a partir de la inauguración de una estación de ferrocarril a principios del siglo XX. Otros poblados vivieron la caída del proyecto de modernización cuando el último tren que pasó se llevó con sí los sueños de desarrollo (véase por ejemplo Gordillo 2018:209 y ss.); aunque allí también dejó de pasar, aquellas promesas siguen vigentes. No obstante, parafraseando al antropólogo G. Gordillo, en su estudio sobre las ruinas del progreso, aquí el ensamble industrial deja ver aun los escombros sobre los que se construyó: la desterritorialización de la agricultura familiar de maní y del modo de vida chacarero.

Si consideramos los encadenamientos productivos que genera la actividad manisera así como el tan mentado “valor agregado en origen”, la experiencia encarna un aspiracional agroindustrial que podemos considerar “de éxito” desde la óptica de las promesas del desarrollo. Como vimos, por más que muchos de mis interlocutores reconozcan a la agroindustria manisera como “peces gordos que se comieron a muchos productores”, las relaciones de alteridad les sitúan más próximos a estos que a quienes promueven la sojización.

Por lo tanto, como señalé en distintos momentos, ABC es representativa del conjunto de empresas maniseras, de capital nacional y familiar. Por tanto, también su pueblo natal es

representativo de aquellas 30 localidades del interior de la provincia de Córdoba que, describen estos empresarios, “sostienen sus economías gracias a la agroindustria manisera”. Incluso algunos afirman, por ejemplo, en entrevistas periodísticas, que estos pueblos son de “pleno empleo”, que “no trabaja el que quiere” y que son “lindos para vivir”. A partir de la información disponible de algunas de estas comunas y municipios, en sus respectivos informes para el Plan Estratégico Territorial del año 2017⁷¹, se pudo observar que las tasas de desocupación se ubican entre el 2 y 3,5 % y no registran población con necesidades básicas insatisfechas.

Ahora bien, dada la asimetría de poder al interior de estos pueblos del agro pampeano, existen condiciones que habilitan la imposición de un proyecto de desarrollo sobre otros posibles. Sí está claro que hemos analizado un “caso de éxito”, lo que es soslayado es que es medido a través de la valorización del capital. La agroindustria del maní concretiza el ideario de la creación de valor agregado local para las materias primas agrícolas de las pampas distantes de los puertos. Pero, no es deducible ni evidente que el bienestar social, cultural y ecológico se derive de la generación de empleos, menos aún de la reproducción del capital. Cabe aquí revisitar la pregunta sobre si no es acaso más deseable propiciar mayores niveles de equidad y soberanía alimentaria, productiva y tecnológica.

V.II. ¿Hay otro desarrollo posible?

En los alrededores del río Ctalamochita, la tendencia a la concentración productiva y la profundización de las relaciones capitalistas en el agro pampeano no muestra indicadores de reversión a partir del crecimiento de las empresas de capital nacional y la generación de valor agregado agroindustrial o con el desarrollo de actividades regionales eficientes y competitivas. Menos aún a las problemáticas ambientales que desencadenó la producción convencional.

La “solución” tampoco la encontramos en las experiencias agroecológicas, que se expresan microscópicamente al lado de inmensos monocultivos. No obstante, ofrecen respuestas y proponen cursos de acción más complejos con horizontes ecológicos, económicos y sociales más justos. En primer lugar, porque la naturalidad con la que se convive en la actividad agropecuaria convencional con los agroquímicos no puede ser pensada como una mera externalidad, sino como constitutivo del sendero de la industrialización agropecuaria y el rasgo depredatorio del capital que menosprecia la vida humana y no humana. En segundo lugar, porque la “intensificación” y la “eficientización” que es exigida en la producción primaria

⁷¹ La elaboración de estos documentos fue impulsada por el Ministerio del Interior de la Nación –financiado por CAF, Banco de Desarrollo de América Latina– como un instrumento de planificación y ordenamiento territorial. Si bien los municipios y comunas completaron un formulario pre-diseñado, por tanto, es un documento limitado, sí ha permitido recuperar información actualizada.

como condición –que supuestamente– garantizaría mejores posibilidades de rentabilidad solo demuestra coherencia con una mayor dependencia hacia las grandes empresas –ahora sí– principalmente extranjeras y deslocalizadas (de maquinaria, de químicos, de semillas modificadas o mejoradas). Finalmente, porque fuerza (les repite ensordecedoramente) a quienes viven y trabajan en estos territorios a organizar sus decisiones productivas, no con el foco puesto en la producción de alimentos en conexión con sus saberes y afectos, sino para la maximización del resultado económico en sus múltiples transacciones.

La invitación de D. Haraway (2016) a *stay with the trouble* resulta provocativa para pensar lo que acontece en los campos agroecológicos en los alrededores del río Ctalamochita. “¿Somos jardineros o devastadores? ¿Tenemos la capacidad de explotar el planeta para solo consumir? ¿O lo vamos a explotar de vida?”, escuché un día que interpelaba Leandro de Pueblo Mampa durante una charla con voluntarios y visitantes de la aldea. “Miren cómo está la tierra. Cómo conserva la humedad”, decía Alicia mostrando su campo luego de la gran sequía y a continuación agregó: “Pero hay que ayudarla”. Algo similar escuché afirmar a Fernando: “Si logramos producir imitando lo más posible la naturaleza podemos generar equilibrios biológicos, equilibrios naturales”.

Indagar quiénes deciden “quedarse con el problema”, en la propuesta de Haraway, es una manera de captar las múltiples formas de actuar frente a la crisis ecológica y civilizatoria. Es decir, de identificar aquellas respuestas alternativas frente a las dos posiciones dominantes, que siguiendo a la autora se organizan en torno al “todo está perdido” así como el “todo se resolverá solo”. En cambio, evitan “tanto el determinismo pesimista como el idealismo romántico” (2016:64, traducción propia). Por lo tanto, tampoco se incluyen en el horizonte “del desarrollo”, al menos como se ha concebido a lo largo del siglo XX (respecto a este debate: Escobar 2014).

Propongo entender que mis interlocutores de la agroecología se quedan con el problema. Eso implica asumir la gravedad del asunto –sí, la existencia de muchas especies, entre ellas la humana, está en riesgo; la tierra y el agua están contaminados por residuos de agrotóxicos, entre otros; la extinción de especies incluye a la diversidad de semillas; los fenómenos climáticos alternan entre grandes sequías e inundaciones...–. Pero, además, quienes integran estos campos agroecológicos entran caminos para co-producir alimentos, así como crean formas de vivir y trabajar en el campo, en un sendero incierto, donde aprenden “sobre la marcha” y se apoyan en el entramado de relaciones con humanos y no humanos.

Si bien la autora está pensando en una clave ecológica e incluso pos-humanista, sirve bien para plantear la dicotomía que hemos recuperado para las familias rurales tradicionales. La agroecología es una tercera posición para quienes ante el avance de la lógica del agronegocio

no ven otra opción más que abandonar el campo o incluirse en la producción convencional (aun en sus formas autóctonas, la producción familiar eficiente o la agroindustria global con arraigo a las raíces). Para el caso, es una tercera posición también el quehacer de Elvito que, como vimos, no le interesa detenerse en definiciones sobre sus prácticas ni alzar banderas, quiere seguir trabajando en el campo, “como se hacía antes”.

Son una tercera posición estas experiencias agroecológicas que algunos productores y profesionales calificarían rápidamente como “ineficientes” o “poco productivas”; aunque paradójicamente la cosecha de arvejas del año 2017 no la habían terminado de vender cuando ya estaban en fecha de sembrar la de la siguiente campaña. Sin detenernos en las redes de comercialización que mis interlocutores continuaron desarrollando, ¿efectivamente es “poco” 3 mil kilos de arvejas cosechadas en tan solo dos hectáreas que ingresaron sin intermediarios a consumidores/comensales que viven en los alrededores? ¿O la media tonelada de frutos de algarroba que fueron recolectados, la mayoría sin otro destino alternativo más que el suelo? En otras palabras, estas experiencias producen alimentos sanos, allí donde antes había commodities, poniendo en tensión los mandatos productivistas y mostrando la abundancia de alimentos que se puede producir en poca superficie.

Por otro lado, la agroecología en Pioneros, Pueblo Mampa, Sol y Luna y Ubuntu, no solo produce granos, cereales, harinas alternativas, hortalizas o frutos no convencionales, sino que al hacerlo crea una experiencia que esperan inspire a ser replicada. Por eso, Mabel no pierde la oportunidad de contarle a cada chacarero que encuentra lo que está haciendo: cultivando granos y cereales para consumo humano que van directo al mercado local. En general, encuentra respuestas que muestran cierta desconfianza: “¿Vos decís que se puede producir en pocas hectáreas/sin líquidos?”; o de anhelo: “¡A mí me gustaría volver a hacer maní!”.

En sintonía, otra dimensión no menor tiene que ver con la recuperación, revalidación y recreación de conocimientos socioproductivos, el desarrollo de sus técnicas y herramientas, así como su sistematización. Condiciones que asientan bases para una soberanía que no solo es alimentaria sino también tecnológica. En otras palabras, más soberana.

Como señala el sociólogo D. Domínguez (2015) en su análisis sobre el sentido de la soberanía alimentaria en la propuesta de las organizaciones campesinas, lo que se pone en juego es otro horizonte civilizatorio. Es una forma de reinstalar el viejo debate de la “cuestión agraria”. Las experiencias agroecológicas analizadas nos mostraron que en pocas hectáreas producen una gran diversidad de alimentos, se reapropian de saberes y conducen desarrollos tecnológicos –incluso con muy pocos recursos disponibles– y, además, crean y recrean formas de trabajo y vida rural. Esto es también una pregunta de fondo que la pandemia global que

estamos atravesando sintetizó muy bien: ¿Cuáles son las actividades esenciales y sus protagonistas?

Desde otras perspectivas es probable que el análisis se hubiera centrado en un complejo agroindustrial como una unidad discreta. Al contrario, al mirar la trama de relaciones se pudo seguir el curso de acciones de mis interlocutores que, en general, no encajaban en una única actividad. De este modo, frente a enfoques que han iluminado las características centrales y estructurales de las transformaciones en el agro, aquí intentamos restituir la experiencia de las personas, sus trayectorias históricas y negociaciones cotidianas en sus cruces con interdependencias globales y los proyectos (en disputa) de desarrollo nacional.

Hemos observado cómo se producen y reproducen, entramadas entre sí, las actividades agroproductivas y, a través de esto, las formas en que se expresan y despliega el capitalismo agrario en la actualidad. Al mismo tiempo, se puso atención en el esfuerzo cotidiano, para recrear las condiciones de su existencia, de las personas que las protagonizan; en particular de algunos de sus actores históricos como son las familias agropecuarias pampeanas. Esto también nos permitió ver cómo las prácticas producen formas autóctonas que desafían a los “modelos” rurales, sean éstos de agronegocio, de agroecología, de economías regionales que, en definitiva, resisten también nuestros esfuerzos de ordenar y compartimentar un mundo históricamente enmarañado.

BIBLIOGRAFÍA

- ADREANI, P. (2021, julio 18). Los fondos vuelven a las compras: Indicio de alzas para la soja. *La Voz del Interior*. <https://www.lavoz.com.ar/agro/agricultura/los-fondos-vuelven-a-las-compras-indicio-de-alzas-para-la-soja/>
- ADVANTA. (s. f.). *Advanta, información institucional*. Recuperado 26 de octubre de 2021, de <http://www.advantasemillas.com.ar/acerca-de-advanta/informacion>
- AGENCIA PROCÓRDOBA. (2016). *Relevamiento a empresas del sector lácteo de la provincia de Córdoba* (pp. 1-13). Agencia ProCórdoba S.E.M.
- AGOST, L. (2015). Cambio de la cobertura arbórea de la provincia de Córdoba: Análisis a nivel departamental y de localidad (periodo 2000-2012). *Revista de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 2(2), 111-123.
- AGOSTO, P. (2015). *Malvinas: Un pueblo en lucha contra Monsanto*. América Libre.
- AGROSITIO. (2019). *La mega fusión UPL, Arysta y Advanta y su valor para los productores*.
- AGROVOZ. (2021, octubre 5). Municipios “maniseros”, en alerta por la intervención de la Nación en el comercio del grano. *La Voz del Interior*. <https://www.lavoz.com.ar/agro/municipios-maniseros-en-alerta-por-la-intervencion-de-la-nacion-en-el-comercio-del-grano/>
- ALAPIN, H. (2009). La siembra directa en Argentina. Un nuevo paradigma en agricultura. *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*.
- ALBALADEJO, C. (2013). Dinámica de la inserción territorial de la agricultura pampeana y emergencia del agribusiness. En Carla Gras y V. Hernández (Eds.), *El agro como negocio: Producción, sociedad y territorios en la globalización* (pp. 67-95). Biblos.
- ALMEIDA, M. (2003). Caipora e outros conflitos ontológicos. *Revista de Antropologia da UFSCar*, 5(1), 7-28.
- ALSINA, M. P., CORRADI, V., y FILIPPI, A. (2016). *Distancias para la aplicación de agroquímicos: Relevamiento de la normativa de la provincia de Córdoba, de sus municipios y de otras provincias* N.º 2; Documentos de Trabajo, p. 15. Fundeps.
- ALTAMIRA, L. R. (1949). *Paso de Ferreira historia de la célebre estancia en cuyas tierras fundáronse dos pueblos cordobeses: Villa Nueva y Villa María*. UNC.
- ALTIERI, M. A. (1987). *Agroecology: The Scientific Basis Of Alternative Agriculture*. Westview Press.
- _____ (2015). Breve reseña sobre los orígenes y evolución de la Agroecología en América Latina. *Agroecología*, 10(2), 7-8.
- ANLLÓ, G., BISANG, R., y CAMPI, M. (2013). El modelo de organización de la producción agrícola: De la integración vertical a la agricultura en red. En G. ANLLÓ, R. BISANG, y M. CAMPI (Eds.), *Claves para repensar el agro Argentino* (pp. 153-204). Eudeba.
- ARCHETTI, E., y STÖLEN, K. A. (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Siglo XXI.
- ARCONDO, A. (1969). Tierra y Política de Tierras en Córdoba. *Revista de Economía y Estadística*, 13(3), 13-44.
- ARQUEROS, M. X., GALLARDO ARAYA, N. L., y SOUZA CASADINHO, J. (2014). *Huertas urbanas agroecológicas: Espacios de acción y reflexión* (Edición del autor).
- ATTADEMO, S. C., WAISMAN, M. A., RISPOLI, M. F., y LUCERO, P. A. (2013). Persistencias y reestructuraciones en la producción familiar. *VII Jornadas de Investigación en Antropología Social Santiago Wallace*, 27 al 29 de noviembre de 2013.
- ÁVILA SÁNCHEZ, H. (Ed.). (2005). *Lo urbano-rural, ¿nuevas expresiones territoriales?* UNAM.
- ÁVILA VÁZQUEZ, M., y NOTA, C. (2011). *Primer Encuentro Nacional de Medicxs de Pueblos Fumigados, Córdoba*. Facultad de Ciencias Médicas, UNC.

- AZCUY AMEGHINO, E. (2010). Orígenes históricos y desarrollo del agro pampeano. *Doc. CIEA*, 6, 205-219.
- _____ y Fernandez, D. (2007). Yo acumulo, tu desacumulas, él se funde: En torno a los mecanismos económicos del proceso de concentración del capital en la agricultura argentina a comienzos del siglo XXI. *V Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, 1-20.
- _____ y Martínez Dougnac, G. (2014). La agricultura familiar pampeana: Notas sobre historia y actualidad. *Eutopía: Desarrollo Económico Territorial*, 6, 41-52.
- BAE Negocios. (2021, marzo 7). Argentina es líder mundial en exportación de maní, ¿quiénes son los principales compradores? <https://www.baenegocios.com/economia/Argentina-es-lider-mundial-en-exportacion-de-mani-quienes-son-los-principales-compradores>
- BALBI, F. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en antropología.*, 13(2), 485-500.
- BALDESSARI, J. (2017). Capítulo 2. Mejoramiento genético. En E. M. FERNANDEZ y O. GIAYETTO (Eds.), *El cultivo de maní en Córdoba: Vol. Segunda Edición ampliada* (pp. 41-56). Universidad Nacional de Río Cuarto.
- BALSA, J. (2006). *El desvanecimiento del mundo chacarero: Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense: 1937-1988*. Universidad Nacional de Quilmes.
- BARBETTA, P. (2014). Aportes a la cuestión jurídica campesina en la Argentina del agronegocio. *Trabajo y Sociedad*, 22, 5-14.
- _____ y DOMÍNGUEZ, D. (2018). *Las dimensiones de análisis del Agronegocio: Aportes para una mirada crítica sobre el agro argentino*. 35.
- BARCHUK, A., SUEZ, L. S., y LOCATI, L. (2017). Cobertura y uso de la tierra en el área periurbana de la ciudad de Córdoba, Argentina. Aportes a la planificación territorial. *Revista de la Asociación Argentina de Ecología de Paisajes*, 7(1), 15-30.
- BARCHUK, A., SUEZ, L. S., LOCATI, L. GUZMÁN, M., y SILBERT, V. (2017). *Manual para la Transición Agroecológica. Serie de Manuales de Buenas Prácticas*. PROTRI.
- BARRI, F. (2013). Resistencia comunitaria de los pueblos fumigados de la Argentina. En GIARRACA, Norma y M. TEUBAL (Eds.), *Actividades extractivas en expansión: ¿Reprimarización de la economía argentina?* (pp. 211-220). Antropofagia.
- BARRI, J. M. (2009). Historia y desafíos de las luchas campesinas en Chaco (Argentina). *Revista Debates*, 3(1), 77-99.
- BARSKY, O., y BEARZOTTI, S. (1991). *El Desarrollo agropecuario pampeano*. IICA Venezuela.
- BARSKY, O., y DÁVILA, M. (2008). *La rebelión del campo: Historia del conflicto agrario argentino*. Sudamericana.
- BARSKY, O., y GELMAN, J. (2001). *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Grijalbo.
- BARTOLOMÉ, L. (2001). *Los colonos de Apóstoles*. editorial Universitaria UNAM.
- BARTRA, A. (2008). *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*. Itaca.
- BARZOLA, E. (2019). La mercantilización del agro y la resistencia contra el extractivismo agrícola sojero en Argentina. *Brazilian Journal of Development*, 5(7).
- BAUMAN, Z. (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa.
- _____ (2007). *Miedo líquido La sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós.
- BENDINI, M., y STEIMBREGER, N. (2005). Integración agroalimentaria. Trayectorias empresariales comparadas en la fruticultura argentina de exportación. En G. NEIMAN, y J. BARBOSA CAVALCANTI (Eds.), *Acerca de la Globalización en la Agricultura. Territorios, Empresas y Desarrollo local en América Latina* (pp. 187-204). CICCUS.

- BENENCIA, R. (2005). Producción, trabajo y migraciones transnacionales: Configuraciones territoriales de la horticultura en Buenos Aires (Argentina). *Perspectivas Regionales*. Seminario-Taller Migración Intrafronteriza en América Central, San José Costa Rica.
- _____ y APARICIO, S. (2014). *Nuevas formas de contratación en el trabajo agrario*. CICCUS
- _____ y FERNANDEZ, E. M. (2017). La emergencia de las nuevas plantas selectoras. Capítulo 19. Calidad, tecnología y mercado de trabajo. En E. M. Fernandez y O. Giayetto (Eds.), *El cultivo de maní en Córdoba: Vol. Segunda Edición ampliada* (pp. 391-410). UNRC
- BENGOA, J. (2003). 25 años de estudios rurales. *Sociologías*, 5(10), 36-98.
- BERNHOLD, C., y PALMISANO, T. (2017). Relaciones sociales, concentración de capital y construcción de consenso en el agronegocio: Un caso de estudio. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 46, 105-140.
- BIDASECA, K. (2000). *El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en lucha: La emergencia de acciones colectivas, nuevos actores rurales y alianzas en el escenario del Mercosur* N.º 12; Cuadernos para el Debat, p. 59. IDES.
- BISANG, R. (2007). El desarrollo agropecuario en las últimas décadas: ¿volver a creer? En B. KOSACOFF (Ed.), *Crisis, recuperación y nuevos dilemas. La economía argentina 2002-2007* (pp. 187-260). Naciones Unidas - CEPAL.
- BISANG, R., SALVATIERRA, G., y ANLLÓ, G. (2010). *Cambios estructurales en las actividades agropecuarias: De lo primario a las cadenas globales de valor*.
- BLASER, M. (2009). The Threat of the Yrmo: The Political Ontology of a Sustainable Hunting Program. *American Anthropologist*, 111(1), 10-20.
- BLENGINO, C. (2013). *Exportaciones de maní* (N.º 60; Revista Alimentos Argentinos, pp. 1-33). Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca. Presidencia de la Nación.
- _____ (2015). *Maní: Informe sectorial N°2* (Área de Estudios Sectoriales, p. 12). Dirección de Agroalimentos.
- BOLSA DE CEREALES DE CÓRDOBA. (2019). *Informe Económico* (Nº 269). Departamento de Economía.
- BOLTANSKI, L. (2000). *El amor y la justicia como competencias: Tres ensayos de sociología de la acción*. Amorrotu Editores.
- _____ y CHIAPELLO, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Ediciones AKAL.
- BONDOLICH, C., MIAZZO, D., PISANI Claro, N., y Di PIETRO, A. (2015). *Contribución socioeconómica de la cadena agroalimentaria del maní. Propuestas de políticas públicas en pos del desarrollo sustentable*. FADA y CFI; Gobierno de la Provincia de Córdoba.
- BONGIOVANNI, R., GILETTA, M., y BARBERIS, N. (2008a). Análisis estructural de la producción y comercio mundial del maní. En R. Bongiovanni (Ed.), *Economía de los cultivos industriales: Algodón, caña de azúcar, maní, tabaco, té y yerba mate* (pp. 51-54). INTA.
- _____, _____, y _____ (2008b). El cluster del maní en Córdoba. En R. BONGIOVANNI (Ed.), *Economía de los cultivos industriales: Algodón, caña de azúcar, maní, tabaco, té y yerba mate* (pp. 45-50). INTA.
- _____, _____, y SÁNCHEZ, C. (2008). Márgenes del maní. En R. BONGIOVANNI (Ed.), *Economía de los cultivos industriales: Algodón, caña de azúcar, maní, tabaco, té y yerba mate* (pp. 39-44). INTA.
- BORRAS, S. M., FRANCO, J. C., ISAKSON, S. R., LEVIDOW, L., y VERVEST, P. (2016). The rise of flex crops and commodities: Implications for research. *The Journal of Peasant Studies*, 43(1), 93-115.
- BOURDIEU, P. (1992). *Las Reglas del Arte. Génesis y estructura del campo*. Anagrama.
- _____ (2004). *El baile de los solteros*. Anagrama.
- _____ (2005). *Las estructuras sociales de la economía*. Manantial.

- BRENNAN, J., y GORDILLO, M. (2008). *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*. De la Campana.
- BUTTEL, F., y LA RAMÉE, P. (1991). The “disappearing Middle”: A sociological perspective. En W. FRIEDLAND, L. BUSCH, F. BUTTEL, y A. RUDY (Eds.), *Towards a New Political Economy of Agriculture* (pp. 151-169). Westview Press inc.
- _____, y NEWBY, H. (1980). *The rural sociology of the advanced societies: A critical perspective*. Croom Helm.
- CABRERA, D. (2006). *Lo tecnológico y lo imaginario. Las nuevas tecnologías como creencias y esperanzas colectivas*. Biblos.
- CÁCERES, D. (2014). Amenazas y desafíos que enfrenta el campesinado en Argentina. ¿Descampesinización o Persistencia? En C. Craviotti (Ed.), *Agricultura Familiar en Latinoamérica. Continuidades, Transformaciones y Controversias* (pp. 205-232). Ciccus.
- _____. (2015). Tecnología agropecuaria y agronegocios. La lógica subyacente del modelo tecnológico dominante. *Mundo Agrario*, 16(31), Article 31.
- CALIGARIS, G. (2017). Las grandes empresas agropecuarias en argentina: Los casos de Cresud y El Tejar. *Cuadernos de Economía*, 36(71), 469-488.
- CALVO, B. (1983). *Memoria Colectiva de Tío Pujio*. Gráfica del Centro Editores.
- _____. (1989). *Historia de Villa María y de sus barrios*. Ed. Poder Legislativo.
- CALZADA, J. (2017). *Commodities. Mercado mundial de semillas y productos químicos agrícolas* (N.º 1811, Semanal del AÑO XXXV). Bolsa de Cereales de Rosario.
- _____. (2018). ¿Quiénes exportaron granos y subproductos en 2017? ¿Cuáles fueron los destinos? (N.º 1849, Semanal del AÑO XXXV). Bolsa de Cereales de Rosario.
- _____, y Rozadilla, B. (2018). *Argentina líder en exportaciones del complejo de maní* (p. 6) [Informativo Semanal]. Bolsa de Comercio de Rosario.
- CAM. (2015). *Caracterización del cluster manisero argentino*. Cámara Argentina del Maní.
- CAMPERCHIOLI, A. (2017). *Tensiones Territoriales en las unidades de producción hortícola: Regulación del uso de “agroquímicos” y genealogía del conflicto*. 31. http://alas2017.easypanners.info/opc/tl/2717_agustina_camperchioli.pdf.
- CÁNOVAS, V. (2007). Estrategias de transmisión y reproducción de patrimonios en la campaña cordobesa: Las capellanías rurales, siglos XIII y XIX. XI. *Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, 7.
- CARINI, G. (2016). *Discursos, prácticas y estrategias en mutación: La Sociedad Rural de Río Cuarto en el marco del nuevo régimen social de acumulación de los noventa* [Doctorado en Historia]. Universidad Nacional de Córdoba.
- CARRASCO, A., SÁNCHEZ, N., y TAMAGNO, L. (2012). *Modelo agrícola e impacto socio-ambiental en la Argentina: Monocultivo y agronegocios*. AUGM y UNLP.
- CARRIZO, C., y BERGER, M. (2013). *Justicia Ambiental. El trabajo interdisciplinario en agrotóxicos y transgénicos*. Universidad Nacional de Córdoba.
- CARSEN, M. V., y GARCÍA-BOSSIO, H. (2020). Desarrollismo y diseño institucional de la Alianza para el Progreso en Argentina. *Revista de historia (Concepción)*, 27(1), 190-211.
- CATTÁNEO, R., IZETA, A., y COSTA, T. (2013). *El patrimonio arqueológico de los espacios rurales de la provincia de Córdoba*. Universidad Nacional de Córdoba.
- CENTENO, A. (2015). *La alimentación en el tambo: Un rubro a considerar* (Hoja de información técnica N° 48, pp. 1-10). Ediciones INTA.
- CERDÁ, J. M., y Muzlera, J. (2015). Transformaciones agrícolas en la Argentina contemporánea. En *Historia, Cultura y Memoria en el mundo rural*. (p. 10). UNQ.
- CHAYANOV, A. (1974). *La organización de la unidad económica campesina* Nueva Visión.
- CHEVALLIER, M. (1981). Les phénomènes néo-ruraux. *L'Espace géographique*, 10(1), 33-47.

- CHUDNOVSKY, D., Trigo, E., Cap, E., y López, A. (Eds.). (2002). *Los transgénicos en la agricultura argentina: Una historia con final abierto* (Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA)) [TX]. Libros del Zorzal.
- CIANCAGLINI, S. (2019, febrero 16). Qué es la UTT, qué propone y cómo se pueden comprar alimentos a precio justo y sin veneno. *La Vaca*. <http://www.lavaca.org/notas/que-es-la-utt-que-propone-y-como-se-pueden-comprar-alimentos-a-precio-justo-y-sin-venenos/>
- _____ (2021). *Agroecología. El futuro llegó*. La Vaca.
- CLARÍN RURAL. (2014, agosto 9). El congreso de Aapresid. Los pioneros de la directa. *Clarín*. https://www.clarin.com/rural/pioneros-directa_0_Sk-7U5ccwm.html
- CLASTRES, P. (2008). *La sociedad contra el estado*. Terramar.
- CLOQUELL, S., ALBANESI, R., PROPERSI, P., PREDA, G., y DE NICOLA, M. (2007). *Familias rurales. El fin de una historia en el inicio de una nueva agricultura*. Homo Sapiens.
- COLOMÉ, R. A. (2009). Bosquejo Histórico de la Agricultura en Argentina hasta Fines del Siglo XIX y los Inicios del Siglo XX. Énfasis en la Caracterización del Productor Agrícola. *Revista de Economía y Estadística*, 47(2), 95-135.
- COMBA, A. (2018). *Los ilegalismos impositivos y la trama de relaciones sociales en la producción, transporte y comercialización agrícola durante la posconvertibilidad en el sur de Córdoba, Argentina* [Doctorado en Ciencias Sociales]. Universidad de Buenos Aires.
- CRAVERO, R. (2021). *Agroecología para existir. La creación de modos de vida y trabajo en el agro pampeano cordobés*. Primer lugar 13º edición del Premio “Eduardo Archetti” a la mejor tesis antropológica de maestría (IDES). Antropofagia.
- CRAVIOTI, C. (2012). Las explotaciones familiares en el agro pampeano: Controversias y perspectivas. *Revista pueblos y fronteras digital*, 7(14), 6-30.
- _____ (2014). Agricultura familiar-Agronegocios: Disputas, interrelaciones y proyectos. *Territorios*, 30, 17-38.
- _____ (2017). La problemática de la coexistencia entre la agricultura familiar y la agroindustria: Una aproximación desde la producción de quesos. *Revista Brasileira de Sociologia*, 5(10), 163-185.
- _____ (2019). Dinámicas multiescalares y empresas globalizadas en la actividad láctea argentina. *Revista mexicana de sociología*, 81(4), 765-796.
- CROVETTO, M. M. (2019). Espacios rurales y espacios urbanos en la teoría social clásica. *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*, 11, 15-31.
- DAVIS, J., y GOLDBERG, R. (1957). A concept of agribusiness. *American Journal of Agricultural Economics*, 39(4), 1042-1045.
- DE LA CADENA, M. (2009). Política indígena: Un análisis más allá de ‘la política’. *Red de Antropologías del Mundo-World Anthropologies Network (WAN-RAM)*, 4, 273-311.
- _____ y MARTÍNEZ MEDINA, S. (2020). In Colombia some cows have raza, others also have breed: Maintaining the presence of the translation offers analytical possibilities. *The Sociological Review*, 68(2), 369-384.
- DELPHY, C. (1985). El enemigo principal. En C. DELPHY (Ed.), *Por un feminismo materialista* (pp. 11-28). LaSal.
- DIRECCIÓN DE CADENAS ALIMENTARIAS. (2019). *Cadena de maní—Resumen* (p. 9).
- DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (1947) IV Censo general de la Nación. Año Tomo II: Censo Agropecuario. Argentina
- DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (1960) Censo Nacional Agropecuario. Argentina
- DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (1969) Censo Nacional Agropecuario. Argentina

- DJENDEREDJIAN, J. (2008). La colonización agrícola en Argentina, 1850-1900: Problemas y desafíos de un complejo proceso de cambio productivo en Santa Fe y Entre Ríos. *América Latina en la Historia Económica*, 30.
- DNL, (DIRECCIÓN NACIONAL DE LECHARÍA). (Serie histórica). *Producción Primaria. Volumen en litros (Serie histórica 1970/1983-2016 y 2015-2020)*.
https://www.magyp.gob.ar/sitio/areas/ss_lecheria/estadisticas/_01_primaria/index.php
- DOMÍNGUEZ, D. (2015). La Soberanía Alimentaria como enfoque crítico y orientación alternativa del sistema agroalimentario global. *Pensamiento Americano*, 8(15), 146-175.
- _____ (2019). Cartografía de la agroecología y las disputas territoriales en argentina. *Revista Nera*, 49, 297-313.
- _____ y Barbeta, P. (2006). Con la soja al cuello: Crónica de un país hambriento productor de divisas. En H. Alimonda (Ed.), *Los tormentos de la materia Aportes para una ecología política latinoamericana* (pp. 248-274). CLACSO.
- _____ y de Estrada, M. (2013). *Asesinatos y muertes de campesinos en la actualidad argentina: La violencia como dispositivo (des)territorializador*.
- DONATO LABORDE, M. G., y ASTEGIANO, N. (2018). Usos corporativos del territorio en el marco del Mercosur: El caso de Fiat-Case New Holland en Argentina. 8(1º), 43-65.
- EDELMAN, M. (2016, agosto 23). *Siete dimensiones del acaparamiento de tierras que todo investigador tendrían que tomar en cuenta*. Conferencia Internacional — Tierras y Territorios en las Américas: Acaparamientos, Resistencias y Alternativas, Bogotá.
- ELIAS, N. (1987). *El proceso de la Civilización. Investigaciones Sociogenéticas y psicogenéticas*. FCE.
- _____ (1998). Hacia una teoría de los procesos sociales. En *La civilización de los padres y otros ensayos* (pp. 139-197). Norma.
- _____ (2008). *Sociología fundamental*. Gedisa.
- ESCOBAR, A. (2014). *La invención del desarrollo*. Editorial Universidad del Cauca.
- FAO (2011). *Global food losses and food waste. Extent, causes and prevention*. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- FAO (2018). *Transformar la alimentación y la agricultura para alcanzar los ODS. 20 acciones interconectadas para guiar a los encargados de adoptar decisiones*. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- FASSIN, D. (2009). Revisiting moral economies. *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 64(6), 1237-1266.
- _____ (Ed.). (2012). *A Companion to Moral Anthropology*. Wiley-Blackwell.
- _____ (2021). Chapter 8 The moral Economy of Life in the Pandemic. En D. Fassin y M. FOURCADE (Eds.), *Pandemic Exposures: Economy and Society in the Time of Coronavirus* (pp. 155-175). HAU.
- FAVRET-SAADA, J. (1990). Être Affecté. *Gradhiva: Revue d'Histoire et d'Archives de l'Anthropologie*, 8, 3-9.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. I., GAZTAÑAGA, J., y QUIRÓS, J. (2017). La política como proceso vivo: Diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 62(231), 277-304.
- FERNÁNDEZ, D. (2012). La organización de la gran empresa mediante nuevos instrumentos financieros en la primera década del siglo XXI. En Azcuy Ameghino, Eduardo (Ed.), *Estudios agrarios y agroindustriales* (pp. 93-135). Imago Mundi.
- _____ (2010). Concentración económica en la región pampeana: El caso de los fideicomisos financieros. *Mundo Agrario*, 11(21), Article 21.
- FERNÁNDEZ, E. M., y GIAYETTO, O. (Eds.). (2017). *El cultivo de maní en Córdoba: Vol. Segunda Edición ampliada*. Universidad Nacional de Río Cuarto.

- FERRERO, R., y CRAVERO, B. F. (2017). *Historia económica de la lechería argentina*. Ediciones del Corredor Austral.
- FERREYRA, A. I. (2012). Las tierras del clero en Córdoba: Estancias, chacras y quintas de seculares y regulares: Argentina, del antiguo régimen a la organización nacional. *Estudios Rurales*, 1(2), 1-43.
- _____ (2018). La circulación de la propiedad rural en Córdoba, 1800—1855. ¿Un mercado incipiente? En A. I. Ferreyra y L. A. Tognetti (Eds.), *Cuestiones agrarias argentinas. La tierra como bien de producción e intercambio* (pp. 1-25). Imago Mundi.
- FORNI, F., y TORT, M. I. (1992). Las transformaciones de la explotación familiar en la producción de cereales de la región pampeana. En J. Jorrat y R. Sautu (Eds.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*. Paidós.
- FRANKLIN, S. (2006). Bio-economies: Bio wealth from the inside out. *Development*, 49(4), 141-143.
- FROSSASCO, G., GARCIA, F., ODORIZZI, A., FERRER MARTINEZ, J., BRUNETTI MARIA, A., y ECHEVERRÍA, A. (2015). *Evaluación de distintos sistemas lecheros intensivos* (pp. 1-10). INTA Manfredi
- FURLANI, A. (2003). *Apuntes para una historia de Yucat* (Edición del autor).
- GAGO, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón.
- GALAFASSI, G. (2012). ¿Qué hay de nuevo viejo? Procesos de movilización y conflictos socio-ambientales. *Conflicto Social*, 8, 8-40.
- _____ (2016). Entre la acumulación primitiva y la reproducción ampliada. Una reactualización del debate y su correlación con la explicación de los conflictos sociales en América Latina. *Política, Revista de Ciencia Política*, 54(2), 49-73.
- GALLACHER, M. (2010). Cambios en la asignación de recursos entre agricultura y ganadería. En L. RECA, D. Lema, y D. FLOOD (Eds.), *El crecimiento de la agricultura argentina. Medio siglo de logros y desafíos* (pp. 191-205). Facultad de Agronomía, UBA.
- GALLO, E. (1983). *La pampa gringa: La colonización agrícola en Santa Fé* Edhasa. Buenos Aires.
- GARCIA, G. (2005). *Perfil descriptivo de la cadena de maní* (pp. 1-15). Subsecretaría de políticas agropecuarias y alimentos. Dirección Nacional de Mercados.
- GARGANO, C. (2013). Ciencia y dictadura: Producción pública y apropiación privada de conocimiento científico-tecnológico. Dinámicas de cooptación y transferencia en el ámbito del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) durante la última dictadura cívico-militar. *Crítica y Emancipación*, 10, 135-174.
- _____ y SOUZA, P. A. (2013). Investigación pública orientada al agro en la Argentina: Apropiación, trayectorias y disputas. *Voces en el Fénix*, 24, 126-133.
- GARZÓN, J. M., y TORRE, N. (2010). *La Cadena Láctea en la Provincia de Córdoba y en Argentina* (p. 100). Fundación IERAL.
- GASTALDI, L., LITWUIN, G., MAEKAWA, M., CENTENO, A., ENGLER, P., CUATRÍN, A., CHIMICZ, J., FERRER, J. L., y GUTIERREZ, M. (2015). *El tambo argentino: Una mirada integral de los sistemas de producción de leche de la Región Pampeana* Ed. INTA
- GAZTAÑAGA, J. (2018). Obras, fotos y trabajo político: Aportes antropológicos sobre su producción social. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, 60, 81-99.
- GIARRACA, N. (1985). Complejos agroindustriales y la subordinación del campesinado. Algunas reflexiones y el caso de los tabacaleros mexicanos. *Estudios Rurales Latinoamericanos*, 8(1).
- _____ (2001). El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha: Protesta agraria y género durante el último lustro en Argentina. En N. Giarraca (Ed.), *Una nueva ruralidad en América Latina* (pp. 129-151). CLACSO.

- _____ (2017). Tres paradojas para repensar la política. En *Estudios rurales y movimientos sociales: Miradas desde el Sur: Antología esencial* (pp. 1037-1065). CLACSO.
- _____ Gras, C., y Barbeta, P. (2005). De colonos a sojeros. Imágenes de la estructura social del sur de Santa Fe. En N. Giarraca y M. Teubal (Eds.), *El campo argentino en la encrucijada*. Alianza.
- _____ y Palmisano, T. (2013). Tres lógicas de producción de alimentos: ¿Hay alternativas al agronegocio? En N. Giarraca y M. Teubal (Eds.), *Actividades extractivas en expansión: ¿Reprimarización de la economía argentina?* (pp. 159-172). Antropofagia.
- _____ y Teubal, M. (2008). Del desarrollo agroindustrial a la expansión del «agronegocio»: El caso argentino. En B. Mançano Fernandes (Ed.), *Campesinato e agronegócio na América Latina: A questão agrária atual* (pp. 139-164). CLACSO.
- _____ y Teubal, M. (2013). Las actividades extractivas en la Argentina. En N. Giarraca y M. Teubal (Eds.), *Actividades extractivas en expansión: ¿Reprimarización de la economía argentina?* (pp. 19-44). Antropofagia.
- _____ (2011). El “desarrollo” en América Latina basado en la extracción de recursos naturales. En *Informe de Derechos Humanos en Argentina* (pp. 330-345). CELS - Siglo XXI.
- _____ y Teubal, M. (Eds.). (2010). *Del paro agrario a las elecciones de 2009: Tramas, reflexiones y debates*. Antropofagia.
- GIAYETTO, O. (2017). Origen, historia y clasificación. En E. M. Fernandez y O. Giayetto (Eds.), *El cultivo de maní en Córdoba: Vol. Segunda Edición ampliada* (pp. 27-38). UNRC
- GIBERTI, H. (1985). *Historia económica de la ganadería argentina*. Hyspamérica.
- GIOBELLINA, B. L., y QUINTEROS, M. G. (2015). *Perspectivas de la agricultura urbana y periurbana en Córdoba. Aportes del programa Pro Huerta a la producción agroecológica de alimentos* Ediciones INTA.
- GLIESSMAN, S. R. (Ed.). (1978). *Seminarios Regionales sobre Agroecosistemas con énfasis en el estudio de tecnología agrícola tradicional*. Editorial CSAT.
- GLOVER, P., y RESNICK, C. (2003). *What we need to know about the corporate takeover of the organic food market. The Corporate Corruption of Organics* (Organic Consumers Association). www.corpororganics.com.
- GOLDMAN, M. (2008). Os Tambores do Antropólogo: Antropologia Pós-Social e Etnografia. *Ponto Urbe*, 3.
- _____ (2015). «Quinhentos anos de contato»: Por uma teoria etnográfica da (contra)mestiçagem. *Mana*, 21(3), 641-659.
- _____ (2016). Cosmopolíticas, etno-ontologías y otras epistemologías. La antropología como teoría etnográfica. *Cuadernos de Antropología Social*, 44, 27-35.
- GÓMEZ, F., y ZUBIZARRETA, I. (2013). *Una Historia de la Lechería Argentina: Desde la colonia hasta nuestros días* (Inforcampo).
- GONZÁLEZ, M. S. (2003). Una aproximación al paisaje vivencial de neorrurales y otros migrantes en una comarca cordillerana. El caso de El Bolsón en la Patagonia Andina. *Revista Geográfica*, 133, 5-25.
- GORDILLO, G. R. (2018). *Los escombros del progreso: Ciudades perdidas, estaciones abandonadas y deforestación sojera en el norte argentino*. Siglo XXI Editores.
- GORENSTEIN, S., BARBERO, A., y ESTRADA, M. E. (2005). Nuevos actores y dinámicas territoriales en el complejo oleaginoso del sur de la provincia de Buenos Aires. En G. NEIMAN, y J. BARBOSA CAVALCANTI (Eds.), *Acerca de la Globalización en la Agricultura. Territorios, Empresas y Desarrollo local en América Latina* (pp. 228-251). CICCUS.
- GRAEBER, D. (2005). Fetishism as social creativity: Or, Fetishes are gods in the process of construction. *Anthropological Theory*, 5(4), 407-438.

- _____ (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*. Fondo de Cultura Económica.
- GRAIN. (2004). *Monsanto y las regalías semilleras en Argentina. O cómo las corporaciones continúan imponiendo sus pretensiones para aumentar sus ganancias con la complicidad de los gobiernos* (A contrapelo). www.grain.org
- GRAIN. (2013). *La República Unida de la Soja Recargada* (A contrapelo). www.grain.org
- GRAMSCI, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo. Sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión.
- GRAS, C. (2013a). *Agronegocios en el Cono Sur. Actores sociales, desigualdades y entrelazamientos transregionales* N.º 36; desigualdades.net Working Paper Series 50, p. 156. International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- _____ (2013b). Expansión agrícola y agricultura empresarial: El caso argentino. *Revista de Ciencias Sociales*, 26(32), 73-92.
- _____ y Cáceres, D. (2017). El acaparamiento de tierras como proceso dinámico. Las estrategias de los actores en contextos de estancamiento económico. *Población y Sociedad*, 24(2), Article 2.
- _____ y Hernández, V. (2008). Modelo productivo y actores sociales en el agro argentino. *Revista Mexicana de Sociología*, 70(2), 227-259.
- _____ (2013b). Los pilares del modelo agribusiness y sus estilos empresariales. En C. GRAS y V. HERNÁNDEZ (Eds.), *El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización* (pp. 17-46). Biblos.
- _____ (2013a). El modelo agribusiness y sus traducciones territoriales. En C. GRAS y V. HERNÁNDEZ (Eds.), *El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización* (pp. 49-66). Biblos.
- _____ (2013a). El modelo agribusiness y sus traducciones territoriales. En C. GRAS y V. HERNÁNDEZ (2015). *Negocios, biotecnología y desarrollo en el agro argentino*. En M. SVAMPA (Ed.), *El desarrollo en disputa: Actores, conflictos y modelos de desarrollo en la Argentina contemporánea* (pp. 69-110). Universidad Nacional de General Sarmiento.
- _____ (2013a). El modelo agribusiness y sus traducciones territoriales. En C. GRAS y V. HERNÁNDEZ (2016a). *Hegemonía, innovación tecnológica e identidades empresariales: 50 años de revoluciones agrícolas en argentina*. *Estudios críticos del desarrollo*, VI(II), 107-128.
- _____ (2013a). El modelo agribusiness y sus traducciones territoriales. En C. GRAS y V. HERNÁNDEZ (2016b). *Radiografía del nuevo campo argentino. Del terrateniente al empresario transnacional*. Siglo XXI.
- _____ (2016c). Modelos de desarrollo e innovación tecnológica: Una revolución conservadora. *Mundo Agrario*, 17(36), e028.
- _____ y SOSA, A. (2013). El modelo de agronegocios de las principales megaempresas agropecuarias. En C. Gras y V. Hernández (Eds.), *El agro como negocio: Producción, sociedad y territorios en la globalización* (pp. 214-236). Biblos.
- GRASSEN, C. (2005). Designer Cows: The Practice of Cattle Breeding Between Skill and Standardization. *Society and Animals*, 13(1), 33-50.
- _____ (2007). Managing cows: An ethnography of breeding practices and uses of reproductive technology in contemporary dairy farming in Lombardy (Italy). *Studies in History and Philosophy of Science Part C: Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 38(2), 488-510.
- GREENPEACE. (2016). *20 años de fracaso. Por qué no han cumplido sus promesas los cultivos transgénicos* (p. 40).

- GROSSO, S., y ALBALADEJO, C. (2009). Los ingenieros agrónomos y la nueva agricultura: Des/reterritorialización de la agricultura. En C. Gras y V. Hernández (Eds.), *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Biblos.
- GUBER, R. (2014). Introduccion. En R. GUBER (Ed.), *Prácticas Etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo* (pp. 13-40). Ides-Miño y Dávila Editores.
- GUDYNAS, E. (2009). Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. En J. Schudt, A. ACOSTA, A. BARANDIARÁN, A. BEBBINGTON, M. FOLCHI, CEDLA, A. ALAYZA, Y E. GUDYNAS (Eds.), *Extractivismo, política y sociedad* (pp. 187-225). CAAP y CLAES.
- GUTMAN, G., y GATTO, F. (Eds.). (1990). *Agroindustrias en Argentina. Cambios productivos y organizativos recientes*. CEAL.
- _____ GUIGUET, E., y REBOLINI, J. (2005). *Los ciclos en el complejo lácteo argentino: Análisis de políticas lecheras en países seleccionados*.
- _____ y LAVARELLO, P. (2002). Transformaciones recientes de las industrias de la alimentación en Argentina: Transnacionalización, concentración y (des) encadenamientos tecnológicos. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 2(17), 65-92.
- GUZMÁN, L. A., CASTOLDI, L., y MIZDRAJE, D. (2019). Entre la interpretación conceptual y la práctica real. Ordenanza Municipal de Resguardo Ambiental en Villa María, Córdoba. *Investigación + Acción*, 22, 58-73.
- _____ MIZDRAJE, D., CASTOLDI, L., y BECKER, A. (2020). Conceptualización del periurbano villamariense y las actividades agrícolas presentes. *Proyección. Estudios Geográficos y de Ordenamiento Territorial*, 14(27), 80-100.
- HADAD, M. G., PALMISANO, T., y WAHREN, J. (2021). Socio-territorial Disputes and Violence on Fracking Land in Vaca Muerta, Argentina. *Latin American Perspectives*, 48(1), 63-83.
- HALPERIN DONGHI, T. (1976). ¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador el caso argentino (1810-1914). *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas (Anuario de Historia de América Latina)*, 13, 437-489.
- HARAWAY, D. (2008). *When Species Meet* (Vol. 3). University of Minnesota Press.
- _____ (2016). *Staying with the Trouble: Making kin in the Chthulucene*. Duke University Press.
- HARVEY, D. (2012). *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Akal.
- HELMREICH, S. (2008). Species of Biocapital. *Science as Culture*, 17(4), 463-478.
- HERMIDA, R. (2006). *El Balance de la Economía Argentina* (Instituto de Investigaciones Económicas). Bolsa de Comercio de Córdoba.
- HERMITTE, E. (2002). La observación por medio de la participación. En S. Visacovsky y R. GUBER (Eds.), *Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina*. Antropofagia.
- Hermite, E., y Herrán, C. (1970). Patronazgo o cooperativismo. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 2, 293-316.
- HERNÁNDEZ, V. (2007). El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador. *Desarrollo Económico*, 47(187), 331-365.
- HERNÁNDEZ, V. (2009). La ruralidad globalizada y el paradigma de los agronegocios en las pampas gringas. En C. Gras y V. Hernández (Eds.), *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios* (pp. 39-64). Biblos.
- HERNÁNDEZ, V. (2019). Postura antropológica en tiempos de tecnociencia y espectáculo. En M. EPELE y G. ROSANA (Eds.), *Malestar en la etnografía. Malestar en la antropología* (pp. 148-169). IDES.
- HERNÁNDEZ, V., MUZI, M. E., y FOSSA, M. F. (2013). Figuras socioproductivas de la ruralidad pampeana. En C. GRAS y V. HERNANDEZ (Eds.), *El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización* (pp. 151-170). Biblos.

- HOCSMAN, L. D., y ROMANO, M. (2018). Política de tierras, capital agrario y control social. Actual fase de resistencia de la lucha campesina en Argentina. En B. MANÇANO, L. F. RINCÓN, y R. KRETSCHMER (Eds.), *La actualidad de la reforma agraria en América Latina y El Caribe* (pp. 189-204). CLACSO.
- HOLIFIELD, R., y DAY, M. (2017). A framework for a critical physical geography of 'sacrifice zones': Physical landscapes and discursive spaces of frac sand mining in western Wisconsin. *Geoforum*, 85, 269-279.
- HOLLOWAY, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. (2º edición). Revista Herramienta - Universidad Autónoma de Puebla.
- IACHETTA, J. (2019, octubre 31). Córdoba: Los tambos estabulados siguen creciendo. *Todo Agro*. <https://www.todoagro.com.ar/cordoba-los-tambos-estabulados-siguen-creciendo/>
- INASE. (2017). *Resultado de Campaña Soja – Campaña 2015-2016 Registro de Usuarios de Semillas (RUS)*. Instituto Nacional de Semillas de la República Argentina, Ministerio de Agroindustria de la Nación.
- INFOCAMPO. (2006, abril 7). Un grupo indio compró advanta. *Infocampo*. <https://www.infocampo.com.ar/un-grupo-indio-compro-advanta/>
- INGOLD, T. (1990). Society, Nature and the Concept of Technology. *Archaeological Review from Cambridge*, 9(1), 5-17.
- _____ (2010). Bringing Things Back to Life: Creative Entanglements in a World of Materials. *Realities Working Papers*, 15, 1-14.
- _____ (2015). Desde la complementariedad a la obviación: Sobre la disolución de los límites entre la Antropología social, biológica, arqueología y psicología. *Avá. Revista de Antropología*, 26, 12-51.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS (INDEC). (1988). Censo Nacional Agropecuario. Argentina.
- _____ (2002). Censo Nacional Agropecuario. Argentina.
- _____ (2010). Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda. Argentina
- _____ (2018). Censo Nacional Agropecuario. Argentina.
- INTASCHI, D., y HERNÁNDEZ, V. (2010). Nuevos actores en el escenario rural de San Cayetano. Su contribución al desarrollo local. *15º Jornadas Nacionales de Extensión Rural y del Mercosur*, 1-20.
- _____ y _____ (2018). Recomposiciones territoriales: Producción y participación en la sociedad rural de San Cayetano. En G. PREDA, D. MATHEY, y G. PRIVIDERA (Eds.), *Heterogeneidad social en el campo argentino* (Ediciones INTA, pp. 199-212).
- IPARRAGUIRRE, P. (2014). Promoción agrícola regional y productores familiares. La producción de maní en la provincia de Córdoba en las décadas de 1950 y 1960. En G. OLIVERA, G. CARINI, y M. I. DELLAVALLE (Eds.), *El agro cordobés en el siglo XX: entramados productivos, políticos y sociales desde una perspectiva histórica*. Editorial UNC
- ITURRALDE, R. (2020). *¿Del agronegocio a la agroecología? Un estudio de caso en la ciudad de Trenque Lauquen, provincia de Buenos Aires, sobre la implementación de una Ordenanza Municipal de Regulación General de Agroquímicos* [Tesis doctoral en Antropología]. Universidad de Buenos Aires.
- JOENSEN, L. (2007). Pueblos fumigados en Argentina. En J. RULLI (Ed.), *Repúblicas Unidas de la Soja: Realidades sobre la producción de soja en América del Sur* (pp. 159-190). Grupo Reflexión Rural.
- KAUTSKY, K. (2002). *La cuestión agraria*. Siglo XXI.
- KOBERWEIN, A. (2012). *Microcrédito, relaciones personalizadas, economía y política. El crédito para los pobres, de Bangladesh a la Argentina*. Antropofagia.

KUNIN, J. (2019). *El poder del cuidado: Mujeres y agencia en la pampa sojera argentina* [Tesis doctoral en Antropología]. Universidad Nacional de San Martín.

_____ y Lucero, P. (2020). Percepción social del riesgo y dinámicas de género en la producción agrícola basada en plaguicidas en la pampa húmeda Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad - Revista Latinoamericana*, 0(35), 58-81.

LAFARGUE, P. (2005). El derecho a la pereza. En E. Sartelli (Ed.), *Contra la cultura del trabajo: Una crítica marxista del sentido de la vida en la sociedad capitalista* (pp. 193-221). Razón y Revolución. https://www.socioeco.org/bdf_fiche-document-5155_es.html

LANCIOTTI, N. S., y TUMINI, E. I. (2013). *La industria invisible: La producción de aceites en Argentina y Santa Fe, 1895-1940*. 7(13), 1-23.

LAPEGNA, P. (2019). *La Argentina transgénica: De la resistencia a la adaptación, una etnografía de las poblaciones campesinas*. Siglo XXI Editores.

LATOUR, B. (2001). *La Esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Gedisa.

LATOUR, B. (2008). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantiales.

LATTUADA, M. (1986). *La política agraria peronista, (1943-1983)*. CEAL.

_____ (2006). *Acción colectiva y corporaciones agrarias en la Argentina. Transformaciones institucionales a fines del siglo XX*. Universidad Nacional de Quilmes.

LEFEBVRE, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.

LENIN, V. I. (1974). *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (Editorial Progreso).

LERUSSI, M., MARINELLI, V., GIOBELLINA, B., MARI, N., ANDRADA, P., GASPARETTI, G., PEROZZI, M., PELLEGRINO, F., MANTESSE, D., PALACIO, J., y DI PAULI, L. (2017). Mapeo zonas de resguardo ambiental de distintas localidades de la provincia de Córdoba. *1º Encuentro Nacional sobre periurbanos e interfases críticas*.

LEWKOWICZ, J. (2021, julio 17). El impacto de la nueva ley de biocombustibles. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/355312-el-impacto-de-la-nueva-ley-de-biocombustibles>

LIAUDAT, M. D. (2015). La construcción hegemónica de las entidades técnicas en el agro argentino: Análisis de los discursos de AAPRESID y AACREA en la última década. *Mundo Agrario*, 16(32), Article 32.

LINNÉ, T., y PEDERSEN, H. (2016). 6 With Care for Cows and a Love for Milk: Affect and Performance in Swedish Dairy Industry Marketing Strategies. En A. Potts (Ed.), *Meat Culture* (Vol. 17, pp. 109-128). Brill.

LOCATI, L. (2020). *Propuestas de reglamentación para la definición de zonas de resguardo ambiental y de promoción de la producción agroecológica*. Brujas.

LÓDOLA, A. (2008). *Contratistas, cambios tecnológicos y organizacionales en el agro argentino* (Colección Documentos de proyectos, p. 47). CEPAL y Naciones Unidas. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/36772>

_____ y FOSSATI, R. (2004). *Servicios agropecuarios y contratistas en la Provincia de Buenos Aires: Régimen de Tenencia de la Tierra, Productividad y Demanda de Servicios Agropecuarios* (N.º 115; Documento de Trabajo, p. 2). Universidad de Belgrano.

_____ y MORRA, F. (2019). *Cadenas de valor agroalimentarias. Evolución en el nuevo contexto macroeconómico. 2016/2018*. Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, Argentina.

LÓPEZ CASTRO, N. (2017). Transformaciones sociales en el agro pampeano de las últimas décadas: Concentración, persistencia de la producción familiar y su potencial aporte a un nuevo modelo de desarrollo. En G. De Martinelli y M. Moreno (Eds.), *Agronegocios en la región pampeana: Tensiones por la imposición de un modelo concentrador* (pp. 259-290). Universidad Nacional de Quilmes.

- LUZZI, M. D., y WILKIS, A. (2019). *El Dólar: Historia de una moneda argentina*. Crítica. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/108698>
- LUZZI, N. (2007). *O debate agroecológico no Brasil: Uma construção a partir de diferentes atores sociais* [Tesis para Doctorado en Ciencias Sociales en Desarrollo, Agricultura y Sociedad]. Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro.
- MACHADO ARÁOZ, H., y ROSSI, L. J. (2017). Extractivismo minero y fractura sociometabólica. El caso de Minera Alumbrera Ltd., a veinte años de explotación. *RevIISE - Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 10(10), 273-286.
- MACHADO, D., y ZIBECCHI, R. (2016). *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*. Ediciones desde abajo.
- MAGyP (Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación). (s. f.). *Estimaciones Agrícolas. Datos de cultivos desde 1970—2021*. <https://datosestimaciones.magyp.gob.ar/>
- MALDONADO, G. I., y BUSTAMANTE, M. (2019). Una tipología de los actores sociales en el agro pampeano del sur cordobés, Argentina. *Cuadernos Geográficos*, 58(3), 234-258.
- MALINOWSKI, B. (1985). *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Planeta-De Agostini.
- _____ (1986). *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Planeta-De Agostini.
- MANACHINO, I. M. de P. (2009). Inserción socio-económica de los italianos en Córdoba. 1876 y 1914. *RiMe. Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea*, 3, 113-132.
- MANÇANO FERNANDES, B. (2004). *Cuestión Agraria: Conflictualidad y desarrollo territorial*. 39.
- _____ (2009). Sobre a tipologia de territórios. En M. A. Saquet y E. S. Sposito (Eds.), *Territórios e territorialidades: Teorias, processos e conflitos* (pp. 197-216). Expressão Popular.
- _____ (2012). Disputas territoriales entre el campesinado y la agroindustria en Brasil. *Cuadernos del CENDES*, 29(81), 1-22.
- MANCUSO, W., y TERÁN, J. C. (2008). El sector lácteo argentino. *XXI curso internacional de lechería para profesionales de América Latina*, 13-22. <https://docplayer.es/16072729-El-sector-lacteo-argentino.html>
- MANILDO, L. (2013). *La identidad chacarera en las grietas del paisaje sojero*. Imago Mundi.
- MANZANAL, M. (2000). Los Programas de Desarrollo Rural en la Argentina (en el contexto del ajuste macroeconómico neoliberal). *EURE (Santiago)*, 26(78), 77-101.
- _____ y ROFMAN, A. (1989). *Las economías regionales de la Argentina, crisis y políticas de desarrollo*. Centro Editor de América Latina; Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR).
- MARINELLI, A., MARCH, G., y ODDINO, C. (2017). Enfermedades fúngicas del maní. En E. M. Fernandez y O. Giayetto (Eds.), *El cultivo de maní en Córdoba: Vol. Segunda Edición ampliada* (pp. 391-410). Universidad Nacional de Río Cuarto.
- MARRONE, I., y WALKER, M. M. (2001). Imaginarios contrapuestos en la filmografía del agro pampeano argentino. *Mundo Agrario*, 2(3), 1-20.
- MARTÍNEZ DOUGNAC, G. (2008). *Notas sobre los procesos de concentración económica en el corazón sojero de la Pampa Húmeda* N.º 3; Documentos del CIEA, pp. 97-118. Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios.
- MARTÍNEZ DOUGNAC, G. (2013). De los márgenes al boom. Apuntes para una historia de la sojización. En G. Martínez Dougnac (Ed.), *De especie exótica a monocultivo. Estudios sobre la expansión de la soja en Argentina* (pp. 1-38). Imago Mundi.
- MARTÍNEZ DOUGNAC, G. (2014). Disputas, acaparamiento y despojo de tierras en la Argentina: “no es la soja, es el capitalismo...”. *Revista ALASRU (Nueva Época)*, 10, 231-256.
- MARTÍNEZ DOUGNAC, G. (2016). *Monocultivo sojero, concentración económica, acaparamiento y despojo de tierras: Formas actuales de la expansión del capital en la agricultura argentina*. Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios.

- MASSEI, A. (2018). Colonización, producción y mercado de tierras en la colonia. Deán Funes, 1894-1944. Estudios de casos. En A. I. Ferreyra y L. A. Tognetti (Eds.), *Cuestiones agrarias argentinas. La tierra como bien de producción e intercambio* (pp. 61-79). Imago Mundi.
- MAUSS, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz.
- MAYG (Ministerio de Agricultura y Ganadería de Córdoba). (2018). *Registro de Productores Lácteos (RPL)*. <https://agricultura.cba.gov.ar/institucional/graficos-rpl.php>
- MCMICHAEL, P. (2005). Global Development and The Corporate Food Regime. En F. H. BUTTEL Y P. MCMICHAEL (Eds.), *New Directions in the Sociology of Global Development* (Vol. 11, pp. 265-299). Emerald Group Publishing Limited.
- MEIRELLES, L. (2000). Produto Orgânico ou Produto Ecológico? *Centro Ecológico Ipé-Serra*. www.centroecologico.org.br.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA. (1937). *Censo Nacional Agropecuario* (Agricultura. Tomo I, Primera Parte).
- MÓDULO NACIONAL TECNOLOGÍAS DE FORRAJES CONSERVADOS. (2016). *Segadoras acondicionadoras. El secreto de la rentabilidad en el corte de alfalfa* (Especial corte de alfalfa N.º 2; p. 20). INTA.
- MÓDULO TECNOLOGÍAS DE FORRAJES CONSERVADOS. (2015). *Tecnologías de picado para ensilado de cultivo de maíz* (Actualización técnica Nro. 87; p. 16). INTA.
- MONSANTO PAPERS. (s. f.). *Recopilación del material publicado sobre el primer juicio a la multinacional transgénica y su Roundup*. La Vaca. <http://monsantopapers.lavaca.org>
- MORAGA, V. (2021, abril 8). Agroecología en Guaminí: Otro campo es posible. *Nuestras Voces*. <https://www.nuestrasvoces.com.ar/crisis-climatica/agroecologia-en-guamini-otro-campo-es-posible/>
- MORENO, M. (2017). Organización del trabajo en el agro pampeano: Análisis sobre la tercerización de labores en empresas de distinto perfil en tres partidos en la provincia de Buenos Aires. *Pampa: Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*, 0(16), 35-54.
- MURMIS, M. (1994). Incluidos y excluidos en la reestructuración del agro latinoamericano. *Debate Agrario*, 18(101), 101-133.
- MURMIS, M., y MURMIS, M. R. (2012). El caso de Argentina. En F. Soto Baquero y S. GÓMEZ (Eds.), *Dinámicas del mercado de la tierra en América Latina y el Caribe: Concentración y extranjerización* (pp. 15-57). Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- MUZLERA, J. (2010a). Contratismo de maquinaria agrícola en la Región Pampeana. Organización del trabajo y estrategias de capitalización. *Revista Pilquen - Sección Ciencias Sociales*, 13, 1-10.
- _____ (2010b). Los contratistas de servicios agropecuarios. Historias productivas y estrategias de capitalización. *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, 1-20
- _____ (2012). Reproducción y cambio social entre los chacareros pampeanos estrategias de adaptación y recambios generacionales (1991-2012). *Estudios Rurales*, 1(3), 280-303.
- _____ y HERNÁNDEZ, V. (2016). El contratismo y su integración al modelo de agronegocios: Producción y servicios en la región pampeana. *Mundo Agrario*, 17(34), e005
- NAROTZKY, S. (2015). Economías ordinarias: Valores escondidos. Otra antropología de la crisis desde el sur de Europa. *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1(2), 67-76.
- NEIMAN, G. (2003). La calidad como articuladora de un nuevo espacio productivo y de organización del trabajo en la vitivinicultura mendocina. En M. Bendini, J. Barbosa CAVALCANTI, M. MURMIS, y P. TSAKOUMAGKOS (Eds.), *El campo en la Sociología actual* (pp. 291-314). La Colmena.

- _____. BLANCO, M., y NEIMAN, M. (2020). De contratistas de maquinarias a prestadores de servicios. Tensiones y disputas en la agricultura tercerizada de la región pampeana argentina. *Mundo Agrario*, 21(48), e155-e155.
- _____. y Bocco, A. (2005). Estrategias empresarias y transnacionalización de la vitivinicultura en la Argentina. En G. NEIMAN, y J. BARBOSA CAVALCANTI (Eds.), *Acerca de la Globalización en la Agricultura. Territorios, Empresas y Desarrollo local en América Latina* (pp. 205-227). CICCUS.
- _____. y CRAVIOTI, C. (Eds.). (2005). *Entre el campo y la ciudad. Desafíos y estrategias de pluriactividad en el agro*. CICCUS.
- NICHOLLS, C. I., ALTIERI, M. A., y VÁZQUEZ, L. L. (2015). Agroecología: Principios para la conversión y el rediseño de sistemas agrícolas. *Agroecología*, 10(1), 61-72.
- NIMO, A. (1946). *Arqueología de Laguna Honda* (Yucat. Provincia de Córdoba), (Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore “Dr. Pablo Cabrera”).
- NOEL, G. D. (2011). Guardianes del paraíso. Génesis y genealogía de una identidad colectiva en Mar de las Pampas, Provincia de Buenos Aires. *Museo de Antropología*, 211-226.
- NOGUÉ, J. (1988). El fenómeno neorrural. *Agricultura y sociedad*, 47, 145-175.
- NOGUEIRA, M. E. (2011). *Estado y sector lácteo. Historia reciente de la construcción de políticas públicas: Argentina, 1983-2008*. Prohistoria Ediciones.
- _____. (2020). Construcción de Ciudadanía en la agricultura familiar. Algunas reflexiones para el Caso argentino (2004-2019). *Kultur*, 7(14), 139-166.
- _____. URCOLA, M. A., y LATTUADA, M. (2017). La gestión estatal del desarrollo rural y la agricultura familiar en Argentina: Estilos de gestión y análisis de coyuntura 2004-2014 y 2015-2017. *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, 2(4), OBSCHATKO, E. (1989). *Informe final Factores determinantes de la modernización del subsector granos en Argentina* (Programa de Análisis y Planificación de la Política Agraria; Seminario-Taller Procesos de Modernización de la Agricultura en América Latina y el Caribe, p. 79). IICA. <https://repositorio.iica.int/handle/11324/14698>
- OCLA. (2018). *Ranking de los 20 principales procesadores mundiales—2018*. Observatorio de la Cadena Láctea Argentina.
- OCLA. (2020). *Análisis cantidad de Unidades Productivas y cantidad de vacas*. Observatorio de la Cadena Láctea Argentina.
- OCLA. (2021). *Argentina: Ranking de Industrias Lácteas 2020/2021*. Observatorio de la Cadena Láctea Argentina.
- OCVIRK, V. (2021, agosto 15). Una guía para entender qué se juega con la Hidrovía | En septiembre comienza la gestión pública, que sería por un período corto hasta lanzar una nueva licitación. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/360854-una-guia-para-entender-que-se-juega-con-la-hidrovia>
- OLIVEIRA, D. (2014). *Produção de conhecimentos e inovações na agricultura ecológica: O caso da Associação dos Agricultores Ecologistas de Ipê e Antônio Prado (AECIA)* [Tesis para Doctorado en Desarrollo Rural]. Facultad de Ciencias Económicas, Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- OLIVERA, G. (2006). Cooperativas, crédito estatal y desarrollo rural. Una primera aproximación a su estudio en el caso de Córdoba (1940- 1960). *Mundo Agrario*, 6(12), 25.
- _____. (2011). Agroindustria láctea, regulación estatal y cooperativismo, 1930-1955. *Mundo Agrario*, 11(22), 1-32.
- _____. (2013). Cultura cooperativa y gestión empresarial en la cuenca lechera cordobesa-santafesina: Argentina, fines del siglo XIX a 1970. *América Latina en la historia económica*, 20(1), 199-232.
- _____. (2014). Pasado y presente en el agro pampeano cordobés: Agricultura familiar y nueva ruralidad en el departamento San Justo. En G. OLIVERA, G. CARINI, y M. I.

- DELLAVALLE (Eds.), *El agro cordobés en el siglo XX: entramados productivos, políticos y sociales desde una perspectiva histórica*. Universidad Nacional de Córdoba.
- _____ (2020). SanCor. En J. Muzlera y A. Salomón (Eds.), *Diccionario del agro iberoamericano* (Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR) de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)). Teseo.
- ORTIZ, M. L. (2012). Memorias que hacen historia. La cultura obrera y sus tradiciones en la Provincia de Córdoba durante la década del setenta. *Aletheia*, 2(4), 14.
- ORTNER, S. (2015). Sobre el neoliberalismo. *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1(1), 126-135.
- _____ (2016). *Atropología y teoría social: Cultura, poder y agencia*. Universidad Nacional de Gral. San Martín.
- OSAS, (Observatorio Socioambiental de la Soja). (2015). *Informe anual. Analizando la actualidad, previendo el futuro*.
- OTTMANN, G. S., RENZI, D. G., MIRETTI, A., y SPIAGGI, E. (2013). Sustainability of Production Practices from an Agro-Ecological Perspective in Two Farms, Santa Fe Province, Argentina. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 37(4), 430-443.
- PÁGINA 12. (2010, mayo 13). Fumigaciones de alto riesgo. *Página 12*.
<https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-145590-2010-05-13.html>
- PALMISANO, T. (2018a). Desregulación económica en el agro en los 90s. Un análisis sobre su problematización pública y privada a partir del estudio de casos. *Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*, 17(29), 37-67.
- PALMISANO, T. (2018b). Las agriculturas alternativas en el contexto del agronegocio. Experiencias en la provincia de Buenos Aires, Argentina. *Estudios sociales (Hermosillo, Son.)*, 28(51), 297-313.
- PARDÍAS, S. (2017). Mujeres tameras: Transformaciones en el trabajo productivo y reproductivo en establecimientos lecheros familiares de Entre Ríos, Argentina. *Antropologías del Sur*, 7(6), 179-198.
- PAZ, R. (2008). Mitos y realidades sobre la agricultura familiar en Argentina: Reflexiones para su discusión. *Problemas del desarrollo*, 39(153), 57-82.
- PECHLANER, G., y OTERO, G. (2010). The Neoliberal Food Regime: Neoregulation and the New Division of Labor in North America. *Rural Sociology*, 75(2), 179-208.
- PEDERNEIRA, J. A. (1970). *Historia de la ciudad de Villa María*. Centro de Investigaciones Históricas Ramón J. Cárcano de la Escuela Normal Víctor Mercante.
- PEIRANO, M. (2014). Etnografía ão é método. *Horizontes Antropológicos*, 20(42), 377-391.
- PENGUE, W. (2005a). *Agricultura industrial y transnacionalización en América Latina: La transgénesis de un continente*. PNUMA.
- _____ (2005b). Deuda ecológica con la agricultura: Sustentabilidad débil y futuro incierto en la Pampa argentina. *Ecología Política*, 29, 55-74.
- PERELMUTER, T. (2021). *Propiedad intelectual y cercamiento de semillas en Argentina 1973-2015*. El Colectivo - IEALC.
- PICCIANI, A. L. (2019). *Nueva ruralidad y uso corporativo del territorio ¿Redefinición de fronteras ruralurbanas? El caso de las localidades del sur del departamento Río Cuarto (1995-2015)* [Doctorado en Geografía]. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PORCHER, J., y SCHMITT, T. (2012). Dairy cows: Workers in the shadows? *Society and Animals*, 20(1), 39.
- POSADA, M. (1995). La agroindustria láctea pampeana y los cambios tecnológicos. *Debate Agrario, CEPES*, 21, 85-113.
- POTH, C. (2013). *La ciencia en el Estado. Un análisis del andamiaje regulatorio e institucional de las biotecnologías agrarias en Argentina* N.º 36; *desiguALdades.net* 50, p. 48. International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.

- PUCCIARELLI, A. R. (1996). El poder material de la burguesía terrateniente. Notas sobre la evolución de la noción de latifundio. (Primera parte 1900/1950). *Cuadernos del CISH*, 1(1), 31-51.
- QUARANTA, G. (2003). *Reestructuración, organización del trabajo y mediería en la producción lechera de la pampa húmeda bonaerense* (p. 92). Centro de Estudios e Investigaciones Laborales.
- QUATTROCHI, H. (2019). *Mitos y verdades de la lechería argentina*. Jornadas Lecheras Nacionales, Villa María.
- QUIRÓS, J. (2006). *Cruzando la Sarmiento: Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Antropofagia.
- _____ (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Antropofagia.
- _____ (2014). Neoaluvión zoológico. Avatares políticos de una migración de clase. *Cuadernos de antropología social*, 39, 9-38.
- _____ (2019). Por una etnografía viva. Un llamado a des-intelectualizar el “punto de vista nativo”. En R. Guber (Ed.), *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía* (pp. 183-204). Editorial SB.
- _____ (2021). Traslasierra: Gente de trabajo que nadie registró (N.º 6) [Podcast]. En *Historias de acá: Antropología pública en la vida de Traslasierra*. <https://museoantropologia.unc.edu.ar/2021/05/31/historias-de-aca/>
- RAMÍREZ, D. (2017). Un abordaje histórico de la actividad forestal en Misiones: Del frente extractivo al agronegocio forestal. *Folia Histórica del Nordeste*, 30, 29-49.
- RAMOS BERRONDO, J. (2013). ¿Productores o pobres rurales? El poder y la agencia en las políticas de la Subsecretaría de Agricultura Familiar en Chaco. *VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social*.
- RAPOPORT, M. (2014). *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*. Debate.
- RATIER, H. (1997). Vigencia actual del gaucho y de lo gauchesco en la región pampeana argentina. *II Reunion de Antropologia del Mercosur*, 24, 19-30.
- _____ (2003). Estrategias regresivas en la pampa globalizada y las fronteras entre lo rural y lo urbano. *RUNA*, 24(1), 233-255.
- _____ Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión. *Revista de Ciências Humanas*, 31, 9-29.
- REBÓN, J., KASPARIAN, D. R., y HERNÁNDEZ, M. C. (2015). La economía moral del trabajo. La legitimidad social de las empresas recuperadas. *Trabajo y Sociedad*, 25(6), 173-194.
- RED DE MANEJO DE PLAGAS. (2019). *Relevamiento REM: la resistencia a glifosato ya no es la única amenaza*. Aapresid.
- REDACCIÓN AGROVOZ. (2021, octubre 19). Biocombustibles: El Gobierno cumplió la promesa y eliminó la desventaja para el etanol de maíz. *La Voz del Interior*. <https://www.lavoz.com.ar/agro/actualidad/biocombustibles-el-gobierno-cumplio-la-promesa-y-elimino-la-desventaja-para-el-etanol-de-maiz/>
- ROBIN, M.-M. (2012). *El veneno nuestro de cada día: La responsabilidad de la industria química en la epidemia de enfermedades crónicas*. De la Campana.
- ROIG, A. (2017). Financiarización y derechos de los trabajadores de la economía popular. En E. PERSICO, F. NAVARRO, A. GEANDET, A. ROIG, y P. CHENA (Eds.), *Economía popular. Los desafíos del trabajo sin patrón* (pp. 87-102). Colihue.
- ROSSI, E. (Ed.). (2018). *Antología Toxicológica del Glifosato*. Naturaleza de Derecho.
- ROSSI, M. A., ASEF, M. F., BECERRA, E., BERGERO, M., BULGARELLI, V., y SALVIA, N. (2014). *Informe Final Mapa productivo de la provincia de Córdoba* (p. 505). Consejo federal de inversiones (CFI) Fundación Banco Provincia de Córdoba.

- RULLI, J. (2009). *Pueblos Fumigados: Los efectos de los plaguicidas en las regiones sojeras*. Del Nuevo Extremo.
- SAHLINS, M. (2008). *Islas de Historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Gedisa
- SÁNCHEZ, G. (2016). Crecimiento, modernización y desigualdad regional. La Belle Époque argentina. *Estudios Avanzados*, 25, 42-67.
- SANTOS, M. (2000). *La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo, razón y emoción*. Ariel.
- SARANDÓN, S. (Ed.). (2011). La Agroecología: Su rol en el logro de una agricultura sustentable. *Material didáctico del Curso de Agroecología y Agricultura Sustentable*.
- SARANDÓN, S., y MARASAS, M. E. (2015). Breve historia de la agroecología en la Argentina: Orígenes, evolución y perspectivas futuras. *Agroecología*, 10(2), 93-102.
- SARMIENTO, C., y ROSSI, L. (2020). *Córdoba agroecológica*. UniRío.
- SARTELLI, E. (Ed.). (2008). *El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía*. Ediciones RyR.
- SAUER, S., y BALESTRO, M. (Eds.). (2009). *Agroecologia e os desafios da transição agroecológica*. Expressão Popular.
- SCHAIGORODSKY, E., y GRASSO, M. (2017). Relaciones de trabajo en los tambos de la cuenca lechera de Villa María (Argentina). Persistencias y cambios entre 2003 y 2012. En S. ROITMAN y V. SABATTINI (Eds.), *La trama productiva láctea de Villa María: Problemáticas y abordajes desde las Ciencias Sociales* (1ª ed., pp. 46-58). UNVM
- SCHIAVONI, G. (2020). Concordancias ontológicas e hibridaciones técnicas. Los alimentos agroecológicos en Misiones. En A. PADAWER (Ed.), *El mundo rural y sus técnicas* (Vol. 41, pp. 179-213). Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.
- SCHMITT, C. J. (2010). Economía Solidária e Agroecologia: Convergências e desafios na construção de modos de vida sustentáveis. *Mercado de Trabalho*, 42, 55-64.
- SCOTT, J. C. (1976). *Moral Economy of the Peasant. Rebellion and subsistence in Southeast Asia* (N.º 26). Yale University Press.
- SCOTT, J. C. (2004). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Era.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (1991). Hacia un desarrollo agroecológico desde el campesinado. *Política y Sociedad*, 9, 57-72.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (2002). A perspectiva sociológica en agroecología. *Revista Agroecologia e Desenvolvimento Rural Sustentável*, 3(1), 18-28.
- SEVILLA GUZMÁN, E., y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (Eds.). (1993). *Ecología, campesinado e historia*. Ediciones Endymion.
- SEVILLA GUZMÁN, E., y SOLER MONTIEL, M. (2009). Del desarrollo rural a la agroecología. Hacia un cambio de paradigma. , *Documentación Social*, 155, 23-39.
- SHIVA, V. (2008). *Los monocultivos de la mente*. Fineo.
- SIGAUD, L. (1996). Direito e coerção moral no mundo dos engenhos. *Revista Estudos Históricos*, 9(18), 361-388.
- SIGAUD, L. (2005). As condições de possibilidade das ocupações de terra. *Tempo Social*, 17(1), 255-280.
- SIMONASSI, M. R. (2016). *Abriendo fronteras en el sur cordobés: El cacique Ignacio Muturo y el padre Francisco Lucas Caballero La presencia jesuítica en el Río Cuarto y la primera reducción de pampas a fines del siglo XVII* [Tesis de Licenciatura Especializada en Historia de la Iglesia]. Facultad de Teología, Universidad Católica Argentina.
- SOSA, A. (2019). Estrategias de legitimación de la producción flexible en el agro. Un análisis de las prácticas discursivas de las empresas en red (Argentina). *Mundo Agrario*, 20(45), e124.
- SOSA, A., y FREDERICO, S. (2018). Las estrategias empresariales del agronegocio en la era de la financiarización. El caso de El Tejar. *Mundo Agrario*, 19(41), e086-e086.

- SOVERNA, S. (2021). *La Argentina agropecuaria vista desde las provincias: Un análisis de los resultados preliminares del CNA 2018* (Cátedra Libre de Estudios Agrarios Ing. Horacio Giberti). IADE.
- STEINER, R. (2017). *Curso sobre Agricultura Biodinámica*. Editorial Rudolf Steiner.
- STÖLEN, K. A. (2004). *La decencia de la desigualdad: Género y poder en el campo argentino*. Antropofagia.
- _____ (2019). Colono algodónero. En J. Muzlera y A. Salomón (Eds.), *Diccionario del agro iberoamericano* CEAR de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)). Teseo.
- SVAMPA, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina: Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. CALAS.
- _____ y Antonelli, M. A. (Eds.). (2009). *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*. Editorial Biblos.
- _____ (2013). Consenso de los commodities y lenguajes de valoración en América Latina. *Fundación Friedrich Ebert; Nueva Sociedad*, 244, 30-46.
- _____ (2016). *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*. Edhasa
- _____ y Viale, E. (2014). *Maldesarrollo: La Argentina del extractivismo y el despojo*. Katz Ediciones.
- SZTULWARK, S. (2012). *Renta de innovación en cadenas globales de producción: El caso de las semillas transgénicas en Argentina*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- TEUBAL, M. (2001). Globalización y nueva ruralidad en América Latina. En N. Giarraca (Ed.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* CLACSO.
- TEUBAL, M., y RODRÍGUEZ, J. (2001). Globalización y sistemas agroalimentarios en la Argentina. *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, 11(22), 203-222.
- THOMPSON, E. P. (1963). *The making of the English working class*. Victor Gollancz Ltd.
- THOMPSON, E. P. (1971). The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century. *Past y Present*, 50, 76-136.
- TODOMANÍ. (2016, noviembre 14). *No se olviden del colorado*. <http://www.todomani.com.ar/mani/notas.asp?nid=781>
- _____ (2017, noviembre 7). *Maní, la segunda economía regional que más dólares genera por exportaciones*. <http://www.todomani.com.ar/mani/notas.asp?nid=961>
- _____ (2021, marzo 1). *El maní ya es la economía regional que más dólares genera*. <http://www.todomani.com.ar/mani/notas.asp?nid=1423>
- TOGNETTI, L. A. (2018). La colonización agraria como negocio inmobiliario a fines del siglo XIX. Una revisión de sus factores explicativos. En A. I. FERREYRA y L. A. TOGNETTI (Eds.), *Cuestiones agrarias argentinas. La tierra como bien de producción e intercambio* (pp. 27-59). Imago Mundi.
- TOMASONI, M. (2012). De la urgencia local a la construcción de una demanda provincial. El colectivo Paren de Fumigar Córdoba. (Comps.). En C. CARRIZO y M. BERGER (Eds.), *Justicia Ambiental y creatividad democrática*. Alción Editora.
- TORT, M. I. (1983). *Los contratistas de maquinaria agrícola: Una modalidad de organización económica del trabajo agrícola en la Pampa Húmeda* N.º 11; Documentos de Trabajo. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales.
- TRIMANO, L. (2015). Integración social y nueva ruralidad: Ser ¿“hippie”? en el campo. *Revista de Antropología Social*, 24, 317-348.
- TSAKOUMAGKOS, P. (2006). Contratos frutícolas y mediación estatal en Río Negro una propuesta teórico-metodológica para el estudio de relaciones contractuales en cadenas agroindustriales. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 25, 49-68.
- TSING, A. (2005). *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton University.

- TSING, A. (2015). Margens Indomáveis: Cogumelos como espécies companheiras. *Ilha Revista de Antropologia*, 17(1), 177-201.
- TZOUMIS, K. A. (Ed.). (2020). *Toxic Chemicals in America: Controversies in Human and Environmental Health* [2 volumes]. ABC-CLIO.
- URCOLA, M. (2012). Orientación vocacional universitaria de los hijos e hijas de productores agropecuarios en el sur de Santa Fe. *Estudios Rurales*, 1(2), 65-101.
- VALOR SOJA. (2018, marzo 6). Malezas: Una batalla silenciosa emprendida por un ejército de profesionales cada vez mejor organizados. *Infocampo*.
<https://www.valorsoja.com/2018/03/06/malezas-una-batalla-silenciosa-emprendida-por-un-ejercito-de-profesionales-cada-vez-mejor-organizados/>
- VAN DER PLOEG, J. D. (2016). *El campesinado y el arte de la agricultura. Un manifiesto chayanoviano*. Icaria.
- VAN DER ZWAN, N. (2014). Making sense of financialization. *Socio-Economic Review*, 12(1), 99-129.
- VÉRTIZ, P. (2017). *El complejo lácteo argentino: Integración subordinada de la producción primaria a la dinámica del capital agroindustrial (período 2002-2015)* [Doctorado en Ciencias Sociales]. Universidad Nacional de La Plata.
- VERZENASSI, D. (2014). Agroindustria, Salud y Soberanía, El modelo agrosojero y su impacto en nuestras vidas. En D. Melón (Ed.), *La Patria Sojera*. El Colectivo.
- VILLAFANE, A. (1994). La forma familiar de producción en las sociedades contemporáneas: Reflexiones sobre un estudio de caso de la región pampeana. *Estudios Pampeanos*, 1, 57-70.
- _____. (2000). Las formas familiares de producción en el agro, características y persistencia en el contexto local. El caso de la pampa bonaerense. *Intersecciones en Antropología*, 1(1), 87-100.
- VILLULLA, J. M. (2014). Almanagues sí, relojes no: La prolongación de la jornada laboral en la agricultura pampeana, de la última dictadura al. *Sociohistórica*, 34.
- _____. (2016). Intermediación laboral en la agricultura pampeana argentina: Trabajadores asalariados y contratistas. *Eutopía. Revista de Desarrollo Económico Territorial*, 9, 63-79.
- _____. y AMARILLA, C. (2011). *Los contratistas de servicios de maquinaria en la agricultura pampeana: ¿una clase social en sí misma?* (2011-; N.º 7; Documentos del CIEA, pp. 73-94). Universidad de Buenos Aires.
- VIVEIROS DE CASTRO, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*. Katz.
- _____. (2013). *La mirada del jaguar: Introducción al perspectivismo amerindio*. Tinta Limón.
- VOLKIND, P., y BARLARO, R. (2016). *Las empresas exportadoras de granos en Argentina durante la etapa agroexportadora (1880-1914): Indagaciones y problemas* (Documentos de trabajo CIEA N.º 11; pp. 5-22). FCE, UBA.
- WAGNER, L. (2016). Conflictos socioambientales por megaminería en Argentina: Apuntes para una reflexión en perspectiva histórica. *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 35, 87-99.
- WANDERLEY. (2001). A ruralidade no Brasil moderno. Por um pacto social pelo desenvolvimento rural. En N. Giarraca (Ed.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (pp. 31-44). CLACSO.
- WEBER, F. (2008). *Trabalho fora do trabalho. Uma etnografia das percepções*. Garamond.
- WILKIS, A. (2014). Sociología del crédito y economía de las clases populares. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(2), 225-252.
- WILLIAMS, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.
- WOLF, E. (1971). *Los campesinos*. Labor.